SERIE IMMACULATA
AÑO MARIANO 1953-1954

**J. Mª Hupperts S.M.M.**

# Fundamentos y Práctica de la Vida Mariana

SECRETARIADO MARÍA MEDIADORA
121 BOULEVARD DE DIEST - LOVAINA

**I. TODO DE MARÍA**

Mechliniæ, 19 Novembris 1953
NIHIL OBSTAT
A. Van den Dries, can., lib. cens.
IMPRIMI POTEST
† L. Suenens, vic. gen.

**II. POR MARÍA**

Mechliniæ, 18 Januarii 1954
NIHIL OBSTAT
A. Van den Dries, can., lib. cens.
IMPRIMI POTEST
† L. Suenens, vic. gen.

**III. CON MARÍA**

Mechliniæ, 14 Martii 1954
NIHIL OBSTAT
A. Van den Dries, can., lib. cens.
IMPRIMI POTEST
† L. Suenens, vic. gen.

**IV. EN MARÍA**

Mechliniæ, 9 Augusti 1954
NIHIL OBSTAT
A. Van den Dries, can., lib. cens.
IMPRIMI POTEST
† L. Suenens, vic. gen.

**V. PARA MARÍA**

Mechliniæ, 5 Martii 1957
NIHIL OBSTAT
A. Van den Dries, can., lib. cens.
IMPRIMI POTEST
† L. Suenens, vic. gen.

# TODO DE MARÍA

## Prólogo

*Desde hace casi veinte años escribimos en cada número de nuestra modesta revista «Mediadora y Reina» un artículo sobre la vida mariana, tal como la propone San Luis María de Montfort en sus obras «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen» y «El Secreto de María».*

*De muchos sacerdotes, religiosos y cristianos en el mundo hemos recogido frecuentemente el testimonio de que estas páginas les habían dado luz, aliento y alimento espiritual. Además, de muchas partes, aun de parte de nuestros Superiores, nos habían pedido recopilar y publicar estos artículos en un volumen.*

*Las ocupaciones apremiantes de cada día nos hicieron postergar esta publicación hasta ahora.*

*Pero el año mariano (8 de diciembre de 1953 — 8 de diciembre de 1954) ofrece una ocasión para publicar estas páginas, ocasión demasiado hermosa y preciosa como para dejarla escapar.*

*Esta edición será, pues, nuestro humildísimo, respetuosísimo y afectuosísimo homenaje a Aquella a cuyo servicio hemos entregado nuestra vida. Será también nuestro modesto regalo de fiesta a la Santísima Virgen, con motivo del centenario de la definición dogmática de su Concepción Inmaculada.*

*Este trabajo apunta a exponer la excelente devoción mariana de nuestro Padre espiritual, San Luis María de Montfort.*

*La exposición trata de ser lo más sencilla posible, a fin de hacerse accesible en su mayor parte a todos cuantos no poseen una formación más acabada. Pero al mismo tiempo pretende ser sólida*

*y profunda, para que los sacerdotes, religiosos y seglares instruidos encuentren en ella su provecho espiritual.*

*Todas las proposiciones adelantadas aquí han sido debidamente controladas a la luz de la Mariología, cuyos progresos maravillosos admiramos.*

*Al obrar así seguimos el ejemplo de nuestro Padre, que confronta siempre sus prácticas marianas con los datos de la Escritura, de la Tradición y de la Teología. En estos últimos tiempos se ha creído poder escribir, y ello más de una vez, que la «verdadera Devoción» de Montfort era una «experiencia personal», que sería peligroso, e incluso contraproducente, generalizar. Quienes así escriben se equivocan* [1]*. Al contrario, Montfort se preocupa siempre de deducir su práctica mariana del dato revelado, de la Mariología, de toda la doctrina de la Iglesia. Quien quiera convencerse de ello, lea por ejemplo su tratado condensado del papel de la Santísima Virgen en la economía de la salvación, «Tratado de la Verdadera Devoción», números 14-38 y 60-88, y «Secreto de María», números 7-23.*

*Imitando a San Luis María, no queremos ser minimalistas en el ámbito de la doctrina mariana, ni formar parte de los devotos «escrupulosos» o «críticos» de la Santísima Virgen, de que habla a propósito de las falsas devociones marianas* [2]*. Estos últimos ven merodear por todas partes el espectro del exceso, de la exageración, de los abusos. Igualmente, a ejemplo de Montfort, no expondremos únicamente consideraciones sobre verdades marianas definidas, ni sobre puntos de doctrina establecidos con total certeza. Si se quisiese aplicar este método a otras secciones de la ascética cristiana, sería preciso desgarrar o quemar las tres cuartas partes de nuestros libros más serios de espiritualidad. Para la vida mariana como para la vida espiritual en general, podemos apoyarnos perfectamente en consideraciones de probabilidad seria. Especialmente nos apoyaremos con seguridad en la palabra de los obispos, y sobre todo de los Sumos Pontífices, incluso cuando estos no hayan querido dirimir definitivamente una cuestión.*

---

[1] No pretendemos que sea obligatorio adoptar la espiritualidad mariana de San Luis María, y hacer la consagración a la Santísima Virgen con toda la extensión que él le da. Pero nos parece que es sumamente conveniente que, quien ha penetrado en las profundidades de la vida mariana y comprendido el papel excepcional que María ocupa en el plan de Dios, haga esta donación total y viva en sustancia la vida mariana íntegra, tal como la presenta Montfort.

[2] Verdadera Devoción, números 93-94.

*¿Será preciso añadir a lo que acabamos de decir, que nuestras consideraciones, tanto teóricas como prácticas, dejan intacto todo el tesoro de la doctrina y de la ascética cristiana general? ¿Añadir también que toda devoción mariana debe ser cristocéntrica, teocéntrica, de manera que no sólo lleve a la unión con Cristo y con Dios como a su fin, sino que además esté habitualmente impregnada del pensamiento actual de Cristo y de Dios? Recordaremos esto frecuentemente. Pero hacerlo a cada momento sería imposible, molesto e inútil para las almas de buena voluntad. Damos aquí una especie de manual de la vida mariana. Al fin de esta serie examinaremos ex professo cómo insertar estas actitudes en las prácticas habituales de la vida cristiana. Pero exigir, como algunos parecen hacerlo, que recordemos a cada instante esta conexión, y que situemos sin cesar todas nuestras consideraciones en el conjunto de la doctrina y de la vida cristiana, equivaldría a ahogar el aspecto mariano, que es el que aquí queremos resaltar. Además, mucho es de temer que estas exigencias, tal vez inconscientes, sean una manifestación más de la devoción mariana «escrupulosa».*

*Pocas cosas hemos cambiado a los artículos, tal como aparecieron en «Mediadora y Reina». Los hemos hecho preceder de una mirada de conjunto sobre el misterio de María, y de algunas páginas sobre las cualidades que ha de tener nuestra devoción mariana para responder plenamente al plan de Dios en este punto. Creemos que estas exigencias se realizan en un cien por ciento en la vida mariana, tal como nos la expone Montfort. Recordamos también, no está de más decirlo, las enseñanzas de Su Santidad Pío XII sobre la consagración y la vida mariana, enseñanzas que son posteriores a los artículos que reproducimos aquí. Nos ha parecido preferible reunir estas enseñanzas en un capítulo especial, antes que dispersarlas a través del volumen.*

*Tratamos aquí de la enseñanza mariana de San Luis María de Montfort. De diferentes partes se ha reclamado para otros escritores, anteriores a él, el honor de haber presentado la síntesis de la vida mariana. Nos alegraríamos sinceramente si así fuera. Pero tanto como podemos juzgarlo por los datos que poseemos actualmente, no es así. En ninguna parte se encuentra este sistema de espiritualidad mariana, con sus bases doctrinales, su práctica fundamental de la consagración total, y las aplicaciones, consecuencias y actitudes diversas que deben ser la consecuencia de este gran acto. Lo cual no daña, por otra parte, a la «tradicionalidad» de la vida mariana montfortana, ya que es indudable que todos los elementos de esta espiritualidad se*

*encuentran en los Padres, en los Doctores y en los escritores católicos anteriores a Montfort, aunque dispersos y sin coordinación. Y lo que en ningún caso se podría contestar al gran Apóstol de María, es que fue elegido por Dios para difundir en su Iglesia la respuesta ideal del alma al plan de redención y de santificación, libremente elegido por El.*

*Por lo que se refiere a la manera de presentar esta recopilación, nos ha parecido preferible, por más de un motivo, subdividirlo en una serie de pequeños volúmenes, de tamaño portátil, que esperamos publicar sucesivamente en las principales fiestas de Nuestra Señora en el transcurso del año mariano.*

*¡Descanse sobre esta publicación, según el pedido que hemos hecho a nuestro Padre, la bendición de la dulce Virgen! La bendición de la Virgen es la de Dios, condición indispensable para el éxito y la fecundidad de toda empresa sobrenatural que tiende al bien de las almas, para la mayor gloria de Dios.*

# I
# Pío XII y la Consagración a la Santísima Virgen

Cuando, a partir de 1936 y los años siguientes, escribíamos los artículos que aparecen hoy en un volumen, la consagración mariana montfortana era en suma una devoción privada. Sin duda varios Papas, como San Pío X, Benedicto XV y Pío XI, habían hecho esta consagración y la habían recomendado. Pero difícilmente se hubiese podido hablar de una aprobación pública y oficial.

Desde entonces se produjo a este respecto un cambio importantísimo: la consagración a la Santísima Virgen es de ahora en más una manifestación de la devoción mariana en la Iglesia.

Hubo primero la consagración, por Su Santidad Pío XII, de la Iglesia y de todo el género humano a la Santísima Virgen, al Corazón Inmaculado de María, el 31 de octubre de 1942, en el transcurso de un mensaje radiofónico al pueblo portugués reunido en Fátima, consagración renovada luego en una grandiosa ceremonia en San Pedro de Roma, el 8 de diciembre siguiente. El Santo Padre decía en ella:

*«Reina del santísimo Rosario, Auxilio de los cristianos, Refugio del género humano, Triunfadora en todos los combates de Dios…, Nos, como Padre común de la gran familia humana y como Vicario de Aquel a quien todo poder ha sido dado en el cielo y en la tierra, y de quien Nos hemos recibido el cuidado de todas las almas redimidas con su Sangre que pueblan el universo, a Vos, a vuestro Corazón Inmaculado…, Nos confiamos y Nos consagramos, no sólo en unión con la santa Iglesia, Cuerpo místico de vuestro amado Jesús…, sino también con el mundo entero… De igual modo que al Corazón de vuestro amado Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano…, así igualmente nosotros también nos consagramos perpetuamente a Vos, a vuestro Corazón Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del mundo!, para que vuestro amor y vuestro patrocinio apresuren el triunfo del reino de Dios, y que todas las naciones, puestas en paz entre ellas y con Dios, os proclamen bienaventurada y entonen con Vos, de un extremo al otro del mundo, un eterno Magnificat de gloria, amor y agradecimiento al*

*Corazón de Jesús, el único en el cual ellas pueden encontrar la Verdad, la Vida y la Paz».*

El 1 de mayo de 1948 apareció la Encíclica mariana *Auspicia quædam,* un documento oficial y universal, en el cual se recuerda enérgicamente la consagración de la Iglesia y del mundo efectivamente renovada, y se expresa el deseo de que todos, por una consagración privada y colectiva, adhieran a este gran acto:

*«Deseamos que todos la hagan cada vez que una ocasión propicia lo permita, no solamente en cada diócesis y en cada parroquia, sino también en el hogar doméstico de cada uno; pues Nos esperamos que gracias a esta consagración privada y pública, se nos concederán más abundantemente los beneficios y dones celestiales».*

Por estos actos solemnes la consagración a la Santísima Virgen ha entrado definitivamente en el culto oficial de la Iglesia. Las consideraciones que van a seguir adquieren de ahora en adelante una mayor actualidad.

El Papa actualmente reinante fue aún más lejos. Definió —esta vez en alocuciones pronunciadas en un círculo más restringido, es cierto— de qué modo debe ser comprendida, hecha y vivida esta consagración.

El 22 de noviembre de 1946 el Santo Padre recibe en audiencia a un cierto número de dirigentes y de participantes de la «Gran Vuelta», esta marcha triunfal de Nuestra Señora de Boulogne a través de Francia, a cuya ocasión los fieles eran invitados a consagrarse a la Santísima Virgen. El Santo Padre les da formalmente una consigna y se expresa así:

*«Sed fieles a Aquella que os ha guiado hasta aquí. Haciendo eco a nuestro llamado al mundo, lo habéis hecho escuchar alrededor vuestro; habéis recorrido toda Francia para hacerlo resonar, y habéis invitado a todos los cristianos a renovar personalmente, cada cual en su propio nombre, la consagración al Corazón Inmaculado de María, pronunciada por sus Pastores en nombre de todos. Habéis recogido ya diez millones de adhesiones individuales, resultado que nos causa gran gozo y despierta en Nos gran esperanza.*

*Pero la condición indispensable para la perseverancia en esta consagración es entender su verdadero sentido, captar todo su alcance, y asumir lealmente todas sus obligaciones. Volvemos a recordar aquí lo que Nos decíamos sobre este tema en un aniversario muy querido a Nuestro corazón: La consagración a la*

*Madre de Dios… es un don total de sí, para toda la vida y para la eternidad; no un don de pura forma o de puro sentimiento, sino un don efectivo, realizado en la intensidad de la vida cristiana y mariana»* [1].

Estas palabras son para nosotros sumamente alentadoras y preciosas, ya que constituyen incontestablemente una aprobación de la consagración mariana en el sentido montfortano. No pretendemos de ningún modo que por ellas Pío XII aconseje formalmente el acto de la santa esclavitud, con el abandono a la Santísima Virgen del derecho de disponer de nuestras oraciones, de nuestras indulgencias y de todo el valor comunicable de nuestras buenas obras. Pero veremos por lo que sigue que los artículos que reproducimos y que fueron escritos mucho antes de esta fecha, tenían por adelantado como título cada una de las palabras pontificias que definían el acto de consagración mariana.

Finalmente, la consagración mariana montfortana, tomada en toda su acepción y en toda su extensión, fue oficialmente aprobada por el Santo Padre en las «Cartas Decretales» [2] que promulgan la canonización de San Luis María de Montfort. Pío XII habla en ellas de *«la devoción ardiente, sólida y recta»* que el gran apóstol alimentaba hacia Nuestra Señora, y que fue el secreto tanto de su santidad como de su incomparable apostolado; y llama a esta devoción por su nombre: *«la noble y santa esclavitud de Jesús en María».* **Roma locuta.** El Papa ha hablado. Que se escuche simplemente su palabra. Esta palabra, evidentemente, confiere una nueva fuerza a las consideraciones que vienen a continuación. ¡Ojalá sea también para ellas una prenda de bendición y de fecundidad!

[1] El Santo Padre cita su discurso del 21 de enero de 1945 a 4000 Congregacionistas de la Santísima Virgen.

[2] 20 de julio de 1947.

# II
# ¿Quién es María?

*Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre*
(Mt. **19** 6)

María ha sido esencialmente querida por Dios como la nueva Eva de Cristo, el nuevo Adán. Difícilmente se encontrará definición más exacta y más completa de Ella que la que Dios mismo dio de Eva en el momento en que creó a la primera mujer: *«Adiutorium simile sibi,* una Ayuda semejante a El». María será para Cristo en el orden de la reparación y de la gracia lo que Eva fue para Adán en el orden de la caída y del pecado.

Se obra como se es: *«Operari sequitur esse».* Para colaborar con Cristo, Ella deberá serle semejante en su ser. Ella le será semejante —no igual— por su exención del pecado original, por su plenitud propia de gracia, y por la eminencia singular de sus virtudes.

Para colaborar con El de manera habitual y verdaderamente oficial, Ella deberá también estarle unida por lazos duraderos y físicos. Es evidente que un matrimonio ordinario quedaba excluido. Dios hace entonces algo admirable: para que María sea la Esposa espiritual y la Cooperadora universal de Jesús, la convierte en su Madre según la carne, y la vincula así de manera definitiva a Cristo por los lazos físicos más estrechos que se puedan concebir. También por este mismo hecho, Ella queda elevada al plan y al nivel de Cristo, cosa igualmente indispensable para una colaboración perpetua. El es el Hijo de Dios, Dios mismo; Ella será la Madre de Dios, dignidad menor, ciertamente, que la de Cristo, pero dignidad en cierto aspecto infinita, que la eleva, tanto como es posible, a la altura de Cristo, de la manera que conviene perfectamente a su condición de nueva Eva.

Desde ahora Ella está equipada para realizar, en unión con Cristo y en dependencia absoluta de El, su gran obra de glorificación del Padre y de salvación de la Humanidad.

Ella será, ante todo, **Corredentora** con El, no solamente en el sentido de que por su libre consentimiento Ella nos da

verdaderamente al Redentor; no solamente en que, por sus méritos y oraciones, Ella contribuye a la aplicación de los frutos de la Redención a las almas; sino Corredentora en el sentido estricto y completo de la palabra: Ella no forma con Cristo más que un solo principio moral del acto redentor mismo, participando del Sacrificio decisivo, no como elemento principal, pero sí como causa integrante por libre voluntad de Dios: Ella es Sacrificadora secundaria y Víctima subordinada del Sacrificio del Calvario.

El acto redentor del Calvario, al que queda vinculada toda la vida de Cristo, y también todas las acciones de María desde que se convirtió en Madre y en Socia indisoluble del Hijo de Dios, reviste también el aspecto del mérito, y merece por lo tanto todas las gracias necesarias o útiles para la salvación de la humanidad. María participa también de este aspecto de la Pasión de Cristo, como de todos los demás, y merece, al menos con mérito de conveniencia [1], todas las gracias que serán impartidas a la humanidad. Cristo es Mediador supremo de todas las gracias, que El conquistó al precio de su Sangre; María participa de este derecho de distribución de las gracias por la colaboración que Ella aportó en su adquisición. Por ser Corredentora, María es **Mediadora y Distribuidora de todas las gracias,** ejerciendo esta función por una causalidad moral de destinación o de consentimiento, por una causalidad de oración, y también probablemente por una causalidad de producción física, subordinada e instrumental, pero libre y verdadera.

Ahora bien, la gracia es la vida del alma, su vida sobrenatural. María es juntamente con Cristo, y por más de un título, el principio de toda vida sobrenatural, porque, en dependencia de Cristo, es causa multiforme de la gracia en las almas. Al dar así verdaderamente la vida a las almas, Ella es su Madre, su verdadera Madre, no ciertamente según una maternidad natural, pero sí con una maternidad real y no solamente metafórica y por modo de decir. En el orden de la vida divina Ella cumple de manera sobreeminente toda la misión y todas las funciones que una madre ordinaria ejerce en la vida de su hijo. María es, pues, **Madre de las almas,** por ser Mediadora de todas las gracias.

---

[1] Desde hace algún tiempo se desarrolló en el mundo teológico una corriente bastante fuerte de ideas en favor de la participación de María al mérito de condignidad de Cristo. Alrededor de esta cuestión se mantuvo, en el Congreso Mariano de Roma, una discusión larga, reñida, apasionante, que no olvidarán jamás los que asistieron a ella, y que nos parece haber proyectado nueva luz sobre este importante punto.

Redimir las almas, aplicarles los frutos de la redención, comunicarles y hacerles aceptar la gracia, y darlas así a luz a la vida sobrenatural, formarlas y hacerlas crecer en ella, no se hace solo, es una obra difícil; no se realiza sino en contra de fuerzas adversas coaligadas contra Dios y contra las almas: el demonio, el mundo y las facultades desordenadas que, como un virus indestructible, el pecado original dejó en el hombre. Lo cual quiere decir que redención, santificación y vivificación son una lucha, un combate incesante. Pues bien, en esta lucha María es la **eterna adversaria de Satanás,** detrás de la cual Cristo parece esconderse, como en otro tiempo la Serpiente se había escudado detrás de Eva. María es la eterna y siempre victoriosa Combatiente de los buenos combates de Dios. Más que eso: por debajo de Cristo, Ella es la invencible Generala de los ejércitos divinos, pues conduce y dirige el combate. Ella es para la Iglesia y para las almas todo lo que un general es para su ejército: da a las almas, a los mismos jefes de la Iglesia, las luces apropiadas para despistar las emboscadas de Satán y dirigir la batalla; sostiene también los ánimos, relanza sin cesar a sus hijos a la lucha, los provee de las armas adecuadas que deben asegurarles la victoria; pues todo eso es, con toda evidencia, obra de la gracia: gracia de luz, de valentía, de fortaleza, de perseverancia; y toda gracia, después de Cristo, nos viene de María. Por ser Corredentora y Mediadora de todas las gracias, Ella es Generala «victoriosa en todas las batallas de Dios» [1].

Pero también, finalmente, por ser Madre de Dios, Socia universal de Cristo y Corredentora de la humanidad, María es **Reina universal** junto a Cristo Rey. Ella es Reina, como lo admiten unánimemente los teólogos, según una realeza verdadera y efectiva, que se ejerce sobre toda criatura, tanto sobre los ángeles como sobre los hombres, tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural; realeza que es participación de la de Cristo, se extiende tan lejos como la de El, se ejerce de manera análoga a la de El, pero le sigue siendo siempre plenamente subordinada.

Esta es sustancialmente la misión de María. No podemos aquí describirla más a lo largo, ni probarla; pero debíamos recordarla sucintamente. En función de estas magníficas verdades vamos a estudiar el culto singular que debemos a María, y responder a la pregunta: ¿Qué actitud debemos tener con Aquella que Dios ha colocado junto a Cristo en el corazón mismo de su Misterio de salvación?

[1] Pío XII.

Ante todo, deberemos establecer la necesidad y la obligación de un culto mariano elemental, y la gran utilidad de una devoción más perfecta a María. Luego, después de recordar los principios que nos tendrán que guiar en la elección de las diferentes formas de devoción a Nuestra Señora, deberemos estudiar cómo puede este culto mariano ejercerse de la mejor manera. ¡Dígnese la divina Mediadora de todas las gracias asistirnos en este estudio!

# III
# Utilidad y necesidad de la "vida mariana"

Para establecer la necesidad del culto mariano en general, y el valor de una vida mariana más perfecta en particular, partimos de un principio indiscutible, el que Cristo mismo formuló como línea general de conducta, aunque lo hiciese con motivo de un precepto particular: *«Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre».*

1º El Padre Billot S. J. razonaba con justeza y claridad cuando escribía: *«María, en la religión cristiana, es absolutamente inseparable de Cristo, tanto antes como después de la Encarnación: antes de la Encarnación, en la espera y en la expectativa del mundo; después de la Encarnación, en el culto y en el amor de la Iglesia. En efecto, somos llamados y vinculados de nuevo a las cosas celestiales sólo por la Pareja bienaventurada que es la Mujer y su Hijo. Por donde concluyo que el culto a la Santísima Virgen es una nota negativa de la verdadera religión cristiana. Digo: nota negativa; porque no es necesario que dondequiera se encuentre este culto, se encuentre la verdadera Iglesia; pero al menos donde este culto está ausente, por el mismo hecho no se encuentra la auténtica religión cristiana. Y es que la verdadera cristiandad no podría ser la que trunca la naturaleza de nuestra "religación" por Cristo, instituida por Dios, separando al Hijo bendito de la Mujer de la cual procede»* [1].

De donde resulta que el culto a la Santísima Virgen, considerado de manera general y objetivamente hablando, es necesario para la salvación y, por lo tanto, gravemente obligatorio. Quien se negara a tener un mínimo de devoción mariana, se pondría en serio peligro de comprometer su destino eterno, porque se negaría a emplear para este fin un medio y una mediación que Dios ha querido utilizar en toda la línea de su obra santificadora, y del que también nosotros debemos servirnos, por consiguiente, para alcanzar nuestro fin supremo.

2º El culto mariano pertenece a la sustancia misma del cristianismo. Es esta una verdad que no ha penetrado suficientemente en el espíritu de gran número de cristianos. Para

[1] *De Verbo Incarnato,* ed. V., pp. 401-402.

ellos la devoción mariana es, sin duda, muy buena y recomendable, pero en definitiva secundaria, si no facultativa. Es un error fundamental. La fórmula del cristianismo, ya se lo considere como la venida de Dios a nosotros, ya como nuestra ascensión hacia El, no es Jesús solamente, sino Jesús-María. Sin duda podría haber sido de otro modo, ya que Dios no tenía ninguna necesidad de María; pero quiso El que fuera así. Es lo que había comprendido perfectamente uno de los mayores escritores espirituales del siglo XIX, Monseñor Gay, cuando escribía: *«Por eso quienes no otorgan a María en ese mismo cristianismo más que el lugar de una devoción, aunque sea el de una devoción principal, no entienden bien la obra de Dios y no tienen el sentido de Cristo… Ella pertenece a la sustancia misma de la religión».*

3º Una tercera conclusión que se impone irresistiblemente a nosotros como un *«principium per se notum»,* esto es, como un principio evidente, es que adaptarnos plenamente en este campo al plan de Dios, concediendo íntegramente a Nuestra Señora, en nuestra vida, el lugar que le corresponde según este mismo plan divino, debe acarrear las más preciosas ventajas, no sólo para cada alma en particular, sino también para todo el conjunto de la Iglesia de Dios. María es, por libre voluntad de Dios, un eslabón importante e indispensable en la cadena de las causalidades elevantes y santificantes que se ejercen sobre las almas. Es evidente que este divino mecanismo funcionará más fácil y seguramente cuando, por el reconocimiento teórico y práctico del papel de María, le facilitemos el ejercicio de sus funciones maternas y mediadoras en nuestra alma y en la comunidad cristiana.

4º Al contrario, las *lagunas* en esta materia, lagunas culpables y voluntarias, e incluso las lagunas inconscientes, aunque no en el mismo grado, han de resultar funestas tanto para el individuo como para la sociedad. Un organismo no se compone solamente de la cabeza y del cuerpo con sus miembros: el cuello es un órgano de contacto indispensable entre la cabeza y los miembros. O más exactamente aún: un ser humano no debe disponer solamente de un cerebro, centro de todo el sistema nervioso; ya que no podría subsistir y ejercer su actividad sin otro órgano central, el corazón. Ahora bien, María es el cuello o —metáfora más exacta y más impresionante aún— el Corazón de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

El Padre Faber, que junto a Monseñor Gay fue la figura más sobresaliente de la literatura espiritual del siglo XIX, lo constataba

de manera penetrante. Después de recordar toda clase de miserias, deficiencias y debilidades en sus correligionarios, prosigue: *«¿Cuál es, pues, el remedio que les falta? ¿Cuál es el remedio indicado por Dios mismo? Si nos referimos a las revelaciones de los santos, es un inmenso crecimiento de la devoción a la Santísima Virgen; pero, comprendámoslo bien, lo inmenso no tiene límites. Aquí, en Inglaterra, no se predica a María lo suficiente, ni la mitad de lo que fuera debido. La devoción que se le tiene es débil, raquítica y pobre… Su ignorancia de la teología le quita toda vida y toda dignidad; no es, como debería serlo, el carácter saliente de nuestra religión; no tiene fe en sí misma. Y por eso no se ama bastante a Jesús, ni se convierten los herejes, ni se exalta a la Iglesia; las almas que podrían ser santas se marchitan y se degeneran; no se frecuenta los sacramentos como es debido; no se evangeliza a las almas con entusiasmo y celo apostólicos; no se conoce a Jesús, porque se deja a María en el olvido… Esta sombra indigna y miserable, a la que nos atrevemos a dar el nombre de devoción a la Santísima Virgen, es la causa de todas estas miserias, de todas estas tinieblas, de todos estos males, de todas estas omisiones, de toda esta relajación… Dios quiere expresamente una devoción a su santa Madre muy distinta, mucho mayor, mucho más amplia, mucho más extensa»* [1].

Faber, es cierto, escribía para su país y para su tiempo. Nuestra época, incontestablemente, ha realizado progresos en este ámbito, y los católicos de todos los países no tienen que luchar con las mismas dificultades que los que viven en medio de una población con una mayoría protestante aplastante. Pero eso no quita que hay un fondo de verdad en esta queja: la falta de una devoción íntegramente adaptada al plan de Dios es causa de lagunas y de debilidad espiritual. Y no podemos menos que suscribir las aspiraciones del pastor anglicano convertido: *«¡Oh, si tan sólo se conociera a María, ya no habría frialdad con Jesucristo! ¡Oh, si tan sólo se conociera a María, cuánto más admirable sería nuestra fe, y cuán diferentes serían nuestras comuniones! ¡Oh, si tan sólo se conociera a María, cuánto más felices, cuánto más santos, cuánto menos mundanos seríamos, y cuánto mejor nos convertiríamos en imágenes vivas de Nuestro Señor y Salvador, su amadísimo y divino Hijo!».*

5º Demos un nuevo paso adelante en nuestras conclusiones y constataciones. Es sumamente deseable e importante para la

[1] Prefacio a la traducción del «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen», de San Luis María de Montfort.

salvación y santificación de las almas, y para la obtención del reino de Dios en la tierra, llevar el culto mariano a su perfección en nuestra alma y en todas las almas: *«De Maria numquam satis»* —sin exageración ninguna, por supuesto; la cual, por otra parte, es imposible desde que nos acordamos de que María es una criatura—. Debemos en todo, y por lo tanto también en la materia que nos ocupa, apuntar a la perfección, y a la perfección más elevada.

6º Apuntar a la perfección del culto mariano se impone especialmente en nuestra época. Todo el mundo reconoce que desde hace 80 años, y muy especialmente desde hace unos 30 años, el «Misterio de María» se ha impuesto a la atención de la Iglesia, tanto docente como discente, y que este Misterio ha sido comprendido con más claridad y profundizado singularmente. Es una de las grandes gracias de nuestro tiempo. Es evidente que a este conocimiento más neto y más profundo de la doctrina mariana, y muy especialmente de la misión de Nuestra Señora, debe responder una devoción creciente, intensificada. Como cristianos del siglo XX, debemos buscar y aceptar ávidamente las formas más ricas y más elevadas de la devoción mariana, o, como se dice más justamente hoy, de la «vida mariana».

Este proceso lo vemos realizarse ante nuestros ojos en la Iglesia de Dios, por la acción profunda y poderosa del Espíritu Santo, y bajo la influencia y dirección de la santa Jerarquía. En todas partes sale a la luz una convicción casi unánime de que vivimos «la hora de María, la época de María, el siglo de María». El acontecimiento mariano grandioso de que acabamos de ser testigos dichosos, la definición dogmática de la Asunción corporal de Nuestra Señora, es una nueva y poderosa prueba de ello. Ha llegado el tiempo predicho por Montfort, *«este tiempo feliz en que la divina María será establecida Dueña y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su grande y único Jesús…, en que las almas respirarán a María, tanto como los cuerpos respiran el aire…, y en que como consecuencia de ello acaecerán cosas maravillosas en estos bajos lugares»* [1]. Se está cumpliendo la voluntad formal de Dios: *«Dios quiere que su santa Madre sea al presente más conocida, más amada, más honrada que nunca».* Y Montfort añade unas palabras que pueden ser una introducción y una transición a lo que hemos de explicar en lo que sigue: *«Lo que sucederá, sin duda, si los predestinados entran, con la luz y la*

[1] Verdadera Devoción, nº 217.

*gracia del Espíritu Santo, en la práctica interior y perfecta que yo les descubriré a continuación»* [1].

[1] Ibid. nº 55.

# IV
# Lo que debe ser nuestro culto mariano: Sus principios

El culto mariano es obligatorio y necesario, como respuesta de nuestra parte a la importantísima misión que Dios ha confiado a su santísima Madre. Este culto pertenece a la sustancia misma de la religión cristiana; y es importantísimo, para la glorificación de Dios y nuestra propia santificación, que la devoción mariana sea llevada a su *más elevada perfección,* a fin de que se adapte plenamente al plan divino. Este perfeccionamiento se impone especialmente *en nuestro tiempo,* en que el Misterio de María ha sido iluminado con una luz más viva que en ninguna otra época de la historia del cristianismo. Todo esto lo hemos visto hasta aquí.

Ahora se nos plantea otra gran pregunta: ¿Cómo organizar este culto mariano? ¿De qué elementos debe componerse, de qué cualidades debe estar revestido, para realizar íntegramente el plan de Dios y responder plenamente a la misión singular de María? Vamos a tratar de contestar a esta pregunta, después de adelantar algunos principios según los cuales parece que ha de organizarse nuestra vida mariana.

1º Nuestro culto mariano, ante todo, ha de tener en cuenta el *valor intrínseco de la Santísima Virgen misma,* o más justamente, de su *«conjunctio cum Deo»,* de su acercamiento a Dios, de su unión con Dios, que es la *«ratio formalis»,* la razón propia del culto debido a los santos. Ahora bien, en María esta unión a Dios es totalmente singular y excepcional. Ella está unida de la manera más estrecha con Dios por medio de la *gracia santificante,* cuya plenitud recibió, una plenitud que le es propia; pero sobre todo por medio de la *maternidad divina,* que después de la unión hipostática es el lazo más estrecho con Dios que se pueda concebir. Por esta Maternidad la Santísima Virgen queda puesta en un orden aparte. Según una frase célebre, Ella llega a los confines de la Divinidad, y posee una dignidad infinita en razón de su término. Por este doble título le corresponde, por lo tanto, fuera y por encima de todos los ángeles y santos, un culto particular, de un género especial, que tiene en el lenguaje de la Iglesia un nombre propio. Honramos a los santos con un culto de *dulía;* debemos a María el culto de *hiperdulía.*

2º Nuestro culto mariano debe luego tener en cuenta la *misión singular de la Santísima Virgen,* cuyos diferentes aspectos hemos recordado. Es preciso que nuestro culto mariano apunte a hacer posible y fácil el cumplimiento de su papel de Corredentora del género humano, de Mediadora de todas las gracias, de Madre de todas las almas, de Adversaria de Satanás y Generala de los ejércitos divinos, y de Reina del reino de Dios. Es preciso, pues, que nuestro culto mariano abrace y reúna toda clase de actitudes, de matices, que respondan a los diferentes aspectos del papel múltiple, pero único, que el Señor le ha asignado. Nuestra devoción mariana, bajo pretexto de ser simple, no ha de ser unilateral, «uniforme»; al contrario, para adaptarse al plan de Dios, ha de ser rica y multiforme.

3º Y cuando se reflexiona seriamente en este plan divino sobre María, uno se admira, por una parte, de la *universalidad* de la intervención de la Santísima Virgen en las intervenciones sobrenaturales divinas; y, por otra parte, de la *pluralidad* de las influencias que Dios le ha reservado en la realización de sus designios.

Universalidad de la intervención de Nuestra Señora. Por voluntad de Dios, Ella se encuentra siempre y en todas partes junto a Cristo: en las profecías y figuras del Antiguo Testamento; en toda la vida de Jesús en la tierra, especialmente en las horas dominantes y características de esta vida; y también en todas las consecuencias de la vida y muerte de Cristo: Pentecostés, la santificación de las almas, la edificación del reino de Dios sobre la tierra, ya visto bajo su aspecto positivo, ya visto bajo el aspecto negativo de lucha contra Satán y contra todas las potestades perversas; igualmente, en la consumación, por la gloria eterna, de la obra glorificadora de Dios y santificadora de los hombres. Todavía no se lo ha tenido suficientemente en cuenta: *toda operación divina sobrenatural es mariana,* siempre y en todas partes mariana, realizada invariablemente por y con María, y esto hasta *en sus más humildes detalles,* como la aplicación de la menor gracia actual; de manera parecida a como el corazón hace sentir universalmente su acción, propulsando la sangre hasta las más finas ramificaciones de la circulación sanguínea.

Para determinar nuestra actitud respecto a la Santísima Virgen, no se ha tenido tampoco en cuenta lo suficiente, a lo que parece, la *multiformidad de las intervenciones* que Dios ha dejado a María en todas sus obras de gracia. Para la Encarnación le ha concedido una

cuádruple influencia: de mérito, de oración, de consentimiento y de producción física materna. En el Misterio de la Cruz, nos explican los teólogos, Ella colabora de los cinco modos con que Cristo, según la doctrina de Santo Tomás, operó nuestra salvación: por modo de satisfacción, de mérito, de redención, de sacrificio y de causalidad eficiente. En el misterio de la comunicación de la gracia, prolongación encantadora de la Encarnación, encontramos también, aunque con alguna ligera adaptación, la cuádruple causalidad señalada a propósito de la Encarnación: Ella nos ha merecido toda gracia, Ella nos la destina y consiente a ella por un acto libre y consciente de su voluntad, Ella la obtiene por su omnipotente oración, y Ella la produce probablemente en el alma por su operación física ministerial.

4º El culto mariano puede y debe ser exterior, por más de un motivo. Es un postulado de la naturaleza humana, y los derechos de María sobre nuestro cuerpo lo reclaman. Las prácticas exteriores, de ordinario, contribuyen no poco a despertar o reavivar las disposiciones interiores del alma. Pero, en *orden principal,* nuestro culto mariano debe ser interior, espiritual. El culto exterior sólo tiene valor en la medida en que es llevado y sostenido por las disposiciones internas del alma. Espiritualización de la vida mariana significará de ordinario perfeccionamiento y progreso. Debemos honrar a María como adoramos a Dios, *«in spiritu et veritate»,* en espíritu y en verdad.

5º San Luis María de Montfort, en una obra que sin duda nunca fue superada, enumera una veintena de prácticas exteriores e interiores de la verdadera Devoción a María, y añade que no sería difícil alargar esta lista [1]. Esta multiplicidad, esta variedad de prácticas correría a veces el riesgo de causar una cierta confusión, una especie de dispersión en las almas. No siempre se sabrá clasificar estas diferentes prácticas según su valor respectivo, discernir lo accesorio de lo principal; y no es raro que personas de buena voluntad se sobrecarguen de prácticas, hasta comprometer una tendencia seria y efectiva a la perfección, que pide calma y serenidad. Por eso, es muy deseable que las prácticas marianas sean unificadas, sistematizadas, agrupadas alrededor de un núcleo central, de modo que sea fácil abarcarlas con una mirada, discernir el valor relativo de cada una, y alcanzar así, en fin, la unidad en la variedad, y la variedad en la unidad.

[1] Verdadera Devoción, nn. 115-116.

★

Para aplicar todos estos principios y seguir todas estas directivas, parece que no podemos hacer nada mejor que ponernos a la escuela de San Luis María de Montfort. Los mejores teólogos de nuestra época consideran que su libro es incomparable. Lo que en él nos presenta no es, en sus grandes líneas, una devoción particular, destinada a tal congregación o a tal grupo de almas especialmente orientadas. Si se la mira de cerca, se echará de ver que se trata de la buena devoción mariana tradicional, católica, pero llevada a su más elevada perfección con toda la lógica del espíritu y del corazón. Por lo demás, es indudable que todos los elementos de su doctrina mariana se encuentran explícitamente en la Tradición. Pero en ninguna parte, que sepamos, encontraremos agrupados, coordinados y sistematizados todos estos elementos teóricos y prácticos, como en este gran maestro de la vida mariana, de manera que la práctica de la vida mariana resulte considerablemente más clara y fácil.

Parece también que esta doctrina responde a todas las exigencias que hemos formulado. De este modo el pensamiento y el culto de María se introducen en el corazón mismo de la vida cristiana, que por este solo motivo queda «marializada» totalmente y de más de una manera. Encontramos aquí a la vez la multiplicidad y la unidad, lo interior como elemento principal, sin excluir las mejores prácticas exteriores.

Por lo demás, hacemos notar que para exponer la vida mariana así comprendida, no apelamos solamente a San Luis María de Montfort y a sus comentadores, ni tampoco solamente a los grandes devotos y glorificadores de María, tales como San Bernardo, San Juan Eudes, San Alfonso, y otros. Sino que apelamos además a la autoridad de numerosísimos príncipes de la Iglesia y obispos, en nuestro país especialmente a la autoridad del Cardenal Mercier, de ilustre memoria, y de su digno sucesor, Su Excelencia el Cardenal Van Roey. Apelaremos igualmente, en una cierta medida que será más tarde escrupulosamente determinada, al mismo Sumo Pontífice Pío XII, que oficialmente, en su encíclica *Auspicia quædam,* recomendó a todos la consagración mariana, y que definió también, en alocuciones particulares, la naturaleza y las cualidades de esta consagración. Nos encontramos, por lo tanto, en un terreno seguro y sólido.

# V
# Darse

Cada vez que nuestro Padre expone de entrada y con cierta extensión su perfecta devoción a Nuestra Señora, llama a nuestra consagración una **donación.** *«Esta devoción consiste en **darse** por entero a la Santísima Virgen, para ser enteramente de Jesucristo por Ella»* [1]. *«Ella consiste en **darse** por entero en calidad de esclavo a María, y a Jesús por Ella»* [2].

Esta palabra es sencilla. Un niño de seis años la comprende.

Pero es de la mayor importancia entenderla bien aquí. A veces se le ha dado un significado tan disminuido, que quedaba comprometida la esencia misma de la santa esclavitud.

Nos **damos** a Jesús por María.

Dar no es **pedir.**

Es profundamente lamentable que la mayoría de los cristianos no vean en la devoción a la Santísima Virgen más que una cosa: pedirle su auxilio, particularmente en las horas más difíciles.

Sin duda podemos y, en cierto sentido, debemos, según el consejo de Montfort mismo, *«implorar la ayuda de nuestra buena Madre en todo tiempo, en todo lugar y en toda cosa»* [3]. Somos niños pequeños, y los niñitos tienen siempre la palabra *«mamá»* en la boca.

Muy bien. Pero si nos detenemos ahí, estamos lejos de practicar la devoción mariana *perfecta.* **Devoción** significa entrega, pertenencia, y el nombre de **hiperdulía,** consagrado por la Iglesia para el culto de Nuestra Señora, significa dependencia, servidumbre.

Dar no es tampoco **confiar en depósito.** Cuando confío una suma de dinero a alguien, ese dinero sigue siendo mío. Aquel a quien se lo confío no recibe, de suyo, ningún provecho, sino sólo deber y preocupaciones.

Muy distinto es cuando yo **doy** un regalo a alguno de mis amigos. Ese objeto, en adelante, pasa a ser suyo, de modo que puede

---

[1] Verdadera Devoción, nº 121.
[2] El Secreto de María, nº 28.
[3] Verdadera Devoción, nº 107.

disponer de él como guste. La donación, en sí misma, va toda en provecho del **donatario,** es decir, de aquel a quien se hace, y no del **donante,** esto es, de aquel que da.

Cuando los cristianos, por ejemplo en el día de la primera Comunión, se consagran a la Santísima Virgen, no entienden ordinariamente este acto, desgraciadamente, sino en el siguiente sentido: Pongo mi vida entera bajo la protección de Nuestra Señora, para ser feliz en esta vida y en la otra. Eso es únicamente confiarse a la Santísima Virgen como un depósito. Este acto se hace directamente con miras al provecho personal, ya sea temporal, ya sea eterno. Una vez más, está bien. Pero estamos lejos aún de una devoción *perfecta* a la divina Madre de Jesús.

Nunca lo repetiremos bastante, pues se trata aquí de una diferencia *fundamental,* esencial, entre la consagración según San Luis María de Montfort y la mayoría de los demás ofrecimientos: por la *verdadera Devoción* no nos confiamos solamente a María con miras a un provecho personal cualquiera, sino que nos **damos** a Jesús por María con todo lo que tenemos y con todo lo que somos. Como consecuencia de este acto, nos consideramos en toda realidad como cosa y **propiedad** de Nuestra Señora, de que Ella podrá disponer libremente, siempre según la voluntad de Dios y la naturaleza de las cosas. En función de la donación que acaba de realizarse, Montfort nos hace decir en el Acto de Consagración: *«Dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece… según vuestro beneplácito…».*

Esto es evidentemente una **donación** con todas sus consecuencias esenciales.

★

Debemos aquí prestar atención.

Lo damos **todo** a Nuestra Señora. Montfort lo dice formalmente: nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestros sentidos y nuestras facultades, nuestros bienes exteriores e interiores, nuestros méritos y nuestras virtudes [1].

Sería, pues, un error fundamental pensar que le **damos** a la Santísima Virgen únicamente lo que Ella puede aplicar a otros, es decir, el valor satisfactorio e impetratorio de nuestras buenas obras, y la eficacia de nuestras oraciones como tales, y que el resto, esto es,

[1] Verdadera Devoción, nº 121.

el 95% de la extensión de nuestra consagración, le sería solamente **confiada en depósito,** bajo pretexto de que le es imposible utilizar todo eso en favor de otros. Es una falsa concepción, que arruina la santa esclavitud de arriba abajo. Lo damos **todo,** incluso lo que por su propia naturaleza debe forzosamente, en cierto sentido, seguir siendo nuestro, porque nos es inherente, porque forma parte de nosotros mismos, de modo que dejaría de existir si fuera separado de nosotros.

Pero la Santísima Virgen, se dirá tal vez, no puede transferir ni aplicar a nadie más que a nosotros mismos nuestra gracia santificante, nuestras virtudes, nuestros méritos propiamente dichos. Desde entonces, ¿puede hablarse de verdadera donación en esto?

¡Sí, por supuesto! Le **damos** algo a alguien desde el momento en que le reconocemos, libremente y sin obligación de devolución, el derecho de propiedad sobre una cosa que está en nuestra posesión. Por lo tanto, me doy enteramente a Nuestra Señora cuando le reconozco un derecho de propiedad sobre lo que soy y sobre lo que poseo.

Está claro que la santísima Madre de Dios tan sólo podrá ejercer ese derecho de propiedad *según la naturaleza de lo que le ha sido cedido*. Ella podrá transferir a otros, si lo quiere, mis bienes temporales. Al contrario, mi cuerpo y mi alma, mis sentidos y mis facultades, en el orden natural, son bienes intransferibles, que no pueden ser comunicados a otros. En el orden sobrenatural Ella podrá aplicar a otras almas los valores secundarios de mis acciones, a saber el satisfactorio y el impetratorio, mientras que la gracia, las virtudes y los méritos propiamente dichos son por su propia naturaleza inaplicables a otros. Si la Santísima Virgen no puede comunicar estos valores sobrenaturales a otras personas, no se debe a la ineficacia o a la debilidad del derecho de propiedad que le reconozco sobre todo esto, sino a la **naturaleza** misma de lo que es objeto de este derecho.

Y no nos imaginemos que eso sea algo tan raro. Alguien me regala una casa, un auto, un balón de fútbol y un fajo de billetes de banco. Todo eso es mío en adelante. ¿Por casualidad dejará de ser mía la casa porque no puedo darle puntapiés como a una pelota, o el balón porque no puedo vivir en él, o los billetes de banco porque no pueden servirme como medio de transporte?

★

Se podrá objetar aún que no puede haber aquí donación alguna. En efecto, la Santísima Virgen, **al margen del acto que realizamos,** posee ya un derecho de propiedad sobre todo lo que nosotros podamos ofrecerle.

Y sin embargo nos **damos** a Jesús por María.

Y ante todo, por lo que mira a mis oraciones, mis indulgencias y todos los valores sobrenaturales comunicables de mis acciones, no sólo tengo el **poder,** sino también el **derecho** de disponer de todo eso según mi voluntad. Por lo tanto, cuando cedo estos derechos a mi divina Madre, le **doy** realmente estos bienes sobrenaturales.

Luego, suponiendo —como lo admitimos de buena gana— que la santísima Madre de Dios posee, juntamente con Jesús, un verdadero poder y un verdadero derecho de propiedad sobre todo lo que está fuera de Dios, nada nos impide hablar de **donación** a propósito de nuestra consagración total. En efecto, la donación, como observa Santo Tomas [1], no excluye forzosamente la **obligación** de ceder una cosa, ni los **derechos** de aquel a quien entregamos un objeto. Sí, es cierto, Cristo y su santísima Madre pueden hacer valer verdaderos derechos sobre lo que soy y lo que poseo; pero yo tengo la facultad de reconocer o ignorar estos derechos; y así, cuando por amor —y no por recompensa— reconozco libremente mi pertenencia a ellos, me **doy** realmente a Jesús por María, o en otras palabras me **entrego a Ellos,** como dice Montfort en su Consagración.

★

¡Madre, me he **dado** a Ti!

Sólo en esta entrega total de mí mismo podía descansar tu amor y el mío.

He oído muchas veces —y jamás sin emoción— a madres preguntar a sus hijitos: «¿De quién es este niño?». Y cuando el pequeño, apretándose estrechamente contra el corazón de su madre, contestaba: «De mamá», se podía ver al punto cómo una ola inmensa de ternura invadía y sumergía a la dichosa madre…

¡Madre, sé que no puedo darte mayor gusto que decirte: Soy tuyo!…

Te lo diré, pues, y te lo diré a menudo, muy a menudo: ¡Madre, soy tuyo!

---

[1] II$^{a}$ II$^{æ}$, 63, 1 ad 3.

Te lo diré en cada instante, aceptándolo todo de tu mano, no refiriendo nada a mí mismo, haciéndolo y soportándolo todo por Ti, viniendo fielmente, como un hijo, a deponerlo todo en tus manos, en tu corazón.

Un alma de buena voluntad, pero débil, nos escribía: *«Digo cada día: Me doy enteramente a Jesús por María. Pero al minuto siguiente ya estoy retomando por partes lo que había dado. No puedo ser una verdadera esclava de amor, y sin embargo querría serlo. ¡Ya he tomado tantas veces excelentes propósitos!».*

Madre, así somos todos: de buena voluntad, pero tan frágiles, tan cambiantes…

Cuando de nuevo te haya hurtado una porción de lo que te había entregado, vendré sencillamente a decirte: «Madre, una vez más volví a caer; una vez más robé algo de la oblación que te había hecho. Perdón, Madre. Te prometo portarme mejor».

Haré eso cada día, estaré obligado a hacerlo a cada hora, más seguido tal vez… Pero estoy seguro que en tu incansable bondad sonreirás cada vez que vuelva a Ti. Y además me ayudarás, ¿no es cierto, Madre? Tú me sostendrás con **tu** fortaleza; Tú me educarás en tu esclavitud, pues le toca a las madres educar a sus hijitos.

Y un día, Madre, repetiré definitivamente estas palabras… ¡Qué hermoso será el cielo, aunque sólo sea por permitirme repetir sin cesar y sin arrepentirme jamás: *Madre, soy tuyo!*

# VI
# Darse por entero

Nuestra perfecta Consagración a la Santísima Virgen es una verdadera donación: significa entregarse como propiedad a Nuestra Señora, reconocerle un verdadero derecho de propiedad sobre todo cuanto somos y todo cuanto tenemos.

Además de lo que se requiere para todo acto verdaderamente humano, a saber, conocimiento y voluntad libre, esta donación, para realizar la esencia de la santa esclavitud, ha de estar revestido de tres cualidades indispensables: debe ser **total** y **universal, definitiva** y **eterna,** y **desinteresada** o hecha por amor. Nuestro Padre lo enseña formalmente [1].

En un capítulo anterior hemos resaltado el aspecto de **donación** en nuestra perfecta Consagración. Ahora querríamos llamar la atención sobre la **totalidad** y la **universalidad** del ofrecimiento que hacemos de nosotros mismos a Jesús por María.

La enseñanza de Montfort no puede ser más clara al respecto. *«Esta devoción consiste en darse **por entero** a la Santísima Virgen, para ser **enteramente** de Jesucristo por Ella…».* Lo damos **todo,** *«y esto sin reserva alguna, ni aun de un céntimo, de un cabello ni de la más mínima buena acción…»* [2].

★

Madre, con alegría te lo repito: te he dado mi **cuerpo** con todos sus sentidos y sus miembros: ojos, orejas, boca y todo lo que es de este cuerpo, la vista, el oído, el gusto, el olfato, el tacto y todas las potencias que de algún modo dependen de la materia: imaginación, memoria, pasiones, todas las facultades de conocimiento y de apetito sensibles.

Madre, te he dado mi **alma,** esta alma tan bella, tan grande, espiritual, inmortal, según la cual he sido creado a imagen y semejanza de Dios; mi alma con sus magníficas potencias de

[1] Verdadera Devoción, nº 121.
[2] Verdadera Devoción, nº 121.

inteligencia y de libre voluntad, con todas las riquezas de saber y de virtud que en ella se encierran.

Madre, te he dado mi **corazón,** mi corazón con sus abismos insondables de amor, con sus angustias y sus alegrías, con sus tempestades y sus arrebatos.

Madre, **yo mismo** me he dado a Ti: no sólo mi cuerpo, mi corazón y mi alma, sino también mi ser, mi existencia, mi subsistencia propia, mi personalidad, que es el último toque dado a un ser intelectual. La verdad pura es que toda mi persona, yo mismo, soy tu cosa y tu propiedad.

★

Con lo que soy y lo que seré, te he dado también lo que poseo o lo que podré alguna vez poseer.

Madre, te he dado y te doy de nuevo **todos mis bienes materiales y temporales.** Otros hermanos y hermanas mías en la santa esclavitud te han dado muchísimo en este campo: casas y propiedades, dinero y títulos, ricas joyas y muebles preciosos. Afortunadamente yo soy pobre; pero lo que poseo o lo que está solamente a mi uso, lo considero como tuyo: los vestidos que llevo, el alimento que tomo, los muebles y los libros de que me sirvo, el dinero que me es confiado. Madre, todo esto es tuyo. Como propietaria incontestada, puedes disponer de todo ello para dar o quitar. Todo eso lo recibiré de tus manos, y no lo usaré sino según tus designios.

Madre, te abandonamos otros bienes preciosos, nuestra **reputación,** la estima que se nos tiene, el afecto que se nos muestra, el respeto de que se nos rodea… Madre, **todos los lazos de la sangre y de la amistad,** los lazos que nos unen a nuestros compañeros de religión, a nuestros hermanos y hermanas en la santa esclavitud, a quienes quieren vivir, trabajar, sufrir, luchar y morir con nosotros por el mismo ideal, el reino de Cristo por María: estos lazos y todos los demás están en tus manos con un derecho pleno y entero para atarlos y desatarlos. Te damos todas las almas que de algún modo son nuestras: tuyas son desde ahora en la misma medida en que son nuestras. Sabemos que así quedan aseguradas bajo tu manto real, dulcemente colocadas en tu Corazón materno.

★

Cuanto más pobres somos en bienes temporales, y sobre todo cuanto más desprendidos estamos de ellos, tanto más ricos podemos

ser, Madre, en **bienes interiores, sobrenaturales,** que por consiguiente también tenemos la dicha de ofrecerte.

Madre, tu esclavo de amor se da a Ti con todas las maravillosas riquezas sobrenaturales de que lo ha gratificado la munificencia de Jesús y la vuestra.

Tuya es, Madre de los vivos, la vida divina que llevamos en nosotros, la **gracia santificante,** esta participación maravillosa de la vida misma de Dios, por la cual la Santísima Trinidad viene a morar en nosotros de manera nueva y misteriosa. ¡Qué tesoro, Madre, podemos ofrecerte de este modo: Dios mismo en nosotros!

Tuyas son, Amadísima, las potencias de acción del hombre nuevo en nosotros: las **virtudes infusas,** teologales y morales, por las cuales estamos capacitados a realizar actos divinos, que merecen en estricta justicia la eterna visión del rostro de Dios. Tuyas son nuestras **virtudes adquiridas,** que son una facilidad y un hábito de vivir según las miras de Dios y las tuyas.

Tuyos son los **dones del Espíritu Santo,** tu Esposo divino, esos dones que nos hacen dóciles y maleables a la acción adorable que, por Ti y contigo, ejerce en nuestras almas.

Tuyas son, Soberana amadísima, todas las **gracias actuales,** todas las influencias divinas que nos llegan por Jesús y por Ti.

Tuyos son los valores múltiples y preciosos de todas nuestras buenas obras: el valor **meritorio,** por el que nos aseguramos el crecimiento de vida divina en la tierra, y el aumento de gloria divina en la eternidad; el valor **satisfactorio,** que nos hace expiar los castigos merecidos por nuestras faltas y saldar las deudas de alma que hemos contraído; el valor **impetratorio,** por el cual nos aseguramos de nuevo la acción iluminadora, consoladora y fortificadora del Espíritu de Dios. Y esto te lo ofrecemos respecto a todas nuestras buenas obras, tanto las que ya hemos realizado hasta ahora, como las que realizaremos en el futuro.

Tuya es, Tesorera del Señor, la virtud especial de todas nuestras **oraciones,** este poder formidable que el Señor nos ha conferido para obtenerlo y realizarlo todo.

Tuyas son, Madre querida, las **indulgencias** que ganamos, estas letras de cambio preciosas, emitidas por la Iglesia, en el banco del Padre, contando con el inmenso depósito de las satisfacciones infinitas de Jesús, de las tuyas, oh María, y de todos los bienaventurados del Paraíso.

Tuyo es, Madre, lo que otras almas, por agradecimiento o por caridad, por deber o por piedad, nos comunican de la virtud satisfactoria o impetratoria de sus oraciones y de sus buenas obras; tuya es, María, toda oración hecha por nosotros, todo sufrimiento soportado por nosotros, toda indulgencia ganada por nosotros, todas las Misas ofrecidas por nuestras intenciones, ahora y más tarde, incluso cuando nuestros ojos se hayan cerrado a la luz de esta tierra…

Esta enumeración ya es larga, oh María: pero no es suficientemente larga para tu amor… ni para el nuestro. Tú deseas que aún alarguemos esta lista con algunos «dones»…

★

¿Dones? ¿Son realmente dones, lo que podemos añadir aquí?

Tú quieres, oh María, que nos demos a Ti tal como somos. Nos entregamos, pues, a Ti, no sólo con nuestro **activo,** sino también con nuestro **pasivo,** con nuestros pecados y nuestras faltas, nuestros defectos y nuestras debilidades, nuestras deudas y nuestras obligaciones. Querríamos no imponerte esta miserable carga, pero, juntamente con Jesús, Tú nos lo reclamas.

Como tu Jesús a San Jerónimo en una memorable noche de Navidad en Belén, Tú nos dices también: *«Hijo mío, dame tus pecados».*

Madre querida, no podemos negarnos a ello. Sabemos, puesto que eres Corredentora, que has cargado sobre Ti, juntamente con Jesús, los **castigos** de nuestras faltas: de mil maneras te las ingenias para que estas penas nos sean perdonadas; juntamente con Jesús has satisfecho por nosotros, miserables.

Y si la **mancha** misma del pecado que llamamos **venial** se pega a nuestra alma, Tú velarás por que estas manchas sean lavadas y limpiadas por los sacramentos, por la contrición, por la penitencia, por la oración, por una vida santa, o por mil otros medios.

Madre, casi no nos atrevemos a pensarlo: si uno de tus hijos y esclavos de amor cayese por desgracia en el **pecado grave,** Tú no le dejarás ni un minuto de respiro: con tu amor poderoso y con tus gracias irresistibles lo perseguirás y lo empujarás hacia el buen Pastor, que acoge con un gozo infinito a la oveja particularmente amada…

Madre, nos damos a Ti con nuestras inclinaciones malas, con nuestra **naturaleza corrompida,** con nuestros miserables defectos,

con nuestros vicios inveterados: somos impotentes para corregir, domar y refrenar todo esto. Tu fortaleza nos ayudará a realizar este milagro.

Madre, Tú quieres aceptar también, lo sabemos, nuestras **deudas** y **obligaciones** con nuestros padres y amigos, nuestros benefactores y subordinados, con las almas que nos son confiadas, con las grandes intenciones de la Iglesia y las necesidades inmensas del mundo entero. Madre, confiadamente te abandonamos todo esto. Sabemos que Tú sabrás saldar estas hipotecas que recaen sobre nuestras almas, pagar ricamente todas estas deudas que pesan sobre nosotros, satisfacer regiamente a todas nuestras obligaciones…

Madre, ahora comprendemos mejor la consoladora palabra de tu gran apóstol: que Tú eres el *suplemento* de todas nuestras deficiencias. Queremos rivalizar contigo en generosidad de amor, estando seguros de antemano, sin embargo, de que seremos vencidos… Si de buena gana abandonamos nuestra pequeña fortuna espiritual, algunos cientos de pesos apenas, para que Tú dispongas de ellos a tu gusto, Tú, para colmar nuestros déficits y cubrir nuestras deudas, pones a nuestra disposición tus millones espirituales, el incomparable tesoro de méritos y de gracias que el Señor te ha concedido.

Cuando, de algún modo, hayamos cometido una falta por nuestra culpa o por inadvertencia, o dicho una palabra desafortunada, o realizado un acto fuera de lugar, iremos a Ti con la sencillez y la confianza del niño que lleva a su madre una pequeña obra que acaba de estropear: «Madre, de nuevo salió mal… He vuelto ha hacer una tontería. No debes extrañarte, ni yo tampoco. ¿No quieres reparar mi falta, hacer que esta palabra o este acto no tengan consecuencias funestas para mi alma o para otras almas, y menos aún para la gloria santa de Dios y tu reino bendito, oh María?».

¡Madre, qué contentos estamos de ser tuyos! ¡Qué felices somos de que te dignes aceptar nuestro pobre ofrecimiento y hacer tuyo el inmenso peso de nuestras deudas y debilidades!

¡Madre, qué bueno es ser tu esclavo de amor!

# VII
# Para siempre…

Muchas veces nos han preguntado: ¿No puedo hacer mi consagración por algún tiempo, por un mes, por un año? ¿No puedo hacer un intento antes de comprometerme de manera definitiva?

Por supuesto, nada nos impide entregarnos a la Santísima Virgen a modo de prueba. Ni podemos censurar tampoco a los directores que piden a sus penitentes que se ejerzan en la práctica interior de la verdadera Devoción, antes de permitir un compromiso definitivo.

Pero se ha de saber, en todo caso, que con una consagración **temporal** no se es aún verdaderamente esclavo de Jesús en María.

Los textos de Montfort no pueden ser más claros: *«Se le debe dar… todo lo que tenemos… y todo lo que podamos tener en lo por venir en el orden de la naturaleza, de la gracia o de la gloria…, y esto* ***por toda la eternidad****»* [1]. Y una de las diferencias esenciales entre el servidor y el esclavo es precisamente que *«el servidor no está sino por un tiempo al servicio de su señor, y el esclavo lo está* ***para siempre****»* [2].

Nuestro mismo Acto de Consagración no nos deja ninguna duda: *«Dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece…* ***en el tiempo y en la eternidad****».*

¡Es tan natural, cuando se quiere amar con perfección a Nuestra Señora, darse a Ella **para siempre**!

No darse para siempre es, a las claras, no darse por entero.

El amor, un gran amor, apunta directamente a esta donación definitiva, aspira a una unión durable e indisoluble. Para el afecto humano, el «siempre» con que sueña es a veces de muy corta duración. Nuestro amor a Dios, a la santísima Madre de Dios, toma este «siempre» en serio, a la letra. Nos damos por toda la eternidad.

Además, para la santificación de nuestra alma, este elemento de continuidad y de estabilidad es de grandísimo valor. Es uno de los motivos por los cuales los religiosos hacen votos perpetuos, y se

---

[1] Verdadera Devoción, nº 121.
[2] Verdadera Devoción, nº 71.

comprometen **para siempre** a tender a la perfección, a la santidad. Por la santa esclavitud, el alma se siente fijada en Dios, en la Santísima Virgen. Es una garantía contra la inconstancia, la inestabilidad, la ligereza, que tanto mal hacen al alma.

★

¡Madre, somos tuyos para siempre!

Nos es muy provechoso recordarnos y profundizar esta palabra, esta verdad.

**Para siempre…**

Para toda nuestra **vida** en este mundo.

Tuyos son, María, los días tranquilos y soleados de nuestra primavera, las riquezas y los esplendores, la energía y la vitalidad de nuestro verano, pero también los días que vengan luego, que vienen ya, de actividad reducida, de follaje que cae y de luz que declina…

Tuyos somos, Madre, en las horas fugitivas de alegría y de entusiasmo, y también en las horas de tristeza y de prueba, de tedio y de disgusto, de duda y de angustia, que a tu Hijo y a tu Dios le plazca enviarnos.

Tuyos somos, Madre, en las horas tan dulces de la oración consolada y del inefable arrebato de la unión divina experimentada; pero también somos tuyos —no lo olvides— cuando la tentación nos acecha, la seducción nos invade y la tempestad estalla; tuyos, Madre, cuando la debilidad humana prevalece y está a punto de entrar el desaliento…

Tuyos somos cuando la salud robusta alimente en nosotros la llama de la vitalidad y de la energía; tuyos también, cuando nuestras fuerzas declinen, cuando la enfermedad nos ataque; tuyos en nuestra última enfermedad, en nuestras luchas supremas, en la agonía, en la **muerte**…

¡Es tan consolador, Madre divina, saber que rodeas el lecho de muerte de tus hijos y esclavos de amor con toda clase de precauciones, con mil atenciones maternas, que son otros tantos signos de que estás y permaneces con ellos! ¡Qué consoladora es la seguridad que nos da tu gran Apóstol, de que «asistes ordinariamente a la muerte dulce y tranquila de tus esclavos, para conducirlos Tú misma a los júbilos de la eternidad» [1]! ¡Es tan conmovedor saber que a veces incluso te muestras de manera visible

[1] Verdadera Devoción, nº 200.

a los más fieles de tus hijos en esos momentos temibles…! Todo eso muestra que, por nuestra consagración, somos tuyos en la vida y en la muerte, y que tienes mucho cuidado de no olvidarlo en esta hora decisiva y suprema. Confiamos, oh Bendita, en que, porque somos tuyos, nos conducirás por tu mano, o mejor dicho, nos llevarás en tu corazón, a través del temible túnel de la muerte, hacia la morada bendita de la Luz.

Para siempre, sí: en la muerte y **más allá de la muerte.**

Cuando, por la purificación suprema, estemos encerrados en las ardientes prisiones del Purgatorio, seremos tuyos, porque nos hemos dado a Ti para siempre. En cada suspiro de dolor arrancado a nuestra alma, volveremos a repetir: *«Salve, Regina, Mater misericordiæ:* Dios te salve, a Ti, que eres mi *Reina* en medio de estas llamas purificadoras, como lo fuiste en otro tiempo en medio de las lágrimas del exilio; pero también mi *Madre de misericordia,* de la que espero todo alivio y toda liberación».

Para siempre…

¡Madre, nuestro **cielo** es tuyo! Nuestra corona de gloria y nuestra palma de inmortalidad la echaremos a los pies de tu trono. Nuestro corazón no puede contenerse de gozo al pensamiento de que, como consecuencia de nuestra donación, hecha en la tierra en un día inolvidable, toda nuestra eternidad será tuya. Piensa, oh María, en esta serie interminable de siglos de gloria y de felicidad, o más bien en este eterno **ahora,** este interminable e inmutable instante que abarcará todos los siglos, todos los millones de siglos…

¡Madre, qué contentos estamos de ofrecerte un regalo tan hermoso! Porque es un magnífico regalo el que, en un instante único, en un solo grito de amor, reunamos toda nuestra vida, todo nuestro pasado con los méritos que nos quedan, todo nuestro presente, y también todo nuestro futuro en la tierra, en el purgatorio y en el cielo; que recojamos y condensemos todo eso en un instante único, en un acto espléndido, para echarlo a tus pies; no, para encerrarlo en tu Corazón materno. ¡Eso es, Montfort tenía mucha razón de decirlo, amaros «de la mejor manera»!

★

¡Ojalá nuestro «para siempre» no sea una fórmula vana, una mentira miserable!

Hay algunos —pocos, a Dios gracias— que retoman la palabra dada, violan un pacto sagrado, renuncian a su esclavitud. A estos los

compadecemos. Son para nosotros, tanto ellos como quienes los dirigen, un verdadero enigma.

Por nuestra parte, no hemos retractado formalmente nuestra donación. No hemos roto del todo los lazos que nos ataban a Ella. Pero por nuestras infidelidades pequeñas y grandes hemos retomado lo ya dado, hemos regateado, hemos partido nuestro «para siempre», hemos disminuido el valor de nuestra donación.

A Jesús y a María les pedimos perdón por estos hurtos, les ofrecemos una retractación por estos robos, y les suplicamos humildemente nos concedan la fortaleza necesaria para una mayor fidelidad.

Les prometemos no volver a arrebatarles voluntariamente un solo instante por el pecado, por muy «venial» que sea; les prometemos guardar intacta, de ahora en adelante, nuestra magnífica donación, cuanto a su extensión y cuanto a su duración; les prometemos acordarnos frecuentemente de vivir sin cesar nuestra donación

¡«**para siempre**»!

# VIII
# Por amor

Tres son las cualidades requeridas para la esencia misma de nuestra perfecta Consagración a Jesús por María: que sea **total,** que sea **definitiva,** y que sea hecha **por amor puro y perfecto a Dios y a su santísima Madre.**

Ahora nos toca examinar esta última cualidad.

## DESINTERÉS DE LA ESCLAVITUD DE AMOR HACIA NUESTRA SEÑORA

Nuestro Padre nos señala ya el «desinterés» como una de las cualidades de la **verdadera** Devoción a la Santísima Virgen en general: *«Un verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro o de interés, ni para su bien temporal ni eterno, corporal ni espiritual, sino únicamente porque Ella merece ser servida, y Dios solo en Ella; no ama a María precisamente porque lo beneficia, o porque esto espera de Ella, sino porque Ella es amable»* [1].

Y cuando Montfort expone en detalle el Acto de Consagración, se expresa del siguiente modo: [Hay que dar todo a Nuestra Señora] *«sin pretender ni esperar ninguna otra recompensa por nuestra ofrenda y nuestro servicio, que el honor de pertenecer a Jesucristo por Ella y en Ella, aunque esta amable Señora no fuese, como siempre lo es, la más liberal y la más agradecida de las criaturas»* [2].

Y al hablar de la última de las prácticas interiores de la perfecta Devoción a María, que son en suma nuestra Consagración puesta en práctica, nos advierte: *«No debe pretenderse de Ella, como recompensa de los pequeños servicios, sino el honor de pertenecer a una tan amable Princesa, y la dicha de estar por Ella unido a Jesús, su Hijo, con vínculo indisoluble, en el tiempo y en la eternidad»* [3].

---

[1] Verdadera Devoción, nº 110.
[2] Verdadera Devoción, nº 121.
[3] Verdadera Devoción, nº 265.

Para comprender todo esto debemos recordar algunos puntos de la doctrina católica sobre este tema, que no deja de ser difícil.

Debemos amar a Dios con caridad **perfecta,** es decir, amarlo por Sí mismo y por encima de todos los seres. Este es el acto de la virtud teologal más elevada y preciosa.

Con esta virtud teologal podemos y debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y en primer lugar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre de las almas.

El amor a la Santísima Virgen es, pues, un acto de la más perfecta de las virtudes teologales, pues la amamos en Dios y por Dios.

La caridad no es perfecta si se la practica directamente a causa de las ventajas o de los beneficios, incluso espirituales y sobrenaturales, que hemos recibido o esperamos recibir de Dios y de su divina Madre [1].

No es que sea condenable o no sea bueno desear o buscar nuestra perfección y nuestra felicidad personal, con todo lo que a ella se refiere y todo lo que a ella conduce. Al contrario, tenemos el **deber** de hacerlo.

Pero no es eso precisamente la caridad: todo eso tiene que ver más bien con la virtud de **esperanza.**

El deseo y la prosecución de nuestra esperanza y de nuestra felicidad no son plenamente perfectos sino cuando son asumidos, informados y sobreelevados por la caridad. Lo cual se hace, por ejemplo, del siguiente modo: «Deseo y espero la santidad y la felicidad, y todo lo que es necesario y útil para alcanzarla. Todo eso lo deseo, ante todo, porque en la perfección y en la bienaventuranza consiste precisamente la unión de mi alma con Dios y con María, a la que aspira esencialmente la divina caridad; porque de esta manera puedo glorificar más perfectamente a Dios y a su santísima Madre».

De este modo cada acto de esperanza y cada aspiración a nuestra perfección personal, y todo lo que de cerca o de lejos nos conduzca a ella, se convierte en un acto de puro amor a Dios y a la Santísima Virgen.

La Iglesia nos enseña que no nos es posible establecernos en un estado habitual de permanente caridad «pura», de modo que la

[1] Santo Tomás observa muy justamente respecto de la caridad hacia el prójimo: *«Cuando alguien ama a su prójimo por su propia utilidad y su propia satisfacción, no ama realmente a su prójimo, sino a sí mismo»* (II$^{a}$ II$^{æ}$, 44, 7).

consideración de la recompensa o del castigo no tenga ya parte alguna en la vida de un alma [1].

Por otra parte, es perfectamente conforme al espíritu de la Iglesia que nos ejercitemos en producir actos de caridad perfecta y pura para con Dios y la Santísima Virgen; que nos ejerzamos en hacer las propias acciones por la gloria del Altísimo y de Nuestra Señora, sin pensar explícitamente en las ventajas, incluso sobrenaturales, que pueden resultarnos de estos actos; y cuando este pensamiento de los provechos personales se presente a nuestro espíritu, captarlo y arrastrarlo en la corriente más rica de la caridad perfecta: «Dios mío, mi buena Madre, deseo y acepto todos estos progresos y ventajas personales, sobre todo para poder servirte y glorificarte más perfectamente con ellos, y estarte unido más íntimamente».

## CONSAGRACIÓN PERFECTA Y CARIDAD PERFECTA

No se puede dudar de que nuestra Consagración total es uno de los actos más ricos de caridad perfecta hacia Dios y Nuestra Señora.

Santo Tomás observa muy justamente: *«El motivo que nos empuja a dar gratuitamente es el amor; pues damos algo a alguien gratuitamente porque queremos un bien para él.* — [Esta es justamente la definición del amor: *«velle bonum»,* querer el bien]. — *La primera cosa, pues, que le damos, es el amor: y así el amor es el primer don, gracias al cual se dan todos los demás dones gratuitos»* [2].

La donación gratuita procede, pues, del amor, y no puede proceder sino de un amor verdadero y desinteresado.

Ahora bien, por nuestra perfecta Consagración, hacemos la donación más completa y desinteresada de todo cuanto somos y de todo cuanto tenemos.

Por lo tanto, es absolutamente evidente que esta donación es una de las manifestaciones más elevadas del amor perfecto a Dios y a su santísima Madre: *«Amar perfectamente es darse, es*

[1] Denzinger, *Enchiridion Symbolorum,* nº 1327. — La perfección del amor más puro no exige que excluyamos completamente el amor de nosotros mismos, incluso el más legítimo. Al contrario: el amor natural de nosotros mismos es la condición indispensable para la eclosión del amor de Dios; y el amor de Dios bien comprendido exige que nos amemos a nosotros mismos en Dios y por Dios.

[2] Iª, 28, 2.

*entregarse… El amor, cuando es perfecto, entrega completamente el amante al amado. Es el acto distintivo y exclusivo del amor, ya que sólo él lo puede producir; es también su acto capital y decisivo: no puede producir otro mayor»* [1].

Retengamos, pues, las conclusiones siguientes:

1º Nuestra perfecta Consagración es un acto elevadísimo de caridad perfecta hacia Dios y nuestra divina Madre.

2º Cada renovación de nuestra Consagración significa igualmente un acto de perfecto y puro amor a Ellos.

3º Cada ejercicio de la vida mariana, realizado en este espíritu, reviste el valor de un acto de caridad perfecta.

Este pensamiento contribuirá no poco a hacernos estimar en su justo valor nuestra magnífica Devoción, y a hacérnosla practicar y vivir fielmente.

★

Una pregunta se plantea ahora: ¿cómo conciliar esta doctrina con las promesas que San Luis María de Montfort vincula a la práctica fiel de la perfecta Devoción, promesas que él mismo asigna como **motivos** de esta práctica?

En efecto, Montfort consagra decenas de páginas de su querido Tratado a describir los *«efectos maravillosos que esta devoción produce en las almas fieles»* [2]. Y los **motivos** por los cuales nos incita a esta práctica fiel pueden ser reducidos, en gran parte, a las ventajas espirituales que nos procura [3]. Es particularmente conocida esta afirmación típica de nuestro Padre en el 8º motivo: *«La divina María, siendo la más honrada y la más liberal de todas las criaturas, nunca se deja vencer en amor y en liberalidad; y por un huevo, dice un santo varón, da Ella un buey* [4]*: es decir, por poco que se le dé, da Ella mucho de lo que ha recibido de Dios»* [5].

Las relaciones entre el deseo, la búsqueda de la recompensa y el puro amor de Dios, son una cuestión sutil, sobre la cual raramente se encuentra, incluso en los escritores espirituales y en los teólogos, una exposición clara, completa y satisfactoria.

---

[1] Kergoustin, S.M.M., *Hacia un cielo más hermoso,* p. 285.
[2] Verdadera Devoción, nn. 134, 213-225.
[3] Ver, por ejemplo, los motivos 3º, 5º, 6º y 8º.
[4] Se trata de un adagio francés que encierra un juego de palabras: *«Por un **oeuf** da un **boeuf**»,* y correspondería al castellano: *«Meter aguja para sacar reja».*
[5] Verdadera Devoción, nº 181.

No es este el lugar para extendernos en consideraciones teológicas profundas sobre este tema. Daremos solamente lo que nuestros lectores pueden comprender y deben saber sobre este punto.

El más perfecto y puro amor de Dios no excluye de ningún modo el amor bien comprendido de sí mismo; al contrario, **debemos** amarnos a nosotros mismos con caridad sobrenatural, en Dios y por Dios, y por lo tanto, desear nuestra propia felicidad y apuntar a nuestra perfección. Esta intención o tendencia a nuestro perfeccionamiento personal, puede ser una manifestación de la más perfecta y pura caridad para con Dios. Igualmente, apuntar a la unión con Dios y a todo lo que esta unión supone o comporta, es una necesidad imperiosa, y por ende una manifestación auténtica, de nuestra caridad divina.

Así, pues, de la práctica de la santa esclavitud podemos esperar muy legítimamente libertad interior, liberación de los escrúpulos, desarrollo magnífico de nuestra vida divina, adelantamiento hacia Dios por un camino corto, seguro y fácil: todo eso es unión con Dios y con María, o medio para llegar a ella; de donde resulta que esta espera, este deseo, esta esperanza, no es en resumen más que un acto de verdadera caridad para con Dios y para con su santísima Madre.

Nuestra caridad perfecta para con Dios y su santísima Madre no excluye, por lo tanto, el deseo y la esperanza de la recompensa: este deseo, esta esperanza, son asumidos y arrastrados en la corriente más rica y preciosa de la caridad. Nuestra santidad y nuestra bienaventuranza, por otra parte, son la mejor glorificación de Dios y de su divina Madre.

Todo esto se encuentra compendiado en la palabra de Montfort cuando escribe: [No hay que] *«pretender ni esperar **ninguna otra recompensa** por nuestra ofrenda y nuestro servicio, que el honor de pertenecer a Jesucristo por Ella y en Ella»* [1]. Y en otra parte: *«No debe pretenderse de Ella, como recompensa de los pequeños servicios, sino el honor de pertenecer a una tan amable Princesa, y la dicha de estar por Ella unido a Jesús, su Hijo, con vínculo indisoluble, en el tiempo y en la eternidad»* [2].

★

[1] Verdadera Devoción, nº 121.
[2] Verdadera Devoción, nº 265.

Por ahí mismo cae otra objeción, que a veces hemos oído plantear contra esta Devoción perfecta a María: «Este amor puro que pide la **verdadera Devoción** es muy difícil de practicar. Sólo las almas selectas son llamadas a esta práctica».

Es tal vez muy frecuente exagerar en demasía la dificultad de practicar la pura caridad para con Dios. Y se olvida que el amor perfecto a Dios, el amor que Dios tiene **por Sí mismo,** al menos en su grado inferior, esto es, hasta excluir el pecado mortal, no es de consejo, sino estrictamente obligatorio para todos los hombres bajo pena de pecado grave. Por lo tanto, ha de ser posible y accesible a todos. Y si no estamos estrictamente obligados a practicar la caridad perfecta en sus grados superiores, no por eso dejamos todos de ser llamados e invitados a ellos.

Por eso no hay que exagerar tampoco la dificultad del amor desinteresado y perfecto a María.

La caridad que aquí se requiere no es un amor **sensible o sentido,** el amor de las facultades sensitivas en nosotros; sino que se trata del amor **razonado o razonable,** el amor de voluntad, que es el verdadero amor humano. Quienquiera reflexiona en las grandezas, en la belleza, en la santidad y en la bondad de la Santísima Virgen puede, con la ayuda de la gracia que nunca le falta, amar a María por Sí misma y en Sí misma, o más bien por Dios y en Dios, y no por su propio provecho, y consiguientemente darse a Ella y servirla por el mismo motivo elevado.

Todos los hombres son llamados al amor puro de Dios y al servicio perfecto de María. Si muy pocos hombres contestan plenamente a este llamamiento, eso no cambia nada al llamamiento mismo. Eso muestra solamente nuestra falta de generosidad, nuestra cobardía para olvidarnos y renunciarnos a nosotros mismos; pues este olvido y renuncia son necesarios para llegar al servicio perfecto de Dios y de su dulcísima Madre.

★

Decíamos más arriba que saber que nuestra verdadera Devoción es la expresión elevadísima del más puro amor, debiera darnos una gran estima por nuestra vida mariana.

La estima no basta.

En la Edad Media se buscó con pasión la llamada «piedra filosofal», que debía permitir transformar en oro los metales más viles.

El puro amor de Dios y de María, cuando nuestra vida queda impregnada de él, es esta verdadera piedra filosofal, que transforma nuestras acciones más ordinarias en el oro más precioso.

Seamos dichosos de haber encontrado este tesoro, y usémoslo sin cesar.

Introduzcamos frecuentemente en nuestra vida este pensamiento, de manera neta, formal y explícita: ¡Todo por amor a Dios y a su santísima Madre!

Hagámoslo por medio de una breve fórmula verbal, o mejor aún, por un acto puramente espiritual e interior; pero digamos y repitamos en cada ocupación que comenzamos, en cada oración que elevamos, en cada cruz que recibimos:

*¡Dios mío, te amo: por amor me entrego a Ti por María!*

*¡Mi dulce Madre, por puro amor quiero pertenecerte enteramente y para siempre!*

*¡Todo por amor a Ti, Jesús, y por amor a tu venerada Madre!*

*¡Todo por amor a Jesús y a María!*

# IX
# A Jesús por María

La base y el punto de partida de la vida mariana en el espíritu del Padre de Montfort consiste en la donación total y definitiva de sí mismo a la Santísima Virgen, y **por Ella a Jesús.** Debemos subrayar ahora este último punto.

Se ha visto de todo. ¿No se ha dicho y escrito, después de la Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María, que el movimiento mariano montfortano no tenía nada que ver con este acontecimiento, que la Consagración de San Luis María no se dirigía a la Santísima Virgen, sino a Jesús? No vamos a contestar extensamente a semejantes aserciones. Hay que estar voluntariamente ciego para no ver la evidencia misma. El solo texto de la Consagración del Padre de Montfort basta ampliamente para convencernos de ello.

Más frecuentemente se presenta la siguiente objeción: «Quiero ser y soy de Cristo, de Dios. ¿Cómo y por qué darme a María? Esta Consagración a María, ¿no impide o daña acaso la orientación obligatoria de nuestra alma hacia Cristo, hacia Dios?».

En el último volumen de esta serie trataremos ex profeso esta cuestión. Recordaremos entonces la doctrina y daremos indicaciones lo suficientemente detalladas para la práctica. En la presente explicación de la Consagración misma nos tenemos que limitar a explicaciones más breves; sin embargo, esperamos que ilustrarán suficientemente que tanto en la Consagración como en la vida de dependencia y de unión que es su consecuencia, siempre se concede fielmente a Dios y a Cristo el primer lugar, y que aplicamos aquí leal y plenamente la gran divisa cristiana, universalmente aceptada: A Jesús por María.

★

Notemos ante todo que nuestra Consagración se hace a Jesús, a Jesús y a María, a Jesús por María. Los testimonios de San Luis María de Montfort sobre este punto son tan formales como numerosos.

En el «Tratado de la Verdadera Devoción» nos dice: *«Cuando más un alma esté consagrada a María, tanto más lo estará a Jesucristo… Esta devoción consiste, pues, en darse por entero a la Santísima Virgen, para ser enteramente de Jesucristo por Ella… Se sigue de ello que uno se consagra al mismo tiempo a la Santísima Virgen y a Jesucristo; a la Santísima Virgen, como al medio perfecto que Jesucristo ha elegido para unirse a nosotros y unirnos a Él; y a Nuestro Señor como a nuestro último fin, al cual debemos todo lo que somos, como a nuestro Redentor y a nuestro Dios»* [1].

Y en «El Secreto de María» formula una afirmación tan clara como categórica: *«[Esta devoción] consiste en darse enteramente, en calidad de esclavo, a María y a Jesús por Ella»* [2].

No hace falta decir que el texto mismo de la Consagración es aquí el argumento decisivo. En él se lee: *«Me doy por entero a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz en su seguimiento todos los días de mi vida. Y a fin de serle más fiel de lo que le he sido hasta aquí, os elijo hoy, ¡oh María!, en presencia de toda la corte celestial, por Madre y Dueña mía. Os entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras».*

Por lo tanto, nos damos a Jesús y a María, en orden principal a Cristo como a nuestro fin último, secundariamente a la Santísima Virgen, que es nuestro camino inmaculado y perfecto para ir a Cristo y a Dios. Y de este modo nos adaptamos totalmente al plan redentor de Dios, libremente decidido por El, que exige que en el orden sobrenatural lo tengamos todo, absolutamente todo, por Jesús y por María: por Jesús como causa principal de todo ser y de todo obrar en el orden de la gracia, y también de María, causa subordinada pero universal, de la Encarnación, de la Redención, de la Santificación y de la gracia.

★

A algunas personas les parece extraño, cuando no imposible, pertenecer a la vez a Jesús y a su santísima Madre. Se trata de una dificultad aparente, que no resiste a la reflexión seria. Los mismos objetos, los mismos muebles, el mismo dinero, la misma casa pertenecen al marido y a la esposa, al padre y a la madre en nuestros

[1] Verdadera Devoción, nn. 120, 121, 125.
[2] Secreto de María, nº 28.

hogares cristianos, que se funden habitualmente en comunidad de bienes. Nada se opone a esta posesión en común, que no comporta ninguna dificultad cuando la armonía y la paz reinan en el matrimonio. De modo parecido, no hay el menor inconveniente ni la menor dificultad en que pertenezcamos simultáneamente a Jesús y a María, que viven en una unidad inmutable de alma, de amor y de voluntad.

Así lo comprendieron y practicaron —y esto debe tranquilizar a las almas escrupulosas en la materia— los apóstoles y los privilegiados del divino Corazón de Jesús. El Padre Mateo, incomparable apóstol contemporáneo del Rey de Amor, es esclavo de Nuestra Señora. Y lo es, *«porque sé que al pasar por María amo más a Jesús; le doy un gusto inmenso, me adapto a sus designios providenciales, y centuplico el pobre valor de mi ofrecimiento. Realzo el valor de mi holocausto ofrecido sin cesar en el altar del Corazón de María, mi Reina, mi Mediadora y mi Madre»* [1]. Y Santa Margarita María misma, cuya vida puede presentarse verdaderamente como la personificación del *«Per Mariam ad Jesum»,* declara en un magnífico Acto de Consagración: *«Santísima, amabilísima y gloriosísima Virgen, Madre de Dios y nuestra querida Madre, Maestra y Abogada, a quien nos hemos dado y consagrado enteramente, gloriándonos de perteneceros en calidad de hijas, siervas y esclavas en el tiempo y para la eternidad: de común acuerdo nos echamos a vuestros pies para renovar los compromisos de nuestra fidelidad y esclavitud hacia Vos, y suplicaros que en calidad de cosas vuestras nos ofrezcáis, dediquéis, consagréis e inmoléis al Sagrado Corazón del adorable Jesús, con todo lo que hagamos o suframos, sin reservarnos nada»* [2].

★

En nuestra consagración, pues, se respeta y se realiza plenamente nuestra pertenencia a Jesús. En la vida de unión, que tratamos de llevar como consecuencia de esta donación, el Maestro conserva plenamente el lugar único que le corresponde en nuestra vida. Hemos dicho que en una publicación ulterior volveremos más extensamente sobre el tema. Nos limitamos aquí a algunos pensamientos rápidos para tranquilizar a las personas temerosas de

[1] R. P. Mateo, SS. CC., *Al Rey de Amor por la Reina de los Corazones.*
[2] Ver *El libro de oro,* pp. 393-394.

que la vida mariana perjudique su vida de intimidad con Cristo, con la Santísima Trinidad que vive y habita en su alma.

Vivimos nuestra consagración **por medio de las prácticas interiores:** *«Hacer todas las acciones por María, con María, en María y para María».* Pero nuestro Padre nos hace observar que es *«a fin de hacerlas más perfectamente por Jesucristo, con Jesucristo, en Jesucristo y para Jesucristo»* [1].

El verdadero esclavo de María no vive solamente en dependencia y unión con la Santísima Virgen, sino sobre todo en dependencia y unión con Jesús. Por regla general —pueden haber excepciones por atractivos de gracia— el esclavo de amor de Nuestra Señora vive su vida explícitamente con Jesús y con su Madre, con Jesús por María.

Recordemos además que no sólo la verdadera Devoción puede y debe ir acompañada de la vida de unión con Cristo, sino también que por los actos directos de amor y de veneración a la Santísima Virgen honramos, amamos y servimos al adorable Jesús, nuestro Salvador y Señor.

En efecto, somos los esclavos de amor de Nuestra Señora, porque Jesús mismo nos ha dado el ejemplo acabado de esta vida de pertenencia y dependencia.

Somos también los esclavos de amor de la Reina, y queremos vivir como tales, porque creemos que así respetamos del mejor modo posible la voluntad de Cristo Dios, que ha querido que su Madre desempeñe un papel tan grande en todas sus obras de gracia.

Somos los esclavos voluntarios de Nuestra Señora, porque estamos convencidos de que este es el camino más corto, más seguro y más perfecto para llegar a la unión divina: *«Si, pues, establecemos nosotros la sólida devoción a la Santísima Virgen, no es sino para establecer más perfectamente la de Jesucristo, no es sino para dar un medio fácil y seguro para encontrar a Jesucristo… Esta devoción nos es necesaria para encontrar a Jesucristo perfectamente, amarlo tiernamente y servirlo fielmente»* [2].

Finalmente, y sobre todo, todo acto de amor y de respeto para con la Santísima Virgen es forzosamente, para quien conoce la doctrina cristiana, un homenaje de amor y de veneración para con Jesucristo. Pues honramos y amamos a Nuestra Señora ante todo en cuanto que Ella es la Madre de Jesús, la Madre de Dios, y luego en

[1] Verdadera Devoción, nº 257.
[2] Verdadera Devoción, nº 62.

cuanto que es llena de gracia, es decir, llena de la vida de Jesús, en quien Ella se encuentra transformada mucho más que San Pablo o que cualquier otro santo: ya no es Ella la que vive, sino que Cristo es quien vive en Ella.

Por eso Montfort tiene razón de escribir: *«Nunca se honra más a Jesucristo que cuando se honra más a la Santísima Virgen»* [1].

Resumiendo, nuestra Consagración es una donación a Jesús por María; nuestra vida es una vida de unión con Jesús y con María. Lejos de ser un obstáculo para la intimidad con Cristo, la vida mariana es, al contrario, el mejor medio para llegar a ella.

Dulce Madre de Cristo, revélanos a tu Jesús, haz que lo amemos y vivamos de El. Y con ello prueba a todos el valor inefable del secreto de gracia que nos has revelado.

Adorabilísimo y amabilísimo Jesús, haznos participar de tu incomparable amor a tu Madre, de tu vida de dulcísima intimidad y dependencia para con Ella, a fin de que toda nuestra vida sea la realización de la gran y amada divisa: ¡A Jesús por María!

[1] Verdadera Devoción, nº 94.

# X
# “En calidad de esclavo”

En los últimos decenios, la perfecta Devoción a la Santísima Virgen se difundió de manera asombrosa en el mundo, y especialmente en Bélgica.

No siempre fue sin esfuerzo.

Como esta es una de las manifestaciones más preciosas de la vida cristiana, y uno de los medios más eficaces para promover la gloria de Dios y el reino de Cristo, es perfectamente normal que su difusión se tope con serias dificultades.

Una de las que hemos tenido que superar sin cesar es el temor y la repugnancia que inspira a primera vista el nombre de nuestra excelente devoción a Nuestra Señora.

¡Cuántas veces hemos oído decir: «Quiero ser hijo de María, pero no su esclavo… Es más perfecto llamarse hijo que esclavo de la Santísima Virgen»!

La mayoría de nuestros esclavos de amor comprenden y aprecian este nombre. Hay otros que guardan una cierta aprensión por la **palabra** y sólo difícilmente se acostumbran a las resonancias peyorativas que comporta.

Nuestros asociados, y sobre todo nuestros propagandistas, deben estar bien instruidos, y bien armados de veras, para las luchas que a veces deben librar o sostener.

Por eso es útil, si no necesario, examinar a fondo este nombre, y tratar de él un poco más extensamente. Dígnese Nuestra Señora amadísima conceder sus gracias de luz convincente a los capítulos que vamos a consagrar a este tema.

★

Montfort no duda en llamarnos «**esclavos, esclavos de amor y de voluntad**» de Jesús y de María.

En «El Secreto de María» [1] escribe tranquilamente que la devoción a la Santísima Virgen *«consiste en darse por entero **en calidad de esclavo** a María, y a Jesús por Ella».* Y en el Acto de

[1] Secreto de María, nº 26.

Consagración, que proviene, es cierto, no del «Tratado de la Verdadera Devoción», ni de «El Secreto de María», sino del «Amor de la Sabiduría eterna», nos hace decir: *«Os entrego y consagro,* ***en calidad de esclavo,*** *mi cuerpo y mi alma…».*

En su doble trabajo mariano, nuestro Padre describe extensamente la diferencia que hay entre un siervo y un esclavo, y demuestra que debemos pertenecer a Jesús y a María, no sólo como siervos, sino también como esclavos voluntarios de amor [1].

Algunos, en otro tiempo, pensaron poder o deber resolver la dificultad suprimiendo de los escritos de Montfort —¡así de simple!— toda mención de esclavitud. Es una solución que, evidentemente, no podemos aceptar ni aplicar. Sería mutilar la obra de nuestro Padre y saquear su herencia. Y si bien es cierto que el nombre o la expresión no es lo más importante, no es menos cierto que si se abandona el verdadero nombre, se corre el riesgo de falsificar el verdadero espíritu de la devoción mariana montfortana.

Por lo tanto, sin dar una importancia exagerada al nombre, debemos conservarlo, explicarlo y defenderlo, incluso si esta actitud presenta inconvenientes desde el punto de vista de la propaganda.

★

En las presentes líneas esperamos poder condensar lo que hay que pensar de este nombre. Y luego, en las páginas siguientes, nos esforzaremos por explicar y justificar estas diversas proposiciones.

*El nombre de* ***esclavo,*** *aplicado al alma para designar sus relaciones con Dios, con Jesucristo y también con la Santísima Virgen, es una palabra plenamente cristiana, porque es tradicional y escrituraria. Pero debe ser entendida en su acepción únicamente esencial. Sin decir todas las relaciones del alma cristiana con Dios y con la Santísima Virgen, es la única palabra que exprese de un solo golpe nuestra pertenencia total, definitiva y gratuita a Jesús por María. Sin embargo, no hay que dar una importancia exagerada a una palabra en cuanto tal; para practicar perfectamente la verdadera Devoción a Nuestra Señora no es absolutamente necesario servirse de ella; mas no sería sensato tampoco alejarse de la práctica más excelente de devoción hacia la Santísima Virgen a causa de las resonancias peyorativas que parecen vincularse a una palabra.*

[1] Verdadera Devoción, nn. 68-77; Secreto de María, nn. 32-34.

Mostremos ante todo que esta palabrita terrible (?) se encuentra frecuentemente en la tradición cristiana, y eso en la boca y en la pluma de aquellos que son considerados generalmente como los testigos auténticos del verdadero sentido cristiano.

Así, el santo **Cura de Ars** se había ligado por voto a la santa esclavitud de María. Más tarde estableció en Ars la cofradía de la santa esclavitud, y tenía la costumbre de decir que quienquiera tomaba en serio su salvación, debía entrar en esta saludable cofradía.

**San Alfonso de Ligorio,** Doctor de la Iglesia y uno de los mayores devotos de María que jamás haya visto el mundo, hace decir a sus hijos: *«Oh Madre del amor hermoso, aceptadme como vuestro siervo y **esclavo** eterno. Mi reino en este mundo será servir a vuestro Jesús y serviros a Vos misma, oh la más hermosa de las Vírgenes. No quiero ya ser mío, sino que quiero ser sólo vuestro, en la vida y en la muerte».*

Sería fácil, en los siglos XVII y XVIII, citar a un sinnúmero de hombres santos e ilustres, que estaban orgullosos de llamarse esclavos de amor de la Reina del cielo: San Juan Eudes, el Cardenal de Bérulle, el Padre Olier, etc. Igualmente, series enteras de obispos belgas de esta misma época reclaman para sí este verdadero título de nobleza.

**Santa Margarita María,** la esposa amante y confidente del Corazón de Jesús, sabía que esta santa esclavitud en nada pone trabas al más íntimo trato de amor con El. Por eso escribe en un admirable Acto de Consagración: *«Santísima, amabilísima y gloriosísima Virgen, Madre de Dios…, a quien nos hemos dado y consagrado enteramente, gloriándonos de perteneceros en calidad de hijas, siervas y **esclavas** en el tiempo y para la eternidad: de común acuerdo nos echamos a vuestros pies para renovar los compromisos de nuestra fidelidad y **esclavitud** hacia Vos, y suplicaros que en calidad de cosas vuestras nos ofrezcáis, dediquéis, consagréis e inmoléis al Sagrado Corazón del adorable Jesús… No queremos tener otra libertad que la de amarlo, ni otra gloria que la de pertenecerle en calidad de **esclavas** y víctimas de su puro amor… Queremos hacer consistir toda nuestra felicidad en vivir y morir en calidad de **esclavas** del adorable Corazón de Jesús, hijas y siervas de su santa Madre».*

**San Ignacio de Loyola,** en la Meditación sobre el misterio de Belén, se considera a sí mismo como un *«pobrecito **esclavito** indigno»* de la Sagrada Familia.

Es notable, por otra parte, que nuestra Consagración total, con el nombre que le da Montfort, se encuentra en un gran número de Ordenes muy antiguas, como los Cartujos, los Trapenses, los Carmelitas, etc.

Hermosísima es la oración que el gran **San Buenaventura** dirige a María: *«Gloriosísima Madre de Dios, Dueña del universo y Soberana de todo el género humano, a quien la corte celestial sirve con todos los Angeles, Arcángeles, Querubines, Serafines y todos los coros de los espíritus bienaventurados; yo, el más vil de los hombres y de las creaturas, espontáneamente, después de al Señor mi Dios, me entrego por entero como* ***esclavo*** *a Vos, Dominadora de las naciones y Reina de los reyes. Me despojo de todo derecho y de toda libertad, en la medida en que los poseo, para deponerlos por siempre en vuestras manos. Poseedme, Soberana, usadme, tratadme y empleadme* ***como vuestro esclavo.*** *Oh Soberana, os suplico que obréis así, y que no despreciéis la dependencia de vuestro siervo. Sed Vos mi Soberana eterna, y sea yo* ***vuestro esclavo eterno*** *mientras Dios sea Dios, a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén».*

**San Bernardo,** el «Doctor melifluo», exclama: *«No soy más que un vil* ***esclavo,*** *que tiene el gran honor de ser el siervo del Hijo al mismo tiempo que de la Madre».*

El célebre monje, **Notker de Liège,** se declara *«indignum Sanctæ Mariæ mancipium:* el indigno **esclavo** de Santa María».

Del **Papa Juan VII** (comienzos del siglo VIII) no nos quedan más que dos inscripciones, que dicen en griego y en latín: *«****Esclavo*** *de la Madre de Dios».*

**San Ildefonso** nos aporta el testimonio de su país, España, en el siglo VII, cuando escribe: *«Para ser el devoto* ***esclavo*** *del Hijo, aspiro a la fiel* ***esclavitud*** *de la Madre».*

Los siglos más remotos del cristianismo dan testimonio en favor de esta noble y santa esclavitud. En las ruinas de Cartago se encontró un gran número de inscripciones, que se remontan según unos al siglo VI, según otros al siglo IV, en las que los cristianos de ese tiempo se proclaman *«****esclavos*** *de la Madre de Dios».*

Tenemos, por fin, una prueba decisiva, suficiente por sí misma, de la legitimidad de la palabra, en el catecismo compuesto según los deseos del Concilio de Trento, y destinado a enseñar a los fieles la verdadera y sana doctrina cristiana en esos tiempos de innovadores y de herejes. En él se afirma que es *«muy justo que nos demos para*

*siempre a nuestro Redentor y Señor no de otro modo que como* ***esclavos****:* non secus ac mancipia».

¿No es asombroso que con testimonios tan formales y tan autorizados haya aún quienes puedan y se atrevan a poner en duda la ortodoxia de esta denominación tan cristiana?

★

Hasta ahora no se ha escrito una historia completa y profunda de la santa esclavitud. Sería muy deseable que se emprendiera esta obra. ¿Qué joven Montfortano cautivado por su ideal, o qué otro sacerdote de María se sentirá llamado a esta tarea, ardua pero preciosísima? Estamos persuadidos de que trabajadores inteligentes, concienzudos y tenaces, harían verdaderos descubrimientos en este terreno, como lo prueban los datos recogidos, por ejemplo, por Kronenburg C. SS. R. en Holanda, el Padre Delattre de los Padres Blancos en Cartago, Monseñor Battandier en Roma, etc.

Por lo que a ti se refiere, apreciado lector, repasa con tu corazón, a modo de oración, los hermosos testimonios que hemos citado más arriba. ¡Nos es tan provechoso repetir nuestra pertenencia total a María por los labios y por el corazón de estas grandes almas cristianas y marianas!

Entonces veremos cómo es cierto, según el decir de San Alfonso, que para nosotros *«reinar en esta tierra será precisamente servir como esclavos a Jesús y a su dulce Madre».*

Que nuestra firma vaya siempre acompañada de la expresión de nuestra pertenencia total: que la fórmula E. d. M. (esclavo de María), u otra semejante, sea inseparable de nuestro nombre.

Así firmaba invariablemente San Luis María de Montfort, nuestro Padre y modelo: *Luis María de Montfort, sacerdote y esclavo indigno de Jesús en María.*

# XI
# La santa esclavitud en la Escritura

Queda claro que no hay que dar una importancia exagerada a una palabra como tal, al nombre, en este caso, de **esclavitud** de la santa Madre de Dios. Pero como la palabra ha dado muchas veces materia a objeción, y como más de una vez se ha pretendido que era anticristiana, debemos estudiarla un poco más ampliamente para defenderla y explicarla. Vamos a demostrar que es **escrituraria,** empleada por la misma Escritura para expresar nuestras relaciones para con Dios, para con Jesucristo, y lo que es más, empleada frecuentemente en el **Nuevo Testamento,** bajo la ley de amor y de filiación; y que, por consiguiente, es absolutamente imposible que se encuentre en contradicción con el verdadero espíritu del cristianismo, tal como lo promulgó Cristo, nuestro Doctor y Legislador.

Es indudable que los Apóstoles tenían el espíritu auténtico querido por Cristo. Pues bien, ellos no titubean en proclamarse **esclavos de Dios, esclavos de Cristo,** sirviéndose para ello de la palabra griega *doulos,* que a menudo no puede tener otro significado [1].

**San Pedro** nos llama *«esclavos de Cristo»* en un pasaje que se dirige formalmente a los «hombres libres» [2]. Para **San Pablo** todos los hombres, sean esclavos o libres en la sociedad humana, son *«esclavos de Dios, esclavos de Jesucristo»* [3].

---

[1] Este es el parecer de la exégesis moderna. A pesar de las repugnancias contemporáneas por esta palabra, los traductores modernos se ven obligados frecuentemente a usarla. Un exegeta protestante moderno, que goza de gran autoridad en materia de crítica literaria bíblica, concluye así un estudio importante sobre el tema: *«El grupo de palabras **doulos, doulé,** etc., sirve para expresar las relaciones de dependencia absoluta, en las que, a las exigencias totales del **kyrios,** responde la entrega absoluta del **doulos.** Frente a la voluntad del señor no hay lugar para la voluntad propia, ni para la iniciativa personal frente a sus prescripciones. Con todo, es de notar que en ninguna parte se trata de esclavitud en un sentido humillante y despreciativo, como era frecuente en el mundo helénico».*

[2] I Ped. **2** 16.

[3] Ef. **6** 6; I Cor. **7** 21; Rom. **6** 22.

**Los Apóstoles** se llaman a sí mismos *«esclavos de Jesucristo»,* y por lo tanto no consideran este título y apelación como por debajo de su dignidad de hijos de Dios y de enviados de Jesucristo. Así se expresan San Pedro [1], San Judas [2], Santiago el Menor [3], y muchas veces San Pablo [4]. Aparentemente es para ellos un honor, un gran honor, ser llamados así, puesto que inscriben esta apelación en el encabezado de sus cartas apostólicas.

**Nuestra Madre** misma no retrocede ante esa denominación; al contrario, parece amarla especialmente, puesto que, en las dos ocasiones en que Ella tuvo que determinar su actitud respecto de Dios, se llama humildemente la esclava del Señor: *«He aquí la esclava del Señor»,* declara al Arcángel que le trae la gran Nueva; *«Ha mirado la pequeñez de su esclava»,* canta en casa de Santa Isabel cuando esta exalta los esplendores de su maternidad divina…

Y —¿cómo se pudo olvidar?— de **Cristo mismo** dice San Pablo que tomó *«la forma de esclavo»;* y a este título hizo todo lo que conviene al esclavo: *«se hizo obediente»* (pues un esclavo debe obedecer) *«hasta la muerte»* (el dueño tenía sobre su esclavo derecho de vida y muerte) *«y muerte de cruz»* (la muerte de cruz estaba reservada a los esclavos) [5]. Ahora bien, el Apóstol, al comienzo de este magnífico pasaje, nos recomienda tener los mismos sentimientos y las mismas disposiciones que Cristo Jesús: y así nos exhorta formalmente, no sólo a la humildad y a la obediencia, sino a la santa y preciosa esclavitud.

¿Será preciso repetirlo? Una apelación que el mismo Espíritu de Dios da, no sólo a los cristianos, sino también a los Apóstoles, a la Reina de los Apóstoles, y al mismo Rey de gloria, no puede contener nada de deshonroso, de envilecedor, ni nada que pueda estar, de cualquier modo que sea, en oposición con el verdadero espíritu cristiano.

★

Seríamos tal vez demasiado incompletos si no hiciéramos notar que los Apóstoles se llaman esclavos de Dios y de Cristo, no sólo como de paso, sino apoyándose en esta cualidad, insistiendo en ella,

---

[1] II Ped. **1** 1.
[2] Jud. **1** 1.
[3] Sant. **1** 1.
[4] Rom. **1** 1; Fil. **1** 1; Tit. **1** 1.
[5] Fil. **2** 5-8.

y exprimiéndola a fin de sacar de ella consecuencias prácticas para sí mismos y para los fieles.

Es evidente que un esclavo debe vivir para su señor, y para él solo. San Pablo concluye de ahí que debe tratar de agradar sólo a Cristo, y eso es para nosotros una lección importante: *«¿Busco acaso complacer a los hombres? Si todavía tratase de complacer a los hombres, no sería esclavo de Cristo»* [1].

En otra parte vuelve sobre el mismo pensamiento: *«Obedeced no sólo cuando vuestros amos tienen los ojos puestos en vosotros, como quienes buscan agradar a hombres, sino como esclavos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios con toda el alma, sirviendo con buena voluntad al Señor y no a los hombres»* [2].

Los siguientes deberes que el Apóstol impone a su discípulo Timoteo son para él, evidentemente, la consecuencia de nuestra condición de esclavitud respecto de Cristo, y esta palabra es, una vez más, una indicación preciosa para nuestra propia conducta: *«El esclavo del Señor no debe pelearse, sino ser manso para con todos, atento a enseñar, sufrido, que con mansedumbre instruya a los adversarios, por si tal vez les inspira Dios arrepentimiento que los lleve al pleno conocimiento de la verdad»* [3].

★

Hay textos de la Escritura, es cierto, que parecen excluir para los cristianos esta denominación de *esclavo,* y que estarían por tanto en oposición con los pasajes que acabamos de citar. Pero, si se los estudia en el contexto en que están situados, es fácil resolver las objeciones que parecen plantear.

En su discurso de despedida Jesús dice a sus Apóstoles: *«Ya nos os llamo siervos, esclavos… A vosotros os he llamado amigos»* [4].

Estas palabras no pueden querer decir que Jesús condena de ahora en adelante esta denominación. En efecto, tres de los apóstoles presentes en la última Cena, Pedro, Santiago y Juan, al escribir bajo la inspiración del Espíritu Santo, se dirán más tarde con orgullo *«esclavos de Jesucristo».* Observemos, pues, que Jesús no dice: «Vosotros ya no sois mis esclavos», sino *«Ya no os llamaré más*

[1] Gal. **1** 10.
[2] Ef. **6** 6.
[3] II Tim. **3** 24-25.
[4] Jn. **15** 15.

*así».* El amor condescendiente del Maestro —así es el amor— quiere suprimir las distancias, olvidar que sus «hijitos» son sus súbditos, sus servidores. Estos, al contrario, en su humildad llena de afecto, insistirán en reconocer y proclamar bien alto —¿quién no lo comprendería?— su pertenencia total y su dependencia radical y eterna, su condición de «esclavo», respecto del Maestro amadísimo.

Si consideramos las cosas superficialmente, hay una condenación clara de la palabra «esclavo» en el siguiente texto de San Pablo: *«Pues sois hijos, envió Dios desde el cielo de cabe Sí a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba! ¡Padre! De manera que ya no eres esclavo, sino hijo»* [1].

Sin duda alguna, ante todo, somos hijos de Dios y de la bienaventurada Virgen María. Pero esta filiación, como luego explicaremos más a fondo, no contradice nuestra condición de esclavos voluntarios y de amor de Dios, de Cristo y de su divina Madre.

Por lo que se refiere al texto que se nos objeta, notemos primero que no podría tratarse de la condenación de toda esclavitud espiritual, de nuestra servidumbre esencial respecto de Dios y de Cristo. El Apóstol se contradiría claramente, y en la misma Epístola; pues en esa misma carta a los Gálatas se llama *«esclavo de Cristo»,* y deduce de ello algunas consecuencias prácticas [2].

¿Cuál es, pues, su verdadero pensamiento? Reléase atentamente todo el capítulo, y se dejará ver fácilmente. San Pablo compara la humanidad a un hijo —por lo tanto, heredero— que al principio, por ser aún niño, se encuentra bajo tutela y difiere muy poco de un servidor o de un esclavo. Pero ese niño se hará grande, alcanzará la mayoría de edad, y podrá entonces hacer valer todos sus derechos de hijo. De modo semejante la humanidad es hija de Dios. Pero primero fue colocada por Dios bajo la tutela de la Antigua Ley, obligada a las numerosas y difíciles prescripciones de la ley mosaica. Fue una especie de esclavitud, de la que la humanidad debía ser liberada por el Hijo encarnado de Dios, cuando llegase la plenitud de los tiempos. Por eso, la esclavitud que excluye aquí San Pablo, y que es incompatible con la «libertad de los hijos de Dios», es la sujeción a las numerosas y minuciosas prescripciones, y a los principios elementales de moralidad, de la Antigua Ley. Esta «esclavitud» no conviene ya a los hijos de Dios, desde el momento en que se han

[1] Gal. **4** 6-7.
[2] Gal. **1** 10.

hecho grandes al vivir bajo la Nueva Ley. Como se puede ver, no se trata aquí de la esclavitud en el sentido de dependencia absoluta y eterna respecto de Dios, tal como lo entendemos nosotros, tal como lo entiende el mismo San Pablo cuando se proclama esclavo de Dios y de su Cristo.

En la Epístola a los Romanos hay un texto parecido, pero tan fácil de explicar como el primero. *«Cuantos son llevados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Porque no recibisteis espíritu de esclavitud para reincidir de nuevo en el temor; antes recibisteis Espíritu de filiación adoptiva, con el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre!»* [1].

Ante todo, se impone la misma observación que antes. Es imposible que San Pablo condene aquí la esclavitud en el sentido de dependencia total y definitiva de Dios, porque él mismo, en esta misma Epístola, se ha proclamado *«esclavo de Cristo»* [2], y llama luego a los fieles *«esclavos de Dios»* [3]. El «espíritu de esclavitud» excluido aquí por San Pablo es, como él mismo lo dice formalmente, *«el espíritu de servidumbre en el temor»,* esto es, el temor servil, incompatible con el espíritu de la filiación divina. La santa esclavitud de Cristo en María, tal como nosotros la practicamos, no conduce de ningún modo a este temor servil, sino que, al contrario, libra totalmente de él, como lo afirma Montfort y la experiencia lo demuestra, y conduce al alma al amor más filial y confiado a Dios y a María [4].

★

En una de esas páginas profundas y maravillosamente hermosas cuyo secreto tiene San Pablo, y que se puede meditar durante días enteros, el Apóstol nos entrega su pensamiento sobre la libertad y la esclavitud espirituales, y nos indica a qué esclavitud debemos renunciar, y a qué esclavitud estamos rigurosamente obligados. La escribe a los gallardos Romanos.

*«¿No sabéis que, cuando os entregáis a uno como esclavos para obediencia, esclavos quedáis de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para muerte, ya de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios de que, habiendo sido esclavos del pecado,*

[1] Rom. **8** 14-15.
[2] Rom. **1** 1.
[3] Rom. **6** 22.
[4] Verdadera Devoción, nn. 215-216.

*obedecisteis de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y liberados del pecado, fuisteis* ***esclavizados a la justicia…*** *En efecto, como entregasteis vuestros miembros como esclavos a la impureza y a la iniquidad para la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros como esclavos a la justicia para la santidad. Pues cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto de la justicia. ¿Qué fruto, pues, lograsteis entonces? Cosas son de que ahora os ruborizáis, ya que el paradero de ellas es la muerte. Mas ahora, liberados del pecado y* ***esclavizados a Dios,*** *tenéis vuestro fruto en la santidad, y el paradero, la vida eterna»* [1].

La doctrina de San Pablo es esta: Cristo nos ha liberado de la sujeción a la Antigua Ley, y sobre todo nos ha liberado de la esclavitud del pecado, de la carne o de la naturaleza humana corrompida. Pero ahora somos esclavos de la justicia para la santidad y la vida eterna; debemos ser libremente esclavos de Dios, a quien Cristo nos ha sometido.

El Apóstol no condena de ningún modo, sino que más bien aconseja, la «esclavitud» respecto de Dios y de Cristo Jesús, en el sentido de una sumisión total, absoluta, que no contradice en nada a nuestra dignidad de hijos de Dios, por estar inspirada en el amor y ser libremente aceptada.

Conclusión: Quien no cita a la ligera un pasaje de la Escritura, arrancado de su contexto, sino que se da la pena de estudiar seriamente los pasajes de nuestros santos Libros que hablan de la esclavitud respecto de Dios y de Cristo, ha de admitir que no sólo no se puede sacar de la Escritura ninguna objeción fundada contra la santa esclavitud, sino que, al contrario, esa santa esclavitud es enseñada y recomendada positivamente en nuestros Libros Santos por el Espíritu de Dios; y que, al llamarnos esclavos voluntarios y de amor de Cristo en María, y sobre todo al conducirnos como tales, obramos y vivimos según el más puro espíritu cristiano, tal como se desprende de la Escritura inspirada por Dios, especialmente de los libros del Nuevo Testamento.

[1] Rom. **6** 16-22.

# XII
# ¿Qué significa ser “esclavo de amor”?

Según el sentimiento de los Padres y Doctores de la Iglesia, el parecer de los Sumos Pontífices, de los Santos y de los escritores ascéticos, y según la mismísima Escritura, podemos llamarnos «**esclavos**» de Dios, de Jesucristo, y también de la Santísima Virgen María. La santa esclavitud de que habla San Luis María de Montfort es totalmente conforme al espíritu del cristianismo; ¿qué digo?, constituye como su médula y su más pura esencia.

Pero es de la mayor importancia comprender bien el sentido exacto de este término de **esclavitud.** Sobre el significado de esta palabra han habido muchas ideas falsas y muchos errores de interpretación, que ha podido alejar a un cierto número de almas de la práctica de nuestra perfecta Devoción a Nuestra Señora.

Ante todo, es evidente que, al emplear esta palabra en un orden superior y sobrenatural, no pretendemos de ningún modo *aprobar o recomendar la esclavitud entre los hombres.* La Iglesia Católica, más que nadie, luchó por la abolición de esta esclavitud.

Al llamarnos **esclavos voluntarios de Jesús y de María** no pretendemos tampoco *introducir, en nuestras relaciones con Dios y con su santísima Madre, los* ***abusos*** *de la esclavitud humana.*

No queremos decir con ello que Dios o la Santísima Virgen nos han de tratar de ahora en adelante con dureza, como hacían demasiado frecuentemente los amos de esclavos con sus víctimas.

No queremos decir tampoco que habríamos de acudir tan sólo con un temor rastrero y servil a Aquella que es la más dulce y la más amante de las Madres.

¡No! La crueldad de los amos y la servilidad de los esclavos eran **accidentales** incluso a la misma esclavitud humana, y no pertenecen por tanto a la naturaleza y esencia misma de la esclavitud.

Había también amos buenos y caritativos. Y no faltaban esclavos llenos de afecto y fidelidad, que servían a sus amos libre y voluntariamente.

Con mayor razón, pues, hemos de excluir los abusos señalados, de la hermosa y noble esclavitud a la que queremos entregarnos.

Por consiguiente, debemos tomar aquí el término «esclavitud» en su acepción puramente **esencial,** y entonces no significa nada más que **pertenencia y dependencia total, definitiva y gratuita.**

Un esclavo era un hombre que pertenecía a otro con todo lo que era y con todo lo que poseía, y eso para toda su vida y sin tener derecho legalmente a ninguna retribución.

Así es como queremos pertenecer a Jesús por María: por entero, para siempre y por amor desinteresado.

Vamos incluso mucho más lejos que el esclavo ordinario en nuestra dependencia y en nuestra pertenencia.

Un esclavo pertenecía a su amo solamente en lo referente al **exterior,** en el orden **natural** y eso únicamente durante su **vida mortal** en esta tierra; mientras que nosotros pertenecemos a Jesús por María en lo que se refiere al exterior y al **interior,** en el orden natural y en el **sobrenatural,** durante el tiempo presente y **por toda la eternidad.**

Por lo tanto, cuando nos llamamos esclavos de Dios y de la Santísima Virgen, queremos decir esto, todo esto, y nada más que esto: pertenencia radical, universal, eterna, de puro amor, a Dios por María.

★

Observemos además que nuestra esclavitud es una esclavitud **voluntaria.**

De ordinario —aunque no siempre— los esclavos no se convertían en tales sino por coacción exterior, y sólo lo seguían siendo por fuerza y por violencia.

Nosotros somos esclavos **voluntarios:** con todas las energías de nuestra libre voluntad aceptamos la esclavitud perfecta de Cristo y de María, y perseveramos luego en ella. **Queremos** libremente ser esclavos de Dios, aun cuando no estuviésemos obligados por naturaleza a esta dependencia absoluta. **Queremos** libremente ser esclavos de María, aun cuando Ella no tuviese, como tiene en realidad, títulos que hacer valer a nuestra pertenencia total respecto de Ella.

Y obsérvese bien, somos esclavos **de amor.**

El amor, y todo amor, produce la dependencia. Jesús hace consistir precisamente el verdadero amor por El en el cumplimiento de sus voluntades, de sus mandamientos. En la misma medida en

que amamos a alguien, en esa misma medida nos hacemos dependientes de él, y no podemos negarle nada. Y parece que sólo el amor puede hacer a alguien completa y definitivamente dependiente.

Este será también el efecto de nuestro amor a Jesús y a su santísima Madre. Puesto que este amor es el más fuerte y poderoso que pueda cautivar a un corazón humano, lleva a la dependencia más completa y radical, esto es, a la esclavitud.

En un sentido infinitamente más noble que el hombre mundano, cautivo y esclavo de sus amores vergonzosos, nosotros somos los libres, orgullosos y envidiables esclavos del amor más hermoso y puro que pueda encender a un alma humana. Nuestra esclavitud procede del amor, y no puede proceder más que del amor. Y conduce también al amor, como lo enseña Montfort y como lo prueba la experiencia: conduce al más filial y confiado amor a Dios y a su santísima Madre.

Nuestra esclavitud no es una esclavitud vergonzosa y degradante. No. Pues *«servire Deo regnare est:* servir a Dios es reinar», es ser rey. En definitiva, pues, no tenemos como creaturas más que una sola grandeza y una sola gloria: la de depender de Dios y de aquellos que se encuentran revestidos de su autoridad. Y cuanto más lejos se avanza en esta esclavitud, y más profunda se hace esta dependencia, tanto más agradable se hace el hombre a los ojos de Dios, de sus Santos y de sus Angeles. Ahora bien, nuestra «esclavitud» es indiscutiblemente la esclavitud llevada a su apogeo, tanto en su duración como en su extensión y en la intensidad de la dependencia. *«Nada hay entre los cristianos»,* dice Montfort con razón, *«que nos haga pertenecer a otro como la esclavitud; nada hay tampoco entre los cristianos que nos haga pertenecer más absolutamente a Jesucristo y a su santísima Madre como la esclavitud de voluntad»* [1]. Estemos orgullosos de nuestra condición de **esclavos voluntarios y de amor de Jesús en María.**

Llevemos su señal exterior y pública de buena gana, bajo la forma de nuestra hermosa insignia.

Pero llevemos nuestro título y nuestra insignia con dignidad: *Nobleza obliga…*

Acordémonos en nuestra vida cotidiana de que en todo, pensamientos, palabras, acciones, debemos depender de Jesús y de María, y de que en todo debemos buscar sus intereses y su gloria.

[1] Verdadera Devoción, nº 72.

# XIII
# "¡Qué consuelo!"

En las páginas precedentes hemos intentado ilustrar plenamente en qué consiste la Consagración a Jesús por María, tal como la propone San Luis María de Montfort. Por este acto nos damos realmente, por entero, para siempre y por puro amor, a Jesús por María. A esto **llamamos** ser esclavo de amor, esclavo voluntario de Jesús en María, porque no existe ningún otro término de la lengua humana que exprese de una sola vez esta pertenencia total, definitiva y gratuita.

Ahora se plantea la siguiente cuestión: ¿Cuáles son las **consecuencias** y **obligaciones** que se derivan de este acto?

En un doble texto nuestro Padre fijó y condensó las consecuencias consoladoras de nuestra perfecta donación. *«Esta devoción hace dar a Jesús y a María, sin reserva, todos los pensamientos, palabras, acciones y sufrimientos, y todo el tiempo de la vida, de modo que sea que se vele o duerma, sea que se beba o que se coma, sea que se realicen las más grandes acciones o las más pequeñas, siempre resulta verdadero decir que lo que se hace, aunque no se piense en ello, es de Jesús y de María, en virtud de nuestra ofrenda, a menos que se la haya expresamente retractado.* ***¡Qué consuelo!****»* [1].

Y en otra parte: *«Conociendo la Santísima Virgen, a quien cedemos el valor y el mérito de las buenas obras, dónde está la mayor gloria de Dios, un perfecto servidor de esta buenísima Señora, que a Ella se ha consagrado por entero, puede decir sin temor que el valor de todas sus acciones, pensamientos y palabras se emplea para la mayor gloria de Dios, a menos que revoque expresamente su ofrenda. ¿Puede encontrarse algo más consolador para un alma que ama a Dios con amor puro y desinteresado, y que aprecia más la gloria de Dios y sus intereses que los suyos propios?»* [2].

Para Montfort, pues, es absolutamente cierto que, en virtud de nuestra perfecta Consagración, todos los actos de nuestra vida

---

[1] Verdadera Devoción, nº 136.
[2] Verdadera Devoción, nº 151.

pertenecen verdaderamente a Jesús y a María, y son orientados infaliblemente a la mayor gloria de Dios. Y Montfort, guía segurísimo, que se mueve con facilidad y seguridad en las cuestiones más difíciles de la teología especulativa y práctica, no exagera en modo alguno.

Nuestro Acto de Consagración es un acto de voluntad plenamente reflexionado, profundamente consciente, realizado con todas las energías de nuestra alma. Nadie podría dudar de que este acto consiga su efecto, y nos haga pertenecer realmente a Jesús por María. Por esta Consagración nuestra vida queda orientada totalmente y para siempre a Jesús como a su fin principal y último, y a María como a su fin universal inmediato y secundario. Esta orientación, de suyo, es estable y duradera. Se hará sentir durante toda nuestra vida, a no ser que la retractemos y cambiemos. Este acto de voluntad sólo puede ser anulado por otro acto de voluntad netamente realizado, que expresa o implícitamente revoque el anterior. Un acto de voluntad libre tiene este efecto admirable, el de perdurar cuanto a sus efectos mientras no se lo retracte por un acto opuesto.

Nuestra donación dejaría de producir sus efectos santificantes y consoladores si alguien —Dios no lo quiera— dijera: Retracto mi acto de Consagración, ya no quiero ser de María.

Por el **pecado mortal** nuestra pertenencia total a María queda anulada **de hecho:** mientras el alma permanezca en este triste estado no posee la caridad sobrenatural, y sólo por la caridad quedamos ligados a Jesús y a María, y pueden nuestras acciones ser su propiedad y su glorificación. Pero desde que el alma se reintegra a la gracia por un acto de caridad o de contrición perfecta, o por la recepción de un sacramento, revive al punto esta pertenencia total a Jesús por María, que da valor a toda nuestra vida y a todas nuestras acciones.

Montfort tiene razón de decir que **todos** los actos, **todos** los instantes de nuestra vida, serán una glorificación de nuestra divina Madre. En efecto, **todo** le ha sido dado: de modo que todas nuestras acciones, que son actos humanos, esto es, realizados bajo la influencia, directa o indirecta, de la voluntad libre, quedan orientadas a la glorificación de Dios y de su santísima Madre, y realizan y aumentan realmente esta gloria.

Y Montfort no se equivoca cuando observa que no sólo nuestras acciones más importantes, como la oración, el estudio, el apostolado, etc., sino también nuestras acciones más ordinarias e

insignificantes, como las comidas, el descanso, los cuidados corporales, la recreación, etc., participan de esta influencia sobreelevante de la gran intención que domina toda nuestra vida. ¿No dice San Pablo: *«Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»*? [1].

Y Montfort tiene también razón cuando añade: *«Aunque no se piense en ello».* En efecto, para realizar una obra meritoria no es necesario que la intención sobrenatural sea renovada o **actual:** basta para eso una intención general o permanente, la intención **habitual.** Esta buena intención sigue ejerciendo su influencia sobre mi vida, mientras no sea neutralizada y anulada por una intención explícita o implícita incompatible con la precedente.

Por la mañana me he dado generosamente a Jesús por María con todas mis acciones. Ahora estoy absorto en mis ocupaciones, distraído de pensamientos más elevados por el trato incesante con mi prójimo: sin embargo, todo sigue perteneciendo a Jesús y a María, a no ser que realice un acto que sea incompatible con esta pertenencia. Si digo una mentira, si falto levemente a la caridad, **por este acto** retracto, no expresamente, pero sí **de hecho,** mi donación, sin que por eso resulte destruida la intención general de hacerlo todo por Jesús y por María, intención que, desde el acto siguiente, podrá ejercer de nuevo su virtud bienhechora.

Esta es claramente la doctrina de Montfort, en perfecta conformidad con la mayoría de los teólogos y con los mejores maestros de la vida espiritual, como Santo Tomás de Aquino, San Francisco de Sales y muchos otros [2].

★

Volvamos a las consecuencias prácticas que se derivan de estas consideraciones.

Por el momento no podemos dejar de subrayar una palabra en los textos que hemos citado: *«¡Qué consuelo!».*

¡Qué felicidad y qué alegría saber que todos los instantes de nuestra existencia apuntan, no sólo a la gloria, sino a la **mayor** gloria de Dios, *ad majorem Dei gloriam,* y la realizan infalible y perfectamente, porque Nuestra Señora sabe siempre claramente dónde buscar esta mayor gloria, y apunta a ella indefectiblemente en

---

[1] I Cor. **10** 31.

[2] Santo Tomás, *Summa Theologiæ,* I[a] II[æ], 6, 3. — San Francisco de Sales, *Tratado del amor de Dios,* libro XII, cap. 8.

la aplicación de los valores espirituales de nuestra vida, que voluntariamente le hemos entregado!

¡Qué felicidad y qué alegría saber también que, como efecto de nuestra donación, cada pensamiento, cada palabra, cada acción, cada instante, pasan a ser como un canto de amor y alabanza que sube ante su trono y resuena en las profundidades más íntimas de su Corazón materno!

¡Es tan pobre, tan raquítica, tan miserable, la respuesta que la mayor parte de los hombres da al amor magnífico de María!

Ella es Corredentora. Lo que quiere decir que no sólo Ella contribuyó a nuestra redención, a nuestra liberación, por su colaboración al espantoso sacrificio del Calvario; sino también que, así como todos los actos de la vida de Jesús fueron actos redentores, del mismo modo todos los actos de la vida de la Santísima Virgen, al menos desde que Ella se convirtió en Madre de Jesús, fueron actos de Corredentora. Es decir, Ella ofreció por nosotros todas sus acciones, realizó por nosotros todos sus trabajos, presentó por nosotros todas sus oraciones, sufrió por nosotros todos sus dolores, derramó por nosotros todas sus lágrimas, entregó por nosotros todos los instantes de su vida.

Y en el cielo su pensamiento materno no nos abandona nunca: también allí Ella está, por decirlo así, a nuestro servicio enteramente y en todo instante, con los esplendores de su inteligencia, la llama de su corazón, la fortaleza de su brazo, la irresistible fuerza de su oración.

¿Y nosotros pensaríamos hacer bastante por Ella ofreciéndole, como la mayoría de los cristianos, incluso fervorosos, un cuarto de hora por el rezo —muy loable, por otra parte— de algunas oraciones en su honor?

No, nuestro amor no podría contentarse con una respuesta tan incompleta, tan parcial… Nuestro amor sueña con glorificarla a **todas** horas, en cada minuto de esta vida…

¡Y este sueño, gracias a nuestra Consagración, se convierte en una realidad incontestable!

Obremos de modo que esta realidad sea cada vez más actual y más profunda.

¿Qué alma prendada del verdadero amor a María dejará de comprender y repetir la exclamación de Montfort, cuando nos revela este lado espléndido de su verdadera Devoción: *«¡Qué consuelo!»*?

★

Acabamos de recordar este efecto tan consolador de nuestra perfecta Consagración, que como consecuencia de este acto cada pensamiento, cada palabra, cada acción libre, cada instante de nuestra vida humanamente vivido, pertenece a Jesús y a María, constituye un canto de amor y una alabanza purísima dirigida a la Reina de nuestros corazones y a Cristo mismo, nuestro Rey. Falta sacar algunas conclusiones prácticas de lo que acabamos de ver.

1º Hemos oído más de una vez cómo algunos se insurgían contra la difusión pública y masiva de la perfecta Devoción a Nuestra Señora. «¿De qué sirven», se decía, «todas estas consagraciones, estas inscripciones en masa en los registros de una archicofradía? La gente no es mejor por eso. Muchos olvidan rápidamente lo que han hecho».

Esta objeción se parece muchísimo a las que se hacen contra la Comunión frecuente. Consideramos exageradísima la afirmación de que la mayoría de los esclavos de amor sacan de su donación muy poco progreso perceptible, y que no se acuerdan sino muy raramente de su Consagración. Pero aun cuando esto fuera cierto, no por ello deberíamos dejar de atraer a todos si pudiéramos, como nos lo pide nuestro Padre, a esta verdadera y sólida Devoción [1]. El motivo principal de este celo debe ser el efecto tan consolador de esta donación, que acabamos de recordar. ¿No es algo grande, grandísimo, que todo lo que hacen estas personas consagradas, aun cuando no piensen en ello, pertenezca a Jesús y a María en virtud de su ofrenda; que su vida, en todas las acciones que no son pecado, sea una glorificación continua de Nuestra Señora, el reconocimiento íntegro de sus derechos sobre ellas, una adaptación plena al plan divino en este punto, y por consiguiente una santificación, secreta tal vez pero real, de todas estas vidas, y esto en un sentido mariano? ¿Nuestros esfuerzos de amplia difusión de la perfecta Devoción no quedan ya con esto suficientemente justificados y ricamente recompensados?

2º El pensamiento de lo que el **pecado** opera en el campo de nuestra donación a María, debe contribuir muchísimo a hacernos detestar y huir cuidadosamente toda falta.

La falta grave es la ruptura con Dios, el Bien supremo, pero también con María, nuestra Madre y Señora, con quien hemos quedado ligados por una promesa de fidelidad eterna. Nuestra vida, que debería haber sido un himno incesante de alabanza y de amor a

[1] Verdadera Devoción, nº 265.

Ella, no tiene ya valor para Ella, mientras dure este triste estado. ¡Qué estímulo nuevo para conservar con solicitud infinita el estado de gracia en nuestra alma, y que estímulo poderoso, si hubiésemos tenido la desgracia de caer en una falta mortal, para repararlo todo por una vuelta inmediata a Jesús y a María, y por la renovación fervorosa de nuestra Consagración —que es el acto más elevado de caridad perfecta para con Dios y su divina Madre— con la promesa sincera y ardiente de volver a emprender una vida nueva, totalmente entregada a su gloria!

Y ¡con qué cuidado no intentaremos evitar también toda falta venial, que es de hecho una retractación parcial de nuestra sublime donación, una infidelidad flagrante a la palabra dada, una especie de hurto de lo que ya les habíamos dado para siempre!

3º Decidámonos, además, a renovar frecuentemente nuestro acto de donación y la intención formal y explícita de hacerlo todo por amor a Jesús y a su dulce Madre.

Muy equivocado estaría quien razonase así: En virtud de mi Consagración definitiva todo en mi vida pertenece ya a Nuestra Señora; por lo tanto, es inútil preocuparme en renovar frecuentemente lo que ya ha sido hecho.

Al contrario, la renovación frecuente de nuestra donación es utilísima, si no necesaria.

Zarpa un barco. El piloto señala con el timón la buena dirección. ¿Basta esto para que ese barco llegue a buen puerto? Ciertamente que no. Los vientos y las olas hacen que el navío se desvíe, si el piloto no permanece constantemente en su puesto y, de vez en cuando, tal vez a menudo, de un golpe de timón enérgico, lo vuelve a poner en la buena dirección que con la tormenta corría el riesgo de perder.

Nuestra navecilla orientada, es cierto, hacia la Estrella del mar por nuestra Consagración total, puede abandonar esta orientación santificante. En lugar de navegar directamente hacia Jesús y María, puede ir miserablemente a la deriva en el amor de sí misma o de las creaturas, en la búsqueda de los placeres sensuales o de la alabanza de los hombres. Por eso, de un buen golpe de timón, hay que volver a poner rumbo a nuestro destino bendito, Jesús y María.

Añádase a esto que si nuestras acciones, por una intención sobrenatural **habitual,** son ya buenas y meritorias, no dejan de crecer en valor divino en la medida en que, de manera **actual** y explícita, las orientamos hacia Jesús y María. Nuestras acciones tienen dos fuentes principales de mérito: el grado de gracia

santificante con que realizamos estos actos, y la energía o vivacidad del acto de voluntad con que los llevamos a cabo. Quien sólo hace por la mañana su acto de ofrenda a Cristo por María, en el transcurso del día apuntará débilmente a la gloria de Dios y al reino de María. ¡Cuánto más sobrenatural y mariana, y por ende cuánto más meritoria, será la jornada de quien, veinte veces por día, renueva de manera bien consciente su acto de donación!

Volver a darnos frecuentemente a Jesús por María, y renovar nuestra intención de obrar por amor a ellos y por su gloria, será un verdadero adelanto hacia el **espíritu** de la santa esclavitud que el Padre de Montfort reclama de nosotros. Repitamos nuestra donación a la dulce Virgen al despertarnos y al levantarnos, y que esta misma donación sea nuestro último saludo de buenas noches a nuestra divina Madre. Hagámoslo antes de cada acto de piedad y de cada una de nuestras acciones principales, antes y después de nuestras comidas. Hagámoslo cada vez que suene la hora, cuando encontramos la imagen de nuestra Madre, en el momento de la tentación y de la prueba, como agradecimiento por una alegría o por un favor, etc. Hagámoslo con una fórmula compuesta por nosotros según nuestras conveniencias, o por fórmulas conocidas, indulgenciadas tal vez. Podremos hacer lo mismo, y aún mejor, con una mirada interior, con un grito del corazón, con un impulso de la voluntad, con un acto puramente espiritual: todo eso según nuestras conveniencias y preferencias. Pero hagámoslo frecuentemente, perseverantemente. Cada vez que lo hagamos daremos gusto al Corazón de Dios, y haremos sonreír de felicidad a la divina e incomparable Madre de Jesús.

# XIV
# Nuestra Consagración ¿comporta obligaciones?

Hemos visto que nuestra donación total y eterna a la Santísima Virgen tiene consecuencias benditas: mientras no se la retracte, todos nuestros actos son, como consecuencia de nuestra Consagración, actos de dependencia y de pertenencia amorosa a Jesús y a María. Y esto es un precioso consuelo.

Ahora se plantea con insistencia otra cuestión: ¿a nuestra Consagración se le suman también **obligaciones**? [1].

Está claro que la respuesta a esta pregunta es de la mayor importancia para los esclavos de amor y para quienes aspiran a esta santa esclavitud. Todos hemos de saber, y claramente, a qué debemos atenernos en este punto.

No es raro encontrar concepciones inexactas sobre este punto, como sobre muchos otros referentes a nuestra Devoción perfecta. Muy a menudo excelentes cristianos retrocedieron ante esta magnífica donación, a causa de las obligaciones y de las responsabilidades exageradas que imaginaban tener que asumir.

★

1º Ante todo *nuestra Consagración perfecta a Jesús por María no comporta por sí misma ninguna obligación nueva bajo pena de pecado.* Por lo tanto, quien fuese infiel a ella, ya en su totalidad, ya en una parte de su objeto, no cometería directamente ni pecado grave ni pecado venial.

La retractación **formal** y **explícita** de nuestra donación, en totalidad o en parte, y también el obrar **de hecho** contra el espíritu de esta Consagración, puede ser un pecado a causa de los **motivos** por los que se hace esta retractación, o porque el acto de retractación ya es pecaminoso por otro título. Así, por ejemplo, quien retractase total o parcialmente su Consagración por mal humor, por despecho, por ligereza o por falta de confianza, no quedaría exento de pecado,

[1] Acordémonos de que Pío XII pedía que se *«asuman lealmente todas las obligaciones»* de nuestra Consagración.

no precisamente por violar su donación, sino porque lo hace por motivos y sentimientos condenables.

Y no nos extrañemos de que nuestra donación, por sí misma, no comporte obligaciones en el sentido estricto de la palabra, esto es, bajo pena de pecado. Del mismo modo, nadie pretenderá que faltar a los votos de Bautismo o al acto heroico en favor de las almas del Purgatorio constituya pecado en sí mismo, aunque el acto por el que se falta a estas promesas pueda ser pecaminoso por otros motivos.

La infidelidad a nuestra preciosa Consagración no sería pecado en sí misma más que en el caso en que se hubiese dado a esta donación la sanción del voto, y el acto por el que se faltara a ella violara la consagración en los límites mismos en que habría quedado sancionada por el voto. No insistimos ahora en este voto. Más tarde, sin duda, tendremos oportunidad de volver sobre él. Por el momento nos limitamos a constatar que este voto es muy recomendable en sí mismo, pero sólo debe hacerse con prudencia, con pleno conocimiento de las obligaciones que se asumen, y en total dependencia del parecer de un director de conciencia esclarecido.

Retengamos, pues, ante todo, que nuestra Consagración no comporta por sí misma obligación alguna bajo pena de pecado.

★

2º Pero no por eso tendríamos que concluir que nuestra Consagración no tiene consecuencias morales ni nos impone ningún deber. Al contrario: nuestra donación total debe revolucionar nuestra vida. Debe darle una orientación nueva, y aportarle cambios profundos. Y aunque no podamos hablar de obligaciones en sentido estricto, nunca insistiremos lo suficiente sobre los deberes en sentido amplio que nos impone nuestra magnífica Consagración, obligaciones del mismo tipo que comporta, por ejemplo, el estado sacerdotal y religioso fuera de las prescripciones estrictas bien determinadas: **obligaciones de honor,** si se quiere. Desgraciadamente estamos demasiado acostumbrados a reducir la vida cristiana a la observancia de lo que es estrictamente obligatorio bajo pena de pecado mortal o venial. Eso no es más que el esqueleto de la vida cristiana: la verdadera y plena vida cristiana reclama la fidelidad a todo lo que se inspira en un amor de delicadeza a Jesús y a María.

La santa esclavitud tiene su **espíritu** especial, exigido por la donación total que hemos hecho, espíritu que debemos apropiarnos a todo precio, en el que debemos ejercernos sin cesar, al que hemos de

tratar de ser constantemente fieles. *«No basta»,* escribe Montfort, *«haberse dado una vez a Jesús por María en calidad de esclavo; ni siquiera basta hacerlo cada mes o cada semana, pues eso sería una devoción demasiado pasajera, y no elevaría al alma a la perfección a que es capaz de elevarla… La gran dificultad es entrar en el espíritu de esta devoción, que es hacer a un alma interiormente dependiente y esclava de la Santísima Virgen, y de Jesús por Ella»* [1].

Y si queremos entrar más adelante en el detalle de los deberes que comporta nuestra Consagración, y analizar con más profundidad el espíritu de la santa esclavitud, nos encontraremos frente a una doble práctica, a la que debemos tratar de conformar de buena gana todos los actos de nuestra vida.

Me he dado por entero y para siempre a la Santísima Virgen, Madre de Dios.

Por esto, **en primer lugar,** *ya no tengo derecho de disponer a mi gusto, según mi fantasía, de todo lo que le he consagrado,* de nada de lo que forma parte de esta donación. Todo eso: cuerpo y alma, sentidos y facultades, bienes espirituales y materiales, sobrenaturales y naturales, es verdaderamente su propiedad. Por consiguiente, no tengo derecho de disponer de ello sin su consentimiento, formalmente pedido o razonablemente presumido.

Y porque me he dado por entero y para siempre a Nuestra Señora, debo **en segundo lugar** *«dejarle entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, según su beneplácito».* Todas las decisiones y todas las disposiciones de Jesús y de María sobre mí mismo y sobre todo lo que es mío, deberé aceptarlas con perfecta y amorosa sumisión. Con la voluntad tendré que decir un valiente e incluso alegre *«fiat»* y *«amén»* a toda manera como a Ella le plazca disponer de lo que le pertenece sin reserva.

Vamos a extendernos un poco más sobre este doble principio. Pero observemos ya desde ahora que este doble principio, bien comprendido, se extiende muy lejos, y no comporta sólo la fidelidad elemental a todos los deberes generales y particulares que nos incumben, sino también debe llevarnos al desprendimiento más completo, al abandono más absoluto y a la más elevada perfección.

Montfort da un aviso más: *«He encontrado a muchas personas que, con admirable ardor, se han entregado a su santa esclavitud en*

[1] Secreto de María, nº 44.

*el exterior; pero raramente he encontrado a quienes hayan adquirido su espíritu, y aún menos que hayan perseverado en él»* [1].

Hombre advertido vale por dos.

Querríamos ser de esas almas generosas que aceptan totalmente las conclusiones prácticas de su donación santa, y que, por medio de esfuerzos valientes y perseverantes, tienden a adquirir el precioso **espíritu** de nuestro santo estado, esto es, la dependencia interior habitual respecto de Jesús y María.

Quien se dijera: «¡Eso no es para mí! ¡Es demasiado perfecto!», como lo hemos oído más de una vez, estaría recibiendo mal el aviso de Montfort.

Para acoger la verdadera Devoción no hay que ser perfecto: basta el deseo sincero de llegar a serlo, la voluntad firme de tender a ello.

Para convertirse en esclavo de amor, para ser buen esclavo de amor, una sola cosa es necesaria: la buena voluntad, ser alma de buena voluntad.

La gracia de Dios y el auxilio de nuestra incomparable Madre harán el resto.

[1] Secreto de María, nº 44.

# XV
# “Ser interiormente esclavo”: dependencia activa

El primer principio práctico del verdadero esclavo de amor será, como hemos visto, **no servirse de lo que ha consagrado a Nuestra Señora más que con su consentimiento y según sus voluntades.**

Esto se puede hacer de manera más o menos habitual, y también de manera más o menos perfecta.

Un día, al encontrarme con una dirigente de obras sociales, me dijo: «Padre, nunca hago nada sin pedirle permiso a la Santísima Virgen. Nunca voy a la mesa sin pedirle: Madre, ¿puedo comer? Nunca salgo de casa sin decirle: Madre, ¿puedo hacer este recado, este paseo? Y lo mismo para todo lo demás».

Eso es muy hermoso y perfecto, y es plenamente conforme al espíritu de nuestra dependencia interior de María. Eso es ser hijo de María. ¿Acaso los niños no piden consejo y permiso a su madre, o tratan al menos de leer en sus ojos la aprobación o desaprobación de la acción que se aprestan a realizar? Y los niños, como sabemos, son los más grandes en el reino de Dios.

Por lo tanto, esta práctica es muy recomendable, sobre todo para quienes quieren subir más alto y apuntan a una vida espiritual más intensa: mirar a María, consultarla para toda decisión de alguna importancia. «Madre, ¿puedo comprar este vestido? ¿puedo leer este libro? ¿debo renunciar a este espectáculo, a esta reunión? ¿puedo emplear mi tiempo de esta manera? ¿puedo contraer esta amistad, hacer esta visita, escribir esta carta?», etc.

Ordinariamente la respuesta de Nuestra Señora a estas preguntas, respuesta que Ella dará por la voz de la conciencia y por las inspiraciones de la gracia, será clara y neta. Aquí hay que ser leal, y no hacerse creer, por cobardía, por miedo del sacrificio y por amor de las comodidades, que María aprueba esta decisión, este acto, que Ella no puede de ningún modo considerar buenos. En las personas de sentido común y juicio recto este peligro no existe apenas. Y aunque de vez en cuando nos equivocásemos sobre algunos detalles, e imaginásemos que la Santísima Virgen nos dice

«sí» cuando en realidad ha dicho «no», la cosa no sería tan grave, puesto que habitualmente obramos, no sólo subjetiva sino también objetivamente, según sus designios y voluntades.

Hacemos notar también —lo cual es muy importante— que podemos usar más o menos imperfectamente según las miras de Nuestra Señora lo que le hemos consagrado. Podemos servirnos de nuestro cuerpo y de nuestra alma, de nuestros sentidos y de nuestras facultades, de nuestros bienes espirituales y temporales, de una manera que la Santísima Virgen **no tiene que desaprobar.** Ya está bien; eso ya es ser esclavo de María. Pero podemos también usar de todo ello de la manera que Nuestra Señora prefiere, **la que le sea más agradable.** Eso ya es mucho mejor: ya es ser esclavo **perfecto** de la santa Madre de Dios. Y es que, en efecto, hay cosas que nuestra divina Dueña **exige** de nosotros, hay otras que Ella nos **aconseja,** y hay otras que Ella nos **pide.**

En los ejemplos que siguen será fácil y provechoso hacer esta distinción.

Lo importante aquí es no obrar nunca como dueño, *«cum animo domini»,* en un espíritu de propiedad y de independencia. Y tanto más aprovecharemos, cuanto más formal y neto sea el recuerdo de nuestra dependencia.

★

Nuestro **cuerpo** está consagrado a María. ¡Qué motivo nuevo y apremiante tenemos en ello para conservar casto y puro este cuerpo, según el estado de vida que hayamos abrazado! A este cuerpo le concederemos ciertamente todo lo que le sea necesario e indispensable. Pero también lo mantendremos sujeto, sin ceder a sus caprichos ni satisfacer sus ridículas exigencias. Lo reduciremos a servidumbre, y no lo convertiremos nunca para los demás en piedra de escándalo por un porte indecente o vanidoso, o de cualquier otro modo; todo eso porque nuestro cuerpo es el templo de Dios, claro está, pero también porque es un templo consagrado a la Virgen purísima, a la Reina de las vírgenes.

Nuestros **ojos** le fueron consagrados. Nuestra mirada no se ha de posar jamás deliberadamente en cosas malas o peligrosas. Jamás nos han de servir para lecturas malsanas, para contemplar películas sensuales u otras representaciones chocantes. Cuando se presente la ocasión, impondremos a nuestros ojos una mortificación. Nos serviremos de ellos con alegría y agradecimiento para admirar lo

que Dios ha hecho de hermoso y grande por Ella y por nosotros: y eso porque tal es el deseo de Nuestra Señora y Dueña.

Nuestra **boca,** nuestra facultad de hablar consagrada a María, no la deshonraremos con conversaciones escandalosas o ligeras, ni por anécdotas atrevidas, ni por la crítica de la autoridad o del prójimo, ni ha de servir siquiera para la conversación **inútil** con las creaturas. Nos serviremos de ella para decir o cantar las alabanzas de Dios y de su santa Madre, para todo lo que es noble y útil, incluso para una distracción honesta y permitida, siempre según las voluntades y deseos de nuestra Madre.

Nuestra **inteligencia,** nuestra **imaginación** ofrecidas a María, no las dejaremos divagar con representaciones peligrosas ni ensueños malsanos; sino que las llenaremos del pensamiento de las cosas divinas, de la contemplación de la imagen y de la belleza de María, de la meditación de todo lo que es necesario o saludable para nuestro avance espiritual y el cumplimiento de nuestro deber de cada día: pues así lo quiere nuestra Madre y Señora, María.

Con nuestro **corazón,** del que María es Reina, amaremos sencilla, pura y generosamente, con todo amor legítimo según nuestra propia condición de vida y estado: con afecto paterno, materno o filial, con el amor mutuo de los esposos, con el casto afecto de un novio hacia su novia y viceversa, con el hermoso y noble afecto de una amistad santificante, y sobre todo con el amor evangélico hacia los pobres, los humildes, los desgraciados, los niños… Pero combatiremos y excluiremos enérgicamente todo afecto culpable, turbador, fuera de lugar, o simplemente el embarazoso y embrollador afecto de la creatura como tal; pues María debe dirigirlo todo en el reino de nuestro corazón.

Le hemos entregado nuestros **bienes temporales.** Sobre todo en estos tiempos calamitosos, nos prohibiremos todo lujo exagerado, todo gasto superfluo. Usaremos nuestros bienes temporales —¡los de Nuestra Señora!— según sus miras e intenciones: sí, para nuestro mantenimiento conveniente y el de nuestra familia, e incluso, en su debido tiempo, para una distracción útil, y a veces necesaria. ¡Nuestra Madre, nuestra Mamá más bien, comprende tan bien que podamos necesitarlas! Pero en el empleo de estos bienes materiales daremos también una amplia parte, aun a costa de sacrificios reales, a los pobres e indigentes, a las misiones, a la construcción de iglesias y al mantenimiento de los sacerdotes, a todas las obras cristianas, y especialmente a las obras marianas que apuntan al reino

de María y a la difusión de su perfecta Devoción… ¿Quién pensará en hacer esto, si no lo hacemos nosotros, esclavos de María?

Nuestro **tiempo** es de Ella. No queremos, como hace tanta gente hoy, perder, malgastar ni «matar» este tiempo tan precioso, no haciendo nada o haciendo naderías. De este tiempo emplearemos para el descanso y el recreo lo que sea estrictamente necesario y absolutamente útil. Dedicaremos una amplia parte de él a promover los intereses de Dios en nuestra alma por la oración, la meditación y la lectura piadosa. Este tiempo lo consagraremos a cumplir seria y valientemente los deberes de nuestro estado, las funciones de nuestro trabajo. Este tiempo lo usaremos, en la medida de nuestras posibilidades, para la gloria de Dios, el reino de su divina Madre, las obras de caridad y de apostolado, muy especialmente el apostolado mariano, el apostolado de la perfecta Devoción a Nuestra Señora.

★

Compréndase bien que no pretendemos ni podemos dar aquí una descripción **completa** de todo lo que comporta nuestra santa esclavitud bien entendida en materia de dependencia *activa* respecto de María. Por el momento no hacemos más que dar algunos ejemplos rápidos de las consecuencias prácticas implicadas por nuestra perfecta Consagración.

Sin embargo, de estos ejemplos se desprende suficientemente la conclusión de que la santa esclavitud exige una vida cristiana seria, y conduce a una vida cristiana santa y perfecta. Un verdadero esclavo de María es un verdadero cristiano; un esclavo lógico y consecuente en sus actos es un santo, un gran santo, con una santidad que se pide, es cierto, a todos los bautizados, pero que se impone a nosotros por un motivo nuevo y poderoso: nuestra Consagración a Jesús por María; santidad maravillosamente facilitada, por otra parte, porque toda esta tendencia hacia el austero espíritu del Evangelio queda irradiada de la sonrisa de nuestra incomparable Madre, e impregnada de su alentadora influencia.

# XVI
# “Ser interiormente esclavo”: dependencia pasiva

Hemos visto que nuestro primer deber como esclavos de Jesús en María es el de servirnos de lo que hemos entregado —cuerpo y alma, sentidos y facultades, bienes interiores y exteriores— sólo según la voluntad y los designios de la Santísima Virgen María.

El segundo principio práctico del hijo y esclavo de María puede formularse así: **dejar a Jesús y a María la plena y entera disposición de todo lo que le hemos entregado.**

Nuestro santo Padre definió muy claramente este deber en el Acto mismo de Consagración: *«Dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito…».*

Es este un deber evidente y elemental. Si me he **dado,** y dado realmente, debo reconocer a quienes me he entregado, teórica y prácticamente, el derecho absoluto y total de disponer a su gusto de todo lo que les he cedido. Sin esto mi donación, o no ha sido comprendida, o no ha sido hecha seriamente, o es inexistente y de ningún valor en la práctica.

Dejamos de lado por el momento la cuestión de saber si y hasta qué punto la Santísima Virgen interviene en el ordenamiento de nuestra vida, en la disposición de las circunstancias materiales y espirituales en que ha de transcurrir nuestra existencia.

En todo caso Nuestra Señora sabe, y ve en Dios, todo lo que nos rodea y todo lo que nos sucede. En todo esto Ella acepta los designios y la voluntad de la Providencia paterna y amorosa de Dios sobre nosotros. Ella quiere todo lo que quiere Dios, y asiente a todo lo que Dios permite. Por lo tanto, podemos decir que María dispone de nosotros y de todo lo que nos pertenece, al menos en el sentido de que Ella conoce, acepta y ratifica todas las disposiciones divinas relativas a nosotros.

Hemos dicho, y debemos repetirlo a menudo: *«Os dejo entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito…».*

Veamos rápidamente todo lo que se encierra y acumula en estas pocas palabras.

Le he entregado mi **cuerpo.** Si disfruto de excelente salud, consideraré este bienestar como un don de Dios y de María; lo aceptaré con agradecimiento, y utilizaré estas fuerzas para cumplir generosa y alegremente todos mis deberes. Pero si, al contrario, una indisposición, un dolor de cabeza, de dientes, de estómago, sacude y quebranta mi ánimo; si siento declinar mis fuerzas; si caigo en una enfermedad grave, preludio y presagio tal vez de una muerte próxima: en todas estas circunstancias me acordaré de que Dios y Nuestra Señora disponen así de este pobre cuerpo que yo les he consagrado, y repetiré sin cesar: *¡Hágase vuestra voluntad, y bendito sea vuestro santo nombre!*.

A Nuestra Señora le entregué mis **bienes temporales.** Si en este campo encuentro éxito y prosperidad, no me enorgulleceré por eso, sino que recibiré con agradecimiento todos estos bienes de la mano de Dios y de Nuestra Señora, y me serviré de ellos según sus designios. Pero me sucede también lo contrario. Disminuyeron mis ingresos, me recortaron el salario, y tuve que reducir considerablemente mi tren de vida. Soy pobre tal vez, sufro la indigencia y la miseria… Madre, no quiero murmurar ni quejarme. Tú has dispuesto así de los bienes temporales que yo te había cedido. Tu beneplácito es mi felicidad. Aun en medio de la pobreza y de las privaciones repetiré: *¡Hágase tu voluntad, y bendito sea tu santo nombre!*

Mi **reputación** te ha sido confiada y consagrada. Cuando me sienta llevado por la estima y el afecto de mis semejantes, trataré de ser humilde y de dirigir hacia Jesús y hacia Ti todo honor y toda gloria. Pero sucede que la autoridad parece retirar de mí o disminuir su confianza; encuentro menos amabilidad en mi entorno. Por ligereza o por malicia se daña más o menos gravemente a mi reputación. Al mirarte a Ti, oh María, perdonaré y olvidaré; al mirarte, aceptaré valiente y animosamente todo esto, pues todo esto son **tus** disposiciones sobre la reputación que yo te había entregado: *¡Hágase tu voluntad, y bendito sea tu santo nombre!*

Mis **parientes,** en la medida en que son míos, te los he entregado y cedido. Y vengo a enterarme de que viven en la prueba y el sufrimiento, en la pobreza y la dificultad, o están a punto de serme arrancados por la muerte. Madre, ten piedad de ellos en su miseria, pero en todo caso *¡hágase tu voluntad, y bendito sea tu santo nombre!*

También te he ofrecido y entregado mi **corazón.** Y todo corazón humano aspira al afecto. Y Tú, Madre, has hecho nacer a lo largo de mi vida flores de reconfortante amistad, y lucir en mi camino astros de beneficioso afecto. ¡Sé mil veces bendita por ello! Pero ahora surgen también en mi camino la zarza de la ingratitud, las espinas de la malevolencia, los cardos de la envidia. He tenido que atravesar muchas veces largas y pesadas noches de aislamiento y de abandono. ¡Gracias por todo esto: *hágase tu voluntad, y bendito sea tu santo y augusto nombre!*

**Yo mismo** me entregué a Ti, y Tú puedes disponer de mí. Me mantendré humildemente satisfecho del número de talentos que me hayas confiado, y de la medida de dones del espíritu que me hayáis concedido, aun si este número y esta medida son mucho más amplios y abundantes en los demás. Me contentaré con el humilde lugarcito que me hayas destinado en la sociedad. Aceptaré con agradecimiento el entorno de personas y de cosas en que me has colocado. En todo esto haré callar mis rencores y mis repugnancias. No quiero ser, como tantos otros, un descontento, un amargado, un quejoso. A pesar de todo iré a través de la vida con sol en el alma, con un canto de alegría en el corazón, con una sonrisa en los labios, porque soy tu esclavo de amor. Y puedo repetir, no, cantar sin cesar: *¡Hágase tu voluntad, y bendito sea tu santo nombre!*

Incluso por lo que se refiere al ser y a los dones **sobrenaturales,** quiero mantenerme apaciblemente contento y agradecido con la medida recibida, aun cuando otros hubiesen recibido gracias más preciosas, auxilios más importantes, misiones más elevadas. Sin dejar de tender seria y enérgicamente a la santidad en cuanto de mí depende, quiero estar alegremente satisfecho de la medida de vida divina que Tú me comunicas, de los medios de santificación que Tú me destinas, del grado de gloria eterna que Tú, como espero, me tienes reservado: de todo eso no deseo ni quiero sino lo que Dios y Tú misma, Ministra principal de las larguezas divinas, queráis destinarme y comunicarme. En el tiempo, y también en la eternidad, *¡hágase vuestra voluntad, y bendito sea vuestro santo y augusto nombre!*

Madre, soy tuyo en la hora de mi **muerte:** y tal como Tú, juntamente con Jesús, hayas dispuesto esta hora, con todas las circunstancias de tiempo, de lugar y de ambientes, con sus tristezas, angustias, dolores, terrores, luchas y combates; y también, ya lo sé, con todos los consuelos que Tú me tienes preparados para entonces, y con toda la asistencia sensible o secreta que quieras prestarme:

Madre, esta hora tal como Tú me la destinas y tal como Tú la dispongas, la acepto desde ahora sin temor, sin duda, con alegría y amor, porque será *tu* hora. También para mi última hora, *¡hágase tu voluntad, y bendito sea tu santo nombre!*

¡Qué hermosa, rica y feliz es la vida del verdadero hijo y esclavo de María! ¡Qué simple y santificador, y sobre todo qué glorificador para Dios y su santísima Madre, es este *«fiat»* incesante, este *«amén»* ininterrumpido, dicho con alegría y amor, a toda voluntad de Dios y de Nuestra Señora sobre nosotros!

★

Hermanos y hermanas en la santa esclavitud, recordemos fiel y frecuentemente estas consideraciones. ¡Por amor de Dios!, seamos consecuentes, seamos lógicos en vivir nuestra dependencia en cada instante y en toda circunstancia de nuestra vida.

¡Qué lamentable es comprobar tan a menudo que esclavos de María, en la práctica, olvidan casi totalmente su donación total a Nuestra Señora! Seamos esclavos de amor, no de palabra y de fórmula, sino de acto y de obra.

No es digno de esta sublime dignidad quien se queja en la menor contrariedad, quien no sabe aceptar el menor trato descortés, quien no sabe soportar la más ligera incomodidad, quien no sabe reconocer las disposiciones de Jesús y de María en las grandes o pequeñas pruebas de la vida. Miremos más allá de las causas inmediatas, humanas, creadas, que nos ocasionan esta injusticia, esta pena, este sufrimiento; pues por medio de ellos Jesús y María hacen valer sus derechos sobre quienes se han entregado a Ellos.

Y dejémoslos disponer de nosotros y de todo lo que nos pertenece **sin reserva,** sin excepción. No tenemos derecho a excluir esta enfermedad, esta situación, esta ingratitud, este trato indelicado. No nos toca a nosotros escoger, sino pronunciar nuestro *«fiat»* al pie de la letra, en **todo** lo que Dios y la Santísima Virgen quieran enviarnos.

Así, pues, que María disponga de nosotros **según su beneplácito, según como le plazca.** ¡Qué a menudo debe dudar nuestra Madre! «¿Podré pedirle a mi esclavo este sacrificio, esta situación, esta prueba, esta enfermedad? ¿No se dejará llevar a la tristeza, al abatimiento, al desaliento?». ¿No debe sonreírse a veces cuando nos oye proclamar su derecho **entero y pleno** de disponer de nosotros?

Madre amadísima, cuando reflexionamos en todo esto, se nos hace evidente a cada uno de nosotros cuántas veces hemos recortado, disminuido, robado y violado tus derechos sagrados sobre nosotros; qué lejos estamos de esta hermosa dependencia incesante, pedida por tu gran apóstol; qué frecuentemente hemos contradicho, por nuestros actos y por nuestra vida, lo que habíamos afirmado de corazón y de boca. Pero de ahora en adelante queremos ser lógicos en vivir la donación total que te hemos hecho, y dejarte obrar en todo y por todo, cueste lo que nos cueste. En nuestra incorregible flaqueza, oh Madre, contamos con tu auxilio omnipotente, que nos sostendrá y corregirá.

# XVII
# Riquezas incomparables

La Santísima Virgen puede disponer de todo lo que somos y de todo cuanto tenemos según su voluntad para mayor gloria de Dios, y nosotros aceptamos sin restricción sus disposiciones y decisiones. Por otra parte, no queremos hacer uso de lo que le hemos entregado por nuestra Consagración total, más que según la voluntad y los deseos de Dios mismo. En esto consiste, en sustancia, ser interiormente esclavo de Jesús en María.

Ahora nos es preciso decir algunas palabras sobre la aplicación de este doble principio, cuando se trata de nuestros bienes **sobrenaturales.**

En este campo con encontramos, ante todo, con la **gracia santificante** o nuestro ser sobrenatural: una cualidad, una manera de ser sobreañadida a nuestra naturaleza humana, que nos hace partícipes de la naturaleza divina, de su Ser íntimo, y nos da la capacidad radical de realizar los mismos actos de la vida propia de Dios.

A nuestra naturaleza humana corresponde, en el orden sobrenatural, la gracia santificante; a nuestras **facultades** humanas, inteligencia, voluntad, etc., corresponden las **virtudes sobrenaturales infusas,** teologales o morales, que nos hacen aptos, de manera inmediata, a realizar acciones sobrehumanas, sobrenaturales, y en un sentido verdaderamente divinas.

Pero además, para realizar estos actos sobrenaturales, debemos ser excitados y ayudados por una intervención, una influencia sobrenatural actual de Dios, a la que llamamos **gracia actual.** Todos conocemos por experiencia estas iluminaciones interiores, estas inspiraciones, estos impulsos espirituales que nos inclinan hacia el bien y tienden a apartarnos del mal.

De las virtudes sobrenaturales se distinguen realmente los **dones del Espíritu Santo,** que son instintos superiores, disposiciones infusas permanentes, por las que nuestras facultades, inteligencia y voluntad, son especialmente preparadas para recibir, aceptar y soportar fácil y prontamente las operaciones divinas en nosotros, y la influencia de las gracias actuales.

Al lado de todo esto tenemos, en el campo sobrenatural, los valores múltiples y preciosos de nuestras acciones.

Cada buena obra hecha en estado de gracia nos adquiere un **mérito** sobrenatural, esto es, nos da un derecho verdadero y estricto a un aumento de gracia santificante en esta vida, y de gloria eterna en el Paraíso.

Cada buena obra hecha en estado de gracia tiene también un valor **satisfactorio,** esto es, satisface en todo o en parte por las penas temporales que hemos merecido por nuestros pecados.

Con este valor satisfactorio están relacionadas las **indulgencias,** que borran las penas temporales merecidas por nuestras faltas, en cuanto que la Iglesia concede a nuestras acciones, en cierta medida, las satisfacciones de Cristo, de su Madre y de los Santos.

Además de los méritos propiamente dichos o de justicia, a nuestras buenas obras se les suman algunos **méritos de conveniencia;** es decir que Dios, fuera de la gracia y de la gloria (que nos corresponden en estricta justicia, según el orden establecido por su libre voluntad), nos concede también, en su infinita bondad, gracias actuales e incluso un aumento de gracia santificante, que era **conveniente** concedernos, dada nuestra buena voluntad.

Nuestras acciones sobrenaturales tienen también un valor **impetratorio,** gracias al cual obtenemos de Dios y nos aseguramos, aunque sin merecerlos, ciertos dones sobrenaturales. Cada acto de un verdadero cristiano, sobre todo de un verdadero esclavo de Jesús en María, es una oración en el sentido amplio de la palabra.

Finalmente, están nuestras **oraciones** propiamente dichas, que, además de los valores ya mencionados, tienen una virtud propia misteriosa, por la infinita bondad de nuestro Dios y por el hecho de que El mismo se comprometió a escucharnos en nuestras justas peticiones, y a concedernos todo lo que le pidamos de manera conveniente en la oración.

Este es el inventario de las «riquezas incomparables» que, en el orden sobrenatural, son nuestra porción magnífica de herencia.

★

Notemos cuidadosamente desde ahora:

1º *Primero,* que nuestros tesoros sobrenaturales, en su parte más considerable y más preciosa, **no son comunicables** a otras

almas. Son particularmente **incomunicables** la gracia santificante, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, las gracias actuales y los méritos propiamente dichos o de justicia.

Por el contrario, **pueden ser aplicados a los demás** nuestros méritos de conveniencia, el valor satisfactorio e impetratorio de nuestras buenas obras, la virtud especial de nuestras oraciones como tales, y las indulgencias en la medida en que la Iglesia lo permite [1].

2º *Segundo,* que debe ser evidente para todos que nuestras riquezas sobrenaturales **incomunicables,** gracias, virtudes y méritos estrictos, superan incomparablemente en valor a nuestros bienes sobrenaturales **comunicables.** Incluso considerando separadamente los valores de nuestras acciones buenas, el valor meritorio es mucho más precioso que los demás valores secundarios.

Para darse cuenta claramente de las consecuencias de su donación completa, un esclavo de Jesús en María debe recordar netamente todos estos presupuestos.

★

Por nuestra Consagración total hemos **dado** a Nuestra Señora todos nuestros tesoros sobrenaturales. No se los hemos **confiado** solamente: le hemos reconocido sobre todo esto un derecho de propiedad verdadero y absoluto.

Todo lo que en estos tesoros **no es comunicable,** como la gracia, las virtudes y los méritos propiamente dichos, es propiedad de María. Sólo que, por la naturaleza misma de estos bienes, Ella no puede aplicarlos a otras almas. Es imposible.

María disfruta de esta parte de nuestros bienes espirituales, que es la más preciosa de todas, como de su propiedad. Ella recibe gran alegría y gran gloria cuando conservamos estos bienes preciosamente, y los aumentamos con esmero.

Ella misma cuida de estas riquezas, vela por ellas fielmente, las aumenta y las engrandece con alegría para provecho nuestro, pero sobre todo para gloria de su querido Hijo [2].

Lo que es **comunicable** en nuestros tesoros espirituales, méritos de conveniencia, valor satisfactorio e impetratorio de

[1] Las disposiciones de la Iglesia sobre este punto no permiten ganar indulgencias por otros vivos, pero sí permiten que todas ellas, salvo disposiciones formales contrarias, sean aplicables a los difuntos (C.I.C., canon 930).

[2] Verdadera Devoción, nº 122.

nuestras buenas obras, virtud particular de nuestras oraciones, y todos los valores y riquezas sobrenaturales que pueden venirnos de otros —como las oraciones que se harán por nosotros, las indulgencias que otros ganarán en favor nuestro después de nuestra muerte, etc.—, todo eso se lo damos para que Ella disponga a su gusto, en favor de quien Ella quiera, por la intención que Ella quiera determinar.

Ya tendremos ocasión de volver sobre el tema.

★

Por el momento no tenemos que contentarnos sólo, afortunadamente, con consideraciones teóricas, por muy consoladoras que sean.

Nuestra vida sobrenatural es enteramente de María; es su propiedad, y por lo tanto su alegría, su gloria y su corona.

Madre, también en virtud de nuestra Consagración, queremos velar cuidadosamente, ansiosamente, por estos tesoros que son tuyos. ¡Tu bien, más aún que el nuestro, un bien infinitamente precioso, se perdería por el pecado grave…! ¡Cuánto esmero hemos de poner, desde este punto de vista, por evitar todo lo que de cerca o de lejos pudiera dañar a esta vida divina en nosotros, y sobre todo destruirla y extinguirla!

Nos acordaremos, además, de que cuanto más elevadas sean estas virtudes, y más abundantes estos méritos, y más rica esta vida, tanto más brillante será también tu corona, dulce tu gozo, y resplandeciente tu gloria.

Madre, por el uso frecuente y fervoroso de los sacramentos, por una vida de caridad cada vez más ardiente, por una generosidad creciente en la abnegación y en la mortificación, y por la práctica fiel de la santa esclavitud, trataremos de acrecentar la vida divina en nosotros, a fin de multiplicar **tus** tesoros, aumentar **tu** gloria, engrandecer **tu** alegría.

Es cierto que se impone a nosotros el pensamiento entristecedor, casi desalentador, de nuestra debilidad, de nuestra corrupción, de nuestra inconstancia.

Pero aquí como en otras partes, nos ofreces consuelo y aliento: pues, después de Jesús, Tú eres nuestra fortaleza.

Con gran gozo nos acordamos de que tu gran Servidor nos enseña, con muchos otros Santos, que tu verdadera Devoción es una

fuerza invencible en nuestra debilidad y cobardía, una armadura poderosa, una fortaleza inexpugnable contra las fuerzas maléficas del mundo corrompido, y contra las mismas violencias de Satán [1].

Tú, oh María, conservarás con fidelidad lo que te ha sido consagrado, y nos ayudarás a acrecentar la vida de Dios en nosotros hasta su supremo desarrollo.

En Ti, oh María, hemos puesto toda nuestra esperanza después de Dios.

Esta esperanza no se verá confundida.

[1] Verdadera Devoción. nn. 173-182.

# XVIII
# La eterna pregunta

Cuando alguien, de viva voz o por escrito, ha entrado en conocimiento de la verdadera Devoción, nueve veces de cada diez se pregunta: «¿Entonces no podré rezar ya por intenciones particulares?».

Vamos a contestar a esta pregunta.

**Damos** a la Santísima Virgen todos nuestros bienes sobrenaturales sin excepción.

**Damos** también a nuestra Madre la porción más vasta y preciosa de nuestro haber espiritual: nuestra gracia y nuestras gracias, nuestras virtudes y nuestros méritos; pero, como hemos visto, de esta porción tan rica Ella no puede disponer en favor de otras almas, sino que ha de limitarse a conservar, aumentar y embellecer estos tesoros para nuestro propio provecho, y sobre todo para mayor gloria de Dios.

**Damos** igualmente a nuestra Reina amadísima todo lo que en nuestros bienes sobrenaturales es aplicable a otras almas, esto es, los valores secundarios, satisfactorio e impetratorio, de nuestras buenas obras, la virtud propia de nuestras oraciones, nuestras indulgencias y todo lo que en valores sobrenaturales puede venirnos de otros: las oraciones que otros ofrezcan por nosotros, las indulgencias que otros ganen en nuestro favor, el valor satisfactorio e impetratorio de acciones buenas que otros quieran aplicarnos, incluso las misas que después de nuestra muerte sean ofrecidas por el descanso de nuestra alma.

Reconocemos a la Santísima Virgen un derecho entero y pleno de disponer de todo lo que en nuestros bienes sobrenaturales es comunicable a otros, tanto después de nuestra muerte como durante nuestra vida en la tierra.

Ella puede disponer de todo esto según su beneplácito: para nuestro propio provecho, en favor de nuestros parientes y bienhechores, de los sacerdotes y misioneros, por las intenciones del Sumo Pontífice, por el alivio y la liberación de las almas (y tales almas) del Purgatorio, etc.; una vez más, según su beneplácito, y

siempre —no hace falta decirlo— para mayor gloria de la Santísima Trinidad.

★

Aquí se plantea la «eterna pregunta». «Por haber entregado todo a Nuestra Señora, ¿no podré ya rezar por intenciones particulares, ni ofrecer mis buenas obras por un fin especial? ¿No puedo ya comulgar por el descanso del alma de mis parientes, rezar por la conversión de los pecadores o de tal pecador, por el advenimiento del reino de Nuestra Señora? ¿No puedo ya hacer celebrar misas por una u otra de estas intenciones?» [1].

La respuesta a esta pregunta es fácil. Además, el mismo Montfort la da claramente [2].

Sin ninguna duda **podemos,** y habitualmente **debemos** continuar teniendo, como esclavos de amor, intenciones especiales en nuestras oraciones y buenas obras.

Podemos hacerlo, a condición —naturalmente— de someter nuestras intenciones a la aprobación de nuestra Madre y aceptar sus decisiones sobre ello, aunque nos sean desconocidas.

Podemos hacerlo, porque al obrar así dejamos intactos sus derechos sobre los bienes espirituales que le hemos entregado. En resumen, es pedirle humildemente que las oraciones y las indulgencias que de que le hemos hecho donación, Ella misma las aplique por tal o cual intención. Ella es libre de hacerlo o de no hacerlo.

---

[1] Decimos: **hacer celebrar** misas por tal intención. Escribimos aquí para los fieles. — Por lo que se refiere al *sacerdote esclavo de amor,* está claro que si acepta los honorarios de misa, está obligado a aplicar el fruto del santo sacrificio por la intención que le ha sido determinada, sin que pueda dejar esta aplicación a la Santísima Virgen (Verdadera Devoción, nº 124). Un sacerdote que, con conocimiento de causa, ofrece la santa Misa por una intención especial que le ha pedido un esclavo de María, aplicará los frutos del sacrificio por la intención pedida, a menos que Nuestra Señora no lo disponga de otro modo; o más sencillamente, aplicará la santa Misa por las intenciones actuales de la Santísima Virgen sobre el sacrificio que celebra. — Por lo que se refiere a los *mismos esclavos de amor,* lo más sencillo sin duda es pedir que las misas que ellos encargan sean ofrecidas por las **intenciones del donante.** Pueden entonces determinar por sí mismos esas intenciones. En efecto, a menudo será difícil explicar que son esclavos de Nuestra Señora, y que por este motivo sus intenciones quedan siempre condicionadas y subordinadas al beneplácito de la santísima Madre de Dios.

[2] Verdadera Devoción, nº 122.

Por eso, cuando nosotros, esclavos de amor de Nuestra Señora, formulamos intenciones determinadas para nuestras oraciones y nuestras buenas obras, lo hacemos siempre con esta reserva: «a condición de que la Santísima Virgen quiera, a condición de que Ella no tenga intenciones más urgentes o mejores». En este último caso aceptamos las disposiciones de Ella: nuestras intenciones quedan siempre subordinadas a las suyas.

Para señalar más netamente nuestra dependencia, podemos, si queremos, formular expresamente esta condición cuando determinamos nuestras intenciones. Pero no es necesario: queda ya entendido una vez por todas entre Ella y nosotros, que en definitiva es Ella, y no nosotros, la que decide la aplicación de nuestras oraciones e indulgencias.

Así, pues, **podemos** determinar intenciones especiales para nuestra vida de oración y sacrificio. Y añadimos que, por regla general, **debemos** hacerlo, en el sentido de que ordinariamente será preferible que lo hagamos.

San Luis María de Montfort observa que, al obrar así, daremos gusto a la Santísima Virgen, que, en recompensa de nuestra generosidad, se sentirá feliz de acceder a nuestros pedidos en favor de tal o cual intención que nos sea querida [1].

Hay una doble ventaja espiritual en determinar intenciones especiales: por una parte, la de introducir un poco de diversidad en nuestra vida espiritual, lo cual será muy útil a bastantes almas; y por otra parte, la de estimularnos al fervor en la oración y a la generosidad en el sacrificio. ¿No es cierto que la amenaza inminente de la espantosa plaga de una nueva guerra mundial nos incita más fuertemente al fervor en la oración, y lo seguirá haciendo durante mucho tiempo para apartar el peligro que sigue al acecho?

Además, dentro del espíritu de la Iglesia entra sin lugar a dudas que nos propongamos fines especiales en nuestras oraciones. La Iglesia nos excita a ello, y nos da el ejemplo.

Sin embargo, no hay que exagerar en el sentido contrario.

Para muchas personas, determinar y enumerar todo un montón de intenciones especiales es una verdadera distracción y un verdadero obstáculo para el recogimiento y la unión divina. Su acción de gracias después de la Comunión, por ejemplo, consiste casi únicamente en enumerar una larga lista de nombres, y en

[1] Verdadera Devoción, nº 132.

especificar para sí mismo y para los demás toda clase de necesidades y de deseos.

La repetición frecuente de todo un montón de intenciones será particularmente perjudicial para las personas que se sienten llamadas a una unión íntima con Dios y con la Santísima Virgen María. Por lo tanto, que las almas que se sienten atraídas a esta unión silenciosa, sencilla y profunda, no se sientan obligadas a interrumpir esta unión tan fortalecedora y dulce para fijar su atención a toda clase de intenciones particulares.

En el próximo capítulo contestaremos a las diferentes objeciones que a veces se plantean contra el abandono de nuestras oraciones e indulgencias a nuestra divina Madre.

Por el momento, recapitulemos.

1º Un esclavo de amor de Nuestra Señora puede formular intenciones particulares en sus oraciones y buenas obras, pero las somete enteramente al beneplácito de la Santísima Virgen.

2º Habitualmente es aconsejable determinar nuestras intenciones, por ejemplo para cada decena del Rosario, para cada misa, etc. Después de la sagrada Comunión pediremos ciertas gracias especiales: el reino de la Santísima Virgen en nuestra propia alma, en los sacerdotes, en las almas de los niños, etc.

3º Para señalar nuestra total dependencia y nuestra confianza absoluta para con nuestra divina Madre, ofreceremos de vez en cuando nuestras oraciones por las solas intenciones de la Santísima Virgen, sin conocerlas. Podremos hacerlo más especialmente cuando, por falta de tiempo, nos sea difícil enunciar muchas intenciones particulares.

4º Las almas atraídas a la unión íntima con Dios y la Santísima Virgen no han de preocuparse por determinar muchas intenciones en su oración. Bastará que, una vez al día por ejemplo, encomienden sus deseos a Nuestra Señora.

Estamos persuadidos de que, obrando así, no faltamos a ninguna de nuestras obligaciones: María es nuestro riquísimo *Suplemento* que colma todas nuestras lagunas y salda todos nuestros déficits.

Ella cuida fielmente de nosotros y de todo lo que nos es querido.

# XIX
# Reparos y objeciones

Por nuestra Consagración total reconocemos a nuestra divina Madre como Propietaria de todo lo que poseemos. Ella puede disponer a su gusto de los valores comunicables de nuestra vida sobrenatural, especialmente de nuestras oraciones e indulgencias. Y aunque, por regla general, debamos seguir rezando y haciendo nuestras buenas obras por intenciones determinadas, estas intenciones quedan sometidas a las decisiones de María. Rezamos por fines específicos, pero siempre con la condición tácita: *Si la Santísima Virgen quiere.*

Entonces se presentan los reparos.

«Pero Padre, de esta manera ya no sabré nunca si la oración que hago, si la indulgencia que gano, será aplicada por la intención que yo determino: por ejemplo, la conversión de los Judíos, el descanso de las almas de mis difuntos, la santificación de los sacerdotes, etc. Por lo tanto, ya no puedo seguir asistiendo a mis parientes, bienhechores y amigos; ya no puedo seguir promoviendo los grandes intereses de la Iglesia. ¿No estoy faltando así a muchas obligaciones?».

Entre paréntesis, hagamos una observación en la que apenas se piensa. Si tú no eres esclavo de la Santísima Virgen, ¿estás seguro de que tus oraciones serán siempre aplicadas por la intención que les asignas? La aplicación que se hace a otras almas de nuestras oraciones, indulgencias y demás valores sobrenaturales comunicables está rodeada de misterio. Muy poca cosa sabemos de las leyes que Dios se asignó sobre este punto, y de la línea de conducta que El mismo se marcó. Una cosa es cierta, y es que sucede a menudo, muy a menudo tal vez, incluso con quienes no se han comprometido por la santa esclavitud, que sus oraciones y buenas obras no son aplicadas por la intención que ellos habían formulado; ya sea porque la cosa es imposible (por ejemplo, cuando una indulgencia es ofrecida por un bienaventurado o por un condenado), ya sea porque aquellos por quienes se reza no se encuentran en las disposiciones requeridas para recibir los frutos de

esta oración, ya sea simplemente porque esta aplicación no sería conforme con los adorables e insondables designios de Dios.

Pero hablemos de los esclavos de amor.

Sí, es cierto que no sabremos nunca con certeza si nuestras oraciones e indulgencias serán aplicadas por los fines que habíamos determinado, puesto que esto depende de la decisión de nuestra divina Madre, y esta decisión nos será desconocida en esta tierra.

Pero esta perspectiva no nos asusta de ningún modo. No vemos en esto ningún inconveniente. Estamos persuadidos, al contrario, de que la aplicación que Nuestra Señora misma haga de nuestros bienes espirituales comunicables, comporta para nosotros y para los demás las ventajas más preciosas. De estas ventajas volveremos a hablar en otra ocasión.

**Ningún inconveniente.**

Todo se reduce a esto: que seamos fieles a las obligaciones que nos incumben: obligaciones de justicia, de caridad, de amistad, de conveniencia, etc.

Acordémonos de lo que decíamos antes: nos damos a la Santísima Virgen con **todo** lo que somos y con **todo** lo que tenemos, y por lo tanto no sólo con nuestro **activo,** sino también con nuestro **pasivo.**

Es imposible que sea de otro modo, imposible que la divina Dueña no nos tome también con nuestras deudas y nuestras obligaciones.

Un generoso bienhechor quiere hacer donación a nuestra Congregación de una magnífica propiedad, de un valor de un millón de euros, pero agravada con una hipoteca de cien mil euros. ¿Podría decirle el Padre Provincial: «Mil gracias por su ofrecimiento tan amable, señor. Lo aceptamos con agradecimiento y entusiasmo. Pero le rogamos que conserve consigo la hipoteca con que el inmueble se encuentra agravado»? El donante respondería con todo derecho: «Reverendo Padre, eso es imposible. Esta hipoteca es inherente a la propiedad. Ha de aceptar una y otra, o no quedarse con nada».

Nuestra buena Madre debe tomarnos —y Ella lo hace de buena gana— tal como somos, con nuestros pecados y faltas, con nuestras deudas y obligaciones.

De acuerdo: tenemos múltiples obligaciones con nuestra familia, con nuestros bienhechores y amigos, con sacerdotes y misioneros, con las grandes intenciones de la Iglesia…

Pero, ante todo, nuestra divina Madre **conoce** estas obligaciones, y las conoce mejor que nosotros.

Luego, Ella quiere, y **más que nosotros,** que estas obligaciones se cumplan, pues responden a la voluntad de Dios. Esta voluntad le es mucho más querida a Ella que a nosotros. Nosotros faltamos a veces, incluso a menudo, a nuestras obligaciones. La Santísima Virgen jamás.

Finalmente, no se puede dudar de que Nuestra Señora **hace suyas** estas obligaciones, como la hipoteca de la propiedad de que hablábamos hace un instante.

Por lo tanto, podemos estar ciertos de que esta Virgen fidelísima y cariñosísima cumplirá infaliblemente nuestras obligaciones en nuestro nombre y en nuestro lugar; y que Ella lo hará de manera mucho más perfecta que si lo hubiésemos hecho nosotros directamente. En efecto, Ella puede hacerlo, no sólo como nosotros mismos, con el modesto contenido de nuestra hucha espiritual, sino con los méritos infinitos de Jesús, con sus propios tesoros inmensos, y con las satisfacciones e impetraciones supererogatorias de los santos y de los bienaventurados, de que Ella dispone según su voluntad como Tesorera de las riquezas de Dios. De manera que, en lugar de perder ni sufrir nada por nuestra Consagración, nuestros parientes y bienhechores vivos o difuntos se ven socorridos cien y mil veces mejor, y las grandes intenciones de la Iglesia se ven cien y mil veces mejor realizadas.

★

«Sí, Padre. Pero ¿y yo? Mi pasado no es tan brillante. ¡Necesito tantos auxilios y gracias! Si la Santísima Virgen aplica a otros mis oraciones y las que se hagan por mí, ¿qué será de mí? Y ¿no tendré que sufrir por más tiempo y más duramente en el Purgatorio, ese lugar terrible de purificación al que por un pecadito algunos autores me condenan por siglos enteros, y eso porque soy esclavo de amor y, por consiguiente, cedo en favor de otros mis indulgencias y las que se ganen por mí?».

El Padre de Montfort señala tranquilamente —y sus palabras caen como una ducha fría— que esta objeción proviene *«del amor propio y de la ignorancia»* [1].

Y tiene razón.

[1] Verdadera Devoción, nº 133.

Por nuestra Consagración Nuestra Señora se convierte en la Propietaria y Administradora de nuestros bienes espirituales. En la dispensación y empleo de estos bienes, Ella tendrá en cuenta sin duda alguna, como hemos visto, nuestras obligaciones, y ante todo **con nosotros mismos,** por ejemplo, la obligación de proveer por la oración a nuestra salvación y perfección. Nuestra Madre tendrá mucho cuidado de no olvidar este deber, y lo cumplirá escrupulosamente. ¡Tengamos, por favor, un poco de confianza en Aquella que Dios mismo ha establecido como Administradora y Dispensadora de sus bienes espirituales!

Por lo que se refiere al Purgatorio, es cierto que por la entrega heroica a la Santísima Virgen de **todo** lo que tenemos, realizamos un acto incesantemente renovado del amor más puro y desinteresado a Dios y a su santísima Madre, caridad perfecta que es poderosísima para borrar nuestros pecados y las penas que les están vinculadas, y sobre todo para aumentar nuestros **méritos** por toda la eternidad. Si tuviésemos que elegir entre sufrir más y durante más tiempo en el Purgatorio, y contemplar a cambio más claramente, amar más perfectamente y poseer más enteramente a Dios y, por eso mismo, ser más felices **para siempre** —cosa que realiza incontestablemente nuestra esclavitud de amor—, deberíamos preferir sin dudar, si queremos ser razonables, esta segunda alternativa, aun desde nuestro punto de vista personal. Pero sobre todo desde el punto de vista del amor a nuestra Madre incomparable, deberíamos estar dispuestos a sufrir más largo tiempo en el Purgatorio, si así lo exigiese su glorificación.

Pero apresurémonos a decirlo: esto no es más que una vana suposición. La realidad es muy distinta.

Es totalmente inaceptable que un esclavo de amor de la Santísima Virgen, justamente **por ser su esclavo,** tenga que sufrir por más tiempo y más cruelmente las llamas purificadoras del Purgatorio.

Esta suposición reposa, lo repetimos con nuestro Padre no sin alguna indignación, en la ignorancia, en el desconocimiento de la liberalidad de Dios y de su santísima Madre.

¡No se conoce a esta Madre de bondad!

¡Vamos! Alguien te ha cedido una magnífica fortuna. Por circunstancias imprevistas este generoso bienhechor cae en la indigencia y en la miseria. Tú, gracias a él, eres millonario. ¿Tendrías tan poco corazón para dejarlo en la miseria y en el sufrimiento, cuando te es tan fácil socorrerlo a tu vez? Al contrario,

¿no te estimarías feliz de encontrar la ocasión de manifestarle tu agradecimiento? ¿No te creerías insultado, si alguien se atreviese a imputarte otros sentimientos y otros designios?

Y nosotros, ¿no tendremos vergüenza de atribuir semejantes sentimientos a la Santísima Virgen, la Mujer y Madre ideales, de una bondad, ternura y caridad que desafían toda palabra y toda concepción?

Me he dado a Ella por entero: imposible darle más. He colocado mis intereses por encima de los míos; no he vivido más que para su Reino; me he despojado de todo para poder honrarla más y manifestarle más amor.

¡Y **a causa de esto mismo** caería yo en el hambre y en la miseria espirituales, **a causa de esto mismo** tendría yo que ser torturado más cruel y largamente en el Purgatorio, cuando a esta divina Virgen le es posible, ¿qué digo?, le es fácil aliviarme y liberarme, puesto que Ella es todopoderosa sobre el Corazón de Jesús, puesto que sus oraciones son casi órdenes, puesto que Ella dispone a su gusto de todas las expiaciones y satisfacciones de la vida de Jesús y de la suya propia!

Nuestra inteligencia y nuestro corazón contestan al unísono: **¡Imposible! ¡Mil veces imposible!**

Madre, con toda la generosidad de mi pobre corazón, me doy de nuevo a Ti. Con toda confianza, con los ojos cerrados, me escondo de nuevo en tu Corazón materno. Te entrego de nuevo, absolutamente, sin condiciones ni reservas, todos mis bienes, todo mi haber espiritual sobrenatural, actual y futuro.

Hoy lo hago especialmente con la intención de reparar y de hacerte olvidar la pusilanimidad hiriente de quienes, por falta de confianza, no quieren darse a Ti.

Aunque mis sufrimientos en el otro mundo, como consecuencia de este acto, debiesen ser más largos y más crueles, sin dudar y con alegría aceptaría esta previsión.

Pero no, que Tú eres una Madre incomparablemente buena y todopoderosa en el reino de Dios.

Tú reinas como Dueña incontestada en todo el dominio del Amor y de la Misericordia.

Madre, con toda confianza me abandono enteramente a Ti.

# XX
# Magníficas ventajas

Es evidente para quien reflexiona, como hemos hecho notar en un capítulo precedente, que no hay ningún inconveniente en ceder a nuestra divina Madre los valores comunicables de nuestras buenas obras, y en particular nuestras oraciones e indulgencias. Nadie tendrá que sufrir de las consecuencias de este acto: ni nosotros mismos, ni nuestros seres queridos, ni las grandes intenciones de la Iglesia.

Al contrario, como también hicimos notar y explicaremos ahora, a este acto se vinculan las ventajas más magníficas. ¡Háganoslo comprender bien la santísima y purísima Esposa del Espíritu Santo!

1º Nuestra buena Madre, ante todo, **conoce nuestras obligaciones,** y las conoce mucho mejor que nosotros.

Ella sabe, por ejemplo, y mucho mejor que nosotros, todo el bien de que somos deudores a nuestros padres. Ella contó y pesó las innumerables horas de solicitud que vivieron por nosotros, las oraciones fervorosas que ofrecieron por nuestro bienestar, y el trabajo, a veces abrumador, que realizaron por nosotros.

Ella conoce todas las influencias, incluso las más secretas, que se han ejercido en nuestra vida espiritual. Ella sabe a quién debemos ciertas gracias selectas, ciertas gracias decisivas en nuestra vida: un retiro, una misión, la vocación religiosa o sacerdotal. Nosotros conocemos tal vez algunas de estas causas: Ella las conoce **todas.** Es posible que la gracia del sacerdocio se la deba yo a una Carmelita desconocida, a un sacerdote chino, a un pobre negro del Africa. No es inverosímil, dada la reversibilidad de los méritos y la influencia mutua entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo. En este caso, Ella tendrá en cuenta, al administrar mi pequeña fortuna espiritual, estas obligaciones y deudas, completamente desconocidas para mí. Y esto es ciertamente una inmensa ventaja.

2º María **sabe todo lo que sucede en el mundo,** sobre todo en el mundo de las almas. Ella ve claramente en Dios todo lo que tiene algún vínculo —y Ella conoce este vínculo— con el reino de Dios y la salvación de las almas. Ella ve las alegrías y tristezas, los peligros

y tentaciones que acompañan y rodean nuestra vida y nuestra muerte, y también la vida y la muerte de quienes nos son queridos por algún motivo. En la aplicación de los valores espirituales de nuestra vida, Ella tendrá efectivamente en cuenta —lo cual nos sería imposible a nosotros— todas estas circunstancias.

3º Nosotros **olvidamos** a veces… Por desgracia, la memoria del corazón es demasiado a menudo «una facultad que olvida». ¡Los ausentes, sobre todo por la muerte, son a veces olvidados tan pronto! En todo caso, a pesar de la mejor voluntad del mundo, nos es frecuentemente imposible acordarnos de todas las intenciones que nos fueron confiadas. Y aunque pudiéramos, no sería ni posible ni deseable enumerarlas todas. Nuestras horas de oración tendrían que estar dedicadas a esto por entero, con gran detrimento de nuestra unión con Dios. ¡Qué descanso, qué seguridad, poder decir a medida que nos encomiendan toda clase de intenciones: «Buena Madre, esta intención la dejo en tu gran Corazón, tan materno. Cuídate de ella». Ella puede hacer lo que nosotros no podemos: ser Marta activa y solícita, sin dejar de ser María que contempla y que ama sin cesar.

4º Una cosa más. Una fortuna bien administrada crece sin cesar, a veces de manera asombrosa. Especuladores sagaces, que saben elegir bien sus acciones, ven cómo su fortuna crece a veces en proporciones increíbles.

Querido lector, queda entendido que nosotros no pretendemos llevar a nuestros esclavos de amor a especular en la bolsa. Nos limitamos a hacer una comparación.

En el orden sobrenatural se dan a veces estas **inversiones maravillosas.** Montfort habla de esos *«lucros para realizar en Dios»* [1]. La Santísima Virgen, que ve y prevé todo en Dios, está puesta en el lugar más excelente para concedernos estas buenas gangas, por la aplicación oportunísima y fructuosísima de nuestros valores espirituales.

Tenemos nuestras intenciones. Pienso que buenas. Pero nada me dice con certeza que son las mejores, las más imperiosamente exigidas por la gloria de Dios, las que más han de contribuir *hic et nunc,* de la manera más eficaz y rápida, al reino de Dios en mi alma y en el mundo. Nuestra Señora, al contrario, que lo sabe todo en el reino de Dios, conoce las necesidades más apremiantes de las almas, y las aplicaciones más productivas de nuestros bienes sobrenaturales.

[1] Verdadera Devoción, nº 203.

Un pecador está a punto de morir. En la balanza, los platillos de la justicia y de la misericordia están equilibrados. Echa un Rosario, un solo *Avemaría* tal vez, en el platillo de la misericordia, y la balanza se inclinará en su favor. Este pecador va a recibir una gracia decisiva. Va a convertirse y a glorificar a Dios por toda una eternidad. Nuestra Señora, en este caso, no aplicará tus oraciones para liberar a un alma del Purgatorio, o para santificar a un sacerdote, sino para arrancar con ellas a este pecador de la muerte eterna. ¿Quién no quedará encantado de esto?

Nuestra vida es dura, muy dura a veces.

Austeras, muy austeras son las exigencias de la verdadera vida cristiana; más rigurosas aún las de la vida de esclavo de amor, las de la vida religiosa y sacerdotal.

Con la ayuda de nuestra divina Madre queremos responder generosamente a estas exigencias, aguantar valientemente esta vida de abnegación, y llevar alegremente nuestra cruz de cada día.

Pero desde entonces, ¿no es un deseo muy legítimo que de esta vida de renuncia podamos sacar la mayor cantidad de ventajas posible, para la glorificación de Dios, el reino de Cristo y de María, la salvación y santificación de las almas?

Nosotros, esclavos de Nuestra Señora, contamos con la certeza absoluta de que la Santísima Virgen sabrá emplear nuestra vida de la manera más fecunda y fructuosa para Dios, para las almas y para nuestro propio provecho.

5º Una última observación. Es incontestable que la Santísima Virgen nos toma tal como somos, tanto con nuestro pasivo como con nuestro activo, y por lo tanto con nuestras obligaciones. Estas obligaciones se hacen realmente suyas. Ella está obligada, pues, a cumplirlas. Ella lo hará muy fielmente, y con toda seguridad mucho más fielmente que nosotros. También mucho **más perfectamente.** Nosotros podríamos hacerlo con nuestro pequeño haber sobrenatural, agotado tan a menudo. Ella, con las inmensas riquezas de que dispone: las del Corazón de Jesús, que son infinitas, las suyas propias, tan abundantes, y las de los santos y bienaventurados, que Ella administra como Dispensadora de todos los tesoros del Señor.

Por eso, en lugar de que nosotros y aquellos a quienes amamos tengan que sufrir por nuestro acto, seremos socorridos al contrario cien y mil veces mejor, y cien y mil veces mejor serán realizadas también las grandes intenciones del Sumo Pontífice y de la Iglesia:

la paz del mundo, la ayuda a las misiones, la santificación de los sacerdotes, etc.

Releamos, para nuestro gran consuelo, los siguientes textos:

*«Conociendo perfectísimamente la Santísima Virgen, a quien cedemos el valor y el mérito de las buenas obras, dónde está la mayor gloria de Dios, y no obrando Ella sino para esta mayor gloria de Dios, un perfecto servidor de esta buenísima Señora, que a Ella se ha consagrado por entero, puede decir sin temor que el valor de todas sus acciones, pensamientos y palabras se emplea para la mayor gloria de Dios…»* [1].

*«Se debe notar que nuestras buenas obras, al pasar por las manos de María, reciben un aumento de pureza y, por consiguiente, de mérito y de valor satisfactorio e impetratorio, por lo cual se hacen mucho más capaces de aliviar a las almas del Purgatorio y convertir a los pecadores, que si no pasaran por las manos virginales y liberales de María. Lo poco que se da por la Santísima Virgen, sin propia voluntad y por caridad muy desinteresada, llega a ser, en verdad, muy poderoso para aplacar la cólera de Dios y atraer su misericordia…»* [2].

Así se hace posible *«por esta práctica, observada con entera fidelidad, **dar a Jesucristo más gloria en un mes de vida, que por cualquiera otra, aunque más difícil, en varios años**»* [3].

*«¿Puede encontrarse algo más consolador para un alma que ama a Dios con amor puro y desinteresado, y que aprecia más la gloria de Dios y sus intereses, que los suyos propios?»* [4].

Y así, también según la observación que hace San Luis María de Montfort, en el día de nuestro juicio quedaremos felizmente sorprendidos a la vista de los resultados, asombrosamente ricos, de nuestra vida desgraciadamente tan ordinaria; a la vista de todo lo que habremos podido realizar para gloria de la Santísima Trinidad, por el reino de Cristo y de María, por el triunfo de la Iglesia, por la salvación y santificación de las almas, y por nuestra propia glorificación y bienaventuranza.

Con indescriptible emoción caeremos a los pies de nuestra divina Madre, o más bien nos abismaremos en las profundidades de

[1] Verdadera Devoción, nº 151.
[2] Verdadera Devoción, nº 172.
[3] Verdadera Devoción, nº 222.
[4] Verdadera Devoción, nº 151.

su Corazón materno, y balbucearemos lo que tan frecuentemente habíamos repetido en esta vida: *¡Madre, ahí tienes **tu** obra!*

# XXI
# Esclavitud de amor y acto heroico

A veces nos han planteado la siguiente pregunta u objeción: «He hecho el acto heroico, y por eso ya he cedido mis oraciones e indulgencias a las benditas almas del Purgatorio. ¿Puedo con todo hacerme esclavo de amor?».

Será útil contestar a esta pregunta. Respuesta que encontrará aquí su lugar, después de las explicaciones que hemos dado en los artículos precedentes. Ella destacará de nuevo las riquezas de nuestra magnífica Consagración, y la hará brillar a nuestras miradas como uno de los actos más elevados y preciosos que un cristiano pueda realizar en esta vida.

## NATURALEZA Y ALCANCE DE LOS DOS ACTOS

El acto heroico consiste en ceder a las almas del Purgatorio todas las indulgencias que uno gana, el valor satisfactorio de todas nuestras buenas obras, y también las santas misas, oraciones e indulgencias que después de nuestra muerte sean ofrecidas por el descanso de nuestra alma.

Se puede entregar todos estos valores a la Santísima Virgen para que Ella los aplique a las almas de los difuntos, o cederlos directamente a estas benditas almas sin acudir a la intervención de Nuestra Señora.

Por este acto se estipula, pues, que todo lo que constituye su objeto será aplicado, no por otros vivos, ni siquiera por sí mismo, sino únicamente por las almas del Purgatorio. Es lo que hace dar a este acto el epíteto de «heroico», porque al excluirse uno mismo de la aplicación de estos valores, se acepta sufrir tal vez más larga y cruelmente en la morada de la purificación, para librar y aliviar a otras almas, detenidas en este lugar de sufrimientos.

Quede claro que por este acto tan meritorio se cede únicamente a las almas del Purgatorio lo que tiene *valor expiatorio y satisfactorio* en nuestra vida, como son nuestras indulgencias, y nuestras oraciones y buenas obras en la medida en que puedan satisfacer por las penas merecidas por nuestras faltas. No se cede,

pues, la *virtud propia* de las oraciones personales en cuanto tales, ni lo que se llama *valor impetratorio* de las buenas obras personales, ni aún menos, evidentemente, el *mérito propiamente dicho* de estas mismas buenas obras.

Lo repetimos: acto hermosísimo, acto admirable, que debe inspirarnos el mayor respeto, y al que la Iglesia ha vinculado ventajas preciosas y numerosas indulgencias.

Por lo que se refiere a la Consagración de la santa esclavitud, nos basta recordar en dos palabras, después de las explicaciones dadas hasta aquí, que consiste en dar a la Santísima Virgen, y por Ella a Jesús, todo lo que somos y tenemos en el orden espiritual y material, natural y sobrenatural, y eso en el tiempo y para la eternidad, con el derecho que le dejamos a nuestra divina Madre de disponer de todo eso según su beneplácito, para mayor gloria de Dios.

## COMPARACIÓN DE LOS DOS ACTOS

Si comparamos ahora los dos actos, esta comparación será incontestablemente ventajosa para nuestra Consagración.

1º El acto heroico **puede** hacerse por la Santísima Virgen: nuestra Consagración **debe** estar dirigida a la santa Madre de Jesús. Por lo tanto, esta es por su misma naturaleza un homenaje de amor y de veneración hacia la Santísima Virgen María; no así el acto heroico.

2º El acto heroico se hace en favor de las almas del Purgatorio para librarlas o al menos aliviarlas de sus tormentos, lo que evidentemente es una meta muy elevada. Sin embargo, esta meta es superada inmensamente por la que nos proponemos en la Consagración de la santa esclavitud, a saber, **la mayor gloria de Dios.** Si esta gloria divina exige que los valores comunicables de nuestra vida sean aplicados por las almas del Purgatorio, la Santísima Virgen lo hará sin duda alguna. Si, al contrario, esta glorificación divina —y esto no es un caso quimérico— exigiese que nuestras oraciones e indulgencias fueran utilizadas con otros fines, Nuestra Señora lo haría también: lo que constituye claramente una preciosa ventaja en favor de nuestra querida Consagración.

3º Y sobre todo hay que observar, si comparamos la **extensión** de los dos actos, que la donación de la santa esclavitud es mucho

más comprehensiva, esto es, que abarca mucho más y se extiende más lejos que el acto heroico.

En efecto, este último da en esta vida, en favor de las almas del Purgatorio, todo lo que tiene virtud expiatoria y satisfactoria, y después de nuestra muerte las indulgencias que sean ganadas por nosotros, y también las oraciones y buenas obras que se hagan por nosotros, en la medida en que todo eso pueda aprovechar a las almas de los difuntos.

Por nuestra magnífica Consagración, en cambio, damos en primer lugar lo mismo que se da por el acto heroico, es decir, todo lo que tiene valor **expiatorio,** todo lo que en este orden realizamos nosotros mismos o es ofrecido por otros a nuestras intenciones.

Pero además de esto damos también a nuestra buena Madre todo el valor **impetratorio** de nuestras obras, la **virtud propia** de nuestras oraciones personales y de las que sean ofrecidas por nosotros, es decir, la virtud que estas oraciones tienen de obtener de Dios lo que en ellas se pide.

Más aún, aunque Nuestra Señora no pueda aplicarlo a otros, damos a la Santísima Virgen el valor **meritorio** de todas nuestras buenas obras. Le damos estas obras en sí mismas, como también las virtudes y gracias de que ellas proceden. Le damos el principio mismo de nuestras acciones, nuestros sentidos y nuestros miembros, nuestras potencias y nuestras facultades, nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestro ser y nuestra persona, ¡todo, absolutamente todo! ¿Será exagerado decir, desde entonces, que la santa esclavitud es respecto al acto heroico lo que 100 o lo que 1000 es respecto a 1?

4º Una cosa más. Nadie pretenderá sin duda que el acto heroico, por muy elevado que sea, produzca por su misma naturaleza **transformaciones profundas** en una vida, y aún menos que establezca por sí mismo al alma en un nuevo modo de ser espiritual. Eso, sin embargo, es la exacta verdad para nuestra Consagración mariana. Ella hace de nosotros unos «consagrados». Nos establece realmente en un estado de pertenencia y de consagración, que por una parte comporta obligaciones y exigencias muy vastas y severas que hemos expuesto aquí, y por otra parte hace que todos nuestros pensamientos, palabras y acciones pertenezcan realmente y de hecho a Jesús por María en virtud de este ofrecimiento.

5º Bajo un solo aspecto el acto heroico parece, si se lo examina superficialmente, más ventajoso que nuestra sublime donación. Y es que quienes hacen el acto heroico se excluyen a sí mismos de la

aplicación del valor satisfactorio de sus oraciones y buenas obras, y eso para auxiliar a otras almas. No es nuestro caso. Nosotros dejamos que la Santísima Virgen misma juzgue de la oportunidad de la aplicación de nuestros diversos valores espirituales comunicables. Si Ella prefiere que estos valores nos sirvan a nosotros mismos, aceptamos de buena gana su decisión. El acto en favor de las almas del Purgatorio parece, pues, practicar la caridad de manera más «heroica».

Si se reflexiona bien, nos parece que incluso desde este punto de vista nuestra Consagración no es inferior, no le falta tampoco este «heroísmo», ni lo practicamos nosotros en grado inferior. Pues también nosotros aceptamos, si lo quieren Jesús y María, quedar excluidos de la aplicación de los valores satisfactorios de nuestra vida, **e incluso de varios otros.** Por cuanto de nosotros depende, hemos hecho el mismo sacrificio tan meritorio.

Por otra parte, nos parece netamente más perfecto dejarlo todo a la decisión de nuestra divina Madre, pues Ella tomará esta decisión según los deseos de Dios y para su mayor gloria. Es claramente más perfecto querer que nuestros valores espirituales nos sean aplicados a nosotros mismos si así **lo exige** la gloria de Dios, que querer excluirnos de esta aplicación cuando se siguiese de ello que la gloria de Dios se realizase menos perfectamente, o que el plan de Dios y sus designios se cumpliesen menos perfectamente.

## CONCLUSIONES PRÁCTICAS

Después de lo dicho, es fácil sacar conclusiones prácticas.

Y ante todo: quienes han hecho el acto heroico pueden todavía hacer la Consagración de la santa y noble esclavitud de amor. Pues esta última donación, como hemos visto, es mucho más elevada, mucho más perfecta. Y siempre se puede subir, adelantar. Por consiguiente, a quienes han hecho el acto heroico les está permitido y se les recomienda hacer la Consagración total de sí mismos a la Santísima Virgen.

Es cierto que se puede objetar: «Pero ya he cedido una parte de mis bienes espirituales a las almas del Purgatorio. ¿Hay que retractar esta donación?».

A decir verdad, no se retracta nada. Según la observación de nuestro Padre, hacemos esta Consagración teniendo en cuenta las

obligaciones que se tienen ahora o se tendrán más tarde [1]. Nuestra Señora conoce las obligaciones que has podido contraer por tu acto heroico, y las tendrá ciertamente en cuenta en la gestión de tu fortuna espiritual. Confíale, pues, la cosa, y déjala hacer.

Así, pues, el acto heroico no es un obstáculo para abrazar la santa esclavitud.

Se podría difícilmente decir lo mismo de lo contrario.

No se ve muy bien cómo alguien que, para mayor gloria de Dios, lo ha dado todo a Nuestra Señora, pudiese luego atribuir por sí mismo una parte de estos bienes para un fin inferior y subordinado.

Queda claro que un esclavo de María puede perfectamente **pedir** a esta divina Madre que se digne aplicar sus oraciones e indulgencias, no a sí mismo, sino a las almas del Purgatorio, si esta intención concuerda con los designios y la gloria de Dios.

O también puede, aunque viene a ser lo mismo, ceder a las almas del Purgatorio el valor expiatorio de su vida, a condición de que la Santísima Virgen apruebe esta aplicación. En estos casos, no se volvería a tomar nada de lo que se ha dado [2].

Las explicaciones sobredichas, evidentemente, son propias para hacer crecer más nuestra estima por el magnífico acto que hemos realizado. Pedimos a nuestra dulce Madre que nos haga corresponder fielmente a la gracia que hemos recibido. De nuevo tomamos el propósito de vivir según el «espíritu» de esta perfecta Consagración.

Di ahora, querido lector, un *Avemaría* para que captemos bien y vivamos fielmente este espíritu.

¡Montfort nos dice que es algo tan raro!

[1] Verdadera Devoción, nº 124.

[2] Otra cosa es saber si el acto así realizado bastaría para asegurarnos las indulgencias que la Iglesia vinculó al acto heroico. Se ha dirimido esta cuestión en diversos sentidos. Parece que sólo una decisión de la Santa sede podría darnos la **certeza** sobre el tema.

# XXII
# ¿Cómo hacerse esclavo de Nuestra Señora?

Nos hacemos esclavos de amor por medio de la propia Consagración total a Jesús por María.

Eso quiere decir, como hemos explicado precedentemente: darse realmente como **propiedad** a la Santísima Virgen; darse **por entero** con todo lo que se es y con todo lo que se posee; darse **para siempre,** en el tiempo y para la eternidad; darse, no con miras a la recompensa, sino **por amor** puro y desinteresado; darse a Jesús y a María, **a Jesús por María.**

¿Cuándo y cómo se puede realizar este acto tan importante?

Ante todo, no hay que hacerlo por entusiasmo, a la ligera, sin reflexión ni preparación. Realizado de este modo, contribuiría mediocremente a la gloria y reino de Dios, y a la santificación del alma.

Debemos saber lo que hacemos. Léete antes el breve folleto explicativo que de buena gana ponemos gratuitamente (en cantidad ilimitada para su difusión) a disposición de quien nos lo pida. En caso de sentirte atraído entonces a esta devoción, lee y medita, ya el «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen», ya «El Secreto de María» [1], que da resumidamente la misma doctrina que el Tratado.

¿Encuentras dificultades en esta lectura, como casi siempre sucede? Reza fervorosa y humildemente al Espíritu de Dios y a su purísima Esposa María, y de una manera u otra recibirás la luz deseada. Consulta también a quienes sabes que están a la altura de esta magnífica doctrina: los Padres Montfortanos, otros sacerdotes celosos y piadosos, a menudo nuestros mismos celadores y celadoras. Una vez que hayas resuelto la mayor parte de estas dificultades —pues Montfort nos avisa que sólo con la práctica comprenderemos perfectamente—, pide humildemente a tu director, si tienes uno, el permiso para dar el gran paso. Determina para esto

[1] La lectura y meditación de esta primera parte de nuestra obra da igualmente el conocimiento suficiente para el gran acto.

un día de fiesta de la Santísima Virgen, o cualquier otro día notable en tu vida.

Haz antes tu preparación de treinta días [1]. Para los cristianos fervorosos esta preparación no presenta ninguna dificultad. Quienes hacen lectura espiritual y meditación, podrán servirse para esto de libros compuestos a este fin. Quienes no tienen tiempo de hacer muchas lecturas piadosas podrán contentarse con la *Preparación Breve,* editada como folleto especial e insertada en nuestra última edición del *Libro de Oro* y del *Reino de Jesús por María.* De la seriedad y del fervor de esta preparación dependerá en gran parte la fecundidad de tu misma Consagración.

El día elegido o su víspera, haz una confesión fervorosa (puede ser general) de tus faltas, pues nuestra Consagración debe operar una rectificación definitiva de nuestra vida. Acércate a la sagrada Comunión sirviéndote del método mariano de San Luis María de Montfort, y después de la Comunión lee lenta y respetuosamente el Acto de Consagración. Este día será para ti un día celestial: es el día en que habrás marcado a tu vida una orientación definitiva, y firmado, por decirlo así, el contrato de tu eternidad bienaventurada.

Cuanto antes da tu nombre, apellido y dirección completa a uno de nuestros celadores o celadoras, o directamente a nuestra Secretaría de Lovaina para la inscripción en la Archicofradía de María Reina de los corazones [2]. Te darán o enviarán entonces tu carnet de admisión, que leerás atentamente, a fin de enterarte bien de las obligaciones que contraes y de las preciosas ventajas espirituales que se te conceden.

Es de lamentar que muchos esclavos de amor hayan descuidado esta inscripción. No es lo que más importa, claro está; lo principal es hacer generosamente y vivir fielmente la Consagración. Pero eso no quita que, donde la Iglesia crea una institución oficial para agrupar los esclavos de Nuestra Señora, otorgando a esta institución numerosos y preciosos favores espirituales, sería por nuestra parte una falta de respeto y sencillez cristiana descuidar sin motivo la inscripción en esta querida Cofradía. Tenemos respeto —y está muy bien— a los sacramentales, al agua bendita, a la bendición de un sacerdote, etc. Una Archicofradía, erigida por la autoridad más elevada de la Iglesia, enriquecida con indulgencias plenarias y parciales, tiene indudablemente más valor. Así, pues, que todos los

[1] Verdadera Devoción, nn. 227-231.
[2] Secrétariat de Marie-Médiatrice, Boulevard de Diest 121, Louvain.

esclavos de Nuestra Señora, aunque haga años que hubieran realizado su Consagración, se apresuren a dar su nombre a la Archicofradía de María Reina de los corazones. Y que los sacerdotes que atraen las almas a nuestra querida Devoción, les aseguren también los favores vinculados a esa inscripción. Todo esto es conforme a los deseos de Montfort [1].

De este modo nos sostenemos mutuamente por la oración y el sacrificio. También es deseable poder contarnos. Y finalmente es necesario que los esclavos de amor guarden el contacto entre sí, y se vean puestos al corriente del movimiento mariano y de todos los acontecimientos referentes al reino de Nuestra Señora. Sólo así podremos formar *«un ejército bien alineado en orden de batalla y bien reglado, para atacar de consuno a los enemigos de Dios»* [2]. Aislados seremos poca cosa; pero agrupados, disciplinados y regimentados seremos invencibles.

★

En los artículos que han de seguir nos extenderemos sobre el espíritu y las obligaciones de la santa esclavitud, espíritu y obligaciones de que querríamos impregnar nuestra vida entera.

Para llegar a ello, comencemos por la **renovación frecuente** de nuestra donación. Es cierto que sigue en vigor y produce sus efectos mientras no haya sido expresamente retractada. Sin embargo, es muy útil renovarla a menudo. Acordémonos de que fuera de la santa Misa y de los Sacramentos, no hay acto con el que demos tanto gusto a Jesús y a María.

Renovemos, pues, nuestra Consagración el día aniversario de nuestra primera donación, en las fiestas de Nuestra Señora, tal vez cada sábado, o al menos cada primer sábado de mes. Hagámoslo, ya con la fórmula de Montfort, ya —a veces conviene variar— con la del Cardenal Mercier, con la de Santa Margarita María, o con alguna otra fórmula semejante. El gran Cardenal Pie hacía con ella su acción de gracias cotidiana, y muchos esclavos de amor siguen este ejemplo.

Ya sabemos que no se requiere el rezo de una larga fórmula para renovar seriamente nuestra donación. Podemos hacerlo con una fórmula breve compuesta según nuestro gusto y conveniencia, o con las oraciones jaculatorias de nuestro Padre:

---

[1] Verdadera Devoción, nº 227.
[2] Oración Abrasada (hacia el fin).

*«Soy todo vuestro, amable Jesús mío, y todo lo tengo os lo ofrezco por María, vuestra santísima Madre»* [1].

O también: *«Renuncio a mí mismo y me doy a Ti, querida Madre mía».*

O más brevemente aún: *«Soy todo de Jesús por María».*

Muy sugestiva es la invocación indulgenciada por Su Santidad Pío XI con 300 días: *«Sagrado Corazón de Jesús, me doy enteramente a Vos por María».*

Así, pues, con una palabra, o con un acto puramente interior, repitamos cada día y muy a menudo durante el día nuestra pertenencia total a María. Hagámoslo al levantarnos y al acostarnos, antes y después de las comidas, antes de cada nueva actividad, tal vez también entre las decenas de nuestro Rosario. Hagámoslo en el sufrimiento, en las dificultades, en el momento de la tentación… Hagámoslo cuando toque la hora, y cada vez que nos encontramos con una imagen bendita de nuestra Madre. Y poco a poco se convertirá en la respiración de nuestra alma.

Este es un primer y buen medio para acordarnos de nuestra pertenencia, convencernos de ella, penetrarnos de ella, y aprender poco a poco a vivirla.

[1] 300 días de indulgencia.

# XXIII
# Consagración social a la Santísima Virgen

Hace décadas que nos esforzamos por promover, no sólo la consagración personal a la santísima Madre de Dios, sino también la consagración colectiva o social. En varias diócesis, como Ruremonde, Lieja y Namur, se llevó a cabo, a partir de 1934, una verdadera campaña organizada para convencer y preparar a la consagración, no sólo a los cristianos individualmente, sino también a las familias, parroquias, agrupaciones y asociaciones de toda clase. Estas consagraciones atrajeron sin ninguna duda las bendiciones divinas sobre personas y comunidades de todo tipo, que se apresuraron a responder a este llamamiento.

Luego sucedió el gran acontecimiento ya relatado, de la consagración «social» de la Iglesia y del género humano al Corazón Inmaculado de María, realizada por Su Santidad Pío XII el 31 de octubre de 1942, y luego el 8 de diciembre siguiente.

Todo el mundo católico quiso unirse a este gran acto. En Bélgica el Episcopado apremió a toda la población a hacer o renovar esta donación. La Carta Pastoral de Su Excelencia el Cardenal van Roey sobre este tema, en la Cuaresma de 1943, fue particularmente notable. El Cardenal, después exponer magistralmente los fundamentos dogmáticos de la devoción mariana, escribía entre otras cosas:

*«Acabamos de invitaros ahora a hacer una manifestación insigne de este culto, a dar un testimonio elocuente de esta confianza… Si las circunstancias lo hubiesen permitido, habríamos querido organizar una grandiosa solemnidad nacional para consagrar Bélgica al Corazón Inmaculado de María. Esperamos poder celebrar esta ceremonia después de la guerra, cuando de nuevo gocemos de la paz en la independencia. Mientras tanto, haremos la consagración de nuestras diócesis, de nuestras parroquias y de todas nuestras instituciones, para englobar de hecho a toda la nación.*

*¿Cuál es el alcance de esta consagración? Dedicar todo lo que tenemos y todo lo que somos a la Santísima Virgen María… Conviene que nos confiemos, entreguemos y consagremos —son los términos usados por el Papa— sin reserva a la Santísima Virgen,*

*para dejarle toda libertad de disponer por entero, como Ella quiera, de nuestras vidas y de nosotros mismos. Conviene poner en sus manos maternas la suerte de nuestras instituciones y obras, el futuro de nuestras parroquias y diócesis, los destinos de nuestra patria y de la Iglesia en Bélgica. Es, por consiguiente, un acto de donación total y colectiva, inspirado por la fe más elevada, por el amor más filial y confiado».*

Como puede verse, la enseñanza del Primado de Bélgica coincide aquí muy de cerca con la noción de la consagración tal como la expone San Luis María de Montfort, aplicada sobre todo a la consagración colectiva o social.

Esta consagración fue hecha en Bélgica por todas partes en el transcurso del año 1943, y no dejó de producir en la población una impresión profunda y reconfortante.

El 1 de mayo de 1948, como ya lo hemos señalado, el Santo Padre, en su Encíclica *Auspicia quædam,* recuerda la consagración de la Iglesia y del mundo al Corazón Inmaculado de María, hecha a ejemplo y en el mismo sentido que la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús, e invita a toda la cristiandad, no sólo a los individuos, sino a cada diócesis, a cada parroquia y a cada hogar cristiano, a hacer esta consagración, que por lo tanto es verdaderamente colectiva y social.

No seríamos verdaderos cristianos si no respondiésemos a este llamamiento del Pontífice supremo. Para alentarnos a ello, reproduciremos aquí algunas páginas de un pequeño folleto, que hemos difundido a un cuarto de millón de ejemplares.

## EL POR QUÉ DE ESTAS CONSAGRACIONES

Para ser completa, nuestra Consagración a la Santísima Virgen no debe ser solamente individual, sino también colectiva o más bien social. En efecto, al lado de nuestra vida personal, tenemos también una vida social. Somos miembros, libremente o por fuerza, de diversos organismos sociales. Formamos parte de la Iglesia, de una diócesis, de una parroquia. Pertenecemos a una familia; somos ciudadanos de una nación, de una ciudad, de un municipio; y hemos entrado en muchas asociaciones y agrupaciones.

Para ser completa, nuestra donación a María debe englobar todas estas entidades sociales.

Muchas sociedades humanas tienen, en sentido propio o en sentido amplio, una «personalidad moral», una existencia social

distinta de cada miembro considerado aparte, e incluso de todos los miembros considerados en común. En la mayoría de las sociedades hay bienes comunes, que cada miembro, considerado individualmente, no podría ofrecer a Nuestra Señora, pero que la comunidad misma puede dedicarle. Por otra parte, es absolutamente evidente que todos estos organismos sociales ejercen una gran influencia en la vida moral y religiosa de los individuos, y pueden por consiguiente favorecer o contrariar sumamente el reino de Cristo y de María en las almas.

Por todos estos motivos, frente a la consagración personal —que es la más importante—, nuestra cruzada mariana organiza también la consagración de las familias, de todas nuestras asociaciones, especialmente la de las parroquias e institutos y comunidades religiosas.

## SU ALCANCE

Por este acto de consagración social, una familia, por ejemplo, reconoce oficialmente sobre ella los derechos de la dominación real de María.

Ella se coloca, por este mismo hecho, de modo muy peculiar, bajo su custodia materna y su protección benéfica.

Todos los miembros de esta comunidad familiar, el padre, la madre, los hijos, se consagran, **como tales,** a la divina Madre de Jesús. La misma familia es la que lo hace, y ofrece así a la Santísima Virgen la propiedad de los bienes de que cada miembro, considerado individualmente, no podría tal vez disponer.

¡Qué recomendable es también este homenaje social a la divina Madre, por el que se reconocen y se realizan completamente sus derechos sobre toda la humanidad!

¡Qué preciosa es, en particular, la consagración a Nuestra Señora de la familia, cuya misión es tan importante y sublime! ¡La familia, célula madre de la sociedad y de la patria! ¡La familia, elevada por el sacramento de matrimonio y establecida en el centro mismo del orden sobrenatural, con la magnífica misión de dar a Dios templos vivos, a Cristo miembros de su Cuerpo místico, a la Santísima Virgen María hijos amadísimos!

¡Qué celo en reconocer la soberanía de Nuestra Señora deben desplegar también nuestras agrupaciones, en particular las de Acción Católica, que quieren vivir el cristianismo en su integridad,

ser conquistadores, y traer de nuevo a Cristo las masas que se alejaron de El! ¡Qué poderoso auxilio encontrarán, para realizar esta gran y difícil misión, en su intimidad con la Santificadora de las almas, la Madre de la Iglesia, la Reina de los Apóstoles y la gloriosa Triunfadora de Satán!

## ESPÍRITU MARIANO

Queda claro que parroquias y familias, obras y agrupaciones católicas de toda clase, deberán recordar su consagración y renovarla regularmente. La Santísima Virgen, desde ese momento, tendrá su lugar en ellas junto a Cristo. Su vida social no será solamente cristiana, sino también mariana. Nuestra Señora imprimirá en adelante un sello especial a su vida, que se inspirará en el espíritu de María. Este espíritu de María será, para los dirigentes, un espíritu de abnegación y de entrega total y desinteresada por los intereses de la colectividad; para los subordinados, un espíritu de docilidad y de obediencia, que es el espíritu propio de la «Esclava del Señor», que no cesó de repetir a toda autoridad legítima lo que dijo al arcángel San Gabriel, enviado por Dios: *«Hágase en mí según tu palabra»;* espíritu de María, que será para todos los miembros de la sociedad, y en las relaciones de sus diversos organismos entre sí, un espíritu de hermosa y gran caridad, de soporte mutuo, de benevolencia recíproca, de unión estrecha por el mismo ideal bajo el cetro de la única Reina, bajo el manto de la Madre dulcísima, María.

## PRENDA DE BENDICIONES EXTRAORDINARIAS

Esta consagración a la Santísima Virgen, tanto individual como social, ha dado frecuentemente resultados magníficos y producido efectos maravillosos. Santa Teresa consagra a la Santísima Virgen una comunidad recalcitrante a su reforma, y al punto se produce un cambio completo. El cura párroco Desgenettes consagra al Corazón Inmaculado de María una inmensa parroquia de París, con lamentable mentalidad religiosa y peor práctica cristiana, y el resultado es la transformación casi milagrosa de su rebaño. Nosotros hemos visto muchas veces en las familias, después de esta consagración, operarse conversiones asombrosas, arreglarse las situaciones más difíciles, establecerse la felicidad, paz y prosperidad

desde todo punto de vista en estos hogares consagrados a la Virgen poderosa y bondadosa.

No dudamos de que ninguna parroquia, comunidad, obra cristiana o familia querrá quedarse atrás y negar a la Santísima Virgen este homenaje de veneración y de amor al que Ella tiene derecho, ni privarse a sí misma de las inmensas bendiciones que a su *«alegre entrada»* esta gloriosa y amable Reina no dejará de traer con Ella [1].

[1] Se pueden conseguir en el Secrétariat de Marie-Médiatrice, Boulevard de Diest 121, Louvain, formularios para la consagración de las familias, de las escuelas e institutos, de las congregaciones religiosas, etc.

# EPILOGO
# Una voz augusta de ultratumba

*Hará ya veintiocho años que, el sábado 23 de enero de 1926, fiesta de los Desposorios de la Santísima Virgen, se apagaba en Bruselas, en la Clínica de la calle de las Cenizas, el Cardenal Mercier, una de las mayores figuras de nuestra historia nacional y de la misma historia de la Iglesia desde hace 100 años. El Cardenal Mercier era esclavo convencido de María, apóstol de esta perfecta Devoción, cuya práctica y difusión fue incluso el pensamiento dominante de los últimos años de su vida, porque veía en ella la respuesta más adecuada posible de nuestra parte a la doctrina de la Mediación universal de todas las gracias.*

*Nos ha parecido oportuno recordar aquí algunas páginas de su gran Carta Pastoral del mes de noviembre de 1924, sobre «La Mediación Universal de la Santísima Virgen y la verdadera Devoción a María según el Beato Luis María Grignion de Montfort»* [1].

*La lectura de estas páginas será un poderoso aliciente para quienes ya se han entregado totalmente a María. Ojalá contribuyan, por la luz que aportan a las almas, a destruir ciertas dudas, que el gran Cardenal reconoce sencillamente haber experimentado él mismo, pero que fueron vencidas por un estudio más profundo de la doctrina montfortana.*

## «LA SANTA ESCLAVITUD» TAL COMO LA ENTIENDE MONTFORT

La palabra «esclavitud» asusta a veces a espíritus mal avisados. Por lo que a mí se refiere, reconozco que en otro tiempo me chocaba.

Es que la esclavitud evoca comúnmente el recuerdo del despotismo pagano, en el que el esclavo era considerado como la

[1] Recordemos que el gran Cardenal escribía en 1924. Luis María de Montfort fue canonizado en 1947. El Cardenal se había convertido también en promotor de esta canonización. Se puede conseguir en el Secrétariat de Marie-Médiatrice, Boulevard de Diest 121, Louvain, este documento notable.

*cosa* de su dueño, cuya ley y cuyos caprichos debía soportar; evoca también la idea de los mercados repugnantes de Africa, en los que mujeres y niños son vendidos como ganado. De ahí la tendencia a creer que constituirse voluntariamente como esclavo sería renunciar a esta libertad de los hijos de Dios, de la que estamos tan orgullosos con justo motivo, o abdicar de nuestra personalidad moral, rebajarse.

No nos atrevemos, es cierto, a sacar resueltamente esta conclusión: una voz secreta nos advierte que un Beato cuyos escritos han sido juzgados como irreprochables por la Iglesia, cuyo culto público autoriza, y que arrastra en su seguimiento a toda una legión de fervorosos y santos discípulos, no puede ser una doctrina espiritualmente envilecedora; pero eso no impide que la palabra «esclavo» mal comprendida da miedo, frena piadosos impulsos, y paraliza en muchos el desarrollo de la devoción total a la Santísima Virgen María.

Hay esclavos que lo son por fuerza, y a los que su amo explota o maltrata; hay también esclavos que se constituyen tales por propia voluntad, y para los que su amo es una garantía de estabilidad de vida económica, una protección, una providencia.

El religioso renuncia voluntariamente a la libre disposición de su haber, a fin de ocuparse más fácilmente, libre ya de las preocupaciones materiales, del servicio de Dios. Este religioso se hace esclavo en el sentido económico de la palabra, pero se hace espiritualmente más libre; su aparente servidumbre es un provecho.

En términos más generales, el esclavo consciente y voluntario es aquel que, desconfiando de su propia debilidad, pide apoyarse en un brazo más vigoroso que el suyo, a fin de caminar con paso más firme y más seguro.

Y cuando este brazo es el de una madre y un padre, la esclavitud es una esclavitud de amor.

De esta esclavitud de amor habla Grignion de Montfort.

Tiene por fin arrancarnos de nuestras miserias, remediar a nuestro estado de debilidad, hacernos encontrar seguridad y libertad en el Corazón y en los brazos de una Madre, todopoderosa sobre el Corazón de Dios.

Es un compromiso irrevocable al servicio de Dios, sin preocupación mercenaria, por amor filial: es eso, y sólo eso.

Por él, el alma se fija en la donación de sí misma al Espíritu de Dios: es «espiritual». Se inspira en la caridad más pura: es «santo».

Libera el corazón de las cadenas del egoísmo: es «voluntario», y realiza las condiciones más propicias para la verdadera libertad.

*«¿Sabéis* —pregunta Santa Teresa— *qué es ser espirituales de veras? Hacerse esclavos de Dios, a quien señalados con su hierro que es el de la cruz, porque ya ellos le han dado su libertad, los pueda vender por esclavos de todo el mundo, como El lo fue; que no les hace ningún agravio ni pequeña merced»* [1].

No nos dejemos espantar, pues, por las apariencias de una palabra. Apuntemos a lo real; penetrémonos del sentido del Evangelio. Considerémonos por lo que somos, débiles y, después de todo, siempre miserables.

Hagámonos resueltamente «esclavos de Dios», «esclavos de María». Entreguémonos filialmente, pero sin reserva, a la solicitud de nuestra Madre. En nuestra vida espiritual, abandonémosle nuestras marchas a tientas del comienzo, nuestros progresos, el presente, el futuro; en nuestros trabajos, en nuestras pruebas, mantengámonos bajo el manto de su protección materna.

Nosotros sobre todo, sacerdotes del Señor, seamos a la vez discípulos y propagadores de la «verdadera Devoción»; está en juego nuestra santidad personal, está en juego el éxito de nuestra acción pastoral.

Una vez que seamos enteramente de María, vivamos en paz; que nada, ni de fuera ni de dentro, turbe nuestra serenidad. Estamos bajo la custodia de la más poderosa y de la más amante de las Madres, ahora y en la hora de nuestra muerte.

## AMPLITUD DE LA DONACIÓN DE SÍ MISMO EN EL SENTIDO DE MONTFORT

Que yo sepa, no hay acto más comprehensivo de todo lo que un alma puede consagrar a Dios y a Cristo, que este acto de renuncia o de «esclavitud», tal como lo entiende el Beato de Montfort.

El imperio de la caridad crece en la medida en que se borra el egoísmo.

Los consejos evangélicos, tal como se los practica corrientemente, comportan la renuncia a los bienes exteriores, a las satisfacciones de los sentidos, a la independencia de la voluntad personal.

[1] *Castillo Interior,* Moradas Séptimas, capítulo 4, nº 8.

La devoción del Beato va más lejos: renuncia incluso a la libre disposición de todo lo que, en nuestra vida espiritual, es susceptible de convertirse en objeto de renuncia. Sin duda nuestro mérito, en el sentido estricto del término, título de justicia a la gloria eterna, es inalienable, rigurosamente personal; pero nuestros «méritos satisfactorios», es decir, nuestros títulos a la remisión de las penas aún debidas por la expiación de pecados perdonados, y nuestro poder de impetración, o «méritos impetratorios», es decir, nuestros títulos a la obtención de favores celestiales o de auxilios temporales para nosotros o para otros, no nos son tan personales que nos sea imposible renunciar a ellos. Si puedo renunciar a ellos, dice Montfort, renuncio, persuadido de que, cuanto menos me inmiscuya yo en la obra de mi salvación, mejor me prestaré a la acción eficaz y plena de Aquel que es el solo Camino, la sola Verdad y la sola Vida.

¡Ah, sí!, muy lejos va el abandono que nos predica el Beato, y del que nos da ejemplo; incluso parece ir hasta lo extremo. Solo Dios mide su alcance para cada alma. Solo Dios lo realizará sobre cada uno de sus elegidos en conformidad con su designio, a condición de que ellos se dejen conducir y amar por El.

Pero ¿acaso las almas generosas no aspiran a esto en nuestra época? A medida que se van haciendo más raros los discípulos de Cristo, ¿no parece que quienes quieren permanecerle irrevocablemente fieles experimentan más la necesidad de dárselo todo, de sacrificárselo todo? Son legión las almas que, sin comprender del todo el alcance de sus aspiraciones profundas, arden de deseos de ofrecerse como «hostias», como «víctimas» por la humanidad. ¿No es el Espíritu Santo quien da rienda suelta en ellas a sus gemidos, según la declaración del apóstol San Pablo: «Qué hemos de orar, según conviene, no lo sabemos; mas el Espíritu Santo mismo interviene a favor nuestro con gemidos inefables: *Quid oremus, sicut oportet, nescimus, sed ipse Spiritus Sanctus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus»* [1].

La consagración de sí mismo a Jesús por María responde a esta necesidad de las almas.

En Grignion de Montfort había, además de un alma de santo, un temperamento de profeta.

La Oración Abrasada por la que pide a Dios misioneros para la Compañía de María, es tanto una visión sobre el futuro como un llamamiento al apostolado. Su introducción al «Tratado de la

[1] Rom. **8** 26.

Verdadera Devoción a la Santísima Virgen» termina con esta conclusión de aspecto profético: *«María ha sido desconocida hasta aquí, que es una de las razones por qué Jesucristo no es conocido como debe serlo. Si, pues, como es cierto, el conocimiento y el reino de Jesucristo llegan al mundo, ello no será sino continuación necesaria del conocimiento y del reino de la Santísima Virgen, que lo dio a luz la primera vez, y lo hará resplandecer la segunda»* [1].

El futuro, amadísimos Hermanos, está en el secreto de Dios. No nos entretengamos en adivinarlo.

Pero preparémoslo.

**Seglares y eclesiásticos, seamos apóstoles de María. Seamos sus hijos y consagrémosle un culto total en el que, por la renuncia más completa posible a todo lo que tenemos y a todo lo que somos, le pertenezcamos y le permanezcamos irrevocablemente entregados, a fin de que Ella, que es Madre de Misericordia, nos fije en Jesús, y que el día en que acabe nuestro exilio Ella venga maternamente a nuestro encuentro, ofreciéndonos por Sí misma el fruto bendito de su vientre, nuestro Salvador Jesús, que constituirá nuestra gloria: *«Et Jesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exilium ostende».***

[1] Verdadera Devoción, nº 13.

# POR MARÍA

## Unas palabras de introducción

*En el primer volumen de esta Serie Immaculata, después de algunas páginas de introducción, explicamos la Consagración mariana en sí misma, su naturaleza, sus propiedades, su nombre, sus consecuencias y sus obligaciones.*

*A esta Consagración, como punto de partida y fundamento práctico de la vida mariana, San Luis María de Montfort vincula las «prácticas interiores» de la devoción mariana perfecta, prácticas que suponen realmente la «marialización» de todos los aspectos de la vida cristiana, y también a María introducida en todas nuestras relaciones con Dios, en las cuales ejerce su Mediación.*

*Estas riquísimas y exhaustivas actitudes marianas del alma las cristalizó en una fórmula lapidaria: hacerlo todo por María, con María, en María y para María.*

*Sin lugar a dudas, lo que le llevó a elegir esta fórmula fue la hermosa y solemne oración final del Canon de la Misa:*

*«Por Cristo Nuestro Señor.*
*Por el cual, Señor,*
*creas, santificas, vivificas, bendices y repartes siempre*
*todos estos bienes.*
***Por El, con El y en El,***
*a ti Dios Padre todopoderoso, en unidad del Espíritu Santo,*
*te sea dada toda honra y gloria,*
*por todos los siglos de los siglos. Amen».*

*Aparece claramente cómo la Iglesia establece aquí una relación de causalidad entre la primera y la segunda parte de esta*

*oración. Es como si dijera: Es porque tú, Señor, creas, santificas, bendices y repartes todos los bienes por Cristo, que te deben ser ofrecidos por El, con El y en El toda honra y gloria.*

*Montfort retoma este razonamiento en su espiritualidad y lo aplica a la Santísima Virgen. La razón de ello es que en el orden sobrenatural todo es producido, vivificado, santificado y dado, después de Cristo, por María; por Ella nos viene en este orden todo ser, toda vida, toda santidad, toda bendición y todo don; y por eso toda vuelta a Dios de parte nuestra, de cualquier forma que se haga, debe realizarse por Ella, con Ella y en Ella, por los siglos de los siglos, durante nuestra vida en la tierra y por toda la eternidad.*

*La fórmula de Montfort tiene cuatro incisos. A la fórmula litúrgica añadió el «para María», inspirado sin duda por las palabras «toda honra y gloria»; pues vivir para María quiere decir hacerlo todo «por su provecho y por su gloria». Por su fórmula completa el gran Apóstol mariano reconoce prácticamente la causalidad múltiple ejercida por la Santísima Virgen en el mundo sobrenatural. «**Por María**» la reconoce como causa eficiente en este orden, ya sea en sentido estricto, ya sea en el sentido más amplio de causa motiva moral, que obra por mandato o por consejo. «**Con María**» rinde homenaje a Nuestra Señora como causa ejemplar («formalis extrinseca») secundaria, como ideal o modelo de todo el mundo sobrenatural, tanto en el ser como en el obrar. «**Para María**» la exalta como causa final de nuestra vida sobrenatural después de Dios y de Cristo, y por consiguiente ocupando legítimamente un lugar también en el orden de finalidad en el terreno de la vida cristiana. «**En María**» significa la unión estrecha e incesante con Ella, que es forzosamente efecto de la influencia universal que Ella ejerce en todo el orden del ser y del obrar sobrenaturales, y que por lo tanto une muy estrechamente a las almas con Ella.*

*Este es el riquísimo significado de la fórmula un tanto misteriosa empleada por San Luis María de Montfort. Cada inciso de esta fórmula proporcionará el título y el objeto de los cuatro volúmenes que van a seguirse, y de los que este es el primero. Queda claro que no hay que dar una importancia exagerada a la fórmula en cuanto tal, aunque la teología la justifique a veces de manera sorprendente, como sucede, por ejemplo, con el «para María» en Santo Tomás* [1].

[1] *Suma Teológica,* I[a], 36, 3.

*Al exponer esta fórmula, seguimos las explicaciones dadas por nuestro Padre en el «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen», que es su obra definitiva en el tema. «El Secreto de María», escrito mucho antes, se aparta un tanto del «Tratado», no en el sentido que da a las prácticas mismas, sino en su clasificación bajo tal o cual inciso de la fórmula. Una prueba más de que no hay que atribuir excesiva importancia a la fórmula en cuanto tal.*

★

*El presente volumen querría resaltar el «todo por María». ¡Dígnese nuestra Señora de Lourdes, la «Inmaculada Concepción», ayudarnos a alcanzar esta meta!*

*Pues este libro aparece oficialmente el 11 de febrero. Un volumen de esta serie de la Inmaculada podía sin duda vincularse a estas apariciones. ¿No es el mismo Papa quien dijo que Lourdes era la confirmación de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción? Lourdes fue la respuesta de alcance mundial que la Santísima Virgen dio al homenaje, también mundial, que le había sido ofrecido, tanto por la definición misma, como por todo lo que precedió y siguió a esta proclamación* [1]*. Y cuando Bernardita le pidió que dijera su nombre, Ella contestó con una expresión indecible: «Yo soy la Inmaculada Concepción».*

*Esta obra es, pues, nuestro homenaje de gratitud y de afecto a la blanca Madona de los Pirineos. Al escribir estas líneas surgen en nuestra alma mil recuerdos, fruto de más de 30 peregrinaciones, de cinco o seis días cada una, que hemos tenido la dicha de hacer a este lugar bendito… Lourdes es único en el mundo, un rincón del Paraíso terrenal, no, del verdadero Paraíso, descendido entre nosotros… Quien haya estado en Lourdes como peregrino ratificará esta afirmación.*

*¡Ojalá estas páginas irradien algo de esta Presencia mariana misteriosa, pero real, que se experimenta allá, y que reconocía hace poco el ilustre Primado de Bélgica, el Cardenal Van Roey!*

*¡Dulce Señora de Lourdes, bendecid esta modesta obra y a todos cuantos la lean!*

---

[1] Lourdes, en 1858, es la respuesta evidente y espléndida del Cielo a la proclamación dogmática de 1854. Desde entonces, ¿no deberemos esperar también una respuesta grandiosa y mundial del Cielo a la definición dogmática de la Asunción gloriosa de Nuestra Señora, hecha por Pío XII el 1 de noviembre de 1950?

# I
# El espíritu de la perfecta Devoción

En «El Secreto de María» San Luis María de Montfort define así la perfecta Devoción a la Santísima Virgen: *«Consiste en darse por entero, en calidad de esclavo, a María y a Jesús por Ella; y luego en hacerlo todo por María, con María, en María y para María. Explico estas palabras»* [1].

*«Explico estas palabras»*. En esta Serie Immaculata nos esmeramos modestamente en hacer lo que hace nuestro Padre. El primer volumen de la serie quedó consagrado a explicar el Acto de Donación mismo, con sus consecuencias inmediatas y sus obligaciones. Hablar de estas últimas era ya entrar en el campo del «espíritu» de la verdadera Devoción. Por la exposición completa y detallada de las **prácticas interiores** de la perfecta Devoción a Nuestra Señora, vamos a describir a lo largo y a lo ancho este «espíritu», o la manera de vivir interior y habitualmente nuestra pertenencia total a la santísima Madre de Dios. ¡Concédanos esta divina Madre la gracia de realizar convenientemente este trabajo! Pues es de la mayor importancia para el bien de las almas y sobre todo para el propio Reino de Ella; ya que el reino de María en las almas consiste principalmente en la aplicación de estas prácticas interiores a nuestra vida.

★

Muy útil para adquirir progresivamente este espíritu es la renovación frecuente y bien consciente de nuestra Consagración total, hecha ya con una fórmula verbal, ya de manera puramente interior, por ejemplo, al levantarse y al acostarse, antes y después de las comidas, al comienzo de cada nueva actividad, en las dificultades y tentaciones, a la vista o al encuentro de una imagen de Nuestra Señora, entre las decenas del Rosario, etc.

Pero, como justamente observa San Luis María de Montfort, eso no basta. Para llegar a la santidad es indispensable ir más lejos: *«No basta haberse dado una vez a Jesús por María en calidad de*

[1] Secreto de María, nº 28.

*esclavo; no basta siquiera hacerlo cada mes, cada semana* [y, podemos añadir, cada día y varias veces por día]; *eso sería una devoción demasiado pasajera, y no elevaría el alma a la perfección a que es capaz de elevarla»* [1].

Debemos estar advertidos de que no es fácil penetrarnos bien de este espíritu: *«No es muy difícil alistarse en una cofradía, ni siquiera abrazar esta devoción…; la gran dificultad está en entrar en el espíritu de esta devoción, que es hacer a un alma* ***interiormente dependiente y esclava*** *de la Santísima Virgen y de Jesús por Ella»* [2].

Y lo que no es fácil no lo hará ordinariamente la mayoría de las almas, o al menos sólo imperfectamente. El aviso que sigue es un poco desalentador: *«He encontrado a muchas personas que, con admirable ardor, se han entregado a su santa esclavitud en el exterior; pero raramente he encontrado a quienes hayan adquirido su espíritu, y aún menos que hayan perseverado en él»* [3].

Nos sentimos inclinados a creer que, si Montfort viviera en la hora actual, temperaría un poco la severidad de esta afirmación. Hoy hay muchas almas que toman en serio su vida mariana y se aplican generosa y constantemente a vivir en dependencia habitual de la Santísima Virgen.

Sea como sea, no debemos de ningún modo dejarnos confundir por esta constatación de nuestro Padre. Los santos son también raros, incluso rarísimos; y sin embargo eso no es ningún motivo para dejar de tender a la perfección. Si hay pocas almas que den a nuestra divina Madre todo lo que le corresponde, eso es un motivo más para tratar de hacerlo nosotros con la gracia de Dios y la ayuda de Nuestra Señora, aunque sólo fuera para compensarla de tantas lagunas.

Para gloria de la Santísima Virgen, por amor a nuestro único Jesús, para glorificación y gozo de nuestra Madre amadísima, trataremos de aplicarnos a partir de hoy, apacible pero valientemente, con perseverancia y tenacidad, a la práctica **interior** de la santa esclavitud de amor.

Hemos de **querer** esto, quererlo enérgicamente, y estar dispuestos a «aguantar» diez, veinte y cincuenta años si es preciso,

[1] Secreto de María, nº 44.
[2] Ib.
[3] Ib.

hasta la muerte, y eso a pesar de todas las decepciones y contradicciones, tanto interiores como exteriores.

Nuestra triste experiencia, es cierto, nos ha hecho profundamente conscientes de nuestra debilidad e inconstancia.

Pero si se lo pedimos al Señor humilde y confiadamente, El mismo *«realizará en nosotros el querer y el obrar»* [1].

Cada día pediremos —y esta súplica será escuchada— la práctica humilde, ardiente y constante de la perfecta Devoción a Nuestra Señora. Es esta una gracia selecta, en un sentido la gracia de las gracias, porque conduce a las demás y las contiene todas en principio y en germen: *«**Todos** los bienes me vinieron juntamente con Ella»* [2].

★

Estas prácticas interiores de dilección perfecta a Nuestra Señora, tal como las propone San Luis María de Montfort, son de una riqueza y profundidad maravillosas. Abarcan **todo** el campo de trabajo de la santidad. son como la «marialización» **de todos los aspectos** de la vida espiritual. Son la Mediación universal de María reconocida y aplicada en la práctica, no sólo en el orden de la oración y de la intercesión, sino en todo el orden de relaciones de nuestra alma con Jesús, con Dios. Tal vez en ninguna otra parte, a no ser que sea justamente bajo la influencia reconocida o inconsciente de Montfort, se encuentra esta riqueza sobreabundante de datos prácticos marianos. Ya se trate de dependencia y de conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, ya de imitación o de unión, ya de confianza y abandono, ya de orientación de toda nuestra vida hacia Dios, nuestro Fin supremo: todas estas actitudes de alma, cada una de las cuales considerada separadamente puede conducir a la perfección, las encontramos marializadas en estas prácticas interiores.

Y sin embargo, a pesar de su amplitud y admirable profundidad, esta espiritualidad mariana es accesible al simple fiel, más accesible tal vez a la gente sencilla que a los demás, porque en definitiva no es más que la vida de amor y el camino de infancia, vivido en unión con Nuestra Señora. El amor hace dependiente, busca semejanza y unión con el ser amado, y no vive sino para este

[1] Fil. **2** 13.
[2] Sab. **7** 11.

ser: y estas son precisamente las cuatro prácticas interiores de la perfecta Devoción a Nuestra Señora.

Un hijo obedece a su madre, se confía a ella, la mira sin cesar para imitarla, vive de buena gana junto a ella y le trae todos sus pequeños tesoros: estos son más o menos los deberes que el Padre de Montfort asigna a los predestinados respecto de María; y las prácticas interiores no son más que la prolongación y perfeccionamiento de estos deberes hasta los estados místicos más elevados.

Lo que ha incomodado a cierto número de almas frente a estas prácticas interiores, es que a primera vista parecen a veces oscuras y complicadas. No es más que una apariencia. Nos atrevemos a esperar que, después de las explicaciones que vienen a continuación, no quedará poco o nada de esta oscuridad y complicación. Y si nuestros lectores encontrasen oscuridades en nuestra exposición, hagan el favor de decírnoslo llanamente. Les estaremos muy agradecidos.

Señor Jesús, enséñanos a amar a tu Madre con obras. Enséñanos a ser, como Tú, dependientes de María, a confiar en Ella, a vivir unidos a Ella, y totalmente para Ella. Tú eres, Jesús, el gran Modelo de la vida mariana perfecta. Danos la gracia de vivirla y practicarla; y especialmente por lo que mira al amor verdadero y perfecto de María, Madre tuya y también nuestra, haz, Jesús, nuestro corazón y nuestra vida semejantes a los tuyos.

# II
# “Obediente hasta la muerte”

Como decíamos, la espiritualidad mariana de San Luis María de Montfort es maravillosamente rica y realmente completa.

Significa, ni más ni menos, la «marialización» de toda la vida cristiana en todas sus formas y bajo todos sus aspectos, para adaptarnos perfectamente al plan divino, que es mariano en todas sus partes y en todos sus detalles. Significa también a María prácticamente reconocida como Mediadora en **todas** las relaciones de nuestra alma con Dios.

Uno de los aspectos más fundamentales de la vida espiritual consiste en la dependencia absoluta y radical respecto de Dios, en la total e incesante sumisión de nuestra voluntad a la voluntad divina. La perfección consiste, se nos dice, en la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios. Es la exacta verdad, aunque la santidad pueda enfocarse y se presente bajo varios otros aspectos.

Es fácil comprender que la dependencia absoluta e incesante respecto de Dios sea uno de los deberes más esenciales de nuestra vida, un deber que está de tal modo en la naturaleza de las cosas, que Dios mismo no podría dispensarnos de él.

¡Y cómo encontramos en nuestro Maestro adorado un admirable ejemplar de esta sumisión absoluta!

San Pablo resumió verdaderamente toda la vida de Jesús al escribir que *«se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»* [1].

Pero Jesús mismo es quien nos proclama su amor por la voluntad de su Padre. Debemos estar profundamente agradecidos a San Juan por habernos conservado estas preciosas palabras en su Evangelio.

Y en primer lugar, ante la voluntad de su Padre, Jesús elimina, tanto en principio como en la práctica, su propia voluntad humana. *«He descendido del cielo»,* dice, *«no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió»* [2]. Es el programa de su vida, y a este programa permanecerá invariable y escrupulosamente fiel. Y

---

[1] Fil. **2** 8.
[2] Jn. **6** 38.

cuando su naturaleza humana se espante y vacile ante los horrendos sufrimientos que lo acechan, exclamará: *«Padre mío, si es posible pase de Mí este cáliz»;* pero enseguida añade firmemente: *«Mas no se haga como Yo quiero, sino como Tú»* [1].

Jesús vive de esta dependencia: es su alimento y su bebida. *«Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra»* [2]. Esta dependencia va tan lejos que Jesús no obra sino bajo su influencia, bajo el impulso del Padre, de modo que sus obras son realmente las del Padre. Sus palabras son las del Padre, las que el Padre le inspira decir: *«Yo no puedo hacer nada por mi cuenta: juzgo según lo que oigo… El que me ha enviado es veraz, y lo que le he oído a El es lo que hablo al mundo… Yo no hago nada por mi propia cuenta, sino que hablo lo que el Padre me ha enseñado»* [3].

¿Podríamos jamás meditar suficientemente estas palabras, nosotros que queremos tender a la perfecta sujeción de amor?

En efecto, esta misma dependencia, esta obediencia absoluta, Jesús la exige a sus discípulos, nos la exige a todos nosotros. Pues *«no todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial»* [4].

Sin duda, **amar** a Dios es el primero y el mayor de todos los mandamientos, pero El mismo indica cómo se debe comprender y practicar este mandamiento: por la obediencia y dependencia. *«El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama… Si alguno me ama, guardará mi Palabra… El que no me ama no guarda mis palabras»* [5].

También nos dice que esta sumisión fiel y vivida es el medio de merecer sus preferencias y entrar en su intimidad: *«Quien cumpla la voluntad de Dios, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre»* [6].

★

Nunca podremos recordar lo suficiente estas importantes palabras, ni grabarlas en nuestro espíritu y nuestro corazón tan profundamente como fuera menester.

---

[1] Mt. **26** 39.
[2] Jn. **5** 30.
[3] Jn. **5** 30; **8** 26-28.
[4] Mt. **7** 21.
[5] Jn. **14** 22-24.
[6] Mc. **3** 35.

Pero nosotros, hijos y esclavos de Nuestra Señora, no olvidemos un aspecto importantísimo, el aspecto **mariano,** de la dependencia de Jesús.

Esta dependencia misma, y el aspecto mariano de esta dependencia, se encuentran encerrados en una brevísima frase que nos descubre y revela todo un mundo divino: *«Vivía sujeto a ellos»* [1]. Fuera del relato del encuentro del Niño Jesús en el Templo, eso es **todo,** absolutamente todo, lo que se nos ha transmitido de la vida escondida de Jesús. Y es que, según el parecer del Espíritu Santo, de la Santísima Virgen, que transmitió a los Evangelistas la vida de infancia de Jesús y su vida oculta en Nazaret, y de los mismos Evangelistas, no había más que decir. Por lo tanto, en esas cuatro palabras encontramos el programa completo de la vida de Jesús, desde su tierna infancia hasta su vida pública.

Esta sumisión se ejerció, sin duda alguna, respecto de San José, pero también, y sobre todo, respecto de la Santísima Virgen: porque Jesús no practicaba esta sumisión a San José más que a causa de María, la única en ser su verdadera Madre, y porque, según la creencia común, el santo Patriarca desapareció desde temprana hora del santo hogar de Nazaret.

Nuestro Padre quedaba impresionado por este adorable misterio de la obediencia de Jesús; a él vuelve frecuentemente, y se apoya en este Modelo divino para exhortarnos a la vida de dependencia respecto de la Santísima Virgen. *«Este buen Señor no ha tenido como indigno de El encerrarse en el seno de la Santísima Virgen, como un cautivo y un esclavo de amor, y estarle sometido y serle obediente durante treinta años. Aquí es, lo repito, donde el espíritu humano se abisma cuando reflexiona seriamente en esta conducta de la Sabiduría encarnada… Esta Sabiduría infinita, que tenía un deseo inmenso de glorificar a Dios su Padre y de salvar a los hombres, no ha encontrado medio más perfecto y más corto para hacerlo que someterse en todo a la Santísima Virgen, no sólo durante los ocho, diez o quince primeros años de su vida, como los otros niños, sino durante treinta años; y ha dado más gloria a Dios su Padre, durante todo este tiempo de sumisión y de dependencia a la Santísima Virgen, que la que le hubiera dado empleando esos treinta años en hacer prodigios, en predicar por toda la tierra, en convertir a todos los hombres; de otros modo, lo hubiera hecho».*

[1] Lc. **2** 51.

Y Montfort saca de estas consideraciones las siguientes conclusiones, que se imponen por sí mismas:

*«¡Oh! ¡Oh! ¡Cuán altamente se glorifica a Dios sometiéndonos a María a ejemplo de Jesús! Teniendo ante nuestros ojos un ejemplo tan visible y tan conocido de todo el mundo, ¿somos tan insensatos como para creer encontrar un medio más perfecto y más corto para glorificar a Dios, que el de someternos a María, a ejemplo de su Hijo?»* [1].

Esta dependencia es la que el gran Apóstol de Nuestra Señora nos pide en la primera práctica interior, cuya explicación vamos a abordar: *«Es menester hacer todas las acciones por María, es decir, es preciso que obedezcan en todas las cosas a la Santísima Virgen, y que se rijan en todas las cosas por su espíritu»* [2].

Y el tercer deber de los predestinados para con la Santísima Virgen queda descrito en los siguientes términos: *«Son sumisos y obedientes a la Santísima Virgen, como a su buena Madre, a ejemplo de Jesucristo, que, de los treinta y tres años que vivió sobre la tierra, empleó treinta en glorificar a Dios su Padre por una perfecta y entera sumisión a su santa Madre»* [3].

De este modo, según la exhortación de San Pablo, adoptaremos los sentimientos y las disposiciones de Cristo Jesús [4]. El se hizo obediente a su Padre; pero, en lo que se refiere a sus actos exteriores y humanos, durante la mayor parte de su vida manifestó esta obediencia al Padre en la persona de su santísima Madre. Y puesto que también nosotros, aunque de distinto modo, hemos aceptado libremente la condición de esclavos de amor, queremos humillarnos y hacernos obedientes a Dios y a María hasta el extremo y hasta la muerte; a Dios, sí, pero en y por María.

---

[1] Verdadera Devoción, nº 139. Ver también el nº 18. — Estos textos no sólo deben leerse, sino también meditarse.
[2] Verdadera Devoción, nº 258.
[3] Verdadera Devoción, nº 198.
[4] Fil. **2** 8.

# III
# Madre y Señora

La primera actitud de alma que las prácticas interiores de la perfecta Devoción a la Santísima Virgen reclaman de nosotros, es la de la dependencia, la de la obediencia. *«Es menester hacer todas las acciones por María»,* dice Montfort, *«es decir, es preciso que* ***obedezcan*** *en todas las cosas a la Santísima Virgen, y que se rijan en todas las cosas por su espíritu»* [1]. Y también: *«Son* ***sumisos*** *y* ***obedientes*** *a la Santísima Virgen, como a su buena Madre, a ejemplo de Jesucristo»* [2].

La primera pregunta que se plantea a este propósito es la siguiente: ¿Por qué obedecer a Nuestra Señora?

El ejemplo de Jesús, cuya vida oculta fue un acto ininterrumpido de dependencia amorosa respecto de su santísima Madre, es una primera respuesta a esta pregunta, qua ya dimos en el último capítulo.

¿Obedecer a la Santísima Virgen? ¡Pero si eso es para nosotros, esclavos de amor, un verdadero deber!

La obediencia, juntamente con el trabajo en provecho de su amo o de su ama, es con toda evidencia el primer deber del esclavo.

¡De qué buena gana nos hemos dado gana como esclavos voluntarios de amor a la divina Madre de Jesús! Por lo tanto, tenemos el deber elemental de depender de Ella en todas las cosas, de hacer su voluntad, de respetar sus deseos en todas partes donde esta voluntad y estos deseos nos sean manifiestos.

Todo eso cae de su propio peso. Además, por nuestra Consagración, hemos **prometido formalmente** esta obediencia. Hemos de entender las siguientes palabras de nuestra perfecta donación, no sólo en el sentido de una dependencia pasiva, sino

---

[1] Verdadera Devoción, nº 258. — Para tener la exposición completa de la práctica de nuestra verdadera Devoción, hay que combinar las **prácticas interiores** (Verdadera Devoción, nn. 257-265) con los **deberes de los predestinados respecto de la Santísima Virgen** (Verdadera Devoción, nn. 196-200). Estos últimos constituyen el ascetismo de la perfecta Devoción. Las primeras nos llevan hasta la mística mariana.

[2] Verdadera Devoción, nº 198.

también en el de una dependencia activa: *«Dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito…».* Esto quiere decir incontestablemente que Ella puede en adelante imponernos y prohibirnos todo lo que Ella quiera.

Y más explícitamente aún, hemos añadido: *«Protesto que en adelante quiero, como verdadero esclavo vuestro…, obedeceros en todas las cosas».*

★

Mas nuestra actitud de dependencia respecto de la divina Madre, aunque reposa en nuestra donación voluntaria por la santa esclavitud, se basa también en otros fundamentos.

¡Qué frecuentemente y de qué buena gana Montfort llama a María su querida **Madre y Señora**! Ambas cualidades le otorgan títulos a nuestra sujeción y a nuestra dependencia.

Ella es nuestra **Madre.**

Recordémoslo en el gozo de nuestra alma: Ella es nuestra Madre, no por modo de hablar, ni en sentido figurado, ni según una maternidad metafórica.

Nuestra Madre, no ciertamente en orden a nuestra vida natural humana, pero sí en orden a una vida mucho más preciosa, la vida de la gracia. Y respecto de esta vida, Ella es plenamente nuestra Madre, porque le debemos esta vida de varios modos, y de manera inmediata; porque realmente Ella nos ha comunicado esta vida, y sigue comunicándonosla. Y más Madre nuestra que aquella a quien debemos este dulce nombre en esta tierra, porque forzosamente nos hacemos independientes de esta última, mientras que en nuestro ser y actividad sobrenaturales necesitamos a María, nuestra Madre de gracia, sin fin y sin cesar, y seguimos siendo dependientes de Ella como el hijo que la madre lleva en su seno materno [1].

Ahora bien, la madre tiene derecho a la obediencia de su hijo. Esta obediencia es netamente el deber del hijo. Incluso es, puede decirse, la síntesis de todos los deberes que el hijo debe cumplir para con su madre. Un hijo obediente es un hijo sensato y virtuoso, de quien la madre está siempre contenta.

Así, pues, como hijos de María, debemos manifestarle dependencia entera y obediencia absoluta.

★

[1] Verdadera Devoción, nº 33.

Ella es también nuestra **Señora:** ¡María es **Reina**!

Frecuentemente la Santa Iglesia la saluda como tal: *«Salve Regina!* ¡Dios te salve, Reina!»; y la llama *«Gloriosa Regina mundi!* ¡Gloriosa Reina del universo! ».

Nuestro Padre resume toda la Tradición cristiana cuando nos hace decir, en la fórmula de Consagración: *«Dios te salve, ¡oh Reina del cielo y de la tierra!, a cuyo imperio está sometido cuanto hay por debajo de Dios…».*

Su realeza, como la de Cristo, de la que participa, no es una realeza puramente nominal, una realeza de fachada y ostentación, consistente sólo en el aparato exterior de un cetro y una corona, de un trono y un manto real. Estos emblemas, con que siempre la revistió el mundo cristiano, significan una verdadera dignidad real y una dominación cierta sobre los hombres. Los Padres de la Iglesia ponen en sus labios la gran afirmación de Cristo mismo: *«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra»* [1].

El derecho de dominación reclama correlativamente, en los súbditos, el deber de dependencia y sumisión. Por consiguiente, queremos obedecer en todas las cosas a Nuestra Señora en calidad de Señora y Soberana.

★

Pues la **amamos,** ¡y la dependencia se encuentra tanto en la línea del amor! A quienes amamos de veras, en la misma medida en que los amamos, no sabríamos negarles nada. El amor se crea derechos a la dependencia allí donde no existen por otros motivos. Por eso, por sí solo, nuestro amor verdadero, profundo, tierno y respetuoso a nuestra divina Madre convierte la dependencia total en un deber para nosotros. Y, por otra parte, así comprendió Jesús el amor y nos lo impuso: *«El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama… Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando»* [2].

Por lo tanto, esta actitud de dependencia total y obediencia absoluta a nuestra Madre y Soberana amadísima se encuentra perfectamente justificada, y es en cierto modo obligatoria para nosotros, hijos y esclavos de Nuestra Señora.

★

[1] Mt. **28** 18.
[2] Jn. **14** 21; **15** 14.

Esta dependencia va totalmente en provecho nuestro.

A la madre se le confiere autoridad sobre su hijo principalmente en interés del niño. Aceptando la dirección de su madre, el niño evita gran cantidad de peligros, escapa a muchos desengaños, y asegura su desarrollo físico y moral.

También en el orden sobrenatural, la dependencia mariana será prenda de progresos incesantes, bendiciones inauditas y protección contra toda clase de peligros y de males: *«Por haber obedecido a su madre, Jacob recibió la bendición como por milagro, aunque naturalmente no debió tenerla; los convidados a las bodas de Caná, por haber seguido el consejo de la Santísima Virgen, fueron honrados con el primer milagro de Jesucristo, que convirtió allí el agua en vino, a ruego de su santa Madre. Del mismo modo, todos los que hasta el fin de los siglos reciban la bendición del Padre celestial, y sean honrados con las maravillas de Dios, no recibirán estas gracias sino como consecuencia de su perfecta obediencia a María»* [1].

Hemos conocido a personas que encontraron en **esta** práctica una orientación definitiva para su vida, y un medio decisivo de santificación; personas que sin cesar, por así decir, dirigían a Nuestra Señora esta pregunta: ***Madre, ¿qué quieres que haga?***

Hagámosle frecuentemente esta pregunta nosotros también; escuchemos con sencillez y lealtad su respuesta, y tratemos sobre todo de ponerla en práctica con fidelidad y valentía. Esta práctica realizaría increíbles cambios en nuestra vida.

Pero, puesto que hay que evitar cuidadosamente toda ilusión en este punto, debemos estudiar en varios capítulos las distintas maneras como la Santísima Virgen nos dará su respuesta.

[1] Verdadera Devoción, nº 198.

# IV
# “Escuchadlo”

Como hijos y esclavos de la Santísima Virgen, debemos y queremos obedecerle y dejarnos conducir por Ella.

Como Madre y como Reina Ella puede, como hemos visto, hacer valer títulos verdaderos para exigir esta obediencia. Esta dependencia habitual, por otra parte, irá en provecho nuestro.

Se plantea entonces otra pregunta: **¿Dónde hallar la dirección de Nuestra Señora? ¿En qué y cómo puedo obedecerle?**

Ella no tiene, que sepamos, un decálogo propio; Ella no ha promulgado leyes y mandamientos particulares.

La respuesta a esta pregunta será muy importante. No es un caso puramente teórico el que algunas almas, pretendiendo seguir los deseos de Nuestra Señora, se dejen conducir por ilusiones que pueden ser gravemente perjudiciales a su vida espiritual. Por eso hay que examinar con cuidado y determinar con exactitud dónde podemos encontrar con certeza la voluntad y los deseos de Nuestra Señora, e indicar con precisión por qué órganos e intermediarios Ella comunica sus directivas respecto de nosotros.

★

Jesús, en el Tabor, se manifestó con toda su majestad y con toda su gloria a sus tres discípulos preferidos. De la nube luminosa que los envolvía resonó repentinamente una voz, la voz del Padre celestial: *«Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto mis complacencias:* ***escuchadlo****»* [1].

Fuera del Padre no hay nadie en el mundo que pueda repetir estas palabras, excepto María, la Madre virginal del Salvador.

Y con el acento más marcado Ella repite también sin cesar a quienes le pertenecen: *«Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto mis complacencias:* ***escuchadlo****».*

Por lo tanto, es claramente deseo y voluntad de María que escuchemos a Jesús y vivamos según sus palabras.

Otro hecho evangélico.

---

[1] Mt. **17** 5.

Sucedió en las bodas de Caná. La delicadeza atenta de Nuestra Señora acaba de adivinar el aprieto de quienes la han invitado. Ella, y Ella sola, conoce la omnipotencia de Jesús. Y va a abogar por la causa de sus amigos. *«Hijo, no tienen vino».* A primera vista Jesús parece desechar el pedido; en realidad, y como siempre, la oración de su Madre va a ser escuchada. María lo ha comprendido enseguida. Apaciblemente dice a los servidores: *«Haced lo que El os diga»* [1].

Nadie podrá dudar de que el deseo más ardiente de la Santísima Virgen es vernos cumplir los mandamientos de Dios, realizar sus voluntades, seguir los consejos y prescripciones de Jesús.

Ella no tiene voluntad propia.

Sin duda Ella posee como nosotros, y mucho mejor que nosotros, la facultad de la voluntad libre. Pero por lo que se refiere al objeto de esta voluntad, Ella no desea nunca sino lo que Dios y lo que Jesús quieren.

Ella repite incansablemente: *«¡No mi voluntad, sino la tuya!».* Y hay una oración que nunca calla en su alma: *«Fiat voluntas tua sicut in cælo et in terra:* Hijo mío, que tu voluntad se cumpla por mis hijos de la tierra, como se cumple siempre por mis hijos del cielo».

Por eso es evidente que la voluntad de María es que nosotros cumplamos las voluntades de su Hijo, y respetemos todos sus consejos y deseos.

Pero esta voluntad es la voluntad de una Madre y de una Reina, que, como hemos recordado, puede exigir nuestra sujeción y nuestra dependencia. Podemos considerar los mandamientos y las prescripciones de Cristo como ratificadas y confirmadas por la autoridad real y materna de su divina Madre. Quien es infiel a las voluntades de Cristo, pisotea igualmente las de María. Pero al contrario, dejarse conducir por las prescripciones de Jesús es ser dependiente al mismo tiempo de su divina Madre.

Nunca nos convenceremos y penetraremos bastante de ello.

¿Qué es en la práctica la santa esclavitud, en qué consiste en definitiva la obediencia a Nuestra Señora que queremos practicar?

---

[1] Jn. **2** 5. — En la Encíclica *Fulgens Corona,* al anunciar el Año Mariano, el Santo Padre cita también estas palabras, asegurándonos que la Santísima Virgen nos las repite sin cesar en sentido más amplio.

No es otra cosa que vivir según la doctrina, los preceptos y los consejos de Cristo, esto es, vivir según el Evangelio de Jesús.

★

El Evangelio de Jesús que, por más de un título, es también el Evangelio de María.

No podemos pensar en ello sin emoción.

Dios no ha querido que recibamos directamente de El al Verbo eterno e increado, pronunciado desde toda la eternidad por el Padre. Ha querido que este Verbo pasara por el seno de María, que en él se revistiese de encantos y atractivos humanos, a fin de que, así humanizado y «marializado», lo recibiésemos con más amor y agradecimiento.

Y este otro Verbo de Dios, este verbo del Verbo que es el Evangelio, Jesús no ha querido dárnoslo directamente. Este verbo, en parte al menos, en gran parte tal vez, debió antes pasar por el Corazón de María, debió quedar encerrado y llevado en él, impregnado de los perfumes de María, «marializado» así como el mismo Jesús.

¿Hemos exagerado esta vez?

¡De ningún modo!

Los Evangelistas —San Lucas lo dice formalmente [1]—, a pesar de escribir bajo inspiración de Dios, consultaron a los testigos de la vida y enseñanzas de Jesús para componer sus escritos sagrados. Y en toda la historia de la infancia y vida oculta de Jesús —que ocupa varios capítulos de Evangelio— tuvieron que recurrir casi exclusivamente al testimonio de la santísima Madre de Jesús. De su boca aprendieron todo lo que sobre eso, según el mismo Evangelio, *«María conservaba y meditaba en su corazón»* [2].

Pero ¿cuántas otras palabras preciosas de su vida pública no debemos tal vez a Aquella que, perdida humildemente entre la gente, escuchaba con avidez y maravillada, con una claridad de percepción también única, debida al amor, las palabras de vida que caían de los labios de su Dios, que Ella tenía derecho a llamar Hijo suyo, y que, echadas la mayor parte del tiempo en corazones áridos y duros, eran recogidos en el suyo como lo es una semilla preciosa en esa tierra óptima que ha de hacerla fructificar al céntuplo?

[1] Lc. **1** 1-3.
[2] Lc. **2** 19.

¿Cuántas de estas divinas palabras no debemos tal vez a Aquella a quien Jesús mismo, discretamente, proclamó bienaventurada, porque escuchaba ávidamente la palabra de Dios y la ponía fielmente en práctica? [1].

El Evangelio de Jesús, por lo tanto, es también el Evangelio de María, porque Ella lo conoció, meditó, comprendió y vivió como nadie; porque parcialmente, y en gran parte tal vez, Ella lo comunicó a los Apóstoles y Evangelistas; y porque con todas las energías de su alma Ella lo acepta y suscribe, se compenetra e identifica con él, y lo presenta, recomienda e impone a sus hijos y esclavos.

★

Según este Evangelio de Jesús y de María queremos vivir, según él queremos pensar, juzgar y obrar en todas las cosas, a fin de ser los verdaderos hijos y esclavos de amor de nuestra divina Madre.

¡Dígnese Ella misma concedernos las gracias abundantes que se requieren para este fin!

Pero para conformar nuestras miras y nuestra vida a este santo Evangelio, debemos leerlo, estudiarlo y meditarlo asiduamente.

Desde este punto de vista hay lagunas terribles en muchos cristianos.

Tratemos de colmar este vacío deplorable, y hagamos de modo que, por todos los medios humanos y divinos, la palabra de Dios no sea para nosotros palabra muerta.

El Evangelio debe ser nuestro primer manual, tanto para la meditación como para la lectura espiritual. Es maravilloso ver cómo ciertas almas, incluso poco instruidas, con la gracia de Dios, descubren en los textos evangélicos luces y riquezas increíbles para su vida de cada día.

Nuestra Madre amadísima debe ser aquí nuestra Maestra, como Ella lo fue —León XIII lo atesta formalmente— para los Apóstoles y para la misma Iglesia, a fin de comprender y penetrar cada vez mejor el sentido profundo del santo Evangelio.

Sólo entonces captaremos el inmenso alcance de la palabra que de tan buena gana seguiremos oyendo de labios de nuestra Madre, palabra que será para nosotros una divisa, todo un programa de vida:

«**Escuchadlo**».

---

[1] Lc. **11** 28.

# V
# Mentalidad mariana

Para vivir en dependencia de Nuestra Señora y obedecerle en todo, debemos ante todo, como hemos dicho, «escuchar a Cristo», dejarnos conducir por sus prescripciones y consejos, tal como los encontramos sobre todo en su Evangelio. Este Evangelio, que es también, en cierto sentido, el Evangelio de María, hemos de conocerlo, y para eso leerlo, estudiarlo y meditarlo.

Para ser conducidos por el espíritu de María, debemos pensar, querer, hablar, obrar y vivir según el espíritu de Jesús.

En primer lugar hemos de aprender a **pensar** y a **juzgar** de manera mariana, y por ende evangélica.

La primera dependencia, la más importante que tengamos que practicar, es la del pensamiento, la de la inteligencia. Si Jesús y María reinan realmente en estas cimas luminosas de nuestra inteligencia, su dominación se extenderá fácilmente desde ahí al resto de nuestro campo vital. Al contrario, si estas cumbres fuesen inaccesibles para ellos, de manera que no lograran conquistarlas, su imperio sobre el resto de nuestra vida quedaría gravemente comprometido.

En efecto, se quiere como se piensa. Se obra según la propia manera de ver las cosas. Se vive según las propias convicciones. No es posible llevar una vida cristiana seria si no se piensa y no se juzga habitualmente, no según las miras del mundo —el evangelio de Satán—, sino según las enseñanzas de Cristo.

Y eso no es tan fácil.

Incluso es algo muy difícil, pues, para hacerlo, hemos de ir contra la opinión corriente, iba a decir de la opinión general, no sólo de los no creyentes y de los cristianos no practicantes, sino también de la mayor parte de los que llamamos buenos cristianos.

No somos lógicos con nuestras convicciones, no somos consecuentes con nuestro cristianismo. Somos cristianos por la Misa del domingo y una breve oración cotidiana. Los mejores lo son por la Misa, la sagrada Comunión y el Rosario de cada día.

Pero nuestra vida de inteligencia, nuestra mentalidad, ¡están tan poco influenciadas por nuestras convicciones cristianas! En mil

cosas pensamos y juzgamos exactamente como lo harían los paganos, los no bautizados. Demasiado a menudo juzgamos las personas y cosas, los acontecimientos e instituciones, como gente sensata y prudente tal vez, como gente advertida y perspicaz, como gente de negocios experimentada, es decir, según la sabiduría que se practica en el mundo. Pero precisamente *«la sabiduría del mundo es locura ante Dios»,* escribe San Pablo [1]. Y así, demasiado a menudo nuestros juicios son diametralmente opuestos a los de Cristo, el único en ser la Verdad, la Sabiduría y la Luz del mundo.

Nunca, y por nada del mundo, hemos de aceptar juicio alguno contra las enseñanzas de Cristo. En el orden de la religión y de la moral no reconocemos como criterio supremo, norma inapelable y código único más que el del Evangelio, pero el Evangelio tal como lo explica y aplica la santa Iglesia, que es la continuación y prolongación de Cristo en la tierra.

¡Qué triste es ver tan a menudo cómo cristianos practicantes, esclavos de la Santísima Virgen, fieles de Comunión diaria, tienen apreciaciones directamente contrarias a Cristo y su Evangelio! Si entonces alguien trata de destacar el punto de vista evangélico y mariano, oye a veces respuestas pasmosas, como esta: «¡Sí, si se consideran las cosas desde este punto de vista! ¡Si tuviéramos que juzgar siempre así!…».

Pues sí, siempre y en todas partes hemos de pensar, juzgar y apreciar así todas las cosas, de modo evangélico y mariano. Es nuestro deber elemental, indiscutible, de cristianos y esclavos de amor.

★

Es posible que algún lector, al leer esto, tenga la impresión de que exageramos, de que una mentalidad cristiana habitual no es algo tan raro y difícil.

Muy bien. ¿Quieres entonces que hagamos una prueba? ¿Quieres que tomemos algunas máximas centrales y dominantes del Evangelio, y nos preguntemos si conformamos habitualmente nuestros juicios y modos de ver con estos axiomas indiscutibles; que nos preguntemos también si hay muchos cristianos que piensen y obren según estas sublimes sentencias?

Cristo condensó en algunas frases su sabiduría divina y toda su concepción del mundo y de la vida.

---

[1] I Cor. **3** 19.

Un día, al dirigirse a las turbas, les dijo —y su divina Madre adhiere plenamente a sus enseñanzas—: *«Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo»* [1].

Pero ¿quién de entre nosotros cree prácticamente en la bienaventuranza de la pobreza, y en el grandísimo peligro de las riquezas? ¿Quién se estima dichoso de ser pobre, y al contrario desgraciado y digno de compasión si es rico y acomodado? Para la mayoría de los hombres la vida es una carrera por los bienes de este mundo. Y nosotros mismos somos inconsolables si sufrimos pérdidas de dinero y experimentamos una baja en materia de bienes temporales. ¿Es esta la mentalidad evangélica y mariana?

Jesús dice, y su divina Madre lo repite con El: *«Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados… ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre»* [2].

Y nosotros nos estimamos dichosos cuando nada, pero realmente nada, nos falta en el alimento, en la vivienda, en el vestido. No pedimos sólo lo necesario, sino que necesitamos lo refinado, lo confortable, lo lujoso, lo superfluo. El bienestar de los demás nos apena cruelmente. ¿Es evangélico eso, es mariano?

Jesús dice también, y Nuestra Señora lo aprueba con toda su alma: *«Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis… ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto»* [3].

Y nosotros nos hemos ocupado sin cesar en huir de la cruz, y en sacudirla de nuestros hombros. Nos estimamos dichosos exactamente en la misma medida en que nos ahorramos algún sufrimiento. Huimos de las casas de luto y de tristeza, y buscamos la compañía de personas alegres, graciosas, ingeniosas. ¿Es evangélico eso, es mariano?

Jesús dice, y su dulce Madre lo juzga también así: *«Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo… Alegraos ese día y saltad de gozo… ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!»* [4].

Y nosotros nos contristamos, nos perturbamos, cuando no se nos rodea de mil atenciones, cuanto parece que no se nos presta

[1] Lc. **6** 20 y 24.
[2] Lc. **6** 21 y 25.
[3] Ib.
[4] Lc. **6** 22 y 26.

atención por un instante, cuando parece que se prefiere más a otras personas que a nosotros, cuando se habla un poco menos favorablemente de nosotros… Y estamos dichosos y alegres de ser puestos en primer lugar, de ver que nuestro trabajo es apreciado y alabado, de ocupar, a gran o a pequeña escala, un lugar de honor… ¿Es evangélico eso, es mariano?

★

No sería difícil proseguir y extender este examen de conciencia. Vivimos en un mundo al revés. Somos muy a menudo paganos con etiqueta cristiana. ¡Estamos tan lejos de la atmósfera cristiana y mariana en que debiéramos vivir!

¡Y somos la sal de la tierra! [1]. Desgraciadamente, esta sal se ha desvirtuado, ya no tiene gusto. ¿Para qué puede servir ya? Es forzosamente incapaz de impregnar la masa de la humanidad, sanearla y cristianizarla.

¡Vamos! ¡Una vez por todas, pongamos fin a este triste estado de cosas! ¡Seamos cristianos serios, verdaderos esclavos de Jesús y de María! ¡Adelante! ¡Al trabajo!

En todo, absolutamente en todo, en las circunstancias más graves y en los más humildes sucesos cotidianos, adoptaré, primero de pensamiento y de juicio, y luego de acción, una actitud verdaderamente cristiana, la que me piden las miras de Jesús y de María. Todo acontecimiento, toda persona, toda doctrina, las consideraré con los ojos de Cristo y de su divina Madre, los apreciaré según **su** manera de ver, y no según el parecer del mundo. Cuando tenga que formar un juicio, cuando otros me pidan mi parecer, entraré un instante en mí mismo y me preguntaré: **¿Qué piensan de este caso Jesús y María?** ¿Qué piensan **Ellos** de la alegría y del sufrimiento, de la propiedad y de las privaciones, del éxito y de las humillaciones, de la paz y de la guerra, de operaciones de banco y de especulaciones en la bolsa, de la moda y del deporte, del cine y de las novelas…? En todo les pediré **su** parecer, y conformaré a él mi juicio y mi conducta.

Podrá costarnos, y mucho. Veinte, treinta, cincuenta veces por día nos sorprenderemos en razonamientos humanos, en miras naturales, en falsas concepciones. Cada vez con calma y paciencia, pero también con energía y decisión, rectificaremos nuestras miras para conformarlas con las de Cristo y su dulce Madre.

---

[1] Mt. **5** 13.

Bajo la conducta y con la ayuda de esta Madre de bondad aprenderemos a enderezar nuestros errores, a disminuir poco a poco el número de estas faltas de juicio, y finalmente a suprimirlas.

Jesús es la Luz del mundo. María es el hermosísimo Candelabro de oro, que lleva esta Antorcha y la hace irradiar en todo el mundo. *«Quien los contempla no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida»* [1].

[1] Jn. **8** 12.

# VI
# Vida mariana

Según el consejo de Montfort, en todo queremos dejarnos conducir por el espíritu de María. Este espíritu, como hemos visto, se encuentra en el santo Evangelio. Al Evangelio de Cristo, que es también, en el sentido que hemos indicado, el Evangelio de María, queremos conformar ante todo nuestras miras y nuestros juicios. Para tener una «mentalidad mariana» debemos aprender a juzgarlo todo, personas, acontecimientos e ideas, según la doctrina del Evangelio.

Esto es importantísimo, pero no basta. Es evidente que, para ser hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, debemos conformar también nuestra **vida** y nuestras **acciones** a las enseñanzas de Cristo, y **obrar** según sus prescripciones y consejos. En todos los actos que debemos realizar, en los más humildes como en los más importantes, debemos ser fieles al Evangelio de Cristo y de María, aplicándolo con valentía y consecuencia. Debemos vivir **todo** el Evangelio, el Evangelio integral, y no un Evangelio truncado, alterado, mutilado.

De nuevo hacemos la observación que ya hicimos antes: son raros los cristianos que viven así. Muy a menudo, por desgracia, hacemos una selección en el Evangelio entre las prescripciones que nos caen bien y las que nos incomodan. Distinguimos demasiado lo que nos obliga bajo pena de pecado mortal o venial, para dejar de lado lo que pensamos —o así nos lo persuadimos— que no está prescrito bajo pena de pecado. Hemos truncado, alterado, minimizado, modernizado el Evangelio. ¡Somos una miniatura, y muchas veces, por desgracia, una caricatura de cristianos!

¡Basta ya de eso! Esclavos de Nuestra Señora, queremos con toda rectitud, sencillez y valentía apropiarnos del espíritu del Evangelio verdadero, sin alteración ni acomodamiento.

Debe sernos evidente que así se abre ante nosotros un inmenso campo de acción. También desde este punto de vista, el programa del esclavo de amor no es, ni más ni menos, que la perfección más pura y elevada, simplemente la **santidad,** que hemos de adquirir con el auxilio todopoderoso de la generosa Mediadora de todas las gracias.

★

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* por eso quiero apreciar todas las cosas según su verdadero valor, despreciar lo que pasa, apegarme a lo que dura. Buscaré el reino de Dios y su justicia, perseguiré lo único necesario, la santidad del alma y la salvación eterna, persuadido de que lo demás, vestido, alimento, salud, bienes de la tierra, me será dado por añadidura.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* por eso tendré que renunciar a mis miras y opiniones personales, negarme en mis inclinaciones propias, realmente a mí mismo, para poder seguir a Jesús y a María. Y quiero llevar mi cruz cada día, a cada hora. Mi cruz, es decir todo sufrimiento, toda prueba, todo lo que me irrita, molesta, contraría, atormenta: la pobreza, la humillación, el deshonor, la enfermedad, el abandono. Todo esto quiero aceptarlo con amor y valentía, agradecérselo a Jesús y a María, alegrarme de ello con la voluntad, y llevar mi cruz con María siguiendo a Jesús, para tener parte con El en la gracia y en la gloria.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* quiero avanzarme por el camino estrecho del deber y de la penitencia, entrar por la puerta estrecha de la estricta fidelidad. No haré lo que hace la multitud, lo que predica la masa. Porque muy ancho es el camino, y muy amplia la puerta que conduce a la perdición, y son muchos, por desgracia, los que se avanzan por este camino y entran por esta puerta.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* evitaré el pecado como el único mal, y la ocasión de pecado como el solo peligro. Si mi ojo me fuese causa de escándalo, lo arrancaré y arrojaré lejos de mí. Si mi mano o mi pie me fuesen causa de caer en el pecado, los cortaré y lanzaré lejos de mí: porque más vale entrar mutilado en la vida, que ser arrojado con todos los miembros en el fuego eterno; más vale prohibirse algún goce que perder todo gozo; más vale imponerse un sufrimiento parcial y pasajero, que sufrir los espantosos tormentos eternos.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* trataré de convertirme en un niño, en un niñito; me esforzaré por ser desprendido, recto, puro, sencillo y humilde como un niño, lleno de confianza en mi Padre y en mi Madre, enteramente abandonado a sus cuidados, para no ser excluido del reino de Dios, que ha sido prometido a los niños y a quienes se les asemejan.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* amaré a mi prójimo como a mí mismo, no, como Jesús me amó y amó a los suyos. Le haré los favores que deseo me hagan a mí; evitaré con él lo que no me gustaría que me hagan a mí. Quiero soportar sus defectos, incluso los más incomprensibles, perdonar y olvidar todas sus faltas, incluso las más graves. No lo juzgaré ni condenaré; le concederé una buena y amplia medida de favores caritativos; lo trataré, sobre todo en la persona de los pobres, desgraciados y niños, como a Cristo mismo. Amaré aun a mis enemigos; los saludaré, los trataré con dulzura y les devolveré fielmente bien por mal.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* y porque estos deberes y muchos otros, consignados en el Evangelio, superan de lejos mis pobres fuerzas humanas, pediré en la oración la valentía que me falta y la energía que no tengo. Consideraré la vida de oración, el espíritu de oración, como mi principal labor, como la más importante de mis obligaciones en la tierra. Pediré, buscaré, llamaré sin cesar, con confianza sin límites, con santa tenacidad, en la tranquila convicción de que mi Padre que está en los cielos me concederá infaliblemente todo lo que me sea necesario o útil, gracias a la intercesión de la divina Madre que El me ha dado.

*Quiero ser un verdadero esclavo de María, conducido por su espíritu:* por eso me consideraré como extranjero y peregrino en este mundo. Viviré en vela, pues no sé ni el día ni la hora. Viviré así hasta que se deje oír en la noche el gran clamor, hasta que venga el Esposo con la Esposa, para poder ir a su encuentro con una lámpara encendida y abundantemente provista de aceite, y ser introducido así con Ellos en las salas del Festín de bodas eterno…

★

«Pero Padre», se me dirá, «si yo pienso, hablo y obro así, ¿qué dirán de mí? No se juzga ni se vive así alrededor de mí, en mi familia, en mi entorno, en mi pueblo, en la ciudad en que vivo. ¡Pasaré por un excéntrico, un exaltado, un fanático, un insensato!».

Puede ser que así sea, hijo y esclavo de Nuestra Señora. ¿Qué no se dijo de Jesús? Debes soportar que no te traten mejor que a tu Señor y Maestro.

Si fueras del mundo, si pensaras y obraras como los mundanos, el mundo te dejaría tranquilo, no te molestaría ni te perseguiría, porque no serías nada.

Pero siendo esclavo de amor de Nuestra Señora, no eres del mundo a pesar de que vives en el mundo: has sido elegido de en medio del mundo. Y porque no compartes sus maneras de ver y de vivir, porque condenas su espíritu y censuras sus costumbres, el mundo te odiará. Los mundanos te calumniarán, te ridiculizarán, criticarán tu modo de vestir, tu porte, tu conducta, tus ejercicios de piedad, todo.

Pero no temas, no te inquietes por nada, no te preocupes de nada. Esta es la prueba evidente de que estás en el buen camino: Jesús y María, antes que tú, fueron rechazados por el mundo.

En la medida en que les pertenezcas, les estés unido y compartas sus miras y su vida, en esta misma medida, ni más ni menos, vencerás al mundo perverso en ti y alrededor tuyo, y celebrarás eternamente esta victoria con Cristo y su divina Madre.

# VII
# Nuestra Señora y la autoridad

Nuestra perfecta Devoción a la Santísima Virgen es una devoción eminentemente práctica, que comprende toda nuestra existencia y la transforma en una vida real y profundamente cristiana.

Ella nos conduce, entre otras cosas, a una vida de **dependencia** continua, completa y universal respecto de Dios por María.

Vivimos en dependencia de nuestra divina Madre, hemos dicho, cumpliendo los mandamientos de Dios, siguiendo los preceptos y los consejos de Jesús, juzgando y obrando según el Evangelio.

Otra manera excelente de depender de la Santísima Virgen es vivir sometido a toda autoridad legítima, natural o sobrenatural.

Está claro que nuestra dulce Madre desea ardientemente, quiere netamente, esta obediencia respetuosa, con espíritu de fe, a todos los que están constituidos en autoridad.

Toda autoridad viene de Dios. Pero también es, tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural, una participación, una emanación, de la soberanía que Cristo ejerce sobre toda creatura.

Ahora bien, como hemos visto, el deseo y la voluntad de Nuestra Señora es que nos sometamos a la voluntad de Dios y a la dominación de Cristo. Por eso es indudable que Ella pide y exige de sus hijos y esclavos de amor, que en la persona de sus Superiores respeten el poder de Dios y de su Cristo.

Pero parece que podemos ir más allá.

No hemos de ser «minimalistas» en el plano religioso y sobrenatural.

En ciertos medios se comprueba frecuentemente la tendencia desagradable de querer reducir al mínimo lo sobrenatural, las intervenciones sobrenaturales de Dios, la doctrina sobrenatural de la Iglesia. Este método, perfectamente legítimo en apologética, es nefasto cuando se lo aplica a la doctrina que hay que proponer a los cristianos, a los fieles. En materia de doctrina no se aceptará más que lo que se está estrictamente obligado a creer, o lo que debe ser admitido con total certeza. Esto es empobrecer singularmente el

magnífico tesoro de la doctrina cristiana. Y, cosa notable, esta manera de minimizar lo sobrenatural se aplicará, de manera muy especial, a Nuestra Señora y a su culto. Prácticamente, toda la devoción mariana en algunas personas —San Luis María de Montfort se había encontrado con estos «señores», como los llama [1]— consiste en luchar contra las supuestas exageraciones y excesos, en extirpar los abusos, a menudo imaginarios, del culto a la Santísima Virgen. En materia de doctrina mariana no se aceptará más que lo que la Iglesia ha definido solemnemente, o lo que puede ser demostrado con absoluta certeza según la Escritura o la Tradición. Las encíclicas de los Sumos Pontífices no parecen apenas tener importancia a sus ojos. No es raro verlos poner sus «sabias» elucubraciones por encima de las enseñanzas claramente formuladas por los Papas en sus encíclicas dirigidas a todo el mundo cristiano.

No es este el buen método. No es esta la actitud de los santos, que en su vida y en su doctrina no practicaban el *«Ne quid nimis!:* ¡Cuidado, nada que esté de más!», sino el *«De Maria numquam satis!:* ¡De María nunca se dirán bastantes cosas!».

Por lo que a nosotros se refiere, nos sentiremos contentos y orgullosos de admitir en materia doctrinal, sobre la Santísima Virgen, todo lo que, con fundamento sólido y razonable, **podemos** aceptar en su honor y por su gloria, aunque no estemos absolutamente obligados a creer estos puntos de doctrina ni puedan ser demostrados con certeza rigurosa. Esta es la verdadera mentalidad cristiana, estas son las disposiciones elementales de un verdadero hijo de María. La otra actitud, tal vez de manera inconsciente, es fruto del espíritu naturalista y racionalista que sopla en tantos campos. Si alguien digno de fe nos contase un hecho que fuese testimonio de la virtud y bondad de nuestra madre de la tierra, ¿empezaríamos por exigirle pruebas absolutamente perentorias de la verdad de su afirmación, antes de querer dar fe a estas informaciones tan honrosas para nuestra madre?

★

Sobre este punto que ahora nos ocupa, razonamos del modo siguiente.

María es la Reina del reino de Dios, Reino del cielo y de la tierra, y ello con una realeza no puramente nominal, sino con una autoridad verdadera, aunque participada de la de Dios y de Cristo, y

[1] Verdadera Devoción, nº 64.

subordinada a ella. María, y sólo Ella, dice San Pedro Damián, puede repetir después de Jesús: *«Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra».*

Si la Santísima Virgen ha recibido poder y autoridad sobre los hombres, Ella debe ejercerlo, Ella debe hacer uso de él. Dios no le ha comunicado este poder para que no tenga ninguna utilidad. Ella ejercerá, pues, este poder por medio de todos los que tienen alguna parte en la dirección de la humanidad, tanto en el plano natural como en el plano sobrenatural. Y así, puesto que es cierto que **todo** poder le ha sido dado en el cielo y en la tierra, hay que pensar que, juntamente con Cristo y en subordinación a El, Ella comunica la autoridad y el poder a todos los que se ven revestidos de él.

Por eso consideraremos que toda autoridad no sólo viene de Cristo, sino que es también una participación de los derechos maternos y reales de la soberanía ejercida por Nuestra Señora. De modo que, cuando obedezco al Papa y a los obispos, a mi párroco y a mi confesor, a mis padres y superiores, soy dependiente de Cristo, pero también de la Santísima Virgen María. Al contrario, cuando me muestro recalcitrante a los poderes que Dios ha puesto en mi vida, sacudo al mismo tiempo el yugo suave y ligero de Jesús y de su santísima Madre. No es Cristo solo, sino también nuestra queridísima Madre y Señora, quien repite a los que están constituidos en poder legítimo: *«Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza»* [1].

Nos parece que estas consideraciones tienen una base seria, aunque no se impongan a nadie como creencia obligatoria.

En todo caso, y esto es lo que hay que retener, es absolutamente cierto que la voluntad general de Nuestra Señora es que respetemos a toda autoridad legítima, y nos dejemos conducir por esta autoridad de manera positiva o negativa, en lo que tenemos que hacer o evitar. Al seguir así las directivas de la autoridad, somos asimismo dependientes de la santísima Madre de Jesús.

★

También sobre este punto, San Pablo tiene palabras penetrantes, que debemos grabar profundamente en nuestro corazón: *«Dei minister est»* [2], dice de quienquiera se encuentra revestido de la autoridad, *«es un ministro de Dios»,* un representante, un

[1] Lc. **10** 16.
[2] Rom. **13** 4.

plenipotenciario del Señor. Cuando estemos en presencia de hombres revestidos de un poder legítimo cualquiera, debemos repetirnos: *«Dei et Mariæ minister est»,* es para mí un representante de Dios y de su santísima Madre: quiero, por lo tanto, someterme a sus voluntades y directivas.

Otro lema que San Pablo propone a los primeros cristianos es el siguiente: *«Domino Christo servite:* servid al Señor Cristo» [1], o más exactamente: *«Sed esclavos del Señor Jesús».* ¡No obedezcáis a los hombres, sino en los hombres sólo a Cristo Rey!

El cristianismo es una religión de humildad y mansedumbre. Pero no nos engañemos: es también la religión de la más elevada y noble dignidad.

Los hombres sin religión, incluso los que alzan hasta las nubes la libertad humana, los derechos del hombre, etc., deben a la fuerza obedecer también, pero obedecen a **hombres,** y a hombres a veces poco respetables.

¡Nosotros, cristianos, nunca! No obedecemos jamás a un hombre, por más que sea un santo o un genio; no obedecemos más que a Dios, a Dios también en los hombres, a los que El ha dado una parte de su autoridad.

Para nosotros, hijos y esclavos de la Santísima Virgen, nuestra divisa será: *«Domino Christo et Mariæ Reginæ servite:* ¡Servir a Cristo Nuestro Señor, y a María nuestra Soberana!».

Sí, obedecer de buena gana, totalmente, continuamente, a quienes están colocados encima de nosotros: pero obedecer en ellos a Cristo, nuestro Rey, a María, nuestra Reina, y así, en resumen, a Dios solo.

Es esta una obediencia hermosa, grande, sobrenatural, ennoblecedora, y también una obediencia mariana, que en la orden o prohibición, en el consejo o «desaconsejo» de la autoridad, ve siempre la expresión de la voluntad de Cristo y de María.

[1] Col. **3** 24.

# VIII
# “Sometidos a toda potestad”

Un esclavo de amor debe ser un modelo de sumisión a toda autoridad legítima.

Tal es claramente el deseo ardiente y la voluntad formal de su Madre y Reina amadísima.

Incluso podemos considerar a quienes están revestidos de la autoridad, natural o sobrenatural, como representantes y plenipotenciarios de Jesús ante nosotros, y también de su santísima Madre.

De todo esto nos hemos convencido en las consideraciones precedentes.

Nos someteremos, por lo tanto, a toda autoridad legítimamente establecida, o como dice San Pablo, a *«todas las autoridades superiores»* [1].

El Apóstol nos indica claramente también cuáles son estas autoridades.

Para saber a quién debe obedecer el esclavo de Jesús en María, basta repasar y meditar las palabras preciosas del mayor discípulo de Jesús, acordándonos de que a estos preceptos les concede grandísima importancia, puesto que los vuelve a dar, casi textualmente, en varias de sus epístolas.

Por lo tanto, si queremos ser verdaderos servidores de amor de Jesús y de María, nos es preciso *«estar sometidos a las autoridades superiores, pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que existen, por Dios han sido constituidas. De modo que, quien se opone a la autoridad, se rebela contra el orden establecido por Dios»* [2], y resiste a la voluntad de nuestra gloriosa Soberana.

Por eso, servidores, obreros, empleados y todos los que os encontráis bajo la autoridad de un amo o ama cualquiera, si queréis ser verdaderos esclavos de Nuestra Señora, *«obedeced a vuestros amos de este mundo con respeto y temor, con sencillez de corazón, como a Cristo»* y a Nuestra Señora misma; *«no por ser vistos, como*

---

[1] Rom. **13** 1.
[2] Rom. **13** 1-2.

*quien busca agradar a los hombres»,* lo cual sería degradante, *«sino como esclavos de Cristo»* y de María, *«que cumplen de corazón la voluntad de Dios; de buena gana, como quien sirve al Señor»* y a su divina Madre, *«y no a los hombres»* [1].

*«Hijos»,* ¿queréis conduciros como verdaderos esclavos de Jesús en María?: *«obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor»* [2], y a su benditísima Madre.

Y vosotras, mujeres cristianas, que estáis contentas y orgullosas de ser esclavas de amor de la santísima Madre de Dios, *«sed sumisas a vuestros maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia… Así como la Iglesia está sumisa a Cristo, así también las mujeres deben estarlo a sus maridos en todo»* [3]. ¡Qué manera maravillosa de sobrenaturalizar la dependencia de la mujer! ¡Qué aliento para ella, en orden a cumplir este difícil deber! Y en la autoridad de vuestros esposos, podéis respetar, amar y aceptar también, como hemos probado, la autoridad de la Santísima Virgen, vuestra Madre y Señora.

Y nosotros todos, si queremos conducirnos como verdaderos esclavos de Dios y de su gloriosísima Madre, tendremos que mostrarnos dependientes de toda autoridad civil legítima; tendremos que estar sometidos, como dice San Pedro, *«a toda autoridad humana a causa del Señor: sea al rey, como soberano, sea a los gobernantes, como enviados»,* esto es, como detentores subalternos de la autoridad; *«pues esta es la voluntad de Dios»* [4] y de su santísima Madre.

San Pablo desarrolla este pensamiento. Cada detentor de la autoridad, dice, *«es para ti un servidor de Dios para el bien… Por tanto, es preciso someterse, no sólo por temor al castigo, sino también en conciencia. Por eso precisamente pagáis los impuestos, porque son ministros de Dios… Dad, pues, a cada cual lo que se debe: a quien impuestos, impuestos; a quien tributo, tributo; a quien respeto, respeto; a quien honor, honor»* [5].

Las autoridades civiles legítimas, **ministros de Dios,** son también ministros de María. No se podría subrayar lo bastante este precepto de la sumisión a la autoridad civil legítima, no únicamente en un espíritu de temor, como se practica demasiado

[1] Ef. **6** 5-7.
[2] Col. **3** 20.
[3] Ef. **5** 22.
[4] I Ped. **2** 13-15.
[5] Rom. **13** 4-7.

frecuentemente, porque se teme la multa o la prisión, sino en conciencia, por deferencia a la autoridad de Dios, y también de su santísima Madre. Esta obediencia, ciertamente, no es ni deshonrosa ni degradante, pero ¡qué rara, por desgracia!

Por lo tanto, cristianos, seamos sobrenaturales, verdaderos esclavos de Jesús en María, en el cumplimiento de nuestros deberes cívicos, de estos deberes a veces tan poco atractivos y en apariencia tan ajenos a nuestra santa esclavitud de Jesús en María, pero tan vinculados a ella en realidad, como la obediencia a las leyes, el pago de los impuestos, etc. Tenemos que integrar el cumplimiento de estos deberes en nuestra vida cristiana y en la práctica de nuestra santa y noble esclavitud.

Y nosotros todos, si queremos ser verdaderos esclavos de la Santísima Virgen María, deberemos sobre todo ser sumisos a la autoridad sobrenatural, religiosa, eclesiástica: *«Obedeced a quienes os dirigen y someteos a ellos, pues velan sobre vuestras almas como quienes han de dar cuenta de ellas, para que lo hagan con alegría y no lamentándose, cosa que no os traería ventaja alguna»* [1].

Esta obediencia es la más preciosa, la más indispensable.

Esclavos de Nuestra Señora, vivid filialmente sometidos a Cristo y a su divina Madre en la persona del Papa, de los obispos. Pedimos instantemente a nuestros esclavos de amor una obediencia total, respetuosa y confiada a la autoridad episcopal, al clero parroquial, al propio confesor y director, y a quienes, en el detalle, les manifiestan y transmiten los deseos y voluntades de Nuestra Señora.

Insistimos también en que los religiosos, esclavos de la Santísima Virgen, sobre todo aquellos para quienes la perfecta Devoción parece ser más especialmente la forma preferida de vida espiritual, sean en sus comunidades modelos de docilidad y de dependencia total e incondicional. Ellos deben esmerarse más que nadie en ver en sus Superiores y en su santa Regla al órgano auténtico de la voluntad de su Madre y Señora amadísima sobre ellos.

La verdadera obediencia es algo raro y difícil. Pero por mucho que nos cueste, queremos vivir nuestra santa esclavitud de amor por la dependencia fiel respecto de toda potestad establecida por Dios para regirnos.

---

[1] Heb. **13** 17.

*«El hombre obediente»,* dice la Escritura, *«cantará victoria»* [1].

¡Ojalá también nosotros, esclavos de Jesús en María, por medio de una dependencia escrupulosa respecto de toda autoridad verdadera, alcancemos y cantemos victorias múltiples y brillantes por Cristo, nuestro Rey, y por María, nuestra Reina!

[1] Prov. **21** 28.

# IX
# ¿Cómo obedecer?

En el espíritu de nuestra santa esclavitud de amor, para depender de Nuestra Señora, para reconocer y respetar su autoridad, debemos y queremos someternos a las «potestades superiores», obedecer a toda autoridad legítima, espiritual o temporal.

Será útil ahora examinar de qué cualidades debe estar revestida esta obediencia.

Ante todo y por encima de todo ha de ser **sobrenatural.** En nuestros superiores no hemos de ver a nadie más que a Jesús y a María; en la autoridad reconoceremos y respetaremos su poder, y en quienes están revestidos de ella serviremos a «Cristo Señor» y a María, nuestra Reina. En nuestra dependencia no entrarán en línea de cuenta sus buenas o malas cualidades. No obedeceremos porque quien manda sea un hombre bueno, amable, virtuoso; ni nos apartaremos de este espíritu de sumisión porque el detentor de la autoridad no nos sea simpático, o esté lleno de defectos, reales o supuestos, o sea incluso culpable de verdaderas malas acciones.

En este punto hemos de prestar toda nuestra atención.

Hay mucha gente, incluso «buenos» cristianos, que obedecen por simpatía natural, por estima personal, por afecto y amistad para con quien está revestido de la autoridad. ¿Qué pasará? Que cuando se sustituyan las personas en las funciones de que se trata, se le negará al nuevo titular esta estima y afecto, con razón o sin ella; todo cambiará, y no quedará ninguna huella de la dependencia escrupulosa que hasta entonces se le manifestaba.

Seremos feligreses dependientes y dóciles cuando el pastor de nuestra parroquia sea realmente a nuestro gusto, tal vez un amigo de la casa; pero feligreses detestables y ariscos, si su sucesor no logra conseguir nuestra aprobación. No, eso no es obediencia sobrenatural, digna de un cristiano y de un esclavo de amor. Igualmente, no hemos de elegir a un confesor y serle dóciles, porque se encuentre revestido de ciertas cualidades humanas atractivas.

No hemos de obedecer para agradar a los hombres. *«Si todavía tratara de agradar a los hombres»,* dice San Pablo, *«ya no sería*

*esclavo de Cristo»* [1]. Si aceptamos depender de alguien por las cualidades humanas que tiene, o nos negamos a ello por sus defectos humanos, estamos aún muy lejos de la obediencia sobrenatural, tal como Jesús y María la desean y esperan de nosotros.

Nuestra obediencia ha de ser además una obediencia **total** y **universal,** es decir, querremos depender de la autoridad legítima **siempre** y **en todas partes.** No distingamos entre prescripciones estables y consejos pasajeros, entre mandamientos importantes y puntos de valor secundario, a no ser para cumplir los primeros aún con más celo y fidelidad. No, **todo** lo que viene de la autoridad, todo lo que nos es prescrito o aconsejado, será para nosotros precioso y sagrado. Esta es la manera de obrar de Jesús, cuando dice: *«Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o una tilde de la Ley sin que todo se cumpla»* [2].

Y no seamos como tanta gente, como tantos cristianos por desgracia, que se someten con fervor mientras la autoridad se amolda a su manera de ver las cosas, mientras el obispo se conforma a sus miras, mientras el confesor se pliega a su parecer, pero que obran según sus caprichos, no hacen caso ni de decisiones ni de directivas de la autoridad, cuando estas no son a su gusto. Eso es sencillamente hacer siempre la voluntad propia, concuerde o no con la autoridad de Dios. Esclavos de amor de la Santísima Virgen, sepamos obedecer cuando la autoridad no comparta nuestros modos de ver, cuando tome medidas desagradables para nosotros, cuando pida tal vez duros sacrificios. Sólo hay un caso en que podemos y debemos negar nuestra sumisión a las autoridades humanas, sean las que sean: cuando lo que nos fuere impuesto o pedido estuviese en evidente contradicción con la ley de Dios y los mandamientos de la Iglesia; entonces, y sólo entonces, tendríamos el derecho y el deber de oponer a estas exigencias un irreductible: *«Non possumus!...* ¡Es imposible!».

La dependencia respecto de nuestros superiores debe ser también **sencilla** y **alegre.** Ante todo, no debemos lamentar tener que obedecer. Es para nuestro propio provecho. Y luego, no debemos enfurruñarnos ni poner mala cara cuando las decisiones de la autoridad no son según nuestras conveniencias. Son las decisiones de Jesús y de María, han sido tomadas por su autoridad: eso basta para reprimir todo descontento voluntario y aceptarlo todo con una

[1] Gal. **1** 10.
[2] Mt. **5** 18.

sonrisa. A veces se nos tiene que señalar nuestras faltas y defectos. A veces hemos de recibir —y nos es muy provechoso— un reproche, una reprimenda. Es posible que estas reprensiones no sean hechas siempre con el tacto deseado, que esta corrección no nos sea administrada según las exigencias de la dulzura y de la caridad. Es posible también que a veces se nos hagan reproches inmerecidos. En medio de todo esto permanezcamos calmos, apacibles, y alegremente sumisos. Prestemos más atención a la autoridad de que nos vienen estos reproches, que a la manera como nos son hechos. No se lo tengamos en cuenta a nuestros superiores, y no conservemos para con ellos ningún resentimiento, ninguna amargura. Continuemos acudiendo a ellos sencillamente, cordialmente, como si no tuviésemos que recibir de ellos más que cumplidos, porque en ellos seguimos viendo, amando y respetando el poder de Jesús y de su dulcísima Madre. De este modo es bastante fácil seguir el consejo de San Pedro: *«Sed sumisos, con todo respeto, a vuestros dueños, no sólo a los buenos e indulgentes, sino también a los severos»* [1].

San Luis María de Montfort, que practicaba en sí mismo las austeridades más espantosas, no dio a sus hijos una regla demasiado exigente en materia de penitencia corporal: tres días de abstinencia y un día de ayuno por semana, eso es todo. Pero sobre el punto de la obediencia, su regla es severa. El espíritu que impone a sus hijos y a sus hijas es un espíritu muy marcado de dependencia y sumisión. Quien no se apropie de este espíritu no puede ser su verdadero discípulo. Por su palabra y por su ejemplo, nuestro Padre de Montfort nos enseñó no sólo a practicar la dependencia donde ella se impone, sino también a buscar realmente la obediencia y la sumisión.

Queridos esclavos de Jesús y de María, tratad de apropiaros este espíritu de Montfort. Sed no sólo sumisos a las prescripciones imperativas de la autoridad, sino también dóciles a sus menores deseos. Tratad incluso de adivinar esos deseos. **Procurad obedecer** de veras: procurad depender de vuestras autoridades respectivas en todas vuestras empresas, tanto interiores como exteriores. Es lo que hacía Montfort, aferrándose, por ejemplo, a la dirección del Padre Leschassier, cuando este trataba justamente de deshacerse de él por todos los medios. Es lo que hizo el mismo Jesús, que, no debiendo como Hijo de Dios obediencia a ningún hombre, voluntariamente *«se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz…».*

[1] I Ped. **2** 18.

Tenemos que decir algo en particular —lo haremos en el próximo capítulo— sobre una cualidad especialmente difícil de la obediencia realmente sobrenatural.

Mientras tanto, ¿por qué no tomaríamos el propósito de aplicarnos particularmente a esta obediencia hermosa, preciosa y ennoblecedora a toda autoridad, para depender de nuestra buena y amable Madre y Señora, María?

En la persona de nuestros superiores en todos los campos, obedezcamos a Jesús y a María; obedezcamos prontamente, totalmente, sencillamente, alegremente.

La Escritura promete toda clase de recompensas al hombre obediente.

Acordémonos de esta: si con una conveniente obediencia sabemos **humillarnos,** como recompensa seremos **ensalzados:** ensalzados con rápidos progresos de alma, ensalzados con una fecundidad de apostolado maravillosa.

# X
# Obediencia “ciega”

Hijos y esclavos de la Santísima Virgen, debemos y queremos vivir **por** María, esto es, en dependencia total e incesante de Ella.

Le demostramos esta dependencia, en particular, obedeciendo, según su voluntad y sus deseos, a toda autoridad, sobretodo sobrenatural; reconociendo y respetando el poder de Jesús y el suyo en todos quienes se hallan revestidos de alguna autoridad.

Por lo tanto, es deber nuestro, como esclavos de amor, obedecer a la autoridad en todas partes y en todo [1].

En el capítulo precedente reclamábamos de nuestros consagrados a la Santísima Virgen una obediencia sobrenatural, total, pronta y alegre. Esta obediencia ha de ser también «**ciega**», es decir, ante todo, una sumisión de espíritu y de juicio. No debemos sólo seguir **de hecho** las directivas de la autoridad, sino que también debemos mentalmente aceptar y aprobar sus decisiones.

Hagamos primero algunas observaciones al respecto.

Hablamos de obediencia **perfecta.** No damos aquí una clase de moral. Por lo tanto, no queremos establecer lo que es obligatorio bajo pena de pecado, ya sea mortal, ya sea venial. No pretendemos tampoco que todas las cualidades de la obediencia sean estrictamente obligatorias. Simplemente queremos indicar a todos los esclavos de amor los caminos de la obediencia verdadera e íntegra, que es la sola digna de sus aspiraciones y de su estado.

Lo que vamos a decir de la obediencia «ciega» vale en principio para la dependencia de toda autoridad, tanto familiar como civil, etc. Pero hablamos aquí de manera muy especial de nuestra actitud con la autoridad sobrenatural, esto es, eclesiástica y religiosa.

Respecto de esta autoridad, pues, hemos de practicar una obediencia ciega, lo cual quiere decir que de entrada someteremos también nuestra inteligencia a la orden dada, al consejo que se nos

---

[1] Sería demasiado largo recordar aquí las diversas condiciones que se requieren para que una ley o prescripción humana sea obligatoria. Nos contentamos con indicar aquí lo que es regla general, ya que los casos en que estamos dispensados de esta obediencia son una excepción bastante rara.

propone. Creeremos sin dudar que así está bien, que la autoridad ha obrado bien al tomar tal decisión. Nos prohibiremos, porque no tenemos derecho a ello, examinar y juzgar las decisiones de nuestros Superiores. Nos diremos sencillamente: «El Santo Padre tiene razón. Monseñor ha obrado bien. El Padre Superior, la Madre Superiora, hace lo que mejor se puede». *«Ita, Pater:* Está bien, Padre», decía y repetía Jesús. Nosotros diremos algo semejante en toda decisión de nuestros Superiores.

Y es perfectamente razonable obrar de este modo.

Ordinariamente, los hombres que se encuentran revestidos de la autoridad han sido elegidos con el mayor cuidado entre los mejores miembros de la comunidad.

Por regla general, tienen el sentido de sus responsabilidades. Son conscientes de que Dios les ha confiado este cargo, no para su provecho, sino para proveer por el bien de la comunidad que deben dirigir.

Nosotros no vemos sino nuestro mezquino interés personal. Ellos, en cambio, están en condiciones de proveer por el bien de todos: es su deber, y habitualmente son fieles a él. Para promover el bien común disponen de todo un conjunto de datos que escapan a los subordinados, o que estos, por egoísmo, no tienen en cuenta.

La Providencia divina, que lo rige todo en este mundo, no permite que quienes están regularmente constituidos en cargos, estén habitualmente por debajo de su función en talentos y virtudes.

Tampoco debemos, como cristianos, olvidar ni ignorar la doctrina de las «gracias de estado». Es indudable que a quienes están revestidos de la autoridad, Dios no les niega las gracias especiales que les son necesarias y útiles para cumplir dignamente sus funciones.

Finalmente, debemos insistir en que no tenemos ningún derecho a «juzgar», y por lo tanto a examinar deliberadamente, los actos de nuestros Superiores. Eso sería invertir los papeles.

La actitud que se impone a nosotros para con ellos es la de una obediencia confiada, espontánea, ciega, sin otro examen, sin otra consideración.

La autoridad tiene sus deberes, deberes muy graves, mucho más graves que los de los subordinados. Pero no nos toca a nosotros prescribírselos, ni examinar si los cumple concienzudamente. No es competencia nuestra.

★

«Pero», se objetará, «la autoridad no es infalible. Puede equivocarse. Puede tomar decisiones o medidas que más tarde resultarán lamentables, a veces desastrosas».

Sí, es cierto que los detentores del poder no son infalibles ni impecables. El Sumo Pontífice y los obispos en unión con él no son infalibles más que en el ejercicio de su magisterio doctrinal en materia «de fe y costumbres».

Pero ¿acaso somos infalibles nosotros? ¿Tenemos más luces que nuestros Superiores en estas materias, que son incumbencia suya y en las que se encuentran ocupados sin cesar?

Nos concedemos fácilmente a nosotros mismos, en la práctica al menos, un diploma de inerrancia. ¡Es tan común que examinemos, critiquemos y condenemos las decisiones de la autoridad en materias de que, frecuentemente, no tenemos más idea que un ciego en cuestión de colores! ¿No es infinitamente más razonable atenerse simplemente a las decisiones de la autoridad, que querer formarse un juicio que no reposará más que en datos excesivamente incompletos y precarios?

Se insistirá tal vez diciendo: «Pero es innegable que hay casos en que la autoridad se equivoca de manera evidente, toma decisiones enojosas, emite juicios injustos, etc.».

No es imposible, efectivamente, que por distracción, por incompetencia, por debilidad e incluso, excepcionalmente, por malicia, un superior tome disposiciones lamentables, decisiones injustas. Pero estos casos son mucho más raros de lo que estamos tentados de creer. ¡Cuántas veces los acontecimientos justifican más tarde decisiones que, a primera vista, habíamos juzgado muy sujetas a crítica! Las reglas religiosas prevén el caso en que al inferior le parece que el superior está mal informado y toma decisiones erróneas. En este caso, según estas mismas reglas, el religioso tiene el derecho y el deber de exponer a la autoridad sus temores y dudas. Si a pesar de eso la autoridad mantiene su decisión, el religioso tendrá que obedecer. Es la línea de conducta que podemos y debemos seguir nosotros mismos con la autoridad. Y si la **evidencia** de un error se impusiese a nuestro espíritu, está claro que no podríamos forzarnos a ver blanco donde vemos negro. Pero siempre podemos evitar pensar voluntariamente en esos «errores», y prohibirnos hablar de ello alrededor nuestro, salvo en caso de razones serias.

Esclavos de Jesús en María, hagamos un examen de conciencia serio y severo sobre nuestra actitud con la autoridad. ¿No nos

dejamos arrastrar en este punto por el espíritu del mundo, por el espíritu de la época? Para muchos hombres, incluso para un cierto número de cristianos supuestamente piadosos, por desgracia, se diría que la autoridad es el gran enemigo. Todo lo que viene de ella es examinado, criticado, y a menudo considerado como sospechoso y condenado de antemano.

Contra este espíritu tan fatal y lamentable, establezcámonos en el verdadero espíritu cristiano y mariano. Obedezcamos a toda autoridad legítima, especialmente a la de nuestros superiores eclesiásticos y religiosos, sencillamente como niños, sin examen orgulloso, sin discusión vana.

# XI
# Esclavitud de amor y magisterio doctrinal

Según el consejo de San Luis María de Montfort, queremos obrar y vivir **por** María.

Lo cual quiere decir que en todas las cosas queremos dejarnos conducir por Ella y obedecerle.

Esto se hace, entre otras cosas, por medio de una obediencia total, universal, humilde, alegre y ciega, prestada a la autoridad, a toda autoridad legítima. Nuestra divina Madre quiere y aprueba todo lo que quiere y desea la autoridad. Ella critica y prohibe todo lo que la autoridad legítima condena y prohibe.

Hemos hablado de todo esto.

Para ser completos, debemos señalar aún un poder muy especial de la autoridad **eclesiástica,** y por lo tanto un deber muy especial que hemos de cumplir para con esta autoridad.

Con exclusión de toda otra autoridad, la Iglesia se encuentra revestida de una verdadera autoridad en materia de **doctrina,** de lo que llamamos el **magisterio doctrinal.**

Los demás organismos dirigentes se encuentran revestidos de un poder de jurisdicción y gobierno: tienen que prescribir a sus subordinados lo deben **hacer** u omitir.

La Iglesia, y sólo Ella, tiene además el derecho, el poder y la misión de proponernos y de imponernos lo que en materia «de fe y costumbres» debemos **pensar** o creer.

Si reflexionamos en ello, no es algo que deba asombrarnos.

La Iglesia tiene la misión de conducirnos a la participación de la vida personal e íntima de Dios por la gracia santificante, la práctica de las virtudes y la eterna visión de gloria.

Su fin, y por lo tanto su ser, son **sobrenaturales.** Ella debe introducirnos en un mundo del que, fuera de la Revelación, no podemos siquiera conocer la existencia. Por lo tanto es preciso que, como órgano de Dios, Ella nos enseñe las verdades dogmáticas y prácticas de que tenemos necesidad para elevar nuestra vida a este plan de existencia superior y verdaderamente divina.

Es preciso que Ella pueda enseñarnos estas verdades con **certeza,** y por eso se encuentra revestida de infalibilidad en materia «de fe y costumbres».

Y si realmente está investida de un **poder** doctrinal, de una **autoridad** de enseñanza, a este poder y autoridad le corresponde de parte nuestra el **deber** de aceptar su dirección y someter nuestro pensamiento y nuestro espíritu a sus enseñanzas.

La Santa Iglesia ejerce este poder doctrinal por medio del Papa y de los Obispos.

Ellos, y estrictamente hablando ellos solos, son los que han recibido de Dios y de Jesucristo la misión y el poder necesario para proponernos de manera obligatoria todo lo que Cristo nos enseñó.

A este fin recibieron, dentro de ciertos límites y mediante algunas condiciones, la infalibilidad en materia de doctrina: el Sumo Pontífice ante todo, pero también los Obispos, cuando, juntos y en acuerdo con el Papa, se pronuncian sobre un punto de doctrina o de moral.

★

Nos ha parecido importante recordar a nuestros esclavos de amor, que no sólo el Sumo Pontífice, sino también los Obispos, tienen autoridad para indicarnos lo que debemos **pensar** o creer en materia de fe y costumbres.

Ellos deben pronunciarse de manera **autoritativa,** y por lo tanto obligatoria para nosotros, sobre lo que se contiene en el tesoro de la Revelación.

Ellos tienen derecho a darnos directivas doctrinales sobre todas las verdades dogmáticas y morales que están en conexión con la Revelación divina.

Tenemos el derecho y el deber de dejarnos conducir por sus enseñanzas en el terreno sobrenatural en sentido amplio, tanto desde el punto de vista del pensamiento como de la acción.

La infalibilidad no es siempre una condición indispensable para esto.

Nadie pretenderá que un obispo, tomado a parte, incluso cuando se dirige autoritativamente a sus fieles, goce de una infalibilidad absoluta.

Pero es también incontestable que el obispo, en el ejercicio de su magisterio doctrinal, tiene derecho a una asistencia especial del Espíritu Santo, y que habla entonces como el representante delegado

de Cristo, al que tenemos que someter, no sólo nuestras acciones, sino también nuestro pensamiento y nuestro espíritu [1].

★

Es algo que a veces olvidamos.

Leíamos en un libro serio sobre la Santísima Virgen, que no hay más que tres verdades marianas [2] expresamente definidas como de fe, y que todas las demás verdades marianas que debemos creer deben ser determinadas científicamente por los teólogos, y que los fieles deben aceptarlas bajo su autoridad.

Eso es olvidar que existe un magisterio ordinario de la Iglesia, ejercido por el Papa y los Obispos.

No son los sabios, ni siquiera los teólogos, quienes han recibido una misión divina para enseñarnos de manera auténtica y autoritativa la verdad revelada: sino sólo el Sumo Pontífice y los Obispos, y a ellos ante todo debemos consultar y escuchar.

Ese es nuestro deber. Es aún más nuestro provecho.

Porque está fuera de lugar poner siempre el acento en el deber, en la **carga,** por decirlo así, que nos impone este magisterio doctrinal.

Veamos también y sobre todos sus **beneficios,** las ventajas que presenta para nosotros este poder doctrinal, la seguridad que en esta materia nos aporta, la facilidad preciosa de saber lo que en este terreno debemos creer y pensar.

¡Qué dicha, qué felicidad es para nosotros escuchar lo que en materia religiosa en sentido amplio nos enseñan los Sumos Pontífices en sus Encíclicas, y nuestros Obispos en sus Cartas pastorales!

Aconsejamos con insistencia a los fieles, a nuestros esclavos de amor, que acudan especialmente a estas fuentes, cuando se trata de verdades marianas.

---

[1] Hay raras excepciones a esta obligación, como también a veces, por rara excepción, nos vemos dispensados de la obediencia de acción a nuestros Superiores. Pero volvemos a repetirlo: se trata de excepciones raras. No podemos aquí entrar en el detalle de las condiciones que deben realizarse para que esta excepción sea justificada. Hablamos de lo que es la regla. Los fieles deben ser extremadamente circunspectos y no imaginarse fácilmente y con ligereza que se cumple este caso de excepción.

[2] Este número se acrecentó con una cuarta verdad desde la definición dogmática de la Asunción de la Santísima Virgen.

¡Qué riqueza, qué magnificencia de doctrina mariana hay en las encíclicas de León XIII, San Pío X, Benito XV, Pío XI, Pío XII, y qué enseñanzas preciosas también en los Mandatos y Cartas pastorales de nuestros Obispos!

Esclavos de amor de Jesús y de María, practiquemos de manera ejemplar la dependencia de acción, pero también la obediencia de pensamiento y de juicio, para con aquellos que representan a Cristo ante nosotros.

Eso es imponer a nuestro **espíritu** el «yugo suave y la carga ligera» de Cristo y de Nuestra Señora.

Eso es caminar, con el espíritu de María, en seguimiento de Cristo, que pudo decir: *«Yo soy la Luz del mundo; el que me siga no caminará en las tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida»* [1].

[1] Jn. **8** 12.

# XII
# La Providencia paterna de Dios

Para someternos a la voluntad de Dios más segura y perfectamente, queremos depender de María siempre y en todas partes.

Esta dependencia respecto de Nuestra Señora se manifiesta de muchas maneras, y reviste formas múltiples.

Hemos expuesto ya algunas de las formas de esta dependencia: vivir según las voluntades y los deseos de Cristo, dejarse conducir fielmente por la autoridad legítima, sobre todo la autoridad sobrenatural y religiosa.

Otra manera de manifestar nuestra sumisión a nuestra Madre y Señora amadísima, María, es aceptar humilde y apaciblemente todas las disposiciones de la Providencia divina.

Nada sucede, nada se produce en el mundo, absolutamente nada, al margen de la voluntad omnipotente de Dios. Nada se exceptúa a esta ley esencial: ni las reacciones ciegas e inconscientes de los minerales y de las plantas, ni las operaciones instintivas de los animales, ni los actos voluntarios de los ángeles y de los hombres. El mismo mal depende de la voluntad y de las decisiones divinas. Para hermosura del orden universal del mundo, Dios permite e incluso quiere el mal físico, y por lo tanto el dolor y el sufrimiento. El mal moral, el pecado, que como tal —como desconocimiento de sus leyes divinas— no proviene de El, no puede producirse sin su permiso; el cual, evidentemente, no es por eso mismo una aprobación.

En definitiva, pues, todo viene de Dios: no puede estallar la guerra ni concluirse la paz, no se pueden producir las prosperidades de las naciones o las crisis económicas aparentemente insolubles, sin el permiso de Dios. Ningún hombre muere, ningún animal nace a la vida, ninguna flor se abre, ningún pájaro canta, ninguna hoja cae del árbol ni ningún cabello de nuestra cabeza, sin la expresa disposición de la voluntad de Dios: en definitiva todo viene de El.

Ahora bien, puesto que todo ser obra, inconsciente o conscientemente, por un fin, es imposible que Dios, al suscitar todos estos seres o al permitir todos estos acontecimientos, no se proponga

un fin. Este fin, en última instancia, es El mismo: la irradiación de su Ser, la comunicación de su Bondad, su gloria exterior en definitiva: *«Todo lo ha hecho para Sí mismo»,* dice la Escritura [1].

Pero hay muchos fines inmediatos e intermedios que deben conducir a la realización del plan divino, que apunta en última instancia a su propia glorificación. Dios intenta la perfección de cada ser, y por este medio realiza un orden mundial magnífico. Este universo espléndido, con todo lo que lo compone y todo lo que se produce en él, está destinado a procurar la felicidad temporal, pero sobre todo la perfección espiritual y la felicidad eterna del **hombre.** A su vez, el bienestar temporal, espiritual y eterno del hombre está ordenado a la glorificación de **Cristo** y de su Madre y Esposa espiritual inseparable, **María.** Y el reino y la glorificación de Cristo y de María deben conducir de manera inmediata a la mayor gloria del Padre, al reino de **Dios.**

Esta es la magnífica coordinación y subordinación de los valores y de los seres, fijada por San Pablo en una de sus frases sublimes: *«Todo es vuestro: ... el mundo, la vida, la muerte, el presente, el futuro. Todo es vuestro; y vosotros, de Cristo y Cristo de Dios»* [2].

Ahora bien, ordenar todos los seres y acontecimientos, aun los más humildes e insignificantes, a sus fines respectivos, inmediatos o último, es obra de la **Providencia** divina. Y la **ejecución** infalible de ese plan gigantesco, que abarca todos los mundos y todos los tiempos, pertenece al **gobierno** de Dios. Nada puede sustraerse a la dirección de esta sapientísima Providencia, ni resistir a este omnipotente gobierno: *«Señor Dios, Rey omnipotente, de tu potestad dependen todas las cosas, ni hay quien pueda resistir a tu voluntad… Tú eres el Señor de todas las cosas, ni hay quien resista a tu majestad»* [3].

Hemos de retener aún otra verdad importantísima en este orden de cosas: la Providencia de Dios es una Providencia **paterna.** Cuando Jesús nos exhorta a una confianza total y a un abandono absoluto respecto de Dios, y nos propone los encantadores ejemplos de las aves del cielo que no siembran ni cosechan, y sin embargo son abundantemente alimentadas; de las flores de los campos, que no trabajan ni hilan, y sin embargo son vestidas más ricamente que

[1] Prov. **16** 4.
[2] I Cor. **3** 21-23.
[3] Est. **13** 9-11.

el rey más poderoso, añade: *«No andéis preocupados…, pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso»* [1].

Dios es nuestro Padre, y nosotros somos sus hijos. Su Providencia está inspirada y conducida por su amor. Debemos estar convencidos de que todo lo que nos sucede es obra del Amor, y debe conducirnos a nuestra verdadera felicidad; pues, según el decir de San Pablo, *«todo concurre al bien de los que aman a Dios»* [2].

Como cristianos y como esclavos de amor, tenemos que cumplir aquí una misión muy importante para nuestra perfección: reconocer y aceptar en todas las cosas las disposiciones amorosas de la Providencia divina.

Como siempre, el cumplimiento de este cometido, la aceptación fiel y generosa de todas las disposiciones divinas, y el abandono total a su Providencia paterna, será facilitado considerablemente por el reconocimiento teórico y práctico de la gran y hermosa misión que le corresponde aquí a María. En el siguiente capítulo expondremos cuál es el papel de la santísima Madre de Dios en este orden de cosas.

Además de la Providencia paterna de Dios, creemos en la providencia materna de María.

[1] Mt. **6** 31-32.
[2] Rom. **8** 28.

# XIII
# La Providencia materna de María (1)

Después de estudiar la Providencia paterna de Dios, y antes de llegar a conclusiones prácticas para los esclavos de amor, debemos considerar la providencia materna de la Santísima Virgen María.

Es digno de notar —y se trata de una nueva y grandísima señal de su amor por nosotros— que Dios, que es la Causa primera y principal de todo lo que existe y de todo lo que sucede en el mundo, se sirve tanto como es posible de las creaturas para cumplir todas sus obras. Al sol le hace producir el calor y darnos la luz. Por las leyes naturales de la materia y de la gravedad hace mover, con ritmo invariable, los astros en el espacio inmenso. Se sirve del hombre y del animal para continuar extendiendo la vida en la tierra.

Es realmente una ley que El mismo se puso, una ley que también encuentra su aplicación en el orden de la Providencia.

El papel de la Providencia, como decíamos, es el de disponerlo y ordenarlo todo para alcanzar el fin de la creación y de la Redención: el fin último, que es la gloria de Dios, y todos los fines inmediatos y secundarios que deben conducir a esta última meta final.

Pues bien, Dios se sirve de los cálculos y combinaciones de los hombres para realizar los designios de su Providencia suprema. Cada hombre es, en cierto sentido, su propia providencia, porque estudia, reflexiona y combina para señalar su propio camino, elegir su medio, determinar los medios más aptos y eficaces para asegurarse el pan cotidiano, conservar o recuperar la salud, alcanzar la perfección, asegurar su salvación, etc.

El Papa para toda la Iglesia, el obispo para su diócesis, el párroco para su parroquia, cada sacerdote en su esfera de acción, son como providencias limitadas, instrumentos conscientes y voluntarios de la Providencia infalible de Dios, para conducir las almas que les están confiadas a su santificación y salvación eterna.

En la familia, al lado del padre, la madre es la providencia de sus hijos. ¿No es conmovedor considerar esta actividad especial de la madre en el hogar? ¿Acaso una verdadera madre no está incesantemente ocupada en organizar, combinar y disponer mil

cosas por el bien de sus hijos? Ella se esfuerza por preverlo todo: el bien para realizarlo, el mal para evitarlo. Sin lugar a dudas, la principal ocupación intelectual de la madre es tratar de proveer al futuro inmediato y lejano, espiritual y temporal de sus hijos.

★

Nos toca ver ahora si y hasta qué punto nuestra divina Madre puede cumplir en el orden sobrenatural este papel de Providencia materna para con sus hijos.

Nuestra Señora está en el cielo. Allí goza en el grado más elevado de la visión inmediata y facial de Dios.

Ella contempla el ser infinito de Dios, y en El los seres y los acontecimientos de este mundo.

No dudaríamos en admitir en Ella, como lo admitimos en la santa Humanidad de Cristo, el conocimiento de todo lo que es objeto de la ciencia de visión en Dios, es decir, de todo lo que existió, existe y existirá, de todos los acontecimientos que se produjeron, se producen y se producirán en el universo.

En todo caso, según los datos generales de la teología, podemos y debemos admitir que Ella ve en Dios todo lo que le puede interesar de manera especial, todo lo que tiene algo que ver con su misión, todo lo que le es necesario o útil saber para cumplir perfectamente su misión de Madre de los hombres, de Distribuidora de las gracias y de Santificadora de las almas.

María es **Reina del Cielo y de la tierra,** Reina de toda creatura, del hombre en particular, y más especialmente aún de quienes se han consagrado a Ella y la han reconocido voluntariamente como su Dueña y Soberana. Conviene que esta Reina sepa lo que sucede en su reino. Conviene sumamente que Ella sepa lo que sucede alrededor de sus súbditos más amados, los hombres, y también dentro de ellos, puesto que su reino, como el de Dios, está sobre todo en el interior.

María es **Corredentora del género humano.** A este título es indudable que Ella desea saber, y debe también conocer, todo lo que puede favorecer o contrariar la aplicación de los frutos de la Redención en las almas.

María es **Madre de las almas.** ¿Acaso las madres no desean conocerlo todo en la vida de sus hijos, incluso las cosas más insignificantes? ¿Quién podría dudar desde entonces que esta Madre, que recibió la plenitud de la maternidad, siga con inmenso

interés a cada uno de sus hijos, desee sondear hasta el fondo el secreto de su vida y de su conciencia, anhele conocer en detalle todo lo que de cerca o de lejos pueda influenciar su vida espiritual? Es más, ¿no debe Ella conocer todas estas cosas, para cumplir perfectamente su misión materna? Pues no debemos olvidar que esta Madre ha de intervenir casi en cada momento en la vida de sus hijos espirituales, que son y seguirán siendo siempre sus *pequeñuelos, «sicut parvuli»…*

María, como **Mediadora de todas las gracias,** debe pedir por nosotros, destinarnos y aplicarnos en el momento oportuno toda gracia. Es indispensable, para que Ella pueda hacerlo, que conozca en detalle nuestras necesidades y dificultades, y todo lo que, ya en sentido favorable, ya en sentido adverso, pueda influenciar nuestra vida sobrenatural. Y nosotros sabemos que pueden influenciar nuestra vida espiritual, no sólo los grandes acontecimientos del mundo, como la guerra o la paz; no sólo los hechos importantes de nuestra vida personal, como la salud o la enfermedad, la prosperidad o la miseria; sino también mil detalles insignificantes de nuestra existencia cotidiana, que sin cesar nos alientan al bien o entorpecen nuestros esfuerzos para llegar a la virtud y a la santidad.

Además, hemos de recordar que la Santísima Virgen no tiene sólo el cargo de cada alma en particular, sino que debe proveer también a las necesidades generales de la Iglesia y de toda la humanidad. Ella es Madre de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, y realmente Madre de toda la humanidad. Por eso, Ella no se preocupa sola ni principalmente por el bien personal de cada hombre, sino que vela por la prosperidad de toda la Iglesia, y apunta al reino de Cristo, el reino de Dios en el mundo. Todo lo que está en conexión con estos intereses de inmensa importancia, retiene su más viva atención y reclama sus más asiduos cuidados. Y todo lo que es capaz de conducir a ello o apartar de ello, no puede quedar sustraído a su mirada de Reina y de Madre.

De estas consideraciones podemos concluir con certeza que Nuestra Señora conoce y ve en Dios todo lo que nos sucede, todo lo que se pasa en nosotros y alrededor nuestro, los incidentes más humildes y los acontecimientos más graves, porque todo eso, incluso un día soleado, una palabra amable, una picadura de mosquito o una pinchadura de aguja, puede ser para nosotros la ocasión de progresos y de santidad, o de faltas y de imperfección.

Y lo que a menudo nos escapa a nosotros, no permanece oculto para Ella: Ella comprende el **por qué** de todo lo que sucede en

nosotros y alrededor nuestro; pues Dios, como hemos visto, en todas sus disposiciones para con nosotros, persigue un fin, determinado por su Amor. ¡Comprendemos tan poca cosa de nuestra vida, sobre todo en el momento en que se producen los acontecimientos! Más tarde captamos a veces con alegría y agradecimiento el por qué de este encuentro, la meta de aquel fracaso, la bendición que fue para nosotros tal prueba humillante. En el cielo estaremos asombrados al contemplar el encadenamiento maravilloso de todos los acontecimientos de nuestra vida, tanto los más graves como los más humildes, para la verdadera felicidad de nuestras almas. Nuestra divina Madre, por su parte, contempla desde el presente, y penetra a fondo los designios misericordiosos de la Providencia divina sobre nuestra vida. Ella ve cómo todos estos designios de amor y de misericordia se enlazan, como hilos de oro, en la trama de nuestra existencia, y cómo los acontecimientos más dispares e incoherentes en apariencia se funden en un todo armonioso y beneficioso. En todos los detalles de nuestra vida Ella discierne los fines inmediatos y remotos que la amorosa Providencia de Dios se propuso en todo esto.

★

La Santísima Virgen no sólo conoce todas las disposiciones de la divina Providencia para con nosotros, y el modo como deben concurrir al bien de nuestras almas y al reino de su Hijo; sino que, de toda evidencia, Ella adhiere a estos designios, Ella aclama en su corazón estas voluntades, porque su voluntad está totalmente conformada, entregada y abandonada a la santa y adorable voluntad de Dios.

Además —no hay nada más cierto— Ella desea que también sus hijos acepten todas estas decisiones del amor divino, y se sometan a ellas total y generosamente, sin restricción.

Ella se identifica, por decirlo así, con estas disposiciones de la voluntad divina, las hace suyas, nos las impone también con toda su autoridad real y materna, y las convierte en un campo nuevo de dependencia amorosa que nosotros le hemos prometido por nuestra santa esclavitud, y que de muy buena gana queremos manifestarle.

Podemos ir más allá de estas consideraciones y preguntarnos hasta qué punto hemos de reconocer a Nuestra Señora una cierta influencia sobre la marcha de nuestra vida y sobre los grandes acontecimientos del mundo. Será el tema de nuestro próximo capítulo.

★

Desde ahora nos volvemos hacia Aquella que es la Madre de la divina Providencia, porque es Madre de Dios; hacia Aquella que puede ser llamada muy justamente nuestra providencia materna.

Es para nosotros una incomparable seguridad, Madre, que el Dios de amor lo conozca y disponga todo en nuestra vida. Es también para nosotros una gran alegría saber que toda nuestra existencia, con sus bendiciones y alegrías, con sus luchas y pruebas, esté encerrada y sea como llevada en tu Corazón materno, y que Tú lo conozcas todo en esta vida, el pasado, el presente y el futuro.

Por consiguiente, querríamos decir valientemente nuestro *fiat* en todo cuando nos sucede. Este *fiat* lo cantaremos a veces en el tono mayor de la alegría y del agradecimiento; otras veces lo pronunciaremos en la gama menor de la paciencia y de la resignación; pero plenamente abandonados repetiremos siempre la palabra de la aceptación y de la dependencia…

Con Jesús queremos repetir: *«Ita, Pater:* ¡Está bien, Padre!»… Está muy bien así, porque sabemos que todo viene de tu amor, y a él conduce.

Pero también queremos decir: *«Ita, Mater!...:* Sí, Madre, está muy bien así», porque **Tú** lo aceptas por mí, porque Tú también me envías y me impones todo esto, Tú, la mejor y la más tierna de todas las madres…

# XIV
# La Providencia materna de María (2)

La Santísima Virgen conoce y ve en Dios todos los acontecimientos, humildes o importantes, que nos rodean y nos suceden.

Ella discierne claramente los lazos de estos acontecimientos con el reino de Dios, con nuestra perfección y nuestra salvación.

Todas estas cosas Ella las acepta con sus inmortales disposiciones de *Ancilla Domini.*

Como Madre y como Reina, Ella espera que también nosotros nos sometamos con amor a todas estas decisiones de la Providencia divina.

Hemos considerado todo eso. Y de este modo ya podemos ver la voluntad y la dirección de María en todo lo que nos sucede, en los grandes acontecimientos que cambian la faz del mundo y en los más humildes detalles de nuestra vida cotidiana.

Ahora podemos y debemos ir más lejos, y plantearnos la siguiente pregunta: ¿Tiene la Santísima Virgen alguna influencia en los acontecimientos que nos contristan o nos alegran, que nos son ocasión de progreso o de retroceso? ¿Ejerce Ella alguna acción en la orientación de nuestra vida, y cuál? ¿Es Ella causa de que nuestra vida esté ordenada de tal o cual manera, tanto en sus circunstancias más graves como en las más humildes? ¿Puedo pensar que Nuestra Señora misma lo organiza y dispone todo en mi existencia, y ver así de manera más neta y positiva su providencia en todo lo que me sucede?

Nuestros buenos cristianos, nuestros esclavos fervorosos de la Santísima Virgen, así lo creen.

Y nosotros no debemos subestimar el sentimiento del piadoso pueblo cristiano.

En efecto, entre los criterios de la verdad revelada, entre las fuentes de conocimiento de la doctrina sobrenatural, la teología cuenta con el sentimiento general del pueblo cristiano. Si se puede establecer que en una determinada época la unanimidad de los fieles adoptó como verdad tal o cual punto de dogma o de moral, se prueba por el mismo hecho que este punto de doctrina ha sido

efectivamente revelado por Dios y es conforme a la verdad. Y es notable que en el transcurso de los tiempos el «sentido cristiano» tuvo razón más de una vez contra los más graves y los más sabios teólogos.

El santo bautismo pone en nuestras almas potencias secretas e increíbles. Los dones del Espíritu Santo se encuentran entre las más misteriosas de estas potencias. Son como instintos sobrenaturales, que fuera de todo razonamiento, como por intuición, nos hacen discernir en el orden sobrenatural lo verdadero y lo falso, y gustar lo que es bueno o malo.

No quiere eso decir que en el caso presente pretendamos atribuir la infalibilidad a la convicción instintiva de un cierto número de fieles. Pero el hecho merecía ser subrayado: nuestros buenos esclavos de la Santísima Virgen, simples cristianos, rectos y fervorosos, atribuyen a esta divina Madre una intervención habitual en la disposición de su vida. Se les escucha decir frecuentemente: *«Nuestra Señora lo ha querido así… La Santísima Virgen lo ha permitido… Nuestra divina Madre lo ha dispuesto así…».*

San Luis María de Montfort, que como recordamos, no fue sólo uno de los servidores más fervorosos y uno de los apóstoles más ardientes de María, sino también, en materia mariana, uno de los pensadores más profundos, uno de los doctores más notables que el mundo haya visto; San Luis María de Montfort cree también en una providencia materna efectiva de la Santísima Virgen, y en una influencia real de su parte en la disposición de nuestra vida. En efecto, escribe: *«Ella espía, como Rebeca, las ocasiones favorables para hacerles bien, engrandecerlos y enriquecerlos. Como ve claramente en Dios todos los bienes y los males, los sucesos favorables y los adversos, las bendiciones y las maldiciones de Dios, dispone Ella las cosas desde mucho antes para librar de toda clase de males a sus servidores, y para colmarlos de toda clase de bienes; de suerte que, si hay algún buen lucro para realizar, en Dios, por la fidelidad de una criatura en algún alto cometido, es seguro que María procurará esta ventura para alguno de sus buenos hijos y servidores, y le dará la gracia para llevarlo a cabo con generosidad»* [1].

★

Las almas marianas, Montfort sobre todo, tienen razón.

[1] Verdadera Devoción, nº 203.

Pero ¿cómo explicar esta intervención «providencial» de Nuestra Señora en nuestra vida?

Nos parece que la Mariología, es decir, la exposición sistemática de la doctrina mariana, sobre todo cuando se trata de la misión y de los derechos de la Santísima Virgen para con las almas, podrá y deberá hacer aún grandes progresos, y habrá que estudiar y profundizar una gran cantidad de verdades para poder formularlas de manera clara y precisa.

El punto que estamos tratando en este momento es una de estas verdades que no es fácil determinar netamente y formular exactamente. No debemos exagerar nada. Pero menos aún, al tratarse de las prerrogativas marianas, debemos quedarnos por debajo de la verdad, y minimizar los derechos y la misión de Nuestra Señora, como tienen tendencia a hacerlo ciertos «sabios».

Desde toda la eternidad Dios fijó el plan de nuestra vida con todos los acontecimientos que deben producirse en ella, y con todas las influencias que en ella deben ejercerse. Este plan está consignado de manera imborrable e inmutable en el gran Libro de la vida que es Dios mismo. Nuestra Señora conoce y contempla este plan en todos sus detalles. Ella, pues, no tiene que disponer de nuestra vida en el sentido en que debiera imaginar de qué manera Ella nos haría escapar de tal peligro, o hacernos llegar a tal grado de progreso espiritual, etc.

Este plan divino es un plan elaborado en todos sus detalles, y prevé y determina todas las influencias que han de contribuir a realizarlo. Y entre todas estas influencias, la de la Santísima Virgen es incontestablemente, después de la de Dios y de Cristo hombre, la más poderosa y vasta, y por libre voluntad de Dios, la más indispensable.

Esta influencia, que Dios ha puesto como condición de sus designios de amor sobre nosotros, la Santísima Virgen debe ejercerla al menos por su intercesión todopoderosa.

El plan de la Providencia paterna de Dios sobre este joven sacerdote misionero, por ejemplo, era que, por la oración de María, fuese colocado desde su más tierna edad en una escuela apostólica, donde estaría al abrigo de los peligros; que también allí, por la intercesión de la Santísima Virgen, encontrase a santos sacerdotes que, por sus enseñanzas y sus ejemplos, lo ayudasen a caminar por las sendas de la virtud; y que cuando, en la edad crítica, su vocación se viese en peligro, por la intervención de Nuestra Señora, el

pensamiento de un padre virtuoso lo retuviese en su vocación sublime.

Ese era el plan de Dios, pero su realización la hizo depender de los cuidados incesantes y de las oraciones preciosas de su santísima Madre. Y de este modo podemos decir que la Santísima Virgen lo dispone todo en nuestra vida, en el sentido de que la ejecución de los infalibles designios divinos depende de sus oraciones, y por lo tanto de su consentimiento y de su cooperación.

La providencia materna de Nuestra Señora es una consecuencia, una manifestación y una forma de su Mediación universal de las gracias, y de su incontestable misión de santificar a las almas y formarlas en Cristo.

Esta providencia materna se extiende tan lejos como su mediación. Abarca todo lo que de cerca o de lejos se relaciones con nuestra perfección y salvación eterna. Por lo tanto, no comprende solamente lo que de suyo es sobrenatural —la comunicación en tiempo oportuno de la gracia santificante y actual, la recepción de los sacramentos, etc.—, sino también todas las cosas naturales que están en conexión con nuestra vida espiritual. De este modo, debemos a la providencia materna de María el haber nacido de padres cristianos, el haber recibido de ellos una educación esmerada, el haber vivido en tal entorno, el haber tenido tales maestros, el haber recibido tal medida de bienes temporales que nos permite tender más apaciblemente a una vida cristiana más perfecta.

La influencia de nuestra divina Madre, como observa Montfort, se ejerce en un doble sentido. Ella coloca en nuestro camino a las personas y las cosas que deben facilitarnos la ascensión hacia la virtud. Y Ella aparta de nosotros todo lo que hubiese sido un obstáculo para nuestra vida cristiana, o también neutraliza estas influencias nefastas por otras influencias beneficiosas.

Por otra parte, hemos de reconocer su acción materna, no sólo en lo que nos place y nos alegra, como la salud, la prosperidad material, los consuelos del corazón, etc., sino también, y más aún, en el sufrimiento y en la prueba. Pues la cruz y el sufrimiento son aún mayor gracia, generalmente hablando, que el gozo y la prosperidad. En efecto, la divina Madre debe hacernos conformes con la imagen de su Hijo crucificado; y sólo por medio de muchas tribulaciones podemos entrar en el reino de Dios. Por eso, también nos viene del Corazón de nuestra Madre esta humillación penosa, este fracaso miserable, tal enfermedad dolorosa, tal separación desgarradora…

Acordémonos además de que la influencia de su providencia materna se extiende, por supuesto, a las grandes líneas de nuestra vida: nuestra vocación, el medio en que vivimos, la educación que hemos recibido, etc.; pero también a las cosas más insignificantes, a lo que tal vez consideramos como despreciables minucias. Jesús nos da la certeza de ello por lo que a la Providencia paterna de Dios se refiere, cuando nos asegura, de manera muy sugestiva, que incluso los cabellos de nuestra cabeza están contados, y que ni uno solo de ellos cae sin el permiso de nuestro Padre que está en los cielos. También nuestra Madre —¿no es lo propio de la mujer y de la madre?— se ocupa de los más mínimos detalles de nuestra vida, cuando tienen alguna relación con nuestra santificación. ¿Y qué hay que excluir de esta solicitud materna, cuando se piensa que la menor palabra puede a veces alentarnos o abatirnos, que una mirada furtiva puede ser ocasión de tentación o de educación, que una picadura de mosquito puede echarnos en la impaciencia, que una sonrisa de niño o un canto de pájaro puede a veces volvernos a impulsar hacia el bien?

Ya lo vemos: nada o casi nada de lo que nos rodea y de lo que nos sucede puede sustraerse a la providencia materna de Nuestra Señora. Y aunque es cierto que no siempre podemos determinar y separar fácilmente las influencias subordinadas, y sobrepuestas unas a otras, que se ejercen en nuestra vida: Dios, Cristo, la Santísima Virgen; y aunque nos encontremos aquí de lleno en esta atmósfera de misterio que rodea todo el orden sobrenatural; sin embargo, eso no es un motivo para dudar de la realidad y de la extensión de la providencia materna de María.

Todas estas consideraciones, como tendremos ocasión de exponerlo más ampliamente en uno de los próximos capítulos, determinarán nuestra actitud de esclavos de Jesús en María. Nuestras disposiciones habituales de total abandono frente a los acontecimientos de Providencia se verán fortificadas y facilitadas incontestablemente por el pensamiento de que todo lo que nos sucede y todo lo que nos rodea nos es destinado por nuestro Padre que está en los cielos, pero al mismo tiempo proviene del pensamiento y del Corazón de la más amante y misericordiosa de las madres.

# XV
# ¡Amén! ¡Así sea! (1)

Hemos hablado de la Providencia paterna de Dios y de la providencia materna de María. Nada sucede en nuestra vida, absolutamente nada, que no sea querido o permitido por Dios, y que, en sus designios de bondad y de amor, no apunte y tienda a nuestra salvación y a nuestra santidad.

María conoce claramente todas las disposiciones divinas, incluso en la relación que tienen con la realización de nuestro destino. Ella adhiere a todo esto con una sumisión llena de respeto y amor, y pide a sus hijos y esclavos de amor que se entreguen totalmente a estas voluntades divinas, y las acepten con filial sumisión.

La Santísima Virgen, además, ejerce una gran influencia en nuestra vida. Los acontecimientos y las circunstancias que se ordenan a facilitar y realizar nuestra formación en la vida cristiana seria e íntegra, se deben a su intervención, que se da al menos bajo forma de oración.

Por lo tanto, una de las formas más importantes de nuestra sumisión a Dios y a la Santísima Virgen, o de esta esclavitud interior de que habla San Luis María de Montfort, es aceptar valientemente, con agradecimiento y alegría de voluntad, todos los acontecimientos, importantes o mínimos, que se escalonan a lo largo de nuestra vida y de cada uno de nuestros días.

Seamos concretos, seamos consecuentes en la práctica de la santa esclavitud de amor. Sepamos reconocer teórica y prácticamente la voluntad de Dios y de nuestra Madre dondequiera que esta voluntad se manifieste. No nos detengamos, como se hace demasiado a menudo, en las causas inmediatas y creadas de los acontecimientos que nos contristan o alegran, ya sea para apegarnos a ellas, ya sea para odiarlas y maldecirlas. Por encima de todos estos factores, dotados o privados de razón, veamos el decreto de Dios que quiere o permite todas estas cosas. Busquemos también y siempre en ellas la influencia de nuestra Madre divina, que dispuso y obtuvo estos acontecimientos para nosotros.

★

Lo que tenemos que hacer, pues, es aceptar con docilidad perfecta y abandono absoluto a las directivas de Dios y de su santísima Madre, todas las circunstancias, todos los acontecimientos de nuestra vida, los más humildes como los más importantes, los más tristes como los más alentadores. Todo eso forma parte de las disposiciones paternas de Dios para con nosotros, y también de la formación materna que Nuestra Señora impone a nuestra alma.

Parece que no es nada, pero en realidad es algo grande, y a veces difícil, decir: *¡Amén! ¡Así sea!*

En música hay obras maestras que fueron compuestas solamente sobre el tema de algunas notas, dos o tres a veces. Estas pocas sílabas bastarían para hacer de nuestra vida una obra maestra de santidad, si supiésemos repetirlas siempre con las disposiciones oportunas; si supiésemos decir: *¡Amén! ¡Así sea!,* a todo lo que Dios y su divina Madre deciden y permiten en nuestra vida. Es impresionante que Montfort no pida otra gracia: *«La única gracia que os pido, por pura misericordia, es que cada día y en cada momento de mi vida, diga tres veces AMÉN, ASÍ SEA, a todo lo que habéis hecho sobre la tierra cuando vivíais en ella; ASÍ SEA a todo lo que hacéis al presente en el cielo; ASÍ SEA a todo lo que hacéis en mi alma»* [1].

Este *¡Amén! ¡Así sea!,* lo murmuraremos con agradecimiento cuando, por la solicitud de nuestra Madre, se abran a lo largo de nuestro camino flores de bondad y de amistad; cuando resuenen en nuestros oídos cánticos de alegría; cuando la hermosa luz de la dicha y de la prosperidad venga a solear nuestra vida.

Este *¡Amén! ¡Así sea!,* lo repetiremos frecuentemente cuando se nos prodiguen pequeñas alegrías o modestos alientos; por un hermoso libro que leemos, por una hora reconfortante que pasamos en amable compañía, por una buena palabra que nos impresiona, por un espectáculo edificante que nos es dado contemplar. Un *Amén* de agradecimiento subirá de nuestro corazón por un encuentro inopinado y beneficioso, por un mensaje alentador que se nos ha comunicado, por la solución inesperada de alguna dificultad, por un canto de pájaro que nos regocija, por una mirada de niño que nos conmueve, por un magnífico paisaje que admiramos, por una puesta de sol que nos maravilla… Todo eso viene de Dios. Todo eso viene también, en cierto sentido, de María. Estas son, entre mil otras cosas parecidas, las atenciones, las maternalísimas y delicadísimas

[1] Oración a María en «El Secreto de María».

atenciones que tiene para con nosotros Aquella que es mil veces más Madre que todas las madres de la tierra; de Aquella que por medio de estas cosas quiere hacernos sentir que Ella vive, que Ella nos ama, que Ella no nos olvida, y que Ella está cerca de nosotros para conducirnos a través de nuestra existencia.

Este *Amén* de la alegría y del agradecimiento se convertirá en ciertos días en un *Magnificat* triunfal, por ejemplo a la vista de la hermosura arrebatadora de un niño, de **tu** niño que acaba de revestirse en el bautismo con los esplendores de la gracia y de la vida misma de Dios; en el primer encuentro de un alma pura con Jesús Eucaristía; ante la aplastante grandeza de un nuevo sacerdote, hermano tuyo, hijo tuyo. En ciertos días este *Amén* se prolonga, se dilata, se transforma en un cántico de exultación, en esos días en que tempestades de alegría parecen conmover las profundidades de nuestra alma; cuando repentinamente el plan de Dios sobre tu vida se revela a tu alma, y comprendes la acción de la bondad infinita de Dios en ti y la solicitud infinitamente materna de María en toda tu existencia; o cuando has podido saborear durante algunos instantes la infinita dulzura del amor de Dios y de la presencia de Jesús en ti, y parece que toda la felicidad del cielo ha descendido de repente en tu alma… Repetiremos entonces con emoción indecible el *Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.* Pero al mismo tiempo balbuciremos también, con un alma estremecida de felicidad y gratitud: *¡Amén! ¡Así sea!:* ¡Gracias, Madre, gracias por todo! ¡Qué buena eres, indeciblemente buena y materna!…

# XVI
# ¡Amén! ¡Así sea! (2)

Este *Amén* trataré de decirlo también con valentía y energía en el sufrimiento y en la adversidad, para las cruces de toda clase y dimensión, de toda pesadez y duración.

*¡Amén! ¡Así sea!,* cuando me dirijan una palabra dura, cuando me hiera un gesto indelicado, cuando me aflija un juicio injusto, cuando se produzca un malentendido penoso con mis familiares o vecinos, cuando la comida no sea a mi gusto o cuando vengan a turbar mi descanso; *¡Amén! ¡Así sea!,* cuando me vea contrariado en mis cálculos, cuando un pequeño incidente o nadería turba el orden que había soñado para mi trabajo, y eche a perder mi día. No, en esos momentos no quiero enfadarme ni refunfuñar, ni dejarme llevar por la ira o mal humor. ¡Rápido, una mirada a María! Ella lo ha dispuesto así para mi bien y progreso espiritual. *¡Amén! ¡Así sea!,* mi buena Madre… Voy a poner a mal tiempo buena cara, y nadie sospechará que en el fondo de mi ser amenazó prevalecer el descontento o la rabieta…

*¡Amén! ¡Así sea!* Tu **salud** está quebrantada, tus fuerzas están destrozadas. Y sin embargo tus ocupaciones, tu deber de estado, parecían exigir una salud robusta. A consecuencia de esta enfermedad tu hogar va a quedar en completo desconcierto: vas a sufrir la pobreza, y los tuyos contigo. Echate en los brazos de tu Madre. «No comprendo, Madre, no puedo ni debo comprender. Sé solamente que también esta prueba me viene de tu amor materno y de la paterna Providencia de Dios. Por eso me abandono a Ti, y repito con voluntad plenamente sumisa: *¡Amén! ¡Así sea!*».

*¡Amén! ¡Así sea!* Vives con un marido que te parece insoportable. Es buen cristiano, y también tiene buena voluntad, pero no llegáis a comprenderos. Vuestros caracteres son demasiado divergentes. Es un sufrimiento de cada momento, y hay choques a cada instante. «Madre, es duro, durísimo; en ciertos momentos me parece que ya no puedo soportar por más tiempo esta situación. Pero quiero creer que Tú has consentido a esta vida para mí, un purgatorio en la tierra, para que por medio de este camino, y no otro, merezca el cielo. Me cueste lo que me cueste, quiero repetir con la

voluntad mi *Amén:* sí, así sea por todo el tiempo en que con tu Jesús lo juzgues oportuno».

*¡Amén! ¡Así sea!* Había soñado con una vida tan distinta… Había soñado en vivir con Jesús en su misma morada, como su humilde esposa, y me es imposible dejar el mundo… Había esperado consagrar mi vida a proyectos artísticos, y la paso en ocupaciones tan vulgares… Había esperado de mi apostolado frutos maravillosos, conversiones numerosas, una influencia vasta y profunda sobre las almas, y debo conformarme con resultados tan modestos… Había pensado ocupar un lugar importante en el mundo, jugar en él un papel de primer plano, y mi existencia se arrastra en medio de un entorno deprimente y en circunstancias tan prosaicas… *Amen, o Mater et Domina…* Así sea, Madre y Señora amadísima; no me toca mandar, sino obedecer y seguir.

*¡Amén! ¡Así sea!* Nada te sale bien. Eres lo que se llama un ave de desgracia. La preocupación del pan cotidiano pesa angustiosamente sobre ti. Todas tus empresas se ven condenadas al fracaso. Te parece que todas las cruces y pruebas te están destinadas a ti… Acuérdate del precio de la cruz y del sufrimiento que, por la oración de su Madre, Dios pueda enviarte. Cree sobre todo en la providencia materna de María para contigo. Jesús y María disponen de todo, a fin de cuentas, para tu mayor bien. Y cuando en ciertos momentos demasiado dolorosos tengas que gemir como Jesús en su agonía: *«Padre, si es posible, pase de mí este cáliz»,* no dejes de añadir: *«Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».*

*¡Amén! ¡Así sea!* Tenías un hijo, del cual todos decían que era un ángel, y que te era querido como la pupila de tus ojos, al igual que tu corazón y tu alma; un hijo que habría vivido verosímilmente en la piedad y en la virtud, que habría sido tu consuelo y tu sostén en los días de tu vejez. Y el ángel de la muerte te lo ha arrebatado… La flor ha sido cortada de su tallo, y el hijo arrancado de los brazos de sus padres. ¿Cómo es posible, Señor, que pidas semejantes sacrificios, e inflijas semejantes heridas a un corazón de padre o de madre?… Pero no, Señor, no he dicho nada: el dolor me estaba haciendo delirar. ¡Madre, *fiat!* Quiero creer firmemente, sin comprenderlo, que así es mejor para el reino de Dios, para mi hijo y para mi alma: *¡Amén, así sea,* Providencia de mi Dios, providencia de mi Madre!

*¡Amén! ¡Así sea!…* O bien el hijo que habías pedido y alcanzado por tus oraciones, que antes de su nacimiento ya habías consagrado a María, que en tu regazo había aprendido a pronunciar

con amor los dulces nombres de Jesús y de María, que para su educación habías confiado a sacerdotes o a religiosas; este hijo, por el cual habías velado con precauciones infinitas, por el cual habías rezado y sufrido noche y día; este hijo, precisamente este, se adentró en los caminos de la perdición. Es un hijo pródigo, que ha pisoteado su honor y su religión; en la licencia malgasta vergonzosamente su dinero y sus fuerzas, y te haría morir de tristeza… Por muy terrible que pueda ser esta prueba, también es, no querida, pero sí permitida, por Dios y por su santísima Madre, para que tu vida sea tanto más pura y generosa cuanto más vil y vergonzosa es la de tu hijo amado. Esta alma, al menos en el último minuto, se salvará por tus oraciones y sacrificios. Sigue esperando esta hora con paciencia y confianza, y con un corazón quebrantado repite a la Madre de los dolores y al Refugio de los pecadores: *¡Amén, así sea!* ¡Madre, ven en mi ayuda, salva a esta alma, y haz que mi hijo vuelva a los brazos de tu Hijo!

Un día nos sentiremos abatidos definitivamente… Un día vendrá a llamar a nuestra puerta la más terrible mensajera de la voluntad de Dios y de María: ¡la muerte! En esos momentos nos acordaremos de que somos de Dios y de Ella, y que les hemos reconocido todo derecho sobre nosotros. Calmos y resignados, con amor y confianza, acogeremos la muerte, y con gratitud y alegría de voluntad diremos nuestro último *Amén, así sea,* a la última disposición que Jesús y María hayan tomado respecto de nosotros en esta tierra…

★

En gran parte, como lo hemos comprendido, la práctica que detallamos aquí consiste en **llevar nuestra cruz** en dependencia de la santa voluntad de Dios y de las decisiones de la Santísima Virgen para con nosotros. Permítasenos aún dar, sobre este tema, las siguientes recomendaciones:

1º De las manos de Dios y de su santa Madre hemos de aceptar **todas** las cruces, **sobre todo las menores, las más insignificantes.** No tenemos ocasión muy frecuente de sufrir pruebas graves. Ante todo reconozcamos, y luego aceptemos la cruz de Jesús en las mil contrariedades de cada uno de nuestros días. Debemos decir nuestro *Amén* por un dolor de cabeza, por un ruido molesto, por un ladrido irritante, por una conversación aburrida, cuando nuestro trabajo no adelanta, cuando no se tiene en cuenta una recomendación que habíamos hecho, etc. Todo eso, en definitiva, viene de Ellos.

2º Hemos de reconocer y aceptar respetuosamente la cruz venga de donde venga, cualquiera que sea la causa inmediata que nos ocasiona el sufrimiento. Puede provenir de seres razonables o de creaturas sin razón, de los ángeles o de los demonios, de hombres perversos o de hombres piadosos. En resumidas cuentas, reconozcamos la cruz como impuesta por Dios y su dulce Madre incluso en las tentaciones de Satanás, en las inclemencias del tiempo, en los disgustos que nos provocan los caprichos y a veces la malicia de los hombres o su concepción singular y deformada de la piedad y de la virtud. Todo eso es la cruz que nos envía y presenta, en última instancia, el amor de Dios y de Nuestra Señora. Todo eso debe ser aceptado, y es materia de nuestro *¡Amén, así sea!*

3º Este *Amén* podemos y debemos decirlo para el sufrimiento de que nosotros mismos somos causa, cuando es imputable a nuestra torpeza, a nuestra falta de previsión o de cuidado, a nuestras faltas en definitiva; cuando por ejemplo, sufrimos dificultades ocasionadas por los defectos de nuestro temperamento. Podemos y debemos aceptar como cruces preciosas y meritorias estas consecuencias penosas de nuestras faltas y defectos.

4º Hay diferentes grados en el modo de aceptar meritoriamente, de manos de Jesús y de María, lo que hemos recordado ser nuestra «cruz». Lo menos que se puede hacer, y ya es meritorio si se lo hace por un motivo sobrenatural, es no quejarnos, no murmurar, ni siquiera interiormente, ante las pruebas pesadas o ligeras que nos son enviadas. Es la aceptación **pasiva** o tácita de la cruz y del sufrimiento. Pero vayamos más lejos. Pues es mejor producir un **acto positivo** de aceptación del sufrimiento, repitiendo formalmente nuestro *¡Amén, así sea!:* «Mi buena Madre, quiero lo que Tú quieres, como Tú lo quieres, y tanto tiempo como Tú lo quieras». Por fin, lo más perfecto es aceptar nuestra cruz con gratitud y alegría de voluntad. Tal vez sintamos vivamente el dolor físico o moral; pero **por la voluntad,** y eso basta, añadamos a nuestro *Amén* un enérgico *«Deo gratias et Mariæ:* ¡Gracias, mi buena Madre! Por nada querría verme privado de esta cruz».

Esto es lo que hay de mejor y de más elevado. Y ¿qué hijo y esclavo de María no desea tender a estas cumbres radiantes?

# XVII
# Nuestra estructura sobrenatural

A ejemplo de Jesús mismo, queremos someternos a María, nuestra Madre y Soberana. El Sumo Pontífice, con motivo de la coronación de Nuestra Señora de Fátima, nos recordaba esta obligación. Ya hemos descrito varias maneras de ejercer esta dependencia.

Somos dependientes de Nuestra Señora viviendo según los preceptos y consejos del santo Evangelio, dejándonos conducir dócilmente por toda autoridad legítima, sobre todo por la autoridad religiosa; lo somos también —como acabamos de exponer— aceptando con amor todas las decisiones y disposiciones de la divina Providencia.

Llegamos ahora a una última manera de practicar nuestra esclavitud interior y espiritual, manera importantísima, y en ciertos aspectos tal vez la más importante de todas: docilidad a las inspiraciones y operaciones de la gracia; gracia que, después de Dios y de Cristo, nos viene de María y por María, nuestra divina Madre.

¡Que esta celestial Madre nos obtenga, también aquí, la luz necesaria para comprender este importante aspecto de la vida mariana, y la fuerza de alma indispensable para vivir según las luces recibidas!

## EL HOMBRE NUEVO

En la Escritura se habla frecuentemente del *«hombre nuevo»,* de una *«nueva creatura».* Esto quiere decir que, al margen de nuestra vida ordinaria, natural, humana, podemos llevar en nosotros otra vida más rica, más preciosa, más elevada, una vida sobrehumana, sobrenatural, una vida en cierto sentido divina. Esta vida sobrenatural, que supera las aspiraciones, las exigencias, las fuerzas e incluso el conocimiento de toda naturaleza creada, consiste esencialmente en la **gracia santificante,** que es una participación limitada de la naturaleza misma de Dios, y por la cual la Santísima

Trinidad misma habita sustancialmente en nosotros para una vida de dulcísima intimidad.

Pero el hombre no sólo posee un cuerpo y un alma que componen su ser y su sustancia; está provisto también de instrumentos de acción, de **facultades** para obrar, de la inteligencia para pensar, de la voluntad para querer, etc. Del mismo modo, el ser sobrenatural en nosotros, o gracia santificante, va acompañado de potencias o fuerzas sobrenaturales que nos capacitan para realizar acciones sobrenaturales, acciones que estén en relación con la naturaleza divina participada que llevamos en nosotros, y que tengan valor para la eternidad. Estas potencias sobrenaturales del «hombre nuevo» en nosotros son llamadas **virtudes infusas,** tanto teologales como morales.

Por otra parte, para obrar en el orden natural, por ejemplo para pensar y querer, no basta, como a veces lo imaginamos, tener la **facultad** de obrar, tener inteligencia y voluntad. Para que la facultad pase al acto, para que yo, que **puedo** pensar, piense **de hecho,** necesito cada vez de un socorro positivo y actual de Dios.

Así también, en lo que llamamos orden de la gracia, aunque tenga radicalmente el poder por las virtudes infusas, no puedo hacer ningún acto que tenga valor sobrenatural y esté ordenado a la visión eterna de Dios, sin ser provocado, excitado, asistido y ayudado a ello por Dios mismo. Y a esta operación divina, por la cual El nos lleva y nos ayuda a realizar acciones sobrenaturales y en cierto modo divinas, la llamamos **gracia actual.** Así pues, esta gracia, de la que debemos hablar ahora, puede definirse como una operación y asistencia de Dios, por la cual El ilumina nuestra inteligencia, influencia y fortifica nuestra voluntad, para hacer el bien y evitar el mal. Por lo tanto, la gracia actual puede ser una iluminación de la inteligencia, un fortalecimiento de la voluntad. Puede consistir incluso en una influencia ejercida por Dios en nuestras potencias sensibles, imaginación y sensibilidad, para atraernos al bien y alejarnos del mal.

Sobre la naturaleza y las diversas formas de la gracia actual se levantan bastantes cuestiones sutiles, que muy frecuentemente preocuparon y perturbaron a los teólogos en el transcurso de los siglos. Afortunadamente, para el fin que perseguimos, no tenemos que abordar estas cuestiones delicadas y difíciles. **Prácticamente** sabemos todos lo que son estas inspiraciones de la gracia, a las que debemos corresponder para salvarnos y santificarnos; por

experiencia conocemos la operación saludable de la gracia de Dios en nuestras almas.

## LA GRACIA ACTUAL EN PRÁCTICA

Esa noche dormiste peor que de costumbre. Te despertaron a la hora acostumbrada. Quieres hacerte creer que estás enfermo, que por lo menos tienes dolor de cabeza, o que ciertamente va a ser así. Por lo tanto, vas a concederte un suplemento de descanso… Pero dudas… Repentinamente una voz bien conocida se deja oír en tu alma: «¿Cómo? ¿Por una bagatela descuidar la santa Misa y la sagrada Comunión? ¡Rápido, de pie!… ¡Haz generosamente este sacrificio!». Acabas de escuchar esta voz y la sigues: es la voz de la gracia.

Te has ido a la iglesia y has comenzado con buena voluntad tus oraciones. La puerta se abre, entran otras personas. «¿Quién será?». Y te sientes tentado de mirar alrededor tuyo para satisfacer tu curiosidad. «No», dice la voz interior, «por amor a Jesús prohíbete esta mirada curiosa. Vienes a la iglesia para rezar, y no para distraerte». Era un aviso de la gracia.

Has vuelto a casa y vas a desayunar. Pero nada está a tu gusto. El pan es demasiado negro, o demasiado duro, o demasiado fresco. El café o su sucedáneo no está caliente. No hay azúcar, y la leche se ha cortado. Te sientes tentado a rechazarlo todo y a manifestar tu malhumor con un gesto impaciente… Y la voz te dice: «Hijo mío, haz valientemente una pequeña mortificación. Vamos, muéstrate alegre, como si no pasara nada». Era la voz de la gracia.

Has trabajado duramente durante horas. Tu trabajo está acabado. Vas a poder disfrutar de una hora de distracción bien merecida, para leer tu periódico, entregarte a una ocupación que te agrada… Pero observas que uno de los tuyos, tal vez por culpa suya, no acabó su trabajo. «Peor para él: yo no me muevo». Es la voz de la naturaleza. La de la gracia, al contrario, te acosa en un sentido distinto: «Vamos, rápido, por caridad, una pequeña ayuda, con una buena palabra, una sonrisa, como si te ayudasen a ti mismo…». De nuevo se trata de una inspiración de la gracia.

O bien ese mismo día te has ido de visita. Delante de un vaso de vino, o con un cigarro, una taza de café o un bombón, has estado de tertulia. Es curioso, casi siempre se pasa revista a los ausentes en la conversación. Raramente para hacer su elogio. Justamente el señor X o la señora Z pasan por la criba. A este respecto te acuerdas

de un detalle típico, gracioso, que caracteriza al personaje. Vas a tener éxito, es cosa cierta. «Silencio», te dice la voz, «no hay que criticar sin motivo los defectos del prójimo. No hagas a los demás lo que no querrías que te hagan a ti». La voz de la gracia te ha puesto en guardia.

★

Sería superfluo multiplicar más los ejemplos. Todos nosotros conocemos estas inspiraciones misteriosas, estos consejos saludables, esos avisos interiores. Para el pleno desarrollo de nuestra vida sobrenatural es muy importante, e incluso necesario, distinguir, escuchar y seguir estas preciosas recomendaciones.

Está claro que hay otros motivos, numerosos y poderosos, para corresponder a estas inspiraciones. A estos motivos les dejamos y reconocemos todo su valor.

Pero ahora debemos examinar cuáles son en este campo las obligaciones especiales del esclavo de amor de Nuestra Señora, y qué socorro nos aporta aquí la dependencia mariana a que nos hemos comprometido. Y la primera cuestión que se plantea es esta: ¿Qué parte tiene exactamente la Mediadora universal en la comunicación de la gracia actual?

Los siguientes capítulos responderán a esta pregunta.

Desde ahora estaremos convencidos de que la voz de la gracia es también la voz de nuestra Madre amadísima y de nuestra ilustre Soberana, que nos dirige esta palabra sagrada: *«Fili mi, acquiesce consiliis meis:* Hijo mío, haz caso a mis consejos» [1].

[1] Gen. **27** 8.

# XVIII
# María y la gracia actual (1)

Hemos hablado de la estructura sobrenatural de nuestra alma. Entre otras cosas hemos recordado la naturaleza de la gracia «actual». Decíamos que es una operación sobrenatural de Dios para excitarnos a acciones sobrenaturales y ayudarnos a realizarlas.

Para estimularnos a corresponder con celo y fidelidad a las inspiraciones de la gracia, vamos a recordar ahora la parte que la Santísima Virgen tiene en la comunicación de la gracia.

Téngase bien en cuenta que nuestras consideraciones sobre María y la gracia actual no tienen por fin **remplazar** los demás motivos que tenemos para usar bien de las gracias que nos son ofrecidas. Todos estos motivos, como el deseo de procurar la gloria de Dios, nuestro amor a Cristo, la preocupación por nuestra salvación y perfección, etc., conservan también para nosotros, esclavos de Nuestra Señora, todo su valor. Pero queremos, por estas consideraciones marianas, reforzar y completar todos estos motivos de fidelidad a la gracia.

Además, compréndase bien que al destacar la cooperación de la Santísima Virgen en la distribución de la gracia, no queremos negar ni disminuir la causalidad más elevada y mucho más importante de Dios y de Cristo en este campo. La gracia viene ante todo y en orden principal de Dios: toda vida y toda operación divina no puede proceder en definitiva sino de Dios mismo. La Divinidad se sirve de la Humanidad santa de Jesús como de un instrumento que le está estrechamente unido —*«instrumentum conjunctum»,* dice Santo Tomás— para producir la gracia y para transmitirla a los hombres. Cristo ejerce en materia de gracia, como Redentor y como Mediador, una influencia mucho más profunda e importante que Nuestra Señora. La influencia múltiple de la Santísima Virgen en la producción y aplicación de la gracia es una participación a la causalidad y a los méritos de Cristo, y se apoya totalmente en ellos.

Por otra parte, el hecho de que la intervención de la Santísima Virgen sea aquí secundaria y subordinada, de ningún modo suprime ni disminuye la realidad y el valor de esta intervención. Deber la gracia no sólo a Jesús, sino también a su santísima Madre, es

incontestablemente, para los hijos y esclavos de esta divina Madre, un precioso estimulante más para aprovechar las inspiraciones de la gracia.

## MEDIADORA DE TODAS LAS GRACIAS

La Santísima Virgen es la Mediadora de todas las gracias, y, por lo tanto, también de la gracia actual.

Es cierto que esta verdad no ha sido solemnemente definida por la Iglesia como dogma de fe. Pero eso no impide que no podamos dudar de la realidad de esta Mediación universal. La verdad de esta doctrina está garantizada por la tradición cristiana, por la enseñanza casi unánime de los teólogos, y sobre todo por las afirmaciones de los Sumos Pontífices, renovadas decenas de veces en sus encíclicas: que todas las gracias nos vienen por María; que Ella es la principal Administradora de la distribución de las gracias; que se le ha otorgado un poder casi ilimitado en este campo; que todas las gracias nos llegan por un triple grado: del Padre a Cristo, de Cristo a María, y de María a nosotros, etc.

Así, pues, sobre la Mediación universal de María tenemos una verdadera **certeza.** Debemos mantenernos convencidos de que todas las inspiraciones interiores de la gracia nos llegan de Dios y de Cristo por María, y que estas inspiraciones son, por lo tanto, las inspiraciones de Nuestra Señora.

Podemos preguntarnos luego de qué manera debemos la gracia a nuestra amadísima Madre.

Y debemos admirarnos enseguida de que Dios quiere que recibamos la gracia por María **de más de una manera.**

Debemos admirarnos de que la divisa de tantos santos: *«De Maria numquam satis»,* parezca haber sido la de Dios mismo antes que la de ellos; que Dios parezca haberse complacido en multiplicar y acumular, en cierto sentido, las intervenciones de la Santísima Virgen en la comunicación de la gracia, del mismo modo que hizo que la Encarnación de su Hijo —prototipo de la deificación del hombre por la gracia— dependiese de múltiples maneras de la influencia de la santísima Madre de Jesús.

## CAUSALIDAD DE MÉRITO

Así, y ante todo, María **mereció** por nosotros toda gracia.

Estas gracias Jesús nos las ha merecido con un mérito de estricta igualdad o de **condignidad.** Dios debía a su propia justicia el conceder a todos los hombres, en virtud de los méritos infinitos de Cristo, todas las gracias que les sean necesarias o útiles para su salvación y santificación.

La Santísima Virgen, en colaboración con Cristo y en dependencia de El, apoyada en los méritos infinitos de su Hijo, mereció también todas las gracias necesarias o útiles a los hombres, y las mereció realmente, aunque según la doctrina más generalmente aceptada, no con un mérito estricto de justicia o de condignidad, sino al menos con un mérito en un sentido más amplio de la palabra, con un mérito de **conveniencia,** *de congruo* [1]. Obsérvese bien: no hablamos aquí de la gracia de la Humanidad santa de Cristo, ni de la Santísima Virgen misma, sino de todas las gracias que han de ser concedidas a todos los demás hombres, sin excepción. Todas estas gracias la Santísima Virgen las ha merecido al menos con un mérito de conveniencia, por su colaboración al sacrificio sangriento de Cristo, por su participación a sus incomprensibles sufrimientos, y también por su participación a toda su vida de humildad, pobreza y sufrimiento, por toda su vida de virtud y santidad, desde que Ella se convirtió en Madre de Jesús.

Pero ¿qué se quiere decir exactamente cuando se afirma que la Santísima Virgen ha merecido toda gracia para los hombres con un mérito de conveniencia?

Se quiere decir lo siguiente. Sus acciones, en su calidad de Madre de Dios, dignidad en cierto modo infinita, tenían un valor tan grande; su unión con Cristo, como Socia suya indisoluble y nueva Eva, era tan estrecha; su amor por Dios era tan ardiente y tan profundo; su vida era tan pura, sus virtudes tan elevadas, su santidad tan perfecta, su deseo de la salvación y santificación de las almas tan vehemente, sus dolores tan amargos, sus sufrimientos tan terribles; que en vista de todo esto, ofrecido por la glorificación de Dios y por la salvación de las almas, *era altamente conveniente que Dios concediese a todos los hombres que debían vivir sobre la tierra*

[1] Varios teólogos piensan hoy que la Santísima Virgen participa del mérito en sentido estricto, del mérito de justicia de Cristo. Personalmente creemos que esta opinión está suficientemente fundada. Si a lo largo de este capítulo exponemos el mérito de conveniencia como siendo el de la Santísima Virgen, es como un mínimo que hay que admitir, y que de hecho es admitido por la mayoría de los teólogos. Esta doctrina, por lo demás, ha sido formalmente enseñada por San Pío X en su Encíclica *Ad diem illum.*

*todas las gracias que debían serles necesarias o útiles para su salvación y santificación.* A causa de los méritos de Cristo, es para Dios una cuestión de justicia el concedernos toda gracia. A causa de los méritos de Nuestra Señora, es una cuestión al menos de alta conveniencia.

Ahora bien, está claro que Dios hace siempre lo que conviene, especialmente lo que conviene altamente a su bondad y a su misericordia. Y así, estamos seguros de deber toda gracia a la Santísima Virgen por motivos serios y poderosos.

★

La Santísima Virgen, por lo tanto, nos ha **merecido** toda gracia. Es el pasado. En el cielo Ella ya no puede merecer. Allí nadie merece ya, ni Cristo, ni los Santos, ni los Angeles.

Fuera de esta influencia de mérito, que Nuestra Señora ejerció en otro tiempo en la producción de la gracia, podemos distinguir varias otras causalidades que Ella sigue teniendo **ahora en el cielo** en relación con la gracia.

Desde ahora retendremos, para estimularnos a utilizar con celo las inspiraciones de la gracia, que estas gracias han costado muy caro, no sólo a Jesús, sino también a su santísima Madre. Por cada gracia que nos es ofrecida, María rezó, trabajó, sufrió, lloró.

El Padre Poppe lo decía de manera penetrante: *«Cada gracia está salpicada de una gota de Sangre de Jesús y de una lágrima de su Madre».*

No queremos dejar que se pierda esta Sangre de Jesús y estas lágrimas de Nuestra Señora. Las recogeremos con gran amor y respeto en el hermoso y precioso velo de nuestras buenas acciones, realizadas bajo el impulso de la gracia de Jesús y de María.

# XIX
# María y la gracia actual (2)

Vamos a tratar de analizar ahora la misión que la Santísima Virgen, fuera de la influencia de **mérito** que ejerció durante su vida en la tierra, ejerce ahora en el cielo en la distribución y en la aplicación de la gracia, y sobre todo de la gracia actual.

## LA MADRE EN EL HOGAR

Para hacerlo comprender, nos parece que no hay nada mejor que recordar el papel que una buena madre de familia ejerce para con sus hijos; pues Nuestra Señora es la Madre buena, caritativa y abnegada de cada alma.

La madre se encuentra totalmente preocupada por la buena marcha de su hogar en general, pero además satisface a las necesidades de cada uno de sus hijos.

Ella es la primera en darse cuenta, una vez más, de que los vestidos o los zapatos de su hijo están en mal estado: habrá que repararlos o remplazarlos. Otro hijo está resfriado: deberá tomar esta noche una bebida caliente y estar más cubierto que de costumbre durante la noche. Uno de los más pequeños tiene mala cara, parece adelgazar: durante algún tiempo deberá recibir una comida más sustanciosa… Y así es como la madre se encuentra atareada, día tras día, hora tras hora.

Y cuando la madre se ha dado cuenta de las necesidades de sus hijos, sobre todo cuando se trata de cosas importantes, como llamar al médico, comprar vestidos nuevos, etc., hablará ordinariamente de ello al padre de familia, le pedirá incluso ciertos permisos, si es necesario, para poder realizar lo que su amor materno le inspira. Sabemos todos que la madre de familia tiene un modo bien peculiar de pedir permisos. Con habilidad totalmente femenina y materna, ella sabe presentar las cosas de modo que el padre de familia se vea obligado a consentir, cosa que, por otra parte, hace de muy buena gana. Pues Dios ha ordenado las cosas de la familia y repartido los papeles del hombre y de la mujer de tal manera, que el hombre, que **por derecho** es señor y dueño, **de hecho** renuncia a menudo y de

buena gana al ejercicio de sus derechos en favor de la madre, su esposa.

Y cuando la madre de familia se ve provista de los permisos necesarios, ella será también la que ordinariamente aplicará a sus hijos los beneficios que ella les destinó y les obtuvo. Ella comprará ese vestido nuevo y se lo dará a quien lo necesite; ella preparará cuidadosamente esa poción caliente beneficiosa, y se la hará tomar al pequeño que está resfriado; ella presentará cada mañana al hijo enclenque el huevo pasado por agua que le dará fuerzas sin cargar su estómago…

Esta es una pálida imagen de lo que, en otro orden de cosas, la Santísima Virgen hace por sus hijos.

## LA MADRE DE LAS ALMAS

Nuestra Señora nos conoce a cada uno de nosotros, y nos sigue en todo instante, como si fuéramos los únicos en existir en este mundo. Ella ve claramente en Dios las gracias de que tenemos necesidad según las circunstancias en que vivimos. Ella ve todo eso hasta en sus más humildes detalles, y nos destina por consiguiente todas las gracias de que precisamos para nuestra salvación y para nuestra santificación: cada encuentro que debe fortalecernos, cada palabra que debe guiarnos, cada acontecimiento que debe sostenernos, cada aliento al bien, cada consuelo en medio de la prueba, una gracia de fortaleza en el momento de la lucha, un atractivo misterioso al silencio y a la oración, a la humillación y a la oscuridad, el gusto sobrenatural de la cruz y del amor de Jesús, etc. No recibimos ninguna gracia sin que, en la luz de Dios y en colaboración con Cristo Jesús, nos la haya destinado nuestra dulce y celestial Madre.

Las gracias que Ella nos destina de este modo, Ella las pide por nosotros con una oración infaliblemente escuchada. Pues la oración de Nuestra Señora es una oración de un tipo especial. Ella es la **Orante** por excelencia. La Tradición la llama la **Omnipotencia suplicante,** la que lo puede todo con sus oraciones. Ella no habla a Dios sólo como humilde y fiel esclava, sino también como Madre suya, y por eso sus oraciones son como órdenes, porque siempre son escuchadas y atendidas. Su intercesión es de un tipo diferente a la de los demás santos, porque como Corredentora Ella mereció toda gracia para nosotros, y por eso puede hacer valer ciertos derechos a que sus peticiones por nosotros sean oídas. De este modo, como lo

observaba un teólogo de fama, aunque su oración, por una parte, es sin duda una humilde súplica, por otra parte es la expresión de una voluntad, de una voluntad siempre respetuosa pero también siempre respetada, de que tal o cual gracia, que Ella mereció por nosotros de común acuerdo con Jesús, sea aplicada a tal o cual alma que Ella señala a la munificencia de Dios. Así es como toda gracia nos es obtenida de Dios por nuestra divina Madre.

Y nos parece que esta doble influencia no agota toda la riqueza de la intervención de la santísima Madre de Dios en la comunicación de la gracia. Cuando uno se acuerda de que Nuestra Señora es realmente la Madre de la vida sobrenatural en nosotros, y que una madre no se limita a destinar y obtener la vida a sus hijos, sino que realmente la produce y se la da; cuando se escuchan y analizan cuidadosamente los testimonios de la Tradición y las enseñanzas de los Sumos Pontífices, en los que se dice, por ejemplo, que la gracia nos llega por tres grados, del Padre a Cristo, de Cristo a María, y de María a nosotros; que Ella es *«Princeps largiendarum gratiarum Ministra:* la principal Administradora de la comunicación de las gracias»; que todas las gracias son distribuidas por sus manos; que Ella es el Canal por el que nos llegan las gracias; cuando se reflexiona seriamente en todo esto, parece verosímil y probable —como lo enseña un cierto número de teólogos serios— que nuestra divina Madre no es sólo Mediadora entre nosotros y Dios, sino también entre Dios y nosotros; que Ella no se limita a merecer y pedir la gracia, sino que además Ella ha recibido de Dios la misión de comunicar la gracia a las almas, de aplicársela, esto es, de producirla en ellas, no ciertamente por sus propias fuerzas —lo cual sería imposible—, sino únicamente como instrumento consciente y voluntario de Dios y de Cristo.

¡Cuánto nos sirve a nosotros, hijos y esclavos de amor de Nuestra Señora, recordarnos que cada gracia que recibimos es mariana tan profundamente y de tantas maneras! Este pensamiento debe llenarnos de amor y gratitud hacia Aquella a quien, en todo instante y de varias maneras, se lo debemos todo en la vida sobrenatural. Y esta verdad ¡cómo debe establecernos cada vez más en la convicción de que, para adaptarnos al plan divino, debemos conceder a la Santísima Virgen un lugar, secundario pero real y hermosísimo, en nuestra vida de la gracia, bajo todas sus formas! Fortalezcámonos, pues, también desde este punto de vista, en la voluntad bien decidida de no dejar perder nada de todas estas cosas tan bellas, buenas, elevadas y verdaderamente divinas, que después

de Jesús, Dios y Hombre, debemos de más de una manera a su santísima y dulcísima Madre, que es también la nuestra.

# XX
# Esclavitud de amor y fidelidad a la gracia (1)

Para no ser mal comprendido, repetimos lo que ya escribimos sobre este tema: dejamos su pleno valor a todos los demás motivos de fidelidad a la gracia. Pero el pensamiento de la Santísima Virgen y el recuerdo de su influencia múltiple con relación a las inspiraciones de la gracia, debe ser para los hijos y esclavos de amor de esta buena Madre, un estímulo continuo y poderoso para responder a estas sugestiones beneficiosas.

Cuando se reflexiona seriamente en todo lo que nuestra divina Madre ha hecho y sigue haciendo respecto de la gracia, ¡en qué triste estado se ve nuestra conducta para con Ella! ¿Cuántas veces por día la Madre de la divina gracia llama, por sus inspiraciones, a la puerta de nuestro corazón? Por desgracia, de ordinario nos hemos hecho los sordos, hemos obrado como si no escuchásemos estos llamamientos maternos; hemos permanecido indiferentes a ellos, y hemos rechazado, de manera inconveniente, sus delicadas invitaciones. Y lo peor de todo es que este rechazo no se ha dado por sorpresa, inadvertencia o flaqueza; sino que a menudo lo hemos realizado a sabiendas y deliberadamente.

Desgraciadamente, en casi todas las vidas cristianas, en casi todos los corazones de esclavos de amor de Nuestra Señora, hay rincones secretos en los que la dominación de María no es reconocida en la práctica; sacrificios, a veces considerables, a veces mínimos, que estamos decididos, más o menos conscientemente, a negar a la gracia. ¡Ojalá cambiemos de conducta, sobre todo por lo que se refiere a estos rechazos plenamente voluntarios que oponemos a la gracia; y esto, apuntando especialmente al aspecto mariano de nuestra vida sobrenatural!

## ACTITUDES QUE DEBEMOS ADOPTAR

1º Ante todo, hemos de **creer** en las operaciones de la gracia actual, y por lo tanto en las operaciones del Espíritu Santo y de su purísima Esposa en nuestra alma. Todos somos llamados a la

felicidad eterna y a la santidad, y también a un grado determinado de felicidad y a una forma personal de perfección. Como no hay probablemente en la tierra dos hombres entre los que se dé una semejanza física perfecta, así también, según el plan de Dios, a pesar de las semejanzas fundamentales y múltiples, hay diversidad en la fisonomía sobrenatural de las almas. Cada uno de nosotros es llamado a imitar de manera propia y personal la perfección de Jesús y de María, y a ser una copia imperfecta, pero bien determinada, de tal o cual rasgo de esta doble obra maestra de Dios. Ahora bien, ¿cómo saber a qué virtudes debemos aplicarnos especialmente, qué actitudes de alma de Jesús y de María debemos adoptar más particularmente? Todos tenemos que vivir el mismo Evangelio, todos recibimos las mismas directivas de la Iglesia, todos queremos entrar en el espíritu de la perfecta Devoción a María. Pero ¿quién me dirá cuál es el precepto o consejo evangélico a que debo conceder más especialmente mi atención, cuál es la práctica de la verdadera Devoción mariana que tengo que cuidar más? Todo esto no me puede ser revelado más que por las inspiraciones de la gracia, que constituyen la voz interior del Espíritu Santo y de la Santísima Virgen, dirección que, como lo recordaremos dentro de unos instantes, debe ser controlada y aprobada por la autoridad eclesiástica.

2º Luego hemos de ponernos en condiciones de **percibir y reconocer** como tal esta dirección de la gracia. La voz de la gracia, que es la voz de María, es una voz suave y tenue: en medio del bullicio y del estrépito del mundo es muy difícil escucharla. La gracia es una luz beneficiosa, que del rostro arrebatador de María irradia sobre nuestras almas: para percibirla y contemplarla debemos apagar los faros deslumbradores y mentirosos del mundo, de la carne y de la sabiduría puramente humana. Para recibir la preciosa dirección de nuestra Madre amadísima debemos, tanto como nos lo permita nuestro estado de vida, vivir en el silencio y en la soledad, evitar todo contacto inútil con las creaturas, huir de las diversiones mundanas, y no ir al mundo sino en la medida en que lo reclame nuestro deber de estado; hemos de tratar de establecer nuestra alma en ese silencio sublime del que habla frecuentemente Sor Isabel de la Trinidad, y que no es, en resumen, más que el desprendimiento de toda creatura, para concentrar todas las fuerzas en Dios.

Sin duda, antes de sentirnos obligados a responder a una inspiración, debemos asegurarnos de que esta sugestión viene realmente de Dios, de la Santísima Virgen, de la gracia en definitiva.

No es imaginario el caso en que podríamos considerar como inspiración divina lo que no es más que una inclinación natural, o un pensamiento fortuito, o incluso una sugestión de demonio.

Existen reglas para discernir las inspiraciones de la gracia, de todo lo que no es más que apariencia de ellas. No podemos extendernos mucho sobre este punto. Nos limitamos aquí a dar algunas indicaciones rápidas, aunque útiles.

Una inspiración, para ser divina y mariana, debe ser conforme a la doctrina del Evangelio, a la enseñanza de la Iglesia, y no puede estar en contradicción con las decisiones de la Autoridad legítima.

Será un signo en su favor, cuando nos sentimos apremiados a hacer lo que se opone a nuestras inclinaciones naturales, sensibles; cuando el seguir esta inspiración nos exige un sacrificio.

La gracia no pide lo que es realmente excéntrico o imposible. Si se nos pasase por la mente hacer cosas extravagantes, que ridiculizasen nuestra fe y nuestra piedad, o que dañasen gravemente nuestra salud, podemos estar seguros de que estas ideas no vienen de Dios ni de Nuestra Señora.

La operación de la gracia produce la paz, incluso cuando exige el sacrificio. Quienes se ponen agitados y nerviosos por ciertas exigencias supuestamente provenientes de la gracia, como sucede con los escrupulosos, tienen motivos para pensar que estas sugerencias no vienen del Espíritu de Dios.

El modo más sencillo y más seguro, y a veces la sola manera para los simples fieles, de reconocer el carácter sobrenatural de una inspiración, será pedir el parecer de un buen director espiritual. Esto nos da a nosotros, católicos, una seguridad completa, mientras que otros, como los protestantes, se ven abandonados a menudo a la arbitrariedad y fantasía.

3º Cuando hayamos podido convencernos de la realidad de una inspiración sobrenatural, hemos de **concederle un gran valor** y mostrarle una alta estima. Esta gracia que recibo, María me la mereció juntamente con su Jesús. Esta gracia ha sido conquistada por su trabajo, por sus humillaciones, por sus lágrimas. Esta gracia Ella me la destina ante todo en su pensamiento: forma parte del plan de mi santificación, elaborado por Ella con Cristo. Esta gracia Ella la ha pedido luego por mí, y la ha obtenido de la bondad divina… ¡Qué preciosa me debe ser! ¡Cómo debo apreciarla! ¿No sería inconveniente que no concediésemos ningún valor a esta intervención múltiple de nuestra Madre respecto de la gracia que nos es ofrecida, que la dejásemos pasar desapercibida, que no la

utilizásemos cuidadosamente para gloria de Dios, consuelo de nuestra Madre y mayor bien de nuestra alma?

# XXI
# Esclavitud de amor y fidelidad a la gracia (2)

Creer en la dirección interior de la gracia está bien; mejor aún es establecerse, por una vida de recogimiento, en las disposiciones necesarias para discernir esta dirección y concederle un gran valor y estima; pero todo esto sería evidentemente inútil si no aprendiésemos a seguir en la práctica estas inspiraciones preciosas.

Debemos ejercitarnos valientemente en hacer lo que la gracia (y por tanto Jesús y María) nos pide, y en evitar lo que nos desaconseja.

Debemos estar dispuestos a seguir toda indicación de la gracia. Esto es ser esclavo de amor en la práctica. Ante cada solicitación, ante cada invitación de la Santísima Virgen por la gracia, debemos repetir con el corazón y con la boca: *«Habla, Señora mía, que tu esclavo, tu esclava, escucha… Mi corazón está dispuesto, Madre mía, mi corazón está dispuesto».*

Todos pretendemos amar a la Santísima Virgen con amor sincero y ardiente. Cuando se ama no se niega nada a la persona amada. Así es como debemos manifestar la realidad y la intensidad de nuestro amor.

Esto exigirá sacrificios. Como lo hemos hecho notar, las inspiraciones de la gracia van casi siempre contra nuestras inclinaciones naturales. Pero precisamente el amor a Dios y a su santa Madre, al menos en la tierra, vive y se alimenta de sacrificios.

¡Fuera aquí los pretextos y evasivas! ¡Somos tan hábiles para hacernos creer que, en este caso, no se trata de verdaderas inspiraciones, que tenemos razones serias para hacer lo que la gracia nos desaconseja, o para no hacer lo que ella nos exige! La cobardía, la inmortificación, el temor del esfuerzo y del sacrificio, son obstáculos corrientes que nos impiden seguir las inspiraciones de la gracia.

Como en esto queremos ser rectos y leales, trataremos de reconocer, aunque nos cueste, las verdaderas inspiraciones de Jesús y de su dulcísima Madre, y no dejarnos detener por el egoísmo y por el amor de nuestras comodidades.

★

¿Qué te pedirá tu Madre y Señora amadísima?

Te pedirá la fidelidad a tus **oraciones y ejercicios de piedad,** y también el recogimiento y el fervor en el cumplimiento de este deber. Ella te inspirará la asistencia y la participación al santo sacrificio de la Misa, en el cual Ella misma tuvo una parte tan grande, y la recepción cotidiana, si es posible, de la Carne y Sangre adorables de Jesús, que Ella misma le dio, y que Ella nos da indirectamente a nosotros en la sagrada Comunión.

¿Qué te pedirá? Ella te invitará a la **humildad.** Ella te hará elegir el último lugar en tu propia estima y en tus relaciones con los hombres. Ella te hará poner a los demás por delante tuyo, y ocultarte tú mismo. Ella te hará aceptar con alegría una humillación, y saborearla realmente en la intimidad de tu alma.

¿Qué te pedirá? Frecuentemente, actos de **mortificación** cristiana. Ella te enseñará a prescindir de golosinas, de tabaco, de licores, etc., o al menos a usar de todo ello con gran moderación. En la mesa Ella te enseñará a dominar tus instintos, a no tomar más alimento que el realmente necesario o plenamente útil para tu salud. Ella te excitará a no dejar nunca la mesa sin haber hecho algunos pequeños sacrificios, por amor a Jesús y a Ella, tomando un poco menos de lo que te corresponde, o un poco más de lo que te repugna. Ella te enseñará la mortificación de todos tus sentidos y de todas tus facultades. Ella te pedirá pasar sin mirar delante de un almacén donde se muestran mil cosas seductoras. Ella te enseñará a no escuchar una conversación que no te concierne, a dejar sin abrir durante un cuarto de hora o más una carta que acabas de recibir. Ella te incitará a evitar toda divagación inútil de la imaginación o todo ensueño superfluo o malsano.

¿Qué te pedirá? Ella tratará de inculcarte su **amor a la pobreza.** Ella te excitará a recortar tus gastos personales para socorrer a los pobres, a las misiones, a las obras piadosas, sobre todo a las obras marianas. Ella te invitará a llevar aún durante algunos meses más un vestido que tu vanidad habría querido desechar desde hace tiempo. En este punto debes tener en cuenta, claro está, tu rango social y las circunstancias en que vives, especialmente los deseos legítimos de tu entorno, de tus padres, de tu esposo, etc. Pero de todos modos la Santísima Virgen te pedirá apuntar a la sencillez, a la pobreza —que no es descuido ni suciedad— en tu vestimenta, en tu amueblamiento, en tu vivienda, y en todo lo que se encuentra a tu uso personal.

Ella te hará evitar la ociosidad, la desocupación, la vagancia, la pérdida del tiempo. Ella te pedirá cumplir con exactitud y fidelidad todos tus deberes de estado. No quiere eso decir que tengas que prohibirte todo recreo o diversión. Pero Ella te pedirá que utilices tu tiempo libre en lecturas serias, en trabajar por los pobres y las iglesias, en obras de apostolado, especialmente de apostolado mariano. Ella te aconsejará, cuando sea posible, la lectura «espiritual», mariana, tal vez media hora por día, hecha en los mejores libros que se hayan escrito sobre Ella, sobre todo los de su gran Apóstol, San Luis María de Montfort.

Es imposible enumerar todo lo que su amor y solicitud materna por tu alma te aconsejarán y reclamarán.

Tal vez te hable un día, y vuelva frecuentemente sobre ello —¡lo hace de tan buena gana con sus esclavos de amor!—, de lo que hay de más hermoso, elevado y sublime sobre la tierra: Ella te inclinará, en lo más íntimo de tu alma, a consagrarte a Jesús, a elegirlo a El como Esposo, a recibir a las almas por hijas tuyas, a Dios por todo tu bien y toda tu herencia. Ella tratará de conducirte al silencio del claustro o de una institución equivalente, o te empujará hacia los lejanos horizontes donde más de mil millones de paganos siguen esperando la nueva buena. Ella te atraerá a una vida en la que, perdiéndolo todo, lo vas a encontrar Todo, en la que, por la abnegación de cada instante, merecerás el céntuplo en esta vida… Si la voz de Nuestra Señora se convirtiese en la voz de la vocación, ¡escúchala cueste lo que cueste! Santa Juana de Chantal, para seguir su vocación, debió pasar por encima del cuerpo de su hijo, que en el momento de la partida se había extendido a lo largo de la puerta que ella debía atravesar. ¡Sean cuales sean los sacrificios que tengas que hacer para esto, escucha y sigue esta voz: que el amor es fuerte como la muerte!

Esta es la hermosa y grave labor a la que debemos consagrar nuestros esfuerzos, como hijos y esclavos de Nuestra Señora, y con su propia ayuda. La gracia es como un soplo de tempestad. Ella es, en definitiva, el soplo del Espíritu Santo mismo, que por encima de las aguas de este Océano de santidad que es María, conducirá irresistiblemente nuestra barquilla hacia las riberas luminosas de la perfección y de la santidad, hacia la ribera seductora de la felicidad verdadera, completa, eterna.

# XXII
# “Dejar obrar a María”

En varios capítulos hemos descrito la práctica «por María», es decir, la vida de dependencia y docilidad para con la Santísima Virgen María.

Nos mostramos dependientes de esta divina Madre y Señora: sometiéndonos a los preceptos y a los consejos de su Jesús, obedeciendo de hecho, de corazón y de espíritu a la autoridad legítima, aceptando dócilmente las disposiciones de la Providencia sobre nosotros.

Además dependemos de Ella por la fidelidad a las inspiraciones de la gracia, que no son sólo las de Dios y de Cristo, sino también las de la Mediadora de todas las gracias.

Hacer todo lo que Ella nos pide por la gracia, evitar lo que por la gracia Ella nos desaconseja: ese es nuestro propósito.

Nos parece indudable que en este orden de cosas hay algo mejor que hacer, algo más elevado aún, es decir, según el consejo de Montfort, **dejar obrar** a María en nosotros.

Todos nuestros lectores no están igualmente capacitados para comprender las explicaciones que vienen a continuación, y aplicarlas en su vida. Y, por otra parte, tal vez sean pocos los lectores que tengan necesidad de estas luces y saquen de ellas gran provecho. No debemos olvidar que las prácticas interiores de la perfecta Devoción tal como las propone Montfort, más allá de la ascética ordinaria, abarcan el campo de la mística propiamente dicha.

Después de una fervorosa oración, repasemos lentamente, pausadamente, algunos textos preciosos de nuestro Padre.

*«Debemos dejarnos conducir por el espíritu de María* —nos dice—, *y para ello es menester:*

*1º Renunciar al propio espíritu, a las propias luces y voluntades antes de hacer alguna cosa: por ejemplo, antes de hacer oración, decir y oír Misa, comulgar, etc…*

*2º Es menester entregarse al espíritu de María,* ***para ser movidos y conducidos por él de la manera que Ella quisiere. Es preciso ponerse y abandonarse en sus manos virginales, como un***

***instrumento en las manos del operario, como un laúd en las manos de un buen tañedor.*** *Es preciso perderse y abandonarse en Ella, como una piedra que se arroja en el mar»* [1].

En «El Secreto de María» el Santo dice todo esto de manera aún más clara y formal: *«Antes de comenzar cualquier cosa, es preciso renunciar a sí mismo y a las propias miras, por muy excelentes que sean; es menester anonadarse ante Dios, como siendo incapaz por sí mismo de todo bien sobrenatural y de toda acción útil para la salvación; es necesario recurrir a la Santísima Virgen, unirse a Ella y a sus intenciones, aunque nos sean desconocidas; es menester unirse, por María, a las intenciones de Jesucristo, es decir,* ***ponerse como un instrumento en las manos de la Santísima Virgen, a fin de que Ella obre en nosotros, y haga de nosotros y por nosotros cuanto le plazca,*** *a la mayor gloria de su Hijo Jesucristo, y por su Hijo Jesucristo a la gloria del Padre: de modo* ***que no tengamos vida interior ni operación espiritual que no dependa de Ella****»* [2].

Para la acción de gracias después de la sagrada Comunión, Montfort da un consejo que podemos aplicar a todas nuestras acciones, y sobre todo a nuestros ejercicios de piedad: *«Recuerda que cuanto más* ***dejes obrar*** *a María en tu Comunión, tanto más glorificado será Jesús; y* ***tanto más dejarás obrar*** *a María para Jesús, y a Jesús en María, cuanto más profundamente te humilles, y* ***los escuches en paz y silencio,*** *sin trabajar por ver, gustar ni sentir…»* [3].

Y en sus consejos prácticos, nuestro Padre dirige al alma un aviso, que el Cardenal Mercier, de grande y santa memoria, debía hacer suyo solemnemente: *«Guárdate, alma predestinada, de creer que sea más perfecto ir directamente a Jesús, directamente a Dios; tu operación, tu intención, será de poco valor; pero yendo por María,* ***es la operación de María en ti,*** *y por consiguiente será muy elevada y muy digna de Dios»* [4].

Ciertamente que Montfort, en sus oraciones, no habría pedido algo excéntrico e imposible. Ahora bien, en una oración admirable, suplica a Nuestra Señora *«que se haga la Dueña absoluta de su poder; que destruya, y desarraigue, y aniquile todo lo que desagrada a Dios, y plante, y cultive, y realice todo lo que le*

[1] Verdadera Devoción, nº 259.
[2] Secreto de María, nº 46.
[3] Verdadera Devoción, nº 273.
[4] Secreto de María, nº 50.

*plazca».* Y prosigue luego: *«Que la luz de vuestra fe disipe las tinieblas de mi espíritu; que vuestra humildad profunda remplace a mi orgullo…, que el incendio de la caridad de vuestro Corazón dilate y abrase la tibieza y la frialdad del mío… En fin, mi queridísima y amadísima Madre, haced, si es posible, que no tenga otro espíritu más que el vuestro para conocer a Jesús y sus divinas voluntades; que no tenga otra alma más que la vuestra para alabar y glorificar al Señor; que no tenga otro corazón más que el vuestro para amar a Dios con un amor puro y ardiente como Vos»* [1].

*«¡Qué dichosa es un alma»,* exclama Montfort —y terminamos con esto la larga serie de citas, necesarias para la inteligencia del tema que nos ocupa— *«cuando… está totalmente poseída y gobernada por el espíritu de María…!»* [2].

★

Estamos convencidos de que se puede dar una explicación teológica rigurosa de estos textos notables y reconfortantes, y de otros semejantes que conciernen a la influencia que la Santísima Virgen ejerce sobre nosotros por la gracia. Pues no debe olvidarse que Montfort, que no escribió con el aparato científico acostumbrado, era sin embargo un mariólogo de primer orden, como hoy en día se reconoce de manera bastante general.

Una explicación científica no estaría aquí en su lugar. Nos limitaremos a describir las actitudes prácticas que tenemos que adoptar, siguiendo el consejo de Montfort.

Hacemos, sin embargo, una observación teórica, accesible a todo el mundo.

Sabemos que la gracia actual es doble. Ante todo es **preveniente** y **excitante,** es decir, que ella previene nuestra decisión y nos empuja a obrar en un sentido u otro.

Si damos nuestro consentimiento a esta gracia preveniente y excitante, se nos comunica entonces otra gracia —o la misma, según otros, pero bajo otra forma distinta—, la gracia **elevante** y **cooperante.** Gracia **elevante,** porque es una influencia, una acción divina, ejercida en nuestras potencias para hacerlas capaces de realizar actos de manera inmediata, elevados por encima de nuestra facultad de acción humana, sobrehumanos, sobrenaturales, en cierto

[1] Oración a María.
[2] Verdadera Devoción, nº 258.

sentido divinos. Gracia **cooperante,** porque colabora con nosotros para realizar este acto sobrenatural.

La acción realizada de este modo bajo la influencia de la gracia cooperante, será producida por nosotros, claro está; pero procederá también, y más, de la gracia, según la palabra de San Pablo: *«He trabajado…, no yo, sino la gracia de Dios conmigo»* [1]. Eso puede decirse de toda acción realizada bajo la influencia de la gracia [2].

Una cosa es cierta, y es que, cuando cooperamos con la gracia, es decir, con Dios, para producir un acto sobrenatural, no podemos ponernos, desde el punto de vista de la causalidad y de la influencia, en el mismo pie de igualdad que Dios en la producción de este acto sobrenatural. Pues no podemos obrar sobrenaturalmente sino en la medida en que somos empujados, ayudados y elevados por la gracia. La gracia debe ser considerada aquí como la causa principal, y nosotros como la causa consciente y libre, es cierto, pero subordinada y secundaria.

Ahora bien, recordemos que la Santísima Virgen es Mediadora de **todas** las gracias, de la gracia elevante y cooperante como de la gracia preveniente y excitante. Respecto de esta gracia elevante y concomitante, nuestra divina Madre ejerce, después de Dios y de Jesús, la múltiple influencia que hemos descrito precedentemente; Ella nos la destina, la pide por nosotros y también nos la aplica como *«Administradora principal de la distribución de las gracias»* [3]. En la medida en que la Santísima Virgen es principio y causa subordinada de la gracia, Ella es también, por debajo de Dios y de Cristo, el principio de nuestras acciones sobrenaturales. Y así podemos aplicar a la Santísima Virgen lo que San Pablo afirma de la gracia de Dios: *«He trabajado…, pero no yo, sino la gracia de María conmigo».*

A la luz de estas verdades, las palabras de Montfort adquieren un significado claro, impresionante y profundo: *«Es menester… ponerse en las manos de la Santísima Virgen, a fin de que **Ella** obre en nosotros, y haga de nosotros y por nosotros cuanto le plazca».*

---

[1] I Cor. **5** 10.

[2] En una exposición magistral del catecismo, un autor holandés, Potters, dice muy justamente lo siguiente: *«El principio de nuestras obras sobrenaturalmente buenas no es la libre voluntad sola, ni la gracia sola, sino juntamente la voluntad libre y la gracia… En efecto, si una obra procediese solamente de la libre voluntad, no sería sobrenatural; y si procediese solamente de la gracia, no sería libre ni humana».*

[3] San Pío X.

Comprendemos así que hay algo de más importante aún que obrar según el gusto de Nuestra Señora, y es *dejarla obrar, dejarla hacer* en nosotros y por nosotros todo lo que le plazca.

De este modo llegamos a hablar de la pasividad que, en cierto sentido y en cierta medida, debemos aportar en el ejercicio de la vida espiritual, y en particular de la vida mariana.

Desde ahora pedimos a nuestros lectores que hagan lo que el Padre Poppe, según la enseñanza de Montfort, recomendaba tan frecuentemente y practicaba tal fielmente para sí mismo: ponerse, al comienzo y en el curso de sus acciones, sobre todo de sus ejercicios de piedad, apacible y profundamente bajo la influencia santificante de la Mediadora de todas las gracias, y entregarse y abandonarse a su acción beneficiosa.

Nuestro gran y querido Santo y su fiel discípulo están de acuerdo en avisarnos que, si en este acto no encontramos ninguna dulzura o consuelo sensible, no deja por eso de ser verdadero y de producir su efecto, que es facilitar en nuestra alma la operación santificadora del Espíritu Santo de Dios y de su purísima e indisoluble Esposa, María.

# XXIII
# “Como un instrumento”

En nuestro último capítulo hemos visto que, por consejo de Montfort, no debemos solamente obrar como la Santísima Virgen desea que lo hagamos, sino que también debemos **dejar obrar** a esta divina Madre en nosotros.

En los dos textos principales que citábamos, nuestro Padre emplea la misma expresión: debemos ponernos entre las manos de la Santísima Virgen **como un instrumento.**

*«Es preciso ponerse y abandonarse en sus manos virginales,* ***como un instrumento*** *en las manos del operario, como un laúd en las manos de un buen tañedor…»* [1].

*«Es menester…* ***ponerse como un instrumento*** *en las manos de la Santísima Virgen, a fin de que Ella obre en nosotros, y haga de nosotros y por nosotros cuanto le plazca…»* [2].

Debemos subrayar, exponer y explicar esta expresión y este pensamiento, de que podemos y debemos ser los instrumentos vivos, conscientes y consintientes de la Madre de la divina gracia.

Para analizar el pensamiento de Montfort vamos a tomar como él el ejemplo de un instrumento de música, pero de un instrumento de música muy conocido: el piano. El piano es el «instrumento» de que se sirve el artista, el músico.

★

Tenemos un piano… Es algo inerte, muerto, compuesto de madera, de hierro, de cobre, de marfil, etc.

Por sí mismo el piano es incapaz de «tocar», de producir música, ni siquiera un sonido cualquiera.

Pero que un músico, que un artista se coloque delante de este instrumento, se apodere de él y con habilidad accione sus teclas y pedales, y ahí todo cambia.

---

[1] Verdadera Devoción, nº 259.
[2] Secreto de María, nº 46.

Olas de sonido suben de las profundidades inertes del piano; sonidos, y sonidos dispuestos, estructurados, coordinados según las leyes de la medida, del ritmo y de la armonía.

Son «melodías», sonidos vivos, sensibles, expresivos, que significan algo, que traducen la alegría, el dolor, el amor, el deseo, la oración, la desesperación, la adoración; que traducen claramente, en una palabra, toda clase de sentimientos humanos, y eso sin que sea necesario que estas melodías vayan acompañadas de canto y de palabras para precisar su significado.

Y si analizamos de más cerca lo que sucede aquí, es menester comprobar que el piano es el que toca, y que también toca el artista, aunque este último en un orden principal. Esos sonidos, esas melodías, son producidas por el piano, pero también por el músico que se sirve de este instrumento.

Sucede aquí algo misterioso, que nos cuesta comprender. El piano, por decirlo así, salió de su esfera, o mejor dicho, quedó elevado por encima de su esfera de ser y de acción como materia inerte y muerta. Este piano realiza ahora acciones humanas, para las que se requiere una inteligencia y una sensibilidad humanas: para componer una melodía, y combinar una armonía que exprese sentimientos humanos, se requieren absolutamente una inteligencia humana y un corazón humano.

Sin embargo, observemos que todo esto es pasajero. El piano es capaz de tocar melodías que traducen los sentimientos de un alma humana exactamente en la misma medida en que el artista ejerce su influencia sobre el instrumento. Desde que suelte teclas y pedales, el último sonido se apagará en las cuerdas del instrumento.

Es de notar también que decimos que el alma del artista pasa a este piano y se comunica a él, que el corazón del músico vibra en sus cuerdas, etc.

Y además hay que añadir que la habilidad y el talento artísticos del músico consiguen camuflar, disimular y corregir realmente, al menos en parte, los defectos de su instrumento. Si un gran artista se apodera de un piano muy ordinario, diremos enseguida: Ya no se reconoce a este instrumento, jamás hubiésemos creído que con medios tan pobres se hubiesen podido producir semejantes efectos.

★

Parece que nos hemos alejado mucho de la Santísima Virgen.

No tanto como podríamos suponerlo. Al contrario, estamos en el centro de nuestro tema.

Nosotros somos el piano, y la Santísima Virgen es la Artista.

Con la diferencia, sin duda, de que nosotros somos un instrumento vivo, dotado de inteligencia y de libertad, y que debemos entregarnos consciente y libremente a la influencia y a la acción de Dios y de Nuestra Señora, para que obren en nosotros y por nosotros.

Nosotros somos, pues, el piano, y la Santísima Virgen la Artista.

Nosotros somos **hombres,** capaces de acciones humanas, y de acciones humanas solamente: por nosotros mismos no podemos **nada** en un orden superior, en el orden **sobrenatural.**

Pero dejemos obrar a Nuestra Señora, esta Artista incomparable, esta inigualable Cantora de las grandezas divinas, esta maravillosa Música —*«Tympanistria nostra»,* dice San Agustín—; dejémosla colocarse delante del teclado de nuestra alma y apoderarse de él por sus influencias de gracia, y permanezcamos nosotros totalmente entregados y dóciles a esta acción divina: Ella arrancará entonces de nuestra alma sonidos arrebatadores, melodías sobrehumanas, una música maravillosa y divina, que hará las delicias del corazón de Dios.

En ese momento, dice Montfort, *María es quien obra en nosotros, quien hace de nosotros y por nosotros cuanto le place.*

**Nuestra alma** es la que canta a Dios y se alegra en El: nosotros realizamos nuestras acciones, y las realizamos libremente.

Y sin embargo, es **María** la que en nosotros y por nosotros glorifica al Señor: *«es la operación de María en ti»,* afirma Montfort.

Y como el alma del artista pasa a las cuerdas de su instrumento, del mismo modo, por la acción de la gracia elevante, el alma de María se comunica a nosotros, y su espíritu exulta en los cánticos de nuestra alma. Es la realización del deseo de San Ambrosio, recordado por San Luis María y por el mismo Pío XII: *«El alma de María esté en todos nosotros para glorificar al Señor; el espíritu de María esté en todos nosotros para alegrarse en Dios».*

Y el incomparable talento de la Artista sublime que es María tapa, disimula y corrige los defectos, los déficits, de nuestro pobre instrumento espiritual. *«María purifica nuestras buenas obras y las embellece»,* dice Montfort. *«Las embellece adornándolas con sus*

*méritos y virtudes»* [1], hasta el punto de que *«la luz de su fe disipa las tinieblas de nuestro espíritu; que su humildad profunda remplaza a nuestro orgullo…; que el incendio de la caridad de su Corazón dilata y abrasa la tibieza y la frialdad del nuestro; que sus virtudes ocupan el lugar de nuestros pecados; que sus méritos son nuestro adorno y nuestro suplemento ante Dios; y que no tenemos otra alma más que la suya, para alabar y glorificar al Señor, ni otro corazón más que el suyo, para amar a Dios»* [2].

¡Ah, sí, *«qué dichosa es un alma cuando… está totalmente* ***poseída*** *y gobernada por el espíritu de María!»* [3].

★

Todo esto no es un sueño insensato, una imaginación vana, sino una realidad viva y consoladora.

Pero por nuestra parte hemos de cumplir algunas condiciones para que todo esto pueda realizarse.

Volvamos al piano.

Ante todo es menester que este piano sea un instrumento conveniente. Si hay demasiadas notas falsas y cuerdas rotas, el pianista más hábil no sabrá qué hacer con él, y al cabo de algunos intentos desistirá desalentado.

El piano debe ser también manejable, sus teclas flexibles y suaves hasta un cierto punto. Si el músico tuviese que emplear toda su fuerza para manejar teclas y pedales, le sería imposible desplegar sus talentos.

El piano, sobre todo, debe dejarse hacer, ser pasivo en este sentido. Pues si el piano quisiese tocar por sí mismo y moverse según sus aires, el artista no podría hacer más que cruzarse de brazos. Las melodías del piano no se armonizarían con su inspiración personal, y la cooperación necesaria entre el artista y el instrumento se haría imposible.

Para que Nuestra Señora pueda servirse del instrumento de nuestra alma, es menester ante todo que este instrumento sea **conveniente.**

[1] Verdadera Devoción, nn. 146-147.
[2] Oración a María.
[3] Verdadera Devoción, nº 258.

Debemos estar en estado de gracia: de otro modo le sería imposible a nuestra divina Madre producir en nosotros y por nosotros obras divinas.

Nuestra alma debe ser un instrumento **conveniente:** todo apego voluntario al pecado venial o a la creatura como tal, es una falsa nota, una cuerda que se ha roto en nuestra alma. Por lo tanto, debemos evitar con el mayor cuidado el pecado venial, sobre todo el plenamente voluntario, y las imperfecciones deliberadas, para que la gran Artista de Dios pueda servirse de su instrumento sin ningún obstáculo.

Este instrumento debe ser **dócil y manejable.** Para esto debemos entregarnos totalmente a Ella, y realmente *«perdernos en Ella»,* no resistirle jamás a sabiendas, sino seguir dócilmente sus impulsos y aceptar su influencia.

Debemos también, y sobre todo, ser **pasivos,** en el sentido de que no debemos realizar jamás una acción por iniciativa puramente personal y por nuestra propia voluntad. Como lo dice excelentemente nuestro Padre, debemos *«no tener vida interior ni operación espiritual que no dependa de Ella»* [1]. Hemos de renunciar sin cesar a nuestras propias miras y a nuestras voluntades propias, para dejarla obrar en nosotros.

En un próximo capítulo volveremos sobre esta «**pasividad**» santa, para provecho de las almas y para evitar malentendidos perjudiciales y dañinos.

★

Trataremos de vivir en la práctica lo que acabamos de escribir, y dejaremos realmente obrar a María en nosotros, si seguimos lo que se llama «**el minuto de María**» [2].

Consiste en esto: antes de nuestras acciones principales, como la meditación, la santa Misa, la Comunión, los ejercicios de piedad, el trabajo, el recreo, etc., nos recogeremos profundamente durante algunos instantes para realizar apacible e intensamente los cuatro actos siguientes:

1º **Humillarnos** profundamente delante de Dios y de la Santísima Virgen a causa de nuestras faltas, de nuestra indignidad y de nuestra incapacidad para todo bien.

---

[1] Secreto de María, nº 46.

[2] Se puede conseguir este *«Minuto de María»,* escrito como hojita mariana, en nuestro Secretariado de María Mediadora, Boulevard de Diest, 121, Lovaina.

2º **Renunciar,** antes de comenzar esta acción, a todo lo que viniese puramente de nosotros, y por lo tanto, a nuestras propias miras y a nuestra propia voluntad.

3º **Darnos** totalmente a Nuestra Señora como su cosa y su propiedad, y como un instrumento dócil, del que Ella pueda servirse a su gusto, según su voluntad.

4º **Pedirle** humildemente que se digne **obrar en nosotros,** para que nuestras acciones no tiendan más que a la gloria de solo Dios.

Esta es, incontestablemente, una fórmula integral de profunda vida espiritual y mariana, que puede llevarnos muy rápidamente a la dependencia interior y habitual para con Jesús y para con María.

# XXIV
# ¿Ser pasivo?

En los dos capítulos precedentes hemos descrito lo que se encuentra en la cumbre de la vida de dependencia respecto de la Santísima Virgen. No sólo debemos hacer lo que Ella espera de nosotros, evitar lo que Ella condena o desaconseja, sino también **dejarla obrar** en nosotros.

Para eso, como dice nuestro Padre, debemos *«ponernos **como un instrumento** entre sus manos, a fin de que Ella haga de nosotros y por nosotros cuanto le plazca».*

Decíamos que una de las condiciones que debe cumplir el instrumento para que el agente principal pueda servirse de él libremente, es que este instrumento sea **pasivo,** es decir, que **deje obrar** al obrero o al artista, lo **deje obrar** según su voluntad.

Montfort detalla esta actitud «pasiva» en su Método para practicar esta Devoción en la sagrada Comunión [1]. Indudablemente, lo que él dice de la sagrada Comunión puede aplicarse a otros ejercicios espirituales. *«Recuerda que cuanto más **dejes obrar** a María en tu Comunión, tanto más glorificado será Jesús; y tanto más dejarás obrar a María para Jesús, y a Jesús en María, cuanto más profundamente te humilles, y **los escuches en paz y silencio,** sin trabajar por ver, gustar ni sentir»* [2].

Así, pues, para que María pueda obrar libremente en nosotros, debemos ser, en cierto sentido y en cierta medida, pasivos respecto de su acción en nosotros por la gracia.

Esta «pasividad» debe ser bien comprendida. Una falsa concepción en este punto podría tener consecuencias nefastas para las almas.

Y ante todo debemos observar inmediatamente que el instrumento no es exclusivamente pasivo, pues tiene su propia acción. Así, por ejemplo, el piano es el que toca; y por lo tanto está activo. Propiamente hablando, el instrumento es **pasivo-activo,** esto es, obra, trabaja, sí; pero lo hace únicamente en la medida en que es

---

[1] Verdadera Devoción, nn. 266-273.
[2] Verdadera Devoción, nº 273.

incitado y empleado para la acción por la causa principal. El piano sólo toca cuando y en la medida en que el músico lo mueve y acciona.

Por eso, en la sagrada Comunión o en los demás ejercicios de piedad, no se trata de permanecer en una inacción absoluta. La pasividad total queda excluida aquí. Tiene que haber una actividad, pero una actividad simplificada, apacible, a menudo casi imperceptible, que se ejerce únicamente bajo la influencia de Dios y de la Santísima Virgen.

Digámoslo claramente: se puede ser perezoso en la vida espiritual, especialmente en los ejercicios de piedad, y no esforzarse suficientemente para cumplirlos bien. Es un caso muy frecuente.

Pero también se puede estorbar e incluso impedir en los ejercicios espirituales la acción santificadora de Dios y la influencia de la Santísima Virgen por una actividad exagerada y febril, queriendo hacerlo todo por sí mismo, con la falsa convicción de que nuestra santificación depende **principalmente** de nuestros esfuerzos personales, cuando es evidente que Dios y María son el elemento principal en nuestra tendencia a la perfección, y por lo tanto, también en nuestra vida de oración.

Los mejores autores espirituales tratan de precavernos contra esta estima exagerada de nuestros esfuerzos personales, y contra esta actividad exagerada en la oración; y todo director espiritual ha podido comprobar los perjudiciales efectos de este exceso en algunas almas. Una vez más, el camino intermedio es el camino verdadero y precioso que debemos seguir. Quien dude en este punto sobre la conducta que debe observar personalmente, tendrá que consultar a un director esclarecido y experimentado, y atenerse fielmente a las directivas que le sean dadas.

★

Para determinar con más claridad nuestro pensamiento, recordemos el siguiente hecho que, con algunas variantes, habrán vivido sin duda varios de nuestros lectores.

Había adoración en tu iglesia o capilla. Te habían asignado tu hora o tu tiempo de adoración. Te habías alegrado ante la perspectiva de estos dichosos momentos. Para tu tiempo de adoración habías elaborado un pequeño plan: entretenerte un poco con Jesús, pedirle tal o cual gracia para ti mismo o para otros, hacer un poco de lectura en tu libro preferido, tal vez rezar un Rosario y

otras oraciones favoritas, y así esta hora se pasaría rápidamente y quedaría bien empleada.

Así, pues, te fuiste a la iglesia, llegaste a la capilla. Pero antes de ponerte al «trabajo», miraste largo tiempo, respetuosamente y con amor, la Sagrada Hostia… Cosa curiosa: casi no pudiste desprenderte de esta mirada. Te parecía que, espiritualmente, también Jesús fijaba su mirada de amor en ti. Te sentiste atraído hacia El, muy unido a El, como fascinado por El… Te sentiste envuelto en un profundo silencio, en una paz dulcísima y en una alegría indecible. Tu lectura, tu Rosario, tus peticiones: se te olvidó todo, como también todo lo que estaba alrededor tuyo. No dijiste gran cosa, rezaste poco, no leíste ni meditaste absolutamente nada. De vez en cuando una aspiración rápida, llena de amor, de gratitud, de agradecimiento… Tu hora de adoración te ha parecido corta, cortísima. Te has sorprendido realmente cuando te has dado cuente de que ya había pasado. Tal vez un poco más tarde sentiste un poco de inquietud al preguntarte: «¿No he perdido el tiempo? ¡No he hecho nada, o casi nada, durante esta hora!».

Te habrán tranquilizado sin duda: esta oración había sido buena, incluso muy buena, y realmente la mejor que podías hacer. Pues todos los sentimientos que podías ofrecer a Jesús, ¿no estaban acaso encerrados y concentrados en esa larga y sencilla mirada de amor que tu alma echó en El? Y la mejor prueba de que esta oración era muy buena es que, al salir de la iglesia o de la capilla, te sentiste fuerte, muy fuerte, con una fortaleza tranquila y serena que no te habría dado ninguna oración vocal ni meditación ordinaria, para hacer todos los sacrificios, afrontar todas las dificultades y cumplir absolutamente todo lo que Jesús y María pudiesen esperar de ti.

Algo más. ¿Te acuerdas de que al día siguiente, o incluso algunas horas más tarde, atraído por la dulzura cautivadora de esta intimidad con Jesús, intentaste practicar lo mismo y saborear la misma dicha? Pero esa vez ya no funcionó la cosa, para nada. Estabas distraído hasta el punto de desalentarte. Tu alma estaba fría como el hielo y seca como el corcho. Entonces te diste cuenta de que no podías realizar por ti mismo este recogimiento, esta unión profunda, y que sólo Ellos podían producirla. Y por eso tomaste entonces —y tuviste razón— un libro de meditación o de oraciones, y te entretuviste con Nuestro Señor como mejor pudiste, con fe y buena voluntad.

Claro está que lo que te sucedió en presencia del Santísimo Sacramento expuesto, pudo sucederte igualmente en tu acción de

gracias después de la sagrada Comunión, en la meditación, o en otros ejercicios de piedad.

★

Podemos ahora analizar y determinar exactamente el pensamiento de Montfort.

Observemos inmediatamente que el santo describe prácticamente varias «maneras» de acción de gracias después de la sagrada Comunión, ninguna de las cuales excluye, evidentemente, el «**dejar obrar a María**» que nos recomienda con tanta insistencia.

*«Después de la sagrada Comunión* —nos aconseja—, *estando interiormente recogido y con los ojos cerrados, introducirás a Jesucristo en el Corazón de María. Lo darás a su Madre, que lo recibirá amorosamente, lo colocará honorablemente, lo adorará profundamente, lo amará perfectamente, lo abrazará estrechamente, y le rendirá en espíritu y en verdad muchos obsequios que, en nuestras espesas tinieblas, nos son desconocidos»* [1].

Pero entonces se abren varios caminos:

*«O bien, te mantendrás humillado en tu corazón, en la presencia de Jesús residente en María; o te mantendrás como un esclavo a la puerta del palacio del Rey, donde está hablando a la Reina; y mientras hablan entre sí sin tener necesidad de ti, irás en espíritu al cielo y por toda la tierra, a rogar a las criaturas que agradezcan, adoren y amen a Jesús y a María en tu lugar: Venite, adoremus, venite, etc.*

*O bien, tú mismo pedirás a Jesús, en unión de María, el advenimiento de su reino en la tierra por su santísima Madre, o la divina sabiduría, o el amor divino, o el perdón de tus pecados, o alguna otra gracia, pero siempre por María y en María»* [2].

Hemos querido citar este texto en su totalidad para mostrar que, a fin de dejar obrar a María en nosotros, no es necesario ser totalmente pasivo y prohibirse toda intervención personal. Y repetimos que, evidentemente, lo que Montfort dice acerca de la sagrada Comunión, puede aplicarse a otros ejercicios.

★

[1] Verdadera Devoción, nº 270.
[2] Verdadera Devoción, nn. 271-272.

En la práctica, y recapitulando todo lo que acabamos de decir, nos parece que podemos aconsejar la siguiente línea de conducta:

1º Cuando te sientas atraído e invitado a este silencio de alma arriba descrito, a esta apacible unión sin palabras interiores ni exteriores, y puedas seguir así sin demasiadas distracciones, déjate llevar por este atractivo y permanece así mientras te sea posible.

2º Dado que habitualmente nos sentimos llevados a darle demasiada importancia y valor a nuestra actividad personal, nos parece bueno e útil que en cada uno de nuestros ejercicios espirituales, acciones de gracias, meditación, visita al Santísimo Sacramento, etc., tratemos de mantenernos durante algunos minutos en silencio interior tranquilo bajo la acción de Dios y de la Santísima Virgen. Su influencia podrá ejercerse entonces más libremente sobre nosotros, y así nuestra alma se preparará y madurará lentamente para otros estados más elevados de oración, si Dios nos llama a ellos, como es caso frecuente.

3º Fuera de los casos predichos, esto es, **habitualmente,** debemos obrar nosotros mismos en la oración, y por lo tanto meditar, excitar sentimientos, entretenernos con Jesús y María; presentarles toda clase de actos de respeto, de agradecimiento, de contrición y sobre todo de amor; pedirles también todo aquello de que tenemos necesidad, sobre todo el reino de Jesús y de María en nuestra alma, en las almas que nos son queridas y en el mundo entero. Para ello nos serviremos de un libro de oraciones o de meditación, en la medida en que sea necesario para evitar las distracciones y alimentar nuestra piedad.

Todo esto se armoniza perfectamente con el «dejar obrar a María», a condición de que otorguemos poco o ningún valor a lo que hacemos nosotros mismos; que, al comienzo de cada ejercicio y de vez en cuando en el transcurso de estas oraciones, nos unamos a Nuestra Señora y mantengamos el contacto de alma con Ella; y que, para glorificar a Dios y agradar a Jesús, no nos apoyemos de ningún modo en nosotros mismos, sino en las virtudes de María y en sus méritos, en sus oraciones y en su intercesión, en su acción en nosotros y sobre nosotros; acordándonos de la preciosa frase de San Bernardo: *«Hæc mea maxima fiducia est, hæc tota ratio spei meæ:* María es mi mayor confianza, Ella es toda mi razón de esperar».

# CON MARÍA

## A la Inmaculada Madre de Jesús

*Este modesto volumen, dulcísima Inmaculada, en este Año que te está dedicado, te es ofrecido el 25 de marzo, fiesta de tu Anunciación, esto es, de tu Maternidad divina, de tu Maternidad universal respecto del Cristo total, de Cristo Cabeza y de Cristo miembros que somos nosotros.*

*Este espléndido misterio es la culminación de tu Concepción Inmaculada. Este origen radiante, en efecto, te fue concedido con miras a tu sublime Maternidad y a tu colaboración íntima, universal e indisoluble con Cristo Redentor en todas sus grandezas y en todas sus obras de vivificación y de salvación.*

*¡Qué contentos estamos, Madre, de inclinarnos hoy ante Ti para venerarte como la Inmaculada y dignísima Madre del Señor!*

*Y este humilde volumen querría intentar hacerte conocer como el Modelo apropiadísimo, «exemplar aptissimum», de todas las almas cristianas, a fin de arrastrarlas en tu seguimiento.*

*Tú eres nuestro modelo ante todo por la gran palabra central de tu vida: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra».*

*Esta respuesta nos entrega tu alma, escribe toda tu vida, nos revela las disposiciones más esenciales y habituales de tu alma. A esta respuesta Tú fuiste constante y heroicamente fiel.*

*Y esta palabra no es más que el eco de Jesús mismo, que se convierte en tu Hijo. También El acepta en esa misma hora la condición y cualidad de esclavo, haciéndose por consiguiente obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Su «Ecce» es el tipo y*

*el modelo del tuyo: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad». También El no hará otra cosa en este mundo que buscar y cumplir la voluntad de su Padre.*

*¡Oh Cristo amadísimo y Madre querida, ojalá nosotros hagamos también de nuestra vida entera un eco débil, pero fiel, de vuestra humildad esencial en relación con Dios, que lo es Todo, mientras que nosotros, por nosotros mismos, no somos nada; por una actitud de asentimiento constante, valiente, alegre y heroico a la voluntad del Padre, a fin de ser así, por amor y en el amor, los esclavos del Todopoderoso, de su Cristo inmortal y de su incomparable Madre!*

Banneux Notre Dame, a 29 de enero de 1954.

# I
# Con María como Modelo

En esta serie de artículos que explican la perfecta Devoción a la Santísima Virgen según la doctrina de nuestro Padre de Montfort, hemos tratado, después de exponer la Consagración misma, dos aspectos fundamentales de la vida cristiana, y mostrado cómo, en la doctrina de San Luis María de Montfort, quedan marializados y por lo mismo facilitados en su práctica. Para hacernos más fácil la obediencia incesante a Dios y la perfecta conformidad de nuestra voluntad con la suya, y también el abandono total a su santa Providencia, queremos vivir y obrar por María, es decir, en dependencia continua de la Santísima Virgen, y con total confianza en su omnipotente bondad.

Otro aspecto extremadamente importante y universal de la ascética cristiana consiste en disponer toda nuestra vida según modelos superiores de perfección.

Nuestro Ideal primero y supremo, en este plano como en todos los demás, es Dios mismo. En definitiva, seremos grandes y perfectos exactamente en la misma medida en que nos asemejemos a El. *«Sed imitadores de Dios»,* recomienda el Apóstol, *«como hijos amadísimos»* [1]. Y Jesús mismo estableció la siguiente ley: *«Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto»* [2].

Este Modelo divino perfectísimo quedó humanizado y aproximado a nosotros en Cristo, el Hijo de Dios encarnado. La «imitación de Cristo» es el código de toda perfección, y debe ser la meta de todos nuestros esfuerzos, a fin de ser aceptos a Dios Padre. *«Os he dado el ejemplo»,* nos declaró Jesús mismo, *«para que así como Yo he obrado, así obréis también vosotros»* [3]. Todos los demás modelos no deben atraer nuestra atención sino en la medida en que son capaces de conducirnos a la semejanza con Cristo. San Pablo, es cierto, tuvo la audacia de invitar a sus discípulos a la imitación de su vida, pero únicamente porque él se había esforzado

---

[1] Ef. **5** 1.
[2] Mt. **5** 48.
[3] Jn. **15** 13.

en ser otro Cristo, y porque no era ya él el que vivía, sino Cristo en él: *«Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo»* [1].

★

Estas palabras se aplican maravillosamente a la santísima Madre de Jesús, y le convienen infinitamente mejor que al mismo San Pablo. Este es precisamente el deseo intenso que Ella manifiesta a sus hijos y esclavos de amor. Ella, que en su alma se asemejó a Jesús incomparablemente más que ningún otro, y que infinitamente más que San Pablo se perdió y transformó en Jesús, nos dice y repite sin cesar: *«**Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo**»*.

Estas consideraciones nos llevan a una de las prácticas más beneficiosas de la perfecta Devoción a María: la incesante imitación de la Santísima Virgen, para llegar a ser la imagen fiel y viva de Jesús; copiar las virtudes de la Madre para llegar a la santidad del Hijo; perderse «en este molde precioso de Dios» para ser modelados en él a la semejanza fiel del Ejemplar supremo de toda perfección.

El culto de los Santos consistió siempre, según la doctrina y la práctica de la Iglesia, en invocar con confianza su protección y en imitar fielmente sus virtudes. Y especialmente en la devoción a Nuestra Señora, se ha insistido siempre en la imitación de sus virtudes. Por eso, San Luis María de Montfort está plenamente en la línea de la tradición cristiana cuando declara que *«la práctica esencial de esta devoción consiste en hacer todas las acciones **con María,** es decir, en tomar a la Santísima Virgen como el modelo acabado de todo lo que se debe hacer»* [2].

Montfort, en su ascética mariana, asigna un amplio lugar a esta práctica. Al enumerar las cualidades de la verdadera Devoción a María, dice que, como tercera característica, debe ser *«santa, esto es, que lleve a un alma a evitar el pecado y a imitar las virtudes de la Santísima Virgen»* [3]. El quinto deber de los predestinados para con su buena Madre consiste en guardar los caminos de la Santísima Virgen, en practicar sus virtudes y en marchar por las huellas de su vida [4]. Finalmente, la segunda de las prácticas interiores de su excelente Devoción a María, prácticas que son *«muy santificantes para aquellos a quienes el Espíritu Santo llama a una elevada*

[1] I Cor. **4** 16.
[2] Secreto de María, nº 45.
[3] Verdadera Devoción, nº 108.
[4] Verdadera Devoción, nº 200.

*perfección»* [1], es descrita como sigue: *«Es preciso, en las acciones, mirar a María como un modelo acabado de toda virtud y perfección, que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para imitar según nuestra pequeña capacidad. Es menester, pues, que en cada acción miremos cómo la hizo María, o como la haría si estuviese en nuestro lugar»* [2].

Repasemos ahora algunos textos de los Sumos Pontífices —no nos dejaremos guiar nunca lo bastante por la autoridad doctrinal de la Iglesia para nuestra formación espiritual y moral—, textos que desarrollan las mismas ideas y prescriben la misma línea de conducta que las que se desprenden de las palabras de nuestro Padre de Montfort.

En una de sus magníficas encíclicas sobre el Rosario, *Magnæ Dei Matris,* León XIII escribía: *«Ved, pues, cómo la Bondad y la Providencia divinas nos muestran en María* ***el modelo apropiadísimo de todas las virtudes,*** *formado expresamente para nosotros; y al contemplarla y considerar sus virtudes, ya no nos sentimos cegados por el esplendor de la infinita majestad, sino que, animados por la identidad de naturaleza, nos esforzamos con más confianza a la imitación. Si implorando su socorro nos entregamos por completo a esta imitación, posible nos será reproducir en nosotros mismos algunos rasgos de tan gran virtud y perfección».*

San Pío X, en la encíclica *Ad diem illum,* desarrollará este mismo pensamiento con términos inspirados por el «Tratado de la verdadera Devoción» de nuestro Padre, como el gran Pontífice lo reconoce más de una vez: *«Porque nuestra debilidad es tal, que fácilmente nos espanta la grandeza de tan gran modelo [Jesucristo], la divina Providencia ha querido proponernos otro que, aproximándose tanto a Jesucristo cuanto es posible a la naturaleza humana, se acomode mejor con nuestra pequeñez. Este modelo es la Virgen Santísima».*

Por lo tanto, mantendremos nuestras miradas fijas sin cesar en Ella, después de Cristo, para imitar sus virtudes.

[1] Verdadera Devoción, nº 257.
[2] Verdadera Devoción, nº 260.

# II
# “Modelo apropiadísimo”

Según el parecer mismo de los Papas, como hemos visto en el último capítulo, la Santísima Virgen es para nosotros un «ejemplar apropiadísimo», un modelo que nos conviene perfectamente: incluso podríamos traducir «el modelo que más nos conviene».

Debemos analizar y desarrollar un poco más esta afirmación. Para eso bastará explicar y profundizar las palabras ricas y serenas de nuestro Padre: *«Es preciso, en las acciones, mirar a María como un modelo acabado de toda virtud y perfección, que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para imitar según nuestra pequeña capacidad»* [1].

## «MODELO ACABADO»

La Santísima Virgen —y Ella sola fuera de Cristo— es un modelo **acabado** de virtud y perfección. Ella sola es totalmente bella y pura, sin arruga y sin mancha. Los demás santos, aunque sólo fuera por el pecado original, y por lo tanto por la concupiscencia y la miserable inclinación al pecado, no estuvieron exentos de faltas veniales ni de imperfecciones. Ningún santo, fuera de nuestra divina Madre, se vio libre de faltas y de debilidades. Es cierto que a menudo, al leer su vida, no lo hubiésemos pensado. Esta impresión se debe, ya al hecho de que sus biógrafos no conocieron esta vida en todos sus detalles, ya porque siguen la costumbre, poco afortunada, de la mayoría de los biógrafos, que quieren canonizar cueste lo que cueste a sus héroes en sus menores acciones, en todas sus actitudes sin excepción, lo cual es más bien desalentador para sus lectores. Con la santísima Humanidad de Jesús —absolutamente impecable por su unión hipostática con la divinidad—, su santísima Madre es la única que haya vivido sin la menor falta, sin la más mínima imperfección. Y no es menos cierto que la Madre de Dios, la Corredentora del género humano, la Mediadora de todas las gracias y la Santificadora de las almas, la que recibió la gracia en su

[1] Verdadera Devoción, nº 260.

plenitud y respondió siempre a ella con total generosidad, la que es Reina de los Santos y más elevada en santidad y perfección que los todos los bienaventurados juntos, practicó todas las virtudes teologales y morales en el grado más excelente y elevado.

## «DE TODA VIRTUD Y PERFECCIÓN»

Nuestra divina Madre es también, según Montfort, un modelo de **toda** virtud y perfección, lo cual quiere decir que Ella es un modelo completo, que en todas circunstancias podemos tener ante los ojos. Muchos santos, que fueron eminentes en tal o cual virtud, no tuvieron la ocasión, por las circunstancias en que vivieron, de hacer resaltar muchas otras cualidades espirituales. San Luis Gonzaga, por ejemplo, patrón de la juventud, servirá difícilmente de modelo al misionero, como Santa Teresita del Niño Jesús al sacerdote en su ministerio o a los cristianos que viven en el mundo. También aquí la Santísima Virgen se revela como «un modelo conveniente en todo» para nosotros, porque, merced a los designios de la divina Sabiduría, Ella pasó por estados de vida tan múltiples, por circunstancias tan diversas, y vivió acontecimientos exteriores e interiores tan divergentes, que sería difícil imaginar una situación exterior o interior —dejando de lado, naturalmente, el pecado—, en la que no pudiésemos encontrar algo equivalente en la vida de Nuestra Señora, y por lo tanto un modelo de disposiciones perfectísimas, que corresponda a estas situaciones.

La santísima Madre de Jesús, ¿no es acaso un modelo apropiado a la vez para las **vírgenes,** para las **esposas cristianas** y para las **madres,** incluso para las piadosas **viudas,** puesto que Ella misma conoció todos estos estados de vida y los santificó del modo más admirable? Los **grandes** de este mundo, los poderosos de este siglo, pueden tomarla como ejemplo, pues Ella era de descendencia real y de dignidad divina; y también los **humildes y los pobres,** puesto que Ella llevó una existencia muy modesta y escondida. El **cristiano que vive en el mundo** ve santificada y transformada por Ella su vida de cada día; el **religioso** admira en Ella la realización espléndida de su ideal; el **sacerdote** venera en Ella a Aquella que participa, de modo aún más excelente que él, del poder sacerdotal de Cristo, de sus disposiciones y de sus sentimientos como Pontífice. Ella es un modelo de *humildad* y de *magnanimidad,* tanto en los sufrimientos más crueles como el los gozos más elevados; Ella es un *amor* vivo por Dios y por las almas, pero al mismo tiempo un *odio*

vivo contra Satanás y contra el pecado; la mujer más *dulce* y *afable,* pero también la *combatiente* más invencible que jamás haya seguido el estandarte de Cristo.

## «EN UNA PURA CRIATURA»

Añádase a esto que este modelo acabadísimo de la perfección más completa y variada nos es ofrecido **en una humanidad pura,** lo cual es ciertamente una ventaja para nuestra pobre naturaleza humana, tan débil y tan frágil, ventaja que además ha sido resaltada por los Papas León XIII y San Pío X en los textos ya citados. Nuestros pobres ojos humanos quedan deslumbrados por el esplendor infinito del Sol de Justicia. *«Como una cortina beneficiosa, Ella templa su brillo. Esta dulce Madre hace más accesibles para nosotros la Verdad o la Santidad infinitas. Ella atenúa sus contornos, reproduciéndolos tan fielmente en sí misma, que después del Verbo encarnado, Ella es el espejo más perfecto de la Belleza de Dios».*

El artista no intenta plasmar sobre la tela el sol en la plena gloria de su mediodía. Pero cuando el esplendor del sol queda captado y reflejado en la dulce luz de la luna, el pintor trata de reproducir esta luz suavizada y como tamizada. Lo que queremos hacer nosotros es imitar y copiar a María, totalmente transformada en Jesús por la gracia. María es para nosotros, como lo decía el Padre Poppe, *«un Jesús más imitable».* También en este orden de cosas, Dios ha querido que por María y por Jesús nos remontemos hacia El por grados, de una manera adaptada a nuestra debilidad humana: ser copias vivas de María, a fin de *«llegar a ser conformes a la imagen de Jesús crucificado»,* y así *«hacernos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto».*

## «SEGÚN NUESTRA PEQUEÑA CAPACIDAD»

A veces nos han hecho la siguiente observación u objeción: «Nos es imposible hacer la menor acción exactamente como la hizo la Santísima Virgen».

Y es cierto en un sentido. Pero eso no es un motivo para no apuntar a la semejanza con nuestra divina Madre *«según nuestra pequeña capacidad».*

Es posible, si tomamos cada acción aparte, hacerla con la misma perfección negativa que nuestra divina Madre, esto es, excluyendo de ella todo pecado y toda imperfección, y no admitiendo deliberada y voluntariamente nada que sea culpable.

Bajo su aspecto positivo, las acciones de la Santísima Virgen serán siempre incomparablemente superiores a las nuestras. Y es que el valor sobrenatural de una acción se mide principalmente por el grado de gracia santificante con que la hacemos, y por la intensidad y la energía con que la voluntad, a través de esta acción, adhiere al bien, lo busca y lo persigue. Ahora bien, la gracia de Nuestra Señora supera de lejos la de todos los ángeles y hombres juntos, y Ella adhirió al bien, esto es, a Dios, con un vigor y un ardor que jamás podrán ser igualados; de modo que *«Ella dio más gloria a Dios por la menor de sus acciones…, que todos los santos por sus acciones más heroicas»* [1]. Pero podemos siempre, en la medida de nuestros pobres medios, apuntar aquí a la semejanza con Ella, fortificando sin cesar la gracia santificante en nosotros, y haciendo crecer nuestro amor por Dios y por todas las cosas divinas.

¡Fuera todo orgullo y toda suficiencia; pero fuera también toda pusilanimidad y todo desaliento! María, nuestro Modelo, por su elevación incomparable, nos conservará en el sentimiento de nuestra nada y de nuestra miseria, y por su accesibilidad humana nos preservará del abatimiento y del desánimo.

Por eso, contemplémosla sin cesar como nuestro ejemplar y como nuestro Ideal. Y reconfortemos nuestra debilidad repitiendo continuamente: *«Atráenos, Virgen Inmaculada: corremos detrás de Ti al olor de tus perfumes»* [2].

[1] Verdadera Devoción, nº 222.
[2] Oficio de la Inmaculada Concepción.

# III
# La Esclava del Señor

Para comprender la vida interior de María, ante todo hay que estudiar su actitud para con Dios. Esto supera en importancia a todo lo demás. Esta es la clave de bóveda del edificio de su santidad y perfección. Todo lo demás no es más que medio, y debe servir a hacernos dar a Dios el lugar predominante que le corresponde.

Hay que notar que, cuando la Santísima Virgen tiene ocasión de definir y expresar su actitud para con Dios, no habla ni de filiación, ni de maternidad, ni de su condición de Esposa espiritual de Dios, de Cristo. Ella se declara su sierva, su humilde esclava: *«He aquí la esclava del Señor… Porque miró la pequeñez de su esclava».*

María reconoció claramente que Dios lo es todo. Ningún hombre ni ángel, ningún filósofo ni sabio, ningún justo ni santo comprendieron como Ella que Dios lo es todo, y que la creatura no es nada. El es el eterno Existente, el Ser infinito, la Perfección absoluta, la Plenitud de la vida, de la verdad, de la bondad y de la belleza. Comparado con El, todo lo demás es poca cosa, mínimo. Por lo tanto, es preciso que El sea adorado, alabado, obedecido.

Además, si Dios es el solo Ser necesario que existe por Sí mismo, y la plenitud de la vida y de la perfección, todo lo demás viene de El —y la Santísima Virgen lo comprende—, y por ende también su existencia y su conservación en la vida, todas las facultades, potencias y riquezas naturales y sobrenaturales que hay en Ella: todo viene de El sin cesar, y todo le pertenece. Nadie lo vio tan bien como la Santísima Virgen: tal como Ella es, con todo lo que es de Ella y con lo que hay en Ella, proviene de Dios, y por tanto le pertenece totalmente. Ella es su total e inviolable propiedad. Y por eso Ella debe depender de Dios de manera radical y continua. Y no podría expresar mejor esta pertenencia fundamental y esta dependencia total de Dios que por esta simple y profundísima frase: *«He aquí la esclava del Señor»,* es decir, he aquí la total y eternamente Dependiente de Dios.

Sin duda que Ella es grande, y no puede ni debe ocultárselo a sí misma: «El todopoderoso ha hecho en Ella grandes cosas, y todas las generaciones la proclamarán bienaventurada». En Ella se han acumulado todos los tesoros de la naturaleza y de la gracia. Su

cuerpo es una obra maestra de belleza, integridad y perfección. Su alma no será igualada jamás en riqueza de saber, en energía de voluntad, en poder de amor. Su alma, que permaneció limpia de la mancha original, se encuentra totalmente impregnada de la plenitud de la vida de Dios, y su santidad se eleva por encima de la de los hombres y ángeles, como las cumbres relumbrantes del Hermón superan a las montañas y colinas cercanas. Ella es Madre de Dios y entró en las más íntimas relaciones de familia con la adorable Trinidad. Ella es la Ayuda fiel de Cristo, Corredentora y Mediadora con El, Madre de las almas, Adversaria victoriosa de Satanás, Reina de los hombres, Reina del cielo y de todo el reino de Dios. Sí, se han realizado en Ella grandes cosas, pero todas estas cosas las ha hecho el Todopoderoso… Todo eso no es más que una mirada de condescendencia, bondad y predilección, que El se dignó echar sobre su humilde Esclava.

¡Qué profundamente penetrada se encuentra Ella de estas verdades! ¡Qué presentes las tiene continuamente a su espíritu! ¡De qué buena gana las proclama! ¡Y con qué predilección se reconoce ante El como lo que puede hallarse de más pequeño y de más humilde entre los hombres: *«He aquí la esclava del Señor»*!

★

El lema de San Luis María de Montfort, que traducía el fin último y supremo de su vida, era: ¡Solo Dios!

Este debe ser también el nuestro: por María a **solo Dios.**

Debemos convencernos profundamente, y recordarnos frecuentemente, de lo que es Dios, y de lo que nosotros somos ante El. El es, y sólo El, el Ser inmenso, necesario, eterno, todopoderoso. Mientras que nosotros somos gusanos de tierra, miserables creaturas, despreciables átomos, nada por nosotros mismos.

En comparación con El no somos ni siquiera lo que la llama vacilante de una vela es enfrente de la luz deslumbradora del sol, lo que un grano de arena es junto a nuestras montañas gigantes, lo que una gota de agua es enfrente del océano.

Y ni siquiera somos una lucecita, un grano de arena y una gotita de agua por nosotros mismos, sino únicamente por El. Sin El no podemos subsistir la milésima fracción de segundo; sin El no podemos pronunciar una palabra, mover un dedo de la mano, formular el menor pensamiento; sólo *«en El vivimos, nos movemos y existimos»,* dice el Apóstol San Pablo; todo, esencia y existencia,

facultades y sentidos, bienes y acciones, nos viene de El, en todo instante y sin cesar.

¡Qué pequeños e impotentes debemos reconocernos ante El! Dependemos de El totalmente y en todas las cosas. Y por eso le pertenecemos totalmente, somos su propiedad del modo más radical, con todo lo que somos y todo lo que tenemos. Según la expresión de San Pablo, somos realmente los *«servi Dei,* los esclavos de Dios», total y eternamente dependientes de El, con la obligación de reconocer teórica y prácticamente esta sujeción, esta pertenencia; y eso es lo que queremos hacer fielmente y con amor.

★

También nosotros podemos repetir con la Santísima Virgen, en cierto sentido, que «se han hecho en nosotros grandes cosas».

Es algo grande ser un hombre, poseer un alma inmortal, y como instrumento del alma, un cuerpo maravillosa y espléndidamente organizado.

Participar de la vida misma de Dios por la gracia santificante, poder crecer sin cesar en esta vida, poder realizar actos en cierto modo divinos; encontrarse como sacerdote, como religioso, como cristiano privilegiado, en circunstancias particularmente favorables a la manifestación en actos y al desarrollo de esta vida divina, es sin lugar a dudas algo elevadísimo.

Todos nosotros hemos recibido talentos. Tenemos aptitudes especiales en tal o cual materia. Tal vez nos hemos aplicado a adquirir la virtud, la perfección. Tenemos méritos respecto de nuestra familia, de nuestra Congregación, de la Iglesia o de la sociedad. Pero todo eso es obra de Dios mucho más que nuestra. Todo esto viene de Dios, y por lo tanto es de Dios y a El debe remontarse.

Un esclavo de amor debe evitar por encima de todo el orgullo, por el que o bien se sobrestima a sí mismo y desprecia a los demás, o bien (lo cual es mucho más grave) se atribuye a sí mismo lo que corresponde a Dios, a quien debe atribuirse en definitiva todo honor y toda gloria. Hay que volver siempre a la gran y grave expresión del Apóstol: *«¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?»* [1].

[1] I Cor. **4** 7.

Ninguna otra palabra, fuera de la de **esclavo,** indica tan clara y fuertemente nuestras relaciones de total pertenencia y de radical dependencia respecto de Dios. Por eso, al terminar estas consideraciones, repitamos humilde y amorosamente con nuestra divina Madre: *«¡He aquí la esclava del Señor!»:* ¡Aquí tienes, Señor, a tu siervo, a tu sierva, a tu esclavo de amor!

En la Sagrada Escritura hay una palabra que el mismo Jesús repitió mil veces, y que a nosotros debe sernos muy querida y gustarnos repetir a menudo con profunda convicción y gran amor: *«Ego servus tuus et filius ancillæ tuæ:* Yo soy tu esclavo y el hijo de tu Esclava» [1].

Señor, de buena gana reconozco mi dependencia total y mi pertenencia absoluta respecto de Ti. Concédeme la gracia de comprenderlo cada vez mejor y sobre todo de vivirlo más fielmente, según el ejemplo y con la ayuda de Aquella de quien tengo la dicha de ser su hijo.

[1] Sal. **115** 16.

# IV
# “Hágase en mí según tu palabra”

María comprendió que Dios es el Origen primero y la Causa primera de cuanto Ella es y de cuanto Ella tiene, de cuanto Ella puede o hace; y que así El es el justísimo Propietario, y por consiguiente el Dueño y el Señor incontestado: «**Ego Dominus**»… El es quien debe mandar, dirigir, conducir. Porque El es **Dominus,** el Señor y Dueño, es preciso que Ella sea, también en la práctica, **Ancilla,** sierva y esclava. Ese será su primer deber, su deber más profundo, radical y sagrado, pero al mismo tiempo un deber muy querido y amado: servir, obedecer, dejarse gobernar y dirigir: *«Hágase en mí según tu palabra».*

Es una de las pocas palabras pronunciadas, según la Escritura, por la Santísima Virgen; pero palabra tan profunda y santa, que ni hombre ni ángel alguno podrían sondear plenamente su riqueza, ni apreciar su valor.

En los gravísimos acontecimientos de la vida nos damos y nos revelamos tal como somos. Lo que la Santísima Virgen contesta a la más formidable propuesta que el Cielo haya hecho a creatura alguna, es la pura y sencillísima verdad, y traduce exactamente sus disposiciones de alma habituales y más íntimas. Es el grito espontáneo de un alma que se entrega tal como es. Con estas pocas palabras María escribió toda su vida: ¡la vida más rica y más llena que el mundo haya conocido jamás, condensada en algunas sílabas! Nunca podremos meditar lo suficiente esta palabra, ni grabarla con la suficiente profundidad en nuestras almas, ni traducirla lo suficiente en nuestra propia vida.

★

*Hágase en mí según tu palabra…* Ella escuchará siempre la palabra del Señor con atención y respeto; y se aplicará a cumplirla fiel, estricta y amorosamente.

Nuestra Madre será bienaventurada por haber concebido, dado a luz y alimentado al Hijo, al **Verbo** de Dios. Pero será aún más bienaventurada —como lo manifestará en una ocasión el mismo Jesús, aunque veladamente y con discreción encantadora— por

haber escuchado la palabra de Dios, y por haberla recibido, conservado en su Corazón y traducido en sus acciones.

*Hágase en mí según tu palabra…* Con mil veces más de amor y fidelidad que el Salmista, que con tanta frecuencia canta la dicha y el gozo de la obediencia a los mandamientos y deseos del Señor, Ella se dejará conducir en todo instante por su voluntad y beneplácito. Ella es consciente, y esta conciencia se traduce continuamente en actos, de que no sólo Ella no tiene derecho de realizar la menor acción o de tomar la menor decisión contra la voluntad divina, sino que además Ella debe decidir u obrar únicamente porque tal es la voluntad o el deseo de Dios, y no porque tal es su atractivo o voluntad personal. Como para Jesús, «su alimento es hacer la voluntad del Padre». Ella no realizará ningún acto ni pronunciará ninguna palabra más que bajo la inspiración y dirección del Padre y de Aquel a quien El envió.

Ella obedecerá a las grandes leyes naturales que Dios ha grabado en el corazón de cada hombre y que recordó en el Sinaí. Pero se someterá igualmente a todas las prescripciones pasajeras, a todas las prácticas complicadas, impuestas por el Señor a su pueblo, incluso cuando, según toda apariencia, Ella está dispensada de estas observancias, como por ejemplo del precepto de la purificación y de la visita anual al Templo de Jerusalén. Ella observará los preceptos importantes del Señor, pero será fiel también, con amor y celo, a la menor prescripción de la Ley o de la autoridad: como para Jesús, no quedará sin cumplirse ni el menor ápice de la Ley.

Ella hablará, obrará y vivirá en dependencia activa, profunda e incesante, de las leyes de Dios. Asimismo, con confianza sumamente filial y con abandono completo y ciego, lo dejará disponer de todo lo que es de Ella, aceptando con humilde y plena sumisión de amor todo lo que la vida le ofrece a Ella y a su único Tesoro, porque en todo esto Ella reconoce, adora y acoge la palabra y el beneplácito de Dios, su Señor y su Padre.

★

*Hágase en mí según tu palabra…* Y ¿qué importa el contenido de esta palabra? Ya traiga un mensaje de grandeza o de humillación, ya de felicidad o de tristeza, le basta saber que es la palabra de Dios y su santa voluntad, para acogerlo todo de buen corazón.

Esa palabra significa la dignidad infinita y la vertiginosa grandeza de la Maternidad divina, y la dicha inefable de llevar, alimentar y cuidar a Jesús, de vivir con Jesús, **su** Jesús, sin cesar, sin

interrupción, durante treinta largos años: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Esta palabra comporta, también para Jesús, la extrema pobreza de Belén, la huida insensata y la dura permanencia en Egipto, la dulce soledad de Nazaret: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Esta palabra exige más tarde la partida y la larga ausencia del Amado, sus predicaciones y sus triunfos, pero también la incalificable ingratitud de las turbas, la hostilidad cruel e hipócrita de los príncipes del pueblo, la desconcertante nulidad de los discípulos: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Esta palabra significa la gloriosa entrada en Jerusalén, pero exige también las espantosas horas que transcurren del Jueves Santo al Domingo de la Resurrección, cuando el Sol de su vida, en el Calvario, se esconda y hunda en las tinieblas y en la noche, en medio de burlas y blasfemias, y eso, aparentemente, para no volverse a levantar: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

De repente esta palabra manda la radiante aurora de la Resurrección, la apoteosis espléndida de la Ascensión, el huracán divino y vivificante de Pentecostés; pero le pide también a Ella permanecer sola, sola en la tierra, durante veinte o treinta años más, para educar pacientemente y con mil trabajos a los hijos de Dios, para velar por la cuna de la Iglesia que acaba de nacer; y por fin, por fin, la ruptura de los lazos terrestres, el fin de las ataduras corporales, el vuelo hacia el Amado en las alas del amor, para sentarse y reinar por siempre con El, sostener a las almas, llevar la lucha contra Satanás, establecer el reino de Dios, concebir, alimentar, hacer crecer y desarrollar el Cuerpo místico de Cristo hasta el último día de existencia del mundo. En todo eso, absolutamente en todo: *«Fiat mihi secundum verbum tuum!»: ¡Hágase en mí según tu palabra!*

Y poco importa que esta palabra le sea transmitida, o esta voluntad manifestada, por una voz u otra, por tal o cual órgano: un Angel radiante o su virginal Esposo, un emperador corrompido que se hace adorar como Dios o un rey judío, orgulloso y cruel; que sea consignada en la Ley de Moisés, que se bambolea y está a punto de acabar, o recogida de los labios de su único Jesús… Poco importa: es la palabra y la voluntad de Dios, y eso le basta. Humilde y sencillamente, en el silencio, con dicha o con resignación, pero en todas partes y en todo, Ella repite el lema de su vida: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

★

¡Oh Madre, Madre amadísima, enséñanos y ayúdanos a decir tu *fiat* de palabra y de obra, a repetirlo sin cesar con voluntad firme y con corazón resuelto!

Mil veces, por nuestra Consagración, hemos pronunciado tu *«Ecce ancilla Domini»*. Pero desgraciadamente, por nuestra vida y nuestros actos, no hemos sabido proseguir con las palabras que son su ineluctable consecuencia: *«Fiat mihi secundum verbum tuum»*.

Desde ahora, con dicha y también por amor, nos acordaremos de lo que somos, y no renegaremos de nuestra descendencia de la *Ancilla Domini*.

¡Señor, Tú eres mi Dueño y Soberano, porque eres mi Dios y Creador, de quien debo recibir a cada instante lo que soy y lo que hago! Pertenencia radical, dependencia total, sumisión incesante y llena de amor: tal es mi primer y más importante deber. Depender de Ti a cada instante y en todas las cosas es la actitud de alma elemental y esencial que se impone a mí para contigo. Así, no tengo derecho a formular un pensamiento, a esbozar un proyecto, a tomar una decisión, a realizar el menor acto, a decir la menor palabra, sino porque Tú lo quieres o permites, ¡oh Dios mío!, y no porque yo lo quiera o desee.

A ejemplo de mi divina Madre, quiero escuchar tu palabra y dejarme conducir en todo por tu voluntad.

Tu palabra, Señor, tal como la dijo Jesús, tu Hijo y el Hijo de María, y tal como quedó consignada en el santo Evangelio, o inscrita en nuestros santos Libros.

Tu palabra, Señor, tal como me es propuesta por tu Iglesia, transmitida por el Papa, los obispos y tus sacerdotes, tal como me es comunicada por toda autoridad legítima.

Tu palabra y tu voluntad, Señor, las reconoceré en todo lo que me rodea, en todo lo que me suceda, en todo lo que me presente la vida y en todo lo que me venga de los hombres, en el desencadenamiento de los elementos, en la rudeza o el encanto de las estaciones, en las decepciones más amargas y en las alegrías más puras, en las cruces más pesadas y en las contrariedades de cada día, en los grandes acontecimientos que trastornan mi vida y en los minutos de que se compone cada uno de mis días: en todo eso escucharé tu palabra, reconoceré tu mano, respetaré tu voluntad y adoraré tu amor.

Reconoceré además tu palabra, muy preciosa esta vez, cuando el soplo de la gracia me la murmure al oído. ¡Ojalá me acuerde

entonces de mi noble y santa esclavitud, y pliegue mi voluntad de nada ante la tuya omnipotente!

¡Señor mío y Dios mío!, a ejemplo de María, Madre tuya y mía, quiero estar totalmente entregado, humilde y sencillamente entregado, a las decisiones y disposiciones santísimas que tomes para conmigo. Cumpliré tu palabra y haré tu voluntad cuando correspondan a mis pequeñas miras humanas, o cuando coincidan con mi insignificante voluntad, o cuando satisfagan mi pobre corazón humano. Pero, como Ella, quiero decir y vivir también mi *fiat* en todo lo que me molesta o desagrada, me abate o me hiere, en todo lo que me mortifica, me quebranta o me anonada. Tú eres el Amo, yo soy el esclavo, tu esclavo por amor y por libre elección de voluntad: *¡Hágase en mí según tu palabra!*

Por su *fiat* María se convirtió en Madre de Dios, y se realizaron en Ella las grandes cosas que Dios le destinaba.

Gracias a una vida de dependencia completa, incesante, incondicional respecto de Dios por María, podrá realizarse sobre nosotros el plan de Dios; y nosotros podemos cumplir dignamente la misión que El nos asigna, alcanzar el grado de vida divina al que nos llama, y dar la plena medida de apostolado fecundo que la infinita Bondad nos reserva.

# V
# “Mi alma glorifica al Señor”

Todo viene de Dios: lo que somos y lo que tenemos, lo que podemos y lo que hacemos. Y así, todo es de El. Del modo más radical, El es nuestro Señor y Dueño: *«Ego Dominus»*. Por consiguiente, debemos vivir sin cesar en la dependencia activa y pasiva más absoluta para con El: hacer u omitir lo que El manda o prohibe, desea o desaconseja. Y, además, dejarlo disponer libremente de nosotros y de lo nuestro, y aceptar con amor sus divinas decisiones.

La Santísima Virgen comprendió y practicó todo esto del modo más perfecto. Como vimos en nuestro último capítulo, Ella lo manifiesta por su palabra de consentimiento al gran Mensaje que el Arcángel le trae en nombre de Dios: *«He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra»*.

★

Pero si todo viene de Dios, y si por consiguiente El es su soberano Señor y Dueño, todo debe ser también **para Dios.** No tengo derecho a cosechar verduras en la huerta de mi vecino, ni de recoger fruta en un árbol que pertenece a otros. *«Res fructificat Domino»,* proclama el Derecho: cada cosa debe fructificar y aprovechar a su dueño, y a nadie más.

Todo viene de Dios, y así todo es para Dios. Todas las creaturas, en resumidas cuentas, tienen a Dios por fin. No su ventaja, ni su provecho, pues no podríamos aportarle ni aumentarle nada —El es infinitamente perfecto—; sino su gloria, su glorificación. Dios no podría aniquilarse a Sí mismo, ni producir una creatura, o causar un acontecimiento, que no estuviesen orientados en definitiva a su gloria, que no estuviesen ordenados a ser una manifestación de su grandeza, de su belleza, de su amor; y el hecho de que las creaturas razonables reconozcan y alaben esta manifestación de sus perfecciones, constituye su glorificación o su gloria externa.

Es cierto que las obras de Dios, también en el orden de la finalidad, están relacionadas y subordinadas unas a otras: Dios

quiere este ser o este acontecimiento con miras a este otro ser, a este otro acontecimiento. Pero finalmente, también en este orden de cosas, todo debe remontarse hasta El; pues El, y sólo El, es el fin último y supremo de toda creatura.

Debemos reconocer y respetar este orden esencial e inmutable. Es cierto que podemos apuntar a fines más inmediatos y subordinados, pero nunca de modo que sea imposible orientar estos fines inferiores hacia Aquel que es la suprema razón de ser de todo lo que existe y de todo lo que sucede. Debemos vivir en la disposición habitual de reducirlo todo en última instancia a Dios como a nuestro Fin supremo, y la perfección exige que lo hagamos frecuentemente, del modo más formal y explícito.

En los peldaños de la escalera de nuestra vida pueden establecerse diversas creaturas y múltiples intereses; pero en el extremo de esta escalera no hay lugar sino para Dios, y solo Dios.

Aun el amor legítimo y bien entendido de nosotros mismos debe reducirse finalmente a Dios; el mismo deseo y esperanza de nuestra perfección y de nuestra felicidad personales deben ser llevados por este río de oro del amor divino, que finalmente **todo** lo arrastra hacia El.

★

¡Qué admirablemente comprendió nuestra divina Madre estas relaciones esenciales de la creatura con el Creador! ¡Y cómo debe sonreír desde el cielo escuchando nuestros balbuceos de niño sobre este punto!

Un momento de su vida es particularmente instructivo, convincente y realmente revelador en este orden de cosas.

Hace pocos días, tal vez pocas horas, que se ha convertido en Madre de Dios. En un espíritu de caridad y de apostolado, Ella se arranca del atractivo casi irresistible de estar a solas con El, y se pone en camino hacia un país montañoso. Después de un viaje largo y fatigoso, llega a casa de su santa prima, de edad ya avanzada. Ella, la Madre de Dios, saluda la primera. Su palabra obra al modo de un sacramento. Apenas la ha pronunciado cuando el futuro Precursor es purificado del pecado original y santificado en el seno de su madre, y con estremecimientos de alegría la hace partícipe de estas maravillas. La misma Isabel, al escuchar el saludo de María, queda llena del Espíritu Santo y exclama transportada: *«¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno! Y ¿de dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la*

*voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Bienaventurada tú que has creído!, porque se cumplirán las cosas que te fueron dichas de parte del Señor»* [1].

Así habla Isabel, invadida y transportada como está por el Espíritu de Dios.

Jamás hijo alguno de los hombres recibió semejantes alabanzas.

Pero prestemos atención ahora a las siguientes palabras del Evangelio.

*«Y dijo María:*
*Glorifica mi alma al Señor,*
*y mi espíritu se alegra en Dios, mi Salvador,*
*porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava.*
*Por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada,*
*porque ha hecho en mi favor maravillas*
*el Poderoso, cuyo nombre es Santo».*

«**Dijo María**». ¡Qué sereno, sencillo, magnífico!

Isabel está fuera de sí misma por estas cosas grandes y divinas. María, al contrario, las lleva con una fortaleza tranquila, porque Ella lleva a Dios, y porque las cosas divinas son su atmósfera habitual.

María, para decir lo que va a decir, no tiene que hacerse violencia, ni reflexionar de manera especial, ni recogerse más que de costumbre. Lo que va a decir, o cantar si se quiere, es para Ella tan sencillo, tan evidente… De nuevo su alma se manifiesta y se traduce aquí con palabras tan bellas y tan ricas en su sencillez, que se las podría meditar durante toda una vida sin agotarlas, y de vivirlas nos conducirían, ellas solas, a la más elevada santidad.

Con la sencillez de un niño Ella pronuncia una de las profecías más admirables y formidables que jamás hayan pronunciado los labios humanos. Es una pequeña doncella judía, completamente ignorada, de 15 o 16 años, la que en una modesta morada de una aldea desconocida de Judea se atreve a declarar —y los siglos venideros tendrán que darle la razón—: *«Desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, cuyo nombre es Santo».*

Es la verdad más pura, la realidad más incontestable. Pero, y es aquí donde se manifiesta la verdadera humildad, esta grandeza que da vértigo proviene de Dios, es una mirada de condescendencia y

[1] Lc. **1** 42-45.

amor de Aquel que se fijó en «la pequeñez de su esclava», y por eso: *«Mi alma glorifica al Señor»...* Mi alma engrandece al Señor, se alegra y se regocija en El… Ella querría hacerlo más grande de lo que es, pero no puede: pues, afortunadamente, a causa de la infinitud de Dios, es impotente para hacerlo; pero quiere sumarle todo lo que una creatura puede darle, a saber: la amorosa gratitud por sus beneficios, la jubilosa afirmación de que El es la fuente de todo lo grande, bueno y hermoso; quiere alabarlo, celebrarlo, darle honor y gloria con todas sus fuerzas…

Hay escritores espirituales que afirman que María repitió frecuentemente su **Magnificat,** especialmente más tarde, después de la sagrada Comunión. De muy buena gana lo creemos. Pero lo que más cuenta y es totalmente cierto, es que su vida fue un Magnificat ininterrumpido, esto es, una glorificación incesante y perfectísima de Dios; que Ella no obró nunca para agradar a las creaturas, que no se buscó nunca a sí misma en un egoísmo que se repliega sobre sí, que Ella no se complació nunca vanidosamente en su grandeza y santidad; que cada pensamiento, cada palabra y cada acción suya eran orientadas del modo más formal hacia Dios; y que cada instante de su vida fue un cántico de alabanza que subía hacia el Altísimo, un sacrificio de buen olor que se exhalaba desde el incensario precioso de su Corazón amantísimo. ¡Con qué acento santamente apasionado no debió repetir Ella frecuentemente ciertas expresiones del Salmista, como por ejemplo la siguiente: *«Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam:* No para nosotros, Señor, no para nosotros, sino para vuestro nombre sea toda la gloria» [1]. Ella fue el Eco fiel del alma de Jesús, que exclamaba: *«Yo no busco mi gloria, sino la del Padre que me ha enviado»* [2]. Y en el momento en que van a romperse los lazos que lo atan a este mundo, Ella puede repetir con toda verdad las palabras de su Hijo: *«Padre, Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar»* [3].

★

Así debe vivir, a ejemplo de Jesús y de María, quien ha comprendido lo que es Dios respecto de él. Así debe vivir un verdadero cristiano, un auténtico devoto de María. Así debe vivir

[1] Sal. **113** 9.
[2] Jn. **5** 30; **8** 50.
[3] Jn. **17** 4.

muy especialmente el esclavo de amor de Nuestra Señora, que se ha consagrado totalmente a Ella.

Nuestro Padre, San Luis María de Montfort, nos recuerda esta obligación: *«Es menester hacer todas las acciones… por la gloria de Dios como fin último. Esta alma, en todo lo que hace, debe renunciar a su amor propio, que se pone casi siempre como fin de manera imperceptible…»* [1].

Quien así habla penetró hasta las profundidades más secretas del alma humana. Es demasiado cierto que, sin un esfuerzo serio y constante, nos ponemos siempre a nosotros mismos como fin de nuestras acciones. Algunas personas superficiales podrán juzgar exagerada esta afirmación: y es que lo hacemos de **manera imperceptible,** como precisamente lo afirma nuestro Padre. ¡Cuántas veces obramos por indolencia o por pereza, por sensualidad, vanidad o atractivo natural, para atraer sobre nosotros la atención de los hombres, obtener su aprobación o recoger sus alabanzas; y nos imaginamos y hacemos creer que estamos obrando por motivos puros y elevados!

Por eso, ante todo, debemos ser leales, rectos, amigos de la verdad, y saber reconocer como tales las acciones defectuosas, manchadas por la vanidad y por la búsqueda del yo. Debemos escrutar con el despiadado proyector del examen de conciencia los recodos más secretos de nuestra conciencia. Y para desterrar de nuestra vida estas ilusiones trágicas, esta sobrestima fatal de nosotros mismos, tenemos —gracias a Dios— nuestro precioso secreto mariano mismo, al que el Padre de Montfort le asigna entre otros, como uno de sus «efectos maravillosos», el conocimiento y el desprecio de sí mismo [2].

Orientemos luego con valentía y perseverancia toda nuestra vida y cada ápice de esta vida hacia Dios, a fin de buscar y cumplir en todo y a través de todo, especialmente por nuestra santificación y felicidad eterna, la glorificación suprema de Dios.

Es el precepto de San Pablo, a quien debemos estar agradecidos de habernos indicado que podemos apuntar a esta gloria y alcanzarla por nuestras humildes acciones: *«Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»* [3].

---

[1] Secreto de María, nº 49.
[2] Verdadera Devoción, nº 213.
[3] I Cor. **10** 31.

La «verdadera Devoción» a la Santísima Virgen no es un obstáculo para esto, sino al contrario un excelente medio. Vivimos, como nos lo recuerda nuestro Padre, para provecho y gloria de María como fin próximo, pero para gloria de Dios como fin último. En otras palabras, vivimos y obramos **por las intenciones de la Santísima Virgen,** que apuntan siempre, y del modo más perfecto, a la mayor gloria de Dios.

San Luis María de Montfort adelanta a este propósito una de sus afirmaciones más audaces —que por otra parte prueba—: *«Por esta práctica, observada con entera fidelidad, darás a Jesucristo más gloria en un mes de vida, que por cualquiera otra, aunque más difícil, en varios años»* [1].

No hay motivo más poderoso para practicar la santa esclavitud de amor que la certeza de que, de este modo, nuestra vida será un Magnificat espléndido e incesante, aprendido de María y cantado juntamente con nosotros por Aquella que es la incomparable Artista y Cantora de las grandezas divinas.

[1] Verdadera Devoción, nº 222.

# VI
# Unión en el amor

## MODELO DE AMOR DIVINO

El Nuevo Testamento, mucho más que el Antiguo, es el Testamento del amor. Cuando Jesús fija el primer y mayor mandamiento de la Ley, no habla de servir, de adorar, sino de amar: *«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente»* [1].

Mucho antes de que Jesús dirigiese estas palabras a las turbas, la Santísima Virgen lo había comprendido y vivido. Ella no tuvo que aprender de San Juan que Dios, que es Grandeza, Poder y Sabiduría, es ante todo Caridad. El Espíritu Santo, que ya desde el primer instante de su existencia la había elegido por su Templo de predilección, había derramado también en su alma, desde este mismo instante, la caridad divina, y esto en una medida absolutamente única. María es como el amor de Dios encarnado, personificado. Todas las energías de su alma estaban realmente concentradas en su único Amado. Nada pudo jamás retrasar, disminuir o impedir este amor. Desde la primera hora de su vida Ella no conoció, en definitiva, más que un solo afecto, y con todo el ardor e impetuosidad de este primer amor siempre en crecimiento, Ella amó a Dios, y fuera de El, únicamente lo que lo recordaba, lo que lo representaba, lo que El mismo designaba como objeto de su afección: su Hijo, sus almas, sus creaturas. Ella amó realmente a Dios en todas y sobre todas las cosas.

Y este amor fue el móvil de todas sus acciones, el resorte que puso en movimiento, por decirlo así, todos los engranajes de su ser, la razón de ser de todas sus empresas. Su vida estaba totalmente impregnada y llena de él. Este amor le inspira esta dependencia absoluta que ya hemos descrito; él la hace aspirar a Dios, tender apasionadamente a El, rezar, trabajar, sufrir y vivir por su gloria y por su Reino.

[1] Mt. **22** 37.

Este amor, además, podía y debía revestir las más diversas formas, que se completaban y atraían mutuamente. Era, y sigue siéndolo, el amor *agradecido* de la creatura más privilegiada para con su Creador; el amor de un alma que sabe no ser nada por sí misma, para con Aquel que es la Santidad, la Perfección infinita, el Ser que condensa en Sí toda verdad, toda belleza y toda bondad… Es el amor sencillo y filial que el *hijo* preferido tiene por su Padre, a quien Ella debe la vida divina, recibida de El en su plenitud; y también el amor tierno, jubiloso y radiante de la *Esposa,* para con Aquel que la eligió y deseó como «su Paloma, su Inmaculada, su Perfecta, su Unica» [1].

★

¡Reina del amor, Madre del amor hermoso, enséñanos a amar verdadera y dignamente a tu Dios y nuestro Dios!

¡Enséñanos a apartar de nuestra vida todo afecto que no venga de Dios, que no conduzca a Dios, que no se refiera a Dios!

¡Señor mío y Dios mío! Apenas me atrevo a proferir estas palabras, pues proceden de un corazón indigno y de labios manchados… Pero «amonestado por preceptos saludables, e instruido por consejos divinos», a ejemplo de María y con su propio Corazón y boca, me animo a decirte, a repetirte sin cesar, a cantarte por cada pensamiento que formulo, por cada acto de querer que produzco, por cada acto que realizo, a cada instante, en cada paso, en cada latido de mi corazón: «¡Señor mío y Dios mío, te amo!».

¡Señor, soy esclavo tuyo, pero esclavo tuyo por amor! Esta esclavitud es el triunfo del amor… ¡Quiero obedecerte en todo, depender de Ti en todo y en todas partes, pero por amor y en el amor!

¡Señor, te ofrezco mis más humildes adoraciones, mi más fiel servicio, pero quiero adorarte y servirte en el amor!

¡Señor, mi vida quiere ser como un incensario oloroso delante de tu trono, como una lámpara ardiente delante de tu altar, como una alondra que se remonta y canta en el cielo!… Pero el amor ha de ser el fuego y la llama que me consuma, el impulso que me eleve hacia Ti y me haga cantar tus grandezas.

¡Señor, Tú me has impuesto el deber de la caridad con el prójimo, como un segundo precepto semejante al primero! También quiero cumplir este precepto, abrir cuanto pueda mi corazón a este

[1] Cantar de los Cantares.

amor. Amaré tus creaturas, los astros, las flores, los pájaros, el mar y las montañas, porque conservan las huellas de la belleza y de la grandeza de Aquel que las ha sacado de la nada. Amaré también a los hombres, a quienes has creado a tu imagen y semejanza y elevado a la participación de tu vida propia y personal; amaré más especialmente, según tu deseo, a los niños, a los pobres, a los enfermos, a las almas del Purgatorio y a los santos del Paraíso. No excluiré a nadie de este amor, ni siquiera a mis enemigos, tanto los de mi patria como los de la humanidad; a nadie, salvo a los condenados y a los demonios…

Pero al igual que María, mi Madre, a su ejemplo y con su socorro indispensable, quiero amarlo todo y amar a todos en Ti y por Ti, porque en todos los seres Tú has dejado como la huella de tu rostro y el perfume de tu paso; porque en todas estas creaturas pasó el soplo de tu Corazón; y porque en todas ellas Tú has impreso la imagen, por muy imperfecta que sea, de tu belleza infinita.

## TABERNÁCULO VIVO DE LA DIVINIDAD [1]

Pero nuestro modo de estudiar las actitudes de la Santísima Virgen para con Dios sería demasiado superficial, si no la consideráramos también como Templo vivo de la Santísima Trinidad. Nadie comprendió ni vivió como la humilde Madre de Jesús el gran misterio que Cristo reveló al mundo por estas palabras: *«Si alguno me ama…, mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él»* [2].

¡María, Templo vivo, Tabernáculo precioso, Morada preferida de la Santísima Trinidad!

¡Ningún Santuario es amado como este, ni ningún otro está tan lleno como este de la gloria del Altísimo! ¡No hay ninguno en el que la Divinidad haya habitado con tanta complacencia, al que se haya comunicado tan enteramente y unido tan íntimamente, como el Corazón purísimo de la Santísima Virgen María!

Pero es que tampoco hay en el mundo ningún templo tan puro como el Corazón de María, que nunca fue manchado ni por el fango del pecado ni siquiera por el más tenue polvo de imperfección. Ni hay tampoco en el mundo un templo tan silencioso y recogido como

[1] Acto de Consagración de San Luis María de Montfort.
[2] Jn. **14** 23.

este, en el que jamás penetró la agitación del mundo, y que jamás se vio turbado por el ruido de las preocupaciones profanas y puramente humanas.

No hay un templo en el mundo, ni uno solo, en el que las flores de todas las virtudes exhalen un perfume tan delicioso en honor de los Huéspedes divinos que lo habitan; ninguno en el que la lámpara del fiel recuerdo de Dios sea alimentada tan cuidadosa e incesantemente, en el que las lámparas del amor divino brillen con un mismo resplandor, en el que el canto sagrado de las acciones santas y el órgano real de un corazón inflamado de amor se dejen oír al unísono para alabanza del Dios santísimo y amadísimo.

¿Te has dado cuenta? Cuando meditamos la vida de Nuestra Señora, tal como se reconstruye sin dificultad según los datos, escasos pero ricos y profundos, del Evangelio, somos atrapados en esta atmósfera de recogimiento, silencio y oración que se desprende de la narración sagrada. Y el secreto de ello es este: María vivía en su interior, contemplando y meditando sin cesar el Tesoro infinitamente precioso que llevaba en Ella, y olvidando las cosas exteriores; conversando sin parar con el Amado que vivía en Ella, agradeciendo, alabando y adorando a las divinas Personas que, llenas de caridad infinita, penetraban su alma con su adorable Presencia…

★

Estas son también las cimas de nuestra vida espiritual, y un esclavo de amor de Nuestra Señora no puede dispensarse de aspirar a vivir en estas alturas. Sí, adorar a Dios y servirlo, cantarlo y glorificarlo, amarlo y contemplarlo, ¡pero a Dios viviendo en nosotros, a la Santísima Trinidad habitando en nuestra alma por la gracia santificante!

Ser consciente de este misterio, vivir de esta maravilla, es una gracia especial de nuestro tiempo, porque el Espíritu Santo, en nuestros días, ha atraído de modo especial sobre esta verdad la atención de los fieles y de su Iglesia; porque, bajo la inspiración de Dios, los escritores espirituales han expuesto magníficamente esta doctrina; porque almas selectas, más que en cualquier otra época, han hecho de este misterio el punto central y el hogar luminoso de toda su vida interior.

¡Ojalá aprendamos esta lección de nuestra Maestra y de nuestro Modelo, María: saber prácticamente que llevamos verdadera, real y

sustancialmente en nuestra alma a la misma Divinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en una comunión incesante y encantadora!

¡Ojalá guardemos nuestra alma pura de pecado y de imperfección, exenta de orgullo y de impaciencia, de disipación y de egoísmo, a fin de que las divinas Personas puedan habitar en nosotros con gozo y complacencia!

¡Ojalá, sobre todo, no nos suceda jamás la desgracia de las desgracias, el pecado mortal, por el que los Huéspedes adorables de nuestra alma son ignominiosamente expulsados de su morada!

¡Dígnese nuestra divina Madre enseñarnos esta ciencia y concedernos esta gracia!… ¡Dígnese también ser el precioso Suplemento de nuestras insuficiencias y de nuestras indelicadezas, y montar con nosotros y por nosotros una guardia vigilante, orante, amante, en el templo de nuestro corazón, mientras esperamos que la Divinidad llene nuestra alma con su eterno esplendor!

# VII
# Marta y María

La conocidísima escena del Evangelio sigue siendo eternamente joven y atractiva.

Durante sus viajes a través de Palestina, Jesús llegó a una cierta aldea; y una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa.

Esta mujer tenía una hermana, María, que sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra, mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Se acercó un momento, pues, y con cierta impaciencia dijo: *«Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude».* Mas el Señor le respondió: *«Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; pero una sola es necesaria. María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada»* [1].

A los ojos de la Iglesia Marta y María han sido siempre la personificación de lo que llamamos la vida activa y la vida contemplativa, esto es, la vida en que ocupan la parte principal ya sea las obras al servicio de Dios, ya sea la oración y la penitencia.

Más de un cristiano ha quedado sorprendido de que la Iglesia eligiera en otro tiempo este evangelio para la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen. Era evidente que su intención era la de proponernos a Nuestra Señora como el modelo perfecto a la vez de la vida activa y de la vida contemplativa. Y es que María reunió en la tierra esta doble forma de santidad, aunque evitando los defectos que acompañan a menudo a quienes practican uno u otro aspecto de la perfección: Ella fue una Marta diligentísima al servicio del Señor, y al mismo tiempo una María entregada sin cesar a una contemplación llena de amor.

El Evangelio nos afirma que Jesús amaba a María y a Marta. Por lo tanto, amó por doble motivo a su santísima Madre, porque Ella reunió en su existencia esta doble plenitud de la vida de perfección. Aun en el cielo Ella continua, en cierto sentido, a unir una vida activa preciosísima y elevadísima a la contemplación más sublime.

---

[1] Lc. **10** 38-42.

Vamos a meditar con amor estos pensamientos. Todos somos llamados a llevar a la vez la vida de oración y la vida de acción: *«Ora et labora!* ¡Reza y trabaja!». Este es el gran lema cristiano, en el que nuestra divina Madre nos será un preciosísimo Modelo.

## MARTA

*«En ese tiempo Jesús entró en una aldea»*... Esta modesta aldea significa nuestra tierra, que en definitiva no es más que un punto insignificante entre los mundos inmensos e innumerables lanzados por Dios en el espacio… Entró en esta «aldea» por la Encarnación. Vino al mundo creado por El, pero el mundo no lo reconoció… Vino a su propio pueblo, mas los suyos no lo recibieron. *«Mulier quædam recepit eum in domum suam».* Pero una cierta Mujer lo recibió en su morada. Una Mujer, bendita entre todas las mujeres, la Mujer por excelencia, María, lo recibió —¡con qué felicidad, amor y reverencia!— en la morada ricamente adornada de su Corazón… Allí podrá morar, descansar, encontrar compensación y consuelo de la ingratitud, de la frialdad de los hombres, ser calentado por el ardor de un amor fiel e incomparable…

*«Satagebat circa frequens ministerium»*... Al punto Ella se puso al servicio del Maestro, con todo lo que Ella es y todo lo que Ella tiene… Ella lo va a llevar, alimentar, hacerlo crecer con lo más puro de su propia sustancia, de su propia sangre, durante largos meses… Y luego ¡qué escenas encantadoras se despliegan ante nuestros ojos, cuando pensamos en los cuidados delicados y afectuosos que Ella dispensa a su Jesús cuando ya ha nacido: qué respetuosa y prudentemente lleva en sus brazos a su pequeño Hijo, lo alimenta en su pecho, lo depone en su pobre cuna y lo duerme con un canto melodioso, se ocupa en cubrirlo, en vestirlo!… Ella no vive más que para El. Y María seguirá trabajando sin cesar, con un amor cada vez más tierno y profundo, por su Hijo que crece, por el Adolescente encantador, por el Joven en quien se esconde un Dios. Durante toda su vida, las manos de María tejerán y repararán sus vestidos, mantendrán su pobre morada y el modesto lugar de su descanso. Todo es para Jesús en esta vida… Así será durante treinta años. Y así será también durante su vida pública. Es cierto que no se señala entonces la presencia de la Madre, como los Sinópticos no señalan tampoco su asistencia al pie de la Cruz; pero podemos creer muy verosímilmente que Ella lo seguía habitualmente en todas partes, que Ella estaba a la cabeza —así convenía que fuese— de las

mujeres que acompañaban a Jesús y a los apóstoles a través de Palestina, para asistirlos en sus necesidades corporales.

Así será hasta el fin… Y sus manos purísimas y tan amadas de Jesús serán también las que harán el favor supremo —¡y qué doloroso!— a su Cuerpo desgarrado y sangriento: con respeto y amor infinitos Ella lavará las heridas sagradas del Salvador, purificará y embalsamará su Cuerpo profanado y manchado, y, como en otro tiempo deponía a su Niño encantador en el pesebre, lo depondrá ahora en la negra soledad del sepulcro para su gran descanso…

## Y AL MISMO TIEMPO MARÍA

Sí, Nuestra Señora fue una Marta amante y activa. Pero una Marta sin defectos, que al mismo tiempo es una María, ocupada sin cesar en contemplar y escuchar a Jesús. En Ella no hay agitación febril, ni dispersión, ni disipación. Ni ninguna preocupación relativa a las cosas temporales, a las cosas del mundo. Ella no perdió jamás de vista lo *único necesario:* sin cesar, y sin dejar de trabajar por El, estaba sentada a sus pies, contemplándolo sin parar y escuchando su divina palabra.

María miraba a Jesús…

¿Quién nos dirá lo que fue su primera mirada materna y virginal a Jesús que acaba de nacer en un establo de animales? ¡Con qué ternura y amor lo mira cuando descansa en el pesebre o juega en su regazo materno! ¡Y cómo Ella sigue más tarde con respeto y orgullo sus movimientos de adolescente, su trabajo asiduo en compañía de San José! Y sobre todo ¡cómo Ella busca sus ojos, más hermosos que las estrellas del firmamento, y le habla con este lenguaje de la mirada, tan pura y tan profunda!

Y eso no es más que el exterior, o más bien un miserable balbuceo sobre este exterior ya tan encantador. ¡Qué superado se ve por lo interior! Aun cuando Jesús escapase exteriormente a su mirada, su alma contemplaba incesantemente, incluso durante su sueño, el alma santísima de Jesús, totalmente radiante con los esplendores de la Divinidad… ¡Cuántos secretos y cuántas maravillas! Su pensamiento no se desprendía jamás de Jesús, su Dios adorado y su Hijo amado; continuamente Ella le permanecía unida, y como identificada con El.

María escuchaba a Jesús…

Ella escuchó con ternura sus primeros vagidos de recién nacido; con inmenso gozo sus primeros balbuceos; con emoción respetuosa sus primeras palabras: *«Padre nuestro, que estás en los cielos»*... Y un día inolvidable, cuando el divino Niño se aprieta más fuertemente contra su corazón, Ella escucha por la primera vez la palabra que la haría deshacerse de felicidad y de amor: ¡Madre!… ¡Mamá!… ¡Más tarde Ella escuchó tan a menudo y de tan buena gana las palabras «de gracia y de sabiduría» que caían ya de sus labios de niño! En el silencio y recogimiento más intenso Ella escucha durante las horas largas y solitarias de Nazaret cómo Jesús le revela poco a poco, a Ella la primera, los misterios de su amor; cómo le habla de los abismos de vida y de luz de la adorable Trinidad; cómo le desvela el futuro; cómo tal vez le habla ya de sus obras y de sus predicaciones, del Tabor y del Calvario, de su Resurrección y de Pentecostés, de la Iglesia y de las almas, de los sacramentos y sobre todo de la gran Maravilla eucarística de su amor… Miles de veces Ella escuchó así, admirada y en éxtasis, olvidándolo todo, porque la voz de su Amado resonaba en sus oídos y en su corazón…

Más tarde también, perdida humildemente entre la gente, Ella sigue escuchando con avidez y respeto las palabras que Cristo dirige a las turbas. A veces Jesús parece querer humillarla, desconocerla. En realidad encarece los elogios que se hacen de Ella. Y Ella comprende las palabras, para Ella sola inteligibles, que Jesús le dirige como de paso, y bajo las cuales oculta su amor y su veneración por Ella.

Ella escucha la palabra pública de Jesús por Ella misma y por nosotros, a fin de podérnosla comunicar más tarde. Ella es esta buena Tierra en la que fue sembrado el Verbo sustancial de Dios, en la que ahora cae la palabra del Verbo de Dios como una semilla preciosísima, y produce fruto al céntuplo, compensando así al Sembrador divino por la pérdida de tantas preciosas siembras, que caen sobre el suelo duro y pisoteado de corazones indiferentes, o son ahogadas por las zarzas y cardos de la riqueza y de las preocupaciones terrenas…

¡En qué silencio profundo escuchó Ella las últimas palabras de su Jesús en la Cruz, sobre todo esta palabra por la que Ella quedaba constituida y reconocida como Madre de todas las almas! ¡Y qué preciosamente recogía Ella en su alma sus últimas recomendaciones después de la Resurrección, y, con una emoción indecible, su último adiós antes de la Ascensión!…

Por dos veces el Evangelio nos hace observar que María conservaba en su corazón, meditándolas, todas las palabras de Jesús y todos los acontecimientos que marcaron su Infancia. ¡Ah, sí, bienaventurada eres Tú, María, por haber llevado a Jesús, el Verbo, en tu casto seno, y haberlo alimentado con tu leche virginal! ¡Pero bienaventurada también por haber llevado la palabra del Verbo en tu alma, escuchándola con amor y respeto, y haberla guardado y conservado fielmente!

También esto no es, en suma, más que el exterior. Del interior no podemos hacernos una idea exacta y completa. Ella estaba sin cesar a la escucha de Jesús en el fondo de su alma. Allí Ella le estaba siempre e íntimamente unida, entablando con El una conversación sin fin en un lenguaje de alma que en esta tierra no podríamos comprender; conversación continuada sin interrupción, a pesar de la distancia y de la ausencia, incluso durante el descanso y el sueño, a través del sufrimiento y de la humillación, prolongada hasta en la muerte…

¡Oh bienaventurada María, que siempre escuchaste y contemplaste maravillada a Jesús, enséñanos a mirarlo, sobre todo en la oración, y a escuchar su divina palabra; enséñanos a entretenernos con El en el amor, y a emplear nuestra vida, toda nuestra vida, en una actividad intensa y apacible a la vez, por El, únicamente por El!

# VIII
# Marta y María también en el cielo

Acabamos de mostrar cómo Nuestra Señora, en la tierra, unió la vida activa a la vida contemplativa, siendo a la vez Marta y María.

¿Será Ella a la vez Marta y María también en el cielo?

## MARÍA

Por sentado que Ella es María. Ya se han levantado los velos, se han disipado las nieblas, se han dispersado las nubes: Ella contempla en plena gloria al Sol de justicia, la faz adorable y amable de la Divinidad, como ninguna otra creatura, y con una mirada que nunca desfallece. Y porque su vida fue inefablemente más santa, su gracia inmensamente más rica y sus méritos incomparablemente más preciosos, su contemplación supera de lejos en claridad, profundidad e intensidad la mirada de los santos y de los ángeles. No intentaremos describir lo que es esta mirada, y por lo mismo lo que es este amor, esta posesión, este bienaventurado gozo de Dios. Si es cierto que *«ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó lo que Dios preparó para los que le aman»* [1], ¿qué habrá preparado para su Madre, su Hija, su Esposa, su Inmaculada, su Perfecta, su Amada, su Unica?… [2].

Y en el gran silencio imperturbado de la eternidad Ella escucha con encanto el Verbo único del Padre, que contiene toda riqueza de lenguaje y todo esplendor de armonía; Ella escucha los coloquios sublimes de las Personas divinas y los himnos de amor que se cantan mutuamente.

## ¿MARTA TAMBIÉN?

¿Podría Ella seguir siendo Marta allá arriba? Incontestablemente que sí, hasta el último día, del modo que vamos a decir. Todavía no ha llegado el tiempo de descansar del todo.

[1] I Cor. **2** 9.
[2] Cantar de los Cantares.

Todas sus potencias y energías están al **servicio** de los que la Escritura llama *«reliqui de semine eius,* los demás de su descendencia»; en otras palabras, al servicio de sus demás hijos, que son los hermanos y hermanas, no, los miembros de Cristo… De este modo Ella sigue sirviendo siempre a Cristo, su Hijo único.

Y no sólo en el sentido de que sus manos están incesantemente levantadas por nosotros al Padre, intercediendo continuamente aun por el más indigno de sus hijos: para eso, como la Iglesia nos lo enseña, Ella subió al cielo. Sino de otros modos…

**Madre de la inmensa familia de las almas,** de la que Dios es Padre, Ella dirige su incontable descendencia de almas, en la luz y con el poder de Dios, y sin que por eso se alteren en lo más mínimo la paz y bienaventuranza de su alma. Ella destina a cada alma las gracias de que puede tener necesidad en las circunstancias presentes, y de común acuerdo con Cristo, elabora el plan de nuestra santificación y de nuestra felicidad eterna hasta en sus mínimos detalles. Como instrumento de la Providencia divina, Ella concierta y dispone los acontecimientos de este mundo para el bienestar de sus innumerables hijos, y eso tanto en los sucesos más importantes y formidables, como en los más pequeños hechos cotidianos, los más insignificantes en apariencia.

**Generala de los ejércitos de Dios,** Ella conduce la batalla contra Satán, contra el Anticristo y sus satélites, con un odio implacable, una fortaleza invencible y una perspicacia incomparable; Ella dirige, protege, sostiene y defiende a sus hijos en este combate, ganando sin cesar nuevas victorias para la Iglesia de Dios, y realizando cada vez nuevas conquistas para ella.

**Rosa mística,** Ella siembra a manos llenas las rosas de la gracia en el camino de sus hijos. Estas rosas espirituales todos los santos, y entre ellos Santa Teresita del Niño Jesús —como lo expresa tan elocuentemente el conjunto que corona el altar mayor en la capilla del Carmelo de Lisieux— deben recibirlas de sus manos antes de enviarlas a la tierra. Mil veces mejor que la graciosa Santa, tan popular en el pueblo cristiano, *Ella pasa su cielo haciendo bien en la tierra.*

**Rut infatigable,** Ella recoge cuidadosamente, una por una, las espigas preciosas que tal vez escaparon a las miradas del más perspicaz e infatigable cosechador de almas; mas Ella recoge también por gavillas el grano escogido para asegurarlo en los graneros del Padre celestial.

Así será hasta el fin… hasta que las puertas del infierno se cierren tras el último condenado, y Satán sea encerrado definitivamente en su antro infernal; hasta que el último grano de trigo haya entrado en los graneros de María; hasta que su última oveja haya sido conducida a sus pies; hasta que se cuente y complete el número de los hijos de la Mujer, que por toda la eternidad han de contemplar la faz de Dios y proclamar su gloria… Entonces, y sólo entonces, con Jesús y todos sus demás hijos, podrá Ella descansar enteramente en los abismos de luz y felicidad de la santísima Esencia de Dios.

## ORA ET LABORA

¡Este es nuestro Modelo!

*«Ora et labora…* Orar y trabajar», este es el lema de los verdaderos cristianos y de los verdaderos esclavos de María, que quieren seguir su ejemplo a toda costa.

Debemos **trabajar** sobre el modelo de Nuestra Señora. No podemos ser perezosos, comer nuestro pan en la ociosidad, malgastar nuestra vida y nuestras fuerzas en futilidades y en una holgazanería deplorable. Trabajemos, pues, de buena gana y valientemente. Si no tuviésemos ocupaciones en razón de nuestro deber de estado, busquémoslas o creémoslas. Y este trabajo, ya sea intelectual, ya manual, de instrucción o de educación, misión de sacerdote o apostolado seglar, cumplámoslo seria y concienzudamente, como nuestra misma Madre, para santificación de cada cual, y también para la nuestra propia. Como hijos y esclavos de amor de Nuestro Señor, debemos evitar toda negligencia y cobardía en el cumplimiento de nuestra labor de cada día.

Trabajemos, sí, pero no por vanidad, no por búsqueda de ganancia alguna, ni por pura actividad natural, sino por deber y sobre todo, como María misma, siempre por Jesús y por Dios. Es conocido el precepto de San Pablo: *«Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios».* Renovemos a menudo esta pura intención de la gloria de Dios. Repitamos frecuentemente: *«¡Todo por Jesús y María! ¡Todo por ti, mi buena Madre! ¡Todo por amor tuyo, Dios mío!».* Sobre todo no nos olvidemos de ofrecer cada mañana nuestra jornada a Dios por María, mediante la renovación de nuestra total Consagración. Viviendo así por las intenciones de la Santísima Virgen, trabajaremos del modo más eficaz para mayor gloria de Dios.

Así seremos, a ejemplo de nuestra Madre, Martas al servicio del Señor. Pero debemos aún más, a imitación suya, ser Marías, esto es, **almas de oración.** Por nuestros asuntos y nuestro trabajo, por nuestras distracciones y recreos, por nuestras preocupaciones y desvelos, por la inquietud de mil futilidades de la vida, no hemos de dejarnos apartar de la preocupación de lo único que importa en definitiva: nuestra salvación y el servicio de Dios. Busquemos ante todo el reino de Dios en nosotros y alrededor nuestro, persuadidos de que todo lo demás nos será dado por añadidura. Nuestra vida entera ha de estar impregnada de oración. Comencemos y acabemos con ella cada una de nuestras jornadas. Un verdadero hijo y esclavo de María inscribe en su programa cotidiano, en la medida en que pueda, la santa Misa y la Comunión, la meditación y el Rosario, la visita al Santísimo Sacramento, el examen de conciencia y un poco de lectura espiritual. Seamos fieles a estos ejercicios de piedad y no los dejemos de lado por naderías. Sobre todo, cuidemos estos ejercicios, no haciéndolos precipitadamente, sino con el más profundo recogimiento, con fervor de voluntad… No olvidemos luego comenzar y acabar nuestras comidas y nuestras acciones principales con la señal de la cruz y la oración. Tratemos de cumplir nuestras acciones en espíritu de oración y recogimiento, y unirnos frecuentemente a Jesús y a María por medio de oraciones jaculatorias. Ejerzámonos especialmente en pensar frecuentemente en nuestra divina Madre, en saludarla, en invocarla, en consagrarnos a Ella, a fin de que Ella nos ayude a vivir en presencia del Señor.

Vivir de este modo en la oración y el trabajo por el Señor es la mejor parte que podamos elegir en la tierra, y por la que se nos dará en el cielo, como recompensa, una parte aún mejor, la contemplación cara a cara y la posesión bienaventurada de Dios, parte que no nos será quitada jamás ni por nadie.

# IX
# Sponsa Christi (1)

Después de Cristo, María es nuestro Modelo.

Nuestro modelo en nuestras relaciones con Dios, como hemos visto en capítulos precedentes; nuestro modelo también en nuestras relaciones con Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre.

Ella lo es a la vez como María y Marta al servicio del Señor.

Ella lo es también como esposa de Cristo, *sponsa Christi,* que es un lazo elevadísimo y estrechísimo de nuestra alma con El.

El alma sacerdotal, el alma religiosa, son las esposas de Jesús; y también lo son las que, sin llevar el hábito sacerdotal o religioso, se dan al Señor en la castidad virginal.

Es también esposa de Cristo, en cierta medida pero realmente, toda alma que vive en la caridad y gracia de Dios. El Cantar de los Cantares canta y exalta bajo esta forma la unión mutua de Dios y de su pueblo elegido, Israel, a pesar de que, en el pueblo judío, la castidad virginal no era apenas conocida.

Por eso, las páginas que vienen a continuación no se dirigen únicamente a los sacerdotes y religiosos, y a las almas consagradas que viven en el mundo. María es un Modelo encantador para todos los cristianos que se sienten atraídos a la unión divina bajo esta forma. ¡Dígnese la incomparable y, en cierto sentido, única *Sponsa Christi* impregnar con su gracia estas páginas, consagradas a un tema tan elevado y delicado!

## ESPOSA VIRGINAL DE CRISTO

La teología de nuestros días, alentada y dirigida por los Papas, ha resaltado fuertemente y explotado profundamente el principio tradicional más antiguo y rico en materia mariana: que María es la *nueva Eva* del nuevo Adán que es Cristo, y que, por consiguiente, Ella tiene que cumplir en el orden de la salvación, y guardadas las debidas proporciones, el mismo papel que Eva tuvo en el orden de la caída, de la perdición y de la muerte.

Incluso hay teólogos que ven en ello —con motivos serios— el principio fundamental de la Mariología, del que se pueden deducir todos los privilegios de la Santísima Virgen, sin excluir su divina Maternidad.

En todo caso tenemos ahí un fundamento muy sólido y de elevadísimo valor, en el que podemos construir con seguridad, y bajo la mirada vigilante de la Iglesia, el edificio de la glorificación de María, y hacerlo subir a alturas capaces de provocar vértigo.

Ahora bien, la primera misión de Eva era la de ser la esposa de Adán, y a este título, su *«ayuda semejante a él»*.

Del mismo modo, la predestinación de María, nueva Eva, comporta ante todo ser la Esposa de Cristo, y a este título, su Colaboradora fiel en todas sus obras y en todos sus misterios.

Va por sentado que se trata aquí de una unión *espiritual, sobrenatural,* que une directamente el alma de Cristo al alma de María: pues se comprende fácilmente que no podía tratarse de una unión nupcial ordinaria.

Pero para quedar unidos por lazos físicos estrechísimos e indisolubles, María fue predestinada por Dios para ser Madre de Cristo, su Madre según la carne, a fin de ser su Esposa según el espíritu.

Esta unión espiritual de Esposa con el Esposo es, en Nuestra Señora, tan real como su Maternidad divina, que la vincula físicamente a su Hijo.

No se podría comprender la vida interior de la Santísima Virgen ni penetrar en sus manifestaciones más íntimas, profundas y ricas, si no tuviésemos en cuenta estas relaciones esenciales tan puras y elevadas, que unen a Jesús con su santísima Madre.

No es nuestro cometido estudiar y exponer esta sublime verdad desde el punto de vista de Jesús.

Pero sí que debemos contemplar a María como la primera Esposa de Cristo, la más hermosa, pura, fiel y generosa, y proponerla como modelo a todos los que pueden gloriarse de una vocación tan gloriosa y exigente.

## PERFECTA ESPOSA DE CRISTO

A la base y al origen de la unión matrimonial se encuentra el amor. Y este amor es también el que debe mantener, alimentar y estrechar sin cesar esta unión, una vez que ha sido contraída.

Jesús es el primero en haber amado a María con un amor incomparable. *«Codició su belleza»* [1] encantadora, y la eligió para ser su Esposa inmaculada y virginal.

¡Y cómo respondió María a este amor!… Desde el primer momento de su existencia, Ella amó a Dios con un amor profundísimo, total, con un amor exclusivo. Y este amor Ella lo tiene sin división al Hijo de Dios, encarnado en su seno, y a quien la Maternidad divina la une por lazos tan fuertes y estrechos.

María ama con esta intensidad tranquila, profunda, insospechada, de las almas virginales. Su afecto no se desparrama, no se malgasta en mil creaturas. Ella ama ciertamente a las creaturas: a los hombres, que son sus hijos; a los ángeles, que contemplan la faz de Dios y llevan su vida en ellos; pero Ella no los ama más que en Dios y por Dios, en Jesús y por Jesús, y así su corazón no conoce ninguna división.

El amor de María exigía y llevaba consigo lo que es tal vez, sobre todo en la mujer, la necesidad más irresistible del amor: el don de sí.

María se dio enteramente —es la ley de la unión nupcial— a Cristo, su Esposo, con su cuerpo y su alma, con su ser y sus bienes, con sus potencias y sus obras; Ella se dio enteramente, de una sola vez y para siempre.

Jamás volvió Ella a retomar la menor parte de este don: cada minuto de su tiempo, cada acto de su vida, fueron la renovación, la ratificación y la realización de su donación inicial… ¡Cuántas veces habrá repetido Ella, en profundo recogimiento y con afecto emocionado: *«Dilectus meus mihi, et ego illi:* Mi Amado es para mí, y yo para mi Amado»! [2].

Ella cumplió perfectamente y sin descanso el deber de la esposa, deber que para la esposa ordinaria es tan difícil de cumplir a causa del egoísmo humano, que no se puede desarraigar; pues Ella vivió entera y únicamente para Cristo, su Esposo.

*María se olvidó a sí misma*... Esta es la cima del amor, la cumbre tan difícil de escalar. Ella no conoce más que a El, no vive sino para complacerlo, manifestarle su amor, darle gozo y consuelo.

Su alma se armonizó siempre con la de Cristo. Ella piensa como El, adopta sus sentimientos y sus disposiciones, y conforma

[1] Sal. **44**.
[2] Cantar de los Cantares.

todos sus actos y toda su conducta a su beneplácito y a sus preferencias.

Ella cumplió de muy buena gana y fidelísimamente otro deber de la esposa, el de la *«conviventia»,* el de la cohabitación con El, el de compartirlo todo con El. Desde el momento en que El descendió en el santuario de su seno virginal, Ella vivió constante y fielmente, tanto exterior como interiormente, junto a El, y compartió de muy buen grado todas sus condiciones de existencia: el establo de Belén, la triste permanencia en Egipto, la pobreza y la dulcísima intimidad de Nazaret, verosímilmente todos los viajes agotadores y decepcionantes de su vida apostólica, y en todo caso las horas terriblemente duras y dolorosas de su Pasión y muerte, y más tarde, las horas soleadas de su permanencia glorificada sobre la tierra después de la Resurrección, y finalmente —después de años de separación dolorosa, al menos exteriormente— la habitación eterna y beatífica en la casa del Padre, donde su trono se levanta junto al de su Hijo y Esposo: *«Adstitit Regina a dextris tuis…»* [1].

★

La esposa debe confiar en su esposo, debe serle fiel a través de todo, y muy especialmente en las horas de lucha, de desamparo y de pruebas.

¡Madre, qué admirable eres a este respecto! Tú conoces a tu Jesús: Tú creíste, una vez por todas, en su amor; Tú creíste también firme e inquebrantablemente en su misión, en su divinidad, en su triunfo, en su resurrección, en su reino…

La vida de la Santísima Virgen fue una vida de fe, de pura fe, como lo afirma Montfort en varias ocasiones. En el Ser minúsculo que Ella lleva en su seno, en el frágil Bebé que Ella estrecha en sus brazos y alimenta con su sustancia, en el Niño que crece, que multiplica sus preguntas y solicita sin cesar sus cuidados, más tarde en el joven Aprendiz obrero y en el humilde Carpintero, Ella reconoció fielmente, adoró humildemente y amó respetuosa e íntimamente al Mesías, al Rey de Israel y del mundo entero, a Aquel cuyo reino no conoce límites ni en el tiempo ni en el espacio, al Hijo de Dios vivo, sí, al Dios eterno y todopoderoso. Sin duda Jesús le debió repetir muchas veces: *«Mujer, grande es tu fe»;* y nosotros también debemos repetírselo frecuentemente con Santa Isabel: *«Bienaventurada tú que has creído».*

[1] Sal. **44**.

Tú has creído en su amor por Ti.

Hubo en tu vida horas cuyos penosos ecos nosotros recogemos ahora, en las que Jesús parecía rechazarte, negarte. Una vez te dijo —si este es verdaderamente el sentido de estas palabras—: *«¿Qué tengo yo contigo, mujer?»* [1]. Otra vez, cuando deseabas ser recibida por El, contestó: *«¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?... Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre»* [2]. En otra ocasión, cuando una mujer, transportada por las palabras del Profeta, exclamó en medio de la turba: *«¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!»,* El dio como respuesta: *«Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan»* [3].

Pero todo eso pasa como una suave brisa por encima de la superficie de tu alma, profunda como el océano… Tú lo comprendes, porque crees en El. Te das perfecta cuenta de que, en términos velados, en lugar de censurarte y rechazarte, te alaba; que El no contradice, sino realza más bien los elogios que se hacen de Ti. Tú sabes que en el inmenso amor que te tiene sería incapaz de negarte, de repudiarte; y por eso, en Caná, das orden a los servidores, con plena confianza de ser escuchada: *«Haced lo que El os diga»* [4]. Crees y sabes que, cualesquiera que sean las apariencias, Tú eres *«su Perfecta, su Amada, su Inmaculada, su Unica, su Hermana y su Esposa»* [5].

No lo hemos comprendido lo suficiente, no hemos pensado bastante en ello: Tú eres, Madre, la más heroica de las mujeres…

Hubo una hora, terrible y dolorosa entre todas, en que para permanecer de pie, para creer y confiar, fue necesario por tu parte un amor sin límites y una fortaleza de alma increíble, y por parte de Dios la gracia más poderosa que jamás haya sido concedida a una pura creatura.

Es el momento en que estuviste de pie junto a la Cruz…

Es cierto: durante largos años Tú fuiste la testigo maravillada de su santidad inefable. Te acuerdas de los hechos maravillosos que señalaron su infancia: el anuncio de la Encarnación por el Arcángel, el mensaje de los ángeles en su Nacimiento, la venida de los Magos

[1] Jn. **2** 4.
[2] Mt. **12** 48-50.
[3] Lc. **11** 27-28.
[4] Jn. **2** 5.
[5] Cantar de los Cantares.

desde el Oriente, iluminados y conducidos por un astro… Es cierto también que Tú lo viste hacer milagros, como en Caná, y que testigos dignos de fe te contaron innumerables maravillas realizadas por El. Es cierto, finalmente, que El había predicho todo lo que sucedió y sucede bajo tu mirada: que debía ser *«entregado a los gentiles, abofeteado, flagelado y crucificado»* [1].

Todo eso es realidad ahora, que lo tienes delante de los ojos. Pero esta realidad es tal que, probablemente, fuera de Ti nadie en el mundo sigue creyendo en su Divinidad, en su resurrección, en su triunfo y en su reino.

Sus discípulos, y los mismos Doce, flaquearon, lo traicionaron, lo negaron o al menos lo abandonaron. Dudan, tambalean en su fe, como aparece en la Escritura para Pedro y Juan, los mejores entre los suyos, y para los discípulos de Emaús. Es verdad, Madre, que algunas mujeres que lloran están junto a Ti: pero eso es, sin duda, por simple piedad humana hacia el incomparable Bienhechor de la humanidad, a quien se tortura con una crueldad infernal a cambio de los beneficios sin número que sembró alrededor suyo.

¿Será El vencido realmente? Sus enemigos, con la cabeza erguida y con el insulto en los labios, van y vienen, impunes, por debajo del instrumento de su suplicio… Todo se vuelve contra El y conspira para agobiarlo. Está abandonado de todos…

De todos… ¿También de Dios, su Padre?

Escucha… Desde lo alto de la Cruz resuenan palabras espantosas, palabras que, como puñaladas, traspasan la dulcísima alma de María: *«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?»*... Jesús mismo lo reconoce, lo proclama enfrente de la muerte, en medio de una agonía indescriptible, de un dolor aplastante…

¿Será cierto? ¿Habrá sido definitivamente vencido? ¿No habrá sido todo, absolutamente todo, más que un sueño, un espejismo maravilloso?

¡Madre, jamás has sido más grande que en este momento! En ninguna parte te admiro con tanto respeto y amor como en estas horas espantosas del Gólgota…

Tú permaneciste inconmovible en tu fe y heroicamente fiel en tu amor. Las olas inmensas de este amor suben hacia el divino Agonizante, y Tú le dices: «Si todo y todos te abandonan, yo estoy

[1] Mt. **20** 18.

junto a Ti: yo, tu pobre creatura, tu Madre amantísima, tu humilde Esposa, que te será fiel hasta la muerte… Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo… Tú eres el Rey del mundo, el Rey de los siglos, el Rey de gloria… Creo… que por la resurrección triunfarás de la muerte… que desde lo alto de tu Cruz lo atraerás todo a Ti… que tu dominación se establecerá hasta los confines de la tierra… Jesús mío, estoy contigo a través de todo, hasta el fin… Repito mi *fiat* por todos tus dolores… Te ofrezco y sacrifico al Padre, me ofrezco y me sacrifico contigo, para que por tu sacrificio, que es también el mío, se salven, santifiquen y beatifiquen las almas, se dé al Padre todo honor y toda gloria, y se establezca en el mundo el reino de Dios…».

★

Los hijos que Dios da a la esposa y al esposo son fruto y coronación de su amor mutuo.

En este magnífico Salmo 44, en el que, junto a la virtud y fortaleza, poder y magnificencia del Rey, se canta la belleza y gracia de la Reina, se alienta a Esta a renunciar a su pueblo y a la casa de su padre, con la perspectiva de que, en lugar de sus padres, le serán dados hijos, que Ella podrá establecer como soberanos por toda la tierra.

¡Oh María!:

Por haber sido siempre para Jesús una Esposa indeciblemente amante y fiel;

Por haberlo asistido heroicamente en los terribles tormentos que El mismo comparó a los dolores de parto;

Por haber sacrificado a tu Hijo único con generosidad infinitamente mayor que la de Abraham;

Se te ha dado una posteridad tan numerosa como las estrellas del cielo y la arena del mar:

El inmenso ejército de los santos, las muchedumbres incontables de los elegidos *«de toda tribu, lengua, pueblo y nación…»* [1].

Tú eres la verdadera Eva, *«Mater cunctorum viventium»,* la Madre de todos los vivientes, de los millones de almas que viven de la vida misma de Dios, y que Tú has dado al Padre, en unión y colaboración con Jesús, por toda tu existencia de pobreza, humildad,

[1] Apoc. 5 9.

oración y trabajo, y sobre todo por tu participación al sacrificio de Cristo…

★

Así es como María fue la verdadera y digna Esposa espiritual de Jesús, y Ella lo será *in sæcula sæculorum*…

Este es el espléndido modelo de todas las almas que alimentan la misma ambición audaz, pero justificada, y que quieren realizarla.

¡Dígnese la divina Virgen conceder a estas almas la gracia de caminar humilde y valientemente por estos caminos!

Pero retengámoslo bien —el Salmista lo manifiesta en el magnífico Salmo ya citado—: sólo tras la Reina, y conducidas por Ella, las vírgenes son conducidas al Rey en la alegría y exultación, e introducidas luego en su templo de gloria.

# X
# Sponsa Christi (2)

En el capítulo precedente hemos estudiado la elección de María como *Sponsa Christi,* Esposa de Cristo. Ella lo es de manera eminente y realmente única. Y también de manera perfecta cumplió Ella los deberes vinculados a esta sublime dignidad, y observó las actitudes que a ella convienen. El alma cristiana puede a su vez ser *sponsa Christi,* por una participación a la plenitud de esta unión sublime que fue la porción de Nuestra Señora. El alma no podría responder a esta eminente dignidad sin la gracia y el concurso de María.

## NUESTRA ALMA ES TAMBIÉN *SPONSA CHRISTI*

Repetimos aquí, antes de proceder adelante, lo que ya dejamos escrito, a saber, que estas consideraciones no se dirigen sólo a los sacerdotes, a los religiosos y a quienes, en medio del mundo, han hecho voto de castidad virginal; sino que también pueden ser útiles a todos los que desean vivir seriamente su vida cristiana. El cristianismo, por desgracia, es bruto y superficial en mucha gente, y perdió mucho de su delicadeza y elevación. ¿Para cuántos fieles, de muy buena voluntad sin duda, la vida cristiana se reduce únicamente o casi al temor del infierno, y por consiguiente a la huida del pecado mortal?

En numerosísimos textos San Pablo llama a la Iglesia *Esposa de Cristo,* y como tal la describe. Ahora bien, la Iglesia son las almas, somos nosotros. Por lo tanto, es indudable que toda alma cristiana en estado de gracia puede considerar y amar a Cristo como su Esposo, y considerarse a sí misma como su humilde esposa. Mirada bajo este ángulo, la vida espiritual es hermosa, elevada y encantadora.

Esta cualidad preciosísima la confiamos también, como hijos y esclavos de Nuestra Señora, a la *«Sponsa Christi»* por excelencia, a fin de que Ella nos la conserve preciosamente y nos ayude a corresponder a ella dignamente. Nos basta mirarla para comprender al punto cuáles deben ser nuestras actitudes para con Cristo, nuestro

Esposo adorado. Y de su ayuda todopoderosa esperamos también la fortaleza necesaria para cumplir deberes tan elevados.

## NUESTROS DEBERES A ESTE RESPECTO

1º A ejemplo de la Santísima Virgen, ante todo debemos **amar a Jesús** con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas. Nuestro amor por El debe ser un amor *predominante,* pues *«el que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí; y el que ama a su hijo o a su hija más que a Mí, no es digno de Mí»* [1]. En cierto sentido nuestro amor por El debe ser *exclusivo.* No debemos admitir en nuestra alma ningún afecto que no proceda del amor a Jesús, o a El no conduzca. Podemos y debemos amar a los hombres, pero únicamente del modo que El nos prescribió y de que nos dio ejemplo. No podemos acercarnos a las creaturas y servirnos de ellas sino en la medida en que son para nosotros un medio para servirlo y glorificarlo mejor a El. Un amor dividido es un amor disminuido. San Agustín lo expresó en una hermosa frase: *«Te ama menos, Señor, quien ama algo fuera de Ti, y no por Ti».*

Así se cierra el círculo del amor, pues *«El nos amó primero»* [2].

Por amor se dio a nosotros; recíprocamente, nosotros debemos *darnos* a El por amor, entregarnos totalmente a El, sin reservas secretas, sin excepciones implícitas, sin hurtos velados cuya causa es el amor propio, de modo que El pueda disponer libremente de todo lo que es nuestro y de todo lo que está en nosotros.

2º Para agradarle, a imitación de la Inmaculada, debemos **ser puros y sin mancha.** *«Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla… y presentársela resplandeciente a Sí mismo, sin que tenga mancha ni arruga ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada»* [3]. Desgraciadamente, nuestras almas quedaron manchadas por el pecado original y arrastran consigo esta triple concupiscencia que nos empuja hacia los bajos fondos. Debemos luchar valientemente para vencer y extirpar estas consecuencias deplorables del pecado. Debemos evitar el pecado mismo, el pecado del espíritu y el pecado de la carne, el pecado mortal y el pecado venial, y también la imperfección voluntaria. Así podremos agradar a Jesús y a María.

---

[1] Mt. **10** 37.
[2] I Jn. **4** 10.
[3] Ef. **5** 25-27.

3º Con María **permanezcamos junto a Jesús, y compartámoslo todo con El de buena gana.** Permaneceremos junto a El haciéndole compañía, tanto como podamos, en su existencia eucarística, asistiendo frecuentemente a su Sacrificio y acudiendo a la Mesa que su amor ha puesto para nosotros. Permaneceremos junto a El pensando frecuentemente en El, y viviendo toda nuestra vida bajo su mirada y bajo su influencia vivificante y santificadora.

4º Y nosotros queremos que **sea nuestro lo que fue su porción.** Por lo tanto, aceptemos una vida seria, grave, de trabajo y oración, en la que diversiones y pasatiempos tengan sólo su parte estrictamente necesaria; una vida de pobreza, de privaciones, de silencio y ocultamiento… Con la voluntad, y por mucho que nos cueste, aceptemos su cruz, con todas sus dimensiones y bajo todas sus formas. Queremos llevar nuestra cruz en pos de El, como se lo hemos prometido en nuestra Consagración, cada día y en cada hora de nuestra vida…

5º La esposa, la verdadera esposa, **se olvida de sí misma** y vive para su esposo. La Santísima Virgen lo hizo a la perfección. En las esposas secundarias de Cristo, la cosa es rara, muy rara. En todas partes encontramos, por desgracia, el amor de sí mismo, la búsqueda de sí, camuflada tal vez con arte consumado. Aprendamos de la Santísima Virgen a olvidarnos, a no estar siempre preocupados por nuestra salud, por nuestra reputación, por nuestras comodidades, por nuestras preferencias, por nuestros caprichos. Aprendamos de María a no vivir más que de El, para El y según El. Su Evangelio es nuestra sabiduría, sus preferencias han de trazar nuestra línea de conducta, su gloria, su triunfo y su reino deben ser nuestra única aspiración, nuestra única felicidad, nuestro único ideal.

6º Juntamente con la Santísima Virgen, **confiemos en El** a través de todo, incluso cuando El parezca olvidarnos, ignorarnos, rechazarnos y negarnos. En esos momentos sobre todo, es hermoso e indispensable creer en su amor y mostrarle nuestra más entera confianza. Continúa buscándolo entonces, aférrate a El. No mendigues entonces de las creaturas consuelo o diversión, pues lo echarías todo a perder y harías fracasar su obra divina de purificación y de desprendimiento. Cuando en la oración no encuentres más que aridez, distracciones y desgana, cuando tengas la impresión de que Jesús te rechaza, te condena y tal vez te maldice, has llegado a dos momentos cruciales de tu vida espiritual; el primero te hará aplicarte seriamente a la práctica de la perfección

cristiana, el segundo te introducirá más adelante en los misterios del amor divino. Por desgracia, la experiencia nos enseña que la mayoría de las almas se dejan detener ahí. Esta es la razón por la que tan pocos cristianos alcanzan la vida de intimidad con Cristo, Esposo del alma: buscan su propia satisfacción, su propio gozo, aunque sea espiritual, en lugar de vivir de pura caridad por El.

7º **No vivir más que para El:** no buscar jamás nada ni a nadie fuera de El. Juntamente con Nuestra Señora, hagámoslo todo, tomemos toda decisión, realicemos toda acción, para agradarle a El, para darle gusto, para glorificarlo y hacerlo reinar.

8º Juntamente con nuestra Madre, **creer también en El.**

En la vida ordinaria quedamos a menudo admirados de la confianza ingenua y absoluta, de la admiración ilimitada, que la mujer tiene en su marido. Dios lo ha querido así. Pero nuestra fe en Cristo, nuestra admiración por El, tiene bases mucho más profundas y sólidas: se apoya en la palabra de Dios, en el mismo Ser de Dios.

Creemos en la misión de Jesús, en su grandeza, en su Divinidad, en su amor, en su triunfo, en su reino, y eso a pesar de toda apariencia de fracaso. En este momento gran número de cristianos ponen prácticamente en duda su palabra, y su doctrina es minimizada. Desde hace decenas de años asistimos en todos o en casi todos los países cristianos a una descristianización lenta y progresiva, y a una verdadera crisis de la moralidad; todos los esfuerzos por detener esta marcha hacia la muerte, incluso los más generosos, no lograron conjurar el mal. Sobre todo se levanta el gran peligro que para la vida cristiana y el reino de Cristo constituye el comunismo ateo en el mundo. Ya se impuso por la fuerza a un tercio de la humanidad. Y no hay que hacerse ilusiones: el cristianismo de modo general, y el catolicismo en particular, aunque en menor medida, han sufrido por este motivo, desde hace cuarenta años, pérdidas considerables, que se elevan a decenas de millones. Pero ¡no se turbe nuestro corazón! Creímos en Ti, Jesús, cuando hace veinte años un hombre orgulloso quiso arrebatarte tu corona, cuando el nacional-socialismo, pagano hasta la médula, creyó haber conquistado Europa y el mundo por mil años, y se imaginó que la cruz gamada remplazaría definitivamente a la Cruz de Cristo. ¿Qué ha sido de este loco orgulloso? ¿Dónde están sus seguidores? ¿Qué queda de este sueño insensato?

Esta será, Jesús, la suerte de todos los que te atacan y combaten. *«**Es necesario** que El reine»,* dijo San Pablo, *«y que*

*ponga a sus enemigos bajo sus pies»* [1]. Vendrá el día en que la hoz y el martillo se quebrarán con estrépito al pie de la Cruz, o serán atados a ella como un trofeo de victoria. ¡Tú triunfarás una vez más y siempre, oh Cristo, hasta la victoria final antes de tu triunfo eterno! Y si la Iglesia, Jesús, como Tú mismo, tuviese que conocer un nuevo Viernes Santo dentro de uno, dos, veinte o cien años, creemos y sabemos que la radiante mañana de Pascua seguirá de cerca la sombría noche del terrible Viernes: también entonces repetiremos con amor fiel lo que hemos dicho no hace mucho: *«¡Aunque todos se escandalicen de ti, nosotros nunca nos escandalizaremos!... Señor, estamos dispuestos a ir contigo* [y por Ti] *hasta la cárcel y la muerte... ¡Aunque tengamos que morir contigo, no te negaremos!»* [2]. Es un juramento de amor y fidelidad. Somos conscientes de que no podremos cumplirlo por nuestras propias fuerzas, pero le seremos fieles con la ayuda poderosa de la Mediadora de todas las gracias.

★

La vida de esposa a Esposo, del alma con Cristo, según el ejemplo de María, es una vida hermosa, elevada y radiante. También es rica y fecunda, pues participa de la fecundidad de la unión de la Iglesia y de Nuestra Señora con Cristo, pues María es la personificación de la Iglesia. Juntamente con Ella, compartimos entonces la misión redentora, vivificadora y santificadora de Cristo, y también su Realeza y su triunfo sobre las potestades perversas del mundo y del infierno. Nuestra vida no será vacía y estéril; sino que nuestra humilde colaboración con Cristo dará a Dios hijos, muchos hijos, numerosas almas que lo servirán en la tierra y lo glorificarán en los cielos. De esta manera daremos y transmitiremos la vida, no una vida humana, sino la vida misma de Dios, que es la gracia.

Alegrémonos así de que nuestras almas, *«compañeras de la Reina, en pos de Ella sean conducidas al Rey»* [3]; nuestras almas, formadas y adornadas por Ella, atraídas por Ella a la vida de intimidad, y presentadas por Ella a Cristo. Le son conducidas *«en la alegría y la exultación»,* pues —no podía ser de otro modo— una alegría pura, profunda y tranquila llena semejantes existencias; le son conducidas por y para una vida de fe y abnegación en esta tierra,

[1] I Cor. **15** 25.
[2] Mt. **26** 33-35; Lc. **22** 33.
[3] Sal. **44**.

pero conducidas un día para una vida de bienaventuranza y gloria en el imperecedero *«palacio del Rey»,* que es el cielo.

# XI
# Madre del amor hermoso

Después de Cristo, María es nuestro modelo universal: un modelo apropiadísimo, un modelo de todas las virtudes y para todas las circunstancias de nuestra vida.

Ya la hemos estudiado como ejemplar en nuestra actitud de dependencia total hacia Dios, de glorificación fiel y de unión estrechísima con El. También en nuestros lazos con Cristo, el Hombre-Dios, Ella es para nosotros un modelo precioso y encantador.

## EL EVANGELIO DE LA CARIDAD

Nuestras relaciones con los hombres, con nuestro «prójimo», llenan gran parte de nuestra existencia y son importantísimas por más de un motivo. Jesús determinó con una orden clarísima cuáles deben ser, de modo general, estas relaciones: *«Amarás a tu prójimo como a ti mismo»* [1].

Cuando se estudia el Evangelio de cerca, uno se sorprende de la importancia que Jesús concede a este precepto, de la insistencia con que nos recomienda el cumplimiento de este deber, y de la multiplicidad de motivos que invoca para determinarnos a cumplirlo.

Es un mandamiento, el segundo, que El vincula al primero, el principal, y al que pone por decirlo así en el mismo rango: *«El segundo mandamiento es semejante al primero…»* [2].

Jesús parece tener una verdadera predilección por este precepto, al que llama «su» mandamiento, esto es, su precepto preferido: *«Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como Yo os he amado»* [3]. Se trata de un *«mandamiento nuevo»* [4], aunque ya existiese bajo la Antigua Ley; y, por lo tanto, un precepto que El

[1] Lc. **10** 27.
[2] Mt. **22** 37-39; Mc. **12** 30-31.
[3] Jn. **15** 12.
[4] Jn. **13** 34.

ratifica con su propia autoridad divina y humana. Esta será, y no otra, la señal por la que nos reconocerá como discípulos suyos, *«si nos amamos unos a otros»* [1].

Jesús emplea, por decirlo así, estratagemas divinas para determinarnos a cultivar su mandamiento. Seremos tratados por El exactamente del mismo modo como nosotros hayamos tratado a nuestro prójimo: *«No juzguéis, para no ser juzgados* —nos dice—; *no condenéis, para no ser condenados… Dad y se os dará, pues con la medida con que midáis se os medirá… Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia»* [2]. Al contrario, uno de los discípulos de Jesús nos afirma que *«un juicio sin misericordia está reservado para quien no haya usado de misericordia»* [3].

Jesús va más lejos aún en su insistencia sobre este punto. Considera como hecho a El mismo todo lo que se hace a los suyos [4]. Y eso no es un ardid sublime y conmovedor y una sustitución arbitraria: su afirmación se basa en la indudable y tan consoladora doctrina de la unidad de la cabeza y de los miembros en el Cuerpo místico de Cristo.

Y todos estos temas maravillosos el Artista supremo los condensa en el *stretto,* en el tema final de la *fuga* grandiosa de la historia de la humanidad. En el juicio final seremos juzgados únicamente, al parecer, sobre el modo como habremos practicado la caridad: *«Venid, benditos de mi Padre… Pues cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis… Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno… Pues cuanto dejasteis de hacer con uno de estos más pequeños, también conmigo dejasteis de hacerlo»* [5].

Nunca meditaremos lo suficiente todas estas palabras, repetidas sin cesar por los apóstoles y comentadas por ellos de mil maneras. Debemos preguntarnos frecuentemente si tenemos la señal de los verdaderos discípulos de Cristo, y si cumplimos realmente este importantísimo precepto de su Corazón amantísimo.

---

[1] Jn. **13** 35.
[2] Mt. **7** 1-2; **7** 7; **5** 7.
[3] Sant. **2** 13.
[4] Mt. **10** 40-42.
[5] Mt. **25** 31-46.

## MARÍA, MADRE Y MODELO DE LA CARIDAD

La dulce Virgen María es la Madre y el tipo admirable de la hermosa caridad cristiana. El Amor del Corazón de Jesús hacia los hombres, y más especialmente hacia los niños, los pobres, los desheredados y los pecadores, lo encontraremos de nuevo, con mil matices conmovedores de ternura femenina, de condescendencia y de solicitud maternas, en el dulcísimo Corazón de María. Y es que Ella no es más que el eco y el reflejo suavizado de la infinita Perfección, que dijo y repitió a menudo: *«Como el Padre me amó, Yo también os he amado a vosotros»* [1]. Y San Juan afirma que, *«habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo»* [2].

Nadie pondrá en duda que la Santísima Virgen ama a las almas con un amor tan fuerte y tierno, que supera el afecto de todas las madres juntas.

Los hombres son para Ella las copias vivas y las obras maestras de Dios, y no puede hacer otra cosa que amar la semejanza viva y la obra de su Dios. Además, las almas llevan en sí mismas la vida misma de Dios, la gracia, y son los templos vivos del Altísimo, en los que El se digna morar, o al menos son llamadas a eso; todo lo cual atrae sobre las almas la dilección y ternura respetuosa de María. Su amor por nosotros es un amor materno, y realmente el mismo amor que tiene a Jesús. Somos sus hijos por la vida divina que Ella nos comunica, y la maternidad, en la misma medida de su perfección, exige y comporta el amor. Siendo así las cosas, ¿quién podrá medir la profundidad, la fuerza y la ternura del amor de María por las almas, puesto que en suma esta caridad debe responder a una maternidad «divina», ya que es causa de la vida divina en nosotros?

Y su caridad por nosotros es su amor por Jesús, lo cual determina también la intensidad y ternura de este amor. A nosotros la doctrina del Cuerpo místico nos parece a veces un hermoso sueño, una encantadora metáfora. Para María es una viva realidad. Ella realmente reconoce y ama a Jesús en nosotros. Sólo al oír pronunciar el nombre de Jesús, su alma se conmueve. A la vista de la semejanza de Jesús en sus miembros sagrados, todas sus potencias de amor se concentran sobre aquel que para Ella es otro Jesús, Jesús mismo.

---

[1] Jn. **15** 9.
[2] Jn. **13** 1.

## A EJEMPLO DE NUESTRA MADRE

Madre amadísima, a ejemplo y según el precepto de Jesús, pero también a imitación tuya, queremos amar a los hombres.

Amarlos como Ella. Volveremos a hablar más en detalle de las cualidades de este amor. Por el momento nos detenemos en este pensamiento: debemos amar a los hombres con caridad sobrenatural, por motivos sobrenaturales, con el mismo Sagrado Corazón de Jesús y el dulcísimo Corazón de María.

Esta hermosa frase, de que nos hemos de **amar** unos a otros, produce un sonido extraño en nuestro mundo frío, duro y egoísta.

No debemos sólo cultivar la afección natural que se experimenta con los propios parientes, amigos y bienhechores. Sí, debemos hacerlo, pero con una afección sobreelevada, sobrenaturalizada, alimentada a cada instante con el pensamiento de que Dios, Jesús y María así lo desean, y practicada según su ley y su ejemplo.

Debemos amar a **todos** los hombres, también a los extranjeros, a nuestros enemigos, a quienes naturalmente nos dejan indiferentes o no se ven libres de nuestros reproches.

Debemos **amar** a nuestro prójimo. Todos saben lo que esto significa. Esta caridad no puede ser puramente negativa. No basta no molestar a nadie, no causarle ningún daño, no hacerle mal alguno. Debemos amar positivamente a nuestros semejantes, es decir, quererles y hacerles bien cuando se presente la ocasión, porque tal es la definición del amor: *«velle bonum».* Podemos hacerlo al menos por la oración, diciendo con nuestra divina Madre y con Jesús mismo: *«El pan nuestro de cada día dá**nos**le hoy, y perdóna**nos** nuestras deudas…».* El Padrenuestro es predicación y práctica de la caridad cristiana. Y eso puede decirse de casi todas las oraciones oficiales de la Iglesia.

Lo que importa sobre todo es que nuestra caridad sea sobrenatural. Lo será si amamos según el ejemplo de nuestra Madre. Ella repite las palabras de Jesús: *«Amaos los unos a los otros **como** Jesús os ha amado».* Debemos amar a nuestro prójimo, no a causa de un exterior atractivo, no por los dones y talentos naturales que tiene, y por su carácter alegre y agradable; debemos amarlo, no sólo por pertenecer a la misma nación, a la misma familia, a la misma patria; sino que, juntamente con Nuestra Señora, hemos de amar a

los hombres sobre todo en cuanto hijos de Dios, miembros de Cristo, hijos de la Santísima Virgen. No sólo hemos de amar al prójimo como hermanastro o hermanastra, sino como hijo del mismo Padre, Dios, y de la misma Madre, María.

Este último pensamiento, sin duda, facilitará y fortalecerá en nosotros el ejercicio y práctica de la caridad.

El ejemplo de la Santísima Virgen y la ayuda poderosa de su gracia nos conducirán al cumplimiento perfecto del precepto de que San Pablo dice: *«El que ama al prójimo, ha cumplido la ley»* [1].

[1] Rom. **13** 8.

# XII
# Caridad que soporta y perdona

Como hemos dicho, la caridad con el prójimo ocupa un lugar predominante en la doctrina de Cristo. Nuestra Señora participa singularmente del amor profundo e inconmensurable de su Hijo Jesús por las almas. Queremos copiar cuidadosamente este doble Modelo y amar a nuestro prójimo con caridad sobrenatural, en Dios y por Dios.

El ejemplo de nuestra divina Madre nos enseñará también las cualidades de que debe estar revestida esta caridad. Muy especialmente nos hará perdonarlo y soportarlo todo; pero también será dadivosa y generosa, amable y atenta.

Nada es más conmovedor en la historia de la vida y pasión de Jesús que escucharlo murmurar estas palabras, en el mismo momento en que sus verdugos cumplían con su horrible trabajo: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»* [1].

Tampoco la Santísima Virgen, a la vista de las torturas indecibles infligidas a su Jesús, se dejó llevar por la ira, ni colmó a los culpables de sus maldiciones maternas, ni siquiera a los verdaderos y principales culpables en este drama del Calvario. Ella se mantuvo estrechamente unida a Jesús, ofreciendo juntamente con El sus propios sufrimientos y sobre todo los terribles dolores de su Hijo, como Corredentora por la salvación y felicidad de los hombres, incluidos los verdugos de Jesús, y repitió con El las divinas palabras: *«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen».*

A Juan, el discípulo amado, que a pesar de esta predilección también había abandonado cobardemente a su Maestro y Amigo, y a Pedro, que además lo había negado vergonzosamente, Ella no les dirigió palabras de reproche, ni los rechazó lejos de sí, ni siquiera por algunas horas al menos, como castigo mil veces merecido; no, sino que con indecible bondad los acogió enseguida y los alentó a servir a Jesús con más fidelidad y amor que antes. Y si Judas, el traidor, el que mayor culpabilidad tenía en esta sangrienta tragedia,

---

[1] Lc. **23** 34.

hubiese venido a Ella para manifestarle su pesar y desesperación por el crimen que acababa de cometer, Ella hubiese impuesto silencio a su Corazón materno y estampado en su frente ardiente, en nombre de Jesús mismo, el beso del perdón…

Con ternura materna y delicadeza admirable, Ella, la Inmaculada, admitió en su entorno a la pecadora arrepentida, María Magdalena, que sin duda le fue confiada por Jesús mismo para una purificación más completa y la formación de esta alma tan ricamente dotada.

María es y sigue siendo de este modo la Madre de misericordia y, a causa de esto, el refugio de los pecadores. Y no hay un solo pecador en el mundo, por muy metido que esté en el fango del vicio, por muy obstinado en el mal que se muestre, por muy cargado que esté de todos los crímenes del mundo, que a su primera invocación, a su primera señal de pesar y arrepentimiento, Ella no esté dispuesta a acoger, a abrirle sus brazos maternos, a apretarlo contra su Corazón y volverlo a conducir al Corazón de Jesús, su amadísimo Hijo.

Y cuando el alma no se deja llevar a estos extremos, ¡qué buena y caritativa, qué paciente y longánima se muestra con todas nuestras debilidades y miserias!

Es que, sin duda alguna, Ella es la Mujer fuerte que ha de conducirnos a la conformidad con Cristo crucificado. Y Montfort nos recuerda que *«Ella reprende a sus hijos como caritativa Madre cuando faltan; y, algunas veces, hasta los castiga, amorosamente»* [1]; pero todo esto es obra de una caridad inagotable e indestructible. Su paciencia y su bondad no tienen límites. Ella es la Mediadora de todas las gracias. Todas las gracias actuales son muestras de la benevolencia y de las directivas e inspiraciones de María, después de serlo de Dios y de Cristo. ¡Cuántas veces por día Ella nos presenta sus gracias y nos invita a la mortificación, al recogimiento, a la abnegación, al empleo útil de nuestro tiempo, al espíritu de oración, a la caridad! Y ¡qué a menudo nosotros nos hacemos los sordos a sus exhortaciones, no concedemos ninguna atención a sus llamamientos, o resistimos de propósito deliberado a sus invitaciones maternas! ¡Y Ella vuelve cada día, cien veces por día, a presentarnos sus tesoros de gracias y suplicarnos que escuchemos sus consejos maternos! No hay cobardía ni negligencia de nuestra parte capaz de impedir que

[1] Verdadera Devoción, nº 209.

Ella cumpla con su misión materna, y que nos rodee con su ternura llena de solicitud.

★

Esta debe ser también, a ejemplo de la Santísima Virgen, nuestra caridad: una caridad que lo perdona y lo soporta todo. San Pablo nos lo enseña en su ditirambo espléndido sobre la caridad fraterna: *«La caridad es paciente, es servicial…; no se irrita, no toma en cuenta el mal…; todo lo excusa…, todo lo soporta»* [1].

Esta ley del soporte mutuo es muy importante, porque las lagunas en este punto nos conducen a un número incalculable de imperfecciones, o más bien nos establecen en un estado habitual de imperfección, ya que este deber se impone casi continuamente a nosotros. Jesús, al inculcarnos este precepto, recuerda un fenómeno psicológico que nos hace muy difícil este soporte. Y es que vemos claramente los defectos del prójimo, que frecuentemente agrandamos, mientras que no somos conscientes de nuestras imperfecciones personales, a menudo mucho más graves. Eso nos pasa a todos. Haz la prueba con tus parientes y conocidos: para cada uno de ellos tendrás enseguida una etiqueta poco halagadora. Este es charlatán, aquel es curioso, descortés, arrebatado, perezoso y otras cosas. Pero cuando llegas a ti mismo, ya no te queda para ti ninguna de estas etiquetas: ¡ya las has distribuido todas! Y va sin decir que en cada constatación de este género añadimos para nosotros: «¡Yo no soy así…!». ¡Nos hacemos creer tan fácilmente que, en comparación con los demás, no tenemos defectos… o tan pocos!…

Frente a esta suficiencia pongamos la afirmación de Jesús, que en cierta medida se aplica a cada uno de nosotros: *«¿Cómo miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu ojo? ¿O cómo vas a decir a tu hermano: "Deja que te saque la brizna del ojo", teniendo la viga en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna del ojo de tu hermano»* [2].

Acordémonos frecuentemente de este ejemplo de la viga y la brizna de paja. Es el caso de todos nosotros. Y que esto nos haga humildes y tolerantes según el espíritu de nuestra divina Madre, María.

San Pablo, que a las especulaciones dogmáticas más sublimes une un sentido muy profundo y justo de la ascética más definida,

[1] I Cor. **13** 4-7.
[2] Mt. **7** 3-5.

vuelve a menudo sobre el cumplimiento de este deber: *«Os exhorto… a que viváis de manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor, poniendo empeño en conservar la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz»* [1]. Y en otra parte insiste de nuevo: *«Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros»* [2]. Tratar a nuestros semejantes con bondad, dulzura y humildad, incluso en sus faltas y lagunas, es tener el espíritu de la Santísima Virgen; y llevados por él, hemos de seguir siendo pacientes y longánimos durante semanas, meses y años enteros, porque aquellos con quienes vivimos siguen cediendo a las mismas debilidades, a los mismos defectos.

Nos cuesta comprender esta lección, y aducimos mil razones para no tener que aplicarla en nuestra vida. Usamos como pretexto especialmente la extrañeza inverosímil de la conducta de algunos de nuestros semejantes. Es cierto que algunas personas pueden ser demasiado caprichosas, arrebatadas, susceptibles, versátiles, pueriles, pródigas, a veces malvadas, vengativas y crueles… Una vez más, la lista de las miserias humanas que frecuentamos, y que por desgracia llevamos también con nosotros, es interminable. Pero dejemos bien claro en nuestro espíritu que todos estos defectos, sin ninguna excepción, están incluidos en la ley del soporte mutuo, reclamado por la vida cristiana y mariana.

También es cierto que podemos y debemos practicar la corrección fraterna, y señalar al prójimo, en el momento propicio y con bondad y dulzura, sus yerros y defectos. Pero si estos avisos llegasen a ser inútiles —y así sucederá nueve veces de cada diez—, tendremos que evitar a pesar de todo los reproches, la dureza, la impaciencia y la amargura. Tratemos de ser bondadosos con los caracteres difíciles, humildes con los hombres inflados y orgullosos, calmos y dulces con los violentos, y mantengámonos en esta actitud cristiana, aunque el prójimo se obstine en sus errores y defectos. Esta es la voluntad de Cristo y el deseo y el espíritu de la dulce, clemente, misericordiosa, humilde y amabilísima Virgen María.

---

[1] Ef. **4** 1-3.
[2] Col. **3** 12-13.

★

Soportar y perdonar.

Es la ley que Jesús quiso inscribir en nuestra oración cotidiana, para que no la olvidáramos y nos sintiéramos obligados a cumplirla: *«Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores».*

Muchos cristianos están en falta sobre este punto.

Es indudable que hay que distinguir entre el perdón concedido por la voluntad y el sentimiento de aversión instintivo y de rencor involuntario, del que no somos dueños. Si no cedemos conscientemente a estos sentimientos, y nos esforzamos por vencerlos y apartarlos, no habremos dejado de cumplir nuestro deber de caridad que perdona.

Y que no se diga: «No puedo perdonar. Me es algo absolutamente imposible». No podemos olvidar siempre las cosas, aunque podemos evitar el repliegue *voluntario* de nuestros pensamientos sobre la pena o injusticia sufridas. Pero *siempre* podremos perdonar: para eso basta un acto enérgico de la voluntad, que siempre podemos realizar a pesar de la repugnancia y repulsión instintivas. A este perdón de voluntad estamos estrictamente obligados.

Y debemos perdonarlo *todo:* todo lo que se hizo contra nosotros: burlas, desprecios, injusticias, calumnias, malos tratos, el mismo atentado contra la propia vida…; y también todo lo que, de algún modo, se haya hecho contra nuestra familia, nuestros amigos, nuestra patria. Ningún pretexto puede dispensarnos de esta obligación.

Pecamos cuando alimentamos voluntariamente sentimientos de odio contra nuestros enemigos, cuando nos alegramos por sus desgracias, cuando nos negamos a darles las muestras de educación y caridad que normalmente se exhiben con todo prójimo, cuando intentamos vengarnos dañándolos en sus bienes, en su reputación, en su salud o en sus empresas.

Hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, según el precepto de Cristo y el ejemplo heroico de nuestro Padre de Montfort, amemos a nuestros enemigos, recemos por ellos, hagámosle bien: *«Bendecid a los que os persiguen; bendecid, y no maldigáis… No devolváis a nadie mal por mal… En lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, vivid en paz con todos los hombres. No toméis la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, sino dejad*

*lugar a la cólera… Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; y si tiene sed, dale de beber… No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien»* [1]. Estimamos, según la sabiduría humana, que vengarse es una muestra de fortaleza; pero en realidad somos vencidos entonces por el mal. Los santos, Jesús y María ante todo, fueron vencedores del mal por su bondad y caridad.

En todas las circunstancias, tanto las más graves como las menos importantes, debemos inspirarnos de estos principios. Montfort, a este respecto, fue un ejemplo magnífico de heroísmo. Exigió de sus hijos actos que se inspiren de estos sentimientos; pues nos prescribe en nuestra regla rezar especialmente por quienes nos hayan hecho alguna injuria notable, y ello durante nueve días.

Sea nuestro propósito, a ejemplo de nuestro Padre y en el espíritu de Jesús y de su divina Madre, tener delicadezas especiales para con quienes nos entristecen o nos caen antipáticos.

Eso no es ni cobardía, ni hipocresía, ni falta de lealtad o rectitud. Es sencillamente sabiduría según Dios, aunque sea, es cierto, locura según el mundo. Es ver el fondo de las cosas: es ver al alma redimida por la Sangre de Cristo y las lágrimas de María; es apreciar en su justo valor la vida divina que está en esas almas, o que al menos se les ofrece y destina; es ser verdaderamente cristiano, consagrado a María y discípulo de Montfort.

[1] Rom. **12** 14-21.

# XIII
# Caridad donadora y generosa

La caridad de Nuestra Señora por los hombres es también caridad donadora, caridad que se sacrifica.

El amor verdadero es un amor que da. Cuando se ama realmente se da, se da mucho y de buena gana, y un gran amor hace darlo todo con alegría y sin excepción. Y sólo el amor da, como observa muy psicológicamente Santo Tomás. El amor humano muy a menudo se preocupara sólo por gozar, y no es por lo tanto un amor verdadero, sino más bien un egoísmo camuflado; lo cual hace decir que para muchos esposos el matrimonio es «un egoísmo de dos».

No es así el amor que nuestra Madre nos tiene a nosotros: es un amor que da.

Ella nos da todo lo que se llama gracia: todo lo que la humanidad tiene de vida, de actividad, de facultades y bienes sobrenaturales, y todos los bienes naturales en la medida en que se encuentran vinculados con lo sobrenatural, se lo debemos a Ella después de Dios.

¿Qué nos dio Ella? Su vida, su tiempo, su trabajo, su oración, sus méritos, sus lágrimas, sus sufrimientos, su muerte; toda su vida, sobre todo desde la Encarnación de Jesús en su seno, porque Ella lo ofreció todo por la redención y santificación de los hombres, y porque todo en su vida tuvo un valor redentor, meritorio y satisfactorio, igual que toda la existencia de Jesús, y no sólo su Pasión y muerte, tenía un poder de redención y santificación para el mundo.

¿Qué nos dio Ella? A Jesús mismo, y *«con El todas las cosas».* San Juan constata con admiración y emoción: *«Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único»* [1]. Nuestra Señora hizo lo mismo. Su consentimiento, por libre voluntad de Dios, era indispensable tanto para la venida de Cristo a este mundo como para su partida, tanto para su concepción como para su muerte. Este *fiat* Ella lo dijo por sumisión amorosa a las voluntades de Dios, y también por piedad y caridad con el pobre mundo de los hombres.

---

[1] Jn. **3** 16.

★

Pero dar para Ella es también ceder, privarse, sufrir. *«Ella no perdonó a su propia alma»,* como canta la Iglesia agradecida; Ella sacrificó a su Hijo en un dolor inexpresable. A Abraham le pidió Dios sacrificar a su hijo Isaac, para asegurarle una descendencia innumerable. Para dar la vida divina a innumerables hijos adoptivos, la Madre de los dolores debió entregar a su Hijo a sufrimientos indecibles y a una muerte espantosa. Y la espada de dolor, que atravesó su dulce alma durante la sangrienta Pasión de su Hijo, Ella la llevó de hecho en su corazón desde la sombría profecía de Simeón en el Templo; sí, desde el mismo momento en que se convirtió en Madre del Mesías.

Jesús, antes de dejarnos, nos enseñó que *«nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos»* [1]. Señor, Tú sabes que hay una excepción a esta regla. Cuando tu Madre te entregó a las torturas y a la muerte, Ella nos dio una prueba más preciosa de su tiernísima caridad que si Ella misma hubiese soportado el martirio más cruel; y es que tu vida le era infinitamente más preciosa que su propia vida, y Ella habría preferido mil veces sufrir todos tus sufrimientos, antes que tener que aceptar que Tú los soportases, y eso bajo su propia mirada.

★

María da por caridad, lo da todo sin excepción y sin reserva, y lo da frecuentemente a costa de sí misma.

Eso se resalta claramente en una hermosa narración evangélica.

El Arcángel le ha traído el gran Mensaje, y por su humilde *fiat* Ella se ha convertido en Madre del Hijo de Dios; El es ahora su Hijo, su niñito, a quien lleva en su Corazón con amorosa adoración…

No es difícil comprender que, más que nunca a partir de este instante, Ella no tiene más que un solo atractivo: callarse, ocultarse, estar sola con El en el silencio y el amor…

Pero por Gabriel Ella se ha enterado de que su parienta ya entrada en años, Isabel, también va a ser madre, y que por lo tanto está precisando de sus servicios, o al menos estos pueden serle muy útiles. Además, bajo la influencia de Jesús, Ella presiente que tendrá que cumplir allí una misión más elevada, que hay allí almas que la esperan, porque Ella lleva a Jesús…

[1] Jn. **15** 13.

Por eso Ella no duda. Sus preferencias personales no cuentan para nada. Ella no retrocede tampoco ante las dificultades y fatigas inherentes a semejante viaje por país montañoso. *«Abiit in montana cum festinatione»*... Con prontitud Ella se pone en camino para cumplir su misión de caridad, y sobre todo para ser el Copón vivo que llevará Jesús a las almas que aspiran a El…

★

Hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, ¡qué magnífico ejemplo para nosotros!

Debemos amar a nuestro prójimo, a todos los hombres, con una caridad que lo perdona y soporta todo, pero también con un amor de generosidad y de sacrificio.

Retengamos bien esto: amar no es recibir ni ser mimado; amar es dar, darse, sacrificarse.

A ejemplo de Jesús y de su dulce Madre queremos dar, de ahora en adelante, con caridad sobrenatural.

De manera delicada y generosa, demos a los pobres e indigentes pan, vestidos, dinero, de modo que jamás ninguno de ellos abandone nuestra morada sin ayuda o sin consuelo. Más vale aún, tal vez, dar a las instituciones caritativas cristianas, que pueden aliviar las miserias de modo más eficaz y con mayor discernimiento.

En la medida de nuestras posibilidades, visitemos y cuidemos a los enfermos, sobre todo a los más abandonados, y tratemos de levantar, con palabras delicadas y cordiales, el ánimo de quienes se encuentran abatidos y probados.

Demos al prójimo algo de nuestros bienes, de nuestro tiempo, de nuestras fuerzas. Démosle también nuestra oración, nuestra amistad, la caridad de nuestro corazón, que son bienes mucho más preciosos que los bienes materiales.

¡Qué consolador es para nosotros, esclavos de amor de la Santísima Virgen, escuchar a nuestro Padre de Montfort decirnos [1] que nuestra Consagración a María nos hace practicar la caridad de manera eminente, puesto que damos a la Santísima Virgen todo el valor comunicable de nuestras oraciones y buenas obras, dejándole pleno y entero derecho de disponer de todo ello en favor de nuestro prójimo, tanto en la tierra como en el Purgatorio!

[1] Verdadera Devoción, nº 171.

★

Tratemos de dar Jesús y María a las almas. Eso quiere decir que hemos de ser apóstoles, formar parte de organizaciones de acción católica y de apostolado sobrenatural recomendadas por la Iglesia, y saber aprovechar ávidamente toda ocasión de conquista para Cristo y su divina Madre. Es cierto que antes hemos de trabajar en nuestra formación personal, pero también debemos esforzarnos por conducir otras almas a Dios, a Cristo, a Nuestra Señora, y eso será asegurarles los bienes más preciosos.

Un hijo y esclavo de María debe ser apóstol. San Luis María de Montfort asigna como uno de los efectos maravillosos de la práctica fiel de su excelente Devoción a María una *«fe valiente, que nos hará emprender y llevar a término, sin vacilar, grandes cosas por Dios y la salvación de las almas»* [1].

Nuestra época es la del apostolado seglar, que no sólo es útil, sino también necesario para la salvación de la humanidad.

Prometamos, por amor a Dios y a Nuestra Señora, ser apóstoles en nuestro entorno, en nuestra parroquia, en una esfera aún más extensa si nos es posible.

Eso será llevar Jesús a las almas.

Y Jesús por María. Demos María a las almas, pues Ella lleva siempre consigo a Jesús. Seamos los apóstoles de la devoción mariana bajo todas sus formas: el Rosario, el Angelus, los primeros sábados, la consagración mariana, etc. Seámoslo sobre todo de la Devoción mariana bajo su forma más perfecta y elevada: la santa esclavitud. Divulguemos para esto la revista que es el único órgano de este movimiento mariano más rico. Propaguemos los escritos de nuestro Padre de Montfort, y los libros y folletos compuestos en este mismo espíritu. ¿Montfort no nos dice que *«un buen siervo y esclavo de María no debe permanecer ocioso, sino que es preciso que, apoyado en su protección, emprenda y realice grandes cosas para esta augusta Soberana»;* y que *«es preciso atraer a todo el mundo, si se puede, a su servicio y a esta verdadera y sólida Devoción»?* [2].

★

Todo esto sólo puede hacerse a costa de nosotros mismos.

[1] Verdadera Devoción, nº 214.
[2] Verdadera Devoción, nº 265.

Demos a los pobres, a las misiones, a las buenas obras, sobre todo a las obras marianas, incluso cuando esto exija imponernos algunas restricciones. Debemos consolar y alentar a los demás, incluso cuando nosotros mismos tengamos necesidad de ser consolados. Asistamos a los enfermos y a los desgraciados, incluso cuando esto nos repugne y nos obligue a vencernos.

No hagamos apostolado, como a veces se practica, a modo de deporte o de pasatiempo. Cuando Su Santidad Pío XII, en su alocución del 13 de mayo de 1946 a 600.000 peregrinos de Fátima, les hacía notar que se habían enrolado en la cruzada por el reino de María, les recordaba también que habían prometido **esforzarse** por que la Santísima Virgen fuese más ardientemente conocida, honrada y servida en las almas, en las familias y en la sociedad.

Así hemos de comprender el apostolado, que queremos ejercer cueste lo que cueste. Para eso venzamos nuestra timidez y nuestras repugnancias, sepamos imponernos sacrificios y fatigas; bajo una sabia dirección, y a imitación de nuestro Padre de Montfort, vayamos hasta el final, gastémonos del todo, muramos si es preciso en esta misión por las almas, para el reino de Dios por el reino de María.

San Juan escribe: *«El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos»* [1].

Así practicó Jesús la caridad; y también su divina Madre, al sacrificar la vida de su Hijo, que le era infinitamente más preciosa que la suya propia.

Nuestro Padre de Montfort arriesgó su vida, y cuántas veces, por sus semejantes, por su bien corporal o de alma; dio realmente su vida por las almas, pues por ellas torturó su pobre cuerpo y por ellas se mató trabajando.

¡Ojalá nuestra caridad, con la ayuda de Nuestra Señora y a imitación suya, se eleve a tal altura que estemos dispuestos a darlo todo, a sacrificarlo todo, incluso nuestra propia vida, por la salvación y santificación del mundo, por el reino de amor de nuestra divina Madre, por el triunfo de la causa de Dios!

[1] I Jn. **3** 16.

# XIV
# Caridad delicada y atenta

Según el precepto de Cristo y el ejemplo de su divina Madre, nuestra caridad con el prójimo debe ser una caridad sobrenatural y donadora, una caridad que lo perdona y soporta todo.

El valor de nuestra caridad puede realzarse considerablemente por la *manera* de cumplir estos deberes caritativos. Por eso tenemos que señalar aún una cualidad del amor materno de María por las almas, que es su coronación y su flor, la flor encantadora y odorífera de la caridad cristiana: la delicadeza, la amabilidad atenta en el ejercicio de esta bellísima virtud.

Nuestra Señora era en la tierra, por su sencillez, una aparición encantadora. Ella atraía irresistiblemente por la dulzura de su carácter, la amenidad de sus modales, la amabilidad de su trato y la dulce sonrisa que nunca abandonaba su rostro.

Su incomparable delicadeza y su servicial bondad se deducen claramente de un hecho evangélico, en el que Ella jugó un papel decisivo y que nos ha sido conservado por San Juan, cuyos escritos han enriquecido nuestros conocimientos marianos sobre otros muchos puntos.

El hecho sucede en Caná, no lejos de Nazaret [1]. Se celebraban unas bodas, en las que, como dice el Evangelio, estaba presente la Madre de Jesús, y a las que fue invitado también Jesús con sus discípulos. No se sabe por qué causa, pero muy rápido el vino llegó a faltar. La Madre de Jesús se da cuenta del aprieto de sus anfitriones. Con una oración implícita hace saber el apuro a su Hijo por estas sencillas palabras, que lo dicen todo: *«No tienen vino».*

Jesús, a primera vista, parece rechazar el pedido implícito de su Madre con palabras de sentido un poco oscuro para nosotros, y añade: *«Aún no ha llegado mi hora».*

María no se desconcierta por este rechazo aparente. *«Haced lo que El os diga»,* ordena a los servidores del festín. Y, en efecto, algunos minutos más tarde Jesús transforma en excelente vino el

[1] Jn. **2** 1-11.

agua de que estaban llenas seis grandes tinajas de piedra, que estaban allí para servir para las purificaciones.

★

Muchas consideraciones se imponen a nosotros ante la narración de este prodigio. Al contarnos esta intervención decisiva de la Santísima Virgen en este episodio tan importante de la vida de Jesús, San Juan quiso subrayar el irresistible poder de la oración de Nuestra Señora y su universal intervención para obtener maravillas del poder y de la bondad divinas.

Jesús parece negarse al principio; pero no es más que para mostrar aún mejor la fe y la confianza de su Madre amadísima.

Tenemos aquí una prueba palpable del maravilloso ascendiente que Dios ha querido conceder sobre su Corazón a Aquella que es su Madre y Esposa espiritual. Nada puede resistir a su oración, ni en el cielo ni en la tierra… La palabra de San Bernardo nos viene aquí a la memoria: *«¡Al imperio de Dios todo se somete, incluso la Virgen; y al imperio de la Virgen todo se somete, incluso Dios!»*. Ella es realmente la *Omnipotencia suplicante.*

¡Qué considerable es que Dios haya atribuido a la Santísima Virgen una intervención tan decisiva en la realización del primer milagro de Cristo, por el que El inaugura su vida pública, manifiesta su gloria por vez primera, y se gana definitivamente a sus primeros discípulos!

Por sus méritos y sus oraciones María había obtenido la Encarnación y adelantado la hora de la venida del Hijo de Dios a este mundo. Por las mismas oraciones y la misma santidad Ella adelanta ahora la manifestación de Jesús al mundo, pues «su hora aún no había llegado».

Durante toda su vida oculta Jesús vive unido a su Madre y le es obediente y sumiso. Volvemos a encontrar esta unión y una cierta dependencia de María al umbral de su vida pública, que por eso mismo queda totalmente marcada de un sello mariano.

María sabía que su Jesús, en su amor inmenso hacia Ella, no iba a negarle nada. Por eso, a pesar de todas las apariencias contrarias, Ella dice tranquilamente a los servidores: *«Haced lo que El os diga»*. Ella no sabe exactamente qué va a suceder, pero está firmemente convencida de que algo sucederá, que su deseo se verá cumplido, y que sus protegidos serán sacados del aprieto.

Constatación de gran importancia, que aunque no se refiera al fin principal que aquí intentamos, debíamos subrayar a causa de su valor excepcional desde el punto de vista mariano.

★

Hemos referido este hecho sobre todo para resaltar en la Santísima Virgen, que es nuestro Modelo también en este punto, la delicadeza atenta de su caridad.

Es probable que no fuera necesario hacerle saber que se dejaba sentir la falta de vino. Con tacto, esta delicadeza que es propia de ciertas personas y que la Santísima Virgen poseía al más alto grado, Ella adivinó sin duda el aprieto de quienes la habían invitado. Todo esto no es inverosímil.

Pero lo que en todo caso parece cierto, es que no se pidió su intervención para remediar esta situación. ¿Qué podía hacer Ella? Jesús aún no había hecho ningún milagro. Nadie podía sospechar que El podía, a su gusto, alterar las leyes de la naturaleza. Sólo María, juntamente con el mismo Jesús, conocía este poder.

Así pues, por sí misma, sin que nadie se lo pidiese, por bondad de alma, por compasión por el aprieto de sus anfitriones, Ella intervino ante su Hijo, y alcanzó de su Corazón un milagro, el primero que haya realizado.

★

Esta debe ser también, a ejemplo de Jesús y de su Madre, nuestra propia caridad: amable, atenta, delicada.

Debemos ayudarnos unos a otros, hacernos favores mutuamente, pero no de manera huraña, con palabras duras, enfurruñándose, refunfuñando, visiblemente a regañadientes.

Para hacer un favor no esperemos a que nos los pidan, y menos aún a que nos insistan y supliquen. Si no, perdemos el cincuenta por ciento, y más, del mérito del favor hecho. Estemos dispuestos a socorrer al prójimo a la primera señal, al primer pedido; más aún, adelantémonos a los deseos de los demás, buscando la ocasión para complacernos unos a otros, *«honore invicem prævenientes»,* dice San Pablo; por respeto a nuestra dignidad de hijos de Dios y de la Santísima Virgen, seamos atentos unos con otros… Seamos afables, sabiendo también hacer un favor desagradable de manera amable, con una sonrisa. Cuando algunos cristianos hacen algún favor, se diría que se les hace uno a ellos, por la buena gana con que lo hacen. Y en el fondo es así. Pues *«mayor felicidad hay en dar que en*

*recibir»,* dice el Señor [1]. Y quien hace un favor por un motivo sobrenatural gana con esto mucho más que aquel a quien se hace este favor…

La vida en las familias, y también en ciertos conventos, es a veces poco agradable, incluso dura. ¡Qué hermosa y soleada sería esta misma vida, si todos nos ejerciéramos en tratarnos amablemente unos a otros, en complacernos y mostrarnos mutuamente buenos modales! *«¡Qué bueno y dulce es habitar los hermanos todos juntos!»* [2], canta el Salmista. Bajo la mirada y con los alientos de nuestra Madre, ayudemos a realizar este ideal en la familia natural o religiosa de que formamos parte.

Se habla a veces del *«apostolado de la sonrisa».* Es cierto que las personas habitualmente sonrientes ejercen una misteriosa fuerza de atracción. Cuesta más que a las demás resistirles o negarles algo.

Hay personas que tienen esta amabilidad y afabilidad por naturaleza. Que se sirvan de ellas para bien y dicha de sus semejantes. En todo caso, esforcémonos por ser, mediante una bondad amable y una alegría dulce, el buen olor de Jesús y de María.

Quien quiere hacer apostolado, sobre todo mariano, debe ejercerse en este trato afable, en estos modales atractivos, siempre con espíritu sobrenatural, a fin de atraer a todo el mundo al servicio de amor de la Reina, y por Ella al de Cristo y de Dios, que es Caridad.

[1] Act. **20** 35.
[2] Sal. **132** 1.

# XV
# Las Enemistades

La Santísima Virgen, después de Cristo, es nuestro Modelo. *«Es preciso, en las acciones* —dice San Luis María de Montfort—, *mirar a María como un modelo acabado de toda virtud y perfección, que el Espíritu Santo ha formado en una pura criatura, para imitar según nuestra pequeña capacidad. Es menester, pues, que en cada acción miremos cómo la hizo María, o como la haría si estuviese en nuestro lugar»* [1].

En los capítulos precedentes hemos contemplado atentamente este modelo, y estudiado sucesivamente las actitudes de la Santísima Virgen con Dios, con Jesús y con los hombres.

Ahora hemos de considerar otro aspecto importantísimo de esta materia: las actitudes de la Santísima Virgen con Satán y todo lo que viene de él o colabora con él.

Hay personas que encuentran melosa o sosa la devoción a la Santísima Virgen, sin nervio ni energía, buena a lo sumo, o al menos principalmente, para mujeres y niños.

Estas personas se equivocan. Y es que no han comprendido bien ni captado del todo en qué consiste la devoción mariana.

La devoción a Nuestra Señora es, ciertamente, amor y confianza filial; pero también es odio, lucha, conquista: y, por lo tanto, es ante todo devoción de los hombres, si fuera preciso hacer aquí una distinción entre el hombre y la mujer.

María es toda amor por Dios, porque es su Madre, y también por los hombres, porque también es Madre de ellos. Pero Ella es, además, y en la misma medida, el odio encarnado y la enemistad subsistente contra Satán, que es el enemigo de Dios y de las almas: pues en resumidas cuentas el odio es el reverso del amor.

También debemos resaltar el lado fuerte de la devoción mariana perfecta en esta hora sobre todo, en que el mundo parece estar implicado en una lucha a muerte desde el punto de vista religioso; en esta hora en que parecemos encontrarnos, según los avisos

[1] Verdadera Devoción, nº 260.

repetidos del Sumo Pontífice, ante batallas que la historia nunca jamás había conocido hasta ahora.

María debe estar a la cabeza en estas luchas, como nuestro Modelo y nuestra Capitana. Es la hora en que debemos destacar su misión como Generala de los Ejércitos de Dios, en subordinación a Cristo. Por otra parte, tanto en la teoría como en la práctica, este punto es uno de los aspectos principales y culminantes de la doctrina mariana de Montfort.

Como siempre, expondremos en primer lugar la doctrina católica sobre este tema. ¿Qué nos enseñan la Escritura y la Tradición sobre el papel de la Santísima Virgen en esta lucha secular y mundial? La Escritura, considerada no solamente con ojos humanos, sino como libro inspirado, del que Dios mismo es Autor principal; la Escritura, iluminada e interpretada por la enseñanza de los Papas, de la Iglesia. Y la Iglesia, enseñándonos no solamente por medio de definiciones dogmáticas que debemos aceptar bajo pena de quedar excluidos de su seno, sino también por el magisterio ordinario, pero igualmente infalible, de los Papas y Obispos.

★

Apoyándose en los Padres y Doctores de la Iglesia, San Pío X, en su gran Encíclica mariana *Ad Diem illum,* dice que *«tenemos en María, después de Cristo, el fin de la Ley y la realidad de las figuras y profecías»* del Antiguo Testamento.

Dios todopoderoso e infinitamente sabio ha querido dar a la humanidad por adelantado, en personas, acontecimientos y cosas, unos como esbozos de la obra maestra más perfecta —después de Cristo— que un día debía ofrecer al mundo: la hermosísima, purísima y perfectísima María.

Y así como el artista, en cada esbozo, intenta reproducir ante todo, uno por uno, tal o cual rasgo particular, esta o aquella actitud, esta o aquella disposición de alma de su modelo, para poder combinar y sintetizar más tarde todos estos rasgos en un retrato vivo y parecido; del mismo modo el gran Artista que es Dios quiso que algunas personas y símbolos del período de preparación a la venida de Cristo nos diesen un esbozo anticipado de las diferentes virtudes, privilegios y funciones de la Mujer única, que debía reunir en su sola persona, pero superándolos al infinito, toda la piedad, todas las virtudes, toda la perfección, todo el poder, toda la grandeza, toda la gloria y celebridad de todas las mujeres de la Antigua Ley. Es

sumamente interesante, edificante y conmovedor estudiar todo esto en los Libros Santos [1].

La Mujer que ha de venir es figurada ya como nueva Eva, como Madre de todos los vivientes, como Ayuda fiel y Socia indisoluble del Reparador, del Redentor, del nuevo Adán; ya como signo de reconciliación, como Mediadora entre el Rey airado y la humanidad culpable. Ella será la Reina que, revestida de esplendor, se mantiene a la diestra del Rey, la Esposa indeciblemente amada, que arrebató el Corazón del Esposo.

Y si seguimos recorriendo y meditando las Páginas sagradas, nos invade un estremecimiento repentino… La Mujer, que resume y supera toda la bondad, toda la santidad, toda la grandeza de las mujeres de la Antigua Ley, será también, ¡oh sorpresa!, la Mujer fuerte, la Mujer combatiente, la Mujer poderosa por sí sola como todo un ejército en orden de batalla… De repente esta misma Mujer se alza ante nosotros en medio del estruendo de las armas, en pleno choque de los ejércitos…

Ante nuestros ojos asombrados Ella se alza como la profetisa Débora, que decide al general Barac a la lucha contra el rey Jabín de Canaán y contra Sisac, su comandante en jefe, y le promete la victoria; victoria que, así como comienza por el aliento de una mujer, se consumará por las manos de otra mujer, Jahel, también figura fragmentaria de María, que un día ha de vencer al jefe de los enemigos de Dios: pues cuando Sísara se esconde en la tienda de Jahel, esta, con mano firme, toma un martillo y una estaca, y con algunos golpes enérgicos atraviesa las sienes del jefe adverso y lo deja clavado, impotente, en el suelo.

Otra mujer de valor, Judit, es una figura, querida por Dios, de la Mujer *«triunfadora de todas las batallas de Dios»*. Holofernes, general de Nabucodonosor, amenaza a Israel, y con fuerzas aplastantes asedia la ciudad de Betulia. La piadosa Judit levanta el ánimo de sus conciudadanos. Su oración y su bravura heroica apartarán del pueblo de Dios las desgracias que lo amenazan. Con un pretexto es admitida en el campamento enemigo y hasta en la

[1] Es completamente cierto que el Antiguo Testamento es la figura del Nuevo, especialmente por lo que se refiere a Cristo mismo. Pero, una vez establecido este principio, cuando encontramos rasgos particulares de semejanza entre una mujer de la Antigua Ley y la Santísima Virgen, que aquí como en todas partes es inseparable de Cristo, estamos autorizados a ver en esta mujer una prefiguración de María, querida por Dios, sobre todo cuando así lo confirma la enseñanza de los Padres o Doctores de la Iglesia y de los Papas.

tienda de Holofernes. Fortalecida por la oración, se apodera de la propia espada del general enemigo y le corta la cabeza. A toda prisa regresa entonces a Betulia y ordena un ataque general, que culmina con la huida en desbandada de los Asirios. Una vez más el pueblo elegido, el pueblo de Dios, se ve a salvo.

★

Si lo reflexionamos atentamente, no podemos extrañarnos de estas prefiguraciones guerreras de la Santísima Virgen, que tienen todas por tema la liberación y victoria del pueblo de Dios por el aplastamiento del jefe de los ejércitos enemigos. No son más que variaciones, bajo diferentes formas y en distintas circunstancias, del tema fundamental del cristianismo, de la historia del mundo, tema formulado por Dios mismo cuando, después de la caída de Adán y Eva, la divinización y la salvación de la humanidad tomó una nueva forma: la forma de una revancha sublime de Dios contra Satán, revancha para la que El se servirá, en sentido contrario, de las mismas armas de que se sirvió Satán para vencer a la humanidad y, en cierto sentido, a Dios mismo. Este es el sentido del oráculo primordial que la Tradición ha llamado *Protoevangelio,* o Evangelio anticipado:

> *«Por haber hecho esto…,*
> *pondré enemistades entre ti [Serpiente] y la Mujer,*
> *y entre tu descendencia y la suya:*
> *Ella te aplastará la cabeza,*
> *mientras acechas tú su calcañar»* [1].

Junto a Cristo, e incluso antes que a Cristo, se nombra y anuncia aquí a la Mujer en el primer mensaje de esperanza y de salvación.

Los exegetas han discutido hasta el hartazgo sobre el sentido literal, típico, plenario, etc., de este oráculo. Para nosotros no hay duda de que en sentido literal y fundamental se anuncia a María, aunque bajo el velo de la profecía. Esto nos parece probado tanto por los textos de los Papas, especialmente el de Pío IX, como por el contexto de toda la Escritura, que en resumen no forma más que un libro, la Biblia, y por los hechos ulteriores, que a veces son los únicos en dar la certeza sobre el verdadero contenido de una profecía. Existe, pues, una Mujer —el Evangelio y toda la historia de la Iglesia lo prueban— que se encuentra junto a Cristo, de la que

[1] Gen. **3** 15.

El nació, que llevó y llevará con El hasta el fin la lucha por Dios y por las almas, y que reúne por consiguiente todas las cualidades de esta profecía. Siendo así las cosas, ¿cómo se puede ver anunciada en esta profecía, a la que la Iglesia ha dado siempre la mayor importancia, a una persona que no sea María? ¿cómo se puede ver designada a Eva, o a la mujer en general, interpretaciones en que no se realiza para nada el sentido completo que la Iglesia encontró siempre en este pasaje? [1].

En el siguiente capítulo, siguiendo a San Luis María de Montfort, trataremos de sacar todas las riquezas acumuladas en este texto. Encontraremos en ellas toda la misión de María como Madre de Cristo, y por lo tanto de Dios, y como Madre de los hombres, como Corredentora y Mediadora de todas las gracias. Esta última misión de María queda representada, puesto que lo es también en realidad, bajo la figura de una lucha encarnizada contra Satán, cuya cabeza aplasta María, mientras que Eva fue vencida por el demonio.

Algunos instantes solamente de reflexión sobre este oráculo fundamental nos harán intuir el lado fuerte, combativo y conquistador de la devoción mariana, y decidirnos sin dudar a tomar parte con la Mujer a su odio santo, a sus luchas, a sus victorias.

[1] Siempre nos hemos sorprendido de que ciertos exegetas católicos nieguen todo significado mariano e incluso mesiánico objetivo a este texto. No se puede hacer esto sino cuando se trata a este texto como una palabra puramente humana. Por otra parte, muchos comentadores vuelven por un camino indirecto al sentido mariano de este pasaje. — En nuestra traducción y comentario seguimos el texto de la Vulgata. Es nuestro derecho, puesto que se trata de la traducción latina oficial reconocida y empleada por la Iglesia. Sabemos que esta traducción se aparta del texto original. Pero es evidente que en esta traducción no pudo deslizarse ningún error doctrinal, y que además traduce fielmente todos los elementos esenciales del texto hebreo.

# XVI
# El Gran Oráculo

En el capítulo precedente hemos comprobado que en el versículo 15 del capítulo 3 del Génesis debemos ver realmente el anuncio divino de la Santísima Virgen. Vamos a estudiar ahora de más cerca este gran oráculo. Invitamos a nuestros lectores, no sólo a una lectura, sino a una meditación. Y es que es maravillosamente rica y profunda esta primera palabra que Dios pronunció sobre su Hijo, sobre sus hijos adoptivos y sobre María, la Madre de esta doble descendencia, que en resumen no es más que una sola. Se diría que, bajo el imperio de su inmenso amor, Dios ha querido decirlo todo a la vez sobre su Amada, su Hija, su Madre, su Esposa.

Queda claro que, para descubrir toda la riqueza de este texto de importancia incalculable, es de buena hermenéutica que podamos servirnos de todo lo que Dios ha revelado en los siglos posteriores.

Al tratar largamente de este oráculo, caminamos tras las huellas de nuestro Padre de Montfort, que en el «Tratado de la Verdadera Devoción» [1] y en su «Oración Abrasada» da una amplia explicación y paráfrasis de este precioso texto. Lo reproducimos aquí:

*Pondré enemistades*
*entre ti y la Mujer,*
*y entre tu descendencia y la suya;*
*Ella te aplastará la cabeza,*
*mientras acechas tú su calcañar*.

*«Enemistades…».* Se anuncia aquí una **mujer**, **Madre** de una descendencia bendita: a este doble título Ella tendrá un corazón lleno de amor. Pero lleno también de aversión y enemistad, porque, como ya hemos dicho, el odio, en definitiva, no es más que el reverso del amor. Y es notable que tanto la primera palabra sagrada que la Escritura dice de María, como las últimas que sobre Ella nos dice el Apocalipsis [2], son palabras de enemistad, de lucha y de combate.

*«Enemistades…».* Resaltada de este modo, esta palabra sólo puede significar, como se ha observado frecuentemente, que entre

---

[1] Nn. 51-54.
[2] Apoc. **12**.

María y Satán no habrá más que eso: odio y aversión; y que Ella será, por lo tanto, como un odio viviente y personificado del demonio y de todo lo que viene de él y colabora con él.

*«Enemistades…».* Nada más que eso. Por lo tanto, esta Mujer estará **siempre** y **en todas partes** en lucha con Satán, su adversario eterno. Y este odio no se apagará ni debilitará jamás; en esta lucha no habrá jamás ni debilidad, ni compromiso, ni armisticio, ni capitulación alguna, menos aún alianza o paz… Dondequiera la encontremos en este mundo, en su eterno goce de la bienaventuranza celestial, en la continuación de su existencia entre nosotros por su influencia y su acción, en todas partes la hallaremos bajo el mismo signo de la contradicción, del combate, de la lucha sin tregua y sin piedad contra el Enemigo de todo bien.

Por lo tanto, oh María, de todas las puras creaturas, Tú eres la única inmaculada, pura, sin mancha, desde el primer instante de tu Concepción… Por lo tanto, por una protección de Dios totalmente especial, Tú has sido impecable ya desde este mundo… Por lo tanto, Tú *«eres toda hermosa»,* oh María, libre de toda falta grave o leve, y de la más leve imperfección.

*«Ponam…* Pondré enemistades», dice el Señor. Es una enemistad totalmente divina, dice Montfort, y la única de que Dios es Autor. Esto nos hace sospechar qué profunda y radical es esta aversión, cavada por Dios mismo en el Corazón de su Madre. Dios es el Autor y el Principio de este odio. El es el fin último, el supremo motivo y el adorable signo de contradicción de esta lucha implacable. Es una enemistad totalmente divina, por parte de la Mujer, se entiende. Entre Ella y el demonio lo que está en juego son las almas, sin duda, pero mucho más —y en el fondo únicamente— Dios solo, inmensamente amado por una parte, y odiado y ferozmente maldito por la otra.

★

*«Entre ti y la Mujer…».* Este odio se establece, y esta lucha se realizará, en un sentido que debemos comprender bien, ante todo entre María y el demonio.

Estas enemistades, como pronto veremos, van a comunicarse a la descendencia de María, que es el mismo Jesús, y a sus hermanos, que son los miembros de su Cuerpo místico.

Por lo que a estos últimos se refiere, constatemos que la aversión y el ardor de todas las almas santas juntas en el combate

contra Satán y el pecado, no puede compararse con la santa ira e indignación profunda de María contra Satán y su calaña. Y por su parte Satán aborrece más a Aquella a quien mira como su Adversaria personal, que a todas las almas predestinadas de todos los siglos.

*«Entre ti y la Mujer…».* El odio y aversión de Cristo contra Satán y el pecado son, de suyo, infinitamente más profundos que los de su Madre.

Y sin embargo, en cierto sentido, Lucifer detesta más a la Mujer que al mismo Cristo.

Satán, en la primera fase de la lucha, se volvió no hacia el hombre, sino hacia la mujer, y por ella logró vencer al hombre y a toda su raza. En el segundo «round» de este gigantesco combate la Mujer se verá enfrentada de nuevo con Satán. El verdadero vencedor, en el fondo, será el Hombre por excelencia, el nuevo Adán, Cristo. Pero, según el principio de la «recapitulación», de la revancha sublime, adaptada en todos sus detalles a la primera partida perdida, Cristo se ocultará muy a menudo detrás de su Madre. Esta, sobre todo después de la muerte de Jesús, tendrá una parte muy aparente en la lucha que constituye el fondo de la historia humana. Siempre y en todas partes la Serpiente encontrará a la Mujer en su camino para detectar sus astucias, desbaratar sus emboscadas y aplastarle la cabeza. Ella, y siempre Ella, estará allí para oponerse a sus empresas y hacerlas fracasar. Su aparición lo hace estremecerse de cólera y de temor. Además, le da rabia la vista de Aquella que ocupó su lugar en lo más alto de los cielos, de Aquella que por su humildad conquistó lo que él había perdido por orgullo. Finalmente, ¡qué punzante humillación es para el orgulloso príncipe del infierno ser vencido por una mujer, por una humilde virgen, que se proclama «esclava del Señor», cuando Lucifer quiso llegar a ser semejante al Altísimo y escalar su trono!

*«Entre ti y la Mujer…».* Estas palabras quieren señalar también que María será del lado del bien, de la humildad y de la virtud, lo que Satán es del lado del mal, del orgullo y del pecado. Ambos se encuentran respectivamente a la cabeza de los ejércitos del bien y del mal. Ambos son, cada uno a su modo, causa y principio del odio que se comunica a su descendencia. Como Satán es jefe y padre, dice Cristo, de todo lo que es mentira, malicia y pecado, de los demonios, condenados y réprobos; así también María está a la cabeza de todo lo que es bueno, justo y santo, de todo lo que pertenece al partido de Dios. No es que Ella suplante a su Hijo; sino

que así como un ejército cuenta con un generalísimo y con un jefe de estado mayor, así también la Santísima Virgen colabora con su Hijo, en subordinación a su mando supremo, en la obtención de la victoria final por Dios y por las almas.

Y si María debe cumplir una misión tan importante —y la enseñanza de la Iglesia, como más tarde veremos, no deja ninguna duda al respecto—, hay que concluir que Dios le ha infundido todas las cualidades necesarias para dirigir este combate y conducirlo a la victoria: un odio que no se puede desarraigar contra el enemigo de Dios, una perspicacia maravillosa para descubrir y desbaratar las astucias y trampas de Satán y elaborar un plan infalible de batalla, y un poder y una fortaleza invencibles para aplastar y aniquilar el inmenso ejército de Dios con su caudillo infernal.

★

*«Entre tu descendencia y la suya…».* El odio recíproco de la Serpiente y de la Mujer pasa a su descendencia, a su raza.

María está al origen y es el principio de estas enemistades para toda su descendencia, aunque de manera diferente.

Por lo que mira a su Hijo primogénito, aunque su odio supera infinitamente al de Ella, Ella da a Jesús la naturaleza humana por la que será el nuevo Adán, el Glorificador de su Padre, el Salvador de las almas y el triunfador contra Satán. De este modo, Ella es la fuente de las enemistades que Cristo ejercerá en cuanto hombre contra el Príncipe de las tinieblas, de la lucha que llevará contra él y de los triunfos que contra él conseguirá, del mismo modo que está en cierto sentido, por ejemplo, al origen del Sacerdocio de Cristo, puesto que hacerse hombre y revestirse de la plenitud del sacerdocio es para El una sola y misma cosa, y puesto que debe su humanidad a su Madre amadísima. Igualmente, ser hombre quiere decir para El plenitud de santidad, y, por consiguiente, también aversión radical a Satán y al pecado.

Por lo que se refiere a nosotros, a quienes la Escritura llama de manera tan impresionante «el resto de su descendencia, *reliqui de semine eius»* [1], la Virgen Santísima nos comunica directamente el horror del mal y la aversión por Satán. Y es que el odio del pecado no es más que el aspecto negativo de la virtud y de la perfección; y por lo tanto es un efecto de la gracia, y la gracia —toda gracia— nos viene, después de Dios y de Cristo, de María y por María.

[1] Apoc. **12** 17.

*«Entre tu descendencia y la suya…».* Nuestro Padre de Montfort observa justamente: *«Dios ha puesto enemistades, antipatías y odios secretos entre los verdaderos hijos y servidores de la Santísima Virgen y los hijos y esclavos del diablo; ellos no se aman mutuamente, no tienen correspondencia interior unos con otros. Los hijos de Belial, los esclavos de Satán, los amigos del mundo (pues es la misma cosa), han perseguido siempre hasta aquí y perseguirán más que nunca a aquellos y a aquellas que pertenecen a la Santísima Virgen»* [1]. Volveremos sobre estas persecuciones. Pero no hay tal vez nadie que haya intentado practicar seriamente la perfecta Devoción a María, que no haya recibido en este campo como avisos secretos y sentido una aversión instintiva hacia ciertas personas, sobre las que más tarde se hizo patente que no se podía uno fiar de ellas, y que, a veces de manera espantosa, pertenecían al bando de Satán. Es evidente que hemos de ser muy prudentes respecto a esta clase de sentimientos, pues debemos temer aquí que no se deje entrada a ilusiones y pretextos, y porque de todos modos debemos practicar, incluso heroicamente, la caridad cristiana.

A ejemplo de Montfort, que bajo todos los aspectos es el tipo ideal del verdadero hijo y esclavo de María, el amigo heroico de las almas, pero también el enemigo irreconciliable del pecado y de los abusos, debemos abrir ampliamente nuestras almas para que de María, la Mujer fuerte, guerrera, triunfadora, cuyos indignos pero amantes hijos somos, se derrame en nosotros el odio sano, santo y vivificante de todo lo que se opone a Dios, a Cristo, a María, a las almas.

★

*«Ella te aplastará la cabeza…».* Hemos hecho notar ya que otras traducciones del libro del Génesis y el texto original hebreo leen aquí: *«Ipsum conteret caput tuum:* Tu linaje le aplastará la cabeza». Pero repetimos también que podemos seguir con toda seguridad el texto de la Vulgata, la traducción latina oficial de la Iglesia, porque esta traducción no puede contener de ningún modo ningún error doctrinal, y porque es indudable que además traduce exactamente, si no la letra, sí al menos el espíritu de la profecía en cuestión, tal como la entendió siempre la Tradición cristiana. *«Por haber hecho esto»,* dice Dios a la Serpiente, *«pondré enemistades entre ti y la Mujer»,* porque tú has contraído una alianza con la

[1] Verdadera Devoción, nº 54.

mujer contra Mi; tú has vencido al hombre por la mujer; pero en revancha Yo decreto que por la Mujer el Hombre *«te aplastará la cabeza».*

Esta ley de la *«recirculatio»,* reconocida por toda la Tradición, incluso la más antigua, exige que la Mujer no sólo viva en enemistad con Satán, sino comparta también la victoria sobre él. A la combinación astuta Satán - Eva - Adán, la infinita Sabiduría de Dios contesta por otra combinación en sentido inverso: Cristo - María - Satán. Esta sublime antítesis exige una participación universal de María en el aplastamiento de Satán. El nuevo Adán, el divino Vencedor de esta batalla secular y mundial, deberá servirse de la nueva Eva como colaboradora y como instrumento universal en todas las fases de su lucha victoriosa. Con la Tradición, los Papas y la Iglesia parafraseamos: *«Ella te aplastará la cabeza, mientras acechas tú a su talón».*

*«Ella te aplastará la cabeza…».* Este aplastamiento del Dragón infernal comenzó en vida propia de la Santísima Virgen, cuando la primera creatura humana quedó sustraída a su potestad por la *Concepción Inmaculada* de María y cuando, en esta vida sin falta alguna, y en cierto modo impecable, Ella le infligió derrota tras derrota. En efecto, en esta existencia no hay lugar para el pecado, que es el triunfo de Satán; ni para el pecado grave ni para el pecado venial, ni siquiera para la más leve imperfección, de modo que, en esta vida, no se concedió nunca la menor satisfacción al infierno.

*«Ella te aplastará la cabeza…».* María participa en todas las derrotas infligidas a la Serpiente. Ella participa en la gran victoria central y decisiva lograda contra Satán por la vida y muerte de Jesús, pues Ella es Corredentora con el Redentor, y por tanto Cotriunfadora con el gran Vencedor. Ella participa también en toda victoria conseguida contra los demonios en el transcurso de los siglos por la Iglesia o cualquier alma; pues cada triunfo sobre Satán, tanto colectivo como individual, es a las claras obra de la gracia, y María es la Mediadora de toda gracia sin excepción: su misión como Adversaria personal de Satán es una consecuencia, o mejor dicho, un aspecto o forma de su Mediación universal de todas las gracias. Y por eso no hay ninguna vida humana ni ningún período agitado de la historia en que, después de Cristo, no debamos atribuir a María, la gloriosa e invencible Adversaria del infierno y de los demonios, todo triunfo del bien sobre el mal, de la virtud sobre la iniquidad, de la verdad sobre la mentira, de la pureza sobre el vicio, de la fe sobre la herejía.

*«Ella te aplastará la cabeza…».* No se trata sólo de expulsar, alejar o herir al adversario, sino de aplastarlo. En su propia vida, en la existencia de sus hijos y esclavos de amor, en la historia de la Iglesia y del mundo, Ella infligirá al demonio una derrota total y definitiva. Quien le está y permanece íntimamente unido por una Consagración total, por un recurso confiado y constante, por una imitación de cada instante, alcanzará una victoria brillante sobre el Espíritu de orgullo y de malicia. ¡Qué pensamiento tan consolador para quienes quieren pertenecerle enteramente y para siempre!

★

*«Mientras acechas tú su calcañar…».* Tú tratarás de herirla en el talón. Una serpiente, con mil ardides y vueltas, se esconde y se desliza para morder el pie que trata de aplastarlo, e inyectarle su veneno mortal.

A la Mujer, a quien durante su vida en esta tierra la Serpiente trató en vano de seducir y vencer, trata de dañarla ahora en su **doctrina.** La táctica de Satán es la de intentar disminuir y empequeñecer por todos los medios a la Santísima Virgen a los ojos de los hombres. Por las grandes herejías que suscitó en otro tiempo trató de arrebatarle sus joyas más preciosas, la Maternidad divina, su perpetua Virginidad. Los falsos sistemas modernos, el protestantismo, el jansenismo, el racionalismo, el modernismo y otros, se pusieron de acuerdo en atacar de consuno sus grandezas y glorias, además de otros puntos de doctrina. Es también incontestable que muchos escritores católicos «racionalizantes» y supuestamente sabios se esfuerzan por minimizar sus privilegios o ponerlos en duda, como por ejemplo su Corredención o su Mediación universal de todas las gracias. Y países que hasta estos últimos tiempos parecían inmunizados contra semejantes aberraciones, como por ejemplo Francia, son atormentados ahora por influencias nefastas, que se ejercen a veces a plena luz, pero más a menudo por medio de tractos anónimos sembrados con profusión. Hay que notar que, mientras que en otros puntos de doctrina se es más benigno, en Mariología se exige una demostración que aporte una certeza absoluta.

Satán combate también a su gloriosa Adversaria en su **culto.** Donde le es posible suprime en el espíritu y en el corazón de los cristianos todo amor y devoción a la santa Madre de Dios. Protestantes y Jansenistas rivalizaron con sus esfuerzos por ahogar la devoción mariana en el alma de los cristianos. Satán trata de

introducir abusos entre las prácticas del culto mariano, él, el «hombre enemigo» del Evangelio, que siembra la cizaña encima de la buena semilla, con la esperanza de que con la cizaña se arrancará también un día la hermosa y buena cosecha mariana. Montfort, en su «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen», escribió páginas vibrantes de emoción e indignación, para quejarse de que no sólo herejes y cismáticos, sino también católicos, y doctores entre estos, no conocen a María más que de un modo muy imperfecto e incompleto, y hacen todos sus esfuerzos por comprometer las prácticas más autorizadas de la devoción mariana, bajo pretexto de suprimir sus abusos… ¡Lo que Montfort escribía en 1712 no ha perdido, desgraciadamente, nada de su actualidad en 1954! [1].

Satán combate a María en sus **hijos,** pues, como lo cuenta el Apocalipsis, cuando la Mujer con su Hijo fue sustraída al furor del Dragón, este *«se fue a hacer la guerra al resto de su descendencia»* [2]. El atormentará a los verdaderos servidores de María de todos los modos posibles, con enfermedades y tribulaciones, con contradicciones y persecuciones, y perseguirá con sus más terribles tentaciones y sus más peligrosas seducciones a quienes María ama con un amor de elección, y a los cuales, por otra parte, Ella, siempre victoriosa, cubrirá con su protección.

Lo que acabamos de decir de la devoción mariana y de los servidores de María en general, debemos afirmarlo más especialmente aún del culto mariano llevado a su más elevada expresión, y de aquellos que, queriendo amar a María del modo más perfecto, serán para Satán, según la expresión de nuestro Padre, como la «reproducción» de María en este mundo.

El librito del «Tratado de la Verdadera Devoción», que debía comunicar al mundo de las almas esta forma más elevada de amar y servir a María, el diablo lo desgarró con rabia, y lo mantuvo escondido por espacio de 130 años, tratando de sepultarlo definitivamente *«en las tinieblas y el silencio de un cofre»* [3]. Todos los medios le parecen buenos para oponerse a la difusión de esta devoción mariana más excelente. Suscita malentendidos, inspira a los cristianos mundanos una aversión profunda y un desprecio orgulloso hacia este servicio mariano de mayor perfección. Consigue sublevar contra él a hombres de buena voluntad, y hace surgir contra él toda clase de dificultades y objeciones en las almas.

[1] ¡Ni en 2002! [N.d.T.]. Ver Verdadera Devoción, nn. 63-64.
[2] Apoc. **12** 17.
[3] Verdadera Devoción, nº 114.

Y cuando ha agotado todos los expedientes, extravía las cartas, hace saltar si es preciso las máquinas de imprenta para impedir la difusión de lo que le da una rabia impotente… Hay aquí algo que provoca asombro, y es que el diablo se obstine en sus resistencias impotentes, cuando debería saber por experiencia, y lo sabe de hecho, que todos estos ardides y todos sus ataques son inútiles a fin de cuentas, y que su temible Adversaria tendrá siempre y sin excepción la última palabra.

★

*«Mientras acechas tú su calcañar…».* En estas terribles emboscadas tendrá siempre una parte principal el **talón** de la Mujer, que debe aplastarle la cabeza. El talón de la Mujer lo son ya en parte todos los que se aplican a llevar una vida mariana más perfecta. Montfort, en efecto, en su célebre profecía recordada más arriba que predice la suerte de su librito, anuncia que *«estas fieras convulsas… atacarán y perseguirán aun a aquellos y a aquellas que lo lean y lo lleven a la práctica»* [1]. En otro lugar dice que *«los servidores fieles de esta buena Madre»* —y está hablando sin lugar a dudas de los esclavos de amor de Nuestra Señora— *«tienen tantas ocasiones de sufrir, y más que los otros que no le son tan devotos. Se los contradice, se los persigue, se los calumnia, no se los puede sufrir»* [2]. A estos ataques multiformes del demonio quedarán expuestos mucho más aún quienes trabajan por el reino de María, quienes ponen su vida bajo el signo del apostolado mariano, nuestros propagandistas, los «sacerdotes de María», que se toman en serio su Consagración mariana y tratan de sembrar en las almas la preciosa semilla mariana…

Y ¿cómo no enviar aquí un saludo, lleno de amor y admiración, a quien fue el tipo acabado del verdadero esclavo de María y el apóstol infatigable de María, nuestro santo Padre de Montfort? El fue realmente el «talón» de la Mujer; y por permisión de Dios y de Nuestra Señora, pero por intermedio del odio impotente del demonio, fue pisoteado y aplastado, perseguido y expulsado, ridiculizado y mofado, incluso golpeado y maltratado por Satán en persona, y casi asesinado más de una vez… Pero, fortalecido por la asistencia de su Madre, permanece tranquilo, apacible, imperturbable y aun feliz y jubiloso en medio de las cruces y pruebas más sangrientas; e irresistible también en palabras y en

[1] Verdadera Devoción, nº 114.
[2] Verdadera Devoción, nº 153.

hechos, no deja de ser uno de los mayores apóstoles de todos los tiempos, obrando aún hoy después de varios siglos —¡y qué profundamente!— en millones de almas. Todo ello porque fue, más que nadie, el talón de la Mujer, el vencedor incomparable de Satán, triunfando sobre él y aplastándolo realmente en un número incalculable de almas…

Todos nosotros queremos ser también los hijos, servidores y apóstoles de Nuestra Señora, los propagandistas de su amor y devoción bajo su forma más hermosa y elevada… Y nadie de nosotros será lo bastante cobarde para sustraerse a su servicio de amor y al ejercicio de su apostolado porque tenga que luchar y combatir, y recibir por eso golpes y heridas. Sufrir y combatir con Ella y por Ella es un honor, una alegría. Las cruces de los esclavos de amor de Nuestra Señora son cruces confitadas, dice Montfort, con el azúcar de la dulzura materna de María. Nosotros también contribuiremos a aplastar a Satán en la medida en que aceptemos ser «talón» de la Mujer y tener parte en las humillaciones, en las pruebas y en el sufrimiento, y sobre todo en la medida en que le permanezcamos estrechamente unidos por una pertenencia total y una vida mariana de cada instante.

# XVII
# Esta es la historia del mundo…

En el famoso oráculo del Génesis, como hemos visto, Dios nos predijo la historia de las almas como siendo la lucha entre Satán y la Mujer, y entre sus descendencias respectivas. La historia del mundo ha sido eso, y lo será hasta el fin. Dos grandes signos reaparecen sin cesar en el cielo en cada fase de la historia humana: *«la Mujer, vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza»* [1], la Madre del *«Hijo varón, el que ha de regir a todas las naciones con cetro de hierro»* [2]; y enfrente de Ella *«un gran Dragón rojo, con siete cabezas y diez cuernos…, cuya cola arrastra la tercera parte de las estrellas del cielo…»,* el cual *«se detuvo delante de la Mujer que iba a dar a luz, para devorar a su Hijo en cuanto lo diera a luz…»,* y no pudiendo hacerlo, *«despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos»* [3].

★

*Primer acto de esta inmensa tragedia* [4]. En lo más alto de los cielos el signo de la Mujer y de su Hijo es mostrado a Lucifer y a sus ángeles. Deben rebajar su grandeza en humilde adoración ante el Hijo, y someterse también al poder real y a la incomparable dignidad de la Madre. El horrible grito de rebeldía resuena entonces en el cielo: *«Non serviam!:* ¡No, no serviré!…». ¡Cómo! ¡Deshonrar nuestra soberbia naturaleza angélica rebajándola ante seres revestidos de la naturaleza humana, tan inferior a la nuestra! ¡No, jamás! Y la lucha gigantesca se entabla alrededor del signo de la Mujer y de su Hijo. *«Miguel y sus Angeles combatieron con el Dragón. También el Dragón y sus Angeles combatieron, pero no prevalecieron y no hubo ya en el cielo lugar para ellos. Y fue arrojado el gran Dragón, la Serpiente antigua, el llamado Diablo y*

---

[1] Apoc. **12** 1.
[2] Apoc. **12** 5.
[3] Apoc. **12** 3-17.
[4] Esta opinión no es un punto de fe. Pero se apoya en fundamentos suficientemente sólidos como para que nuestra piedad mariana pueda alimentarse de él.

*Satanás, el seductor del mundo entero; fue arrojado a la tierra y sus Angeles fueron arrojados con él»* [1].

★

*Segunda fase de esta lucha mundial y secular:* el Dragón, por medio de la serpiente, seduce y hace caer a la primera pareja humana, Adán y Eva, en el Paraíso terrenal. Satán se ríe sarcásticamente. Acaba de triunfar. Su envidia de la humanidad ha quedado satisfecha. Por un momento pensó haber vencido, en Adán y Eva, a la Mujer y a su Hijo. ¿Acaso no envenenó la raza humana en su misma fuente?… Su alegría malsana es de corta duración. Dios pone entonces el otro gran signo: la Mujer, que será pura enemistad contra él, y su Hijo, en quien y por quien la Mujer le aplastará la cabeza… Y este triunfo comienza al punto; pues por la fe y la esperanza en Aquellos que deben venir, Adán y Eva son purificados, santificados y salvados, y toda su descendencia, si está de buena voluntad, podrá salvarse, mientras espera su venida, en virtud de los méritos futuros pero ya previstos del Hijo y de la Madre. Y los siglos que se siguen son una larga y paciente espera, y también un anuncio y una descripción en profecías y en figuras, cada vez más completa y detallada, del Redentor y de la Corredentora, del Mediador y de la Mediadora, del Rey y de la Reina, cuyo reino ha de poner fin a la dominación de Satán.

★

*Tercera fase del gran drama:* la vida terrestre de Jesús y de su Madre. La Mujer ha dado a luz a su Hijo. Por una persecución sangrienta, el Dragón trata de devorar a este Hijo. Pero Este es sustraído milagrosamente a su furor. Luego la lucha va a dormitar durante algún tiempo, hasta que, durante la vida pública de Jesús, vuelva a encenderse y se entable con la violencia más extrema. María, con su Hijo, toma una parte decisiva en la lucha. Ella permanece fielmente junto a El en la guerra contra la Serpiente. Ella sigue la táctica de Jesús, y se sirve de sus mismas armas: la humildad y la pobreza, el trabajo y la oración, y sobre todo el sufrimiento y la cruz. Y en la Cruz, en el Calvario, donde en principio se decide el desenlace de la lucha para gran deshonra de Lucifer, que creyendo vencer definitivamente, es vencido y derribado definitivamente en ese justo momento, María se mantiene al lado de su Hijo, no teniendo con El más que un solo corazón, una

[1] Apoc. **12** 7-9.

sola alma, un solo amor, una misma voluntad de sacrificio, y siendo con El una sola cosa para triunfar contra el Dragón, pero al mismo tiempo para recibir juntamente con El la punzante herida de su dolorosa Pasión por parte de la Serpiente, que por esta misma Pasión se ve humillada, derribada y aplastada…

★

*Cuarta fase de la batalla entre María y Satán.* Por su gloriosa Ascensión el Hijo es *«arrebatado hasta Dios y hasta su trono»* [1]. A Ella misma *«se le dieron las dos alas del águila grande»* [2], y por la Asunción Ella vuela a su lugar, a la radiante soledad del Paraíso, donde es alimentada con la Sustancia misma de Dios fuera del alcance de la Serpiente.

Entonces comienza, si se quiere, el cuarto período de esta maravillosa batalla: el Dragón, *«despechado contra la Mujer, se fue a hacer la guerra al resto de sus hijos, los que guardan los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús»* [3]. Esto es, en resumen, lo que debe suceder hasta el fin del mundo bajo las más diversas formas, a un ritmo a veces vertiginoso, a veces más lento, pero en todo caso con una violencia que crecerá cada vez más hacia el fin, cuando el Dragón sepa *«que le queda poco tiempo»* [4]. Esta es realmente la quintaesencia de la historia del mundo.

¡Fuera aquí toda estrechez y toda pusilanimidad! Aceptemos y admiremos las obras de Dios en su plena realidad y en toda su grandeza. Satán hace la guerra a las almas por odio contra Dios, es cierto, pero la Escritura constata que lo hace también por odio contra la Mujer, cuya descendencia ellas son, y contra la que él mismo no puede atentar. Y además, también es la Mujer quien, como hemos visto, sostiene y fortifica a sus hijos y los conduce a la victoria contra el Dragón. *«Por Ti el Señor ha destruido a todos nuestros enemigos»,* canta la Iglesia. Y también: *«Tú sola has destruido todas las herejías en el mundo entero».* Su estandarte azul y blanco ondeó siempre por encima de los ejércitos fieles de Cristo Jesús.

Ella es quien inspiró el plan de batalla que la Iglesia, en el transcurso de las edades, concibió, adaptó, remodeló, aplicó. Ella es quien sostuvo a los predicadores del Evangelio, a los misioneros de

[1] Apoc. **12** 5.
[2] Apoc. **12** 14.
[3] Apoc. **12** 17.
[4] Apoc. **12** 12.

todos los tiempos y de todos los continentes, desde los apóstoles hasta nuestros días. Ella es quien fortaleció el ánimo de los mártires de los primeros siglos, y los de todas las demás épocas en que Satán trató de ahogar en la sangre y ahorcar en los tormentos a la santa Iglesia de Dios. Ella tuvo una parte activa y pasiva, a menudo de manera evidente, en la lucha contra las grandes herejías, suscitadas por Eutiques, Arrio, Nestorio, Lutero y tantos otros. Y cuando el Islam intentó aniquilar el cristianismo, no por medio de sutilezas teológicas, sino a fuego y espada, y trajo a Europa las hordas de los Sarracenos y de los Turcos, es Ella, incontestablemente, quien frenó la marcha victoriosa del Islam, por las victorias de la católica España y del católico Portugal, por la victoria naval de Lepanto, por el triunfo de Juan Sobieski ante los muros de Viena, y por medio de otras grandes batallas [1].

★

Hay fases de la historia del mundo en que la lucha se vuelve más feroz, y en que Satán intensifica sus esfuerzos por perder a las almas y frustrar la gloria de Dios. Hay tiempos en que la Serpiente levanta más audazmente su cabeza maldita y trata con mayor rabia de inocular su veneno mortal en el talón de la humanidad. Estemos persuadidos, como lo demuestran los hechos narrados anteriormente, de que la Mujer estará sobre aviso para hacer fracasar con redoblada vigilancia los esfuerzos siniestros del demonio, y asistir a sus propios hijos con un amor aún más firme y atento.

Nuestro tiempo merece el honor de ser considerado como *un nuevo período en la lucha secular entre la Mujer y Satán.* Nuestra época es la hora de Satán: el tiempo de las logias y de la francmasonería, del espiritismo y del luciferismo, del laicismo y del modernismo, del socialismo y del comunismo, de la desorganización de la familia y de la esterilidad culpable, de la perversión de las ideas y del desorden de las costumbres, cosas todas favorecidas por los modernos poderes de la prensa, del cine y de la radio. Pío XII constataba ya con el nacional-socialismo que la lucha contra la Iglesia había alcanzado un grado de violencia que jamás se había

[1] Tal vez se diga que todo eso son viejas historias que ya no se repiten hoy. ¿Será cierto? ¿No se ha visto la victoria inverosímil de Varsovia, conseguida por Polonia contra los ejércitos soviéticos el 15 de agosto de 1921 bajo la conducta del general francés Weygand? El ejército polonés, que se componía parcialmente de jóvenes de 16 y 17 años, se lanzó al ataque cantando un cántico a la Santísima Virgen. Su estampida fue irresistible. Los ejércitos comunistas fueron derribados y expulsados fuera de la frontera.

visto hasta entonces. El nazismo desapareció, y desapareció de manera sorprendente. Pero el Dragón tiene siete cabezas… Una de ellas ha sido abatida, pero en nuestros días se alza otra, más repugnante y peligrosa aún: el bolchevismo, el comunismo ateo y perverso, amenaza a Europa y al mundo. Y sus métodos son tan pérfidos y astutos, sus ataques tan universales y sus persecuciones tan temibles, que uno se pregunta si no nos encontramos ya ante la fase suprema de la lucha entre el cielo y el infierno. El futuro es tan amenazador que, humanamente hablando, se podría creer comprometido el triunfo final.

¡Temor vano! ¿Acaso no vemos que frente a estos ataques crecientes de Satán se perfila más netamente que nunca en el horizonte de la Iglesia la figura radiante y triunfal de la Mujer siempre victoriosa? ¡Por ser la época de Satán, nuestro tiempo es también la era de María! Este es el sentido de las manifestaciones más frecuentes de la Santísima Virgen, reconocidas por la Iglesia: La Salette, Lourdes, Fátima, Beauraing, Banneux, Siracusa. Jamás se vio nada semejante en el transcurso de la historia. Este es también el sentido de las encíclicas marianas de los Papas, del movimiento de María Mediadora, de los progresos increíbles de la Mariología, del movimiento de consagración a la Santísima Virgen, debido sobre todo a la influencia de los escritos de San Luis María de Montfort, movimiento coronado por uno de los mayores acontecimientos de la historia, la Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María. Este es el sentido de los demás movimientos actuales de devoción mariana: la Cruzada del Rosario, las giras triunfales y beneficiosas de la «Virgen Peregrina» por el mundo, de la Legión de María, el sentido de nuestro movimiento mariano montfortano, tal vez el más importante en intensidad que haya en el mundo. Este es el sentido sobre todo de esta espléndida definición dogmática de la Asunción gloriosa de Nuestra Señora, que consagra oficialmente nuestra época como el siglo de María, y que la misma Liturgia nueva de este misterio señala como «el gran signo que aparece en el cielo». Y este es el sentido, además, del Año mariano, pedido —cosa inaudita en la historia— por Su Santidad Pío XII para conmemorar la definición gloriosa de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, y que terminó por un homenaje triunfal a la Realeza de María y la institución de esta fiesta, que debe celebrarse en toda la Iglesia.

Y por eso, a pesar de todos los peligros, a pesar de todas las amenazas, a pesar de todas las tristezas de la hora presente, hemos de mirar el futuro con confianza completa y serena. Y si realmente,

como algunos hechos parecen indicarlo y algunas palabras pontificias parecen incluso decirlo, *la fase final* de las luchas formidables ya ha comenzado, no podrá terminarse más que por un triunfo total, y tal vez también rápido, de la Iglesia de Dios contra todas las fuerzas desencadenadas del infierno, y finalmente por el triunfo de la Mujer y de su Hijo.

★

En todo caso, cuando vengan esos tiempos de falsos profetas y persecuciones terribles, el tiempo en que *«el hombre de pecado, el hijo de perdición»* [1] aparezca en la tierra, y en que Satán, *«sabiendo que le queda poco tiempo»* [2], haga un esfuerzo formidable y supremo para establecer su reino de pecado contra el de Dios; cuando, instruido por una experiencia multisecular, produzca su obra maestra, en la que se reproducirá su manera de ser diabólica y se llevará a su apogeo su orgullo, su odio, su crueldad, su espíritu de mentira y su poder infernal; entonces ¡la Mujer estará allí!

Entonces, según las predicciones tan aceptables de San Luis María de Montfort, enfrente de este supremo despliegue de las fuerzas de su adversario eterno, Ella pondrá su obra maestra. Será la obra incomparable de la Mujer más dulce, de la Madre más amante, de la humildísima Esclava del Señor, de la riquísima Mediadora de todas las gracias, de la poderosa Santificadora de las almas, de la Exterminadora de las herejías y de los demonios, de la invencible Adversaria del infierno y del demonio: obra maestra de amor y de santidad, de humildad y de fortaleza, de santo odio contra Satán y su calaña. Serán los santos de los últimos tiempos, descritos por Montfort, que superarán de lejos en virtud y en gracia a la mayor parte de los demás santos. Serán grandes apóstoles, que superarán a todas las creaturas en celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, en santa ira contra el demonio y el pecado. Obrarán grandes maravillas, y Dios pondrá en sus palabras una fuerza a la que nadie podrá resistir. Serán hijos y esclavos de amor de María, humildes y pequeños como Ella, pisoteados por el mundo como el talón; hijos y esclavos de amor de Nuestra Señora, elegidos y formados, llevados y alimentados, sostenidos y consolados por Ella, y también muy estrechamente unidos a Ella por una devoción perfectísima, y disponiendo así de su propio poder y fortaleza. Estos son los hombres, y tal vez también las mujeres, que han de venir para

[1] II Tes. **2** 3.
[2] Apoc. **12** 12.

entablar con la Mujer la lucha final contra el demonio, y que han de llevar esta lucha hasta la victoria decisiva, hasta el triunfo total de Cristo por la conversión de los pecadores e impíos, de los herejes y cismáticos, de los Mahometanos, Judíos y paganos. Este será el reino espléndido de Dios, prometido en las Escrituras, y que será conquistado para Dios y para Cristo por la Mujer y su linaje [1].

Volvemos a decir que no sabemos si estos tiempos están próximos, o si ya han comenzado. Pero, si experimentamos que la lucha es terriblemente dura y se realiza la palabra del Apocalipsis: *«¡Ay de la tierra y del mar! porque el Diablo ha bajado donde vosotros con gran furor»* [2], ¡en todo caso nosotros ganaremos la batalla! La Mujer triunfará contra el comunismo, del mismo modo que Ella destruyó todos los errores, y tarde o temprano —el Sumo Pontífice parece creer en una victoria rápida— celebraremos con júbilo el cumplimiento de las consoladoras palabras que concluyen el terrible Mensaje de Fátima: *«Al fin mi Corazón Inmaculado triunfará».*

★

Cerramos así nuestras consideraciones teóricas sobre un aspecto de la doctrina mariana demasiado poco conocido o tenido en cuenta. Estos pensamientos deberían decidirnos a colocarnos alrededor de Ella en la lucha por Dios y por las almas contra las potestades del infierno.

Pero no podemos terminar esta exposición sin elevar un cántico de alabanza y de acción de gracias hacia Aquella que, a través de todos los siglos, ha dirigido con tanta fortaleza y perspicacia la lucha por Dios, por Cristo y por su Iglesia. Con todo el amor y el entusiasmo de nuestro corazón, cantémosle con la Iglesia: *«Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la gran alegría de Israel, tú la suprema exaltación de nuestra raza. Pues mostrarte un alma viril, y tu corazón estuvo lleno de valentía… Por eso la mano del Señor te revistió de fuerza, y serás bendecida eternamente»* [3].

Oh Madre amada, Mujer fuerte e invencible, a tu ejemplo, bajo tu conducta y con tu apoyo, queremos ir también nosotros a la batalla. Nosotros, que amamos lo que Tú amas, veneramos lo que Tú adoras, detestaremos también lo que Tú detestas y condenas, y

[1] Verdadera Devoción, nn. 47, 50, 54, 59.
[2] Apoc. **12** 12.
[3] Jud. **15** 11.

combatiremos toda nuestra vida por lo que Tú combates. Estamos convencidos de nuestra debilidad y de nuestra inconstancia, y de la inutilidad de nuestros propios esfuerzos aislados. Pero con el Profeta de decimos: *«Si venis mecum, vadam; si nolueris venire mecum, non pergam*... Si vienes conmigo, voy; pero si no vienes conmigo, no voy al combate» [1]. ¡Contigo y por Ti el triunfo es seguro; contigo y por Ti la victoria será nuestra!

[1] Jue. **4** 8.

# XVIII
# Renuncio a Satanás…

*El Dios de la paz aplaste pronto a Satanás bajo vuestros pies*
(Rom. **16** 20)

En nuestros primeros capítulos hemos descrito las relaciones de enemistad existentes entre la Mujer y Satán, y recordado las principales fases de la lucha secular, qué digo, eterna, entablada entre ellos.

Frente a esta lucha y estas enemistades nosotros, hijos y esclavos de Nuestra Señora, no podemos quedarnos indiferentes. Debemos tomar partido y lanzarnos a la batalla. Puesto que la Santísima Virgen y Lucifer viven en una contradicción tan formal y fundamental, es imposible, totalmente imposible, servir a estos dos señores a la vez. Como decía Jesús, necesariamente odiaremos a uno y amaremos al otro. Por eso nos aferramos a María y renunciamos a Satanás.

Hacemos esta elección con toda la energía de nuestra alma, con todo el amor de nuestro corazón. Hacemos esta elección como hijos y esclavos de María en nuestro espléndido Acto de Consagración, que se presenta formalmente en este punto como la renovación perfecta de las promesas del bautismo, por las que hemos jurado fidelidad a Cristo: *«Yo, pecador infiel, renuevo y ratifico hoy, en vuestra presencia, los votos de mi bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me doy por entero a Jesucristo».*

★

*«Renuncio a Satanás…».*

El demonio, tal como salió de los abismos de amor del Corazón de Dios, es una creatura espiritual perfectísima que, en el orden natural, está incomparablemente por encima del hombre en saber, en querer y en poder. Pero esta rica creatura, seducida por su propia excelencia, se apartó de Dios, se atrevió a emprender la lucha contra El, y se encuentra ahora fijado y encadenado para siempre en la iniquidad, el orgullo, el pecado y el odio a Dios y a su santísima

Madre. Por este motivo lo consideramos nosotros también como nuestro enemigo personal, y como tal lo despreciamos, odiamos y combatimos.

El no es más que la negación de Dios y de su Madre incomparable. Trata de socavar su poder, de arruinar su dominación, de destruir su imperio, y de oponerse sin cesar a los designios de su amor por la salvación de los hombres.

★

Por muchos otros motivos este personaje nos inspira una repugnancia profunda y merece nuestra plena aversión.

No nos gustan ni la mentira ni los mentirosos. Dios mismo, que es la Verdad, es quien nos inspira esta repulsión. Ahora bien, Satán es un mentiroso, el mentiroso por excelencia. Jesús mismo lo afirma: *«No se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira»* [1]. Satán profirió la primera mentira en este mundo. Por un engaño monstruoso, hizo que nuestros primeros padres prefirieran la muerte a la vida, la ignorancia a la luz, el rebajamiento hacia las bestias a la elevación en Dios. Continúa mintiendo desvergonzadamente a los hombres, sabiendo perfectamente que nos miente horriblemente: trata de hacernos preferir los placeres efímeros a la bienaventuranza eterna; nos presenta la muerte como si fuera la vida; a millones de hombres les ofrece, como alegría suprema, los goces materiales groseros, por los cuales él mismo, como espíritu, no siente más que desprecio.

Este es Lucifer, un mentiroso, una mentira viviente: ¡no queremos nada con él!

★

Englobamos en una misma reprobación la mentira y el robo. Ahora bien, si Satán es un mentiroso, es también un ladrón y un bandolero. A él se refiere Jesús en primer lugar cuando habla de aquel que no entra por la Puerta, que es El mismo: *«En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que escala por otro lado, ese es un ladrón y un salteador… El ladrón no viene más que a robar, matar y destruir»* [2].

[1] Jn. **8** 44.
[2] Jn. **10** 1, 10.

Satán es un salteador de la peor especie, que nos asalta por puro odio y envidia, que no encuentra el menor provecho en arrebatarnos nuestros más preciosos bienes, pero que sin embargo despojó a nuestros primeros padres y a nosotros mismos de tesoros incomparables: justicia original, inmortalidad e impasibilidad, gracia y vida divina, y sobre todo visión beatífica eterna de Dios… ¡Y estos bienes, que Jesús y María nos han devuelto, trata incesantemente de arrebatárnoslos de nuevo!

Satán es un ladrón, un salteador: ¡no queremos nada con él!

★

Pero además es un verdugo, un criminal, un asesino: *«El es homicida desde el principio»* [1], nos dice el Maestro.

Es un verdugo que, en su odio, no busca más que hacernos sufrir lo más que puede en esta vida, y quiere arrastrarnos con él, para torturarnos por siempre, a su antro infernal.

Es un criminal, un asesino en masa, asesino de las almas, junto al que los canallas célebres, incluso los inventores y explotadores de los campos de exterminio, en los que perecieron millones de hombres en medio de horribles torturas, son niños inocentes; un asesino en masa, que sofocó la vida divina en cientos de millones de almas, un asesino de Dios mismo en cierto sentido, pues la gracia santificante es la vida de Dios en nosotros.

Satán es un verdugo, un asesino: ¡no queremos nada con él!

★

Invirtiendo tristes palabras evangélicas, clamemos: «¡No queremos que este, el enemigo jurado de Cristo, reine sobre nosotros! ¡No queremos nada de este Barrabás infernal; al contrario, queremos que reinen sobre nosotros Jesús, nuestro Rey adorado, y María, nuestra Reina amadísima!».

¡No tengamos parte con Satán! ¡No avancemos jamás bajo su lúgubre estandarte! ¡No obremos jamás bajo su inspiración ni obedezcamos jamás a sus órdenes!

Para nosotros ha de ser el gran *«Excommunicatus vitandus»,* el gran Excomulgado de quien se debe huir… Cuando alguien, en la Iglesia de Dios, ha cometido los crímenes más graves, y a pesar de las exhortaciones y avisos persiste en su malicia, se pronuncia

[1] Jn. **8** 44.

contra él la gran excomunión. Desde entonces queda totalmente excluido de la Comunión de los Santos, e incluso en la vida civil se debe evitar todo trato con él. Para nosotros Lucifer es ese gran Maldito, con el que debe evitarse toda comunicación.

Es muy reprobable la conducta de quienes, movidos por una curiosidad malsana, se ponen en peligro de tener un comercio peligroso y culpable con Lucifer, por el espiritismo, el sonambulismo, las mesas parlantes y otras prácticas semejantes.

Con Satán tenemos un contacto involuntario y no deseado por las tentaciones, en las que muy a menudo se descubre su garra. Juntamente con Jesús, que consintió en ser tentado por el demonio para merecernos las gracias de la victoria, gritémosle sin dudar y con energía: *«Vade retro, Satana!* ¡Retrocede, Satanás!».

Con este triste personaje hemos de comportarnos de manera clara y rotunda, sin ponernos a razonar con este vil seductor: ya sabemos cual fue la desgracia de la primera incauta, Eva. Hemos de apartarnos de él instantáneamente, cerrarle la boca con una orden firme, abatirlo con una sola oración jaculatoria. Y si nos sentimos demasiado débiles para resistirle, debemos huir. Pues somos plenamente conscientes de nuestra debilidad ante este enemigo infernal, pero también sabemos que *«todo lo podemos en Aquellos que nos fortifican»,* Jesús y María.

Clamemos con Montfort, cuando era golpeado y maltratado por el espíritu de las tinieblas en medio de un espantoso tumulto: *«¡Me río de ti! ¡Me burlo de ti! ¡Estoy entre Jesús y María!».*

Ojalá todos nosotros tengamos parte, por nuestra fidelidad a las recomendaciones de la santa Iglesia, y sobre todo por el apoyo de la Adversaria irreductible e invencible de Satán, en la magnífica recompensa prometida a los valerosos luchadores que hayan combatido contra él: *«Sed valientes en el combate y luchad contra la antigua Serpiente, y poseeréis el reino eterno. Aleluya»* [1].

★

Ciertas reacciones en el momento en que publicamos los capítulo precedentes bajo forma de artículos, nos han convencido de que muchos cristianos no conocen bien la importancia de la devoción mariana en este punto, ni siquiera el papel que los demonios juegan en la historia de las almas y del mundo.

[1] Antífona de las Vísperas de los Apóstoles.

Según la doctrina cristiana generalmente aceptada, es cierto que el demonio, dentro —por supuesto— de los límites de la permisión divina, ejerce una gran influencia en la marcha del mundo visible y también en la conducta de los hombres, por una acción directa o indirecta, ejercida sobre su imaginación, sus sentidos, sus pasiones, etc. Los demonios tienen un conocimiento mucho más profundo de la naturaleza y del hombre que los sabios más experimentados y los psicólogos más agudos.

Al margen de esto, también es cierto:

1º Que con todas sus energías intentan desviar a los hombres del bien, y empujarlos al mal.

2º Que entorpecen de todos los modos posibles el reino de Dios en el mundo y en las almas.

3º Que hacen sufrir a los hombres de manera espiritual o material, en pequeñas cosas o en asuntos más importantes, y eso por puro odio y envidia, y a fin de empujarlos a la impaciencia, al descontento, al espíritu de rebeldía.

4º Que —como se deduce claramente de lo que hemos visto— hacen sufrir y persiguen especialmente a los hijos y servidores de María, y que con todas sus fuerzas combaten la devoción mariana, porque reconocen en ella uno de los medios más eficaces para establecer el reino de Dios.

5º Que Satán no puede desplegar a su gusto su poder, ni tender sus emboscadas como mejor se le antoje: todo eso no puede hacerlo sino dentro de los límites y en la medida en que Dios se lo permite. Y es también indudable que la Santísima Virgen ha recibido una misión especial para oponerse y neutralizar las empresas de Satán.

El demonio, para seducir y hacer sufrir a las almas, se servirá ordinaria y preferentemente de aquellas personas que se le han entregado. Pero para entorpecer el reino de Dios y de Nuestra Señora, para hacer sufrir, atormentar y probar a los elegidos, sabrá servirse hábilmente, no sólo de las creaturas irracionales, sino también de hombres de buena voluntad, suscitando malentendidos, exasperando defectos de carácter, haciendo suponer intenciones malévolas, etc.

Es prácticamente dificilísimo, cuando no imposible, determinar siempre con certeza cuándo y hasta dónde se ejerce su influencia en una vida humana. Pero sería inoportuno, por ejemplo, criticar a San Luis María de Montfort cuando atribuía a Satán las dificultades sin fin y sin número que encontraba en todas partes en el cumplimiento de su trabajo magnífico por la salvación de las almas. Y sin querer

buscar en todas partes la garra del Maldito, es posible, en muchos casos, descubrir con gran verosimilitud su influencia en nuestra vida.

Pero siempre debemos retener bien lo siguiente: *«Todo coopera al bien de los que aman a Dios»* [1], dice San Pablo. Todos los acontecimientos tienen su lugar y su significado en los designios de la Providencia divina. Las persecuciones y molestias del demonio son sufrimiento y cruz; pero la cruz y el sufrimiento son fuente de bendiciones y de santidad. Las tentaciones, suscitadas y envenenadas por Satán, pueden y deben conducirnos a la victoria, y por lo tanto, a nuestro progreso espiritual y a la gloria de Dios. Si somos humildes, confiados, valerosos y sobre todo abandonados, totalmente entregados a María, la influencia de Satán será una bendición más en nuestra vida. Sus empresas se volverán contra él: sus emboscadas se le convertirán en derrotas, su mordedura le será un nuevo aplastamiento. Satán no ha conocido jamás un desastre mayor que cuando creyó eliminar para siempre al Profeta de Nazaret por su muerte en la cruz… Esto ha de ser para nosotros una lección que no debemos olvidar jamás, y una señal dichosa, la más alentadora que pueda haber.

[1] Rom. **8** 28.

# XIX
# Renuncio a sus obras: la mentira

Hemos visto que, como hijos y esclavos de María, detestamos y combatimos a Satán.

Pero para renunciar realmente al demonio, también debemos aborrecer y evitar sus «obras», y esto nos es mucho más difícil.

Quien hace las obras de Satán camina tras sus huellas, obra según sus deseos, sigue sus directivas, se convierte en su súbdito y esclavo, contrae con él una especie de parentesco espiritual, y pertenece desde entonces a su raza detestable [1], según la expresión fuerte de San Juan: *«Quien comete el pecado es [desciende] del Diablo»* [2]; y según el dicho aún más formal y fuerte del mismo Jesús: *«Vosotros sois de vuestro padre el Diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre»* [3].

Las obras de Dios llevan siempre consigo, como sello esencial e indeleble, el ser verdaderas, buenas y bellas, a imagen de El: *«Omne ens est verum, bonum et pulchrum»*. El demonio, como enemigo y como contradicción del Altísimo, no puede dejar de oponerse a las obras divinas y de tratar de suprimir estos sellos divinos en las creaturas, o al menos adulterarlas o falsificarlas.

## LA FALSA BELLEZA

El demonio hace ya su obra sustituyendo a la bella realidad la belleza aparente, falseada, la pseudo-belleza, que en realidad es deformidad y fealdad. Mucho habría que decir en esta materia, pero consideraciones más amplias sobre este tema estarían aquí fuera de

[1] Santo Tomás enseña que, así como Cristo es Cabeza de los predestinados, así también Satán lo es hasta un cierto punto de los impíos, porque alcanzó el colmo de la malicia y trata de llevar los hombres al fin que él persigue: la aversión de Dios. Trata de conseguir esto por persuasión y dirección, y también por su ejemplo perverso que, como un estandarte, precede y atrae a los hombres al camino del alejamiento de Dios.

[2] I Jn. **3** 8.

[3] Jn. **8** 44.

lugar. Estamos convencidos de que luchar contra lo que es deforme, decadente y de mal gusto en las artes de hoy: literatura, pintura, escultura, música, teatro, películas, etc., pero sobre todo en el campo del arte religioso, es en el fondo servir a Dios y a Nuestra Señora. No han faltado en estos últimos tiempos algunos avisos en este orden de cosas. Al contrario, los verdaderos artistas cristianos, que tratan de plasmar el pensamiento divino, la idea mariana, con formas sencillas, sanas, equilibradas, pero ricas también, pueden prestar inmensos servicios a la causa del reino de Dios por María. Todos los que puedan deben contribuir a purificar y formar el gusto del pueblo cristiano, y a mantener las prestaciones artísticas, en materia de arquitectura, escultura, pintura y música, sobre todo religiosas, en los límites convenientes, y más especialmente cuando se trata de obras marianas. En este campo queda por hacer un verdadero apostolado.

## FALSEDAD Y MENTIRA

Otra obra de Satán es la falsedad y la mentira. Con Jesús y María, llevemos la lucha contra la mentira y las tinieblas.

Es cierto que en la Escritura el pecado en general es tratado de falsedad y de mentira. En efecto, cada falta es una contra-verdad, pues no responde al pensamiento de Dios. El acto pecaminoso no es como Dios lo ha pensado y querido, está en contradicción con el pensamiento divino, y por lo tanto es un error, una falsedad, una mentira en acción.

Pero al margen del hecho de que apartarse voluntariamente de la verdad constituya una falta o un pecado, hay un desorden y una desgracia en el hecho de apartarse de la verdad, que en sí misma es un bien muy especial. Más tarde hablaremos del pecado en cuanto tal.

Dios es la Verdad: El es la Unidad sustancial, la Identidad esencial y necesaria entre el Ser y el Pensamiento, entre el Pensamiento y el Ser, la Regla viviente, la Fuente única y eterna de la verdad.

Jesús es *«la Luz del mundo, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo»* [1].

[1] Jn. **1** 9.

María, nuestra Madre y nuestro Modelo, está profundísimamente anclada en la verdad. Su vida quedó irradiada de la luz de su divino Hijo, su espíritu no se vio jamás empañado por el error, ni su vida fue manchada nunca por alguna falta de rectitud o de sinceridad.

El demonio, al contrario, como hemos dicho, es el espíritu de mentira y de duplicidad, que trata de difundir el error, las tinieblas y la duda en la tierra. El profirió la primera mentira del mundo, y sembró luego la duda y la turbación en el espíritu y en el corazón de nuestros primeros padres. Esa es su táctica eterna. De uno de sus satélites es la famosa consigna, aplicada aún hoy en día: *«¡Miente, miente, que algo queda!»*. Todo error, toda turbación, toda duda que él consigue sembrar en un espíritu, significa para él una victoria, y le abre un camino para nuevas conquistas. El mantiene cuidadosamente el espíritu de artificio, de fingimiento, de afectación, de falsedad y de hipocresía que encontramos tan frecuentemente, casi universalmente, en el mundo.

Satán triunfa sobre todo cuando consigue sembrar el error y la mentira, o al menos la duda y la oscuridad, sobre graves cuestiones de las que se ocupan la filosofía y la teología: la existencia y la naturaleza de Dios, del alma humana, de nuestro fin último, de las leyes morales, etc. En el arte de engañar y mentir, de sembrar la confusión y turbación en estas materias, adquirió una habilidad desconcertante, como lo atestiguan, por ejemplo, el número casi infinito de sistemas filosóficos y teológicos que ha suscitado desde hace un siglo. Satán es el gran heresiarca. En su antro infernal fueron forjadas con habilidad consumada todas las herejías, desde el gnosticismo hasta el modernismo y el bolchevismo, en las llamas ardientes de su odio contra Dios, contra la Mujer y contra las almas.

De este arsenal de mentiras nuestra época ha tenido la mayor parte. Hemos conocido, y conocemos aún, herejías que no niegan sólo una verdad importante, sino que además tratan de envenenar o secar la verdad en su misma fuente. El modernismo, por vía indirecta, pone en duda toda verdad revelada; el comunismo niega la vida eterna y la existencia del mundo sobrenatural; el nacional-socialismo y el bolchevismo tienen más de una semejanza, entre otras la siguiente, que prueba su procedencia común: su método consiste en la mentira organizada y sistemática. Su influencia logró producir tal confusión en los espíritus, que incluso muchos cristianos, en materia de conciencia, habían perdido las justas normas, ya no tenían la noción neta del mal y del pecado, y creyeron

poder justificar en conciencia las peores injusticias y los peores excesos.

★

Nosotros somos hijos de la luz, los hijos de la Mujer, que ha hecho brillar la gran Luz en el mundo. Esta Luz la llevamos en nuestros ojos, en nuestros espíritus, en nuestra vida. Queremos conservar intacto el tesoro de la Revelación divina. Con sencillez de niños escuchemos a la Iglesia, que lee por nosotros en el libro de la Revelación de Dios. Apartémonos con horror de las grandes herejías de nuestra época. Amemos a los hombres, a todos los hombres, con el Corazón mismo de Dios, con el Corazón de Cristo. Pero detestemos y combatamos con todas nuestras fuerzas los errores y mentiras que propagan ciertas personas. Abramos ampliamente nuestra alma y nuestra inteligencia para aceptar enteras, intactas, sin disminución ni compromiso, todas las verdades del Evangelio. No escamoteemos ni atenuemos ninguna verdad, por muy exigente que sea. En nuestra conciencia hagamos brillar la luz de la gracia de Dios y del examen serio de nuestra conducta. Seamos hombres rectos, sinceros, que se consideren por lo que son, y odiemos y excluyamos toda falsedad, toda hipocresía, todo artificio y afectación ridículos.

En todos los campos estemos por la verdad, por muy desagradable y molesta que esta verdad nos fuese. Aunque sabemos que «no es siempre bueno decir toda la verdad», y que en ciertos casos se permite la «restricción mental», no nos dejemos llevar sin embargo a hablar contra la verdad, a refugiarnos en la mentira, ni siquiera si por este medio pudiésemos asegurarnos preciosas ventajas o evitar serios inconvenientes. En esto defendemos lo contrario del mundo, incluso lo contrario de ciertos cristianos practicantes, que viven de rodeos y demasiado a menudo recurren a verdaderas mentiras.

En esta lucha nuestra Madre amadísima es nuestro ejemplo, nuestra Capitana y nuestro sostén. En su socorro sobre todo contamos para vivir y morir en la verdad y en la rectitud: *«Nunca un fiel devoto de María caerá en herejía o en ilusión, por lo menos formal; bien que podrá errar materialmente, tomar por verdad la mentira y por espíritu bueno al maligno, aunque más difícilmente que otra persona; pero, tarde o temprano, conocerá su falla y su*

*error material; y cuando lo conozca no se obstinará, de ninguna manera, en creer y sostener lo que había creído verdadero»* [1].

Bajo su conducta estamos seguros.

[1] Verdadera Devoción, nº 167.

# XX
# Renuncio a sus obras: el pecado

La mentira, y también la propagación de la fealdad o la deformidad en lugar de la auténtica belleza en las artes, sobre todo religiosas, son las «obras de Satán».

Pero su obra por excelencia es sin lugar a dudas el pecado. Ese es el fin de toda su actividad y el término supremo de todos sus esfuerzos.

¡El pecado! Palabra horrible, realidad más abominable aún, o más justamente: ¡ausencia de ser desoladora! ¡Ah, si esta palabra pudiese ser suprimida del vocabulario humano, si esta realidad pudiese desaparecer de la escena del mundo!

Hijos y esclavos de amor de la «Esclava del Señor», debemos aborrecer, huir y combatir el pecado, sobre todo el pecado que realiza totalmente la noción de este horrible desorden: *¡el pecado mortal!*

*¡Odio del pecado mortal!* Es una rebeldía contra el poder mismo de Dios, una revolución contra su inalienable autoridad; la negación en actos de sus derechos más imprescriptibles sobre la creatura; en cierto sentido un atentado a la vida misma de Dios, pues el pecado declara en la práctica la independencia de la creatura respecto de Dios, y un Dios del que no dependiesen las creaturas, y de las que El mismo dependiese, sería un Dios disminuido, imperfecto, y un Dios imperfecto no sería Dios, no podría existir.

*Odio del pecado mortal,* que es un sangriento insulto a la infinita Perfección de Dios, porque supone la preferencia de una creatura sacada de la nada sobre la infinita Belleza y Perfección divinas, la elección de un goce pasajero, a menudo bajo, animal, antes que la amistad, posesión y goce eterno del Bien supremo, amable por encima de todo.

*Odio del pecado mortal,* que supone el desconocimiento y desprecio de la infinita e incomprensible Caridad de Dios por el hombre; que, al adorable «Te amo» que Dios sigue diciendo al hombre por la Creación, la Encarnación, la Pasión y muerte, por la

Gracia y la Eucaristía, da como respuesta increíble: «¡Y yo te odio!».

*Odio del pecado mortal,* que mancha, profana y destruye el templo vivo de Dios en nosotros, y expulsa vergonzosamente del alma a la adorable Trinidad, que por la gracia había establecido en ella su morada; al pecado mortal, que malgasta, dilapida y aniquila en un instante nuestros méritos y el incomparable tesoro de la gracia y de la felicidad celestial; al pecado mortal, llamado así a justo título, porque asesina la vida divina en nosotros, aniquila nuestros derechos al cielo, nos priva de la vida eterna y nos condena para siempre a los tormentos del infierno.

Por todos estos motivos, ¡cómo debe odiar, condenar y rechazar el pecado mortal la Inmaculada, la Virgen purísima, la Hija, Madre y Esposa del Altísimo, Ella que es al mismo tiempo la Madre de los hombres, Madre indeciblemente amante y buena!

Cueste lo que cueste apartemos el pecado mortal de nuestras vidas. Puede suceder, por desgracia, que un alma que se dio a María, especialmente en los primeros tiempos después de su Consagración, quede atrapada por debilidad humana en las emboscadas del demonio y sucumba ante sus ataques… Pero esta alma debe levantarse enseguida y valientemente, con el corazón contrito mas lleno de confianza en la infinita misericordia de Dios y en la ternura materna de María… Vuelva a entregarse entonces a Aquella que aplasta la cabeza del infame; jure de nuevo odio y enemistad a Satán y a sus obras… Y pronto logrará vencer definitivamente a los espíritus infernales.

★

Al lado del pecado mortal existe lo que llamamos pecado *venial,* porque obtenemos más fácilmente su perdón; o pecado *cotidiano* [1], porque desgraciadamente se presenta a diario en la vida de la mayoría de los cristianos.

Hijos y esclavos de amor de Nuestra Señora, huid y combatid también el pecado venial, que no es una rebeldía propiamente dicha contra la autoridad de Dios, es cierto, pero nos coloca sin embargo fuera de sus leyes y de sus divinas órdenes.

Odiad y huid el pecado venial, que no es una plena ruptura con Dios ni os separa de El, pero es una falta de delicadeza grave, una deplorable falta de afecto para con el Padre, Salvador y Esposo de

[1] En flamenco, lengua de Flandes, tierra del autor de estas páginas.

nuestras almas, una negra ingratitud para con Aquel que no deja de colmarnos de sus favores. El amor de Jesús por nosotros, como todo otro amor, es extremadamente sensible a estas faltas de consideración y de delicadeza.

Odiad y huid el pecado venial, porque por él os concedéis un goce indigno, que a menudo deberéis expiar por duras penas y sufrimientos en este mundo o en el otro. ¡El equilibrio debe restablecerse!

Odiad y huid el pecado venial. No es la muerte, ni ninguna enfermedad mortal; pero causa un debilitamiento continuo de nuestras fuerzas, una interrupción en la toma de las sabias vivificantes que tu alma necesita para no morir. Juegas con el fuego: un día te devorará. Te acostumbras a seguir tu voluntad propia fuera de la voluntad de Dios: no tardarás en seguirla contra la Suya. Te acercas al borde de un precipicio: pronto caerás en él. La Escritura nos avisa claramente: *«Quien desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá»* [1].

★

Nuestra divina Madre es la Purísima, la Inmaculada, cuya alma santísima no fue nunca empañada por el más leve polvo. Y nosotros somos los hijos preferidos y los esclavos voluntarios de esta Virgen sin mancha. ¡De qué dolor debe estar llena su alma a causa de los pecados, incluso de las faltas más leves, de sus hijos amadísimos!

De Blanca de Castilla se cuenta que un día contemplaba con orgullo a su joven hijo, más tarde San Luis, rey de Francia, y lo apretaba con ternura contra su pecho. Y le murmuraba entonces al oído: *«Hijo mío, tú eres la luz de mis ojos, el amor de mi corazón y la alegría de mi vida. Si el Señor te arrancara de mí, sería para mí la muerte. Pero preferiría verte expirar en este momento entre mis brazos, antes que verte cometer jamás un solo pecado mortal».* La hermosa y poderosa Reina que es María, Madre de todos los hijos de Dios, a los que Ella ama con un amor infinitamente fuerte y tierno, preferiría vernos perderlo todo, sufrirlo todo, incluso la muerte; sí, preferiría que su mismo Jesús volviera a ser torturado sobre la Cruz, antes que vernos cometer un pecado mortal, o incluso venial. Ella está llena de horror y de repugnancia hacia los pecados, incluso de menor gravedad, porque estas faltas atacan sistemáticamente los

[1] Eclo. **19** 1.

derechos imprescriptibles de Dios, y porque Ella sabe que el pecado es el verdadero verdugo de su Hijo.

Por eso nosotros, hijos y consagrados de Nuestra Señora, debemos entablar la lucha contra el pecado, mortal y venial, del espíritu y de la carne, de orgullo y de lujuria, de injusticia y de intemperancia; contra el pecado de toda naturaleza y de todo nombre. Juntamente con Satán, el pecado es para nosotros el enemigo número uno. Fortalezcamos nuestra voluntad en el firmísimo propósito de no admitir jamás el pecado en nuestra vida, sobre todo de propósito plenamente deliberado. Y estemos decididos a apartar y recortar de nuestra vida todo lo que de algún modo pudiese inclinarnos del lado de Satán, todo lo que pudiese disminuir el brillo de nuestra alma divinizada, todo lo que pudiese hacer a esta alma un poco menos agradable y querida para el Corazón de Dios o de su santísima Madre, todo lo que llamamos «imperfecciones», sobre todo plenamente voluntarias.

Así seremos capaces de comprender que de ahora en adelante *«renunciamos a Satanás y a sus obras»* para pertenecer a Jesús, nuestro Rey, y a María, nuestra divina Soberana. Este es, lo sabemos, un programa bien cargado y difícil de cumplir. Y si estuviésemos solos para conseguirlo, su cumplimiento se encontraría en gravísimo peligro. Pero también en esto nos apoyamos en Aquella que es nuestro Todo ante Jesús, y el Suplemento de todas nuestras insuficiencias, María. Contamos con el poder de la Inmaculada, de la Mujer invencible, y con confianza inquebrantable nuestra oración se eleva hacia Ella:

*Vitam præsta puram,*
*iter para tutum,*
*ut videntes Jesum*
*Semper collætemur.*

Haz pura nuestra vida,
Prepáranos un camino seguro,
Para que un día, viendo a Jesús
Seamos felices por siempre.

# XXI
# El Mundo

*Confidite, Ego vici mundum.*
Tened confianza, Yo he vencido al mundo
(Jn. **16** 33)

Como hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, debemos odiar a Satán y a su obras: eso es lo que hemos visto en los capítulos precedentes. Los votos del bautismo y la Consagración total a Jesús por María que es su perfecta renovación, exigen además que renunciemos a las «pompas» de Satán. Estas pompas o vanidades de Satán se identifican con las máximas falaces y las empresas seductoras del mundo perverso, o al menos es imposible formarse una justa idea de estas pompas sin haber penetrado en el sentido de lo que es el «mundo», del que habla frecuentemente la Sagrada Escritura. Este es, pues, el lugar de tratar de la naturaleza, del espíritu, de las prácticas y de las empresas de este mundo malvado.

## EL ODIO DEL MUNDO EN LA DOCTRINA DE MONTFORT

El odio y desprecio del mundo, y la lucha contra su espíritu, ocupan un lugar importante e incluso esencial en la espiritualidad del Padre de Montfort. Es cierto que, juntamente con el conocimiento y desprecio de sí mismo, no constituye más que su aspecto negativo. Pero estas disposiciones no dejan de ser un elemento distintivo y el fundamento indispensable del método de santidad del gran misionero.

De ello trata en su obra sintética demasiado poco conocida: «El Amor de la Sabiduría eterna». Debemos condenar y huir de la falsa sabiduría del mundo perverso que es *terrena, animal y diabólica,* y cuidarnos mucho de no pensar, hablar y obrar como los mundanos [1]. En su «Carta Circular a los Amigos de la Cruz» nos hace oír un llamamiento apremiante y emotivo de Jesús exhortándonos a

[1] Amor de la Sabiduría Eterna, nn. 74-84, 198-199.

separarnos de quienes siguen la concupiscencia y corrupción del mundo, y a unirnos al pequeño rebaño que sigue a Jesús en su pobreza y en sus sufrimientos.

En el mismo «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen» hace alusión muchas veces a este tema, y la séptima práctica exterior del perfecto devoto de María consiste en *«despreciar, odiar y huir el mundo corrompido»* [1].

De la preparación de treinta días que debe preceder a nuestra Consagración y establecer en nosotros el Reino de Jesús por María, hay que emplear doce al menos *«para vaciarse del espíritu del mundo, contrario al de Jesucristo»* [2]. Es indudable que Montfort había consagrado al estudio de este tema la primera parte de su libro, editado más tarde con el título de «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen». Hay que lamentar que esta primera parte se haya perdido. Afortunadamente, sus Cánticos colman en gran parte esta laguna. En estos Cánticos el tratado del mundo perverso no contiene menos de 2.500 versículos, divididos en 452 estrofas: más de una décima parte de toda su obra poética.

★

Además, aunque no poseyéramos su doctrina expuesta por escrito, nos quedaría su ejemplo notable, que es ampliamente suficiente para conocer su verdadero espíritu. En efecto, este es uno de los rasgos más sobresalientes del alma y de la vida de San Luis María de Montfort. Pocos santos se podrían citar que hayan seguido hasta ese punto el ejemplo de Jesús, y aplicado tan lógicamente su doctrina y la de los apóstoles. Y las persecuciones increíbles de que fue constantemente objeto por parte de los mundanos encuentran aquí su principal explicación. Si hubiese sido del mundo, el mundo lo hubiese dejado tranquilo, según la palabra de Cristo; pero porque no era del mundo, y con Jesús condenaba sus obras como malas, era inevitable que atrajese sobre sí el odio del mundo y de los mundanos.

Por lo tanto, no podemos ser verdaderos discípulos de Montfort sin establecer en nosotros este espíritu de desprecio y odio del mundo. ¡Ojalá que el espíritu de nuestro Padre, santo y fuerte, se apodere de nosotros, sobre todo en un tiempo en que casi todos los

[1] Verdadera Devoción, nº 256.
[2] Verdadera Devoción, nº 227.

cristianos están más o menos contaminados por el espíritu del mundo, perverso y corrompido!

## ¿QUÉ ES EL «MUNDO»?

*«Hay dos mundos»,* dice San Agustín: *«uno creado por el Verbo y en el cual El apareció revestido de nuestra mortalidad; y otro regido por el Príncipe de las tinieblas, y que no reconoció a Jesús. "Et mundus eum non cognovit". El primero, obra de Dios, no puede ser malo. El Génesis nos enseña que el Señor, al considerar las obras de sus manos, vio que eran excelentes: "Et vidit quod essent valde bona". El segundo, que tiene a Satán por señor, no puede ser bueno, pues su príncipe, malvado desde el comienzo, inspira su malicia a todo lo que él domina».*

Por lo tanto, cuando aquí hablamos del mundo, no nos referimos a la tierra con todo lo que contiene, ni a la humanidad en general. A veces esta palabra puede y debe ser comprendida así, puesto que con este sentido la usan la Escritura y el mismo Jesús [1]. Pero de ordinario el Maestro le da a este término un sentido peyorativo. Por el conjunto del texto en que esta palabra es empleada, por el «contexto» como se dice, es fácil darse cuenta en qué sentido se la usa.

Tertuliano llama a Satán *«simius Dei,* el simio de Dios», esto es, el que de manera miserable trata de «simular» o imitar a Dios.

Jesús, el Hijo de Dios, vino a este mundo para reconciliar la tierra con el cielo y someter todas las cosas al Padre en dependencia humilde y amorosa. Tiene su doctrina, su Evangelio, elevado muy por encima de nuestras concepciones humanas, y por este motivo muy frecuentemente en contradicción aparente —aunque no real— con nuestro entendimiento. Jesús tiene sus fieles y sus discípulos. A estos discípulos los reunió en un organismo interior y exterior, su Cuerpo místico, su Iglesia, para difundir y exponer su doctrina y comunicar su vida. Para dirigir a sus fieles instituyó en la Iglesia una autoridad, que se ejerce por el Papa, los Obispos y los sacerdotes. Estos son como la osamenta de todo este organismo sobrenatural. Por su Iglesia y sus sacerdotes, por sus ministros y sus sacramentos, pero también por una influencia directa y misteriosa, atrae la humanidad hacia El y quiere ofrecerla, formando un solo Cuerpo místico con El mismo, al Padre eterno. Este es el plan de Dios.

[1] Jn. **1** 10; **12** 19; **14** 13.

Enfrente de Cristo se levanta Satanás, el verdadero Anticristo, el que siempre y en todas partes está contra Cristo. Cristo, y sólo El, es el vínculo vivo entre Dios y el hombre, entre el hombre y Dios. Satán, al contrario, es la rebeldía personificada contra Dios. Su único fin es arrastrar las almas a esta insurrección contra El. En el cielo ya no puede esperar nada; en el infierno no puede obtener más de lo que tiene; y por eso su campo de acción será la tierra, y en la tierra, la única creatura dotada de razón y voluntad: el hombre. La única meta de todos sus cálculos y esfuerzos será, por lo tanto, separar al hombre de Dios y soliviantarlo contra El. Y de este modo quien se negó a servir a Dios intentará suplantarlo por medio de una especie de supremacía e imperio sobre las almas.

Simio miserable de Dios, se construirá una especie de «iglesia» para establecer este imperio y extenderlo contra la Iglesia de Cristo y el reino de Dios. Esta iglesia, este reino de Satán, es el «mundo».

Satán tiene su evangelio, sus axiomas, sus máximas, sus doctrinas falaces y mentirosas, por las que, bajo máscara de verdad, trata de seducir a las almas. Tiene también sus partidarios y satélites. En cierto sentido le pertenecen todos los que viven en enemistad y aversión con Dios. Su iglesia se compone de todos los que aceptan su doctrina y comparten sus obras, la mentira y el pecado. A las inspiraciones e influencias de la gracia opone su acción tenebrosa en las almas, acción que trata de ejercer por toda clase de órganos en el mundo, la finanza, la política, el arte, la moda, la prensa, la radio, la televisión, etc.

Así como hay grados distintos en la pertenencia al Cuerpo místico de Cristo, así también se puede estar incorporado al mundo de diversas maneras. Se puede pertenecer de manera formal, apartándose expresamente de Cristo para poner la propia vida al servicio del demonio, como los apóstatas, los perseguidores de la Iglesia, y quienes, sobre todo en los grados superiores, se inscriben en las sociedades secretas condenadas por la Iglesia. Se puede pertenecer de hecho al mundo cuando se siguen cumpliendo ciertos deberes religiosos, pero viviendo en pecado mortal, y por lo tanto sometidos a Satán. O se puede ser fiel a Cristo en todos los puntos principales, pero estar influenciado, tal vez sin saberlo, por el espíritu del mundo, y comunicar esta influencia, también sin saberlo, alrededor de sí por las propias acciones y palabras, y por toda la mentalidad.

Podemos considerar como organismo visible de la iglesia de Satán a algunas sociedades secretas, sobre todo la francmasonería,

con sus dignatarios que recuerdan a nuestro clero; sus ritos secretos de iniciación y sus ceremonias sacrílegas, que son la parodia de nuestra santa liturgia; su organización y su acción mundial, que pretende arruinar y aniquilar la influencia universal y profunda de la Iglesia de Cristo en el mundo.

Por lo tanto, lo que Jesús designa con esta palabra «mundo», y lo que por ella nosotros debemos entender, es este conjunto de personas, doctrinas y empresas que, bajo la dirección suprema del demonio, intenta destruir el reino de Cristo y de su santa Madre, y soliviantar la humanidad contra Dios, Señor supremo y fin último de toda la creación.

Monseñor Carlos Gay resumió toda esta doctrina de manera penetrante: *«El mundo es el gran recurso de Satanás, su arsenal, su ejército y el medio por excelencia de sus victorias. El le presta ojos para mirar, labios para hablar y sonreír, manos para trabajar, escribir y acariciar; él pone al demonio en medio de nosotros, lo sienta en nuestros hogares, y le entrega todo lo que nos concierne o puede influir sobre nuestras vidas. Una palabra lo resume todo:* ***lo humaniza.*** *Así como la Iglesia es como la encarnación continuada de Jesús, su Cuerpo místico extendido en los lugares y en el tiempo, así también el mundo es como la encarnación de Satán, y realmente la iglesia del diablo. Todo lo que la Iglesia es y hace en la tierra en orden a la santificación y salvación de las almas, el mundo lo es y lo hace en orden a la seducción y perdición eterna»* [1].

El mundo es todo eso. Es importante desde ahora atraer fuertemente la atención sobre una de sus características, sobre la cual deberemos volver más tarde. *«El mundo es Satán disfrazado»,* escribe nuestro Padre de Montfort; *«su principal padre es el demonio, aunque piense estar odiándolo».* El mundo es el reino de Satán, pero construido sobre la mentira como fundamento. Habitualmente el demonio no se atreve a mostrarse como el espíritu de las tinieblas: se las da de ángel de luz. Difunde la mentira y el pecado bajo apariencia de verdad, de bien, sí, de virtud y santidad. El mundo es Satán, pero Satán enmascarado, disfrazado, y eso hace su acción mucho más peligrosa y temible.

Jesús llamó «mundo» a este conjunto de mentira, de malicia, de pecado, de corrupción, y a todo lo que a ello conduce.

---

[1] Monseñor Charles Gay, *Vida y virtudes cristianas consideradas en el estado religioso,* tr. VIII, p. 494.

¿Se piensa en todo lo que hay de horriblemente trágico en esta denominación? ¡Cómo debía encogerse su Corazón cuando pronunciaba esta palabra terrible! ¿No es espantoso que Satán haya logrado tan bien su empresa infernal; que el pecado —y por lo tanto el odio de Dios— haya progresado tanto que la tierra, la humanidad y el mundo se identifiquen casi, por decirlo así, con la malicia y la iniquidad; que el mundo y el reino de Satán sean una sola y misma cosa, y Lucifer sea designado simplemente por Jesús como «el Príncipe de este mundo»? A Dios gracias, según la palabra misma de Cristo, este Príncipe despreciable será un día arrojado fuera y expulsado del trono que usurpó miserablemente.

¡Señor, que sea pronto!

# XXII
# Nuestra elección

## JESÚS Y EL MUNDO

Con infinito respeto debemos escuchar ahora lo que Jesús dice del mundo corrompido y malvado. Debemos meditar seriamente su enseñanza sobre este punto, y hacerla totalmente nuestra.

1º *«Yo no soy de este mundo»* [1]. Jesús estaba en el mundo, pero no era del mundo, no pertenecía a este mundo de perversión. Muchas veces repitió estas palabras.

Señor, para nosotros basta. Queremos estar donde Tú estás, porque Tú eres el verdadero Camino y la Vida verdadera. No podríamos vivir sin Ti: si Tú no eres de este mundo, nosotros tampoco podemos ni queremos pertenecerle.

2º *«No rezo por el mundo»* [2]. ¡Qué terrible palabra, Señor! Tú que trataste con tanta bondad a los pecadores, Tú que no esquivaste tu rostro al infame beso de Judas, Tú que rezaste por los verdugos que te torturaban… te niegas a rezar por el mundo. Porque se encuentra totalmente obstinado en el mal, como los demonios y condenados. ¡Qué espantoso es, Jesús, ser excluido de tu oración, la única que puede salvarnos! ¡Qué espantoso es pertenecer al mundo, que es el reino del Maligno, que es el Maligno mismo!

3º *«El mundo me odia, porque Yo doy testimonio de que sus obras son malas»* [3]. El mundo te odia, Maestro adorado, a Ti que eres la Belleza y la Perfección misma. La mayor desgracia, la sola desgracia en suma que pueda sucedernos en esta vida y en la otra, es la de odiarte, a Ti que eres digno de todo amor. ¡Presérvanos, Señor, de esta espantosa desgracia!

4º *«¡Ay del mundo por los escándalos!»* [4]. Esta palabra es una amenaza, una condenación y en suma un anatema lanzado contra el mundo. Odiarte, Jesús, y llevar tu maldición es la suerte de los

---

[1] Jn. **17** 14.
[2] Jn. **17** 9.
[3] Jn. **7** 7.
[4] Mt. **18** 7.

condenados en el infierno. Vimos una vez a una persona retorcerse de dolor porque cargaba con la maldición de su padre, que no había merecido de ningún modo. ¡Quién no se espantará ante el pensamiento de ser digno de tu maldición, cuando Tú eres quien por tu bendición lo mantienes todo en la existencia y en la vida!

5º *«Tened confianza: Yo he vencido al mundo… Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levando de la tierra, atraeré a todos hacia Mí»* [1]. Jesús, Tú entablas la lucha contra el mundo, contra Satán disfrazado. Tú lo vencerás, Tú lo aplastarás… Tú lo echarás afuera para siempre, allí donde hay llanto y rechinar de dientes. ¡Señor, esta palabra es para nosotros una alegría indecible! ¡Cómo deseamos que la humanidad se desprenda del abrazo mortal de Satán y sea atraída irresistiblemente hacia Ti, que eres la paz y el gozo! ¡Confiamos en tu fuerza, en Ti, el Todopoderoso! Y también ¡qué alegría para nosotros poder contribuir a esta victoria! El discípulo que Tú amabas lo dijo claramente: *«Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo»* [2]. Tú, Señor, has nacido del Padre, pero nosotros también, por Ti y en Ti: ¡y así nuestro triunfo es seguro!

De todo lo que hemos dicho se desprende neta e ineluctablemente esta conclusión: que es imposible pertenecer a Jesús y al mundo. Tenemos que elegir entre los dos: o uno u otro, pero no uno y otro a la vez. Lo que algunos intentan realizar, a saber, conciliar el espíritu del Evangelio con el espíritu del mundo, es sencillamente monstruoso. *«Si alguno ama al mundo»,* dice San Juan, *«el amor del Padre no está en él»* [3]. *«¿No sabéis que la amistad con el mundo»,* dice a su vez el apóstol Santiago, *«es enemistad con Dios? Cualquiera, pues, que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios»* [4].

Tenemos que elegir.

## LA SANTÍSIMA VIRGEN Y EL «MUNDO»

Hemos descrito precedentemente a la Santísima Virgen como la encarnación y personificación del odio a Satán y al pecado. Pero como el mundo es la iglesia y el reino del demonio, su máquina de

[1] Jn. **16** 33; **12** 31-32.
[2] I Jn. **5** 4.
[3] I Jn. **2** 15.
[4] Sant. **4** 4.

guerra más formidable, su arsenal inagotable y el medio por excelencia de sus victorias, no es difícil imaginar qué actitud de odio, de lucha y de victoria tiene la Mujer con ese mundo corrompido. Ella aborrece y combate al mundo así como tiene aversión a Satán, es decir, así como ama a Dios, a Jesús y a las almas.

Y como en el mundo tenemos a Satán en la perfección de su astucia mentirosa, estemos bien convencidos de que la Santísima Virgen ha recibido una gracia especial —que comunica a sus fieles hijos y esclavos— para desenmascarar sus ardides, detectar sus trampas, desbaratarlas y hacerlas fracasar. Ella tendrá un cuidado especial en preservar de las mentiras e ilusiones del demonio a quienes le pertenecen. *«Allí donde está María, allí no está el espíritu maligno»,* dice nuestro Padre [1].

Un hijo de María no es hijo del mundo. Nuestra Señora hará pasar en su corazón su odio y aversión a este mundo perverso. Ella le hará discernir este espíritu del mundo donde quiera se deslice, como la víbora se oculta en una mata de flores.

¡Y el esclavo de amor de Nuestra Señora!… ¿Se comprende ahora que una aversión más profunda por el mundo debe arder en el corazón de quien quiere darse enteramente a Jesús y a María? ¿Se comprende que el menor resto de espíritu mundano, de mentalidad mundana, de costumbres mundanas, o la más mínima concesión a las prácticas y hábitos del mundo pervertido, es un hurto cometido a costa de nuestra donación total, y un impedimento a la pertenencia realmente total a Jesús y a María? ¿Y que toda nuestra donación reposa sobre nuestro desprendimiento del mundo como una casa en sus cimientos?

Por eso no debemos admirarnos de que el desprecio y odio del mundo vuelvan tan frecuentemente bajo la pluma de Montfort; de que nos haga pedir «el desprecio del mundo» como fruto de la 8ª decena del Rosario; de que establezca este odio y desprecio como una de las prácticas características de la santa esclavitud [2]; de que nos presente, no sólo a *«los apóstoles de los últimos tiempos»* sino a todo este *«gran escuadrón de bravos y valientes soldados de Jesús y de María»* que prevé como fruto de la práctica de su perfecta Devoción, combatiendo con todas sus fuerzas *«al mundo, al diablo*

[1] Verdadera Devoción, nº 166.
[2] Verdadera Devoción, nº 256.

*y a la naturaleza corrompida, en los peligrosos tiempos que van a llegar más que nunca»* [1].

Una idea más, que es como la contraprueba de lo que acabamos de recordar. Si lo que acabamos de escribir es cierto, quienes más han vivido en intimidad con la Santísima Virgen deben tener también una parte selecta en su aversión y en la de Jesús por el mundo corrompido.

San Juan vivió largos años en contacto inmediato con la santísima Madre de Jesús. ¿Será casualidad que casi todos los textos evangélicos que nos describen la actitud de Jesús para con el mundo nos hayan sido conservados por San Juan, y que ningún otro apóstol, o casi, vuelva tan frecuentemente como él, en sus exhortaciones personales, sobre la malicia y falsedad del mundo?

¿Será también casualidad que San Luis María de Montfort, nuevo Juan, que no ha sido tal vez superado nunca por nadie en amor e intimidad con Nuestra Señora, tampoco haya sido tal vez igualado o superado por nadie en celo por evitar el espíritu del mundo y combatirlo a ultranza, para imponer también a los demás esta regla de conducta hacia todo lo que se resiente de la mentalidad y de las prácticas del mundo?

## NUESTRA ELECCIÓN

Es impresionante la descripción que San Luis María de Montfort hace en su «Carta Circular a los Amigos de la Cruz» de los dos campos entre los que debemos elegir. Hace desfilar ante nuestros ojos los dos ejércitos. A derecha está el del Salvador… El mismo va a la cabeza, con los pies desnudos y cargando con la pesada Cruz, y con El está un puñado de los más bravos soldados, para seguir el camino estrecho que sube al cielo. A izquierda se apretuja el inmenso y brillante ejército de los mundanos, que por el camino ancho corre a la perdición…

Jesús nos dirige entonces su llamamiento conmovedor: *«¿También vosotros queréis abandonarme?».* ¿Queréis dejarme huyendo de la cruz como los mundanos, que son otros tantos Anticristos, *«Antichristi multi»?*

No dudemos un solo instante. ¡Nuestra elección ya está hecha!

[1] Verdadera Devoción, nº 114.

La naturaleza podrá gemir y quejarse al pensamiento de lo que Jesús nos pedirá. Pero la voluntad, el amor, el alma será más fuerte que la carne. ¡Renunciamos al mundo, a sus vanidades y a su concupiscencia!

El mundo no puede satisfacernos, llenar nuestro corazón, apagar nuestra sed de felicidad verdadera… ¡No deja en definitiva más que vacío, decepción y amargura!

La Iglesia de Cristo, cierto, es militante y sufriente; pero también triunfante. Y esto es lo que Satán no ha podido simular o imitar: él no tiene iglesia jubilosa, triunfante. El mundo, en definitiva, es el infierno, ya que este es su fruto y su resultado. ¡El infierno: este es el verdadero reino del pecado, de la malicia, de Satán!

Mas nuestra elección no viene dictada tanto por el temor como por la caridad. ¡Y nuestro amor es María, es Cristo, es Dios! ¡Odiamos y maldecimos al mundo, porque con todas nuestras fuerzas amamos a Jesús y a María!

¡Renunciamos al mundo!

Estando en el mundo, no queremos pertenecer al mundo maldito: Madre amadísima y Rey nuestro adorado, consideradnos como vuestros. ¡Somos vuestros hijos, vuestros esclavos, vuestros apóstoles!

En la luz y con el apoyo de vuestra gracia queremos *«conservarnos incontaminados de la malicia y de la corrupción del mundo»* [1].

El mundo está crucificado para nosotros, y nosotros para el mundo [2]. Estamos muertos para él, y él no existe para nosotros.

Prometemos combatir con toda nuestra energía la influencia perniciosa del mundo, y esperamos también, apoyados no en nuestra debilidad, sino en vuestra fortaleza invencible, tener parte y contribuir a vuestra infalible victoria.

Jesús, Madre amadísima, entre los mundanos, entre vuestros enemigos, hay algunos que se distinguen de los demás por su odio más feroz y por su corrupción más diabólica. Si se pronuncia vuestro nombre, si se topan con uno de vuestros emblemas, si se encuentran con uno de vuestros sacerdotes, se llenan de rabia,

[1] Sant. **1** 27.
[2] Gal. **6** 14.

vomitan blasfemias y os llenan de injurias y escupitajos. ¡Toda su vida está puesta al servicio del mal, del pecado, del Anticristo!

Señor, divina Madre, ¿será presunción de nuestra parte? Querríamos ser para Ti, apoyados en tu gracia, lo que en el campo adversario son contra Ti los mundanos más corrompidos, los libertinos más desenfrenados, los francmasones más obstinados, los infieles más tercos, los persecutores más rabiosos, los bolcheviques más endiablados:

¡Un odio vivo y ardiente de Satán, del mundo y del pecado!

¡Un amor inflamado por Ti y por tu santa Madre!

¡Una aclamación incesante de tu grandeza y de tu bondad!

¡Una aspiración sin fin a tu triunfo y a tu Reino!

Querríamos resumir nuestra vida entera en un solo grito, en un solo lema, en el que se fusionen tres palabras tuyas y de tu Madre incomparable:

*Ecce Ancilla Domini!*
*Magnificat anima mea Dominum!*
*Adveniat regnum tuum!*

¡He aquí la Esclava del Señor!
¡Engrandece mi alma al Señor!
¡Venga a nosotros tu Reino!

# XXIII
# La concupiscencia de los ojos (1)

*No podéis servir a Dios y a Mammón [la Codicia]*
(Mt. **6** 24)

## EL REINO DE MAMMÓN

Hemos visto lo que es el mundo en general y qué actitud deben tener con él los hijos y esclavos de la Santísima Virgen. Vamos a analizar ahora con más detalle el espíritu, las características y las manifestaciones de este mundo perverso, para poder combatirlo con más eficacia. *«Todo lo que hay en el mundo,* nos dice San Juan, *la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de la vida, no viene del Padre»* [1]. La sensualidad, la codicia y el orgullo son las características principales del mundo.

Tratemos aquí, en primer lugar, de la codicia o del servicio de Mammón.

Dios ha puesto al hombre a la cabeza de la creación visible, y le ha dado el derecho de disponer de los productos y frutos de la tierra para remediar sus necesidades. Por eso cada hombre tiene en sí mismo una inclinación natural —y también un derecho natural cuando se cumplen ciertas condiciones— a apropiarse de la medida de bienes temporales que le es necesaria o útil para su mantenimiento y el de su familia.

La primera caída del hombre y el pecado original deformaron esta inclinación legítima y la orientaron hacia un falso camino. El hombre se rebaja apegándose inconsideradamente a los bienes de la tierra, persiguiéndolos con pasión desordenada y por medios ilícitos. Los bienes materiales no son ya para él un medio, sino un fin, y a veces el fin último y supremo de ciertas vidas. El hombre ya no es rey y señor de los bienes terrenales, sino que se hace cautivo de él y se convierte realmente en su esclavo.

[1] I Jn. **2** 16.

Casi todos los hombres dan culto en cierta medida a esta tendencia funesta. Mammón, el dios del dinero, rige en gran parte el mundo, y una gran muchedumbre de hombres se prosternan en adoración ante el Becerro de oro. Reunir dinero parece ser para mucha gente el asunto capital de su vida, y realmente lo único necesario.

¿De qué está lleno el pensamiento de la mayoría de la gente? ¿De qué se oye hablar, discutir, disputar en las casas, en los trenes y transportes, en los lugares de reunión y en las asambleas?

Quien no tiene nada quiere poseer. Quien posee ya un pequeño capital quiere aumentarlo. El millonario quiere hacerse multimillonario. Se quiere cada vez más lujo en el vestido, en el alimento, en la habitación, en los viajes, en las diversiones, etc. Y es que la codicia no tiene límites.

En el mundo un hombre es considerado por la medida de su riqueza y de su fortuna. La pobreza es la peor vergüenza, y los pobres no son tenidos en cuenta. El mundo tendrá todo tipo de consideraciones con un estafador que ha hecho fortuna, mientras que para el pobre más virtuoso no tendrá más que desprecio, palabras duras y tratamientos humillantes.

Y nuestra época alcanzó, sin duda alguna, un apogeo en este punto. El reino de Mammón está organizado con una habilidad y una perspicacia increíbles. Nuestra época es la de la gran industria, del capitalismo a ultranza, de la organización financiera refinada, de los trusts, de los consorcios, etc. El mundo está rodeado, como de una telaraña inmensa, de un número incalculable de bancos, de bolsas, de instituciones financieras de toda clase, en las que almas sin número se dejan perder para su desgracia temporal y eterna.

Se quiere ser rico y parecerlo. Se quiere ser rico fácil y rápidamente, no como fruto legítimo del trabajo corporal o espiritual, sino a modo de juego e incluso durmiendo, por medio de papeles de banco, que automáticamente pueden aumentar de valor.

Nuestra época es la de la idolatría del dinero por el dinero. Ya no se lo busca solamente como un medio de satisfacer las propias necesidades, pasiones o caprichos, sino como un fin, por el placer de poseerlo. Vivimos en un mundo al revés. La economía actual, en definitiva, tiende sobre todo a satisfacer a algunos grandes financieros, a los pontífices del templo de Mammón, que con sus inmensos capitales no pueden sacar más que la satisfacción de saber que son inmensamente ricos: ¡la voluptad despreciable del viejo

avaro clásico, que con sus enflaquecidas manos palpa las piezas de su tesoro!

## «LA RAÍZ DE TODOS LOS MALES»

*«La raíz de todos los males es el afán de dinero»,* dice San Pablo [1]. Es incontestable que la codicia es uno de los medios más poderosos de que se vale Satán para pervertir a las almas y ahogar la buena semilla en el corazón de los cristianos.

Quien busca desordenadamente los bienes de este mundo sentirá cómo se debilitan sus sentimientos religiosos. Poco a poco se desinteresará de los valores espirituales y eternos. Ya no tendrá tiempo ni gusto por la oración y los deberes religiosos. Toda su atención quedará absorbida por los bienes despreciables que tanto ansía. Es un hecho que las regiones de Francia más ricas son también las más descristianizadas; que las provincias más pobres de Bélgica y Holanda son las más ejemplares desde el punto de vista religioso; y que estas mismas regiones, en la medida en que progresan en el campo material, se ven más amenazadas en el campo espiritual.

¡La codicia, raíz de todos los males! De ahí provienen, en efecto, las mentiras, los engaños, los robos e injusticias, y esto a una escala cada vez más vasta. La mentira se aclimata en los labios del hombre de negocios sin conciencia. Todo precio es justo, toda ganancia es honesta. Todo lo que se puede acaparar, de cualquier modo que sea, será considerado como posesión legítima. El pecado de injusticia no existe casi en el mundo, y muy raramente se lo oye en confesión. Un día nos dijo alguien, que sin embargo pretendía ser un buen cristiano: «Un hombre de negocios ha de tener una conciencia bastante amplia para que un auto pueda circular cómodamente por ella».

¡El afán del dinero, raíz de todos los males!: de la dureza y crueldad para con la gente menuda, de la explotación vergonzosa, sobre todo en otro tiempo, del trabajo de mujeres y niños, de la ruina de familias enteras por una concurrencia desleal… ¿Qué importa todo eso, mientras se engorde el monedero y se infle la cartera?

Por codicia hay asaltos y asesinatos cada día. Por codicia hay desunión en las familias, a veces en las mejores. Todo va bien hasta

[1] I Tim. **6** 10.

que llega el momento de «repartir». Y entonces se introducen a menudo disensiones y odios que a veces ya no se apagarán jamás.

Por codicia y afán del dinero se pierden millones de almas, que se apropian injustamente del bien de los demás y, aun frente a la muerte, no tienen valor para reparar el mal cometido y prefieren precipitarse en los abismos del infierno.

Se dice a veces que todo progresa en el mundo… En todo caso, en la estructura de nuestra sociedad moderna los deplorables efectos de la codicia han alcanzado proporciones espantosas. Los Papas no dejan de denunciar con términos enérgicos los abusos que en este campo deshonran a nuestro mundo moderno. El socialismo, y sobre todo el comunismo, son remedios peores que el mal. Pero se impone una sana y enérgica reforma de la estructura económica del mundo actual, y los Papas han dado repetidas veces indicaciones preciosas para realizarla. ¡Ojalá la humanidad escuche la voz de Cristo y no se deje encantar por las sirenas marxistas, que conducirían nuestra sociedad a los abismos!

## JESÚS Y MAMMÓN

¡Con qué tristeza y horror debe mirar el divino Corazón de Jesús nuestro mundo de codicia y de injusticia, de opresión de los pequeños y de los pobres; un mundo que, por lo tanto, está en formal y total contradicción con su doctrina y con su vida!

Hemos de observar sus acciones más que sus palabras. El no vivió, como hubiera podido hacerlo fácilmente, en un palacio real, en una residencia patricia lujosa, ni siquiera en el confort de lo que nosotros llamamos una casa burguesa. El nació pobre. Vivió y murió pobre, porque así lo quiso y porque sabía que así era mejor y más hermoso. Nacido en un establo, vivió en la humilde morada de un modesto artesano, murió sobre una cruz despojado de todo, y fue sepultado en un sepulcro que no era suyo. Su Madre y su Padre putativo eran pobres. Se rodeó de pecadores, de pobres en suma. Se dirigió preferentemente a los pobres, y pudo decir con toda verdad: *«Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»* [1].

Esta espléndida lección de su ejemplo, quiso El subrayarla con palabras inolvidables. Jamás meditaremos lo bastante, ni grabaremos

[1] Mt. **8** 20.

suficientemente en nuestras almas las primeras palabras de su primer gran discurso, el Sermón de la Montaña: *«Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos… Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados»* [1].

Jesús no duda en señalar su preferencia por los pobres sobre los ricos, como en la alabanza del óbolo de la viuda pobre [2], y en la parábola de Lázaro y el rico Epulón [3]. Y su pensamiento más íntimo sobre los pobres y desgraciados lo traduce netamente en esta proposición humanamente desconcertante: *«En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a Mí me lo hicisteis»* [4].

¿Qué piensa Jesús de los ricos y de las riquezas?

1º La riqueza es un peligro muy grande. Una parte de la buena semilla, echada por el divino Sembrador, cae entre las espinas, que crecen y ahogan el buen grano. Y El mismo explica que es figura de aquellos que, al principio, escuchan la palabra de Dios, pero que luego, por el cuidado de las riquezas y de los placeres de la vida, se dejan apartar de una vida según la palabra de Dios [5].

2º Al pronunciar esta sentencia Jesús pensó, con tristeza infinita, en uno de sus discípulos, uno de los Doce, en cuya alma había caído millares de veces su divina palabra; en aquel que, como pocos otros, había recibido sus beneficios, había sido testigo de sus maravillas, y había recibido de El las muestras de la mayor confianza. Pero ese tal estaba encargado de llevar la bolsa con el dinero destinado al mantenimiento de Jesús, de los Doce y de los pobres. El afán del dinero y el apego a los bienes terrenales ahogaron la buena semilla en su alma, debilitaron y luego apagaron en su corazón el amor por su divino Maestro y su admiración por el Mesías. Judas, por codicia y amor del dinero, comenzó convirtiéndose en ladrón, para llegar a ser luego un criminal, el asesino de su Dios, aquel que, según el testimonio mismo de Jesús, sería el más culpable en el drama espantoso del Calvario. ¡En el entorno inmediato de Jesús Judas se perdió y se condenó, a causa de su apego desordenado a los bienes de este mundo!

---

[1] Mt. **5** 3; Lc. **6** 20-21.
[2] Lc. **21** 3.
[3] Lc. **16** 19-31.
[4] Mt. **25** 40-45.
[5] Lc. **8** 14.

3º Sobre este particular hay otro ejemplo en la vida de Jesús que, cosa excepcional y notable, los tres primeros Evangelistas cuentan con términos casi idénticos [1].

Un joven se acerca a Jesús, se echa a sus pies y le pregunta: *«Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?».* Jesús le contesta: *«Guarda los mandamientos»,* y le enumera los principales. *«Maestro, todo eso lo he guardado desde mi juventud»,* replica el joven. Entonces Jesús fija en él una mirada de amor y le dice: *«Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; luego, ven y sígueme».*

*«Ven y sígueme»...* Era la fórmula mágica, no, casi sacramental, por la que El había subyugado a sus apóstoles y los había atraído a El. Unos pobres pescadores, a esta palabra, se habían levantado al punto y lo habían dejado todo inmediatamente, su padre, su barca, sus redes. Este joven, al contrario, no responde al llamamiento: se fue triste, *«porque poseía muchos bienes»,* dice el Evangelio. ¡El apego a los bienes terrenos había privado a Cristo de un discípulo, de un apóstol, tal vez de otro San Juan!

Y Jesús dice entonces a sus apóstoles: *«¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el reino de Dios!... Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que el que un rico entre en el reino de Dios».* Y los discípulos se preguntan unos a otros: *«Y ¿quién se podrá salvar?».* Jesús no disminuye en nada la severidad de su palabra y contesta: *«Para los hombres, imposible; pero no para Dios, porque todo es posible para Dios».*

Terrible palabra, en suma, que no es en definitiva más que el eco de esta otra sentencia: *«¡Ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto»* [2].

Y toda la doctrina del Maestro está condensada en esta sentencia: *«No podéis servir a Dios y al Dinero»* [3].

¡Dígnese nuestra divina Madre ayudarnos a comprender y aceptar esta doctrina austera de su Hijo!

¡Dígnese Ella ayudarnos, a cada cual según su estado de vida, a practicar en este punto las lecciones de Jesús y seguir sus ejemplos, a no buscar la riqueza, sobre todo por medios ilícitos, a estimar la

---

[1] Mt. **19** 16-26; Mc. **10** 17-27; Lc. **18** 18-27.
[2] Lc. **6** 24-25.
[3] Mt. **6** 24.

pobreza y amar a los pobres, y a vivir en un desprendimiento perfecto de los bienes de la tierra, a fin de no perder el solo Bien infinito y eterno, sino amontonar tesoros para el cielo!

# XXIV
# La concupiscencia de los ojos (2)



Nadie compartió jamás como María los juicios, los sentimientos y las actitudes de alma de Jesús. Nadie se identificó jamás como Ella con los modos de ver y de obrar de su Jesús, Ella que recibió su palabra con una humildad afectuosa, la conservó fielmente en su Corazón y la meditó noche y día.

Sabemos así con certeza cuáles fueron sus disposiciones más íntimas hacia la pobreza y la riqueza. Ella compartió, y de muy buena gana, la pobreza de Jesús. Jamás se le cruzó el pensamiento de deplorarlo, ni de quejarse de ello. ¿Acaso Ella no deseaba ardientemente asemejarse en todo a su Hijo amadísimo?

¡Con qué predilección amó Ella a los pobres y desheredados, y qué estima, amor, compasión y caridad les manifestó!

Para asemejarnos a nuestra Madre amadísima, nosotros queremos también vivir pobres, estimar y amar la pobreza y a los pobres.

Además, ¿quién es más pobre que el esclavo, y por lo tanto más pobre que nosotros, esclavos de amor de Jesús en María? El esclavo no posee nada, y no puede poseer nada de derecho. Nosotros somos esclavos por libre voluntad y por amor. Nos hemos despojado también de nuestros bienes temporales. A los ojos de Jesús y de María estos bienes ya no son nuestros. No conservamos más, por decirlo así, que el uso y la administración de los bienes que les hemos ofrecido y cedido. Es la pobreza religiosa sin el voto. Seamos lógicos y consecuentes con nuestra santa esclavitud. Ya nada es nuestro. No dispongamos, pues de nuestros bienes temporales más que con el asentimiento de nuestra divina Madre y según su beneplácito.

De este modo el desprendimiento de los bienes del mundo queda sumamente facilitado. Puesto que no nos apegamos a bienes que no son nuestros.

Y el recuerdo de la Providencia materna de María nos facilita también la vida sin preocupaciones, por motivos de orden

sobrenatural. Una madre debe proveer, tanto como le es posible, a las necesidades espirituales, pero también materiales, de sus hijos. Dejarse llevar por preocupaciones materiales sería una falta de confianza para con Ella. Se lo he confiado todo, también mis intereses de orden temporal. ¡Ella, y no yo, es quien debe preocuparse de todo eso!

★

Aquí se impone a nuestra atención la conducta de Montfort, este hijo verdadero y maravilloso apóstol de Nuestra Señora. Por inspiración de su Madre toma a la letra, como San Francisco de Asís, lo que Jesús enseñó y practicó sobre la riqueza y la pobreza. Joven de buena familia, a los veinte años entrega a los pobres su dinero y sus vestidos nuevos, hace voto de no poseer nunca nada en propiedad, y parte a París, para continuar allí sus estudios mendigando su pan y su cama para la noche. Exactamente como Jesús lo pide, vivirá en un abandono absoluto en la Providencia. Pisoteará y despreciará de veras la riqueza. Predicará enérgicamente contra el abuso y peligro de la opulencia y del lujo. Los pobres tendrán todas sus preferencias. Durante años enteros los cuidará y servirá en los hospitales. En los más repugnantes de entre ellos se esforzará en reconocer a Cristo. Jamás irá a la mesa sin ser acompañado por un pobre, a quien sirve con sus propias manos con atención y caridad. Como Jesús, alimenta a muchos indigentes que lo siguen por todas partes. Un día los pobres de Poitiers juntarán sus pequeños ahorros para comprarle a él un sombrero nuevo. ¡Cómo se habrá alegrado entonces su corazón: era más pobre que los pobres!

*«María es mi gran riqueza»,* cantará en uno de sus cánticos. A Ella confiaba sus necesidades temporales, como todo lo demás. Y el Canónigo Blain nos asegura que los milagros de la providencia materna de María se multiplicaban a lo largo de sus días.

## NUESTRA ACTITUD

A ejemplo de nuestro Padre amado, San Luis María de Montfort, queremos colocarnos en las antípodas del mundo perverso.

Ante todo, no olvidemos pedir por la oración el verdadero espíritu evangélico en este punto. Hagámoslo, por ejemplo, al rezar atenta y fervorosamente la 3ª decena del Rosario en honor del nacimiento de Jesús en el portal de Belén. En esta decena San Luis

María nos hace pedir *«el desprendimiento de los bienes del mundo, el desprecio de las riquezas y el amor de la pobreza».*

La respuesta más simple y radical a la invitación de Cristo en materia de pobreza es abandonar el mundo y sus bienes engañosos para abrazar la vida religiosa, en la que se lleva una vida de pobreza y se renuncia por voto al derecho de poseer bienes temporales, o al menos al libre uso y a la disposición facultativa de estos bienes.

Si esto no fuera posible, como es el caso para la gran mayoría de nuestros lectores, luchemos entonces en el mundo, como valerosos soldados, contra su funesto espíritu.

★

Y en primer lugar evita con sumo cuidado la menor injusticia. ¡Muchos, que supuestamente son cristianos, en magníficos autos van al infierno! No todos los precios son justos, ni todas las ganancias son lícitas. Fuera las mentiras, fuera los fraudes en nuestras ventas o compras. Quien se aventura a hacer negocios con toda clase de trucos fraudulentos está perdido. Pronto no sabrá ya cómo salir de ahí, cómo reparar las injusticias cometidas, y se embarrará cada vez más. Si de veras quieres salvarte, sé prudente y delicado en este campo, aunque tuvieras que trabajar con más pena y menos provecho.

No trates de hacerte rico cueste lo que cueste. Cumple con tu deber, trabaja por tu familia, cuida tus negocios, pero no te afanes por acumular riquezas: *«Mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso»,* dice San Pablo. *«Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque la raíz de todos los males es el afán de dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores. Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas»* [1].

San Pablo tiene razón. Las riquezas llevan consigo toda clase de preocupaciones. Los hombres más felices son los que saben contentarse con una existencia sencilla y modesta.

Si Dios te envía bienes temporales por encima de tus necesidades, tienes obligación de asistir con ellos, por amor a Cristo, a tu prójimo indigente. En este caso da de buena gana y generosamente.

---

[1] I Tim. **6** 8-11.

Da a los pobres con amor y respeto. Da también abundantemente, en la medida de tus posibilidades, lo que llamamos «buenas obras». Sostén a tus sacerdotes, a tus iglesias. Envía ayudas a los valerosos misioneros, que se gastan y luchan por extender el reino de Dios. Sostén especialmente las obras que promueven la gloria y el reino de la Santísima Virgen. Es un deber elemental para los hijos y esclavos de amor de Nuestra Señora.

Quien desea ir hasta el fondo de las recomendaciones y consejos de Jesús, cuando no tenga otras obligaciones que cumplir, se desprende de todo lo superfluo: *«No atesoréis tesoros en la tierra»* [1].

En esto no hay que escuchar demasiado la sabiduría y prudencia del mundo; lo que es insensato para el mundo es muy a menudo sabiduría según Dios. Jesús lo dice muy claramente: *«No os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal»* [2].

Incluso en el mundo se puede hacer voto de pobreza, y eso de varios modos. Por ejemplo, se puede hacer voto de desprenderse de lo superfluo, y de no hacer ningún gasto sin el permiso del director, permiso que queda dado de manera general para cada gasto corriente, pero que habrá que pedir cada vez para los gastos extraordinarios.

★

Debemos luego evitar toda preocupación voluntaria con relación a los bienes temporales. Es una exigencia del Evangelio y de nuestro espíritu de dependencia y abandono. Cierto es que podemos y debemos ocuparnos en nuestros negocios con cuidado e inteligencia, pero hemos de apartar deliberadamente toda preocupación y toda inquietud voluntaria. Si no, ahogaremos en nuestra alma la buena semilla de la palabra de Dios. Jesús nos lo pide con términos encantadores, que nunca recordaremos lo bastante: *«No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis… Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?… Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero Yo os digo que ni*

[1] Mt. **6** 19.
[2] Mt. **6** 34.

*Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos?... Pues ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura»* [1].

¡Qué hermoso, conmovedor y cierto es! A esto no hay nada que añadir. O sólo esto: que Dios, en su infinita bondad, nos ha dado también una Madre incomparablemente buena, que conoce todas nuestras necesidades y que, como instrumento fiel y atractivo de su liberalidad infinita, tendrá cuidado de sus hijos y esclavos de amor en todos los campos, incluido el de nuestras necesidades temporales.

★

El gran mal aquí, el verdadero obstáculo a la perfección cristiana, no es la posesión misma de los bienes de este mundo, sino el apego a estos bienes, que disminuye forzosamente la intensidad del amor a Dios. Por lo tanto, hemos de evitar cuidadosamente el apego al dinero, a las cosas preciosas, y a menudo incluso el apego a bagatelas, a naderías. Digamos frecuentemente al Señor y a su dulce Madre: «Me habéis dado los bienes de la tierra. Si me los queréis quitar, sea bendita de antemano vuestra santísima voluntad». Demos gracias a Jesús y a María cuando nos toca sufrir alguna pérdida o algún contratiempo. Deshagámonos valerosamente de aquellas cosas a que se apega nuestro corazón. Pero como la posesión lleva al apego, sobre todo la posesión de lo que es hermoso, precioso, brillante, prohibámonos todo lo que sabe a lujo o a opulencia. San Luis María de Montfort escribió un cántico severo de unos cientos de versos contra el lujo. Cierto es que en esto podemos tener en cuenta en cierta medida nuestra condición social y nuestras obligaciones, y sobre todo la voluntad de nuestros superiores y los deseos de nuestros parientes. Pero si queremos ser los preferidos de Dios y de su santísima Madre, debemos vivir en la sencillez y la pobreza. Sé limpio en tu vestido, en tu porte, en tu habitación. Pero en cuanto de ti dependa, evita la riqueza y el lujo. ¿Para qué esos sillones costosos, estos espejos lujosos, estas alfombras mullidas, todo este amueblamiento de gran valor, y otras mil cosas brillantes e

[1] Mt. **6** 25-33.

inútiles? Aquí se podría aplicar rectamente la repuesta de Judas: *«Todo esto se podía haber vendido a buen precio y habérselo dado a los pobres»* [1]. ¿Por qué no llevaríamos vestidos zurcidos? El Cardenal Mercier así lo hacía. ¿Para qué comprar vestidos muy caros cuando puede bastarnos ropa más sencilla? No hay duda de que a veces necesitamos una fiesta, un descanso, una celebración. Pero ¿por qué estos gastos insensatos con motivo de kermesses, de matrimonios, de primeras comuniones? Todo eso va contra el espíritu del Evangelio. Sobre todo, podemos y debemos practicar la pobreza en todo lo que está a nuestro uso personal: nuestro despacho de trabajo y nuestro dormitorio, nuestros vestidos y nuestros muebles, etc. Aparta resueltamente en este orden de cosas todo lo que sientes que no es según los deseos y preferencias de Jesús y de María.

Esta regla no tiene más que una excepción: puede ser hermoso, rico y precioso todo lo que nos recuerda y mira directamente a Jesús y a su santísima Madre. Nada es demasiado hermoso para nuestras iglesias, para nuestras capillas, para nuestros sagrarios, para los santuarios de Nuestra Señora. Ten en tu casa imágenes bonitas de Jesús y de su santa Madre, y adórnalas con lo que encuentres de más precioso. María Magdalena no recibió de Jesús un reproche, sino una alabanza, por haber derramado en sus pies un perfume de alto valor.

★

Desprecia las riquezas y el dinero. Ten respeto de la pobreza y de los pobres. Escucha el consejo de Santiago y no hagas acepción de personas, a no ser en favor de los pobres e indigentes [2]. Claro está que tienen sus defectos, que son en gran parte consecuencia de sus condiciones de vida. No son atractivos, y muy a menudo son rudos e incultos. Pero a pesar de todo, a la luz de la fe, veamos en ellos a Cristo sufriente, y amémosle, reverenciémosle y sirvámosle a El en el pobre, como lo hacía la Santísima Virgen, y a ejemplo también de nuestro Padre, que al llevar a la Providencia a un pobre cubierto de harapos y de llagas, y encontrando la puerta cerrada, llamaba diciendo: *«¡Abran, abran a Jesucristo!»*.

¡Así sea nuestra vida! Sólo entonces se cortarán los lazos que nos apegan a la tierra, y se romperá el hilo que nos mantenía

[1] Mt. **26** 9.
[2] Sant. **2** 1-9.

cautivos: ¡libres, como la alondra, volaremos cantando al cielo! [1]. Allí está nuestro tesoro, y por eso allí ha de estar también nuestro corazón; allí nos espera el Bien infinito, el único que puede saciarnos para siempre y satisfacer plenamente todas las aspiraciones de nuestra alma.

[1] Sal. **123** 7.

# XXV
# La concupiscencia de la carne

*Bienaventurados los limpios de corazón,*
*porque ellos verán a Dios*
(Mt. **5** 18)

Con la *«concupiscencia de los ojos»,* de que acabamos de hablar, el Discípulo amado señala también la *«concupiscencia de la carne»* como característica del mundo y de la vida de los mundanos. Y no es difícil darse cuenta de la verdad de sus palabras, más que nunca en nuestros días.

## LA CONCUPISCENCIA DE LA CARNE EN EL MUNDO

El hombre se define filosóficamente como *«animal rationale»,* un animal racional, un animal dotado de razón, un alma en un cuerpo. Se ha dicho a veces que el hombre es a la vez ángel y bestia…

Queda claro que en el hombre la parte inferior debe someterse a la parte superior y ponerse a su servicio, el cuerpo al alma, la bestia al ángel.

Por desgracia, en este terreno también, el pecado lo trastornó todo. Los papeles quedaron invertidos. La bestia en nosotros no está sometida de ningún modo al ángel; al contrario, quiere mandar y dominar. Sin esperar el juicio y asentimiento de la razón y de la fe, se lanza con todas sus fuerzas a sus goces propios. Se adelanta así al dictamen de las potencias superiores en nosotros, se niega a seguir su dirección, rechaza su control, rompe toda atadura, pisotea todas las leyes y se lanza sin freno y sin medida sobre sus placeres como sobre una presa. No es raro que el ángel sucumba, capitule y ceda a la violencia de las pasiones, y dé rienda libre a los instintos más groseros. Salta a la vista que el Espíritu de las tinieblas estimula esta actitud y enciende cuanto puede las pasiones sensuales. Sus mejores aliados en el Apocalipsis son la Bestia y la Mujer impúdica [1].

[1] Apoc. **17**.

El cuerpo no es, como para los santos, el animal lascivo que hay que vigilar y domar, el esclavo rebelde que hay que dominar y castigar; no, la carne, el cuerpo, es rey, es Dios: *«Quorum Deus venter est»,* dice enérgicamente San Pablo [1].

A este cuerpo no se le niega nada, absolutamente nada. Se le prodiga, cuando se puede, los goces más refinados. Se halaga a un sentido después de otro, y preferentemente a todos a la vez, con los manjares más delicados, con los vestidos más sedosos, con la cama más mullida, con los perfumes más refinados. Para muchos hombres el cuerpo lo es casi todo, y en todo caso es de lejos el elemento predominante en su existencia.

En la mujer domina la búsqueda de la belleza corporal. ¿Qué norma cuenta, sobre todo en «el mundo», para juzgar del valor de una mujer? ¿De qué se valen las mismas mujeres mundanas? ¿Será de la inteligencia, de la cultura, de los talentos y méritos domésticos, de la virtud, de las cualidades sobrenaturales? No. A los ojos del mundo una mujer vale, casi exclusivamente, por sus encantos físicos y corporales.

Este cuerpo debe ser expuesto, debe atraer las miradas, aunque a veces sea a costa de las exigencias del pudor y de la moralidad más elementales. Y se pide socorro a todos los expedientes posibles para realzar esta supuesta belleza.

En el hombre cuentan más las habilidades y la fuerza física. Este es el origen de la furia por el deporte, que se comprueba hoy en todas partes [2]. Son considerados como héroes, y su nombre se encuentra en todas las bocas, quienes saben «regatear» en un partido de fútbol y enviar la pelota con fuerza entre los tres palos del arco; quienes pueden accionar incansablemente días y noches enteras los pedales de una bicicleta; quienes hacen salpicar la sangre en el

---

[1] Fil. **3** 19.

[2] No negamos el valor absoluto y el valor relativo o accidental del deporte. Sabemos también que hoy, mucho más que antes, hay entre las estrellas del deporte hombres muy estimables, de altas cualidades morales y excelentes cristianos. El mismo Santo Padre se interesó muchas veces por ciertos acontecimientos deportivos y por quienes eran sus autores. El Papa fijó en un notable discurso el valor del deporte y las normas que se deben seguir en la apreciación de su valor y en la práctica. Lo que nunca se podría condenar como se merece es que en este campo el orden de los valores ha quedado completamente invertido. Para los maniáticos del deporte un partido de fútbol o incluso de boxeo cobra una importancia incomparablemente superior a los acontecimientos más graves en el campo espiritual y sobrenatural. Es la decadencia más lamentable, de la que por desgracia no se ven libres los medios católicos y religiosos.

rostro a golpes de puño, para enviarlo finalmente al suelo fuera de conocimiento, como una bestia que uno tumba. Miles y decenas de miles de espectadores asisten entusiasmados a estos espectáculos, los aplauden, se desgañitan para animarlos, y no es raro que otros miles de personas se agolpen a la entrada de los velódromos o de los estadios, en los que no pudieron encontrar lugar.

La predominancia del cuerpo sobre el alma, de la bestia sobre el ángel, se deja sentir más aún en el campo de la pasión sexual, que Dios ha querido para asegurar el mantenimiento de la propagación de la raza humana. Como después del pecado las potencias inferiores no se someten ya a las del alma, y las pasiones sexuales son las más fuertes de todas, se producen en este campo desórdenes espantosos.

En el amor mutuo del hombre y de la mujer, que debe ser la afección de un espíritu y de un cuerpo, se descuida casi completamente el primer elemento, que es de lejos el más importante, a saber, la estima y afecto espiritual por motivos del mismo orden: el hombre animal de que habla San Pablo domina aquí casi totalmente. Se persiguen las satisfacciones carnales con una violencia y vehemencia que recuerda al torrente de la montaña, que lo arrastra y devasta todo a su paso: honor, dignidad, felicidad, fortuna, salud, paz del alma, caridad, religión y bienaventuranza eterna.

El mundo es esa mujer impura de que habla el Apocalipsis, vestida de púrpura y escarlata, y ricamente ataviada de oro, piedras preciosas y perlas. En su frente lleva su nombre: *«Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra»* [1].

Nos negamos a describir más detalladamente lo que es el mundo en esta materia. Digamos solamente que la impureza causa espantosos estragos en todas las clases de la sociedad, en todos los estados de vida, en toda edad y en todos los medios. ¿Quién podrá contar las faltas impuras que se cometen cada día en pensamientos, palabras, deseos y acciones en cada pueblo, en cada ciudad, en nuestro país, en el mundo entero? La tristeza y casi el desaliento se apodera de nuestra alma cuando recuerda que las faltas graves en esta materia se cometen por millones y más, y que son pecados que en voz alta claman venganza ante el trono del Altísimo.

[1] Apoc. **17** 5.

Si no fuera por las 350.000 misas que se celebran cada día en el mundo, por la intercesión incesante de la Virgen poderosa, Refugio de los pecadores, y sobre todo por la infinita bondad y misericordia de Dios, nuestro mundo, de tan corrompido y podrido que está, no permanecería en pie ni un solo día, ni una hora más, por los castigos del Dios de infinita justicia, mil veces merecidos.

## LA DOCTRINA Y LA VIDA DE JESÚS

Es para nosotros un verdadero alivio poder apartar los ojos del espectáculo repugnante que nos ofrece el mundo en esta materia, y volverlos hacia Jesús para escuchar su palabra serena y respirar el perfume de lirio que se desprende de su vida divina y de la de su virginalísima Madre.

En la vida y doctrina de Jesús se restablece el verdadero orden de los valores. El cuerpo ocupa en ellas un lugar subordinado y la carne queda completamente sometida a los valores superiores. El Evangelio es la doctrina del desprendimiento, de la mortificación, de la castidad, de la virginidad.

Esta doctrina Jesús la proclamó desde su primera predicación sobre las bienaventuranzas: *«Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios».*

El Maestro restableció el matrimonio en su integridad y belleza originales, y abolió el divorcio. La pureza virginal, totalmente desconocida antes de su venida y la de su Madre, y que es el triunfo más hermoso del espíritu sobre la carne, o más aún, de la gracia sobre el cuerpo, El la presentó como un ideal a los valientes, a los llamados, diciendo: *«Qui potest capere capiat!* ¡Quien pueda entender, que entienda!» [1].

Los hechos dicen más claramente aún cuál es el espíritu del Evangelio. Jesús mismo, el Hombre-Dios, vivió en castidad total. Y es algo notable que un mundo totalmente sumergido en la carne no haya proferido jamás la menor acusación contra El en materia de pureza. Se lo trató de sedicioso, de violador del sábado, de bebedor de vino, de samaritano, de poseído del demonio… ¡Pero el Padre celestial no permitió que recayera jamás la menor sospecha sobre su incomparable pureza!

[1] Mt. **19** 12.

Juan, el Precursor de Cristo, permaneció virgen. San José fue el casto y virginal Esposo de su virginalísima Madre. Los apóstoles casados, a su orden, debieron abandonar mujer e hijos. Y Juan, justamente a causa de su pureza íntegra, gozó de su amor de predilección y pudo, en la última Cena, recostar su cabeza sobre el Corazón sagrado del Maestro.

La Iglesia impone la castidad virginal a todos los que en ella ocupan un lugar selecto y ejercen una función importante: los sacerdotes y religiosos.

De este modo la vida y doctrina de Jesús es diametralmente opuesta al mundo, para quien el cuerpo es rey e ídolo.

Los Apóstoles comprendieron este espíritu del Evangelio, y lo predicaron y explayaron. En sus escritos nos recomiendan e imponen la pureza, la castidad y la modestia decenas de veces. No podemos aquí comentar ni citar siquiera todos estos textos. Nos contentamos con dar un resumen sobre el tema a partir de la doctrina de San Pablo, que también en este punto se distingue entre todos los demás autores inspirados.

El gran Apóstol expone ampliamente la antítesis irreductible entre el espíritu y la carne, es decir, entre las inclinaciones del alma cristiana, adornada de la gracia, y las pasiones carnales, los instintos groseros, tal como los paganos los aceptaban sin sonrojarse.

San Pablo experimenta en sí mismo y describe esta lucha entre el espíritu, que se somete a la ley de Dios, y *«la ley del pecado»,* que lleva en sus miembros. Pues *«la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne».* Es alentador para todos los que deben pelear, saber que quien había sido arrebatado hasta el tercer cielo, para que no se enorgulleciera, sintió tan vivamente el aguijón de la carne, que tres veces se vio obligado a suplicar al Señor que lo librara de él, y le arrancó ese grito doloroso: *«¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte?».* ¡Sí!, ¿quién lo hará? ¡La gracia de Jesucristo, la gracia de Dios, pero la gracia juntamente con él!

A nosotros se nos impone la obligación *«de vivir no según la carne, sino según el espíritu»,* pues *«la sabiduría de la carne es enemiga de Dios».* Ella no se somete a la ley divina, ni podría hacerlo… Quienes son carnales no pueden agradar a Dios. Por eso todo el que viva según la carne, morirá. Pero quien renuncia a las obras de la carne, vivirá. *«Revestíos, pues, del Señor Jesucristo»,* nos exhorta el Apóstol, *«y no os preocupéis de la carne para satisfacer sus concupiscencias».* Pues *«los que son de Cristo Jesús,*

*han crucificado la carne con sus pasiones y sus concupiscencias».* San Pablo mismo da el ejemplo y escribe este pasaje que hace estremecerse: *«Castigo a mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que, habiendo predicado a los demás, resulte yo mismo reprobado»* [1].

Como siempre, el Apóstol es profundo y un poco difícil de seguir. Pero sacaremos mucho provecho si intentamos penetrar su pensamiento y profundizar su doctrina.

[1] Toda esta media página es una cita casi continua de San Pablo. Los principales textos aquí citados sobre este tema se encuentran en los siguientes lugares: • Rom. **7** 21-25; **8** 12; **13** 14; • I Cor. **9** 27; • II Cor. **12** 7; • Gal. **5** 17-25; • Ef. **2** 3.

# XXVI
# "Verdadera Devoción" y concupiscencia de la carne

En el capítulo precedente hemos descrito los efectos espantosos que la concupiscencia de la carne causa en la vida de los hombres, y también la actitud de oposición radical que respecto a ella toma Jesús con sus Apóstoles. Será un inmenso aliento para nosotros ver ahora cómo podemos sacar de una devoción mariana seria y profunda una fortaleza maravillosa para adoptar prácticamente la doctrina de Cristo en materia de pureza, y seguir así su divino ejemplo.

## MARÍA Y LA PUREZA

En Lourdes Nuestra Señora, conmovida en todos sus miembros, declaró ser «la Inmaculada Concepción». Habría podido decir igualmente: «Yo soy la pureza virginal», de tan identificada como está con la castidad más completa. Cuando hablamos de pureza, la imagen radiante de María se presenta al punto a nuestro espíritu. Ella no sólo no conoció el pecado impuro, ni la menor sombra de esta falta, sino que también estuvo exenta de la misma concupiscencia de la carne, y por lo tanto de la inclinación al pecado que deja en nosotros. ¡Qué admirablemente describió, alabó y cantó el Espíritu de Dios a su purísima Esposa! *«¡Ella es toda hermosa, y en Ella no hay ninguna mancha! ¡Su vestido es blanco como la nieve, y su rostro es radiante como el sol! Nada de manchado entró en Ella: es el reflejo de la Luz eterna y su espejo sin mancha. Ella es más bella que el sol, y comparada con la luz es hallada más pura»* [1].

María es una vida totalmente espiritual en la carne; es la virginidad viviente, la pureza, la castidad, la integridad perfecta personificadas… Lirio encantador del Señor, purísima Fuente sellada en la que el Señor se contempla con delicia, Nieve inmaculada caída del Paraíso en nuestra tierra, te admiramos y

[1] Textos de la Escritura aplicados a la Virgen María en la Liturgia.

veneramos, te amamos y alabamos, y te pedimos humilde e instantemente que algo de tu pureza descienda sobre nosotros, pobres humanos manchados y culpables, y te dignes preservarnos del horrible marchitamiento del pecado impuro.

## SECRETO DE CASTIDAD

La «verdadera Devoción» nos conduce a un trato íntimo e incesante con la Virgen de las vírgenes. Y no podría ser de otro modo: esta vida de intimidad dejará en nuestra alma algo de la pureza celestial y encantadora de la más pura de las vírgenes, y algo de su modestia irradiará en nuestro rostro, en nuestras palabras, en nuestra actitud y en toda nuestra conducta. «¡Dime con quién andas, y te diré quién eres!».

La verdadera Devoción es una «consagración» de nuestro cuerpo, con sus sentidos y miembros, a la Reina de las vírgenes. Por lo tanto, este cuerpo es un cuerpo «consagrado», y consagrado a la Madre virginal de Jesús. Y por eso el esclavo de amor de la Santísima Virgen dispondrá de este cuerpo y lo tratará como Ella desea que lo haga, y siguiendo su ejemplo. ¡Cómo esto debe estimularlo al desprendimiento, a la mortificación, a una total pureza de vida!

También en este terreno la verdadera Devoción es una fuerza preciosa. Es universal en la Iglesia la convicción de que la devoción a la Santísima Virgen es uno de los medios más poderosos para conservar la pureza. *«La Santísima Virgen hace morir nuestro cuerpo y nuestra alma a la vida del viejo Adán»,* dice nuestro Padre de Montfort; *«Ella los purifica de sus manchas, suciedades y pecados»* [1].

La verdadera Devoción, sigue enseñando nuestro Padre, *«es un medio admirable para perseverar en la virtud* [y por lo tanto, en la pureza], *y ser fiel… Se fía en su fidelidad, se apoya en su poder, se funda en su misericordia y su caridad, a fin de que Ella conserve y aumente nuestras virtudes y méritos, a pesar del diablo, del mundo y de la carne, que hacen sus esfuerzos para robárnoslos… "Si Ella os sostiene —dice San Bernardo— no caéis; si Ella os protege, nada teméis"… ¡Dichosos, pues, mil veces dichosos, los cristianos que ahora se sujetan fiel y enteramente a Ella, como a un ancla firme! Los esfuerzos de la tormenta de este mundo no los hará*

[1] Verdadera Devoción, nº 205.

*sumergir, ni perder sus tesoros celestiales. ¡Dichosos aquellos y aquellas que entren en Ella como en el Arca de Noé! Las aguas del diluvio de los pecados, que ahogan a tantos, no los dañará, porque: "Qui operantur in me non peccabunt: los que están en mí para trabajar en su salvación no pecarán", dice Ella con la Sabiduría. ¡Dichosos los infieles hijos de la desdichada Eva que se sujetan a la Madre y Virgen fiel, que permanece siempre fiel y jamás se desmiente!... Ella les impide, por una gran abundancia de gracias, retroceder en la virtud o caer en el camino, perdiendo la gracia de su Hijo... Pobres hijos de María, vuestra debilidad es extrema, vuestra inconstancia es grande, vuestro fondo está muy echado a perder... Pero no os desaniméis por eso, antes bien consolaos, regocijaos: he aquí el secreto que os enseño, secreto desconocido de casi todos los cristianos, aún los más devotos... ¡Oh, qué feliz es el hombre que ha dado todo a María, que se confía y pierde en todo y para todo en María! Es todo de María, y María toda de él»* [1].

La verdadera Devoción es un medio admirable para conservar la santa pureza y elevarla cada vez más alto por encima de las exigencias humillantes del cuerpo y de la carne. Debilita las inclinaciones carnales y abre totalmente el alma a aspiraciones ideales, más bellas y elevadas. Fortifica la voluntad y le da una fortaleza indomable para conseguir una victoria duradera sobre las potencias inferiores y los instintos carnales del hombre.

¡Cuántas almas hemos conocido que, caídas en un primer momento en las trampas carnales de Satán, quedaron luego definitivamente liberadas de ellas por su confianza en la Virgen purísima y por la práctica de la santa esclavitud de amor!

La verdadera Devoción es un estimulante poderoso a vivir según el espíritu, un aprendizaje infalible para una vida de alma sana y fuerte. Que también este pensamiento nos fortalezca en nuestro propósito de vivir puros por, con y en María.

Todo lo que acabamos de decir se encuentra condensado en algunas líneas de nuestro librito maravilloso: *«Es difícil perseverar en la justicia a causa de la extraña corrupción del mundo. El mundo está ahora tan corrompido, que es como necesario que los corazones religiosos sean por él manchados, si no por su lodo, sí al menos por su polvo; de suerte que es una especie de milagro cuando una persona permanece firme en medio de este torrente impetuoso sin ser arrastrada por él, en medio de este mar*

[1] Verdadera Devoción, nn. 173, 174, 175, 177 y 179.

*borrascoso sin ser sumergida o saqueada por los piratas y corsarios, en medio de este aire apestado sin ser por él perjudicada; es únicamente la Virgen fiel, en la cual la Serpiente jamás ha tenido parte, la que ha hecho este milagro con aquellos y con aquellas que la sirven de la mejor manera»* [1].

¡Queremos ser de estos y de estas!

[1] Verdadera Devoción, nº 89.

# XXVII
# “Verdadera Devoción” y pureza

Los hijos y esclavos de amor de Aquella a quien llamamos corrientemente «la Santísima Virgen» deben practicar la «bella virtud» con extremo cuidado y perfecta vigilancia. Deben ser puros en sus pensamientos y velar ansiosamente por que su imaginación e inteligencia, consagradas a la Virgen castísima, no sean profanadas por representaciones peligrosas voluntarias, o por una curiosidad malsana y fuera de lugar.

Sean puros de corazón, en el que no deben admitirse más afecciones que las que, según su estado de vida, vengan de Dios, conduzcan a Dios, y por consiguiente tengan la garantía de gozar de la plena aprobación de su Madre divina.

Puros en el alma, sean además modestos en sus vestidos, en sus actitudes, en su porte, para consigo mismos y para con los demás. Según la palabra del Apóstol, debemos *«llevar y glorificar a Dios en nuestro cuerpo»* [1]. Saben que en todas partes se encuentran bajo la mirada y en la presencia de Dios. Sin mojigatería ni escrupulosidad, sean reservados y modestos consigo mismos para no olvidar serlo con los demás. Si se ha llegado en materia de moda a excesos increíbles, es porque el mundo, por medio de vestidos indecentes, ha quitado a la mujer el respeto de sí misma.

Sé puro en tus conversaciones. Evita toda alusión atrevida, toda anécdota chocante, toda habladuría inútil sobre escándalos y malas conductas. Incluso en medios muy católicos se falta a veces de delicadeza en estas cosas. *«Nec nominetur in vobis»* [2], decía San Pablo: ¡que entre vosotros ni siquiera se mencionen estas cosas!

Sé casto y puro en tus miradas. La muerte y el pecado nos amenazan no sólo en los libros y revistas, en los cines y teatros, sino también en los muros y escaparates, en las calles y plazas públicas. La Escritura nos enseña que por los ojos el pecado y la muerte penetran en las almas. Con valentía y energía hemos de hacer un

---

[1] I Cor. **6** 20.
[2] Ef. **5** 3.

contrato con nuestros ojos y apartarlos al punto de todo lo que puede representar un peligro para nuestra alma.

Los hijos y esclavos de Nuestra Señora deben vivir en pureza y castidad en cualquier estado de vida, en cualquier circunstancia en que el Señor los coloque. Dios puede permitir que tengamos que vivir en un entorno peligroso, incluso muy peligroso, en el que debamos llevar una lucha seria e incesante para ser fieles a Jesús y a su santa Madre. La tentación no es pecado y la lucha no es derrota: cuando no se puede huir hay que aceptar y entablar el buen combate con humilde confianza en el socorro de la gracia de Dios y de Nuestra Señora, y con firme determinación de permanecerles fieles a pesar de todo.

El esclavo de Nuestra Señora ha de ser casto y puro durante el tiempo de su preparación para el matrimonio cristiano. Sabe que un hermoso amor, profundo y generoso, no le está prohibido. Pero teme como la peste y huye como la muerte todo lo que sabe que Jesús y María condenan, todo lo que lo pondría en peligro de hacerse indigno de su amor, que es el más precioso y sublime.

Sean también castos y puros el esposo y la esposa consagrados a Jesús por María. Lleven su vida familiar sin reproche ni censura, bajo la mirada del Altísimo, bajo la mirada de la Madre purísima, de la Madre castísima. La institución del matrimonio cristiano se eleva a una altura increíble, muy por encima de la opinión y de la práctica corrientes en el mundo. Y no se trata aquí solamente de lo que es pecado o no. Los esposos cristianos, consagrados a Nuestra Señora, guardan su dignidad humana y sobre todo su grandeza cristiana, su vida divina, muy por encima de los instintos carnales: y es que se acuerdan de que su cuerpo es templo del Altísimo y propiedad de la Virgen purísima, a quien se consagraron.

¡Dichosas las almas que, en la vida religiosa o fuera de ella, se sienten llamadas a la pureza virginal y se convierten en esposas de Cristo por el voto de castidad! Las esposas de su Hijo son, como San Juan, particularmente amadas del Corazón de la Santísima Virgen. Ella las ama con afecto especial y las rodea incluso de cierto respeto. ¡Qué privilegiadas deben sentirse estas almas, por no tener el corazón repartido entre el Creador y las creaturas! De este modo se ven libres de toda clase de preocupaciones, para darse totalmente a lo único Necesario. Son dichosas, porque el ojo de su alma, al que las tinieblas de las pasiones no obnubilan, contempla más libre y fácilmente a Dios y las cosas divinas, y su corazón saborea más fácilmente la dulzura inefable del amor de Jesús. Pero deben saber y

retener que su vida es una vida sobrehumana, a la que nadie puede ser fiel, sobre todo durante mucho tiempo, por las solas fuerzas de la naturaleza. Llevan este tesoro precioso en vasos de arcilla, muy frágiles. El lirio de la pureza virginal no florece más que entre las espinas de la mortificación y de la vigilancia. Sólo el amor fiel de Nuestra Señora puede hacerlo germinar y florecer. *«Las vírgenes son conducidas al Rey en pos de la Reina»,* cantaba ya el Salmista [1]. Su programa y su consigna será: ¡Velar y orar con la Madre y Esposa virginal de Cristo!

## «VERDADERA DEVOCIÓN» Y MORTIFICACIÓN

Tenemos que combatir el espíritu del mundo de otra manera más. No debemos ser de aquellos de quienes escribía San Pablo con términos enérgicos: *«Muchos viven… como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre, cuyo final es la perdición»* [2].

No debemos mimar nuestra carne, y concederle sin distinción todo lo que reclama o desea. En ciertos momentos hemos de saber ser duros con nuestro cuerpo, incluso al riesgo de tener que pedir perdón en la hora de la muerte, como San Francisco de Asís, al «hermano asno», por haberlo tratado con demasiada aspereza. Esta ha sido siempre la conducta de los santos, y muy especialmente la de nuestro Padre de Montfort.

El primer grado que en esto hemos de alcanzar, todos nosotros sin distinción, es el de no conceder jamás nada a nuestro cuerpo en materia de alimento y bebida, o para el olfato, tacto, etc., sólo por gusto y placer. Dios ha concedido placer a ciertas acciones con miras a la utilidad que a ellas se vincula. Pero no hay que invertir el orden de las cosas. No podemos excluir siempre el gusto. Tampoco es necesario. Pero no debemos tomar nunca este placer o este gusto como el fin único o principal en el cumplimiento de una acción determinada. Se puede tomar una buena comida bien preparada para reparar las fuerzas; se puede utilizar una cama confortable para descansar mejor y volver luego al trabajo con más ardor y energía; se puede usar agua de colonia para hacer pasar un dolor de cabeza, se puede tomar un vaso de vino o de licor, fumar un puro o un cigarro, o aceptar un bombón, para dar gusto a alguien, para dar un aire festivo a un acontecimiento, para crear una atmósfera de alegre

[1] Sal. **44**.
[2] Fil. **3** 18.

intimidad, o por cualquier otro motivo útil. Pero desde el punto de vista de la mortificación cristiana más elemental, se debe condenar el uso sin motivo de golosinas, licores, tabaco, perfumes, y de todo lo que sirve para halagar la sensualidad. Seamos, pues, fieles a esta regla: no concedernos nunca nada única o principalmente por placer y gusto.

*«Castigo mi cuerpo,* escribe San Pablo, *y lo sujeto a servidumbre»* [1]. Debemos mantener el cuerpo en su lugar. No es el amo, sino el servidor, el esclavo. Cuando el deber lo pide, o las circunstancias lo exigen, o la caridad y el apostolado lo reclaman, no debemos dejarnos detener por el hambre, sed, fatiga u otras incomodidades corporales. ¡Cuántas veces sucede que nos sustraemos hábilmente a nuestro deber, con toda clase de pretextos fútiles, por el solo hecho de que es molesto y fatigoso! Podremos tal vez hacérnoslo creer a nosotros mismos o a otros. Pero no engañaremos ni a Dios ni a su santa Madre.

Debemos tratar duramente a nuestro cuerpo, porque es culpable y para que no lo sea aún más. Debemos saber contrariar las inclinaciones y exigencias de nuestros sentidos, incluso cuando no fuera pecado satisfacerlas. Es imposible conceder siempre al cuerpo todo lo que se puede sin cometer pecado, y mantenerse en este límite sin transgredirlo nunca.

Con otras palabras: debemos saber mortificarnos, pasar delante de un magnífico escaparate sin detenernos, dejar descansar una carta durante una hora sin abrirla, no precipitarnos a la página del diario que da los resultados de los deportes o la continuación de una historieta animada que seguimos con pasión, etc. Debemos saber servirnos en la mesa un poco menos copiosamente de lo que es de nuestro gusto, y tomar más de lo que menos nos agrada. Permanezcamos aún durante algunos instantes en una actitud incómoda, de rodillas por ejemplo, cuando el reclinatorio o el banco nos parezcan muy duros. Esto es la vida cristiana elemental, y es también el espíritu de la santa esclavitud de amor.

Los santos fueron aún más lejos: maltrataron su cuerpo, lo flagelaron, se impusieron ayunos terribles, durmieron sobre el suelo, etc. Nuestro Padre de Montfort es un ejemplo raramente superado de estas espantosas austeridades. Queda claro que todo esto no constituye la esencia de la perfección, y que en última instancia se puede ser santo sin estas prácticas de mortificación extraordinarias.

[1] I Cor. **9** 27.

Pero el amor ardiente a Jesús y a María conduce a estos sublimes excesos. Toca a cada uno de nosotros preguntarnos si, sin llegar hasta ahí, no podemos hacer algo en este sentido, siempre con el consejo de un director prudente.

Todo esto, es cierto, pide esfuerzo y trabajo, pero sólo haremos progresos en la perfección cristiana y mariana en la medida en que sepamos vencer y oponernos a nuestras inclinaciones naturales. Esforcémonos, pues, por practicar lo que acabamos de recordar, según las inspiraciones de la gracia y bajo el control de la obediencia, porque todo esto va perfectamente en la línea de nuestra Consagración total a Jesús por María, y constituye un medio excelente para realizar el ideal de nuestra vida: ¡el reino de Cristo por el reino de María!

# XXVIII
# El orgullo de la vida

Otro aspecto del mundo que hemos de evitar y desarraigar en nosotros es la *«superbia vitæ,* el orgullo de la vida».

Montfort explicó claramente qué debe entenderse por esto en un pasaje del «Amor de la Sabiduría Eterna». Lo llama «sabiduría diabólica». Antes había tratado de la «sabiduría terrena» y de la «sabiduría carnal». *«La sabiduría diabólica es el amor de la estima y de los honores. Los sabios según el mundo la profesan cuando aspiran, aunque secretamente, a las grandezas, honores, dignidades y cargos importantes; cuando buscan hacerse notar, estimar, alabar y aplaudir por los hombres; cuando en sus trabajos, afanes, palabras y acciones sólo ambicionan la estimación y alabanza de los hombres, al querer pasar por buenos cristianos, sabios eminentes, ilustres militares, expertos jurisconsultos, personas de mérito infinito y distinguido o de gran consideración; cuando no soportan que se los humille o reprenda; cuando ocultan sus propios defectos y alardean de lo bueno que poseen»* [1].

Es una enfermedad del alma, enraizada más profundamente que las otras dos concupiscencias. Se arraiga en la sobrestima de sí mismo, y más tarde producirá indudablemente estragos más temibles en nuestra vida espiritual.

Esta enfermedad consiste, pues, en la búsqueda desordenada de la estima, consideración y alabanza de los demás.

Pero, como salta a la vista, es un fruto del orgullo. Quien se deja llevar por el orgullo, se estima más allá de su valor, exagera sus cualidades, méritos y talentos en todo campo, y desconoce o ignora todo lo que lo rebaja o disminuye; vive fuera de la verdad, vive en la mentira. Se eleva de manera insensata por encima del prójimo, cuyas cualidades desconoce, cuyas lagunas y defectos exagera, y en resumen no tiene para los demás sino desdén y desprecio. Ni siquiera piensa en atribuir a otros, al menos parcialmente, lo que es y lo que tiene: padres, educadores, bienhechores, etc. Y sobre todo olvida escandalosamente a Aquel que es la causa principal de todo

[1] Amor de la Sabiduría Eterna, nº 82.

cuanto es, de todo cuanto puede, de todo cuanto tiene: Dios, Autor de todo bien.

Decíamos que el orgullo de la vida consiste en buscar desordenadamente la estima y los honores. Es evidente que esto puede hacerse en grados múltiples y diversos. No hace falta una perspicacia especial para darse cuenta de que el «mundo» entero alrededor nuestro está impregnado de esta búsqueda malsana y a menudo ridícula. Se quiere mostrarse al mundo. Se quiere figurar. Se vive y se viste por encima de la propia condición. Se hacen gastos absurdos, con el fin de parecer rico y de situación acomodada. Se apetecen las distinciones, decoraciones y puestos que lo ponen a uno en evidencia.

Es realmente penoso comprobar que hombres de valor y talento, sabios y artistas, hombres políticos e incluso virtuosos, trabajan y se gastan casi únicamente para que sea conocido su nombre, para que diarios y revistas hablen de ellos elogiosamente, y tal vez también para que su nombre pase a la historia.

En la mujer la *«superbia vitæ»* toma ordinariamente formas especiales. En ella el orgullo de la vida se convierte en vanidad, en necesidad de agradar. Quiere ser notada y mirada. Con este fin, a menudo inconscientemente, posa en todo, en su vestido, en su comportamiento, en su modo de caminar, de hablar, etc., para atraer la atención y, supuestamente, cautivar.

Claro está que se oculta todo cuanto pueda empañar o eclipsar esta vana gloria. A veces se tiene vergüenza de los orígenes, de los padres, de los parientes. Se acumula mentira tras mentira para lograr atraer la consideración de los demás. Se subraya y se exagera todo lo que puede servir a este fin, y no es raro que para esto se inventen toda clase de proezas más o menos heroicas.

¡Qué alegría cuando se consigue esta vana gloria! Pero también se comprueba con rabia en el corazón el fracaso de los propios y miserables esfuerzos. Una envidia mortal se instala en el alma cuando otro recibe los laureles que uno soñaba para sí mismo.

Sería un error creer que estas aberraciones no se encuentran en los medios que llamamos piadosos. No insistimos sobre este punto. Nuestro Señor flageló con palabras duras y amargos reproches a los hipócritas, y sucede con bastante frecuencia que los actos de religión y de piedad queden arruinados o manchados por toda clase de intenciones más o menos nobles. La pequeña tos mística de la beata para hacerse notar no es, por desgracia, la manifestación más grave de este «orgullo de la vida», trasplantado en el campo religioso.

## JESÚS Y EL «ORGULLO DE LA VIDA»

Este es el mal que hay que curar y evitar. Y ahora viene el remedio: la doctrina y el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo.

Si hay algo que desluce y arruina la vida de tantos «hombres grandes», pero está totalmente ausente de la vida de Jesús, es la pose, la afectación, esto es, hablar y obrar para figurar. En la vida de Jesús todo es verdadero, sencillo, sincero. Y este no es ciertamente el menor encanto del Evangelio.

Nuestro Señor se encuentra elevado por encima de todos los hombres, incluso en el plano natural, a alturas incomparables. Pues El es Dios, y por lo tanto infinito en sabiduría, virtud y perfección. Pero, contra el criterio de los mundanos, que están al acecho de los puestos de honor y de los lugares elevados, El quiere ocupar el último rango en la sociedad; lo llamarán *«el hijo del carpintero»,* y se atendrá en todas las cosas a la humilde condición social en que el Padre quiso establecerlo.

No se asemejará a los mundanos, que quieren ser colocados por encima de los demás y mandar a mucha gente: *«El Hijo del hombre,* dirá, *no ha venido a ser servido, sino a servir»* [1], y en la última Cena se levanta de la mesa para lavar con sus propias manos los pies de sus discípulos. Hace lo que el mundo detesta: obedece durante treinta años a su padre putativo, y sobre todo a su dulce Madre: *«Vivía sujeto a ellos…»* [2]. Y San Pablo resumirá su vida entera en estos términos: *«Tomando condición de siervo… se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de cruz»* [3].

De sus discípulos, enfrente de los modales pretenciosos y ambiciosos del mundo, exige la sencillez y la humildad de un niño. Cuando la madre de los hijos de Zebedeo, parientes de Cristo, viene a pedirle para ellos y en su nombre los dos primeros puestos en su reino, y los demás discípulos se indignan por estas pretensiones, El aprovecha la ocasión para prevenirlos contra el espíritu de dominación y de orgullo: *«Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder. No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo; de la misma*

[1] Mt. **20** 28.
[2] Lc. **2** 51.
[3] Fil. **2** 7.

*manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos»* [1].

En otra ocasión, en Cafarnaúm, preguntó a sus discípulos: *«¿De qué discutíais por el camino?»*. No sabían qué contestar, pues, una vez más, habían estado discutiendo para saber quién sería el primero entre ellos. Llama entonces a un niño, lo abraza y lo coloca en medio de ellos, diciendo: *«Yo os aseguro: si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, ese es el mayor en el Reino de los Cielos»* [2]. Esta doctrina va en contra de las falsas doctrinas del mundo. Quien se atreviese, en una reunión de mundanos, a adelantar estos principios, pidiendo que fuesen aplicados en la vida práctica, sería recibido con una carcajada sin lugar a dudas. ¡Es que se trata de la sabiduría de Dios, que es locura para el mundo!

No, no hagamos absolutamente nada movidos por un espíritu de ambición y vanagloria: *«Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos… Por tanto, cuando hagas limosna, no lo vayas trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres… Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres»* [3].

La misma lección nos da, pero con palabras llenas de santa indignación, en la sorprendente filípica con que flagela a los Fariseos y Escribas orgullosos e hipócritas: *«Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres… Quieren el primer puesto en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente les llame "Rabbí". Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar "Rabbí", porque uno solo es vuestro Maestro… Ni tampoco os dejéis llamar "Señor", porque uno solo es vuestro Señor: el Cristo. El mayor entre vosotros será vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado»* [4].

Todo esto es claro y neto. Y si proseguimos el razonamiento en la misma línea llegamos a la conclusión de que nuestra mayor dicha en este mundo consiste en ser desconocidos y despreciados por los

[1] Mt. **20** 20-28.
[2] Mt. **18** 1-4; Mc. **9** 32-37.
[3] Mt. **6** 1-5.
[4] Mt. **23** 5-12.

hombres, y nuestra mayor desgracia consiste en ser alabados y exaltados por ellos: *«Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo… Alegraos ese día y saltad de gozo… Pero ¡ay de vosotros cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!»* [1].

¡Lecciones preciosas y sublimes, que hemos de recordar a cada instante! ¡Qué lejos vive el mundo, incluso el mundo cristiano, de estas enseñanzas! ¡Qué superficialmente ha rozado nuestra vida el Evangelio! Sin desalentarnos ni desfallecer, trabajemos por la cristianización más profunda de nuestras convicciones y de nuestra vida, con la bendición de Jesús, *«manso y humilde de Corazón»,* y con la ayuda de nuestra dulce Madre, la humilde Virgen María, que por su humildad cautivó el Corazón de Dios!

[1] Lc. **6** 22-26.

# XXIX
# María y el orgullo de la vida

En la Santísima Virgen no hay nada que recuerde el espíritu de vanidad pretenciosa que caracteriza al «mundo». Su vida es una vida silenciosa, modesta, oculta, una vida de humildad y anonadamiento. Miles de veces repitió Ella con convicción y ardor la hermosa palabra del Salmista: *«¡No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria!»* [1].

San Luis María de Montfort reconoció perfectamente este aspecto de la vida interior de Nuestra Señora. *«Su humildad ha sido tan profunda que no ha tenido sobre la tierra atractivo más poderoso y más continuo que esconderse a sí misma y a toda criatura, para no ser conocida sino de Dios solo. Dios, para escucharla en los pedidos que le hizo de esconderla, empobrecerla y humillarla, se ha complacido en ocultarla… en su vida, en sus misterios… a la vista de casi toda criatura humana»* [2].

En otra parte Montfort habla de *«su humildad profunda, que la hizo ocultarse, callarse, someterse a todo y ponerse la última»* [3]. Es todo un programa de vida, y cada una de estas palabras encuentra su justificación en la Sagrada Escritura. Por muy sobrios que sean los santos Libros en sus datos sobre la santísima Madre de Jesús, su modestia y humildad se manifiestan en ellos claramente. Como ya dijimos, María reveló realmente toda su alma sobre este punto cuando, al reconocer que Dios *«hizo en Ella grandes cosas»,* declaró que todo eso era debido a Aquél que *«miró la humildad de su esclava»,* y que, a causa de esto, hay que rendir sólo a Dios todo honor y toda gloria: *«Glorifica mi alma al Señor».*

## LA SANTA ESCLAVITUD DE AMOR

Por otra parte la santa esclavitud de amor hacia la Santísima Virgen es una escuela de rectitud y sencillez, que nos enseña a

[1] Sal. **113** 9.
[2] Verdadera Devoción, nn. 2-3.
[3] Verdadera Devoción, nº 260.

excluir de nuestra vida toda vana complacencia, y toda actitud orgullosa y afectada.

Somos esclavos de Jesús y de María. ¿Qué hay de más humilde que un esclavo, por más que sea un esclavo de amor? ¡Cómo este pensamiento habitual de no ser nuestro, y por consiguiente de no vivir para nosotros, debe llevarnos a la convicción de nuestra pequeñez y de nuestra nada! ¿Y cómo querer figurar, mostrarse, ser visto, notado, admirado y alabado por los hombres, cuando sabemos no ser más que *«un pobrecito esclavito indigno»,* como decía San Ignacio de Loyola, y estamos cada vez más convencidos de ello?

Es un hecho de experiencia cotidiana, que quienes dependen de otros y por las circunstancias deben obedecer habitualmente, son casi siempre hombres modestos, que ejercitan como naturalmente la virtud, que excluye la vana complacencia en sí mismo, la necesidad de mostrarse y de ponerse en primera fila. Ahora bien, nuestra condición de esclavo de Jesús en María exige de nosotros una dependencia entera y continua hacia ellos, como también hacia quienes están revestidos de su autoridad y los representan ante nosotros. Y esta actitud lleva casi forzosamente a la sencillez, a la modestia, al ocultamiento, y excluye la confianza exagerada en nosotros mismos, la pretensión a los primeros puestos, y toda ostentación vana y ridícula.

La práctica interior de *hacerlo todo por Jesús y por María* va directamente también contra el orgullo de la vida, que es la manifestación más funesta y peligrosa del espíritu del mundo; pues no excluye solamente el amor propio, esto es, la búsqueda de sí en lo que se hace y emprende, como observa San Luis María, sino también la codicia de la consideración y alabanza de los hombres. No es posible vivir total y completamente para Jesús y María, y al mismo tiempo obrar para agradar a los hombres y buscar sus alabanzas. En la misma medida en que apuntamos a lo uno excluimos lo otro. San Pablo lo reconoce en unas palabras notables: *«Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo»* [1]. Salta a la vista que esto también vale para con la Santísima Virgen. La verdadera Devoción exige y realiza una gran y total pureza de intención, y así se opone diametralmente a la vanidad y al orgullo de la vida.

Y si se quiere la prueba por los hechos, considérese la vida de nuestro Padre, perfecto ejemplar de los verdaderos esclavos de Jesús

[1] Gal. **1** 10.

en María. ¿Quién pisoteó más que él el respeto humano? ¿Quién se preocupó menos que él por la opinión y estima de los hombres? ¿Quién aceptó más tranquila y alegremente las humillaciones penosas, a veces sangrientas, de que fue objeto, de parte incluso de sacerdotes, de obispos, de sus superiores? ¿Quién soportó y desafió más valientemente que él el odio y las persecuciones de los mundanos, y quién flageló y ridiculizó más enérgicamente que él las pretensiones y la megalomanía del mundo perverso? Sin lugar a dudas que fue la Santísima Virgen, y la vida habitual e intensa de intimidad con Ella, quien lo condujo a ser, también en este punto, un perfecto «hombre de Evangelio».

De esta escuela somos. Pertenecemos a la escuela de Jesús, de María, de San Luis María de Montfort. Queremos impregnarnos de su espíritu y seguir sus pasos. Tratemos de extirpar hasta la raíz este miserable espíritu de orgullo que caracteriza al mundo, y esforcémonos por hacernos, a ejemplo suyo, *«mansos y humildes de corazón».* Repitamos frecuentemente con fervor a Jesús y también a su Madre, por intercesión de su gran Servidor: *«Haced mi corazón semejante al vuestro».*

# XXX
# Nuestra actitud

Hemos visto lo que era el orgullo de la vida y hasta qué punto reina en el mundo. Hemos estudiado también sobre este punto la actitud de Jesús, de su santísima Madre y de quienes, como San Luis María de Montfort, quieren seguir fielmente sus pasos. En la escuela de nuestro Padre debemos y queremos tomar partido, y ello de forma radical, no en favor del mundo perverso, sino de Cristo y su divina Madre. También en este campo hemos de tratar de extirpar hasta la raíz el espíritu del mundo en nosotros. Con la gracia de Dios y el auxilio de Nuestra Señora, hagámoslo del siguiente modo.

1º Esforcémonos continuamente por practicar la virtud preciosa y fundamental de la **humildad.**

Con este fin pidamos cada día en nuestras oraciones lo que Montfort indica como uno de los «efectos maravillosos» de su perfecta Devoción a Nuestra Señora: *«el conocimiento y el desprecio de nosotros mismos»* [1].

No hemos de exagerar ni sobrestimar nuestros talentos y virtudes, ni considerar todo eso con un cristal de aumento, ni ser ciegos sobre nuestras deficiencias, faltas y defectos. ¡Ah, si pudiésemos vernos de vez en cuando con los ojos de los demás! ¡Discernimos y analizamos con tanta perfección los defectos de los demás, y somos tan ignorantes de los que nosotros mismos llevamos con nosotros!

Es cierto que hay cosas buenas y loables en nosotros. Cuando nos damos cuenta de ellas, y cuando tal vez otros lo hacen notar, velemos por remitir todo eso inmediata y formalmente a Dios, el Autor de todo bien, y también, en el orden sobrenatural, a la Santísima Virgen, Mediadora de todas las gracias. San Pablo establece netamente esta ley y este deber: *«¿Qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?»* [2].

---

[1] Verdadera Devoción, nº 213.
[2] I Cor. **4** 7.

No debemos negarnos a estimar al prójimo, ni despreciarlo. No hay nada que más nos cierre el Corazón de Dios. Debemos ser bondadosos y misericordiosos en nuestros juicios sobre los demás. Debemos saber reconocer sus cualidades y excusar sus defectos. No hay ninguna herejía en que no haya alguna parte de verdad; del mismo modo, no hay hombre en el mundo que no posea algunas buenas cualidades.

Debemos considerarnos decididamente como los últimos de todos. Es el modo de obrar de los santos. Y la humildad sigue siendo verdad en este caso, porque podemos admitir que si otros hubiesen recibido las gracias que nos fueron concedidas a nosotros, habrían hecho mejor uso de ellas que nosotros.

2º No hagamos nunca nada con el fin consciente de ser vistos, notados, admirados o alabados por los hombres. Apenas nos demos cuenta de que instintivamente obramos con este fin, enderecemos inmediata y enérgicamente la orientación de nuestra voluntad, y si no tenemos otro motivo más que ese para realizar el acto, interrumpámoslo o suprimámoslo. No debemos vestirnos de manera a atraer la atención, ni «posar» en nuestra actitud, en nuestros gestos, palabras o modos de obrar, ni intentar jamás la estima de los hombres en nuestro trabajo o estudios; y, sobre todo, debemos excluir esta miserable intención farisaica en el ejercicio del apostolado, de la virtud o de nuestra vida de oración. Nuestro Padre de Montfort nos previene contra el peligro de querer provocar indirecta pero hábilmente la alabanza y aprobación de los demás…

3º No tratemos de ponernos en primera línea, ni busquemos ocupar el primer rango, el mejor puesto. Al contrario, hagamos el esfuerzo de borrarnos, de desaparecer, de callarnos, de dejar hablar a los demás. Elijamos siempre para nosotros mismos lo menor, lo más humilde, el último lugar, según el precepto de Jesús.

Hay una excepción a esta regla. La caridad debe prevalecer sobre la humildad. El deseo del reino de Dios y de Nuestra Señora, y el de la salvación de las almas, debe hacernos superar si es preciso nuestra modestia, nuestra reserva o nuestra timidez. Cuando el espíritu de apostolado lo pida, sepamos adelantarnos, mostrarnos sencilla y modestamente, pero también con decisión. El Salmista considera como un acto de virtud el llevar testimonio por Dios ante los reyes, y a causa de eso sabe que no será confundido [1].

[1] Sal. **118** 46.

¡Cuidado aquí con lo que podríamos llamar «humildad entre comillas»: retirarse simulando modestia y reserva, pero con la secreta esperanza de que se reclame nuestra presencia, y de que el botín de la vanidad sea así más rico!

4º Si nos dirigen elogios no merecidos o se nos muestra una estima exagerada, no motivada, rechacemos sencilla y claramente esos halagos, y no nos dejemos embriagar por este incienso inmerecido. La gente del mundo maneja con bastante frecuencia el incensario esperando algo a cambio: ¡dar para recibir!

Pero a veces el elogio es merecido: has preparado una comida suculenta, has logrado hacer un bonito bordado, has dado una excelente lección, escrito una hermosa página, etc., y se te felicita. Contesta lo siguiente, más o menos: «De veras, ¿así lo crees? Gracias por tus alentadoras palabras». Y vuelve la página, y no insistas en la dificultad y, por lo tanto, en el mérito del trabajo cumplido. Y no olvides tampoco de volverte interiormente hacia la Santísima Virgen: «Mi buena Madre, esta felicitación, esta pequeña flor, es para Ti. Si la he logrado, es gracias a tu ayuda materna».

5º Ante las humillaciones permanece en calma. Si no se aprecia tu obra, si no se tiene en cuenta tu persona, si te tratan de manera inconveniente en palabras o en actos, haz como si te pasara desapercibido, y no te quedes alicaído, enfadado o irritado. No maldigas a la gente que no sabe apreciar el verdadero mérito, ni te consideres como un incomprendido, como un desconocido; sino acepta más bien la humillación por el triunfo y reino de Cristo por María. *«Es preciso que El crezca y que yo disminuya»,* decía el Precursor a propósito de Cristo [1]. Que es como si dijera: «El crecerá en la medida en que yo disminuya. Esto es lo que busco, y de esto me alegro». La misma ley vale para nosotros: ¡Jesús y María triunfarán en el mundo en la medida en que nosotros aceptemos eclipsarnos!

★

Nuestra fe es una fe de paradojas sublimes y de compensaciones magníficas. Hay una ley que domina los caminos de la infinita sabiduría de Dios: *«Quien se ensalza será humillado, y quien se humilla será ensalzado»* [2].

---

[1] Jn. **3** 30.
[2] Mt. **23** 12.

Porque el Hijo de Dios *«se humilló y anonadó»,* por decirlo así, en la naturaleza humana, *«tomando la condición de esclavo»* y, en esta condición, *«haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los infiernos»* [1].

Porque la Santísima Virgen se declaró *«esclava del Señor»* y, como tal, cumplió siempre su voluntad y su palabra, y compartió como nadie la dependencia, las humillaciones, los sufrimientos y la muerte de Jesús, Ella fue también glorificada en cuerpo y alma y establecida Reina de todo lo creado, para que también ante de Ella toda rodilla se doble en la tierra, y por encima y por debajo de la tierra…

¡Quien se humilla será ensalzado!

Caminemos por las sendas de la humildad, no para ser ensalzados por encima de los demás, sino porque la humildad es la verdad, y para servir por ella a los intereses de la causa de Dios y de su buenísima Madre.

De hecho, sin embargo, seremos elevados y ensalzados.

La exaltación y elevación que debemos aceptar y desear será la de una intimidad creciente con Dios, con Jesús y con María, los cuales se alejan de los sabios y poderosos y se manifiestan a los pequeños, como Bernardita de Lourdes, y Lucía, Francisco y Jacinta de Fátima. Hay que ser humilde y pequeño para comprender y saborear las cosas de Dios.

Esperamos ser ensalzados un día a la altura de la Faz de Dios, por la contemplación inmediata, eterna y beatífica, y por la posesión sin fin, de la infinita Perfección divina.

Otra elevación preciosa e infinitamente envidiable. Para que ninguna carne pueda gloriarse delante de Dios, El ha elegido siempre para realizar sus grandes obras lo que es débil, sin consideración y sin poder en el mundo, y lo que en suma no es [2].

No lo olvidemos: el *talón* de la Mujer es el que aplasta a la Serpiente. Montfort nos lo ha hecho notar muchas veces: nuestro apostolado será bendecido, y nosotros tendremos parte en la victoria de la Mujer sobre Satán y la raza de Satán —y esto abarca el vasto campo de todo apostolado— en la misma medida en que aceptemos

[1] Fil. **2** 7-10.
[2] I Cor. **1** 27-29.

ser talón, esto es, humildes, pequeños, ocultos, humillados y pisoteados por los hombres.

¡Ojalá que todas las consideraciones que hemos hecho sobre este tema, especialmente las últimas, nos decidan a apartar enérgicamente de nuestra existencia el «orgullo de la vida», y a caminar valerosamente por el camino que Jesús y María nos han señalado, y que nuestro Padre de Montfort recorrió tan heroicamente antes que nosotros!

# EN MARÍA

## Ave, Maria Mediatrix!

*Este cuarto volumen de nuestra Serie Immaculata habría debido aparecer el 31 de mayo del Año Mariano, fiesta de María Mediadora de todas las gracias.*

*Como todos los artículos de «Mediadora y Reina» que tratan de la vida «en Ella» no pudieron aparecer antes de esta fecha, tuvimos que remitir la publicación de esta serie hasta la fiesta de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora.*

*Nuestra campaña mariana montfortana en Bélgica, por acción de las circunstancias, fue colocada con entusiasmo bajo el signo de la Mediación universal de María.*

*Cuando los Padres Montfortanos, en 1921, fueron llamados por el Cardenal Mercier a su diócesis, el movimiento de María Mediadora, suscitado y dirigido por él, estaba en pleno desarrollo. Nuestra Congregación fue encargada de erigir el primer santuario dedicado a María Mediadora de todas las gracias. De este modo nuestra campaña mariana fue puesta como naturalmente bajo la protección especial de María Mediadora.*

*Otras causas, más profundas, hicieron que se fusionaran, por decirlo así, la campaña por la doctrina de la Mediación de María y la de la propagación de la devoción mariana de San Luis María de Montfort.*

*Para el Congreso Mariano Nacional de Bruselas, en septiembre de 1921, el santo Cardenal deseó formalmente que la práctica mariana de nuestro santo Fundador fuera neta y ampliamente expuesta como la respuesta más adecuada de nuestra*

*parte a la misión mediadora de María, que era el objeto principal de los estudios del Congreso.*

*El ilustre Cardenal había visto bien. Todos los fundamentos dogmáticos que Montfort expone como base de la práctica mariana perfecta, pueden reducirse a la Mediación mariana, tomada en su sentido más amplio* [1].

*En este cuarto volumen, por razones técnicas, junto a la exposición de la vida de unión con María («En Ella»), damos algunas consideraciones sobre la vida de confianza y abandono para con Ella, de la que Montfort no trata como de una de las «prácticas interiores destinadas a las personas llamadas a una alta perfección», pero que expone como uno de los deberes que los predestinados deben cumplir para con su Madre* [2].

*Ahora bien, el fundamento principal de la vida «en María», de la vida de unión con Ella y en su presencia espiritual, es sin lugar a dudas la influencia sobrenatural que Ella ejerce sobre las almas, tanto respecto a la gracia actual como respecto a la gracia habitual, y que por lo tanto se relaciona inmediatamente con la Mediación de Nuestra Señora.*

*Y uno de los motivos principales por los que podemos y debemos recurrir a Ella en todas nuestras necesidades («Vida de confianza») es que, como Mediadora de todas las gracias, Ella recibió la misión de comunicar y aplicar las gracias a los hombres; tanto lo que* ***esencialmente*** *es «gracia», como lo que sólo es gracia «****ratione finis****», a causa del vínculo que estos bienes, naturales en sí mismos, tienen con nuestra vida sobrenatural y eterna.*

*Por otra parte, hay una conexión evidente entre la Asunción gloriosa de la Santísima Virgen a los cielos y el ejercicio de su Mediación. Por haber sido asumida en la gloria de Dios, para contemplarlo cara a cara, la Santísima Virgen nos ve y nos sigue en la adorable Esencia de Dios, y le es posible ser instrumento vivo y ministra universal, después de Cristo, de todas las operaciones divinas en las almas.*

*Así, pues, sea este humilde trabajo un amoroso y agradecido homenaje a María por los 36 años que hemos tenido la dicha de pasar en su irradiación de gracia, en este convento de María Mediadora, que es realmente su casa.*

---

[1] Ver Verdadera Devoción, nn. 16-36, y Secreto de María, nn. 7-22.
[2] Verdadera Devoción, nº 199.

*¡Ojalá arrastre a una gran cantidad de almas a esta encantadora unión habitual con la Mediadora Inmaculada, y a la confianza inquebrantable en sus cuidados maternos, de que vamos a tratar en estas páginas!*

Convento de María Mediadora, Lovaina.

# I
# Vivir “en” María

Con este nuevo fascículo pasamos a un orden de ideas totalmente distinto del que desarrollamos en los volúmenes precedentes.

Primero describimos la Consagración total a Jesús y a María, tal como nos la propone San Luis María de Montfort.

Luego pasamos a lo que llamamos hoy, según una expresión consagrada por el mismo Pío XII, «la vida mariana», y que constituye en suma una adaptación incesante en todas nuestras obras a la Consagración que hicimos. San Luis María de Montfort describe esta vida bajo la forma de los cinco deberes que el alma cristiana ha de cumplir para con su divina Madre [1], y de las «prácticas interiores» de la perfecta Devoción, que él reserva a las almas llamadas a una elevada perfección [2].

Estas diversas prácticas, como hemos hecho observar más de una vez, constituyen como la «marialización» de la vida cristiana y tienden, en adaptación al plan divino, a conceder a la Santísima Virgen un lugar real, aunque subordinado, en todos los aspectos de la vida cristiana, o lo que viene a ser lo mismo, a introducirla como Mediadora en todo el orden de las relaciones de nuestra alma con Dios.

Aprendimos así a obedecer a Nuestra Señora, con el fin de ser entera y fielmente dependientes de Dios.

Luego estudiamos ampliamente a la Santísima Virgen como Modelo, como un Modelo muy adaptado, con el fin de imitar más fácil y seguramente, aunque sea de lejos, la Santidad infinita de Dios y de Cristo. La contemplamos en su actitud para con Dios, para con Jesús, para con los hombres, y finalmente, en una serie de unos quince artículos, en su actitud de irreductible enemistad con Satán y con todo lo que procede de él. Esta serie de quince capítulos no nos parece exageradamente larga, porque destaca el aspecto fuerte y viril de una devoción que demasiado a menudo se considera buena sólo o

[1] Verdadera Devoción, nn. 191-200.
[2] Verdadera Devoción, nn. 257-265.

casi para mujeres y niños; y también porque este aspecto combativo y conquistador del culto mariano es, como salta a la vista, de la mayor actualidad en nuestra época de luchas terribles y decisivas entre las fuerzas del bien y las potestades del infierno.

★

Después de todo este tumulto y zafarrancho de combate, vamos a ocuparnos ahora, en beneficiosa variedad, de consideraciones más pacíficas y también más atractivas para muchas almas, consideraciones que se relacionan inmediata y directamente con el **amor** de nuestra Madre, y tienen por objeto una de las manifestaciones más puras de este amor, a saber, la **vida de unión con Ella,** que es lo que Montfort llama, en las prácticas interiores, **obrar y vivir «en María».**

A los cristianos, sobre todo a los que se quieren aplicar a una vida espiritual más perfecta, se les recomienda a menudo acordarse de la presencia de Dios y vivir en esta presencia: *«Anda en mi presencia y sé perfecto»,* le recomendaba ya el Señor a Abraham [1]. Como si Dios quisiera decir: «Si permaneces en mi presencia, serás perfecto». Y sabemos que la vida espiritual, en su estado más elevado pero sin excluir los demás, es ante todo una vida de muy profunda e íntima **unión** con Dios.

Nuestro Padre de Montfort, como lo recordábamos, «marializó» todos los aspectos de la vida cristiana. Y como no podía ser de otro modo, le prestó toda la atención a este punto de vista de la vida de unión en cuanto tal. Por eso, nos enseña a vivir en compañía y en presencia de nuestra Madre amadísima, en unión con Ella, unión que, como él nos lo asegura, conduce a una unión estrecha con Cristo y con Dios. Pues cuando se leen atentamente los textos de San Luis María sobre el tema, no se puede dudar de que lo que nos pide aquí es que recemos, trabajemos, suframos y vivamos en unión espiritual con la Santísima Virgen. Y como esta unión no es exterior ni superficial, hablaremos de una vida «**en**» María, y no sólo junto a Ella.

No nos hacemos ilusiones sobre la dificultad del tema que vamos a tratar, el más difícil de los que hemos abordado hasta aquí. Pero la Autoridad suprema de la Iglesia, en la persona de Benedicto XV, recomendaba a los Montfortanos que «explicasen cuidadosamente a los fieles» el importantísimo libro de la

[1] Gen. **17** 1.

«Verdadera Devoción», que nuestro santo Fundador nos ha legado. La dificultad de los textos que debemos comentar no es un motivo para abstenernos de ello. Al contrario. Es sólo un motivo más, tanto para ti que lees estas páginas como para mí que las escribo, para dirigirnos con más instancia a Nuestra Señora de la Sabiduría, a fin de que Ella nos asista con sus gracias y sus luces.

Recordemos, por otra parte, que si la ciencia filosófica y teológica puede ser útil para entender las cosas de Dios, el espíritu de oración y de recogimiento, y sobre todo la sencillez y el espíritu de infancia lo son aún mucho más: *«Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito»* [1].

Notemos aún lo siguiente: no es indispensable entender para obrar. ¿Cuántas almas vivirían de la presencia de la Santísima Trinidad en sí mismas, si para vivir de ella tuviesen que esperar a penetrar este misterio? En las «Jornadas Marianas» de Tongerloo nos encontramos muchas veces con el Prior de una Abadía cisterciense del país. Era un gran admirador y propagador de la vida mariana enseñada por San Luis María de Montfort. Un día nos hizo la siguiente confidencia: «Me cuesta mucho lograr que algunos monjes veteranos de nuestra Abadía acepten esta vida mariana». Su objeción era la siguiente: «No puedo comprender cómo se puede vivir en María». Estos buenos monjes andaban equivocados. Apoyándose en la autoridad de Montfort, podían intentar practicar esa vida cuyo fundamento doctrinal no captaban. Y además, en la santa esclavitud de amor, al margen de este aspecto «en María», hay muchas otras prácticas a las que podrían haber aplicado sus esfuerzos.

Conclusión: es incontestablemente útil buscar la explicación doctrinal de la encantadora práctica mariana de que vamos a hablar. Pero para vivirla fructuosamente la comprensión teológica no es indispensable. La misma práctica, como luego veremos, es sencilla y se encuentra, hasta cierto punto, al alcance de todas las almas de buena voluntad.

Para concluir este capítulo ofrecemos los textos preciosos que tendremos que comentar en los siguientes artículos. Repasémoslos con respeto, humildad y espíritu de oración.

---

[1] Mt. **11** 25-26.

Al exponer la conducta mutua de Rebeca y Jacob, que prefigura las relaciones de la Santísima Virgen con sus hijos, Montfort escribe: *«Permanecen estables en casa con su madre, es decir, aman el retiro, son interiores, se aplican a la oración, pero a ejemplo y en compañía de su Madre, la Santísima Virgen, cuya gloria toda está en el interior, y que durante toda su vida amó tanto el retiro y la oración… Por grandes que sean en apariencia las cosas que hagan al exterior, estiman aún mucho más las que hacen dentro de sí mismos, en su interior, en compañía de la Santísima Virgen»* [1].

Al tratar, en el mismo libro, de la tercera práctica interior de la vida mariana, San Luis María parece referirse casi únicamente a la unión mística, y por lo tanto percibida y experimentada, con la Santísima Virgen, de la que hablaremos más tarde. No da de ella ninguna explicación. Después de haber descrito, en una magnífica página, las bellezas del verdadero Paraíso terrenal y las riquezas del Tabernáculo de Dios, María, exclama arrebatado: *«¡Oh, qué riquezas! ¡Oh, qué gloria! ¡Oh, qué placer! ¡Oh, qué felicidad!, ¡poder entrar y morar en María, donde el Altísimo ha puesto el trono de su gloria suprema!»*. Y un poco después: *«Después que, por nuestra fidelidad, se haya obtenido esta insigne gracia, es preciso permanecer en el inefable interior de María con complacencia, reposar allí con confianza, esconderse allí con seguridad y perderse allí sin reserva»* [2].

En «El Secreto de María» Montfort parece mantenerse más en la vía ascética ordinaria, y escribe con un lenguaje más accesible a gran número de almas: *«Es menester hacer todas las cosas en María, es decir, hay que acostumbrarse poco a poco a recogerse dentro de sí mismo para formar allí una pequeña idea o imagen espiritual de la Santísima Virgen, que será para el alma el Oratorio en que hará todas sus oraciones a Dios…, la Torre de David en que se refugiará contra sus enemigos, la Lámpara encendida con que iluminará todo su interior y arderá del amor divino, la Custodia sagrada en que verá a Dios en Ella y con Ella. Finalmente, María será para esta alma su único Todo junto a Dios y su recurso universal. Si reza, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada Comunión, lo pondrá en María para que en Ella ponga sus*

[1] Verdadera Devoción, nº 196.
[2] Verdadera Devoción, nn. 262 y 264.

*complacencias; si obra, será en María; y en todo y en todas partes realizará actos de renuncia a sí misma»* [1].

Si todo esto nos parece un poco extraño por el momento, esperemos a que las explicaciones que siguen nos familiaricen con esta muy santificante y legítima práctica.

Y lo que cada uno de nosotros puede hacer desde ahora, es tratar de pensar en Nuestra Señora en cada una de sus acciones más importantes.

Entre obrar y comprender hay una mutua reacción: obrando podremos comprender mejor, y comprendiendo mejor obraremos con más ardor y fidelidad.

[1] Secreto de María, nº 47.

# II
# Presencia espiritual

En el capítulo precedente hemos visto que San Luis María de Montfort nos aconseja vivir *«en compañía de la Santísima Virgen»,* y hacer todas nuestras acciones *«en María»,* es decir, en unión íntima con María.

Antes de llegar a la exposición de este aspecto tan atractivo de la vida mariana, es de la mayor importancia preguntarnos si y en qué sentido esta presencia de María junto a nosotros y en nosotros es una realidad, o si no se trata más bien de una piadosa imaginación, mantenida para alimentar nuestra piedad. Intentaremos contestar a esta pregunta. Esta respuesta deberá proporcionarnos el fundamento doctrinal de la práctica de la vida en presencia de Nuestra Señora.

## LO QUE SE DEBE EXCLUIR AQUÍ

Debemos guardarnos aquí cuidadosamente de toda exageración y de toda afirmación errónea o desprovista de fundamento. La vida mariana no tiene necesidad ni de mentiras ni de exageraciones. Sólo la verdad puede sernos útil y santificarnos [1].

Para esto, tenemos ante todo que determinar netamente de qué cosas no se trata aquí.

Sólo Dios está realmente **en todas partes** por su Esencia, su Poder u operación y su Presencia o mirada. Dios llena el universo con su Ser, que es infinito. Está en todas partes por su Poder, porque ninguna creatura puede realizar un acto, de cualquier naturaleza que sea, ni puede siquiera comenzarse o continuarse la existencia de ningún ser, sin la influencia positiva y actual de la Divinidad. Y también está en todas partes porque todas las cosas, tanto las más poderosas y formidables como las más humildes y mínimas, están al

[1] Nos mantendremos aún más en guardia contra la tendencia a minimizar la misión de la Santísima Virgen y, por consiguiente, a minimizar también la importancia de la vida mariana; tendencia que se manifiesta netamente en ciertos medios supuestamente científicos y sabios.

descubierto delante de su mirada que, en el fondo, no es distinta de su Ser, como tampoco su Poder.

La Santísima Virgen, al contrario, es una creatura. Por lo tanto, Ella es limitada y finita en su ser, en sus potencias y en sus actos. En cuerpo y alma sólo puede estar en un lugar a la vez, ordinariamente en el cielo o donde quiera presentarse con su resplandeciente corte de ángeles y bienaventurados.

Para Jesús en cuanto hombre existe, al margen de lo que diremos más tarde, una presencia sustancial enteramente especial, la **presencia eucarística.** Jesús, en cuanto hombre, está donde hay hostias consagradas y vino consagrado, porque toda la sustancia del pan consagrado se convierte en la sustancia inalterada del Cuerpo de Jesús, y toda la sustancia del vino consagrado se convierte en la sustancia inalterada de la Sangre de Cristo, de modo que su Carne y su Sangre consagrados se encuentran respecto de las especies de pan y de vino en la misma relación que lo contenido respecto del continente. Por lo tanto, su Cuerpo y su Sangre están real y sustancialmente presentes bajo las apariencias o, como se dice en filosofía, «los accidentes» del pan y del vino. Salta a la vista que con la Santísima Virgen no sucede nada semejante, y que la presencia eucarística es absoluta y exclusivamente propia de Cristo, su divino Hijo.

## ¿CÓMO CONCEBIR LA PRESENCIA MARIANA?

¿Cómo, pues, concebir la presencia de la Santísima Virgen junto a nosotros, y en cierto sentido en nosotros, si puede aún hablarse aquí de verdadera presencia?

Debemos reflexionar aquí con calma. Habitualmente sólo pensamos en la presencia entre seres humanos, entre seres humanos tal como al presente viven juntos sobre la tierra. Hemos de darnos cuenta de que, al margen de esto, hay una verdadera presencia **espiritual,** más real y más fuerte que la presencia material, la presencia humana ordinaria. Todo esto se nos hará más claro y evidente si le dedicamos un poco de reflexión.

En la situación actual en que vivimos en la tierra, decimos que alguien está cerca de nosotros, en nuestra presencia, cuando se encuentra juntamente con nosotros en la misma porción, más o menos vasta, de espacio, en el mismo piso, en el mismo coche, en el mismo autobús, en el mismo lugar. Notemos enseguida que esta

presencia material no tiene valor para nosotros, y no es verdaderamente real, si la persona de que se trata no cae bajo la percepción de nuestros sentidos. Supongamos que me encuentro con un amigo en la misma prisión, en dos celdas contiguas, y que vivo tan sólo a algunos metros de distancia de él, pero que, a causa de un muro grueso que nos separa, no haya ningún contacto entre él y yo, y no podamos ni vernos, ni hablarnos, ni escucharnos… No diremos en este caso que estamos uno junto al otro, que vivimos uno en presencia del otro.

Al contrario, decimos que alguien está cerca de nosotros o nos está presente cuando cae bajo la percepción de nuestros sentidos, cuando podemos tocarlo, escucharlo o verlo. Acompaño a un amigo o a un familiar a la estación. Mientras pueda agarrar su mano o escuchar su voz, está cerca de mí. Incluso cuando el tren se ha puesto en marcha, mientras pueda verlo y hacerle señas, la separación no es completa. Pero cuando su último saludo se haya hecho invisible, cuando con el tren desaparezca su silueta de mi mirada, este familiar o este amigo se ha ido: ya no está **presente,** sino **ausente.**

Y téngase en cuenta que esta presencia corporal es tanto más preciosa y real, cuando más nítida e inmediata es la percepción por los sentidos. No nos da lo mismo ver a nuestros seres queridos a un kilómetro de distancia o escuchar su voz desde lejos, que tenerlo ante los ojos y gozar inmediatamente de su conversación.

Sigamos reflexionando. Hay presencia real cuando alguien cae bajo la percepción de nuestros sentidos, que son **órganos materiales de conocimiento,** los medios corporales para conocer y percibir las cosas. Por lo tanto, salta a la vista que podríamos hablar de presencia espiritual entre dos seres, cuando estos dos seres caigan bajo el alcance mutuo de sus **facultades de conocimiento espirituales,** cuando estos dos seres puedan espiritualmente «verse», percibirse, cuando puedan contemplar y seguir mutuamente su actividad, incluso interior, lo que sería, evidentemente, algo mucho más precioso que verse, escucharse o tocarse por los sentidos, los ojos, los oídos o las manos.

Y si vamos más adelante con nuestras reflexiones, se nos hará patente que esta clase de verdadera presencia espiritual ha de existir. Si no, ¿cómo podrían los ángeles estar cerca uno del otro y gozar de su presencia mutua? No pueden estar uno cerca del otro por el contacto con las mismas dimensiones del espacio, puesto que, no teniendo cuerpo, no pueden encontrarse en tal o cual lugar del

mismo modo que nosotros. No pueden verse, escucharse o tocarse, puesto que, pasivamente, no tienen cuerpo que pueda ser visto, escuchado o sentido, y activamente no tienen el sentido visual, auditivo o táctil para realizar estas percepciones: no tienen ni ojos para ver, ni orejas para escuchar, ni manos para palpar.

Y ¿cómo las almas de los difuntos, mientras no se reúnan con sus cuerpos, podrían estar presentes una a otra, puesto que carecen de toda presencia material o corporal, y de toda percepción y contacto por medio de los sentidos? Por lo tanto, ha de haber una presencia puramente espiritual que supera la presencia material tanto como el espíritu se eleva por encima del cuerpo.

Esta presencia espiritual consistirá en que dos seres, de modo espiritual, se conozcan, se vean, contemplen mutuamente sus actos, incluso interiores, se manifiesten y se revelen uno a otro sus acciones y su vida íntima. Consistirá también en que esos seres obren uno sobre otro y se influencien mutuamente. Esta presencia espiritual no puede darse perfectamente entre seres humanos que viven en este mundo, porque en esta vida todo conocimiento y toda percepción, como en general toda influencia, está subordinada en cierta medida a funciones sensibles y corporales, y no existe para nosotros una percepción espiritual directa de las realidades suprasensibles. En esta vida toda vista y conocimiento, y toda comunicación con los demás, no puede hacerse más que con la ayuda de los sentidos exteriores o interiores, y por consiguiente no puede ejercerse a cierta distancia. Después de nuestra muerte, incluso después de la resurrección de nuestros cuerpos, este tipo de presencia y de unión espiritual con los ángeles y con los demás bienaventurados será posible y real. Pero con la santa Humanidad de Jesús y también con nuestra divina Madre, esta unión espiritual real puede ser vivida y realizada, en cierta medida, ya desde esta tierra. Jesús nos invita a buscar y a practicar esta unión con El: *«Permaneced en Mí, y Yo en vosotros»* [1].

En el próximo capítulo trataremos de explicar cómo y en qué medida puede realizarse en este mundo esa presencia y unión mutuas con la Santísima Virgen.

[1] Jn. **15** 4.

## III

# La Santísima Virgen nos ve y nos sigue

Constatábamos en el capítulo anterior que fuera de la presencia corporal, que para los seres corporales consiste en estar juntos, de manera perceptible, en las dimensiones de un mismo espacio, debe existir una presencia y una unión espiritual, más real e íntima que la de las creaturas materiales. También decíamos que esta unión espiritual se realiza ante todo por el hecho de que dos seres se conozcan y vean de manera espiritual, y luego mediante una acción o influencia espiritual recíproca.

En la Santísima Virgen se realizan estas dos maneras respecto de nosotros.

1º Y primeramente, Ella está cerca de nosotros, y en cierto sentido en nosotros, porque Ella nos ve y nos considera de modo muy neto y continuo en Dios.

No podríamos dudar de ello: la Santísima Virgen nos ve realmente, no con los ojos del cuerpo, pero sí con la mirada del alma. Ella ve todo lo que sucede en nosotros y alrededor nuestro. No le escapa ningún gesto nuestro, ninguna palabra, ninguna mirada, ningún pensamiento, ninguna emoción, ningún acto de nuestra voluntad. Ella ve, pues, no sólo lo que es perceptible por los sentidos o puede deducirse de esta percepción, sino también lo que está directamente al alcance de su alma, humanamente hablando, y eso ya es mucho sin duda alguna.

2º Pero nuestra divina Madre ve sobre todo lo que sucede en nosotros y a nuestro alrededor, porque contempla la Divinidad cara a cara, y en la Naturaleza divina conoce todo lo que puede interesarle; pues no hemos de olvidar que la Divinidad no es sólo el Ser infinito, sino también la Idea viviente, la Imagen sustancial, el Pensamiento infinitamente perfecto, en que Dios y quienes El llama a su gloria conocen todos los demás seres mucho más clara y perfectamente que si los considerasen en sí mismos. Por eso María ve clara y continuamente en el Ser divino todo lo que Ella desea conocer, todo lo que le interesa, principalmente todo lo que le conviene saber como Madre de Dios, como Socia universal de Cristo, como Reina del reino de Dios, y más aún todo lo que Ella debe conocer para realizar su sublime misión de Corredentora y

Madre de los hombres, de Mediadora universal de la gracia y Santificadora de las almas, de Adversaria personal de Satán y Generala de los ejércitos de Dios, que sin cesar Ella debe conducir a la batalla y a la victoria.

A veces se ha creído poder y deber dudar de esta omnisciencia de la Santísima Virgen respecto de todo lo que nos concierne. «Creía que Dios solo conocía los pensamientos y los sentimientos secretos de los hombres», hemos oído decir más de una vez. Sí, es cierto, Dios solo por Sí mismo, pero fuera de El también todos aquellos a quienes El quiere conceder esta vista y este conocimiento, esto es, a aquellos a quienes les es necesario o conveniente penetrar la vida íntima de los hombres, entre los cuales contamos indudablemente la santa Humanidad de Jesús y su divina Madre.

Los bienaventurados en el cielo ven en Dios todo lo que les inspira un interés particular. No ven cada hoja que tiembla, cada flor que se abre, cada animal que se mueve en la tierra; pues todo eso no puede darles un gozo especial, ni serles útil para la misión que les queda por cumplir. Pero los Santos ven en Dios todo lo que les es necesario o útil saber para ayudar a quienes les rezan. Nuestros queridos difuntos, si ya han entrado en la gloria, ven en la Naturaleza divina todo lo que nos sucede, porque nuestra suerte, nuestra conducta y nuestra felicidad les son de grandísimo interés. Y según este principio de la Teología, es evidente que la santísima Madre de Jesús ve todo lo que se produce en nosotros, y también lo que sucede alrededor nuestro, en la medida en que eso nos concierna.

Ella es nuestra **Madre.** Madre con una maternidad mil veces más real y preciosa que la maternidad ordinaria. Y por eso Ella *desea saber* todo lo que se refiere a sus hijos y todo lo que les sucede: tristeza y alegría, lucha y tentación, faltas y progreso, prosperidad y tribulaciones. Además, Ella *debe conocer* todo eso. Como Madre espiritual nuestra, Ella debe encargarse de nuestra vida sobrenatural, defenderla, mantenerla, desarrollarla y llevarla a su plenitud. Ahora bien, Ella no podría cumplir esta misión si no conociese todo lo que se refiere a esta vida, todo lo que, en un sentido u otro, puede influenciarla; es decir, prácticamente, todo lo que nos sucede.

Ella es nuestra **Abogada,** nuestra **Mediadora**, y la **Distribuidora** de todas las gracias. Salta a la vista que para cumplir este cometido que Dios le confió, es preciso que Ella conozca todas nuestras necesidades de cada momento, nuestras disposiciones,

nuestras dificultades y tentaciones, nuestros pensamientos y sentimientos, en una palabra, todo lo que hay en nosotros y es de nosotros, para poder darnos en tiempo oportuno las gracias y auxilios que necesitamos.

Y Ella es **Reina,** Reina de los hombres, Reina especialmente de lo que es interior, espiritual y sobrenatural en el hombre, Reina de las almas, Reina de los corazones. Y no hay duda de que es sumamente conveniente que una reina, que **esta** Reina sobre todo, sepa todo lo que sucede en su reino.

Así, pues, Nuestra Señora me ve claramente y sin cesar, a mí mismo y todo lo que pienso y hago. Y por eso mismo Ella está espiritual y realmente junto a mí, y en cierto sentido en mí, puesto que su mirada penetra hasta las profundidades más íntimas de mi ser, hasta mi inteligencia, mi voluntad y la sustancia misma de mi alma. Y cuando yo pienso en Ella, cuando la miro y fijo en Ella los ojos de mi alma, el círculo se cierra, el contacto se establece, y entonces estoy junto a Ella y Ella junto a mí. Y si habitualmente pienso en Ella, y habitualmente la miro, y habitualmente vivo con Ella, estoy habitualmente en su presencia, vivo habitualmente unido a Ella [1]. Se puede decir entonces que Ella está siempre junto a mí y yo junto a Ella.

★

Sin embargo, aquí no hay que forjarse ilusiones.

Esta presencia espiritual, intencional si se quiere, de la Santísima Virgen junto a nuestras almas y en ellas, es perfecta por parte de Ella. Ella nos ve claramente y sin cesar, Ella escucha directa y distintamente lo que le decimos y comunicamos, cómo respondemos a su presencia, etc.

Pero por parte de nosotros, esta presencia, esta «convivencia» deja forzosamente mucho que desear: ¡estamos aún *«in via»,* en la tierra, y no en el cielo!

1º No vemos directa e inmediatamente a la Santísima Virgen, como Ella nos contempla. La vemos o pensamos en Ella en la imagen espejo de la fe. Una imagen, en un espejo, no es siempre muy fiel. Pero aunque lo fuese, siempre es indirecta y, por lo tanto, imperfecta.

[1] Recuérdese que el célebre y santo Abad Juan Bautista Chautard practicaba fielmente este encuentro de la mirada (espiritual) con Nuestra Señora.

Durante la guerra de las trincheras de 1914 a 1918, nuestros soldados no podían subir por encima de los parapetos sin correr el riesgo de ser abatidos al punto por los tiradores de élite, siempre al acecho. Por este motivo en las trincheras se instalaron instrumentos especiales, llamados periscopios, que sobresaliendo apenas de la trinchera, por una combinación ingeniosa de espejos, permitían ver claramente y sin peligro lo que sucedía en el campo enemigo. Nosotros vemos a Nuestra Señora como en el periscopio de la fe. Sabemos que Ella existe, lo que Ella es, que Ella nos ama, que Ella piensa en nosotros y se ocupa de nosotros. Y así la veo y converso con Ella como por un rodeo, pero realmente. No la «oigo» tampoco directamente, no reconozco su voz como lo hago cuando me habla una voz familiar. Sólo por medio de un pequeño razonamiento llego a convencerme de que Ella me habló. Recibo una inspiración de la gracia. Es real, no puedo dudar de ella. Pero toda gracia me viene, después de Dios, por María. Por lo tanto, estoy percibiendo su «voz». Y así, Ella es la que viene a consolarme, a reconfortarme, a pedirme un pequeño sacrificio por el reino de Jesús y el suyo.

2º En segundo lugar, yo no puedo estar pensando y mirándola continuamente y sin cesar, mientras que Ella sí me está unida sin interrupción. Esto es imposible incluso a los mayores santos, salvo en el caso de una intervención especial de Dios.

3º En tercer lugar, mi visión de la Madre de Jesús, por desgracia, será siempre superficial, un poco vaga, sin la suficiente claridad y profundidad. Ella me penetra a fondo, mientras que yo no la veo más que de manera defectuosa. Yo no puedo penetrar hasta los abismos de luz, de amor y de vida que el Señor ha cavado en Ella, su obra maestra. ¡Cómo todo esto debe hacernos suspirar por el cielo, en que podremos leer sin parar en el alma santa, radiante y totalmente divinizada de nuestra Madre, y de este modo quedar fijos en un rapto de amor!

Pero, a pesar de todas las imperfecciones que acabamos de señalar, no es menos cierto que subsisten todas las condiciones indispensables para poder hablar de una verdadera presencia espiritual de la Santísima Virgen junto a nosotros y en nosotros, y de una unión innegable. A nosotros nos toca fortalecer e intensificar sin cesar esta unión por una mirada frecuente de alma y por un trato íntimo de amor.

Más tarde diremos cómo podemos realizar esto en la práctica.

# IV
# La Santísima Virgen nos influencia por la gracia

En el capítulo precedente hemos visto que la Santísima Virgen, de manera espiritual, está junto a nosotros y en cierto sentido incluso en nosotros, porque Ella nos ve clara y continuamente en Dios, con todo lo que somos, todo lo que hacemos y sufrimos, tanto por dentro como por fuera. Y si elevamos entonces la mirada de nuestra alma hacia Ella, si pensamos en Ella, el círculo se cierra y podemos hablar de unión con Ella. Y si lo hacemos habitualmente, en cuanto lo permite nuestra condición actual sobre la tierra, podemos hablar de unión permanente y de vida incesante en su presencia.

Pero hay más y mejor. Existe otra causa más eficaz y profunda de contacto espiritual permanente entre la Santísima Virgen y nosotros: Ella está junto a nosotros, y en cierto sentido en nosotros, por la influencia incesante de gracia que, como instrumento consciente y consintiente de la Divinidad, y también de Cristo en cuanto hombre, Ella ejerce sobre nosotros [1].

Alguien puede ser causa de la gracia santificante o actual de dos maneras, siempre —claro está— en subordinación a Dios y a Cristo en cuanto hombre: **moralmente,** o de manera **física** e inmediata.

Ante todo, un ejemplo para ilustrar esta doble causalidad.

Una mamá da a su hijo de cinco o seis años, para ocuparlo, un lápiz y un pedazo de papel: «Vamos, hijo mío, escribe algunas cosas bonitas». La mamá, por sus palabras y por su aliento, no es la causa física de esta acción de escribir, pues no es ella la que escribe, no es ella la que realiza esta acción. Pero por una influencia moral convence a su hijo para que la realice. Ella es, pues, su causa **moral.**

Pero esta misma madre tiene otro crío de apenas tres o cuatro años, que también quiere escribir, aunque todavía no sabe sostener

[1] Para todas estas consideraciones explotamos una opinión teológica muy seria, que no tenemos por qué defender aquí, que reúne el asentimiento de un número cada vez mayor de Mariólogos.

un lápiz o un bolígrafo. «Vamos, cariño, escribiremos los dos juntos». La mamá pone el lápiz entre las manitas de su pequeñín, pone esta mano dentro de la suya y la hace escribir con gran alegría de su tesoro. Esta vez la mamá no es sólo causa moral, sino también causa **física** de lo que se escribe: ella es la que escribe inmediata y realmente, aunque lo haga a través de la mano inexperta de su niño.

Otro ejemplo ahora en el plano sobrenatural. De viaje me encuentro con alguien. Charlamos. Mi interlocutor muestra rápidamente que no tiene la conciencia en paz. Se deja ganar por algunas palabras amables, y se decide a ordenar sus asuntos espirituales. A su llegada busca un sacerdote, que escucha su confesión y le da la absolución, y por lo tanto la gracia santificante. Yo he sido la **causa remota y moral** de la gracia santificante en esta alma por mis consejos y tal vez por mis oraciones; mientras que el sacerdote que la absolvió ha sido su **causa eficiente, inmediata y física,** puesto que ha dicho: *«Yo te absuelvo de tus pecados»;* cosa que, evidentemente, el sacerdote no puede hacer por sí mismo, sino sólo como instrumento vivo y ministro de Cristo.

Ahora bien, cuando llamamos a la Santísima Virgen Mediadora de todas las gracias, queremos decir con ello que, juntamente con Cristo y en subordinación a El, Ella mereció durante su vida todas las gracias, y ahora nos las destina y las obtiene para nosotros por una oración infaliblemente escuchada. Ella es, pues, de más de un modo, causa remota y moral de las gracias que Dios infunde en nuestra alma. Todo esto, sin embargo, no establece aún un contacto inmediato entre Ella y nosotros.

Pero, como hemos visto más arriba, podemos admitir, por sólidas razones, que cuando la Santísima Virgen nos ha destinado y obtenido la gracia, Dios también se sirve de Ella para aplicarnos esta gracia, o hablando más claramente, para producirla en nosotros. Y por eso Ella, por virtud de Dios y de Cristo, es la causa subordinada, pero real, inmediata, eficaz y productora, de toda gracia, santificante o actual, sacramental o extrasacramental, esto es, producida por medio de los sacramentos o sin ellos. Lo que el sacerdote hace para ciertas gracias, la Santísima Virgen lo hace para todas. Por el bautismo el sacerdote, como ministro de Dios, confiere la vida divina al niño. Por la absolución devuelve o aumenta la gracia santificante en su penitente. Nuestra Señora confiere y produce la gracia santificante y actual en todas partes donde Dios la concede. León XIII la llama *«Dispensadora [con Cristo] en la comunicación de todas las gracias que se derivan del misterio de la Redención, de*

*que Ella fue igualmente Cooperadora»* [1]. Y San Pío X la llama *«Princeps largiendarum gratiarum ministra:* la principal Administradora de la comunicación de las gracias» [2].

Así María influencia muy frecuentemente, podríamos decir casi sin cesar, nuestra alma por la comunicación de la gracia actual, que nos es concedida abundantemente.

Pero Ella ejerce realmente sin cesar su influencia sobre las almas establecidas en estado de gracia. Pues la gracia santificante no nos viene solamente de Ella en su primera producción, sino también en la continuación de su existencia en nuestra alma. La gracia santificante debe ser mantenida en nosotros; y eso lo hace, después de Dios, la santa Humanidad de Jesús. El nos lo enseña claramente cuando nos llama sarmientos de la viña, que no pueden vivir más que por la savia de la vid, que esta debe comunicarles incesantemente. Pero esta gracia santificante es conservada y mantenida también en nosotros, por debajo de Cristo, por María, Mediadora de toda gracia. Y así estamos sometidos sin cesar a la influencia y a la acción vivificadora de la santísima Madre de Dios.

★

Ahora bien, esta acción y esta influencia establecen y constituyen un verdadero contacto físico, aunque espiritual, con nuestra divina Madre. Si alguien pone su mano en la mía, sin que pueda verlo o escucharlo, diré: «¡Hay alguien aquí!…». Cuando la Santísima Virgen toca, mueve o trabaja mi alma de manera espiritual, digo: «María está junto a mí por su acción». Para cumplir en un lugar determinado una acción material cualquiera, ante todo debemos estar en dicho lugar. No puedo hacer un paseo por Nueva York, ni comprar allí un reloj, ni conducir un auto, porque no estoy allí. Al contrario, para los seres que pueden ejercer una influencia puramente espiritual, la acción misma que realizan, la influencia misma que ejercen sobre otro ser, hace que estén presentes allí donde se encuentra el objeto de su influencia, el término de su acción. Es el caso de los ángeles y bienaventurados en el cielo. Nuestro ángel de la guarda, por ejemplo, está presente donde estamos nosotros, tanto

[1] Encíclica *Adjutricem populi.* El término latino *«administra»* es muy expresivo, pero difícil de traducir; lo mismo pasa con el término *«ministra»,* que parece indicar en todo caso que la Santísima Virgen tiene la misión de aplicar, y por lo tanto, de producir como instrumento de Dios, las gracias que nos son comunicadas.

[2] Encíclica *Ad diem illum.*

porque nos ve, como explicamos precedentemente, como porque obra sobre nosotros, lo cual constituye un toque, un contacto espiritual, como también hemos dicho.

Así es como se dice, y justamente, que Dios está en todas partes, no sólo directamente por su Esencia, sino también por su acción todopoderosa, por la que mantiene en la existencia todo lo que existe y realiza todo lo que se hace y todo lo que sucede en el mundo. Si Dios no estuviese en todas partes por su Ser, lo estaría por su Poder, por su acción universal y todopoderosa. Nuestra Señora, evidentemente, no está en todas partes por su acción. Pero Ella está dondequiera que haya almas en que Dios infunde o mantiene la gracia santificante, y dondequiera que Ella obre sobre estas mismas almas por las inspiraciones de la gracia.

De nuevo, es cierto, hemos de comprobar que, por desgracia, tampoco esta presencia es perfecta por nuestra parte, porque estamos todavía *«in via»,* en camino hacia la plena Luz. No podemos ver directamente estas influencias de la gracia. No experimentamos la presencia de la gracia santificante en nosotros, ni su mantenimiento y aumento. No reconocemos tampoco directamente cuál es la causa de este mantenimiento y de estos progresos. Sin embargo, podemos tener una certeza moral de la existencia de la gracia santificante en nuestra alma, y sabemos por la fe que esta gracia es producida y mantenida en nosotros por Jesús y por su divina Madre.

¡Qué difícil es para nosotros, almas totalmente prisioneras en la carne, comprender cómo la Santísima Virgen, que está en el cielo, puede obrar sobre nosotros a tales distancias, y cómo puede ejercer su acción sobre millones de almas a la vez! La explicación teológica de esta verdad no es demasiado difícil, pero exigiría una exposición que aquí estaría fuera de lugar. Hagamos notar solamente que la Santísima Virgen no obra en este campo por medio de su poder o virtud propia, sino por lo que la teología llama *«poder obediencial»,* es decir, por el poder ilimitado inherente a toda creatura, desde el momento en que es movida y accionada por la Omnipotencia de Dios. El puede servirse de la acción, incluso material, de cualquier creatura, para producir cualquier efecto, en cualquier lugar del universo. De este modo el poder de la creatura, a condición de que Dios quiera servirse de él, es realmente ilimitado, y la Santísima Virgen, por ejemplo, como consecuencia de la moción divina, puede obrar simultáneamente sobre centenares de millones de ángeles y de hombres.

Montfort pensaba en este tipo de presencia y en esta unión cuando escribía: *«San Agustín, sobrepujándose a sí mismo y a todo lo que acabo de decir, dice que todos los predestinados, para ser conformes a la imagen del Hijo de Dios, están en este mundo escondidos en el seno de la Santísima Virgen, donde son guardados, alimentados, mantenidos y desarrollados por esta buena Madre…»* [1]. Se trata, evidentemente, de una metáfora, en el sentido de que Montfort no se refiere aquí del seno corporal de Nuestra Señora. Pero en todo caso quiere decir sin duda alguna que los predestinados están estrechamente vinculados y unidos a la Santísima Virgen, y que en esta unión son guardados, alimentados, mantenidos y desarrollados en la vida de la gracia, en la vida de Jesús, en la vida de Dios mismo.

En los capítulos siguientes trataremos de hacer comprender mejor estas cosas, y justificarlas aún más.

Mantengámonos fielmente entregados a la acción y a las influencias de gracia de Nuestra Señora, por más que no podamos percibir directamente esta acción beneficiosa. Y séanos un gran gozo saber que en la misma medida en que aumenta la gracia santificante, la vida divina en nosotros, se intensifica también esta dulce unión con Ella.

[1] Verdadera Devoción, nº 33.

# V
# Ella en nosotros, nosotros en Ella

En los capítulos precedentes hemos hablado de la presencia espiritual de la Santísima Virgen junto a nosotros, en cierto sentido en nosotros, y de nuestra unión real con Ella.

No se trata en este caso, decíamos, de una presencia sustancial, gracias a la cual Nuestra Señora estaría en cuerpo y alma junto a nosotros, al modo como Dios con su Ser inefable vive directamente en nosotros por la gracia. María está junto a nosotros y en nosotros, como hemos visto, ante todo por el hecho de que Ella nos ve espiritualmente, y ve y conoce todo lo que nos pasa, todo lo que sucede en nosotros, todo lo que nos concierne tanto exterior como interiormente; y luego, porque Ella nos influencia, nos «trabaja», muy a menudo por la gracia actual, y sin cesar por la gracia santificante que, como instrumento vivo y consciente de Dios y de Cristo, Ella produce y mantiene incesantemente en nosotros. Esta influencia física de la Santísima Virgen, aunque de orden espiritual, es un verdadero toque en nuestra alma, un verdadero contacto de María con ella, por el que Nuestra Señora nos sigue estando estrechamente unida.

Comprendemos mejor ahora por qué San Luis María no habla solamente de vivir **junto a** María, en su compañía, sino de una vida de nosotros **en** María y de María **en** nosotros. En efecto, se trata aquí de una presencia espiritual, que comporta siempre una compenetración mutua de espíritu a espíritu, de alma a alma. Los cuerpos son impenetrables. La impenetrabilidad es una cualidad fundamental de la materia. Pero esta ley no vale para las almas, para los espíritus. De las almas y de los espíritus que están unidos uno a otro, hemos de decir que están uno en el otro. Y aunque de los seres espirituales unidos pueda decirse que viven recíprocamente uno en el otro, normalmente nos representaremos al ser inferior, menos perfecto, como viviendo en el ser superior, más perfecto, y nos expresaremos de este modo por analogía con los seres materiales, para los que el continente debe ser mayor y más vasto, por la naturaleza misma de las cosas, que el contenido. Podemos hablar aquí, pues, de María en nosotros y de nosotros en María. Pero de preferencia nosotros nos representaremos como viviendo en Ella, y

hablaremos generalmente de nuestra vida en María, porque el ser de Ella, cuanto al don de naturaleza y de gracia, es incomparablemente más vasto, rico, grande y amplio que el nuestro.

Hablamos de María **en** nosotros, y no sólo **junto a** nosotros. Y es que la Santísima Virgen no nos ve de manera exterior y superficial; pues su mirada materna sondea los riñones y los corazones, como dice la Escritura, y penetra hasta lo más profundo de nuestra alma. Y su influencia espiritual de gracia, aunque se ejerce a veces, es cierto, sobre nuestros sentidos y pasiones, sobre nuestra memoria e imaginación, penetra mucho más allá y nos capta mucho más profundamente: Ella llega hasta nuestras facultades puramente espirituales, la inteligencia y la voluntad, en las que generalmente se produce la gracia actual, e incluso hasta la sustancia misma del alma, pues allí es donde reside la gracia santificante, por la cual la Santísima Virgen, juntamente con Jesús, ejerce su influencia materna sobre nosotros.

★

A pesar de todas las explicaciones teológicas que se nos puedan dar sobre este tema, nos es difícil, en las condiciones materiales de nuestra existencia terrena, concebir esta presencia espiritual como una unión verdadera. Nos aferramos siempre a la presencia material, local, fuera de la cual no puede haber unión verdadera entre hombres que viven en las condiciones de la tierra. Para facilitarnos la comprensión de la presencia de la Santísima Virgen y de nuestra unión con Ella, avancemos la siguiente propuesta que el poder divino podría realizar perfectamente. Tratemos de representarnos la cosa vivamente y de reflexionar en ella a fondo.

Por acción de las circunstancias vives lejos de tu madre, a 20, 100 o 150 kilómetros de distancia. Piensas en ella muy seguido, y ella aún mucho más en ti; pero salta a la vista que no hay ningún contacto verdadero, inmediato, ni siquiera espiritual, entre tú y ella; estáis separados, alejados uno del otro. No se podría hablar en este caso de una verdadera presencia mutua.

Pero supón ahora que, por una omnipotente y muy posible intervención de Dios, se realice lo que sigue. Con una mirada espiritual, pero muy clara y nítida, ves sin cesar a tu madre, todo lo que ella hace exteriormente, todo lo que ella piensa y siente en su interior. La ves en tal o cual habitación de la casa paterna, en esta o aquella actitud, ocupada en este o aquel trabajo. Puedes seguirlo todo en ella, incesante e indistintamente. Por su parte, ella tiene el mismo privilegio. También ella, con su mirada materna y afectuosa,

te sigue en todo lo que haces y piensas, en todo lo que experimentas y sufres. Podéis comunicaros entre los dos; entre tú y ella hay un vínculo incesante; podéis charlar juntos e intercambiar vuestros pensamientos e impresiones.

Eso ya sería mucho. Pero supongamos que hay más. Tu madre puede consolarte, alentarte, darte buenos consejos; ella puede también sostener tu salud cuando se siente debilitada, puede incitarte a una vida más hermosa y más pura; en una palabra, puede ejercer sobre ti en todo instante una influencia beneficiosa y santificadora. De tu lado tienes las mismas posibilidades. Tú también puedes ayudar a tu madre y asistirla en el doble plano material y espiritual. Puedes restaurar sus fuerzas extenuadas, alegrarla en sus tristezas, aumentar un poco más su fervor y su generosidad, etc.

Si sabes hacer abstracción del modo como se realiza ordinariamente en este mundo la presencia mutua, y te penetras a fondo de la suposición que acabamos de hacer, reconocerás que en este caso vivirías realmente unido a tu madre, y que podrías hablar en este caso de verdadera presencia mutua, aunque vivierais corporalmente separados por una distancia de decenas o centenas de kilómetros. En esta hipótesis sólo te faltaría una cosa: poder contemplar a tu madre con tus ojos corporales, agarrar su mano, besarla afectuosamente… Pero en realidad estarías unido a tu madre de manera más verdadera, preciosa e íntima que si vivieras con ella bajo el mismo techo.

Todo esto, evidentemente, no es más que una suposición en relación con nuestra madre de la tierra. Pero es una verdadera y encantadora realidad en relación con nuestra Madre del cielo, como se deduce de nuestras explicaciones precedentes. Es cierto que, de nuestra parte, hay puntos flacos y lagunas en esta unión. En las páginas siguientes veremos cómo podemos remediar estas debilidades y colmar estas lagunas, al menos parcialmente.

★

Las explicaciones que acabamos de dar, por su supuesta novedad, pueden parecer sorprendentes e incluso extrañas a ciertas personas. Por eso da un gozo tranquilizador encontrar expuesta esta doctrina, de idéntico modo en cuanto al fondo, por autores muy antiguos y de la mayor competencia. Damos aquí la traducción de un extracto de un sermón de San Germán de Constantinopla († 773), una de las mayores figuras de la Iglesia oriental, tan profundamente devota de la santísima Madre de Dios.

*«¿Cómo sería posible, santísima Madre de Dios, que, dado que el cielo y toda la tierra recibieron toda su belleza por Ti, al dejarnos hayas dejado a los hombres privados de tu vista?*

*Pero no, que cada día alegras e impresionas con la visión de Ti los ojos de las almas, como si estuvieras todavía corporalmente y realizaras acciones humanas entre nosotros. En efecto, así como viviste en la carne con los hombres del tiempo de antaño, así también vives ahora con nosotros por el espíritu; y la protección incesante con que nos cubres es un indicio de tu presencia entre nosotros; y nosotros escuchamos tu voz, y el sonido de tu voz llega a los oídos de todos. Y todos nosotros, que somos conocidos de Ti por tu protección sobre nosotros, reconocemos sin cesar esta beneficiosa protección. Pues Tú no has dejado a aquellos por quienes has sido causa de salvación; no nos has abandonado, reunidos juntos sin Ti. Tú nos visitas a todos, y tu mirada, oh Madre de Dios, reposa sobre todos nosotros. Por eso, aunque nuestros ojos no puedan verte, oh Santísima, Tú sigues viviendo en medio de todos nosotros, y te manifiestas de diversas maneras a quienes son dignos de Ti.*

*Pues la carne no se opone en nada a la virtud y a la eficacia de tu espíritu; ya que este espíritu tuyo sopla donde quiere, porque es puro y libre de la materia, incorruptible e inmaculado, y asociado al Espíritu Santo. Y tu cuerpo virginal es totalmente santo, completamente casto, enteramente el domicilio de Dios. Y por eso, Madre de Dios, creemos que realmente caminas con nosotros.*

*Sí, lo repito de nuevo en la exultación de mi alma: aunque hayas dejado la morada humana, no te has separado del pueblo de los Cristianos. No, Tú no te has alejado de este mundo envejecido»* [1].

La lectura atenta y meditada de este texto espléndido convencerá a todo lector mínimamente instruido de que, para nuestro gozo y edificación, encontramos aquí todos los elementos de nuestras explicaciones precedentes sobre la naturaleza de la presencia de María.

[1] Patrología Griego-Latina, tomo 41, col. 170, *De Dormitione Beatæ Mariæ Virginis.* Lo que refuerza singularmente el valor de este texto es que muy a menudo el santo autor vuelve sobre este pensamiento. Ver, entre otros, Al. Janssens, C.I.M., *Het Dogma en de Apocriefen,* p. 216.

# VI
# “Permaneced en Mí y Yo en vosotros”

Para comprender mejor la vida de unión entre la Santísima Virgen y nosotros, la hemos comparado a las relaciones mutuas que los ángeles y bienaventurados tienen entre sí en el cielo. Pero sobre todo debemos cotejarla con la «permanencia» de Cristo en nosotros y de nosotros en Cristo, de que El nos ha hablado repetidas veces y dicho cosas maravillosas y conmovedoras.

Ante todo una observación. Se trata aquí de nuestra unión a Cristo en cuanto **Hombre,** ya que en la alegoría de la vid de que hablaremos más lejos, El se distingue netamente del Padre, es decir, su Humanidad de su Divinidad, puesto que dice: *«Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador»* [1]. La misma observación vale, evidentemente, para los demás textos que vienen a continuación.

Jesús habló por primera vez de esta unión al anunciar el misterio de la Sagrada Eucaristía, de la sagrada Comunión, que es como una fusión de un tipo especial con Cristo, pero que tiene por efecto una unión estable y permanente: *«Quien come mi Carne y bebe mi Sangre, en Mí mora y Yo en él»* [2]. El mismo indica cuál es el fundamento y la razón de ser de esta unión, a saber, una influencia constante que El ejerce sobre nosotros y por la cual nos comunica e infunde incesantemente la vida de la gracia: *«Así como Yo vivo por el Padre, así también quien me come vivirá por Mí»* [3]. Por lo tanto, estamos en El y El en nosotros, porque vivimos de El y por El, y El nos comunica la vida de la gracia por un influjo constante de su santa Humanidad sobre nosotros. Es, pues, una unión espiritual muy profunda y estrecha. Este es el lazo principal que nos une a El.

Jesús vuelve sobre esta unión maravillosa entre El y nosotros especialmente en su discurso de despedida a los apóstoles en la última Cena, discurso en el que recopiló y condensó todo lo que su doctrina tiene de más hermoso, de más conmovedor, de más elevado. El Espíritu Santo es quien, al descender sobre ellos, les

---

[1] Jn. **15** 1.
[2] Jn. **6** 56.
[3] Jn. **6** 58.

hará comprender estas magníficas verdades: *«En ese día comprenderéis que Yo estoy en mi Padre, y vosotros en Mí, y Yo en vosotros»* [1]. Es evidente que esta unión se realiza por la gracia santificante, que Cristo les comunica y que los hace semejantes a Aquel que posee en sí mismo la plenitud de la Divinidad: *«Yo les he dado la gloria que Tú me diste, para que sean uno como Nosotros somos uno: Yo en ellos y Tú en Mí, para que sean consumados en la unidad»* [2].

Viene luego esta espléndida alegoría, tal vez la más bella que jamás haya sido propuesta: *«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos»* [3]. Estos sarmientos están unidos a la vid, y la vid sostiene a los sarmientos. Unión estrecha, íntima, profunda, sí, verdadera unidad de la cepa y de las ramas. Las ramas viven del tronco y le están unidas mientras absorben la savia vivificante de la cepa y se alimentan de ella; pero apenas dejan de absorber estos jugos vitales, dejan de pertenecer a la cepa, se secan, caen o son cortados, y se los echa al fuego. Esta es la alegoría de la unión de Cristo con los suyos. La permanencia de Cristo en nosotros y de nosotros en Cristo vuelve cinco o seis veces en esta alegoría: *«Lo mismo que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros si no permanecéis en Mí… El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto… Si alguno no permanece en Mí, es arrojado fuera, como el sarmiento, y se seca… Si permanecéis en Mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queráis y lo conseguiréis»* [4]. Y la apremiante y tan dulce exhortación: *«¡Permaneced en Mí, como Yo en vosotros!»* [5].

San Pablo, bajo la inspiración del Espíritu de Dios, dará vida a otra imagen de esta sublime verdad en el pensamiento y en el corazón de los cristianos: Cristo es la Cabeza, y nosotros sus miembros; El y nosotros estamos unidos estrecha y vitalmente en la unidad del Cuerpo místico. La Cabeza forma una sola cosa con los miembros, y los miembros con la Cabeza, por todo el tiempo en que los miembros reciben la influencia vivificante de la Cabeza. Cuando esta influencia se detiene, o cuando ya no es recibida o captada, la sangre se paraliza, la vida se para, el miembro se corrompe, cae y se separa. Se nos sigue proponiendo la misma verdad, pero bajo otra

[1] Jn. **14** 20.
[2] Jn. **17** 22-23.
[3] Jn. **15** 5.
[4] Jn. **15** 1-8.
[5] Jn. **15** 4.

forma: somos uno con Cristo por la influencia vivificante e incesante que El ejerce sobre nosotros.

★

La Santísima Virgen es el Cuello del Cuerpo místico de Cristo, por el que se transmiten las influencias vivificantes de la Cabeza a los miembros, y al que los miembros están estrechamente unidos… Igualmente, la Santísima Virgen es como el Nudo vital de la Vid, que une la Cepa a los Sarmientos, y a través del cual la savia del Tronco es dirigida y canalizada hacia los diferentes Sarmientos. Nuestra unión a la Santísima Virgen, Madre de la vida, Comunicadora de todas las gracias, es de la misma naturaleza que la que nos une con Cristo. De la misma naturaleza y del mismo tipo no quiere decir, evidentemente, del mismo grado e intensidad, porque Cristo es causa incomparablemente más poderosa, y origen más eficaz de la gracia en nosotros.

Y por eso podemos poner en labios de Nuestra Señora la mayoría de las palabras de Cristo sobre este punto. Estas palabras hemos de escucharlas muy atentamente, y meditarlas con fervor.

«Así como Jesús vive por el Padre, así también yo vivo por Cristo, y vosotros por mí… Ojalá reconocierais hoy que yo estoy en Cristo, y vosotros en mí, y yo en vosotros… Vosotros no podéis llevar fruto si no permanecéis en mí, como yo misma estoy en Cristo, y Cristo en el Padre. Quien permanece en mí y yo en él, lleva fruto abundante. Así como yo vivo por Cristo, así yo os doy la vida y vosotros viviréis por mí… Que todos sean uno, como Tú, Jesús, en mí y yo en ellos».

Luego viene la gran exhortación que encierra todo lo que tenemos que decir sobre la unión de la Santísima Virgen con nosotros: «Permaneced en mí y yo en vosotros».

«Permaneced en mí por la gracia santificante, que es el lazo vivo que os une conmigo. Permaneced en mí por una caridad creciente, que es la fuerza y el poder misterioso que os lleva hacia mí, y a mí hacia vosotros. Permaneced en mí sometiéndoos cada vez más total y dócilmente a mi influencia de gracia. Permaneced en mí por medio de un pensamiento frecuente, un recuerdo constante, una mirada continua de alma puesta en mí».

De este modo nuestra vida será un anticipo delicioso de la dulcísima unión que en Dios saborearemos con Ella por toda la eternidad.

# VII
# La práctica

Hemos consagrado varios capítulos a exponer los fundamentos doctrinales de una vida de unión con la Santísima Virgen. Hemos visto que existe una verdadera presencia espiritual de Nuestra Señora junto a nosotros, y en cierto sentido en nosotros mismos, por el hecho de que, ante todo, Ella ve todo lo que es nuestro o está en nosotros, y luego porque Ella nos influencia incesantemente por la gracia, y por medio de esta influencia Ella «ase» realmente nuestra alma y establece un contacto verdadero y muy íntimo entre Ella y nosotros.

Quedamos muy alentados por las reacciones que, de modo general, nos llegaron de todas partes sobre estos artículos cuando fueron publicados en nuestra revista «Mediadora y Reina». Sin embargo, no nos extrañaríamos de que cierto número de nuestros lectores hayan encontrado áridas y complicadas estas explicaciones. Recuérdese que escribimos para lectores de un grado de cultura a menudo muy distinto tanto en el campo intelectual como en el espiritual. Para los sacerdotes, religiosos y nuestros lectores de cultura intelectual y sobrenatural más acabada, era de la mayor importancia que diésemos una explicación doctrinal aceptable de una práctica que, de otro modo, hubiese podido parecer extraña e incomprensible. Incluso para quienes no pudieron comprender a fondo esta exposición, pero se dieron la pena de seguirla, no les habrá sido del todo inútil. ¿Santo Tomás no dice acaso que un conocimiento de las cosas divinas, por muy imperfecto y elemental que sea, es más precioso que la ciencia profunda de las leyes y de los secretos de la naturaleza?

En todo caso recordemos lo que dejamos dicho: aquí no es necesario comprender para obrar. ¿Cuántas actitudes sobrenaturales de alma están fundadas en lo que siempre seguirá siendo para nosotros un misterio, por ejemplo la vida de unión con Dios que vive en nosotros por la gracia? Y no es necesario que quien mejor capte cómo se realiza la presencia mariana en nosotros, sea el que viva de ella más fiel y profundamente. ¡Las almas más simples pueden rivalizar aquí con los espíritus más perspicaces y… superarlos! ¡Ojalá rivalicemos entre nosotros, con buena voluntad,

celo y perseverancia, en ver quién vivirá más fielmente la vida mariana de unión, a fin de experimentar sus «maravillosos efectos», efectos que se resumen en este, tan precioso: la vida de unión con Cristo y con Dios!

★

Debemos tratar de llevar una «vida» mariana y no contentarnos con una devoción mariana por sacudones y tirones, por ligereza y broma. Debemos tratar de vivir en unión con la Santísima Virgen como un hijo vive con su madre. Un buen hijo no se contenta con saludar o despedirse de su madre, y con un contacto indispensable, pasajero y rápido en el transcurso del día. Todo hijo bien nacido considera como su deber y también como su mayor gozo pasar su vida en presencia de su madre, compartir con ella sus alegrías y tristezas, y permanecer en contacto con ella sin cesar, tanto como se pueda.

Tampoco nosotros debemos contentarnos con algunas Avemarías por la mañana y por la noche, y con alguna invocación rápida y rara en nuestros momentos de dificultad, ni siquiera con la excelente y tan preciosa práctica del Rosario, porque no basta para establecer entre Ella y nosotros un contacto permanente. Deseamos y buscamos más y mejor.

## RICA VIDA DE GRACIA

Acordémonos ante todo de que María está junto a nosotros, en nosotros, por su gracia: por la gracia santificante que, como instrumento de Dios, Ella produce y mantiene en nosotros, y por las inspiraciones e influencias múltiples de la gracia actual.

Cuanto más rica y abundante sea la gracia santificante en nosotros, tanto más estrechos y fuertes serán los lazos que nos unan a Ella. Tenemos ahí un motivo, secundario a decir verdad, pero poderoso y precioso, para aumentar y enriquecer la vida divina en nosotros, especialmente por la recepción frecuente de los sacramentos y sobre todo de la sagrada Comunión, que trataremos de recibir muy a menudo, cada día si fuera posible.

Y como por la gracia actual, como decíamos hace un instante, la Santísima Virgen «ase» nuestra alma y se apodera de ella, por este motivo también demos gran importancia, concedamos plena atención y respondamos generosamente a estas influencias de la

gracia, a fin de alentar a nuestra buena Madre a proseguir e intensificar su acción santificante en nosotros. Debemos entregarnos apacible y dócilmente a su influencia, no resistir a sus llamamientos, *«dejarla obrar»* en nosotros, como lo dice repetidas veces Montfort, y mantenernos entregados entre sus manos *«como un instrumento en las manos de un buen operario, como un laúd en las manos de un buen tañedor».*

★

Hemos visto que, si la presencia de la Santísima Virgen junto a nosotros y en nosotros es real y perfecta por su parte, porque Ella nos ve claramente y ejerce sobre nosotros una acción incesante, la unión por nuestra parte es deficiente e imperfecta, porque nosotros no la vemos, no la percibimos directamente, ni siquiera con el espíritu, y además no sólo nos es difícil, sino realmente imposible mirarla sin cesar, pensar en Ella ininterrumpidamente, y someternos a sus influencias siempre de manera actual. Por lo tanto, no podemos estarle unidos incesantemente de manera actual y expresa. Pero podemos llegar a una unión habitual, de modo que la dulce Virgen sea como la atmósfera en que vivimos, el aire que respiramos, incluso sin ser siempre plenamente conscientes de ello. Salta a la vista que, también en este campo, hay un número ilimitado de grados, que con la gracia de Dios podemos alcanzar y atravesar. Vamos a tratar de describir las fases principales de esta unión creciente.

## RENUNCIAR A SÍ MISMO

La perfección cristiana tiene un doble aspecto. En sí misma es positiva, una realidad encantadora, pero supone necesariamente un trabajo correspondiente y progresivo de anonadamiento, de «mortificación»: es preciso renunciarse a sí mismo, para pertenecer a Jesús y seguirlo. La vida mariana, también bajo el aspecto específico de la unión, no es una excepción a esta ley. No hay que olvidarlo. Para vivir en un trato habitual con Nuestra Señora, es necesario olvidar y excluir hasta cierto punto a las creaturas.

Este olvido y exclusión no pueden practicarlo todos, evidentemente, del mismo modo y en la misma medida. Dichosos aquí quienes, por su vocación y por las circunstancias en que viven, como los religiosos y, hasta cierto punto, los sacerdotes, no tienen

que ocuparse más que de las cosas divinas. Pero también los cristianos que viven en el mundo y apuntan a la unión con Dios y su santa Madre, pueden y deben practicar, en cierta medida, esta exclusión de todo lo que es obstáculo a esta unión. Sin duda, tienen sus ocupaciones, sus deberes de estado, deben ganarse la vida y cuidar sus negocios; tienen deberes que cumplir con su familia, y otras relaciones son a veces inevitables. Igualmente, cada cual tiene necesidad de vez en cuando de algún descanso, de alguna distracción. No sería factible, e incluso sería condenable en algunas ocasiones, querer abstenerse de ellas completamente.

Todo esto es cierto. Pero eso no impide que quienes apuntan a la unión divina y mariana deben prohibirse muchas cosas, crear alrededor suyo y sobre todo dentro suyo una atmósfera de silencio y de recogimiento, sin la que una «vida» de unión es inconcebible.

Hay que excluir una vida mundana y disipada. Hay que descartar toda diversión realmente «mundana», como también todos esos charloteos incesantes e inútiles, y esas pérdidas deplorables de tiempo. No se puede pasar horas seguidas soñando ante la radio, no se puede trabajar al son incesante de marchas o de música. La moda y el deporte han de tener un valor muy relativo en estas vidas que aspiran a subir más alto. La vana curiosidad, los ensueños, las preocupaciones inútiles, son otras tantas cosas que debe descartar quien desea entrar en la intimidad con Dios y con Nuestra Señora. Esta alma, sin ser asocial, misántropa, se asegurará cada día algunas horas de silencio y de soledad para ser más accesible a las cosas de lo alto.

Por medio de un cierto número de ejercicios de piedad, esta alma se irá estableciendo en una atmósfera de oración; incluso le facilitarán el contacto con Dios y con su divina Madre fuera del tiempo de estos ejercicios. Hay ejercicios de un programa tipo, recomendado a todas las personas que quieren subir más alto: la oración de la mañana y de la noche, la santa Misa y la sagrada Comunión, un poco de meditación y de lectura espiritual, la corona del Rosario o mejor el Rosario entero, y la visita al Santísimo Sacramento. Por supuesto que todos los cristianos fervorosos, incluso con la mejor de las voluntades, no podrán llegar siempre a tanto. Realice cada cual este programa o acérquese lo más que pueda, en cuanto se lo permitan las circunstancias.

Entonces se creará el clima necesario para alcanzar una vida espiritual más íntima, y también la vida de unión con la Santísima Virgen. Entonces se podrá ejercer de manera positiva e inmediata

los actos que han de realizar en nosotros la vida de intimidad habitual con nuestra divina Madre.

Estos actos los detallaremos en lo que sigue.

# VIII
# Modo simple

En las páginas que preceden hemos constatado que, objetivamente hablando, nuestra unión con la Santísima Virgen se hace más estrecha en la medida en que crecemos en gracia santificante, y también por la fidelidad y docilidad a la gracia actual, pues el contacto espiritual entre Ella y nosotros se establece sobre todo por la gracia. Hemos hecho notar además que para esta intimidad creciente se exigía la renuncia y el desprendimiento de las creaturas en cuanto tales. Con otras palabras, nos es preciso aprender a vivir en el silencio interior, a vivir dentro de nosotros. Para eso hemos de evitar el contacto inútil con el mundo, sobre todo con el mundo «mundano», y no tener este contacto sino en la medida de lo necesario, según lo pidan la utilidad y las conveniencias. Es una exigencia **negativa** imperiosa para alcanzar un cierto grado de intimidad con Dios y su santísima Madre.

Vamos a ocuparnos ahora del modo **positivo** e inmediato de realizar esta vida de unión con Nuestra Señora. Queda entendido que se puede llevar esta vida en muchos grados distintos, pasando por múltiples fases. Vamos a recordar las principales que se pueden recorrer para llegar a la unión más elevada y preciosa.

Una primera manera de unión consiste en servirse para este fin de toda clase de medios exteriores. No podemos considerar y despreciar estas prácticas como pueriles e indignas de nosotros. Los mayores santos, entre otros San Luis María de Montfort, que había llegado ya a la más elevada unión mariana mística, permaneció fiel a ellas.

Por otra parte, estas prácticas exteriores no son lo principal. Sólo tienen valor en la medida en que proceden de lo interior y conducen a ello. Cada cual haga aquí libremente su elección. Estos testimonios exteriores de amor y de veneración se diferenciarán legítimamente según toda clase de factores: el sexo, la edad, el grado de instrucción, el propio temperamento, etc. El carácter de un país y de un pueblo dejará sentir en esto su influencia. Una joven tendrá, en este campo, atractivos distintos a los de un rudo obrero. Un sabio teólogo obrará de modo distinto a un simple cristiano. Hemos podido ver las prácticas de devoción mariana de los Italianos y de

los Portugueses, ciertas de las cuales nos convendrían menos a nosotros, Belgas. Sobre este punto ya nos distinguimos de nuestros vecinos, los Holandeses, sobre todo de los de Holanda del Norte. Una persona será más demostrativa, más «niña», que otra. Todos estos matices pueden encontrarse perfectamente en la vida de unión mariana. Pero esto no impide ni disminuye en nada, de modo general, la utilidad de las prácticas exteriores, incluso de las pequeñas prácticas que hemos de emplear para pensar en la Santísima Virgen y unirnos a Ella.

Damos aquí algunas sugestiones al respecto, algunos medios exteriores, capaces de preparar, de facilitar, de realizar o de mantener nuestra intimidad con Nuestra Señora.

Asegurémonos de que haya en nuestra casa algunas cosas que nos evoquen el recuerdo de nuestra Madre. Si puedes, pon una estampa de la Santísima Virgen en la fachada de tu casa, y que, cuando se entre en ella, una hermosa imagen o un bonito cuadro de Nuestra Señora recuerde que es la casa de María, porque le ha sido consagrada.

En cada habitación, especialmente en aquellas en que se está más tiempo, una imagen de la Virgen ha de sugerir su recuerdo y su presencia. El lugar de honor le pertenece al crucifijo, a la imagen del Sagrado Corazón; pero después de El y junto a El le corresponde a la imagen de su Madre, que Dios le ha asociado indisolublemente. Por lo tanto, no haya una sola habitación de tu casa sin una pequeña imagen, sin un cuadro, o al menos una sencilla estampa de la Virgen. Hemos tenido a veces un sentimiento de sorpresa, incluso de vergüenza, al comprobar que en los locutorios de algunas casas religiosas no había nada, absolutamente nada, que recordase la presencia de Aquella a quien Dios ha querido siempre y en todas partes junto a Cristo.

Tengamos también el cuidado de que, durante nuestro trabajo, una imagen o inscripción, una estampa colocada en nuestro despacho o sobre nuestra mesa de trabajo, nos haga pensar en Ella. ¡Tenemos tan gustosamente bajo los ojos el retrato de nuestros seres queridos! Después de Dios, nada ni nadie debe sernos tan querido como la Santísima Virgen.

Saludemos a estas imágenes, a estas estampas de María, al llegar a casa y al salir de ella, y al pasar frente a ellas. Hagámoslo rápida y sencillamente: «¡Buenos días, Madre!… Ave, Maria!… Salve, Regina!… ¡Todo por Ti, todo por Jesús y por Ti!…». Deja hablar a tu corazón, con tus atractivos personales. Una mirada de

respeto y de amor bastan ya por sí solos. Este saludo, esta mirada, esta aspiración, no se dirigen a la estatua, a la imagen que tenemos ante los ojos, como bien sabemos, sino a Aquella a quien representan. Nuestro Padre de Montfort nos es aquí un lindo ejemplo. Durante los siete años que pasó en París se impuso una penitencia espantosa. Durante este tiempo debió circular un número incalculable de veces por la gran ciudad. Y durante todo este tiempo —como también durante su permanencia en Roma— no vio absolutamente nada. Circuló siempre con los ojos bajos a través de la brillante ciudad. No vio nada… salvo las imágenes de la Santísima Virgen, que se exhibían entonces en gran número en los cruces de las calles y en las fachadas de las casas. Avisado por un instinto secreto, levantaba los ojos para lanzar una mirada respetuosa y llena de afecto, y un saludo salido del corazón, a las imágenes de su Madre amadísima.

★

Otro humilde medio: llevemos siempre con nosotros algo que nos evoque su recuerdo. Generalmente en nuestros países se hacía llevar a los niños pequeños, a los niños enfermos y sobre todo a los enclenques, los colores de la Virgen, hasta la edad de siete años por ejemplo. Era una costumbre muy hermosa, que está lejos de haber desaparecido. También hay adultos, sobre todo mujeres y señoritas, que se interesan en que su modo de vestir, por algún detalle, recuerde a la Santísima Virgen de un modo u otro. Cuando esto se hace de manera sencilla, discreta, sin afectación, ¿quién se atrevería a criticarlo? O puede tratarse también de una medalla, de una insignia, que llevamos siempre encima y que cumple la misma finalidad: pensar en la Santísima Virgen y hacer pensar en Ella a los demás. Muy prácticas para alcanzar el mismo fin son las estatuillas de bolsillo de la Santísima Virgen, que incesantemente podemos llevar en la mano o colocar delante nuestro en la oración, durante el trabajo, etc., sin que los demás se den cuenta de ello. Nuestro Padre de Montfort hizo esto durante una buena parte de su vida, ya desde su juventud, incluso durante sus años de escuela secundaria. Sin ningún respeto humano colocaba su estatuilla delante de él durante la clase o el estudio. A veces algunos lo pinchaban y se burlaban de él; pero él tranquilamente los dejaba hacer y hablar.

Un día un bromista de mal gusto le quitó su pequeña Virgen. Su reacción ante este gesto fuera de lugar es significativa: «Podrás quitarme de delante de los ojos esta imagen de mi Madre; pero no

podrás arrancarme jamás la imagen espiritual de Ella que llevo en mi alma». Y el bromista devolvió entonces la estatuilla a su propietario. Ella lo acompañó toda la vida. Más tarde, durante sus innumerables viajes apostólicos, la fijará en la extremidad de su bastón de viaje, para tenerla constantemente ante los ojos. Y al fin, juntamente con el crucifijo, esta estatuilla suavizó y serenó su agonía y recibió de él, con su último suspiro, su beso supremo.

Naturalmente, una permanencia un poco más prolongada a los pies de una imagen de la Santísima Virgen, de una de sus imágenes milagrosas sobre todo, puede reforzar más nuestra unión con María. ¿Quién no piensa, al leer esto, en la Gruta de Lourdes, o en tantos otros lugares santificados por la visita de Nuestra Señora, donde uno se siente tan estrechamente unido a Ella, y como fundido con Ella? También en esto San Luis María puede servirnos de ejemplo. Durante sus años de estudios secundarios en Rennes visitaba cada día dos santuarios célebres de la Santísima Virgen, y permanecía a veces arrodillado allí durante horas enteras. Durante su estadía en París hacía cada sábado la peregrinación a Notre Dame. Con motivo de su peregrinación a Notre-Dame-sous-Terre en Chartres, se mantuvo durante ocho horas seguidas inmóvil, como en éxtasis, delante de la estatua milagrosa. Durante su estadía de quince días en Loreto, apenas podía arrancarse de la Santa Casa de Nazaret, y Nuestra Señora de Ardilliers, en Samur, lo vio un número incalculable de veces postrado a sus pies en fervorosa oración.

Otra práctica exterior para mantenerse unido a María, especialmente para quienes tienen que escribir mucho, es inscribir una breve fórmula mariana, A(ve) † M(aría) por ejemplo, en el encabezado de cada página que se escribe, incluso —¿y por qué no?— en el encabezado de las propias cartas, siempre que esto pueda hacerse respetando las conveniencias, y casi siempre es posible. Esta costumbre se difundió mucho desde hace algunas décadas. El Padre Poppe lo hacía siempre. Me acuerdo de que durante una visita que tuve el honor de hacerle a este santo sacerdote, tuvo que enviar un recado escrito —no eran mas de dos líneas— a la Hermana que le hacía un poco de secretaria. Pero antes de todo lo demás, escribió con todas las letras: Ave María.

Cuando se recomienda esta vida de intimidad con la Madre de las almas, se escucha a veces la siguiente respuesta: «¡Me gustaría mucho, pero nunca me acuerdo de ello!». Ante todo, no digas: «Me gustaría», sino: «Sí, quiero, y voy a ejercitarme en ello». Toma luego las medidas y adopta las prácticas que, casi forzosamente, te

hagan pensar en ello. Por ejemplo, adquiere la costumbre, al levantarte y al acostarte, de dirigir a María una fervorosa oración y pedirle su bendición, al margen —claro está— de la oración de la mañana y de la noche propiamente dicha. Reza fielmente el Angelus por la mañana, al mediodía y por la noche al toque de campana, o antes de las comidas principales. Añade siempre un Avemaría a la oración de antes y de después de las comidas. ¿Oyes, en el campanario de tu iglesia o en el reloj de tu casa, que toca la hora, la media hora, el cuarto de hora? No dejes entonces de saludar cada vez a tu divina Madre, y de volverle a renovar, con dos palabras, tu total pertenencia a Ella.

De este modo la Santísima Virgen se introducirá en tu vida, y se unirá realmente a tu vida de cada día. Hay quienes aún van más lejos. El Padre Poppe, al salir de alguna habitación, parecía apartarse ante alguien como para dejarlo salir primero: ¡era su Dama y su Madre! O pedía su bendición antes de salir de su habitación o de su casa. Una buena familia cristiana de Anvers nos hizo la siguiente confidencia. Cuando la mesa está ya preparada para el almuerzo, se colocan alrededor de ella ocho sillas, la del padre, la de la madre, y la de los cinco hijos, y siempre, en la cabecera, en el lugar de honor… ¡la de la Santísima Virgen! Quizás piensen algunos que esta práctica es pueril o ridícula. ¡Cada cual a su gusto! Nadie está obligado a hacer lo mismo. Pero, en el fondo, ¿no es muy sobrenatural y encantador? ¿Acaso la gran Santa Teresa obraba de otro modo en el Carmelo de Avila, que había conseguido reformar sólo por un verdadero milagro de la Madre de la gracia? Por eso consagró oficialmente el Carmelo a María, y Nuestra Señora fue siempre proclamada en él como la primera Priora. En recuerdo de este acto la silla de la Priora debía quedar siempre vacía: ¡era el lugar reservado a la Reina del cielo, que debía seguir dirigiendo y protegiendo su Carmelo!

# IX
# Modo más profundo

Hemos dicho que un primer modo de vivir unido a la Santísima Virgen consiste en valerse de toda clase de pequeños medios prácticos y exteriores, cuyo uso sea facultativo y la elección esté inspirada por el gusto y las preferencias de cada uno.

Pero hemos de apuntar más alto. La Santísima Virgen es la Madre de nuestra vida espiritual, y en este orden nosotros somos verdaderamente sus hijos. Ahora bien, el hijo vive habitualmente junto a su madre, lleva toda su vida en unión con ella. Esto es lo que hemos de tratar de realizar en el plano sobrenatural. Debemos ejercitarnos en hacer todas nuestras acciones en unión espiritual con Ella. Para esto podemos recurrir perfectamente a nuestra imaginación según nuestras disposiciones personales. No es una ilusión, sino una realidad, el que Nuestra Señora no esté lejos de nosotros, que esté muy cerca de nosotros por el pensamiento y por la influencia de gracia sobre nosotros. Por eso, no habrá ningún inconveniente en que nos representemos a nuestra divina Madre junto a nosotros, en tal o cual actitud, con tal o cual exterior, con tal o cual expresión de rostro, etc.

Comienza tu día. Al levantarte vas a hacer el primer pequeño sacrificio de la jornada. Mira a Nuestra Señora junto a ti, que te anima y te da su primera bendición. Bajo su mirada lávate y vístete, modesta y cuidadosamente. Enseguida Ella te acompañará a la iglesia, a la capilla. Piensas en Ella durante tu oración de la mañana y tu meditación. Durante la santa Misa la ves de pie junto a la Cruz de Jesus, o bien asistiendo y sosteniendo con sus oraciones y su ofrecimiento al sacerdote en sus sublimes funciones en el altar. Ella te conduce luego a la Santa Mesa, quita de tu alma la menor mancha, te presenta a Jesús y cumple contigo y por ti el ejercicio tan importante de la acción de gracias.

En la mesa Ella es quien, con bondad enteramente materna, te ofrece tu alimento. A Dios le pedimos el pan nuestro de cada día; por eso lo obtenemos por Ella, ya que Ella es quien nos transmite los dones del Señor. Tu trabajo lo harás en su presencia, y le confiarás las dificultades que encuentres en el cumplimiento de tu deber. Te entretendrás con Ella, y así lograrás romper la fatigosa

monotonía de tu quehacer. En tus idas y venidas, Ella te acompaña y te protege contra toda desgracia y accidente. Toma también bajo su mirada tus descansos y recreos: pues una madre ve de buena gana a sus hijos cuando se entregan a una recreación saludable a su debido tiempo. En caso de peligro para el cuerpo o para el alma, lanzarás instintivamente un llamamiento hacia Aquella que no te abandona. En la tristeza Ella es tu consuelo y seca tus lágrimas. Y a Ella le confías antes que a nadie una buena noticia y todas tus alegrías.

En todo y para todo hemos de obrar así. En la oración veámosla perdida en la unión con Dios. En nuestro examen de conciencia pidámosle también a Ella si está contenta de nuestra jornada, y confesémosle nuestras faltas. Y con una palabra de aliento y una última señal de la cruz en la frente Ella nos invitará a tomar nuestro descanso.

Esto es lo que los Santos, entre otros la gran Santa Teresa, practicaron con Cristo en cuanto hombre, y recomendaron a los demás. El bienaventurado Enrique Suzo escribía: *«Cristo esté siempre presente en el fondo de tu corazón y de tu alma: imprímelo en ti mismo y considéralo sin cesar. Tómalo contigo como compañero de todas tus acciones. Cuando comes un bocado, piensa que Nuestro Señor está delante de ti y come contigo. ¿Estás sentado? El está sentado a tu lado y te contempla. ¿Caminas? No vas solo, sino que El te acompaña siempre. ¿Duermes? Descansa en El. Y haz lo mismo en todo lugar, en toda circunstancia, con todo el mundo… Debemos imprimir en nosotros el rostro amable de Nuestro Señor, que nos está real y esencialmente más presente que nosotros mismos, porque en El se encuentra todo consuelo, todo bien, toda alegría»* [1].

Tomás de Kempis, autor de la «Imitación de Cristo», recomienda y describe admirablemente esta vida de unión habitual con la Santísima Virgen: *«¿Quieres ser consolado en toda tribulación? Acércate a María, la Madre de Jesús, que llora y gime de pie junto a la Cruz, y todas tus cargas desaparecerán al punto, o al menos te serán aliviadas. Elige a esta dulcísima Madre de Jesús, con preferencia a todos tus parientes y amigos, como tu Madre y tu especialísima Abogada frente a la muerte; y salúdala frecuentemente con la Salutación Angélica, pues a Ella le gusta escuchar estas palabras. Si el maligno enemigo te tienta y te impide alabar a Dios y a María, no te preocupes y no dejes de rezar y*

[1] Citado por Saudreau, *Vida de unión,* p. 353.

*alabar; pero con mayor ardor invoca a María, saluda a María, nombra a María, honra a María, sigue glorificando a María, inclínate delante de María, encomiéndate a María. Permanece en tu celda con María, y con María cállate, con María alégrate; llora con María, trabaja con María, vela con María, reza con María, camina con María, descansa con María. Con María busca a Jesús, con María lleva a Jesús en tus brazos; con María y con Jesús vive en Nazaret, con María ve a Jerusalén; con María manténte al pie de la Cruz de Jesús, con María llora a Jesús, con María sepulta a Jesús. Resucita con María y Jesús; con María y Jesús sube a los cielos; con María y Jesús desea vivir y morir. Hermanos, si meditáis y practicáis bien estas cosas, el demonio huirá lejos de vosotros, y vosotros adelantaréis en la vida espiritual. María rezará gustosamente por vosotros a causa de su clemencia, y Jesús escuchará gustosamente a su Madre a causa de su reverencia. Poco es lo que hacemos; pero si por María y Jesús, su Hijo, accedemos al Padre con un corazón humilde y contrito, obtendremos misericordia y gracia para el tiempo presente, y la gloria con Ellos para un futuro sin fin. Amén».*

Y sigue diciendo: *«Dichosa el alma devota que tiene en esta vida a Jesús y a María como amigos familiares, comensales en la mesa, compañeros de viaje, proveedores en la necesidad, consoladores en la tristeza, asistentes en los peligros, consultores en las dudas, para ser los que la reciban en su última hora. Es buen religioso quien se considera extranjero en este mundo, y tiene a Jesús y a María como supremo consuelo en la morada de su corazón».*

En estos textos, que a causa del ritmo variado y las asonancias incesantes, tienen en latín un encanto particular, Tomás de Kempis nos enseña a recurrir a nuestra imaginación para representarnos a Jesús y a María en actitudes especiales y en misterios particulares. Quienes se entreguen seriamente a esta práctica, observarán probablemente al cabo de cierto tiempo que la imagen de la Santísima Virgen se vuelve más vaga y difusa en su alma. Ya no ven a Nuestra Señora en tal actitud, con tal o cual exterior, con esta o aquella expresión de rostro. Ya no tienen necesidad, ni atractivo, ni facilidad para representársela en un misterio especial; de verla en Belén, en Nazaret, en el Calvario… Piensan en Ella, nada más, y se unen a Ella de modo espiritual, intelectual diría yo. Y eso no es un retroceso, al contrario. Nuestra vida de unión con la Santísima Virgen será tanto más real, pura, profunda y preciosa cuanto menos

parte tengan en ella la imaginación y todas las facultades de percepción parcialmente materiales.

★

Acabamos de escuchar a Enrique Suzo cómo nos aconsejaba imprimir a Cristo en lo más profundo de nuestro ser, y verlo presente allí. Es literalmente casi lo mismo que nos aconseja Montfort respecto de la Santísima Virgen; es una nueva fase de nuestra intimidad creciente con Ella: *«Es preciso acostumbrarse poco a poco a recogerse dentro de sí mismo, para formar allí una idea o imagen espiritual de la Santísima Virgen».* Y un poco después: *«Si ella [el alma] reza, será en María; si recibe a Jesús en la sagrada Comunión, lo pondrá en María, para que en Ella ponga sus complacencias; si obra, será en María»* [1].

Esta vida con María en nosotros no es una vana imaginación, como hemos explicado al exponer la teoría de la presencia mariana. Por eso, después de haberte ejercitado durante algún tiempo en las maneras iniciales y menos perfectas de unión con Nuestra Señora, intenta buscarla dentro de ti y mantenerte apacible y profundamente unido a Ella. Algunas personas, después de algunos intentos, dirán tal vez: «No lo consigo; no sé cómo hacer». Es posible. Será la señal de que aún no ha llegado el tiempo de esta unión más interior. Pero continúen practicando con humildad y perseverancia la vida de unión bajo una forma provisionalmente más accesible, por ejemplo la que describe Tomás de Kempis. Y un día, tal vez de modo inesperado, lo conseguirán: se representarán sin esfuerzo a Jesús y a María espiritualmente **dentro de sí mismos,** y llevarán con Ellos una vida de muy dulce y santificante unión.

★

Sin embargo eso no es el término ni la cumbre más elevada. Esta unión podrá hacerse cada vez más íntima y consciente. En este campo hay muchos grados que alcanzar y recorrer.

Una nueva fase será aquí lo que se llama unión «mística» con Nuestra Señora. No trataríamos aquí expresamente de este tema si más de una vez, y a veces donde menos lo hubiésemos esperado, no nos hubiésemos encontrado con almas que en cierta medida gozaban de este precioso favor. Montfort no considera la cosa como tan excepcional y rara, puesto que escribe: *«Ten también cuidado de no atormentarte si no gozas tan pronto de la dulce presencia de la*

[1] Secreto de María, nº 47.

*Santísima Virgen en tu interior; pues esta gracia no se concede a todos; y cuando Dios favorece con ella a un alma por su gran misericordia, es muy fácil que la pierda, si no es fiel en recogerse frecuentemente»* [1].

No hay que confundir la unión mística de que hablamos aquí, con los fenómenos extraordinarios de la vida sobrenatural, como son las visiones, apariciones, etc. Aquí no nos referimos a nada de todo esto. La mística propiamente dicha comienza con la percepción interior directa de lo sobrenatural. Quien **siente** a Dios dentro de sí, sin necesidad de recurrir al razonamiento de la fe, ha entrado, a menudo transitoriamente, en el campo de la mística. No se imagine por eso mismo que ya ha llegado a la santidad, y que desde ese momento han desaparecido sus defectos, o al menos ya no tiene que combatirlos. La mística es el desarrollo normal de la vida espiritual, como la flor es el fruto de la yema, sin que se pueda decir por eso mismo que todos los que se aplican seriamente a la vida espiritual y mariana, tengan que llegar a ella forzosamente.

Así, pues, hay una unión mística con la Santísima Virgen. El Carmelita flamenco, Miguel de San Agustín, y su hija espiritual, María de Santa Teresa, la describieron de manera asombrosa. Varios santos gozaron de semejante favor. Nuestro Padre de Montfort gozó de él durante años, primero de manera intermitente, y luego de manera permanente. De ello habla con alegría al Canónigo Blain pocos años antes de su muerte, y describe la cosa en esta estrofa muy conocida de su admirable cántico sobre la Verdadera Devoción:

*He aquí lo que nadie podrá creer:*
*La llevo en medio de mí,*
*impresa con rasgos de gloria,*
*aunque en la oscuridad de la fe.*

Esta mezcla de fe y de gloria, de oscuridad y de conocimiento, al que nuestro Padre alude aquí, es característico de este estado. No es ya la pura fe, pero no es aún tampoco la clara visión.

Montfort habla también de esta presencia mística en «El Secreto de María» [2] y en el «Tratado de la Verdadera Devoción» [3]. Allí la llama una *«gracia»,* y una *«gracia insigne».* También da indicaciones prácticas sobre este punto. No hay que atormentarse si

[1] Secreto de María, nº 52.
[2] Secreto de María, nn. 47-52.
[3] Verdadera Devoción, nn. 261-264.

no se goza aún de esta dulce presencia de la Santísima Virgen dentro de sí mismo. Esta gracia no es concedida a todos, ni siquiera a todos los que se aplican generosamente a la vida mariana. Dios favorece a las almas con esta gracia por pura misericordia. Esta gracia es fácil perderla, sobre todo por falta de recogimiento. En este caso hay que volver dulcemente, y hacer enmienda honorable a nuestra amable Soberana…

Todo esto parecerá muy misterioso a ciertas personas que lean estas consideraciones. Es normal, porque es característico de la unión mística con Dios y con su divina Madre no poder formarse una idea exacta de ella más que por la experiencia de la cosa. Si alguien creyese experimentar semejante favor, siga fielmente los consejos de Montfort y consulte sobre esto a un director esclarecido.

En estos estados, el alma se siente atraída a permanecer en el *«inefable interior de María».* María se apodera de nuestra alma y la trabaja; y nosotros percibimos la suya, por decirlo así, y estamos en contacto con ella. Algunos escritores espirituales de autoridad piensan que en la unión mística las facultades de percepción sensibles, como por ejemplo la imaginación, quedan como suprimidas, y que el alma percibe directamente con sus facultades espirituales, y por lo tanto, de alma a alma, de espíritu a espíritu… Comoquiera que sea, es cierto que esta unión más elevada con la Santísima Virgen implica una penetración más íntima en el alma de Nuestra Señora. En otras palabras, se trata de la vida en el Corazón Inmaculado y santísimo de María; pues el sentido profundo de la devoción al purísimo Corazón de María es que, bajo el símbolo de su Corazón de carne, veneremos su amor y admiremos, amemos e imitemos sus sentimientos íntimos, y por lo tanto sus virtudes y su vida de gracia y santidad.

En este *«inefable interior de María»,* en el Corazón admirable de María, dice nuestro Padre, *«es preciso permanecer con complacencia, reposar con confianza, esconderse con seguridad y perderse sin reserva»* [1]. Esto es todo un programa, que no realizaremos sin recoger los frutos más preciosos y sin saborear un gozo profundísimo.

[1] Verdadera Devoción, nn. 262 y 264.

# X
# Maravillosos frutos

En los capítulos precedentes hemos intentado fijar los fundamentos doctrinales de la presencia de María y de nuestra vida de unión con Ella. Luego hemos descrito rápidamente las distintas formas y las fases sucesivas de esta vida de intimidad mariana. Queremos terminar esta serie evocando la inmensa alegría y los frutos maravillosos que esta vida de unión con la Santísima Virgen produce en las almas.

San Luis María de Montfort escribe de manera didáctica, pedagógica, y por lo tanto tranquila, sosegada, tal vez demasiado sosegada y uniforme para la generación actual. Pero hay un pensamiento que rompe el equilibrio apacible de esta prosa tranquila. Cuando habla de esta vida de unión con su divina Madre, queda como transportado fuera de sí. Entonces ya no habla, sino que exulta y estalla en exclamaciones de arrobamiento y de alegría: *«¡Oh, qué dichoso es el hombre que mora en la casa de María, en la cual Vos, el primero, hicisteis vuestra morada!»* [1]. Y en otro lugar: *«¡Oh, qué riquezas! ¡Oh, qué gloria! ¡Oh, qué placer! ¡Oh, qué felicidad!, ¡poder entrar y morar en María, donde el Altísimo ha puesto el trono de su gloria suprema!»* [2].

Esta dulce y lenitiva presencia de María, ¿no será la clave de lo que se ha llamado el «enigma Montfort»: de un hombre que se torturaba a sí mismo de modo inhumano por medio de mortificaciones y austeridades espantosas e incesantes; que era perseguido sin piedad y sin descanso, pisoteado por los malvados y por los mundanos; que se veía abandonado y rudamente rechazado por sus amigos y sus directores de otro tiempo; a quien varios obispos le prohibieron el trabajo de las almas e incluso la permanencia en su diócesis; y que, a pesar de todo, sobrellevó todas estas humillaciones y pruebas valiente y alegremente, con la sonrisa en los labios? Era la obra de María, la obra de esta buena Madre y Señora, que como él mismo escribe, *«se mantiene tan cerca y tan presente a sus fieles servidores, para iluminarlos en sus tinieblas,*

[1] Verdadera Devoción, nº 196.
[2] Verdadera Devoción, nº 262.

*para ilustrarlos en sus dudas, para afirmarlos en medio de sus temores, para sostenerlos en sus combates y dificultades; de modo que, en verdad, este camino virginal para encontrar a Jesucristo es un camino de rosas y de miel, frente a los demás caminos»* [1].

Por esta práctica el alma vive espiritualmente y sin cesar de María y realmente en Ella… ¿Habrá que admirarse de que en esta unión se encuentre un gozo dulcísimo y profundísimo? ¿Hay mejores momentos en la vida que los que se pasan junto a una madre, junto a una verdadera madre? ¿No es justamente ese el efecto propio y específico de la devoción mariana bajo todas sus formas, en todos sus grados, y con mayor razón de la vida más perfecta y profunda de unión con María? ¿No es lo que esencialmente ha querido el Señor al introducir en toda la economía de la salvación a la Mujer más encantadora, a la Madre incomparable de la vida sobrenatural, de modo parecido a como en el astuto plan del demonio los encantos de la primera Eva habían hecho que Adán aceptase irresistiblemente el fruto prohibido? La misma Iglesia proclama que la Santísima Virgen introduce la alegría y la felicidad en nuestra vida, y lo hace con palabras de la Escritura, en las que hay que ver, indudablemente, algo más que una simple acomodación, y por las cuales, en todo caso, la Iglesia afirma su pensamiento, incluso de manera infalible, puesto que se encuentran en la Liturgia universal:

*«Vuelto a casa, junto a ella descansaré,*
*pues no causa amargura su compañía*
*ni tristeza la convivencia con ella,*
*sino satisfacción y alegría»* [2].

Las almas que viven la vida mariana son almas felices y alegres. María es la Consoladora de los afligidos; Ella viene a cada uno de nosotros «para aliviar el sufrimiento» y para ser la Causa de nuestra alegría. Nuestra experiencia de cada día confirmará la verdad de esta aserción. Séanos esto un estímulo para practicar fiel e intensamente la vida de unión con nuestra Madre.

★

La vida en María significa, pues, consuelo en toda tristeza, alegría y felicidad en toda nuestra existencia. San Luis María de Montfort se siente impotente también para describir los maravillosos

[1] Verdadera Devoción, nº 152.
[2] Sab. **8** 16.

efectos de santificación y de progreso que esta vida de intimidad mariana produce en las almas. No podríamos hacer nada mejor que dejarle la palabra a él, que en su propia alma y en miles de otras había experimentado esta maravillosa acción santificadora de la Santísima Virgen.

*«Cuando por una gracia inefable pero verdadera, la divina María es Reina en un alma, ¿qué maravillas deja de hacer? Como Ella es la Obrera de las grandes maravillas, particularmente en el interior, Ella trabaja allí en secreto, sin que ni siquiera se dé cuenta el alma, que por el conocimiento que pudiese tener de ello, destruiría la belleza de sus obras. Como Ella es en todas partes la Virgen fecunda, en todo interior en que se encuentra Ella trae la pureza de corazón y de cuerpo, la pureza en las intenciones y propósitos, y la fecundidad en buenas obras»* [1].

Y nuestro Padre parafrasea del siguiente modo el hermoso y tan piadoso Salmo *Quam dilecta tabernacula tua: «¡Señor Jesús, cuán amables son vuestros tabernáculos!… En esta casa de los predestinados es donde [el hombre que ha puesto en María su morada] recibe su socorro de Vos solo, y donde ha puesto ascensiones y grados de todas las virtudes en su corazón para elevarse a la perfección en este valle de lágrimas»* [2].

Lo que la Santísima Virgen realiza en el alma que *«se esconde en el seno virginal de María y en él se pierde sin reserva»,* nuestro Padre lo describe aún en su admirable Tratado: en el seno de María esta alma *«es **alimentada** con la leche de su gracia y de su misericordia materna; en él es **librada** de sus turbaciones, temores y escrúpulos; en él es **puesta a salvo** contra todos sus enemigos, el mundo, el demonio y el pecado, que jamás tuvieron entrada allí…; en él es **formada** en Jesucristo y Jesucristo es formado en ella, porque su seno es, como dicen los Padres, la sala de los sacramentos divinos donde Jesucristo y todos los elegidos han sido formados»* [3].

Y las afirmaciones de «El Secreto de María» no son menos atractivas: *«[María] será para el alma el Oratorio en que hará todas sus oraciones a Dios, sin temor de ser rechazada; la Torre de David en que se refugiará contra sus enemigos; la Lámpara encendida con que iluminará todo su interior y arderá del amor divino; la Custodia sagrada en que verá a Dios en Ella y con Ella.*

[1] Secreto de María, nn. 55-56.
[2] Verdadera Devoción, nº 196.
[3] Verdadera Devoción, nº 264.

*Finalmente, María será para esta alma su único Todo junto a Dios y su recurso universal»* [1].

Y todo esto se encuentra condensado en algunas líneas de una de las páginas más notables de nuestro tan precioso Tratado: *«¿Cuándo será que las almas respirarán a María, tanto como los cuerpos respiran el aire? Para entonces acaecerán* ***cosas maravillosas*** *en estos bajos lugares en los que, encontrando el Espíritu Santo a su querida Esposa como reproducida en las almas, sobrevendrá a ellas abundantemente y las llenará de sus dones…, para obrar* ***maravillas de gracia****»* [2].

Todo esto, en suma, no son más que variaciones sobre el tema que la Santa Iglesia nos propone en su liturgia desde hace cientos de años con palabras sagradas que el Espíritu Santo inspiró para describir la actividad no sólo de Jesús, la Sabiduría Eterna, sino también de María, el Trono de la Sabiduría; palabras que alimentaron la más profunda piedad mariana de innumerables generaciones de cristianos.

*«Yo soy la Madre del amor hermoso,*
*del temor de Dios, del conocimiento y de la santa esperanza.*
*En mí está toda la esperanza del camino verdadero,*
*en mí toda esperanza de vida virtuosa.*
*Venid a Mí todos cuantos me deseáis,*
*y saciaos de mis frutos»* [3].

Y todo esto no es tampoco nada más que la aplicación —fundada, como hemos visto— a la unión con la Santísima Virgen, de lo que Jesús promete en algunas palabras a cuantos viven unidos a El: *«El que permanece en Mí y Yo en él, ese da mucho fruto; porque sin Mí no podéis hacer nada»* [4].

En ciertas épocas del año las personas débiles o enfermizas, y especialmente los niños, son enviados al mar o a la montaña, para que un aire más puro y tonificante despierte en ellos el apetito y renueve todo su organismo.

María es un mar, un océano. Algunos santos y piadosos escritores jugaron con su nombre: María = maria (mar).

María es un **mar,** un océano inmenso de luz pura, de gracia, de vida, de santidad.

---

[1] Secreto de María, nº 47.
[2] Verdadera Devoción, nº 217.
[3] Sab. **24** 24-26.
[4] Jn. **15** 5.

Y María es una **montaña,** una montaña inmensamente elevada, cuyos fundamentos reposan sobre las cumbres de las más altas montañas: su santidad comienza donde acaba la de los elegidos más elevados en gracia.

Y nosotros somos, en la vida espiritual, unos pobres niños, unos convalecientes débiles, una sombra de lo que debiéramos ser. Sufrimos de anemia espiritual; nos asustamos del menor esfuerzo, retrocedemos ante el menor sacrificio; estamos sin fuerzas y sin energía para el bien.

*«**Duc in altum**»*... ¡Mar adentro! Lanza tu barquita en el Océano que es María, en el que tu mirada se sumergirá en un horizonte cada vez más vasto y fascinante, el de la Divinidad; en que tu alma respirará el aire puro y vivificador de la única realmente Inmaculada; en donde sopla sin cesar el viento tonificante de las gracias marianas, que estimulan a la acción, que impulsan a todo lo que es grande, santo, sublime, heroico.

*«**Ascende superius**»*... ¡Sube más alto! Emprende el asalto del Pico brillante que supera todas las demás cumbres. ¡Allí encontrarás la vista despejada del mundo, del Sol, del Cielo!… ¡Allí gozarás del descanso, de la paz, del silencio, de la Luz, de la Vida!

Allí renovarás tu provisión de fuerzas invencibles para todo lo que Dios espera de ti.

Allí te forjarás un temperamento sólido y robusto, que te hará apto, como Montfort, para el trabajo más rudo, y capaz para los más duros sacrificios.

# XI
# Evangelio de confianza

*Dejando todo a su providencia:*
*Mi cuerpo, mi alma y mi felicidad*
(San Luis María de Montfort)

De los diferentes aspectos de la perfecta Devoción a Nuestra Señora, hemos tratado ya entre otros, después de la Consagración que es la base práctica de esta vida mariana, el de la dependencia y obediencia hacia la Santísima Virgen.

Nuestro Padre une frecuentemente en sus escritos dos actitudes de alma para con nuestra divina Madre: la de la dependencia y la de la confianza o abandono. Así, por ejemplo, canta en uno de sus cánticos más hermosos y sustanciales:

*Estoy todo en su dependencia*
*Para mejor depender del Señor,*
*Dejando todo a su providencia:*
*Mi cuerpo, mi alma y mi felicidad.*

Nosotros también, después de haber hablado de sumisión y de dependencia, vamos a tratar ahora de la confianza y abandono que debemos practicar para con la Madre de Jesús y nuestra. Es cierto que esta vida de confianza no constituye ninguna de las prácticas interiores de la perfecta Devoción, que Montfort describió tan bien y recomendó tan vivamente. Pero esta confianza es una de las cinco actitudes de alma que Montfort recomienda a los hijos y esclavos de María en la explicación de la figura de Rebeca y de Jacob.

★

Nos parece indispensable, antes de pasar al aspecto mariano de nuestro tema, recordar el lugar importantísimo que «la fe» [1], la confianza y el abandono ocupan en la doctrina evangélica. El Evangelio de Cristo —evangelio significa buena nueva, mensaje de

[1] Es evidente que en el Evangelio la palabra «fe» no tiene sólo el sentido de que se deba reconocer que Dios y Cristo tengan el poder de socorrernos, sino que implica también la confianza de que quieran prestarnos este socorro.

felicidad— es un evangelio de confianza. No es exagerado decir que la fe y la confianza pertenecen a la ley fundamental, a la «Constitución» misma del cristianismo, y forman una de las exigencias más netas y más importantes que Cristo haya impuesto a sus discípulos. Creemos que no hay en el Evangelio una sola prescripción que Cristo nos haya inculcado con más frecuencia e insistencia.

Ante todo tenemos su primer gran discurso, llamado Sermón de la Montaña, en el que nos expuso en sustancia toda su doctrina. Como también en su discurso de despedida después de la Cena, la confianza y el abandono ocupan una amplia parte. Estas palabras encantadoras, que siguen siendo igual de actuales en nuestros días, no envejecen nunca:

*«No andéis preocupados por vuestra vida, [preguntándoos] qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, [preguntándoos] con qué os vestiréis…*

*Mirad las aves del cielo: no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas?…*

*Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Observad los lirios del campo, [y ved] cómo crecen; no se fatigan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa al horno, Dios así la viste, ¿no lo hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe?*

*No andéis, pues, preocupados diciendo: ¿Qué vamos a comer?, ¿qué vamos a beber?, ¿con qué vamos a vestirnos? Que… ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso… Buscad primero su Reino y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura.*

*Así que no os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal»* [1].

Jesús hizo a la fe y a la confianza promesas casi turbadoras: *«En verdad, en verdad os digo: el que crea en Mí, hará él también las obras que Yo hago, y hará mayores aún»* [2].

El padre del joven poseído por el demonio le dice: *«Si algo puedes, ayúdanos, compadécete de nosotros».* En la respuesta de

[1] Mt. **6** 25-34.
[2] Jn. **14** 12.

Jesús hay indignación: *«¡Qué es eso de si puedes! ¡**Todo es posible para quien cree**!»* [1].

Y las palabras bien sabidas: *«Si tuvierais fe como un grano de mostaza [la más pequeña de las semillas], habríais dicho a este sicómoro: "Arráncate y plántate en el mar", y os habría obedecido… Y habrías dicho a este monte: "Desplázate de aquí allá", y se desplazaría, y nada os será imposible»* [2].

Invariablemente Jesús atribuye también a la fe y a la confianza los milagros que El hace para aliviar las miserias humanas. Muchas veces, bajo una u otra forma, vuelve a darnos la preciosa garantía: *«Que te suceda como has creído… Ve en paz, tu fe te ha salvado»* [3].

Pero esta confianza es una exigencia inexorable, reclamada siempre como condición para obtener sus intervenciones divinas: *«No temas; solamente ten fe y se salvará»,* le dice al jefe de la sinagoga, Jairo, que acaba de implorar la curación de su hija [4]; *«Si crees»,* le dice a Marta, que se atreve a esperar la resurrección de su hermano Lázaro, *«verás la gloria de Dios»* [5].

Donde esta confianza falta, se diría que su omnipotencia queda atada y su bondad disminuida. En Nazaret opera pocos milagros *«a causa de su falta de fe»* [6]. Los discípulos no habían logrado expulsar el demonio del joven sordomudo; y al pedir al Maestro la razón de este fracaso, les contesta: *«Por vuestra poca fe»* [7].

El ejemplo de San Pedro es típico a este respecto, y muy instructivo para nosotros. La barca que lleva a los discípulos de Jesús se encuentra rudamente sacudida y agitada por la tempestad durante una noche en el lago de Genesaret. De repente ven a Jesús venir hacia ellos, caminando sobre las aguas agitadas. Al principio se asustan los muy valientes, y lanzan gritos de terror pensando que era un fantasma. Pero Jesús los tranquiliza diciendo: *«¡Animo!, que soy Yo; no temáis».* Pedro, fogosamente, exclama entonces: *«Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas».* Y Nuestro Señor le contesta sosegadamente: *«¡Ven!».* Pedro deja la barca y camina hacia el Maestro realmente, sobre el agua que se ha vuelto consistente. Pero a la vista de las aguas tumultuosas que lo rodean,

---

[1] Mc. **9** 22.
[2] Lc. **17** 6; Mt. **17** 20.
[3] Mt. **8** 12; **9** 2; **15** 28; Lc. **5** 20, etc.
[4] Lc. **8** 50.
[5] Jn. **11** 40.
[6] Mt. **13** 58.
[7] Mt. **17** 20.

la angustia se apodera de él repentinamente: duda y… comienza a hundirse en el abismo movedizo. *«¡Señor, sálvame!»,* grita al Maestro en su peligro. Jesús extiende su mano, toma la de Pedro y lo conduce con El a la barca: *«Hombre de poca fe»,* le reprocha, *«¿por qué dudaste?»* [1]. Muchas otras veces, hasta los últimos momentos de su permanencia entre nosotros, Jesús se verá obligado a reprochar a sus apóstoles esta falta de fe y de confianza. El, que ordinariamente era tan bueno y paciente, los reprende sobre este punto: *«increpabat eos».*

★

Bajo otra forma Jesús nos recomendó incansablemente la fe y la confianza, cuando nos hizo repetidas veces la promesa maravillosa de escucharnos siempre en nuestras oraciones. Es tal vez lo más asombroso de nuestro ya tan asombroso Evangelio, que nos baste *«pedir para recibir, buscar para hallar, llamar para que se nos abra».* Y no hay excusa ni pretexto alguno para ninguna falta de confianza, pues Jesús nos asegura formalmente: *«**Todo** el que pide recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá».* Y el buen Maestro, por medio de comparaciones, sabe convencernos de que no puede ser de otro modo: *«¿Hay acaso alguno entre vosotros que al hijo que le pide pan le dé una piedra; o si le pide un pez, le dé una culebra? Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las pidan!»* [2].

Así, pues, **todo** el que pide como Dios manda será escuchado. Y todo lo que pidamos nos será concedido, a condición, naturalmente, de que pidamos «cosas buenas»: *«Todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido y lo obtendréis»* [3]. Palabras notables: ¡creed, no que lo obtendréis, sino **que ya lo habéis recibido**! Y en San Juan nos dice: *«Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Yo lo haré»* [4]. Esta misma promesa el Señor la renovó varias veces en el discurso después de la Cena.

Es posible que para nuestro bien el Señor difiera escuchar nuestra oración, o realizar nuestros deseos. Pero en este caso El mismo nos enseñó sencillamente a insistir, a seguir llamando, hasta que nuestra súplica sea atendida. Impresionantes y asombrosas son

[1] Mt. **14** 25-33.
[2] Mt. **7** 7-11.
[3] Mc. **11** 24.
[4] Jn. **14** 13-14.

las dos parábolas conservadas por San Lucas, tal vez recibidas de nuestra divina Madre, que fue la inspiradora de este Evangelio: la parábola del hombre importuno que va a pedir pan a su amigo durante la noche —¡vaya momento para pedir!, ¿no?—, el cual se niega al comienzo pero acaba cediendo, porque su amigo *«ni siquiera lo deja descansar»;* y la del juez inicuo al que una viuda le pide justicia, y que también se niega al principio durante algún tiempo, pero concede finalmente lo que le pide, *«porque me importuna»,* dice, *«y no deja de molestarme».* Así es como nosotros hemos de continuar pidiendo, sin desanimarnos jamás. Pues si el juez inicuo obra así, ¿podrá Dios resistir *«a sus elegidos, que están clamando a El día y noche?»* [1].

Por lo tanto, podemos alcanzarlo **todo** por la oración, todo lo que, naturalmente, tiene que ver con nuestra salvación, nuestra santidad y el reino de Dios.

Pero eso depende de nuestra fe y confianza: *«Se nos dará»,* dice el Apóstol Santiago, pero a condición de *«pedir con fe, sin vacilar»* [2].

Así, pues, el gran interrogante, planteado ya por Jesús mismo, es el siguiente: *«Cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?»* [3].

Nada parece más hermoso ni más fácil, según las garantías formales de Jesús, tantas veces repetidas, que arraigarse en esta confianza absoluta e inquebrantable.

Por desgracia, ¡qué rara es esta confianza profunda y sin límites!

Este fenómeno indiscutible parece indicar que en la práctica esta confianza no es tan fácil de alcanzar.

Sin duda, la conciencia de nuestra debilidad, miseria e indignidad juega en ello un gran papel.

Ahora bien, la misión especial y específica de la Santísima Virgen es facilitarlo **todo,** suavizarlo todo, en la vida cristiana. También la confianza, este factor absolutamente indispensable para nuestra vida de oración, y por lo tanto para nuestra vida espiritual.

Tenemos que examinar ahora cómo María, nuestra Madre, realiza esta misión.

---

[1] Lc. **11** 5-8, y **18** 1-8.
[2] Sant. **1** 6.
[3] Lc. **18** 8.

# XII
# La Madre

Decíamos que nuestro Evangelio es un Evangelio de confianza.

Cristo nada nos recomienda más frecuente e instantemente que esta vida de confianza ilimitada en la Providencia paterna de Dios.

Sin embargo, esta confianza sin límites, que hemos de practicar en toda circunstancia, no parece tan fácil. En todo caso, raramente la tiene un cristiano en la medida en que Jesús la reclama de nosotros.

El Dios infinitamente sabio y misericordioso quiso facilitarnos el cumplimiento de este deber esencial y hacernos casi imposible la desconfianza.

Lo hizo introduciendo a la Santísima Virgen en nuestra vida sobrenatural.

Pues esta es justamente la misión específica de Nuestra Señora: facilitarlo todo, suavizarlo todo en la economía de nuestra salvación y santificación.

Y es que la devoción mariana es para nuestra vida cristiana lo que el aceite es en las poderosas máquinas que empujan nuestros trenes o ponen en marcha nuestras fábricas; pues exige la actuación de todas nuestras energías espirituales, para orientarlas, como a su fin, hacia la santificación y salvación del alma, tan difíciles de realizar.

★

En el orden sobrenatural somos niños, no, **niñitos,** *parvuli,* que deben vivir de confianza y abandono.

El niño ¿a quién da su confianza?

No a un extraño.

¿A su papá?

Sí, no hay duda; pero no tan fácilmente ni tampoco tan completamente como a su mamá.

Es un hecho indiscutible.

Cuando el niño quiere pedir al papá un favor difícil, confía antes su secreto a la mamá, para que ella interceda ante papá.

Y la razón de ello es sin duda alguna que, si el padre es bondad y afección, no es menos en la familia el representante de la justicia y de la severidad.

Cuando hay un castigo que dar, ordinariamente el padre es quien se encarga de ello.

«¡Cuidado!», dice a veces la mamá, «si no te portas bien, se lo diré a papá!».

La madre, al contrario, no es más que bondad, misericordia y condescendencia.

En el orden sobrenatural Dios, nuestro Padre, es la Caridad y la Misericordia **infinitas.** Pero es también la infinita Justicia.

Y esto, es cierto que equivocadamente, nos detiene a veces y nos hace dudar.

Para facilitarnos la confianza, como hemos dicho, y hacernos imposible la desconfianza, Dios transmitió a la Santísima Virgen todos los oficios de su Providencia paterna para con nosotros, en el sentido de que la estableció como instrumento consciente y consintiente de todas sus bondades y de todas sus misericordias para con nosotros.

Iremos al Padre ordinariamente por la Madre.

Recurriremos a la Santísima Virgen en todas nuestras necesidades de cuerpo y alma.

Es una de las formas más importantes de la vida mariana.

Para decidirnos enérgicamente a practicar este aspecto de la vida mariana, debemos convencernos a fondo de que así puede y debe ser, y penetrarnos profundamente de las verdades doctrinales que están a la base de esta actitud de confianza y abandono.

Y ante todo, de esta primera verdad tan extraordinaria: **María es nuestra Madre.**

★

María es nuestra Madre, realmente nuestra Madre, no por lo que se refiere a nuestra vida humana ordinaria, pero sí por lo que se refiere a una vida sobrehumana, la vida sobrenatural de la gracia.

Tenemos la **certeza** de esta maternidad.

El sentido cristiano universal da testimonio de ella, y el testimonio de este sentido cristiano unánime es de gran valor: bien establecido es un argumento infalible.

El magisterio ordinario de la Iglesia enseña incontestablemente esta consoladora verdad. Los Sumos Pontífices, que son los portavoces oficiales e infalibles del magisterio doctrinal de la Iglesia, vuelven sin cesar sobre esta enseñanza en sus encíclicas.

Por lo tanto, podemos y debemos aceptar con certeza la maternidad sobrenatural de la Santísima Virgen sobre los hombres.

Es interesante y edificante recordarnos las diferentes fases en que se desarrolla esta maternidad.

1º María se convierte realmente en nuestra Madre ya en el momento de la **Encarnación de Jesús.**

Pues por sus méritos, sus oraciones, su consentimiento y su cooperación física Ella nos da a Cristo, que es el principio de nuestra vida y realmente nuestra Vida misma.

Por ser Ella Madre de Cristo, enseñan León XIII y San Pío X, Ella es también Madre de los cristianos.

Por ser Ella Madre de la **Cabeza** —así razona San Pío X, siguiendo a Montfort, en su admirable encíclica *Ad diem illum,* parcialmente inspirada en el «Tratado de la Verdadera Devoción»—, Ella es también, por una consecuencia necesaria, Madre de los **miembros,** que somos nosotros.

2º María se convirtió en nuestra Madre, en segundo lugar, a consecuencia de **su colaboración** subordinada, pero real, **al misterio del Calvario.**

La vida de la gracia nos es dada por el sacrificio adorable de Jesús: su muerte opera nuestra vida.

María comparte este misterio de dolor, de muerte y de vida. Ella debió dar su consentimiento a este misterio, exigido por Dios como condición indispensable para el sacrificio de su Hijo, y así Ella inmoló espiritualmente a Jesús por nuestra salvación y vivificación sobrenatural. Con Jesús y por Jesús Ella sufrió, por los mismos fines que El, tormentos espantosos que, sin la intervención de Dios, le hubiesen costado la vida. Por eso Ella es realmente la Cosacrificadora y la Víctima secundaria del Sacrificio de Jesús. De este modo, Ella cooperó a nuestra redención y «vivificación» por la gracia. Por lo que se refiere a la vida sobrenatural, hemos nacido en el Calvario, hemos nacido del Corazón traspasado de Jesús, y también del Corazón purísimo de María, traspasado por una espada de dolor.

Por este motivo Jesús dice en este momento a San Juan, y en su persona —como afirmaron los Papas en repetidas ocasiones— a

todas las almas cristianas: *«Ahí tienes a tu Madre…* Ahí tienes a Aquella que, en comunión con mi amor y mis dolores, te engendra a la vida de la gracia».

3º Finalmente, María es nuestra Madre en cuanto **Mediadora de todas las gracias.** Pues la gracia santificante es, propiamente hablando, la vida sobrenatural de nuestra alma. Ahora bien, todas las gracias, entre ellas la gracia santificante, nos vienen por y de María, no sólo de manera remota por su intervención en la Encarnación y en el misterio del Calvario, sino también de manera inmediata, porque son dadas, comunicadas y aplicadas a nuestras almas por María. Ella es la Ministra principal de la distribución y de la donación de las gracias, como enseñan los Papas. Ella nos comunica realmente la vida sobrenatural, no por su propia virtud, sino por el poder y fuerza de su Hijo. Ella es, pues, nuestra Madre.

**Realmente** nuestra Madre, en el sentido propio de la palabra, y no en un sentido amplio y figurado. Ella no es sólo **como** una madre, buena, caritativa, compasiva; sino que Ella **es** nuestra Madre, porque de más de un modo Ella nos transmite la vida sobrenatural, que Ella posee en plenitud.

María es realmente nuestra Madre. También lo es **plenamente,** mucho más que aquella a la que damos este dulce nombre en la tierra.

Es más Madre nuestra que nuestra madre de la tierra, primeramente porque esta última nos dio una vida preciosa, es cierto, pero simplemente **humana,** mientras que a la Santísima Virgen le debemos una vida **sobrehumana** y realmente **divina,** puesto que la gracia es una participación de la vida misma de Dios.

Mucho más Madre nuestra también, porque su influencia en nuestra vida de gracia es mucho más profunda y duradera que la acción de la madre ordinaria en la vida de su hijo. Este crece poco a poco y se hace cada vez más autónomo en su existencia y en sus acciones. Y llega un tiempo en que el hijo, a pesar de seguir debiendo a su madre el respeto, afecto y agradecimiento, queda totalmente desligado e independizado de aquella que le dio el ser. Es el curso natural de las cosas.

No sucede así con nosotros respecto de nuestra Madre divina. Para ella seguimos estando en la misma dependencia estrecha después de veinte, treinta o cincuenta años que en el primer momento de nuestra generación sobrenatural. Y es que hemos de seguir recibiendo de Ella **todas** las gracias. No se nos concede ningún aumento de gracia, ni se ejerce sobre nosotros ninguna

influencia de la gracia, más que por la intervención de Nuestra Señora. Ni siquiera puedo tener un buen pensamiento, ni decidir por la mañana asistir al santo sacrificio de la Misa, ni prepararme dignamente a recibir el sacramento de Penitencia, sin el socorro actual de la Santísima Virgen. Somos y seguimos siendo dependientes de la Santísima Virgen, como dice Montfort, tanto y más de lo que depende de su madre el niño que ella lleva en su seno y que debe recibirlo absolutamente todo de ella.

★

Una consideración más.

Nos quedamos llenos de emoción y admiración ante la bondad y abnegación de las madres. ¿Hay algo más hermoso en el mundo, en el orden natural, que el corazón de una madre?

Es la obra maestra de Dios. Las madres no pueden hacer otra cosa que ser un amor y una bondad viviente para sus hijos.

Desde entonces una cosa es cierta: y es que Dios ha puesto en el corazón de la Santísima Virgen los sentimientos que convienen a su incomparable maternidad sobre nosotros. Su maternidad supera la maternidad ordinaria de nuestras madres tanto como el cielo se eleva por encima de la tierra, y como la vida divina de la gracia supera la simple vida humana. La distancia es casi infinita.

Este pensamiento nos hace intuir de lejos la maravilla que debe ser el Corazón materno de María. Nos hace palpar la verdad de la afirmación de Montfort, traducido por el santo Cura de Ars con estas impresionantes palabras: *«Fundid en uno solo los corazones de todas las madres de todos los tiempos y de todos los lugares de la tierra. Creeréis haber conseguido un brasero de amor. Pero yo os digo que no habréis conseguido más que un montón de hielo, si lo comparáis con el amor que la Santísima Virgen tiene por cada uno de sus hijos».*

¡Esta es nuestra Madre del cielo!

O mejor dicho: estos son algunos balbuceos miserables para tratar de describir su amor materno.

A esta Madre podemos y debemos dirigirnos en todas las dificultades de nuestra vida.

Tomemos la firme resolución de hacer subir sin cesar hacia esta Madre la oración suplicante de la Iglesia: *«Monstra te esse Matrem!* ¡Muestra que eres nuestra Madre!».

# XIII
# La misión de la Madre

En la vida de la gracia María es nuestra Madre, real y plenamente nuestra Madre, más Madre nuestra en el orden sobrenatural que nuestras madres de la tierra en el orden natural. Sus sentimientos maternos, y especialmente su amor materno, son proporcionados a esta maternidad realísima y elevadísima. Ella nos ama con un amor más fuerte y tierno que el de todas las madres del mundo entero y de todos los tiempos, si su amor fuera recogido en un solo corazón de madre y concentrado sobre un solo hijo.

¿Queremos conocer ahora la misión de la Santísima Virgen respecto de nuestra vida de la gracia? Basta analizar la misión de una madre ordinaria, y transponer esta misión al orden sobrenatural, en un grado de perfección mucho más elevado. Y es que, en el pensamiento de Dios, el mundo sobrenatural es el tipo original del mundo de la naturaleza. Sobre el modelo del Corazón de María, y no a la inversa, ha sido formado el corazón de nuestras madres.

La madre da la vida a su hijo. Pero cuando el hijo ya ha nacido, la misión de la madre no se da por terminada, ni mucho menos. Ella debe ahora prodigar a esta pequeña vida que acaba de abrirse mil cuidados incesantes, noche y día. Ella debe velar ante todo por que esta vida no perezca bajo toda clase de influencias peligrosas y dañinas. Luego debe tener cuidado de que el niño crezca y se desarrolle, tanto en el cuerpo como en el alma. El papel de la madre aquí es inmensamente importante. Día a día, hora a hora, ella debe proveer a su hijo todo lo que le es necesario o útil para el pleno desarrollo de su vida humana: alimento, vestido, y también instrucción, dirección, aliento, educación, etc. La madre sólo puede considerar concluida su misión cuando su hijo haya llegado al pleno desarrollo físico y moral de su personalidad humana.

Ahí se nos muestra claramente cuál es la misión de la Santísima Virgen en nuestra vida. Después de habernos dado la vida de la gracia, Ella debe proteger esta vida contra los peligros que la amenazan, por medio de una influencia incesante y profundamente operante. Ella debe también hacer crecer y desarrollarse esta vida, como una flor al sol. Su misión es llevarnos al grado de vida divina y de perfección cristiana a que Dios nos llama, y conducirnos así a

la bienaventuranza eterna, que es el último fin de nuestra existencia en la tierra. Con otras palabras: Ella debe proporcionarnos todo lo que es necesario o útil para nuestra santidad y salvación eterna.

Decimos **todo** lo que es necesario o útil. Ante todo, lo que de suyo es sobrenatural: aumento, y si es preciso, restitución de la gracia santificante, virtudes infusas y dones, las innumerables inspiraciones e influencias de la gracia que son necesarias para nuestra formación sobrenatural. Pero también todo lo que, aunque sea natural en su esencia, pueda contribuir a nuestro progreso espiritual y a nuestra bienaventuranza eterna, como por ejemplo las luces intelectuales, los consuelos del corazón, las fuerzas corporales, una cierta medida modesta de bienes temporales, etc. Todo eso pertenece incontestablemente a la esfera de influencia de nuestra divina Madre.

Y esta misión vasta y múltiple la Santísima Virgen la cumple gustosamente, primeramente a causa de su afección incomparable por nosotros: las madres se alegran de ponerse al servicio de sus hijos, aunque sea a su propia costa. Si manifestáramos compasión a una madre por su vida de cuidados incesantes y de trabajo penoso en la educación de sus hijos, ella manifestaría compasión a su vez por nuestra poca comprensión, y nos contestaría con un encogimiento de hombros: «¡Pero para eso se es madre!».

Esta misión Nuestra Señora la cumple gustosamente y con entera fidelidad, en segundo lugar, porque esta es la misión que Dios le ha confiado, y realmente porque este es su «deber de estado», deber infinitamente más importante y urgente que el que impone la maternidad ordinaria, puesto que en este caso se trata de una vida mucho más rica y preciosa. Y cuando oigas explicar delante tuyo las consideraciones habituales: que María **puede** ayudarnos porque Ella es poderosa, que Ella **quiere** ayudarnos porque Ella es buena, añade audazmente este pensamiento decisivo: que Ella **debe** socorrernos, porque Ella es nuestra Madre.

★

Esta es, de manera **general,** la misión materna de María.

¿Quieres saber ahora **en detalle** qué comporta esta magnífica misión de Nuestra Señora? Abre la obra incomparable de nuestro Padre sobre la verdadera Devoción a María. Pienso que nadie expuso de manera tan clara, límpida y completa los buenos oficios

que nuestra divina Madre cumple con nosotros. ¡Qué bien nos hará repasar y meditar de nuevo estos textos preciosos! [1].

1º María **ama** a sus hijos, con un amor al mismo tiempo tierno y eficaz. *«Ella espía las ocasiones favorables para hacerles bien, engrandecerlos y enriquecerlos. Como Ella ve claramente en Dios todos los bienes y los males, los sucesos prósperos y adversos, Ella dispone las cosas para librar de toda clase de males a sus servidores, y para colmarlos de toda clase de bienes»* [2].

2º Ella **mantiene** a sus hijos en todo lo requerido para el cuerpo y para el alma. *«Ella les da a comer los platos más exquisitos de la mesa de Dios; les da a comer el pan de vida que Ella ha formado, y a beber el vino de su amor. Como Ella es la tesorera y la dispensadora de los dones y de las gracias del Altísimo, da de ellos una buena porción, y la mejor, para alimentar y mantener a sus hijos y servidores»* [3].

3º Ella los **conduce y dirige** según la voluntad de su Hijo. *«María, que es la Estrella del mar, conduce a todos sus fieles servidores a buen puerto; les muestra los caminos de la vida eterna; les hace evitar los pasos peligrosos; los conduce de la mano en los senderos de la justicia; los sostiene cuando están a punto de caer; los reprende como caritativa Madre cuando faltan; y alguna vez hasta los castiga amorosamente»* [4].

4º Ella los **defiende y protege** contra sus enemigos. *«María, la buena Madre de los predestinados, los oculta bajo las alas de su protección, como una gallina a sus polluelos; les habla, baja hasta ellos, condesciende en todas sus flaquezas; los rodea para preservarlos del buitre y del gavilán; y los acompaña como un ejército en orden de batalla… Esta buena Madre y poderosa Princesa de los Cielos despacharía batallones de millones de ángeles para socorrer a uno de sus servidores antes de que se diga alguna vez que un fiel servidor de María, que ha confiado en Ella, sucumbió a la malicia, al número y a la fuerza de sus enemigos»* [5].

5º En fin, el mayor bien que esta amable Madre proporciona a sus fieles devotos, es **unirlos a su Hijo** con lazo muy íntimo, y conservarlos en esta unión. *«¡Oh, qué bien acogido junto a*

[1] Verdadera Devoción, nn. 201-212.
[2] Verdadera Devoción, nº 203.
[3] Verdadera Devoción, nº 208.
[4] Verdadera Devoción, nº 209.
[5] Verdadera Devoción, nº 210.

*Jesucristo, el Padre del siglo futuro, es un hijo perfumado con la fragancia de María! ¡Oh, qué pronta y perfectamente es unido a El!... María conserva a sus hijos en Jesucristo, y a Jesucristo en ellos; los guarda y cuida siempre, por temor de que pierdan la gracia de Dios y caigan en los lazos de sus enemigos»* [1].

Cada uno de nosotros tiene derecho a estas intervenciones preciosas de nuestra divina Madre. Y cada uno de nosotros experimentará estas maravillas con una condición, y es que no nos apoyemos en nosotros mismos ni en otras creaturas, sino que apaciblemente pongamos en Ella toda nuestra confianza y traduzcamos esta confianza en una oración humilde, fervorosa, filial y perseverante.

[1] Verdadera Devoción, nº 211.

# XIV
# Mediadora de todas las gracias

Decíamos que el papel, la misión y el deber de la Santísima Virgen, como Madre de las almas, es proporcionarles todo lo que les es necesario o útil para su salvación o santificación.

Ella cumplirá gustosamente con esta misión y deber a causa de su incomparable amor materno, que supera con creces el afecto de todas las madres de la tierra, aunque se concentrara en un solo hijo.

Pero ¿está Ella en condiciones de satisfacer las necesidades de sus innumerables hijos?

Pues hay madres buenas, abnegadas y llenas de afecto, pero que son impotentes para proporcionar a sus hijos lo que ellos requieren para el cuerpo y para el alma.

¡Cuánto debieron sufrir nuestras madres de familia, y cuánto deben seguir sufriendo en muchos países, al no poder alimentar y vestir convenientemente a sus hijos enflaquecidos, y al verlos, impotentes, perecer de miseria y de indigencia ante sus ojos!

¿Hay espectáculo más trágico que el de una madre que solloza de desesperación junto al lecho en que sufre o agoniza su hijo, porque se siente impotente para arrancar de la muerte, aunque fuese al precio de su propia vida, al hijo que ama con toda su alma?

Cristianos, nosotros no tenemos una Madre impotente: sino que nuestra Madre es **todopoderosa.** No con una omnipotencia que venga de Ella misma, pues Ella es creatura; sino de una omnipotencia que le es comunicada por Dios mismo: Ella es la **Omnipotencia suplicante,** como la llama la Tradición cristiana. Su oración es siempre conforme con los designios divinos, y está orientada hacia la mayor gloria de Dios. Por eso, Ella no se ve nunca rechazada, y alcanza siempre infaliblemente lo que Ella pide. Sus oraciones son órdenes…

Siempre nos enseñaron esto. Lo creemos y estamos convencidos de ello. Esta convicción debe arraigarse aún más profundamente en nuestras almas. Debemos tener claramente ante el espíritu los fundamentos doctrinales de esta convicción.

★

1º La oración de Nuestra Señora es infaliblemente escuchada, porque Ella es **Reina de todos los Santos.** Nos dirigimos con confianza a San Antonio, a Santa Teresita del Niño Jesús, a San Luis María de Montfort. La experiencia nos demuestra que la oración de estos santos tienen gran fuerza ante Dios, justamente **porque son santos.** María es más santa que los demás santos, más santa aún que todos los demás santos juntos. El grado de su gracia y de su gloria, y por lo tanto el grado de su unión con Dios, supera el de todos los santos y ángeles reunidos. San Anselmo hace la suposición imposible de que todos los bienaventurados y ángeles recen en un sentido, y Nuestra Señora sola en sentido contrario: y dice que en este caso sería María, sin duda alguna, quien ganaría la partida.

2º La oración de María es infaliblemente escuchada, en segundo lugar, porque Ella es **Madre de Dios.** Cuando uno u otro santo solicitan un favor, es un humilde servidor, una pequeña sirvienta, quienes se dirigen a Dios. Pero cuando la voz de María se hace oír, es la voz de la Madre del Todopoderoso. Y si una madre no puede negar nada a su hijo, tampoco un hijo bien nacido puede rechazar la súplica de su madre, si lo que ella le pide es bueno y razonable, y no supera el poder de su hijo. ¿Acaso Jesús, que ama a su Madre con un amor nunca igualado, podrá resistirse a las oraciones de Nuestra Señora, cuando lo que Ella le pide es siempre justo y razonable, pues Ella reza según la voluntad y los designios de Dios, que Ella ve claramente en su Esencia, y lo que Ella pide está siempre en los límites de su poder, puesto que, en cuanto Dios, El es Todopoderoso y no tiene más que querer para hacer?

3º La oración de María es infaliblemente escuchada, además, porque Ella es **Corredentora** con Jesús, y las gracias que Ella solicita por nosotros las ha **merecido** realmente, aunque sólo sea con un mérito de conveniencia, por su vida de humildad, pobreza y santidad, y sobre todo por su colaboración generosa con Cristo en el Sacrificio de la Cruz.

El salario que merecemos por nuestro trabajo nos corresponde en toda justicia: podemos disponer de él como mejor nos parezca. Las gracias y favores que la Santísima Virgen solicita para nosotros por sus oraciones son como la ganancia o salario de su vida sacrificada y sobre todo de su participación a los misterios de la Pasión y muerte de Jesús. Por eso, sin lugar a dudas, Ella puede hacer valer ciertos derechos sobre estos dones y gracias; Ella puede, de común acuerdo con Jesús, disponer de ellos en favor de quien Ella quiera. Y es evidente que Dios respetará estos derechos y

realizará unos deseos tan sólidamente fundados. Nuestra Señora, más o menos, reza como sigue: «Señor de toda grandeza y de toda bondad, Aquella a quien Os habéis dignado amar por encima de toda creatura pide que tal y cual gracia, adquirida y merecida por Ella en colaboración con Vuestro y su único Jesús, se aplique a tal alma, que Ella designa a Vuestra infinita Bondad y Misericordia». Salta a la vista que semejante oración no puede no ser escuchada.

Este es principalmente el motivo por el cual, según la expresión de León XIII, se ha concedido a María un poder casi ilimitado en la distribución de las gracias: Aquella que fue Cooperadora de Cristo en el misterio mismo de la Redención, debía ser también asociada a la distribución de las gracias provenientes de esta Redención [1]. Y este es también el motivo por el que, según una expresión de San Bernardino de Siena, citada igualmente por León XIII, Ella distribuye las gracias de Dios a quien quiere, cuando quiere, cuanto quiere y como quiere [2].

★

De este modo la oración de María es infaliblemente escuchada. Su oración no se diferencia solamente de la oración de los demás santos por un grado distinto de fervor, de intensidad y por ende de poder, sino que es de una especie distinta, perteneciente a un orden superior: su oración entra en el orden de la intercesión misma de Cristo, porque Ella misma fue elevada a un orden de existencia superior. Su oración, es cierto, sigue siendo siempre una humilde súplica. Pero, por otra parte, como es la oración de la Madre de Dios y de la Corredentora con Cristo, es además la expresión de un querer, de una voluntad siempre respetuosa pero también siempre respetada, de que tal gracia, fruto de su colaboración y de su compasión con Cristo, sea aplicada al alma que, en su bondad y solicitud maternales, Ella designa a la infinita munificencia divina.

Decíamos que debemos apelar a menudo a la maternidad de María respecto de nuestras almas. Apelemos igualmente a la espléndida prerrogativa de su Mediación universal, de que Dios la revistió.

Recemos más o menos en el siguiente sentido: «¡Dadora encantadora de todos los bienes de Dios, generosa Mediadora de todas las gracias, acuérdate de que Dios te ha hecho lo que eres en

[1] Encíclica *Adiutricem populi*.
[2] Ver también Tratado de la Verdadera Devoción, nº 25.

favor de la pobre humanidad! Ejerce ahora también conmigo, miserable como soy, la misión sublime que Dios te ha confiado. Te es un placer y una dicha socorrer con tus bienes a los pobres y necesitados. Yo soy el más pobre de los pobres. Inclínese, pues, tu Corazón misericordioso hacia mi miseria, y ábranse generosamente tus manos de abundancia y de bendición sobre mi indigencia. ¡Mediadora de todas las gracias, ruega por mí! ¡Distribuidora generosa de todos los dones de Dios, apiádate de mí!».

# XV
# A ejemplo de Jesús

Pocas verdades en nuestra santa religión son tan consoladoras como la del Cuerpo místico de Cristo, doctrina sobre la que, en estas últimas décadas, se sintió atraída particularmente la atención de la Iglesia docente y discente. Formamos con Cristo un solo y mismo Cuerpo místico, del que El es Cabeza y nosotros miembros.

Los miembros comparten a su modo todo lo que pertenece a la Cabeza. Por regla general hay que admitir que todo lo que es cierto de la Cabeza debe verificarse, guardando las debidas proporciones, en los miembros que somos nosotros. San Pablo, que es el doctor de esta sublime doctrina, forjó toda una serie de palabras nuevas para expresar nuestra participación en los misterios de Jesús. Y las leyes que rigen esta solidaridad con Cristo son ordinariamente tales que nosotros compartimos en nuestra vida sobrenatural y divina los misterios que Jesús vivió en su vida natural y humana. Esto no ha de extrañarnos desde el momento que recordamos que nuestra santificación o «divinización» por la gracia es el fruto precioso y el sublime equivalente de la «humanización» o Encarnación del Hijo de Dios, y que, después de todo, el plan divino se resume en un Dios-hombre y un hombre-Dios, un Dios que se hace hombre para que el hombre, en cuanto es posible, se haga Dios [1].

De este modo Jesús, en su vida humana, murió, fue sepultado y resucitó: y nosotros, de modo espiritual, hemos de morir, ser sepultados con El en el orden moral, resucitar con El a una vida nueva, santa, superior, y habitar con El en el cielo con el corazón y el pensamiento. Igualmente Jesús, según su vida humana, nació de la Virgen María: y también nosotros hemos de recibir de esta divina Madre la vida sobrenatural de la gracia.

Pues bien, la Santísima Virgen fue para Jesús Niño y Adolescente la Providencia creada y el instrumento del Padre para proporcionarle todo lo que El necesitaba en el plano humano y

[1] Sabemos todos perfectamente que por la gracia santificante no nos hacemos Dios mismo, sustancial y personalmente. La gracia es una *«participación de la naturaleza divina»,* de modo parecido a como el hierro sumergido en el fuego participa de todas las propiedades del fuego, sin cambiar por eso de naturaleza.

temporal: alimento, vestido, mantenimiento, etc. Por voluntad de Dios Ella instruyó también a Jesús Niño y le dio una educación cuidada, de la que El no tenia necesidad ni en cuanto Dios ni en cuanto hombre, pero que quiso recibir por humildad, porque quiso sernos semejante en todo excepto el pecado, y también para enseñarnos lo que podemos esperar de su Madre, que es también la nuestra, y lo que nosotros debemos ser y hacer para con Ella. Nuestra Señora cuidaba de su Hijo que crecía, con una indecible ternura y una fidelidad admirable. Jesús aprendió de Ella —únicamente con ciencia humana experimental, pues con ciencia divina y ciencia infusa Jesús conocía todo eso de manera mucho más perfecta que su Madre— toda clase de conocimientos humanos y prácticos. Se puede decir en este sentido que Jesús aprendió de su Madre a caminar, a hablar, a leer, a rezar, a trabajar, etc.

A causa de nuestra unión con Cristo, la Santísima Virgen nos debe estos mismos cuidados maternos para formarnos y hacernos crecer en la vida sobrenatural. Es su deber proporcionarnos todo lo que nos es necesario o útil en este orden de cosas. Todos nosotros le hemos sido confiados en Cristo por el Padre. Ella ve y ama a Jesús en nosotros, y continua prodigándole en nosotros sus cuidados más tiernos y maternos. Pío XII afirma neta y formalmente esta verdad en el magnífico epílogo mariano de la gran Encíclica *Mystici Corporis,* en el que, después de haber enseñado la doctrina, tan apreciada por Montfort, sobre la maternidad de María sobre todo el Cuerpo místico, Cabeza y miembros, el Santo Padre continúa: *«Ella prodiga al Cuerpo místico de Cristo… el mismo maternal cuidado y la misma intensa caridad con que calentó y amamantó en la cuna al tierno Niño Jesús».*

Y Jesús acepta con diligencia estos cuidados amorosos de su bendita Madre. Como el niño más sencillo, confiado y amante, pedía sin cesar el auxilio de su santísima Madre. Recurría a Ella cuando tenía hambre o sed, o cuando, como niño, deseaba descansar. Cuando deseaba conocer algo con experiencia humana, a Ella le planteaba ordinariamente sus preguntas. Ella es quien secaba sus lágrimas de niño, y Ella lo consolaba en sus dolores más profundos. Consultaba sus dificultades con Ella, aunque, como volvemos a repetir, no tenía ninguna necesidad de sus luces ni en cuanto Dios ni en cuanto hombre. Ella era su ayuda, su recurso en todas las cosas, como toda madre prudente y amante lo es para sus hijos, sobre todo para sus hijos pequeños.

De este modo también nosotros podemos y debemos, **a ejemplo de Jesús,** recurrir a nuestra Madre amadísima en todas las circunstancias difíciles, humildes o graves, de nuestra vida.

A ejemplo de Jesús. Pero, lo que es aún más hermoso y eficaz: en unión, no, en *unidad* con Jesús. Así es como podemos rezar, y debemos recomendar este modo especialmente en las grandes pruebas de la vida, porque al parecer obra irresistiblemente sobre el Corazón de nuestra Madre: «Mira bien, Madre, quién es el que se echa a tus pies. Es Jesús mismo, pues soy una porción de Cristo. Por lo tanto, Jesús mismo es quien te habla, quien te pide: ¡Madre, la mano de Jesús está herida, Tú debes vendarla!… ¡Madre, el ojo de Jesús está enfermo; Tú debes curarlo!… ¡Madre, el corazón de Jesús está triste: Tú debes consolarlo!… ¡Madre, en resumidas cuentas, Jesús es quien necesita tu socorro: Tú no puedes negárselo!…».

¡Qué verdades conmovedoras nos enseña nuestra fe! ¡Qué grandeza incomparable nos confiere nuestra condición de cristianos! ¡Audacia maravillosa, que el dogma católico justifica!

¿Y cómo una oración semejante dejaría de llegar hasta el Corazón de Nuestra Señora, y de asegurarnos su preciosísima asistencia?

# XVI
# Nuestra pertenencia a Nuestra Señora

Queremos establecer nuestra vida de confianza con nuestra divina Madre sobre bases sólidas e inconmovibles.

Tengamos confianza en Ella, porque Ella es **la Madre** de nuestra vida de gracia, y por consiguiente Ella debe proporcionarnos todo lo que, directa o indirectamente, es necesario o útil al pleno desarrollo de esta vida sobrenatural.

Tengamos confianza en Ella, porque Ella puede lo que quiere, por ser **la Omnipotencia suplicante, la Mediadora de todas las gracias,** encargada por Dios de distribuirnos y comunicarnos todos sus dones excelentes.

Recurramos sin cesar a su intercesión, porque somos **los miembros del Cuerpo místico de Cristo** y, como consecuencia de ello, tenemos el derecho y el deber de esperar de Ella, por lo que se refiere a la vida de la gracia, lo que, como instrumento del Padre, Ella proporcionó a Jesús por lo que se refiere a su vida humana.

Pedimos ahora a nuestros lectores que presten una piadosa atención a otro fundamento sólido de esta «vida de confianza»: **nuestra pertenencia total a María,** sobre todo en calidad de esclavos suyos de amor, nos confiere derechos particulares a su incesante asistencia y protección.

★

Un esclavo de amor de Nuestra Señora hace por Ella todo lo que sea posible. Reconoció prácticamente todos sus derechos sobre él y se adaptó totalmente a todos sus privilegios: Corredención, Mediación universal, Maternidad espiritual y Realeza. Sin duda que puede y debe esforzarse por vivir cada vez mejor su pertenencia total y realizar más perfectamente la dependencia entera que le ha prometido. Pero es imposible, en principio, hacer más de lo que ha hecho y darle aún más, puesto que, por caridad desinteresada, le ha entregado realmente **todo.** No hace falta decir que la Santísima Virgen amará especialísimamente a estas almas y vendrá en ayuda de ellas de manera excepcional.

Volvemos a encontrar aquí la aplicación de estas espléndidas leyes de retorno y compensación cuya existencia e importancia señala y subraya tantas veces el Evangelio. *«Dad y se os dará»,* dice Jesús [1]. En la misma línea y según la misma ley, San Luis María de Montfort nos afirma que a su vez María se da a quienes se dieron a Ella; y vuelve muchas veces sobre esta consoladora verdad: *«La Santísima Virgen, que es Madre de dulzura y de misericordia, y que jamás se deja vencer en amor y en liberalidad…, se da por entero y de una manera inefable a aquel que le da todo… Ella lo apoya con su poder; lo esclarece con su luz; lo abrasa con su amor…; Ella se hace su fianza, su suplemento y su querido todo para con Jesús. En fin, como esta persona consagrada es toda de María, María es también toda de ella… Esto es lo que produce en su alma, si es fiel…: una gran confianza y un gran abandono en la Santísima Virgen, su buena Soberana»* [2].

Una cosa más. No nos hemos entregado a María sólo como un depósito, sino que realmente nos hemos **dado en propiedad.** Le pertenecemos realmente como su cosa y su bien propio. Ahora bien, nadie podrá negar que, si bien cuidamos de lo que nos ha sido **confiado,** redoblamos la vigilancia cuando de trata de lo que es **propiedad** nuestra. Pertenecemos realmente a María. Por lo tanto, Ella velará con celo por lo que es de Ella. Ella apartará de nosotros todo lo que puede dañarnos y nos proporcionará con amor todos los medios útiles para crecer en gracia y en virtud, y realmente en la vida de Dios.

Todo esto viene confirmado por la experiencia de cada día. Los consagrados a Nuestra Señora, los esclavos de amor de la divina Madre experimentan sin cesar la solicitud maternalísima y preciosísima con que los rodea esta divina Madre. Centenares y miles de veces hemos oído decir a nuestros esclavos de amor, o hemos leído en sus cartas, palabras como las que siguen: «Desde mi Consagración todo cambió en mi vida. Me siento en paz, tranquilo, lleno de una confianza sosegada y de una dicha profunda. **Siento** que alguien vela por mí, que alguien cuida de todo, y que yo soy como guiado por encima de todas las dificultades y a través de todos los obstáculos: es María, mi buena Madre, que realmente se encarga de todo».

---

[1] Lc. **6** 38.
[2] Verdadera Devoción, nn. 144-145.

Así, pues, recurramos de ahora en adelante a la dulce Virgen, nuestra Madre —volveremos sobre ello en detalle— en nuestras tentaciones, en nuestras penas, en nuestras dificultades. Podremos hacerlo a menudo con palabras de la Escritura; pues es algo notable que los Salmistas insisten en su pertenencia total a Dios, en su «santa esclavitud», para pedir auxilio a Dios en sus pruebas y necesidades. Podremos, pues, usar estas mismas palabras al dirigirnos a Nuestra Señora, a quien pertenecemos por entero, y que es el instrumento de las misericordias divinas para con nosotros.

*«Tuyo soy: ¡sálvame!…*
*Trata a tu siervo según tu misericordia…*
*Soy tu esclavo de amor: dame inteligencia y luz…*
*Haz brillar la luz de tu rostro sobre tu esclavo de amor…*
*Me he descarriado como oveja perdida: ven en busca de tu esclavo de amor, porque no me he olvidado de tus voluntades…»* [1].

No podríamos acabar mejor este capítulo que con las siguientes palabras, en que nuestro Padre repite y condensa los pensamientos que acabamos de recordar: *«¡Oh, qué feliz es el hombre que lo ha dado todo a María, que se confía y se pierde en todo y para todo en María! Es todo de María, y María toda de él. Puede decir intrépidamente con… el discípulo amado: "Accepi eam in mea": La he tomado por todo mi bien; o con Jesucristo: "Omnia tua sunt, et omnia tua mea sunt": Todo lo que tengo es vuestro, y todo lo que vos tenéis es mío»* [2].

[1] Sal. **118** 94, 124, 125; **30** 17; **118** 176.
[2] Verdadera Devoción, nº 179.

# XVII
# La práctica

A causa de la enorme importancia del tema, nos hemos extendido ampliamente sobre los fundamentos y motivos de la vida de confianza con la santísima Madre de Dios y nuestra. Hemos señalado y expuesto como tales: la Maternidad espiritual de la Santísima Virgen, su Mediación universal de todas las gracias, el precioso ejemplo de Jesús, y nuestra Consagración a la poderosa y amable Reina de los cielos.

Pasemos ahora a la práctica. Querríamos también exponer ampliamente el modo de poner en obra esta vida de confianza, a causa del inmenso valor de este recurso incesante a la divina Madre de Jesús, y también porque los tiempos duros y peligrosos que atravesamos nos hacen sentir su necesidad hoy más que nunca. Ante todo, comencemos con algunas consideraciones previas.

## ESCENA ENCANTADORA

Una sencilla habitación de una casa. Una madre está ocupada en sus quehaceres domésticos. De vez en cuando lanza una mirada o dirige una palabra a su hijo de tres o cuatro años, que está totalmente concentrado en sus juegos. Un pequeño accidente con uno de sus juguetes… Enseguida, con paso vacilante, el niño corre a la mamá para que le repare el objeto estropeado. Por supuesto, ella lo logra; pero cuando el pequeño, admirado de la operación, vuelve a su lugar, tropieza, cae y se hace daño: «Mamá, mamá», grita en medio de sus lagrimones. La mamá acude al punto para levantar al pequeño desdichado, y en un santiamén limpia y cura las manitas sucias y supuestamente heridas; la desgracia ha sido reparada rápidamente, y entre las lágrimas que no han tenido tiempo de secarse brilla ya el sol de una sonrisa agradecida. El muchachito se queda ahora cerca de mamá y se pierde en toda clase de consideraciones, de suposiciones: «Mamá, ¿por qué esto, por qué aquello?…». Y la mamá, con notable habilidad y adaptación, consigue, no sin esfuerzo, contestar a las preguntas numerosas, a veces embarazosas, de su pequeño filósofo. Al poco rato el niño siente la necesidad de

otro alimento que la ciencia, y es la mamá quien le da con qué calmar su hambre y sed, real o imaginaria. Pero mira que ahora la puerta se abre, y entra un extraño. O es tal vez uno u otro animal que inspira pavor al niño… Enseguida corre a esconderse detrás de la madre, que lo recibe en sus brazos y lo acerca, calmando sus alarmas, a lo que provoca su terror: es ahora un pequeño héroe que ya no teme nada y se atreve incluso a proferir amenazas contra lo que, hace unos instantes, lo hacía temblar… Pronto sus párpados, pesados ya de cansancio y de sueño, amenazan con cerrarse. La mamá ya se dio cuenta de ello: y cantando alguna vieja canción de cuna, lleva a su tesoro a su camita: después de un Avemaría, una bendición y un beso, lo confía a un descanso beneficioso y a sueños con angelitos…

Esta es la vida del niño. Cien veces por día recurre a su madre, volviendo a empezar sin cesar, sin pensar un solo instante que pudiese por fin cansar o aburrir a su madre… Ese es también el motivo inconsciente de la dichosa despreocupación de esta edad. Claro, ¿para qué preocuparse? ¿Acaso mamá no está ahí? ¡Y mamá lo sabe todo, lo puede todo, se encarga de todo!…

Esta es la imagen encantadora y fiel de lo que debería ser nuestra vida en el plano sobrenatural: un recurso incesante y confiado, en todas nuestras dificultades de cualquier clase o gravedad que sean, a María, Madre de la vida sobrenatural en nosotros, Madre llena de amor, solicitud y poder.

Y no pensemos que esta actitud de confianza y abandono con María sea exagerada o pueril. Cristo nos exige que vivamos no como niños, sino como niñitos, *«sicut parvuli»,* y por eso nos reclama implícitamente estas actitudes sencillas y filiales para con Aquella a quien El mismo designó y nos dio como Madre: *«Ecce Mater tua!».*

## TEXTOS PRECIOSOS

Este es claramente el pensamiento y la enseñanza de nuestro Padre, San Luis María de Montfort. Esta vida él nos la pidió y recomendó por la palabra y el ejemplo. Citemos por el momento dos textos, que han de ser un verdadero programa de vida para todo hijo de María, para todo consagrado a Nuestra Señora. Los capítulos que sigan no serán más que el comentario de estas palabras. No olvidemos que es un santo el que habla, y los santos no exageran, pues tienen el sentimiento demasiado vivo de sus responsabilidades

para con las almas. Estos textos han de ser leídos pausadamente, releídos y meditados. Hay que colocarlos entre los más hermosos pasajes de un libro que, según el parecer de varios teólogos, es el más hermoso que jamás se haya escrito sobre Nuestra Señora.

*«Tienen una gran confianza en la bondad y el poder de la Santísima Virgen, su buena Madre; reclaman **sin cesar** su socorro; la miran como a su estrella polar, para arribar a buen puerto; le descubren sus penas y necesidades con mucha franqueza de corazón; se adhieren a sus pechos de misericordia y de dulzura, para obtener el perdón de sus pecados por su intercesión, o para gustar sus dulzuras maternas en sus penas y tedios. Y aun se arrojan, se esconden y se pierden de manera admirable en su seno amoroso y virginal, para ser allí abrasados por el puro amor, para ser allí purificados hasta de las menores manchas, y para encontrar plenamente a Jesús que allí reside como en su más glorioso trono»* [1].

La escena es aún más hermosa y completa en otro lugar: la verdadera Devoción a la Santísima Virgen *«es tierna, es decir, llena de confianza en la Santísima Virgen como de un niño en su buena madre. Hace que el alma recurra a Ella **en todas sus necesidades de cuerpo y de espíritu,** con mucha simplicidad, confianza y ternura; implore la ayuda de su buena Madre **en todo tiempo, en todo lugar y en toda cosa:** en sus dudas, para que se las aclare; en sus extravíos, para ser enderezada; en sus tentaciones, para ser sostenida; en sus debilidades, para ser fortificada; en sus caídas, para ser levantada; en sus desalientos, para ser animada; en sus escrúpulos, para ser librada de ellos; en sus cruces, trabajos y reveses de la vida, para ser consolada. En fin, **en todos sus males de cuerpo y de espíritu,** María es su recurso ordinario, sin temor de importunar a esta buena Madre y de desagradar a Jesucristo»* [2].

## EL EJEMPLO DE LOS SANTOS

Esta es la enseñanza de San Luis María de Montfort. Esta fue también su vida. Como Cristo, comenzó por practicar lo que debía enseñar. Sus historiadores nos afirman que desde su infancia tuvo la costumbre de recurrir a Nuestra Señora en sus menores dificultades. Cuando así lo había hecho, ya no se inquietaba más, ni siquiera

[1] Verdadera Devoción, nº 199.
[2] Verdadera Devoción, nº 107.

pensaba más en ellas: pues le parecía que todo estaba arreglado, ya que había confiado la cosa a su Madre. Su amigo y condiscípulo, el Canónigo Blain, escribe: *«Como su extremo amor a la pobreza y a los pobres y su abandono apostólico a la Providencia lo ponían en continuas necesidades, tenía necesidad de una Madre tan tierna y vigilante como la Santísima Virgen para satisfacerlas. Pero también, ¿qué le faltó jamás con el auxilio de la Reina del Cielo? Quienes conocieron al Padre Grignion a fondo como yo, saben que los milagros de la Providencia materna se multiplicaban cada día; y que, si a veces parecía abandonarlo por algunas horas, era tan sólo para animar su confianza hacia Ella y ejercerlo en la práctica de las virtudes más difíciles… María parecía a veces olvidar al más celoso y tierno de sus devotos; pero después de haber probado su virtud, no tardaba apenas en manifestar su ternura hacia él con alguna prueba de su bondad. Sería preciso hacer todo un diario de su vida para señalar en detalle todos los cuidados que la buena Madre parecía tener con él. Parece como que lo conducía por su mano… y que él aprendía de Ella lo que tenía que hacer, incluso en las cosas más oscuras y embarazosas».*

Junto a las palabras y ejemplos de nuestro santo Fundador, nos parece oportuno citar el testimonio de otro gran misionero popular, **San Leonardo de Puerto Mauricio,** Capuchino, que en uno de sus sermones [1] explaya magníficamente el siguiente pensamiento:

*«Todos los bienes espirituales y temporales que poseéis proceden de las manos benditas y del seno misericordioso de María. Por lo que a mí se refiere, cuando considero las gracias que he recibido de la Santísima Virgen, ¿sabéis a qué me comparo? Permitidme que lo proclame aquí para gloria de mi augusta Soberana: me comparo justamente a uno de esos santuarios en que se venera a una u otra imagen milagrosa de la Madona, y cuyos muros están cubiertos de ex-votos que llevan siempre la siguiente inscripción, o alguna semejante: "Por un favor obtenido de Nuestra Señora". Estas palabras me parece verlas grabadas en todas las partes de mi ser.*

*La brillante salud corporal de que gozo después de haber estado a rastras durante mucho tiempo, y haberme marchitado durante cinco años: ¡Favor de Nuestra Señora!*

*La fortaleza espiritual que me anima, el ministerio divino que ejerzo, el santo hábito que llevo: ¡Favor de Nuestra Señora!*

[1] *Sermo XVIII de Beata Maria Virgine.*

*Cada buen pensamiento, cada acto bueno de mi voluntad, cada buen sentimiento de mi corazón: ¡Favor de Nuestra Señora!*

*Seguid, seguid leyendo: desde la cabeza hasta los pies, en el cuerpo y en el alma, por todas partes estoy recubierto de esta inscripción: ¡Favor de Nuestra Señora!*

*¡Bendita sea por siempre mi generosa Protectora!*

*Y vosotros, queridos hermanos, ¿no podréis darme el mismo testimonio? Casa, propiedades, hijos, salud y vida, todo eso se lo debéis a la bondad bienhechora de María. Miraos a vosotros mismos: todo lo que tenéis, todo lo que sois, se lo debéis a María, que os colma de beneficios para facilitaros la salvación.*

*Por lo tanto, dadle las gracias, dadle las gracias a tan noble Bienhechora, y cantad conmigo las misericordias de María».*

¡De qué buena gana lo haremos, ya que encontramos en nuestra propia vida las experiencias que han hecho los Santos!

¡Cuánto tienen que alentarnos estos preciosos pensamientos a la vida de confianza en María, y con qué serenidad debemos enfocar y abordar desde ahora nuestro futuro, bajo la conducta de María!

# XVIII
# Confianza en las pequeñas cosas

*No voy en busca de grandezas,*
*ni de lo que sobrepasa mi cabeza.*
*No, mantengo mi alma en la paz y en el silencio*
*como niño en el regazo de su madre*
(Sal. **130** 1-2)

Esto es lo que, en un Salmo muy breve pero muy rico, cantaba el Salmista cientos de años antes de la venida del gran Amigo de los niños, de Aquel que debía inculcarnos definitivamente que *«si no os hacéis semejantes a los niños…».*

No tenemos que olvidarlo: **somos** niños, o mejor aún, niñitos, *«sicut parvuli»,* en la vida espiritual, ignorantes, débiles, impotentes, inconstantes. Por eso, queda claro que también debemos conducirnos como niñitos en este plano: *«Nisi efficiamini sicut parvuli…».* Nuestra mayor falta y nuestra mayor desgracia es tal vez la de querer obrar en la vida sobrenatural como «adultos». ¿Que dirías tú de un muchachito de tres años, que al igual que su papá quisiese fumar cigarros y puros, ir al café, subir a caballo, conducir un auto y ganar su propia vida? Sería demasiado ridículo, ¿no? Sobre todo sería funesto y peligroso para el pequeño, y causa de los más graves inconvenientes. Igualmente, sería ridículo de nuestra parte y peligroso a la vez que nosotros, pequeños seres divinos a penas esbozados, quisiésemos confiarnos en nuestro propio saber y poder. Como niños recién nacidos en el mundo sobrenatural, tenemos absoluta necesidad del socorro incesante de nuestra Madre divina, y gustosamente contestamos a su tierna invitación: *«Si alguno es pequeñito, venga a Mí»* [1].

Así pues, según el precepto de Cristo, hemos de conducirnos como niños, y esta infancia espiritual, según las explicaciones de Benito XV en su discurso de beatificación de Santa Teresa del Niño Jesús, consiste en gran parte en un espíritu de confianza ciega y abandono total. Este espíritu de infancia lo adquiriremos más

[1] Prov. **9** 4.

fácilmente en el contacto habitual con la Santísima Virgen. Si constatamos que una persona es y sigue siendo plenamente niña con su madre, y sólo con ella, nadie podrá echárselo en cara… Hay cosas que no se dicen a nadie, ni siquiera al propio padre, pero que se confían a la madre, porque la madre no encontrará jamás pueriles o fastidiosas ni siquiera las cosas más humildes que nos preocupan o nos hacen sufrir.

Por lo tanto, que nuestra divina Madre sea nuestro recurso habitual en los más humildes detalles y en las más mínimas dificultades de la vida. Si descuidamos este recurso, perderemos la oportunidad de manifestarle a menudo nuestra confianza. Las pruebas duras, las decisiones importantes, los acontecimientos de gran alcance son una excepción en nuestra vida, que se compone habitualmente de mil pequeños detalles. Así, pues, si queremos vivir en un abandono habitual en su bondad materna, nos será menester ante todo y sobre todo recurrir a Ella en las humildes dificultades de cada instante.

Ejerzámonos así en apelar a Ella en nuestras empresas cotidianas, en cada dificultad de detalle, en todas nuestras necesidades de cada momento. Como en las familias en que hay muchos niños, que en nuestro corazón y en nuestra vida se oiga cientos de veces por día el grito tan conocido: *«¡Madre!… ¡Mamá!… ¡Mamá, socorro!…».* Sea así tanto en las cosas materiales como en las espirituales, tanto en nuestros intereses temporales como en los de un orden más elevado. De este modo nuestra vida llegará a ser, como lo muestra la experiencia, un encadenamiento de pequeñas maravillas.

★

Tu **salud** deja que desear. Tal vez eres ya un profesional de la enfermedad, del sufrimiento. Mil miserias te impiden cumplir con tu trabajo de cada día. No te canses entonces de buscar, siempre de nuevo, el auxilio de María: *«Mi buena Madre, esto no va… Esto no puede seguir así… Tienes que ponerte manos a la obra… ¡Ayúdame, por favor!».* Y cien veces Ella intervendrá, y mil veces te dará la fortaleza necesaria por medio del descubrimiento de un remedio apropiado, el encuentro con un médico abnegado y clarividente, o cualquier otro modo.

Se trata ahora de **vestidos,** de **alimento.** Para ciertas familias no es un pequeño problema; en ciertas épocas fue para todos nosotros un problema capital y muy difícil. Di sencillamente a Nuestra

Señora: *«Mi buena Madre, Tú sabes de qué tengo necesidad. Trataré de buscar tu reino, confiando en que el resto me será dado por añadidura. Tu gran servidor, San Luis María de Montfort, habla por experiencia cuando dice que Tú proporcionas a tus hijos todo lo que necesitan para el cuerpo y para el alma. ¡Madre, ocúpate también de mí!».* Y realmente Ella se ocupará de todo, como lo comprueban con admiración quienes caminan por esta vía.

Estás dudando, **en la perplejidad,** en una decisión que has de tomar. «¿Debo viajar o quedarme en casa? ¿Debo comenzar este trabajo o más bien aquel otro? ¿Hago o no esta venta o esta compra?». Por más que pesaste el pro y el contra no has adelantado nada. Realmente no sabes a qué decidirte. Pregunta simplemente a la Santísima Virgen: *«Madre, te pido un buen consejo, por favor. ¿Qué debo hacer? Hazme tomar la mejor decisión».* A menudo, sin saber por qué, ya no dudarás más y tomarás tu decisión. Y más tarde te quedarás asombrado de constatar que, sin razón aparente, has elegido realmente la mejor opción.

Por un motivo o por otro te cuesta cumplir **tu trabajo de cada día** y los quehaceres que te han sido asignados. No consigues realizar tu trabajo de modo satisfactorio para ti mismo, y aún menos para los demás, sobre todo para tus superiores. Eso te entristece, tal vez incluso te desalienta. Habla de ello a tu divina Madre: *«Madre, te suplico que me ayudes, si este es el beneplácito divino. Dame ánimos, fortaleza y sabiduría para cumplir convenientemente mis deberes y sembrar alegría y dicha alrededor mío. Si lo logro, te remitiré a Ti toda la honra».* Más de una vez hemos oído a personas afirmar que, desde que se dieron totalmente a María, realizaban más y mejor trabajo en mucho menos tiempo.

Te entregas al **estudio** porque estás en la enseñanza, realizas labor de **educación.** Para ti mismo y para los demás, niños o alumnos, te encuentras ante problemas insolubles, ante dificultades aparentemente insuperables. Nada funciona. Te desesperas de proporcionar a tus niños los conocimientos necesarios y la formación requerida. Consulta entonces sin cesar al *Trono de la Sabiduría,* a la Educadora por excelencia, de quien el mismo Hijo de Dios quiso recibir una educación de la que no tenía ninguna necesidad. Y verás que todo anda mejor. Tal vez llegarás incluso a resultados sorprendentes, como lo hemos oído afirmar más de una vez a personas encargadas de la formación de los niños.

Estás **cansado, abatido, triste.** Necesitas ser alentado y sostenido. Tu Madre lo comprende y se encargará de ello si tú se lo

pides con filial importunidad. Un bonito regalo, un encuentro agradable, una carta amable, una palabra de consuelo, un canto de pájaro, la mirada cándida de un niño, ¿qué sé yo? Todo eso podrá ser la respuesta y la sonrisa de tu Madre. Ella dispondrá las cosas de modo que no puedas dudar de la procedencia de estas chucherías maternas y tengas que reconocer en ellas su dulce mano. Todos quienes la aman sencillamente como hijos están ya acostumbrados a estas intervenciones consoladoras.

La **paz del hogar** se siente amenazada. Es una tempestad en un vaso de agua, pero una tempestad de todos modos. Y no sabes cómo apaciguarla. Has dicho una palabra desafortunada que ha sido interpretada al revés, o tal vez has obrado realmente mal y tienes la culpa de lo que ha pasado. Te gustaría repararlo todo, pero no sabes cómo hacerlo: *«Mi buena Madre, arregla Tú este problema».* Y verás que la cosa andará, que enseguida se presentará la ocasión de decir una buena palabra, de prestar un pequeño favor, de dar una muestra de afecto. Y se disipará el malentendido, se serenará la atmósfera, se firmará la paz y volverá a brillar el sol de la alegría en el hogar ensombrecido.

Tienes un **carácter** difícil y desagradable. Eres cargoso para los demás, tal vez aún más para ti mismo. Tienes defectos, cuya existencia te cuesta admitir y cuya naturaleza te cuesta determinar, y sobre todo de los que te sientes incapaz de corregirte. Caes incesantemente en las mismas faltas. Tu examen de conciencia indica poquísimo progreso. ¿Alguna vez lo has hablado seriamente con la bondadosa Virgen? *«Madre, no puedo seguir así… Tienes que ayudarme a conocer mis defectos y a corregirme de ellos».* Repite esto a menudo, en cada dificultad. Poco a poco las cosas irán cambiando. Tus defectos desaparecerán, tu carácter se mejorará. Tal vez no te des cuenta de ello, porque la Santísima Virgen «trabaja en secreto, a espaldas del alma». Pero quienes viven contigo se quedarán admirados de las transformaciones que se habrán realizado en ti.

Después de años enteros de esfuerzo te encuentras igual de torpe, como novicio inexperto, en la ciencia de la **oración.** Tus oraciones siguen siendo igual de distraídas, y tus comuniones igual de tibias; tu meditación no te lleva a ninguna parte. Querrías llevar una vida más recogida, totalmente unida a Dios, y te parece estar siempre igual de lejos del ideal soñado. Habla de ello con tu Madre. Repítele a menudo, sobre todo al comienzo de tus ejercicios de piedad: *«¡Madre, enséñame y ayúdame a rezar! ¡Esto es*

*incumbencia y tarea de la Madre!».* Haz como esa religiosa que decía: *«No hago más que dar vueltas alrededor de Ella diciéndole: Madre, necesito a Jesús… Madre, dame a Jesús».* Ella no puede resistirse a semejantes instancias.

En todo orden de cosas, pues, descubramos nuestras necesidades a la Santísima Virgen con la confianza de un niño. A menudo Ella nos hará palpar, de manera sorprendente, su intervención materna, aunque sólo sea para darnos la convicción de que está junto a nosotros, de que no nos abandona, y de que sigue toda nuestra existencia con solicitud materna.

Ella será Madre para con nosotros, y las madres son dichosas de ver alegres a sus hijos, no les niegan para nada las distracciones convenientes, y se ingenian incluso para proporcionárselas… Así será con nuestra Madre del cielo. Confíale incluso tus excursiones y tus fiestas, y todas las distracciones que te parecen necesarias o útiles: *«Buena Madre, danos un lindo día… Haz que nada turbe la buena marcha de la fiestita que hemos organizado».*

Sería imposible, y además superfluo, enumerar en detalle todas las circunstancias de nuestra vida, incluso las más humildes, en que hemos de solicitar —¡y obtener!— la intervención de Nuestra Señora. Acordémonos tan solo de que podemos y debemos recurrir a Ella en todo, sin excepción, incluso en aquellas cosas que podrían parecernos más insignificantes.

★

Algunas indicaciones prácticas más.

1º Para implorar la ayuda de Nuestra Señora podemos ayudarnos de oraciones ya hechas: rezando, por ejemplo, algunas *Avemarías,* la *Salve Regina,* el *Acordaos* de San Bernardo, o cualquier otra oración o jaculatoria. Muy bien. Pero es mejor aún hacerlo con un grito del corazón, con una oración sin palabras, o con palabras que broten de nuestra propia alma… No temas ser demasiado sencillo ni demasiado niño con Ella. Le dirás tal vez cosas que no has leído nunca en ningún libro, ni oído pronunciar por ninguna boca, pero que responden a las necesidades y atractivos de tu corazón. Quédate tranquilo: es la verdadera oración, la que tu Madre del cielo acoge más gustosamente…

Así, pues, el recurso a Nuestra Señora puede hacerse por medio de una oración formal interior o vocal. Puede hacerse también de manera más sencilla y fácil, y tal vez más perfecta: estableciéndose y manteniéndose en la disposición habitual de esperarlo todo de

Ella, con la convicción absoluta de que Ella se encargará de todo. Esto es, según la explicación de Santo Tomás, lo que Jesús nos pide cuando dice que *«es preciso orar siempre sin desfallecer jamás».* Será como un fuego de confianza oculto bajo la ceniza, que con el soplo de la tribulación y de la lucha se encenderá rápidamente con la llama de una súplica apremiante y de una oración formal muy ardiente.

2º Otra observación importante. Mira a este pequeño que se pone a la mesa. Ve junto a él un objeto que brilla, y que por consiguiente lo atrae: un cuchillo, un tenedor. Su manita se dispone ya a agarrarlo. Esta vez la mamá no cederá. Dulce, pero inexorablemente, retira de su alcance el peligroso objeto, aunque el pequeño tirano insista en quererlo con gritos y lágrimas a las que ordinariamente nada resiste… Generalmente también la mamá sabrá desviar la atención del niño sobre otra cosa, y apaciguarlo y contentarlo de otra manera.

En nuestras miras tan cortas pedimos frecuentemente a la Santísima Virgen cuchillos y tenedores, esto es, cosas que nos serían perjudiciales, sobre todo cuando se trata de asuntos temporales y materiales. Salta a la vista que nuestra divina Madre no nos concederá estos bienes sino en la estricta medida en que contribuyan a nuestros intereses superiores, santidad y felicidad eternas. ¡Hemos conocido a una persona que, por lo menos en treinta comunidades religiosas distintas, pedía novenas a la Santísima Virgen, persuadida de que ganaría el gordo de la Lotería colonial! Es muy posible que estas súplicas hayan quedado sin respuesta, cuanto más que para esta persona habría sido una verdadera catástrofe obtener lo que pedía. En semejantes casos la Santísima Virgen desvía nuestra oración sobre algún otro favor o gracia que nos será realmente útil y provechoso. ¡Tengámoslo presente en los casos en que nos parezca no ser escuchados!

Y a pesar de todo Ella es Madre, incluso Mamá, y se muestra como tal. Todas las mamás miman un poco a sus hijos. Las regañamos por eso, ellas prometen corregirse y… vuelven a las andadas en la primera ocasión. Nuestra Madre del cielo es mil veces más madre que las de la tierra. Tampoco Ella puede evitar mimar un poco a sus hijos, en el sentido de que a menudo nos hará experimentar su intervención materna en los más humildes detalles de la vida, lo cual no le impide para nada ser también la Mujer fuerte, que da a sus hijos una educación viril y los forma a imagen de su Jesús crucificado.

3º Una cosa más: **¡Abramos los ojos!** A veces nos sucede que, en un momento de apuro, de dificultad y de pena nos dirigimos a Ella. La dificultad se resuelve, la indisposición desaparece, la paz del hogar se restablece, el ánimo nos vuelve, etc. Pero todo esto se realiza habitualmente por medios naturales e intervenciones humanas; y nosotros no somos lo suficientemente clarividentes para reconocer la mano de nuestra divina Madre detrás de las influencias humanas y naturales. Ella es quien dispuso las circunstancias que nos han permitido tener este encuentro, hecho descubrir este remedio, puesto ante los ojos esta página reconfortante, colocado en los labios de un sacerdote esta palabra que da luz y consuelo. Hemos sido escuchados, Ella es quien nos ha escuchado, y nosotros ni siquiera nos hemos dado cuenta de ello. Miles de beneficios de la Mediadora de todas las gracias pasan así desapercibidos de sus hijos. Por eso, una vez más: ¡Abramos los ojos del alma para discernir en nuestra vida su actividad materna beneficiosa, que se ejerce sin cesar sobre nosotros!

¡Ojalá recurramos sin cesar a su influencia poderosísima, incluso en las más mínimas dificultades que se nos presentan; pero ojalá elevemos también hacia Ella una mirada de alegre agradecimiento cuando nuestras oraciones hayan sido oídas!

A los niñitos se les enseña a no aceptar nunca nada de la mamá sin decir: «¡Gracias, mamá!». Acostumbrémonos también nosotros, como hijos bien educados y agradecidos, a decir a Nuestra Señora por cada beneficio concedido: «¡Gracias, mi buena Madre!».

Y si a veces llegáramos a olvidarnos de este deber elemental —y a causa de nuestras miras cortas y de nuestro espíritu limitado es imposible que no sea así—, consolémonos con el pensamiento de que nuestra eternidad será una jubilosa e interminable acción de gracias a Dios, autor de todo don, y a su divina Madre, dispensadora generosa de todos sus favores.

# XIX
# En las horas graves

Debemos estar animados sin cesar por una confianza de niño para con la Santísima Virgen, nuestra Providencia creada y materna. Este recurso confiado a nuestra divina Madre no está fuera de lugar, como hemos visto, en las dificultades más humildes de la vida, de modo semejante a como el niño recurre a su mamá en los más mínimos detalles de cada día.

Pero cuando el niño se siente en peligro, cuando una prueba dolorosa lo atenaza, en la enfermedad, en la angustia suprema, su madre es más que nunca su consuelo y su sostén. Que nuestra Madre del cielo deba ser para nosotros, sus hijos, el recurso seguro en las horas graves de lucha y de sufrimiento, se deduce claramente de las denominaciones consoladoras que la Iglesia ha dado a Nuestra Señora: **Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos.**

Y nuestra experiencia cotidiana nos enseña que en la vida de todos nosotros hay horas graves, y sombras de luchas y pruebas. Tarde o temprano nos damos cuenta de que la tierra en que vivimos es un «valle de lágrimas, *vallis lacrymarum».*

El Paraíso terrestre quedó cerrado, y nosotros perdimos el camino que a él conduce. Nuestra tierra no produce de sí misma más que cardos y espinas, y, como castigo del pecado, no comemos nuestro pan más que con el sudor de nuestra frente. La preocupación del pan cotidiano para nosotros y para los nuestros puede a veces pesar muchísimo sobre nuestros pobres hombros. La llamada «lucha por la vida» se lleva a cabo a menudo con armas muy desiguales. Prevemos a veces el futuro con angustia. Cuando en el hogar se llena un lugar tras otro, te preguntas a veces si tendrás siempre con qué alimentar estas pequeñas bocas hambrientas. Te echas atrás, te debilitas en la vida, te sientes amenazado de hundirte en la ruina. Te llega una desgracia tras otra; se suceden sin parar las pérdidas graves y los gastos extraordinarios. Tu situación no tiene salida… La deshonra te espía, la quiebra está a tus puertas…

María, tu dulce Madre, aportará la solución a estas dificultades inextricables, si se lo pides con fe firme y viva. Como esclavo de amor la has hecho Propietaria y Gerente de tus bienes temporales.

¡Quédate sin miedo! ¡En la hora querida Ella te tenderá una mano caritativa y se encargará de ti y de los tuyos con una bondad materna encantadora!

Sin embargo, se impone aquí una observación, que también se aplica a muchas otras cosas fuera de la preocupación del pan cotidiano. Se trata en este caso de bienes temporales, y no debemos desear ni pedir bienes temporales sino en función de nuestros intereses espirituales y eternos. Pobreza no es ni vergüenza ni vicio. Al contrario, para quien sabe llevarla, es riqueza y honor, puesto que Jesús mismo la beatificó y practicó. Además, el sufrimiento es inevitable; es incluso un tesoro preciosísimo: *«Bienaventurados vosotros que lloráis, porque seréis consolados».* Y Nuestra Señora debe hacernos conformes a su Jesús, a su Jesús **crucificado.** Hay que acordarse de todo esto, como también del hecho incontestable de que nos es provechoso que nuestras oraciones no sean inmediatamente oídas. Entonces es cuando aprendemos realmente a rezar. El tiempo de la prueba es a menudo un tiempo de fervor y de generosidad cristiana. Pero, por otra parte, es absolutamente cierto que, en la medida en que sea necesario para nuestra salvación y santificación, la Santísima Virgen solucionará las dificultades materiales más inextricables en apariencia, y que, si se lo pedimos con confianza e insistencia filiales, Ella satisfará maternalmente nuestras necesidades temporales.

¿Qué esclavo de amor no ha experimentado repetidas veces en su vida esta solicitud materna de María, incluso por lo que mira a sus intereses materiales? Yo mismo me acuerdo con alegría de sus maravillosas intervenciones maternas en este orden, por ejemplo, para proporcionar un sustento absolutamente inesperado a un joven matrimonio que le estaba consagrado, y en el que se empezaban a dejar sentir los apuros económicos, o para aportar la más sorprendente de las soluciones a otra familia, amenazada por la ruina y la miseria.

O tal vez sea la enfermedad, que te persigue y te hace difícil el cumplimiento de tu deber, o que hace imposible la realización del sueño de tu vida… O, al contrario, tal vez se trate de un ser querido, que se ve clavado en el lecho del sufrimiento. Pareciera incluso que tú mismo sufres más sus dolores, que si te tocara a ti ser el enfermo. Todo el hogar queda en el desconcierto por esta prueba dolorosa. El padre, a quien toca ganar el sustento, se encuentra derribado por la dolencia, o tal vez la madre, cuya ternura y solicitud son

indispensables a varios niños aún pequeños. ¿De dónde vendrá la salvación?

María es la *«Salus infirmorum»,* la Salud de los enfermos, y nuestras oraciones suplicantes subirán hacia Ella. ¡Cuántos miles y cientos de miles de cristianos experimentaron el poder y la ternura de la gran Taumaturga de Dios en Lourdes y en tantos otros santuarios venerados! Pero las curaciones no se operan solamente en estos lugares benditos de oración; sino que se las encuentra por todas partes, dondequiera que haya hombres que creen y rezan. Sin duda que una curación necesaria en apariencia no es siempre lo más provechoso para el enfermo y para los suyos. Los designios de Dios siguen siendo impenetrables para nosotros, y sólo nos serán revelados plenamente en la luz de la eternidad. Pero si, al contrario, la curación deseada entra en el plan de Dios, aunque exigiese uno o diez milagros, se realizará por la oración de Aquella a la que se lo has confiado todo. Tus fuerzas agotadas, después de varios meses de impotencia, se rehacen inopinadamente, y te hacen capaz de una suma de trabajo inesperada… Y si un mal tuviese que continuar afligiéndote, por los adorables designios de Dios y por motivos insondables para ti, experimentarás ciertamente que la Santísima Virgen dispondrá las cosas de tal modo que sientas su presencia materna y su preciosísima asistencia. Sus delicadezas maternas te ayudarán a llevar tu cruz con valentía y alegría, y a santificar esta prueba tan preciosa para tu alma.

Tarde o temprano, es absolutamente inevitable, nos encontraremos con la **muerte** en nuestro camino. Ahora te arrebata repentinamente a un padre o a una madre amadísimos, después de años de cuidados incesantes y afectuosos por parte tuya. O arranca a tu ternura a uno de tus hijos en la flor de su edad. O se lleva de tu lado a un esposo, a una esposa, después de largos años de fidelidad y de caridad mutuas. ¡La muerte causa frecuentemente heridas tan profundas, realmente incurables, a nuestro pobre corazón humano!

¡Cómo se las ingenia nuestra divina Madre para suavizarnos todos estos sacrificios! Ella no impone esta pesada cruz sobre tus hombros sino con mil precauciones. Ordinariamente serán las circunstancias mismas de esta muerte, iluminada, por decirlo así, con la sonrisa de María. O será la presencia inopinada de un sacerdote venerado y amado junto al lecho de la agonía. O tal vez sea el hecho de que la partida del ser querido tiene lugar en un sábado o en un día de fiesta de Nuestra Señora. O será un sentimiento indefinible de paz, casi de felicidad, de que te llenará la partida del ser llorado. ¿Qué sé yo? Ella tiene mil modos de

endulzarnos el desgarramiento de estas separaciones, de hacernos sentir su presencia, y de mostrarse especialmente entonces como la *Consoladora de los afligidos.*

## UNA DECISIÓN DE POR VIDA

A veces tenemos que atravesar y soportar dificultades graves de otro tipo; por ejemplo, para los padres y sobre todo para el hijo mismo, la **elección de un estado de vida.** ¿Qué debo elegir: la vida en el mundo o la vida exclusivamente al servicio de Dios como sacerdote, como misionero, como religioso o religiosa?… Y cuando este problema haya quedado resuelto de manera general, se planteará esta otra pregunta: ¿A quién tender la mano para compartir mi vida? ¿Qué Orden o Congregación debo elegir? O también: ¿A qué trabajo he de dedicar mis fuerzas en la sociedad? Y de manera general: ¿Qué camino debo seguir para no poner en juego mi destino eterno, y cómo conseguirlo de manera más perfecta? Otras tantas preguntas a las que a veces es muy difícil contestar incluso para un sacerdote, un director de alma u otros consejeros designados para el caso. Y, sin embargo, es importantísimo, absolutamente necesario, tener una respuesta clara a estos interrogantes: de ella dependerá en gran parte nuestra felicidad en este mundo y en el otro.

Pues bien, para ti mismo o para tus hijos, dirígete con la fe más completa a **Nuestra Señora del Buen Consejo.** El medio infalible para recibir la luz y claridad que te permita discernir tu camino, y la fortaleza y el ánimo para seguirlo, será este: encomendar cada día con gran fervor a tu Madre del cielo este asunto de tanta importancia. Por los medios más diversos, una palabra del confesor, una página que cae ante tus ojos, un atractivo muy neto hacia lo que debe hacerte feliz, un concurso providencial de circunstancias, un incidente mínimo en apariencia, tu divina Directora te señalará lo que se espera de ti. Y aunque se crucen en tu camino mil obstáculos aparentemente insuperables, llegarás a término: pues los obstáculos irán cayendo, o tendrás tú la energía necesaria para superarlos, a fin de poder realizar tu ideal. Cientos de veces en mi vida he visto cómo sucedían así las cosas en muchas almas cuyo porvenir me interesaba especialmente. He conocido jóvenes que, de buena fe y en su inexperiencia de la vida, habían elegido un camino equivocado, y que a causa de su confianza en Nuestra Señora y de su pertenencia a esta divina Madre, pudieron finalmente reconocer su error, volver sobre sus pasos y encontrar el camino que debía conducirlos a la verdadera felicidad. ¡Cuántas vocaciones religiosas hemos visto

realizarse de la manera más inverosímil, cuando faltaba la salud necesaria, o los padres se negaban obstinadamente a dar su consentimiento, u otras dificultades graves parecían impedir definitivamente la entrada en religión; y todas esas dificultades se desvanecieron con la intervención de Nuestra Señora!

## TENTACIÓN Y PECADO

Lo que muchas veces ensombrece nuestra vida es la lucha que debemos librar contra la tentación y la seducción, o contra la mala conducta de quienes nos son queridos. En esos casos no hay que olvidar que la Santísima Virgen es el **Auxilio de los Cristianos** y el **Refugio de los pecadores.**

La tentación no es pecado. Bien soportada es incluso una fuente de mérito y progreso. Quien vence sosegadamente una tentación contra la castidad es más puro que antes, y por eso mismo ha progresado en la bella virtud. Los mismos Santos fueron el blanco de gravísimas tentaciones.

Sin embargo, la lucha puede hacerse temible y desesperada en ciertos momentos. Las olas de la seducción pueden elevarse y agitarse de tal modo, que amenazan con tragarse la navecilla de tu alma y enviarla a los abismos. El desencadenamiento de las pasiones y de los instintos inferiores obnubila el espíritu, paraliza la voluntad y te quita la clara visión y la neta conciencia de lo que está bien o mal, de lo que es noble o degradante, honor o vergüenza… Hay horas en que parece que ninguna consideración humana ni energía natural pueda detener, sobre todo a la juventud, de caer en el abismo, hacia el que lo atraen seductoras sirenas…

Entonces es difícil rezar, casi imposible en apariencia… ¡Y sin embargo hay que hacerlo! Debes aferrarte desesperadamente a tu Madre divina y gritarle tu estado de miseria y de peligro: *«¡Madre, sálvame, que me pierdo!… ¡Muestra que eres mi Madre!… ¡Rápido, ven en mi socorro, o estoy perdido!».* ¡Cuántas veces ha venido ya en tu ayuda! ¡Cuántas veces le has debido a Ella el haber conservado el más precioso de los tesoros! ¡Cuántas veces Ella ha imperado a la borrasca de la seducción: *Silencio,* y a las olas de la tentación: *Calma!* ¡Cuántas veces Ella te ha sugerido el pensamiento liberador, o ha fortalecido tu voluntad y blindado tu corazón! ¡Cuántas veces te ha enviado socorro por medio de circunstancias exteriores,

cerrado tus ojos tal vez a una tentación cuya gravedad excepcional no sospechaste sino más tarde, mucho más tarde!

Y si alguna vez el esclavo de amor de Nuestra Señora —porque también él es hombre, y por lo tanto débil y pecador—, tal vez después de una larga lucha, hiciese mal uso de su voluntad consagrada a María, dando el sí tanto tiempo negado, y tendiendo la mano hacia el fruto prohibido, vaya inmediatamente y sin tardar a su Madre y Señora, humilde y sencillamente, con toda confianza, sin dejarse llevar por el desaliento; que la dulce Reina del cielo no lo rechazará, no lo despedirá. Ella hará oír tal vez en el fondo del corazón palabras dulces de reproche, mas no desdeñará a su hijo culpable pero arrepentido, y no le negará el beso del perdón… Ella conducirá a Jesús esta alma contrita y humillada; Ella le hará recuperar la amistad del Salvador y ayudará a esta alma a empeñarse con nuevo ardor en el trabajo de su santificación, tan tristemente interrumpido. Por Ella el pecado mismo se le convertirá en ocasión de progreso. Con sus manos maternas e industriosas Ella limpiará y reparará la túnica nupcial de su hijo, tan bien que ninguna mirada será capaz de descubrir en ella ninguna mancha ni la menor desgarradura.

O tal vez estás cargando con la pesada cruz de que uno de tus parientes abandonó el buen camino, ofende a Dios y contrista indeciblemente a los suyos, se entrega a la bebida o al vicio, descuida sus deberes más sagrados y pisotea la fe y la religión de su infancia. Has rezado y suplicado instantemente y con lágrimas; has exhortado, amenazado, castigado. ¡De nada sirvió! ¿No habrá ninguna salida, ninguna esperanza?

A todos los que lloran la mala conducta de seres queridos, querríamos gritarles: **¡Animo, confianza!** ¡Sigan rezando a María, que es también la Madre de los pecadores; sigan confiándole esta alma desviada y culpable! Sigue santificando tu alma y tu vida por la piedad y las buenas obras, doblemente: por ti mismo y para expiar los pecados de aquellos a quienes amas. Dejamos aquí deliberadamente de lado toda consideración especulativa sobre la infalibilidad de las oraciones ofrecidas por los demás, y decimos: ¡Tarde o temprano serás escuchado! Es posible que Dios retrase la conversión, tal vez durante mucho tiempo, para que tu propia vida sea más pura y fervorosa. Esta alma volverá al bien, a Dios, aunque fuese en el último minuto. Un día la Madre del Buen Pastor volverá a traer la oveja perdida al Corazón de Dios y al tuyo.

No hay un solo sacerdote con experiencia de las almas, que no pueda contar algún rasgo conmovedor de la incomparable bondad y del poder irresistible de la Madre de misericordia.

## SUFRIMIENTO DE ALMA

Hay otros sufrimientos y pruebas que son mucho más dolorosos que las que acabamos de recordar. Al lado de las enfermedades del cuerpo, hay otras espirituales, que hacen sufrir mucho más que las primeras. Una de estas enfermedades es el **escrúpulo,** en que no se distingue ya netamente la voz de la conciencia, de la verdadera conciencia, de un temor vago e instintivo, sin fundamento serio, de haber pecado. Esta conciencia desequilibrada considera como crímenes abominables faltas ligeras o incluso acciones perfectamente inofensivas. Es evidente que puede tratarse de verdaderos tormentos, tanto más graves cuando que otras personas son incapaces de comprender semejante estado de alma.

También aquí la devoción a la Santísima Virgen, y sobre todo la santa esclavitud de amor, será a menudo un remedio radical, según la promesa formal de Montfort [1]. Más de una vez hemos visto realizarse por este medio curaciones completas y rápidas, o al menos producirse tal mejoramiento que el mal se hacía soportable y no constituía ya como antes un obstáculo insuperable para el progreso espiritual.

Las almas que, por voluntad de Dios, se sienten llamadas a un grado especial de perfección, y que, por consiguiente, le son más queridas, mucho más queridas que las demás, a menudo son probadas, purificadas y realmente torturadas por El de manera misteriosa y terrible. Estas almas se sienten abandonadas de Dios. Les parece que el Señor no muestra ya por ellas más que horror y aversión, y que las rechaza lejos de Sí con odio y desprecio; que no pueden esperar en esta tierra otra cosa más que la maldición divina, y después de esta vida el tormento eterno del infierno. Esta tortura puede ser una prueba pasajera; pero bastante a menudo constituye un martirio que dura años, y a veces la vida entera.

La Madre de los hombres, la tierna Madre de las almas, ha sido establecida por Dios, como lo asegura Montfort [2], para suavizar la espantosa amargura de esta prueba, para asegurar a las almas contra el desaliento y la desesperación, o incluso para liberarlas totalmente

[1] Verdadera Devoción, nº 215.
[2] Verdadera Devoción, nº 152.

de esta espantosa obsesión. San Francisco de Sales sufrió este tormento a la edad de 17 años. Todo se le presentaba sombrío, y se consideraba perdido para siempre. Un día acude al altar de Nuestra Señora, se echa a sus pies, y sollozando implora su misericordia. De repente se siente liberado. Sus dudas han desaparecido. Una paz muy dulce se difunde en su alma. Ha quedado curado para siempre del terrible mal.

★

Queridos lectores, también nosotros podemos ser, tarde o temprano, víctimas de alguna de las pruebas que acabamos de describir. Incluso es posible que, si estamos llamados a un cierto grado de santidad y a una cierta riqueza de apostolado, tengamos que sufrirlas todas a la vez.

El camino de la vida se convierte a veces en un vía crucis, a lo largo del cual, quebrantados en cuanto al cuerpo, hemos de arrastrar la cruz de nuestros sufrimientos morales hasta el momento y el lugar que verá consumarse nuestro sacrificio. ¡Por amor de Dios!, tengamos el cuidado de que a nuestro vía crucis no le falte la cuarta estación: el encuentro, en la confianza y el amor, con María, la santísima Madre de Jesús. El beso de su afección materna nos dará, como al mismo Jesús, nuevas fuerzas para llevar valientemente nuestra cruz hasta la cumbre del Calvario.

Y si nuestra vida se asemejase algún día a las últimas horas de Cristo en la Cruz, cuando desgarrado, torturado, lleno de fiebre, sediento, aborrecido y maldecido por sus enemigos, traicionado y abandonado por los suyos, se siente rechazado incluso por su Padre y deja escapar la desgarradora queja: *«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?»;* acordémonos entonces de que el Padre, que había privado a la divina Víctima de todo consuelo, le dejó la lenitiva presencia de su Madre amante, fiel y tan plenamente comprensiva del gran misterio… A nuestra humilde y ardiente oración la santísima Madre de Jesús, que es la nuestra, con incomparable afecto montará también una guardia fiel al pie de nuestra cruz, para que hasta el fin nos entreguemos con entero abandono a la crucificante pero amorosa voluntad del Padre, para nuestra perfección y santificación personal, y también para la irresistible conquista de las almas para el reino de amor de Cristo y de María.

# XX
# “Y en la hora de nuestra muerte”

Nadie puede escapar de la muerte. Podemos apartar su pensamiento como molesto, inoportuno e incluso insoportable; pero de hecho la muerte es inevitable para cada uno de nosotros.

No vamos a extendernos sobre lo que es la muerte y lo que ella significa para cada uno de nosotros. Sabemos con certeza solamente esto: que un día moriremos. Cuándo y en qué circunstancias nos encontrará la muerte, es para nosotros un secreto impenetrable. Sabemos también que la muerte, ordinariamente, es una hora de debilidad y de impotencia, de sufrimientos amarguísimos en el cuerpo y en el alma, y una hora de soledad y de tinieblas, de abatimiento y de temor. Y justamente esa hora es la más importante de nuestra vida: ¡de ella, y de ella sola en definitiva, depende toda nuestra eternidad!

Hay santos —¡y se comprende!— que temblaron de espanto al pensar en esta hora. ¿Cómo podríamos nosotros, entonces, encararla sin temor y cruzarla sin pavor? ¿Cómo podemos incluso saborear un solo instante de gozo y felicidad en la tierra, sabiendo que un día tendremos que pasar por esta hora temible y decisiva?

*«Ecce Maria»*... Una vez más Nuestra Señora será nuestro recurso. Si queremos ser verdaderos hijos y esclavos de amor de la Santísima Virgen, podremos repetir y cantar con el Salmista, aplicando estas palabras a Aquella a quien la Iglesia llama «la **Puerta del cielo**»: *«Aunque pase por en medio de las sombras de la muerte, ningún mal temeré, porque Tú vas conmigo»* [1].

En una Carta notable, del 22 de marzo de 1918, el Papa Benedicto XV [2] exponía magistralmente los fundamentos de esta confianza *«in hora mortis».* Damos aquí amplios extractos.

*«Concuerda maravillosamente con la doctrina católica y responde a los sentimientos piadosos de la Iglesia, y además se apoya en una esperanza bien fundada y ordenada, elegir a la Madre Dolorosa como Patrona de la buena muerte e invocarla como tal.*

---

[1] Sal. **22** 4.

[2] Carta Apostólica *Inter Sodalitia.* Pío XI desarrolló las mismas consideraciones en su Carta Apostólica *Explorata Res.*

*En efecto, los Doctores de la Iglesia enseñan comúnmente que la Santísima Virgen María, que parecía ausente de la vida pública de Jesucristo, por divina disposición estuvo junto a su lado cuando, clavado en la Cruz, iba a sufrir la muerte. De este modo Ella sufrió y casi murió en unión con su Hijo doliente y agonizante; abdicó los derechos de Madre sobre su Hijo para conseguir la salvación de los hombres y para aplacar la justicia divina, y en cuanto dependía de Ella inmoló a su Hijo, de suerte que se puede afirmar con razón que redimió al linaje humano juntamente con Cristo. Y si por esta razón todas las gracias que sacamos del tesoro de la redención nos vienen, por decirlo así, de las manos de la Virgen Dolorosa, todos comprenderán que los hombres hayan de esperar también de Ella la gracia de una santa muerte; ya que por este soberano beneficio se consuma en cada alma eficazmente y para siempre la obra de la Redención.*

*Es evidente asimismo que la Virgen Dolorosísima, que fue constituida por Jesucristo como Madre de todos los hombres y los aceptó como estándole confiados por testamento de infinita caridad, para cumplir con bondad materna el deber de defender su vida espiritual, no puede dejar de auxiliar con mayor celo a sus queridísimos hijos adoptivos en el momento en que se decide para siempre su salvación y santidad. Por eso la Iglesia misma en muchas oraciones litúrgicas pide a la bienaventurada Virgen María que asista con su misericordiosa protección a los hombres que están en la agonía; y por eso también es muy constante entre los fieles la opinión, comprobada por una larga experiencia, de que no perecerán eternamente los que tengan a la misma Virgen por Patrona».*

Estas consideraciones de Benedicto XV, que fue un gran Papa mariano, son claras, lógicas, convincentes y muy consoladoras.

La Santísima Virgen concederá una asistencia especial en la hora de la muerte a los cristianos que ponen su confianza en Ella.

Y es que María es la **Corredentora** del género humano. Ahora bien, en el momento de la muerte es cuando esta redención se aplica definitivamente a cada hombre, o si no queda vana para él.

Por ser Corredentora, María es también la **Mediadora de todas las gracias.** Ahora bien, sin la perseverancia final, todas las demás gracias habrían sido inútiles.

Asimismo María, por lo que a la vida de la gracia se refiere, es realmente nuestra **Madre.** ¿Acaso una madre puede estar ausente del lecho de agonía de su hijo? No puede ser que Nuestra Señora no

sostenga a sus hijos con todas sus fuerzas y energías en el mismo momento en que se decide la confirmación eterna o la pérdida eterna de la vida de la gracia en un alma.

La Iglesia cree en esta protección especial de María en la hora de la muerte, y por eso es convicción universal que quienes la aman y honran de veras, no pueden perderse para siempre: ¡**Un hijo de María es hijo del Paraíso**!

La experiencia de cada día —como lo hacen notar los Papas— confirma esta convicción. Por eso es digno de mención que cuando se nos comunica la muerte de quienes estuvieron especialmente consagrados y dedicados a Nuestra Señora, esta comunicación vaya acompañada casi siempre del relato de hechos o de circunstancias, a veces mínimos en apariencia, que muestran de manera evidente que la Santísima Virgen sostuvo a sus hijos y esclavos agonizantes con una asistencia cierta, y muy a menudo palpable y sensible.

Pensamos, por ejemplo, en la muerte tan consoladora de nuestro gran e inolvidable Cardenal Mercier, hijo amante y apóstol ardiente de María y de su devoción más excelente. El Cardenal murió un sábado, que al mismo tiempo era un día de fiesta de la Santísima Virgen, la de sus Desposorios con San José; asimismo era el aniversario del día en que había publicado su oración tan conocida para pedir la proclamación dogmática de la Mediación universal de María y la canonización del Beato de Montfort. Murió tan sólo algunas horas después de haber asistido y participado a la santa Misa, ofrecida en honor de la Mediadora de todas las gracias. ¿Son, sí o no, indicios clarísimos de una intervención de Nuestra Señora en la hora suprema de su glorioso Servidor?

Querido lector, ¡qué felicidad y seguridad para nuestra última hora, haber pedido tan a menudo a nuestra Corredentora, Mediadora y Madre: *«Ruega por nosotros, pecadores, ahora y* ***en la hora de nuestra muerte****»*!

Si seguimos repitiendo estas palabras decenas de veces por día con entera atención y plena confianza, tenemos el derecho de apartar de nosotros todo temor y toda inquietud voluntaria. ¿Acaso no dice San Juan que *«el amor perfecto expulsa el temor»,* y que *«en esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio»*? [1].

[1] I Jn. **4** 17-18.

Esforcémonos, pues, en vivir virtuosa y santamente en unión con Ella, y depongamos entre sus manos y encerremos en su Corazón materno nuestra última hora con todos sus terrores y sufrimientos. Y si en ciertas horas la angustia quisiese invadir nuestra alma al pensamiento de lo que inevitablemente debe suceder un día, repitamos con confianza: *«In te, Domina, speravi; non confundar in æternum!:* ¡En Ti, Soberana mía, he puesto mi esperanza; no quedaré eternamente confundido!».

★

Toda nuestra vida ha de ser, según la recomendación de la Iglesia, un recurso incesante y confiado a la Madre de nuestras almas y a la Mediadora de todas las gracias.

También para la hora grave, dolorosa y decisiva de nuestra muerte, ponemos en Ella una confianza total y serena.

Cuando hayamos establecido y consolidado nuestra alma en esta confianza serena y preciosa, nos será también más fácil cultivar los sentimientos que deben animar a todo esclavo de amor de Nuestra Señora frente a la muerte.

La aceptación de la muerte, con todas las circunstancias de que venga acompañada y rodeada, es el acto más elevado y hermoso de la dependencia total que hemos consagrado a María por medio de la santa esclavitud. El dueño tiene un derecho de vida y muerte sobre su esclavo. Con amor queremos reconocer gustosamente a Jesús y a María todos los derechos sobre nosotros, entre ellos el derecho de disponer de nuestra vida por la muerte. Se lo hemos repetido mil veces: *«Dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito, para la mayor gloria de Dios en el tiempo y en la eternidad».*

Cuando sintamos llegar nuestra hora suprema —¿y por qué no a menudo, cada día anticipadamente?—, recemos así: «Señor adorado, Reina amadísima, acepto la muerte de vuestras manos, por amor y sin temor, como mensajera de vuestra voluntad y como la manifestación más grave de vuestro dominio sobre vuestro esclavo de amor». La aceptación humilde y valiente de nuestra muerte en la hora en que debe consumarse el sacrificio, y centenares de veces antes, es el cumplimiento más penoso, pero también el más hermoso y precioso, del gran acto que hemos realizado para con Cristo y su divina Madre.

Esforcémonos igualmente por mirar la muerte **con los ojos de nuestra Madre,** y establecernos frente al adiós al mundo en las

disposiciones perfectísimas de su Corazón Inmaculado. En unión con la muerte redentora de Jesús, Ella aceptó libremente su propia muerte por la glorificación de Dios, y por la salvación y santificación de las almas. En la muerte Ella vio la ruptura de los lazos que la retenían lejos de su Hijo; era ver disiparse la nube que le escondía el rostro del Amado; era el derrumbamiento del muro que la separaba de Jesús. En la muerte Ella vio y buscó la liberación y la ascensión hacia la Luz y la Vida, hacia Dios y la unión eterna y soberanamente íntima con su solo Amor.

Aprendamos a repetir con Ella: *«Para mí, vivir es Cristo, y morir una ganancia… ¿Quién me librará de este cuerpo mortal?… Deseo soltarme de este cuerpo, a fin de vivir con Cristo… ¿Quién me diera alas como la paloma, para volar y reposarme en el Corazón de Dios?… ¡Qué amables son tus tabernáculos, Dios de los Ejércitos! Mi alma desfallece de deseos por los atrios del Señor»* [1].

¡Nosotros deseamos también la muerte, Madre amadísima, para poder contemplar tu belleza, gustar tu amor, cantar tu grandeza, aumentar tu gloria, reconocer tus beneficios, reposar en tu Corazón, perdernos en tu alma y adentrarnos en los abismos de tu interior!

Sí, también para nosotros morir es una ganancia. Pero debemos hacer de manera que esta muerte sea igualmente una ganancia y, si fuera posible, un progreso inmenso para su Reino, para la extensión de su dominación de amor sobre las almas y sobre el mundo. Por este ideal hemos de ofrecer todos los sufrimientos de nuestra última enfermedad, todas las angustias y dolores de la hora suprema: *«Per adventum Ipsius et regnum Eius!:* ¡Por el advenimiento real de Cristo y el reino de su divina Madre!». Nuestra muerte no ha de ser tan sólo buena y santa, sino asimismo espléndidamente fecunda: por ella, cayendo como un grano de trigo en la tierra selecta del seno de nuestra divina Madre, hemos de germinar y crecer en ella en una riquísima y abundantísima cosecha de almas conquistadas para su reino y para la práctica de su perfectísima Devoción. Querríamos que nuestra muerte sea un acontecimiento, un gran acontecimiento en la historia del reino de Cristo Rey por la dominación de amor de Nuestra Señora. Esta ha de ser nuestra preocupación dominante en los últimos días y en las últimas horas de nuestra vida, hasta nuestro último suspiro. Y para que nuestros últimos momentos no se vean privados de esta consagración suprema y de este valor preciosísimo,

[1] Fil. **1** 21 y 23; Rom. **7** 24; Sal. **54** 7; **83** 2-3.

ofrezcamos cada día nuestra vida entera, especialmente nuestra agonía y nuestra muerte, y sobre todo uniéndonos al santo Sacrificio, por nuestro único ideal: ¡el reino de Cristo por María!

Así, pues, cuando sintamos declinar nuestras fuerzas, caer las sombras sobre nosotros y aproximarse el fin, entonces… que nuestros ojos que se apagan ya no se aparten de su imagen bendita; que nuestra boca no se canse de repetir su nombre juntamente con el dulcísimo nombre de Jesús, y de reiterarle nuestra pertenencia total; que nuestros labios se queden pegados a su rostro; que nuestra mano se encuentre en la suya, y que nosotros mismos nos encerremos en su Corazón y nos perdamos en su seno… Que nuestras manos aprieten hasta la muerte su Rosario, y que luego, con el Crucifijo, una imagen de María vele sobre nuestros despojos mortales… Que nuestro recuerdo mortuorio hable de nuestra pertenencia a María, y que estas sencillas palabras: *Ave Maria,* grabadas sobre la lápida, o mejor aún, inscritas en una sencilla cruz de madera, continúen conduciendo las almas hacia María y predicándoles el amor, la confianza y la pertenencia hacia Ella…

¡Mientras tanto, al salir de las miserias de este mundo, o más probablemente de las llamas purificadoras del Purgatorio, nuestra Madre nos habrá llevado, para nuestro eterno descanso y la bienaventuranza sin fin y sin límites, al Corazón y al seno mismo de Dios!

# PARA MARÍA

## Unas palabras de introducción

*Con confianza presentamos al público piadoso y serio este quinto volumen de la Serie Immaculata, lanzada durante el Año Mariano 1953-1954.*

*Con confianza…*

*No a causa del valor intrínseco y objetivo de este trabajo, sino a causa del interés de la materia tratada en estas páginas. La vida mariana, tal como la propone San Luis María de Montfort, atrae incontestablemente cada vez más a las almas, especialmente a aquellas que sienten una vocación especial en este campo. La materia tratada en este quinto pequeño volumen es particularmente atractiva, y asimismo importante para completar en nuestra vida el lugar que le corresponde a la inseparable Socia de Cristo en los designios y obras de Dios.*

*Con confianza…*

*Porque esta Mediadora incomparable de todas las gracias quiso impregnar de luz, de fortaleza y de unción al menos algunas de las páginas de los volúmenes precedentes, y eso nos hace esperar y augurar humildemente los mismos beneficios para las páginas siguientes.*

*Con confianza…*

*Porque, desde muchas partes nos han alentado en nuestro trabajo por medio de testimonios reconfortantes: un eminente mariólogo de Roma, consultor de congregaciones romanas; el redactor jefe de una de nuestras grandes revistas mariológicas; un profesor jubilado de universidad, domiciliado en Budapest, que*

*espera la victoria de la Patrona de Hungría; un joven sacerdote indígena, que lucha en Vietnam por el triunfo de la causa de Dios; al igual que muchas almas sencillas, a menudo gente del pueblo, que se esfuerzan por releer estos artículos tres y cuatro veces para comprenderlos mejor…*

*¡Sea bendita nuestra divina Madre mil veces por ello, y dígnese aceptar ahora, en su infinita bondad, este humilde regalo «jubilar» que le ofrecemos durante el año preparatorio al gran jubileo de Lourdes, para el 40º aniversario de sus apariciones en Fátima y para el cercano 25º aniversario de sus apariciones en Beauraing y en Banneux!*

Lovaina, Convento de María Mediadora,
a 25 de marzo de 1957.

# I
# Vivir para María

Debemos abordar ahora el estudio de un aspecto nuevo y especial de la vida mariana: vivir para la Santísima Virgen. San Luis María de Montfort hizo con todas las manifestaciones más hermosas e importantes de la piedad mariana un todo sólidamente construido, con partes íntimamente trabadas entre sí. Hemos estudiado ya sucesivamente la mayoría de estas partes.

El fundamento práctico de una vida mariana ideal consiste en la Consagración total y definitiva a la Santísima Virgen, tal como Montfort la expone. Esta vida mariana ha de componerse de una dependencia habitual y de una obediencia total para con Nuestra Señora, de una confianza absoluta que nos haga recurrir a Ella en toda dificultad, de la imitación fiel de sus virtudes, y de una unión habitual con Ella en todas nuestras acciones. Todas estas formas de la vida mariana han sido expuestas precedentemente.

Este rápido vistazo de conjunto nos hace constatar de nuevo qué rica y completa es la devoción mariana, tal como la propone nuestro Padre de Montfort; cómo correspondemos así a todos los aspectos de la misión de la Santísima Virgen hacia nosotros; cómo marializamos con ella todas las formas principales de la vida cristiana, y cómo en todas nuestras relaciones con Dios reconocemos prácticamente a la Madre de Jesús una Mediación, adaptada a estas distintas relaciones.

Llegamos ahora a la exposición del último gran aspecto de la vida mariana: vivir y obrar **para** María.

También para este trabajo imploramos humildemente, por la intercesión de nuestro Padre de Montfort, la bendición materna de la Llena de gracia.

## ASPECTO IMPORTANTE

La finalidad es un aspecto importantísimo de nuestra vida moral. Los filósofos y los teólogos lo han constatado: de todas las causas que influyen en nuestras acciones, la causa final o meta que perseguimos es la más importante. Y es que ella pone en

movimiento todas las demás energías, y les impone su dirección. Por el fin perseguimos y sobre todo damos valor a nuestros actos, que aunque en sí mismos puedan ya ser dignos de alabanza o de reprensión, reciben de modo principal su valor, tanto para el bien como para el mal, del fin hacia el cual los orientamos. Quien roba para cometer un pecado de impureza es más impúdico que ladrón, y quien vive pobremente para poder hacer buenas obras practica más la caridad que la pobreza.

Por eso no hay que extrañarse de que los autores de la vida espiritual hayan concedido una importancia tan grande a este punto, recomendando con tanta insistencia lo que llaman la pureza de intención, y volviendo sin cesar sobre esto, que todas nuestras acciones han de estar orientadas hacia Dios como hacia nuestro fin último y supremo, y que todas ellas, tanto exteriores como interiores, deben ser realizadas únicamente para mayor gloria de Dios. Por otra parte, este precepto nos ha sido inculcado repetidas veces por el Espíritu Santo mismo: *«Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios»* [1].

## MARIALIZADO POR MONTFORT

En la edificación de su sistema de espiritualidad mariana, Montfort no descuidó este importante punto de vista de la vida cristiana. Mientras que la mayor parte de los devotos de la Santísima Virgen, incluso los mayores y más conocidos, dejan este aspecto en la sombra y no lo mencionan, el gran Apóstol de María reconoce a la Virgen la parte que le corresponde en el orden de la finalidad, y nos pide también que hagamos todas nuestras acciones para María, para su provecho y gloria, y que por consiguiente la tomemos como fin subordinado de toda nuestra vida.

En el «Tratado de la Verdadera Devoción» escribe: *«En fin, es menester realizar todas las acciones **para María.** Pues, como uno se ha entregado totalmente a su servicio, es justo que se haga todo para Ella, como un criado, un siervo y un esclavo; no que se la tome por el fin último de nuestros servicios, que es Jesucristo solo, sino por el fin próximo, el centro misterioso y el medio fácil para ir a El»* [2]. Y en «El Secreto de María» podemos leer: *«Es menester hacer todas las propias acciones **para María,** es decir, que siendo*

[1] I Cor. **10** 31.
[2] Verdadera Devoción, nº 265.

*esclavo de esta augusta Princesa, es menester que no se trabaje más que para Ella, para su provecho y para su gloria como fin próximo, y para la gloria de Dios como fin último. En todo lo que se hace, hay que renunciar al amor propio, que se toma casi siempre por fin de manera imperceptible, y repetir frecuentemente desde el fondo del corazón: ¡Soberana querida, por amor vuestro voy aquí o allá, hago esto o aquello, sufro esta pena o esta injuria!»* [1].

## EL HOMBRE CONOCE Y DETERMINA SU FIN

Todos sabemos lo que quiere decir hacer una cosa por un fin determinado. A diferencia de los seres inferiores, somos, como hombres, conscientes del fin que perseguimos en nuestras acciones. Tenemos incluso el poder de determinar el fin que vamos a alcanzar por nuestros actos. Un animal obra por puro instinto, come porque tiene hambre y se siente atraído por la comida, sin ser consciente del fin que persigue por esta acción, a saber, la conservación y el desarrollo de su vida. El hombre, también en esto, es muy superior a la bestia. No sólo es consciente del fin inmediato y más remoto a que apunta por sus actos, sino que también puede determinar y cambiar libremente la orientación de sus actos. Un hombre puede comer por gula, únicamente por el placer inherente a esta acción. Pero también puede hacerlo explícitamente para mantener su vida, reparar sus fuerzas y estar así en condiciones de cumplir bien su deber de cada día. Esta misma acción puede realizarla por un fin superior: por amor a Dios, a fin de ser capaz de trabajar para gloria de Dios y salvación de las almas, o sencillamente para glorificar a Dios y servirlo por medio de esta misma acción. Desde este punto de vista, es perfectamente normal que se nos pida hacer todas nuestras acciones para gloria y provecho de la Santísima Virgen. También es conforme a la línea de nuestra naturaleza humana que, en el orden de la finalidad, demos a nuestras acciones una orientación determinada.

## DIOS, FIN ÚLTIMO; MARÍA, FIN SUBORDINADO

También debemos recordar que en una misma acción podemos perseguir varios fines a la vez, y que incluso podemos hacerlo sin

[1] Secreto de María, nº 49.

disminuir la intensidad de nuestra tendencia a cada uno de estos fines, cuando están subordinados entre sí y uno de ellos puede ser considerado como medio para alcanzar el otro a modo de fin. Nuestro Padre de Montfort sugiere aquí la comparación muy justa de un viaje. Por ejemplo, quiero ir en bicicleta, en auto o a pie desde Lovaina hasta Bruselas; el camino de Bruselas pasa por Kortenberg. En este caso, es cierto que en la primera parte del viaje podré decir con verdad que voy a Kortenberg, aunque mi viaje apunte más bien a Bruselas, término de mi desplazamiento, que a Kortenberg, que sólo es una pausa intermedia para llegar a la capital.

San Luis María de Montfort nos pide que realicemos nuestras acciones a la vez para gloria de Dios y de su divina Madre; para Ella como fin inmediato y subordinado, y para Jesús y Dios como fin último y supremo.

El obrar para María como fin inmediato y secundario no me impide de ningún modo desear la mayor gloria de Dios y tender a ella por mi acción. En efecto, yo apunto a la glorificación y a las intenciones de la Santísima Virgen únicamente porque pueden favorecer y realizar la glorificación de Dios.

Podemos ir más lejos. Con nuestro Padre debemos mantenernos persuadidos de que el mejor medio, el más perfecto, el único en cierto sentido, de procurar la **mayor gloria** de Dios, es precisamente vivir y obrar para Nuestra Señora, por sus intenciones y para su provecho. Pues la Santísima Virgen sabe siempre cómo puede realizarse y obtenerse esta mayor gloria de Dios.

Nosotros, en nuestras oraciones, formulamos intenciones particulares. Las ofrecemos para lograr esta curación, esta conversión, esta gracia. Incluso cuando sabemos elevarnos por encima del círculo de nuestros intereses personales y de nuestro entorno, cuando formulamos intenciones «apostólicas» y por lo tanto ciertamente buenas, no estamos nunca seguros de que estas intenciones sean de hecho las mejores, las más urgentes, las más eficaces para promover el reino y la gloria de Dios.

Nuestra Señora, al contrario, conoce todo lo que sucede en el reino de Dios. Ella sabe dónde nuestras oraciones y sacrificios serán más útiles, dónde una decena del Rosario, o un simple Avemaría, o la menor buena acción, producirá los frutos más ricos para la salvación y santificación de las almas, y por ende para el reino y la gloria de Dios. Si le dejamos entera libertad de disponer de nuestros bienes espirituales, y si rezamos, trabajamos, sufrimos y vivimos fielmente por sus intenciones, podremos mantenernos

tranquilamente seguros de que Ella sacará de nuestra pobre vida absolutamente todo lo que ella puede producir para gloria de Dios, para mayor gloria de Dios, fin último de la creación y de todas las obras divinas.

# II
# Por qué vivir para María

En el capítulo precedente hemos visto que San Luis María de Montfort también introduce a Nuestra Señora en el orden de la finalidad de nuestra vida, y nos pide que lo hagamos todo para Ella como fin próximo y para gloria de Dios como fin supremo. Nada nos impide perseguir a la vez este doble fin. Vivir para la glorificación de la Santísima Virgen y por sus intenciones nos hará conseguir perfectísimamente la mayor gloria de Dios.

A ciertas personas este aspecto de la vida mariana podrá parecerles insólito e injustificado. Por eso vamos a contestar a la siguiente pregunta: ¿Por qué motivos puedo o debo, en cierta medida, tomar a María como fin subordinado de mi vida, y realizar todas mis acciones por Ella?

## NUESTRO AMOR POR ELLA

Ante todo, vivir, trabajar, rezar, sufrir, luchar y morir por Nuestra Señora es algo totalmente normal cuando se la ama con un amor grande; y todos nosotros queremos tender al amor más puro y elevado hacia la Santísima Virgen María.

Ahora bien el amor, además de la unión con el ser amado, ¿no siente la necesidad imperiosa, como sueño acariciado incesantemente, de hacerlo todo por aquel o por aquella que es objeto de este afecto? Cierto es que para el amor humano ordinario este sueño es en gran parte irrealizable y quimérico. ¿Qué provecho puede encontrar un hombre, en el plano natural, en que otra persona oriente hacia él toda su actividad exterior e interior, salvo esta, que dicho trabajo satisfaga las necesidades de sus seres queridos? Pero es evidente que, a pesar de eso, la necesidad de vivir por el ser amado es uno de los instintos más profundos y asimismo más elevados del amor. Y lo que parcialmente no es más que un sueño irrealizable para el amor humano, se convierte en una pura y preciosa realidad en nuestro amor por Dios y por la Santísima Virgen. Ya es en sí mismo una glorificación para Ella, que en todas mis acciones la tenga ante mis ojos como fin subordinado de mi vida. Añádase a esto que cada acción hecha en estado de gracia, o

incluso solamente bajo el impulso de la gracia actual, aumenta realmente la gloria de Nuestra Señora y enriquece el gozo accidental de su alma. Pues esta acción es hecha bajo el influjo de la gracia, que después de Dios y de Jesús viene siempre de María. Toda buena acción es un gozo para la Madre de Jesús y la Madre de las almas; todo acto virtuoso es un fruto de su Corredención, un efecto de su Mediación de gracia; significa una victoria, por pequeña que sea, de la Adversaria personal de Satán, y forma parte en definitiva de su triunfo final y total contra el gran Enemigo de Dios y de las almas. Por eso, de ningún modo es poco razonable tomar como intención *«el provecho y la gloria»* de María, como lo aconseja Montfort: pues este fin es realmente logrado y realizado.

## LOS DERECHOS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Además, nos parece incontestable que la Santísima Virgen tiene algunos derechos que hacer valer aquí, y que por más de un motivo es altamente conveniente realizar nuestras acciones por su honor y por su gloria.

Se es fin del mismo modo que se es principio. Lo que fabricamos y producimos es nuestro y para nosotros. Un obrero puede disponer a su gusto, por derecho natural, del fruto de su trabajo. Dios es el fin último y supremo de todo ser y de toda operación, porque es también su primer Principio y su Causa suprema. Ahora bien, la Santísima Virgen es principio y causa, ciertamente subordinada pero real, de todo lo que hacemos en estado de gracia, y asimismo de todo lo que realizamos bajo la inspiración y con la ayuda de la gracia, porque Ella es la Mediadora y Distribuidora de todas las gracias. Por lo tanto, es justo que todas nuestras acciones sobrenaturales —y es sobrenatural todo lo que hacemos en estado de gracia, y también en cierto sentido todo lo que hacemos al menos bajo el impulso de la gracia actual— sean destinadas y realizadas para su glorificación.

En un texto célebre San Pablo establece el siguiente orden de pertenencia, y por lo tanto de finalidad: *«Todo es vuestro; y vosotros, de Cristo; y Cristo, de Dios»* [1]. Es indudable que podemos intercalar aquí el nombre de la Santísima Virgen, que en cuanto nueva Eva es inseparable de su Hijo y Esposo divino, y completar

[1] I Cor. **3** 22-23.

así esta gran fórmula: «Todo es vuestro y para vosotros; y vosotros, de Cristo y de María, y para Ellos también; y Cristo y María, de Dios y para Dios». Con muchos teólogos y santos podemos creer que todo el universo y todos los seres espirituales y materiales, provistos o no de razón, fueron creados y son mantenidos en la existencia para gloria de Cristo, pero también para gloria de María; que, por lo tanto, la Santísima Virgen es, después de Cristo, el fin de toda la creación, hombres y ángeles incluidos. Conviene que aceptemos, respetemos y realicemos prácticamente, en cuanto de nosotros depende, este orden establecido por Dios, y que por consiguiente empleemos toda nuestra vida y realicemos todas nuestras acciones para gloria de Dios como fin último, y para glorificación de María como fin secundario y medio perfectísimo de contribuir al honor supremo de Dios.

## EL DEBER DEL ESCLAVO DE AMOR

En tercer lugar, esta vida para María, como muy justamente lo hace observar nuestro Padre, se impone como un deber a quienes se han entregado totalmente a Ella por la santa esclavitud de amor. El esclavo, incluso el que se ha establecido voluntariamente en esta condición, pertenece a su dueño con todo lo que tiene y todo lo que es. Todos los frutos de esta vida y de su actividad pertenecen, de derecho, al dueño de quien es propiedad. Sus acciones deben estar orientadas al beneficio de su amo, y tender a su provecho. De este modo nosotros nos hemos consagrado totalmente, como esclavos de amor, a nuestra Madre amadísima. Notemos solamente que nuestra pertenencia a María es mucho más entera y radical que la de un esclavo ordinario respecto de su señor o de su señora. Nos hemos entregado a Ella con todo lo que somos y todo lo que poseemos, nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestros bienes de naturaleza y de gracia, en el tiempo y para la eternidad. Inútilmente buscaríamos en el orden humano un ejemplo de semejante pertenencia, pues el esclavo pertenecía a su señor sólo en cuanto al cuerpo, en el orden puramente natural y como máximo hasta la muerte. Por lo tanto, si somos de la Santísima Virgen de manera tan profunda, universal y duradera, es muy justo que todas nuestras acciones, todas las manifestaciones de nuestra actividad espiritual y corporal, natural y sobrenatural, estén orientadas hacia Ella, sean realizadas y ofrecidas para su honor y gloria, para su provecho y beneficio. Y así es muy normal que San Luis María de Montfort consigne en su Acto de

Consagración esta práctica y esta conclusión: *«Protesto que en adelante quiero, como verdadero esclavo vuestro, procurar vuestro honor y obedeceros en todas las cosas».* El producto de un campo pertenece a su poseedor, y los frutos del árbol pertenecen de derecho a su propietario.

Así, pues, nuestro Padre de Montfort saca muy legítimamente esta conclusión de nuestra santa esclavitud para con la Madre de Dios. San Pablo ya lo había dicho mucho antes que él, refiriéndose a su esclavitud respecto de Cristo. Razona así: *«¿Busco yo ahora el favor de los hombres o el de Dios? ¿O es que intento agradar a los hombres? Si todavía tratara de agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo»* [1]. Si hacemos nuestras acciones para los hombres, o para el hombre que somos nosotros mismos; en otras palabras, si en nuestras acciones nos buscamos a nosotros mismos o a otras creaturas, no seremos los dignos esclavos de Jesús y de María. Nuestros actos sólo deben perseguir su honor y su provecho. Esta es la esclavitud de amor bien comprendida.

Para nosotros será una excelente práctica, examinar a menudo nuestra conciencia, como San Pablo, y preguntarnos en el curso de nuestras acciones si estamos intentando agradar con ellas a Dios y a su dulce Madre, o a los hombres y a nosotros mismos; y, si es preciso, corregir y rectificar valientemente nuestras intenciones.

[1] Gal. **1** 10.

# III
# La práctica

Después de algunas consideraciones generales, entre otras sobre la importancia del punto de vista de la finalidad en nuestra vida espiritual, hemos hablado hasta ahora de los motivos que deben hacernos aceptable, deseable y casi obligatoria la vida «para María». Llegamos ahora a la exposición de la práctica en sí misma. Querríamos desarrollar un tanto los consejos de San Luis María de Montfort sobre este tema.

Hay dos modos de vivir y de obrar por la Santísima Virgen: ante todo, hacerlo todo sencillamente por amor a Ella, para su provecho y su gloria; y luego, orientar toda la vida a la glorificación de Nuestra Señora por las almas, a su reino en el mundo, y por lo tanto obrar más bien con un espíritu apostólico. Por el momento trataremos de la vida para María enfocada del primer modo.

## LO QUE DEBEMOS EVITAR

El primer consejo de nuestro Padre de Montfort es negativo. No por eso es menos importante. *«Esta alma debe renunciar, en todo lo que hace, a su amor propio, que se toma casi siempre como fin de manera imperceptible»* [1].

Tenemos, pues, ante todo, esta observación severa —¡pero qué justa por desgracia!— de un gran conocedor de las almas: que, si no tenemos cuidado y no reaccionamos constantemente, nos tomamos casi siempre a nosotros mismos, de manera desordenada, como fin de nuestras acciones. Desgraciadamente mucha gente no se da cuenta de ello. Incluso muchas «personas piadosas» viven en la ilusión a este respecto. Pero un examen de conciencia serio y habitual, especialmente sobre el móvil secreto y último de nuestros actos, nos llevará a la triste comprobación de que la sensualidad, el amor de nuestras comodidades, la vanidad, el orgullo, el deseo de agradar, etc., es lo que nos hace obrar muy a menudo, y lo que, como un gusano escondido, roe nuestras mejores acciones y las

[1] Secreto de María, nº 49.

arruina totalmente o casi. Por eso, debemos estar convencidos desde el comienzo de que se impone aquí una extrema vigilancia, si no queremos echar a perder una gran parte de nuestras acciones y de nuestra vida.

En este consejo se incluye también, evidentemente, que debemos saber renunciar al deseo de agradar a otras creaturas. En efecto, cuando tomamos a una creatura cualquiera como fin de nuestras acciones, no hacemos más que tratar de satisfacernos a nosotros mismos; pues en estas creaturas buscamos, en definitiva, nuestra propia satisfacción sensible o espiritual.

Después de habernos convencido del gran peligro en que nos encontramos de realizar nuestras acciones casi imperceptiblemente por amor propio, por búsqueda de nosotros mismos, debemos ejercernos en sustraernos a estas preocupaciones miserables. No hagamos ninguna acción única o principalmente para satisfacer nuestros sentidos, por ejemplo en el comer o en el beber. Tampoco renunciemos jamás a ninguna acción por el solo motivo de que molesta y crucifica nuestros sentidos, como sería, por ejemplo, la visita de los pobres y de los enfermos. No hablemos ni obremos para ser vistos y alabados por los hombres, para recoger sus aprobaciones y alabanzas. No trabajemos para ganar dinero, al menos no sin referir este fin poco noble a un fin superior, como por ejemplo el mantenimiento de nuestra familia según las miras de Dios. En la oración no busquemos nuestra propia satisfacción, ni siquiera por medio de las consolaciones espirituales. No nos aventuremos en el laberinto de los mil senderos, en que nuestro amor propio quiere meternos. Tampoco es exigir demasiado, desde el punto de vista cristiano en general, pedir que antes de cada acción más importante renunciemos a toda intención menos noble, a la búsqueda inconsiderada de nosotros mismos, bajo cualquier forma que se pueda presentar. Este consejo de San Luis María de Montfort es, por lo tanto, de gran importancia.

Esto es lo que en espiritualidad se llama «pureza de intención». Ella exige que, incluso cuando nuestra intención predominante sea buena y recta, no nos dejemos influenciar por todo un tropel de intenciones secundarias poco loables. Podemos comulgar principalmente por amor a Jesús, para agradar a la Santísima Virgen y alimentar espiritualmente nuestra alma, pero a la vez también un poco para ser vistos y estimados por los hombres, o por tal o cual persona en particular. Podemos ir a la mesa teniendo como intención principal la gloria de Dios, pero también un poco para satisfacer

nuestra gula. Nuestra divina Madre deberá despertar aquí nuestra atención y ayudarnos a renunciar a todo fin poco noble que podríamos estar persiguiendo en nuestras acciones, incluso en un orden secundario, para llevarnos poco a poco a una pureza de intención total y perfecta en todas nuestras acciones.

## LO QUE DEBEMOS HACER

Esta práctica, considerada bajo su aspecto positivo y más elevado, es muy sencilla y a la vez muy hermosa y atractiva. Nuestro Padre no podría habérnosla propuesto de manera más clara y simple: *«[Esta alma debe]… repetir frecuentemente desde el fondo del corazón: ¡Amada Soberana, por amor vuestro voy aquí o allá, hago esto o aquello, sufro esta pena o esta injuria!»* [1].

La campana, o tu despertador, o un toque fuerte a la puerta de tu habitación, te saca de un profundo sueño: «¡Mi buena Madre, por Ti, por Jesús y por Ti ofrezco este primer sacrificio!», e inmediatamente te pones de pie.

Por Ella y bajo su mirada materna le darás luego a tu cuerpo los primeros cuidados.

«Por Ti, divina Madre, asisto al Sacrificio de Jesús, al que me asocio contigo y por Ti, y en el que, unido a Jesús y a Ti, puedo ser víctima espiritual, ofrecida e inmolada para mayor gloria de Dios».

«Por Ti voy a la mesa, comienzo mis quehaceres, realizo mi jornada de trabajo, ofrezco cada hora y cada minuto de esta jornada; de vez en cuando renovaré esta intención, sobre todo cuando tenga que cambiar de ocupación».

«También por Ti, buena Madre, me entrego a esta hora de descanso, a este pequeño trabajo de recreación, a esta lectura atractiva, a estos momentos de agradable conversación».

Y cuando tengas que sobrellevar contratiempos, sufrir tedio o fatiga, soportar caracteres difíciles, aceptar humillaciones, reconocer un fracaso, preséntale todo eso a María, depósitalo en el incensario de oro de su Corazón Inmaculado, para que todo eso suba hacia el Señor como un sacrificio de agradable olor.

De este modo cada una de tus acciones, incluso las más mínimas y humildes, y realmente cada instante de tu vida, será como un canto de amor y alabanza que, captado y reforzado por el altavoz

[1] Secreto de María, nº 49.

precioso del Corazón de tu Madre, subirá como melodía encantadora hasta el trono de Dios.

Así hemos de vivir, así nos hemos de esforzar por vivir sin cesar, al menos habitualmente, y renovar a menudo esta preciosa intención. Hagámoslo especialmente, como ya hemos dicho, cuando se nos ofrezca la cruz, cuando se nos presente una dificultad, cuando la tentación, tal vez dura y tenaz, nos asalte, cuando se nos pida un sacrificio y tengamos que practicar la renuncia exigida por Jesús y tan difícil para nosotros. Todo eso quedará suavizado, facilitado y transfigurado por esta práctica.

Nuestro Padre de Montfort no ha sido el único, ciertamente, en aconsejar y en practicar esto. Cuando el joven Gabriel de la Dolorosa tenía que vencerse, y le costaba hacerlo, se decía a sí mismo: «¿Cómo? ¿Dices que amas a la Madona y no serás capaz de hacer este sacrificio por amor a Ella?». Y así siempre lograba la victoria deseada.

En la vida del santo Cura de Ars, que también era esclavo de la Santísima Virgen, se cuenta un pequeño episodio típico del mismo género. Tenía quince o dieciséis años y trabajaba aún en la granja paterna. Tenía que layar el viñedo para eliminar las malas hierbas. Al parecer era un trabajo penoso. Para estimularse a ello, Juan María colocaba una estatuilla de la Santísima Virgen a unos veinte metros delante suyo. Para llegar más pronto junto a la imagen de su Madre, a la que tanto amaba, trabajaba entonces con redoblado ardor.

De un modo u otro hagamos lo que hicieron los santos. Empleemos también estas piadosas estratagemas, recurramos a nuestro amor filial por María, a fin de superar nuestra debilidad. La experiencia demuestra que esta práctica encierra una grandísima energía para hacer el bien.

# IV
# Por el reino de Nuestra Señora

En los capítulos precedentes sobre la vida «para María» hemos constatado que San Luis María de Montfort, por medio de ella, reconoce a la Santísima Virgen el lugar que le corresponde en el orden tan importante de la finalidad. Decíamos que podemos hacerlo de dos modos: ante todo —y este aspecto ya lo hemos expuesto— realizando sencillamente las acciones para honra y gloria de la Santísima Virgen como fin próximo —siendo Dios nuestro fin superior y último—, por sus intenciones, por amor a Ella, para agradarla, etc.

Pero hay otro modo de vivir para la Santísima Virgen, tal vez más elevado y atractivo aún, y es realizar las acciones con un espíritu apostólico, *por el reino de la Santísima Virgen* [1], a fin de llegar así al reino de Cristo y al reino de Dios; pues, también en este orden, la Santísima Virgen está subordinada a Cristo y totalmente orientada a El. La aspiración de nuestro Padre de Montfort no tardará en convertirse en una de las súplicas clásicas de la piedad cristiana:

*Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ!*

¡Para que venga a nosotros tu reino, venga el reino de María!

El consejo y la palabra de Montfort sobre este punto es claro y límpido. Totalmente en concordancia con el punto de vista inicial que él adopta en dos de sus obras marianas [2], a lo que había escrito

---

[1] Si se nos pide una definición del «reino de María», diríamos que este reino habrá llegado cuando, en su conjunto, la humanidad reconozca teórica y prácticamente a la Santísima Virgen todo lo que le corresponde según el plan de Dios.

[2] En «El Secreto de María», larga carta escrita a una religiosa en los primeros años de su carrera apostólica, parte del punto de vista de la santificación del alma, que sólo puede obtenerse por una gracia abundante, y para ello por la Santísima Virgen, Mediadora de la gracia, y por una grandísima devoción hacia Ella. En el «Tratado de la Verdadera Devoción» su campo de visión se amplió notablemente. Apunta directamente al reino de Jesucristo que, según su convicción, sólo puede lograrse por el reino de María, o por la práctica universalizada de una perfectísima devoción a la Santísima Virgen. Lograr esto es el fin de su libro, al que él mismo llama *«preparación al reino de Jesucristo»* (nº 227). De este libro se perdió una primera parte, que trataba sin duda del espíritu del mundo que debemos desterrar, y

sobre el «para María» en «El Secreto de María», y que retoma en su «Tratado de la Verdadera Devoción», añade en este último el aspecto del apostolado, el pensamiento del reino de la Santísima Virgen. En el fondo no hay tanta diferencia entre los dos aspectos, puesto que el reino de Cristo, en definitiva, se logra por la santificación de las almas. Pero el punto de vista del reino de Cristo, directamente mencionado, y que se debe alcanzar por el reino de su divina Madre, es en sí mismo más hermoso, más elevado, más rico, más desinteresado.

El texto «apostólico» de Montfort sobre la vida «para María» es el siguiente: *«Es menester realizar todas las acciones **para María.** Pues, como uno se ha entregado totalmente a su servicio, es justo que se haga todo para Ella, como un criado, un siervo y un esclavo; no que se la tome por el fin último de nuestros servicios, que es Jesucristo solo, sino por el fin próximo, el centro misterioso y el medio fácil para ir a El. Tal como un buen siervo y esclavo, no se debe permanecer ocioso; sino que es preciso, apoyados en su protección, emprender y realizar grandes cosas para esta augusta Soberana. Es menester defender sus privilegios cuando se los disputa; es necesario sostener su gloria cuando se la ataca; es preciso atraer a todo el mundo, si fuera posible, a su servicio y a esta verdadera y sólida devoción; es menester hablar y clamar contra los que abusan de su devoción para ultrajar a su Hijo, y al mismo tiempo establecer esta verdadera devoción; no debe pretenderse de Ella, como recompensa de los pequeños servicios, sino el honor de pertenecer a una tan amable Princesa, y la dicha de estar unido por Ella a Jesús, su Hijo, con vínculo indisoluble, en el tiempo y en la eternidad.*

*¡Gloria a Jesús en María!*
*Gloria a María en Jesús!*
*¡Gloria a Dios solo!»* [1].

Pero ¿por qué *«emprender y realizar grandes cosas para esta augusta Soberana»*? ¿Por qué tratar de *«atraer a todo el mundo a esta verdadera y sólida devoción»*? Aquí también nos hacen falta sólidas convicciones para decidirnos a adoptar esta forma preciosa de devoción mariana. Sin duda, la estima y el amor que tenemos a nuestra divina Madre podrían bastar para decidirnos a este apostolado mariano. Pero hay mucho más que eso. Para

---

del conocimiento y desprecio de sí mismo, condiciones requeridas para alcanzar el conocimiento y amor de la Santísima Virgen y de Jesús mismo.

[1] Verdadera Devoción, nº 265.

comprenderlo, debemos convencernos de la importancia, sí, de la necesidad de este *«regnum Mariæ»,* de este reino de María de que tan a menudo habla Montfort. A esta convicción querríamos llevar a nuestros lectores. De este modo habríamos contribuido a que nuestro Padre realice la misión principal que Dios le asignó para el mundo entero. Estamos persuadidos, y los hechos confirman sin cesar esta persuasión, de que Montfort es ante todo en la Iglesia de Dios, sin excluir a otros, el profeta y el apóstol del reino de María, y por medio de él, del reino de Cristo.

Por eso, en los artículos siguientes, comenzaremos por exponer las afirmaciones de nuestro Padre de Montfort sobre este reino de la Santísima Virgen en sí mismo y en sus relaciones con el reino de Cristo, afirmaciones que en su mayor parte son profecías. Luego nos esforzaremos por demostrar la verdad de estas afirmaciones y la probabilidad de la realización de estas profecías, que por otra parte ya se han cumplido parcialmente. Finalmente determinaremos la actitud que debemos tomar como consecuencia de estas consideraciones. Entonces estaremos sin duda firmemente decididos a vivir por el reino de María del modo más perfecto y completo.

## EL DEBER DEL APOSTOLADO

Todos podrán darse cuenta de que adoptamos así una de las actitudes más características de la vida cristiana en nuestra época: la orientación apostólica, la necesidad y el deber del apostolado. Esto está hoy en el aire. Vivimos en la época de la Acción Católica, que es esencialmente un movimiento de apostolado. Queda claro que el espíritu apostólico constituye una parte integrante de la vida cristiana, y existió siempre en la Iglesia, incluso entre los seglares. Pero la novedad hoy es la integración oficial en la vida de la Iglesia, bajo la acción inmediata de la Jerarquía, de estos esfuerzos de apostolado y de conquista por parte del laicado. Es una de las «cosas nuevas» que en el momento oportuno, al lado de las «cosas antiguas», el Padre de familia sabe sacar de su tesoro.

El apostolado seglar organizado es una verdadera necesidad para la Iglesia de hoy; pues en el estado actual de las cosas, el clero sería incapaz por sí solo de mantener las posiciones de la Iglesia en el mundo, y aún más de conquistar nuevas. Los Papas y los Obispos no dejan de decirlo en nuestros días: ¡el apostolado es un deber para todos los cristianos! Debemos convencernos a fondo de esta verdad, para que, después de haber comprendido ciertas verdades

importantísimas en este campo, nos decidamos también a practicar generosamente el apostolado mariano.

## LA CARIDAD HACE DEL APOSTOLADO UN DEBER

Amamos a **Dios** sobre todas las cosas, con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas. Ahora bien, amar es *«velle bonum»,* desear y querer el bien para el ser amado. Por eso querríamos engrandecer y enriquecer a Dios, hacerlo más dichoso. Afortunadamente eso es imposible, puesto que El, en Sí mismo, ya es *infinitamente* bueno, rico, grande y dichoso. Sólo podemos aumentar su *«gloria exterior»,* esto es, hacerlo conocer, amar, honrar y servir mejor por otros seres… Hacia esta meta han de tender todos nuestros esfuerzos, y esto es, a toda evidencia, hacer apostolado.

Con toda nuestra alma amamos también a **Cristo,** el Hombre-Dios. Como Dios es infinito en toda perfección; como Hombre está lleno de verdad y de gracia, y es perfectamente dichoso. Pero tiene derecho, también como Hombre, a ser conocido y glorificado. A causa de sus humillaciones y de su obediencia hasta la muerte, se le ha dado un Nombre, dice San Pablo, que está por encima de todo otro nombre; y a este Nombre toda rodilla debe doblarse en el cielo, y asimismo en la tierra y hasta en los infiernos. Todo nuestro apostolado lleno de amor debe contribuir a realizar este programa divino.

Además de esto, hemos de acordarnos que El vino para traer la luz, la verdad, la paz y la vida a las almas, y así glorificar a su Padre. Para eso vivió, y para eso quiso morir. Ahora bien, los hombres permanecen fuera de la influencia de Jesús por millones. Son casi innumerables quienes lo ignoran, quienes por consiguiente no lo aman y no se sirven de su vida llena de trabajos y sufrimientos, y viven por eso en las tinieblas y en el pecado, y son así desdichados en este mundo y se pierden por la eternidad. La obra de Cristo está inacabada, parece incluso un fracaso. Por lo tanto, nuestro amor por el Hombre-Dios debe decidirnos a darlo todo, a sacrificarlo todo por medio del apostolado, para suplir así a lo que en cierto sentido falta a la vida y pasión de Cristo.

Amamos a la **Santísima Virgen** con gran amor. Por consiguiente, debemos desear con toda nuestra alma que le sea atribuido todo lo que importa y conviene atribuirle. Y la obra de Jesús es la suya. Ella comparte, como nueva Eva, toda la obra redentora de Jesús. Los triunfos de Jesús son triunfo de Ella, los

fracasos de Jesús son también fracaso de María. Las almas también son suyas, las almas que Ella redimió con Jesús, las almas de que Ella es realmente Madre. Y así, nuestro amor por Ella no podría sufrir que, si tenemos la oportunidad de conjurar esta desgracia, las almas se vean privadas de la vida divina, o no alcancen en esta vida el grado a que estaban llamadas. También por amor a la Santísima Virgen, queremos ser apóstoles.

Y el amor del **prójimo,** este amor que Cristo nos impone con asombrosa insistencia, nos hace del apostolado un deber. Esta caridad exige de nosotros que asistamos efectivamente al prójimo; debemos vestir a los desnudos, socorrer a los enfermos, alimentar a los hambrientos, dar de beber a los que tienen sed… Multitudes de hombres sufren de todo eso, mucho más en el plano espiritual que en el plano material. Por eso es para nosotros un deber elemental que, dondequiera nos sea posible, ayudemos espiritualmente a los ciegos a ver, a los sordos a oír; que tratemos de curar a los enfermos, de saciar a quienes tienen hambre y sed, de purificar a los leprosos y resucitar a quienes duermen el sueño de la muerte. Todo eso, en cierta medida, *lo podemos:* y por lo tanto *lo debemos* hacer.

Lo repetimos una vez más: por todos estos motivos, el apostolado es para nosotros un deber. Y a cada uno de nosotros se aplica en cierto sentido la palabra de San Pablo: *«Væ mihi nisi evangelizavero!:* ¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!» [1].

Todo esto lo haremos de manera excelente por y con María. Vivir en la santa esclavitud de María ya es una buenísima manera de ejercer el apostolado. Pues de este modo le damos todo a la Santísima Virgen, para que Ella disponga libremente de todos los valores comunicables de nuestras acciones para la conversión, santificación y felicidad de nuestro prójimo.

Todo esto lo haremos de manera más perfecta aún, si nuestra vida entera se impregna de este pensamiento del apostolado, si entregamos nuestros humildes tesoros a Nuestra Señora con una intención apostólica explícita, y si de todos los modos posibles intentamos conducir las almas a Nuestra Señora, a fin de darlas por Ella infaliblemente a Cristo; si, en otras palabras, nos esforzamos por establecer el reino de María en las almas, para edificar en ellas el reino glorioso de Cristo.

[1] I Cor. **9** 16.

# V
# El reino de Cristo por el reino de María

## LA TESIS

Hay una convicción que, en estos últimos años, se difundió rápidamente por el mundo y se arraigó profundamente en las almas: y es que vivimos «la hora de María», «la era de María», «el siglo de María». El mismo Sumo Pontífice lo constató más de una vez, entre otras en las primeras líneas de la Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus: «Para Nos es un gran consuelo ver… la piedad a la Virgen María, Madre de Dios, en pleno florecimiento y crecer cada día más, y ofrecer casi en todas partes presagios de una vida mejor y más santa».* La Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María, la definición dogmática de la gloriosa Asunción de Nuestra Señora, los estudios casi obstinados de los Mariólogos para elucidar cada vez más «el misterio de María», el movimiento de vida mariana intensa inspirado sobre todo en la doctrina de San Luis María de Montfort, recientemente canonizado, la «Gran Vuelta», el viaje triunfal de Nuestra Señora de Fátima a través del mundo, la *Peregrinatio Mariæ* que se organiza en todas partes con gran entusiasmo y con resultados humanamente inexplicables, el Año Mariano que acabamos de vivir para celebrar el centenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, el establecimiento en el mundo entero de la fiesta de la Realeza universal de María, los acontecimientos de Siracusa: estas son algunas de las manifestaciones de este reino de María, que Montfort anunciaba hace más de doscientos años.

Todo esto pone a la orden del día, como una actualidad candente, la tesis del gran Apóstol de María sobre el reino de Cristo por el reino de su santa Madre. Creemos que es de utilidad general para el mundo cristiano que sean conocidas un poco más. En ninguna parte, que sepamos, se ha estudiado de cerca estas tesis. Querríamos nosotros hacerlo en este trabajo, porque podría ser decisivo para hacernos practicar el apostolado mariano, que es una segunda forma de la vida «para María», que estamos tratando por el momento: primeramente exponerlas y resaltar su significado y su alcance, y luego examinar los fundamentos en que reposa su

credibilidad. La autoridad de Montfort como santo y como teólogo debería bastar, sin duda, para hacernos aceptar razonablemente sus doctrinas. Pero pensamos que nos será extremadamente útil y convincente confrontar su tesis con la doctrina mariana de la Iglesia y de los teólogos, y establecer otros fundamentos que parecen conferir a estas afirmaciones, no sólo una seria verosimilitud, sino también, a lo que parece, una verdadera certeza moral.

¡Dígnese la Madre de la Sabiduría y la Distribuidora de todas las gracias concedernos sus luces abundantes para este estudio!

La tesis de San Luis María de Montfort, medio dogmática y medio profética, se subdivide en varias proposiciones, que vamos a formular y exponer sucesivamente.

## PRIMERA PROPOSICIÓN

**El reino de Cristo vendrá.**

*«Si, pues, como es cierto, el conocimiento y el reino de Jesucristo llegan al mundo…»* [1], escribe Montfort en una solemne declaración que concluye su admirable Introducción al «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen». Es cierto que lo dice con pocas palabras; pero esta afirmación, dado el énfasis con que la profiere, es perfectamente clara y decisiva. En «El Secreto de María» se lee también: *«¿No se podrá decir también que por María ha de venir Dios una segunda vez, como toda la Iglesia lo espera, para reinar en todas partes…?»*. Y un poco más lejos: *«Se debe creer que hacia el fin de los tiempos… Dios suscitará grandes hombres para destruir el pecado [en el mundo] y establecer en él el reino de Jesucristo, su Hijo, sobre el del reino corrompido»* [2].

Lo que será este reino de Cristo, Montfort lo deja suponer más que describirlo. Son alusiones a cosas que él considera como conocidas. En todo caso, se trata de una aceptación extraordinaria de la realeza de Cristo en el mundo, pues no deja de hablar de que entonces deben realizarse «maravillas de gracia»: *«Para entonces acaecerán cosas maravillosas en estos bajos lugares… He aquí grandes hombres que vendrán, pero que María hará por orden del Altísimo, para extender su imperio sobre los impíos, idólatras y mahometanos»* [3].

[1] Verdadera Devoción, nº 13.
[2] Secreto de María, nn. 58-59.
[3] Verdadera Devoción, nn. 217 y 59.

En su «Oración Abrasada» esta afirmación queda fuertemente confirmada bajo una forma interrogativa: *«¿No es preciso que vuestra voluntad se haga en la tierra como en el cielo, y que venga vuestro reino? ¿No habéis mostrado de antemano a algunos de vuestros amigos una futura renovación de vuestra Iglesia? ¿No deben los judíos convertirse a la verdad? ¿No es eso lo que la Iglesia espera? ¿No os claman justicia todos los santos del cielo: "Vindica"? ¿No os dicen todos los justos de la tierra: "Amen, veni Domine"?»* [1].

En otro texto no menos notable de la misma Oración sigue diciendo: *«¿Cuándo vendrá este diluvio de fuego del puro amor, que debéis encender sobre toda la tierra de una manera tan dulce y tan vehemente, que todas las naciones, los turcos, los idólatras, los judíos mismos arderán en él y se convertirán?».*

Según las leyes de una buena hermenéutica, hay que interpretar estos textos a la luz del primer texto citado, en que Montfort, del modo más neto y formal, afirma su convicción de que ciertamente vendrá el reino de Cristo.

## SEGUNDA PROPOSICIÓN

**El reino de Cristo sólo vendrá por el reino de María.**

Según Montfort, es una ley que Dios mismo se ha impuesto: *«Por la Santísima Virgen Jesucristo ha venido al mundo, y también por Ella debe reinar en él»:* estas palabras resuenan como un oráculo impresionante que sube desde los abismos de la eternidad. Con ellas el santo misionero abre su Introducción al «Tratado de la Verdadera Devoción» [2].

Y esta Introducción, después de la exposición entusiasta de las glorias de María y de sus grandezas poco conocidas, concluye con las siguientes palabras, que son tal vez las más notables que jamás haya escrito Montfort: *«Si, pues, como es cierto, el conocimiento y el reino de Jesucristo llegan al mundo, ello no será sino*

[1] Esta «Oración Abrasada», así llamada según una expresión del Padre Faber, es la introducción suplicante de la regla de los Misioneros de la Compañía de María. Henri Brémond la consideraba como una obra maestra. Es el equivalente «rezado» de la descripción de los grandes apóstoles de la Santísima Virgen, tal como se encuentra en el «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen». Se puede encontrar esta oración en el *Libro de Oro,* Secretariado de María Mediadora, pp. 728-745. También ha sido editada separadamente.

[2] Verdadera Devoción, nº 1.

*continuación necesaria del conocimiento y del reino de la Santísima Virgen, que lo dio a luz la primera vez y lo hará resplandecer la segunda»* [1].

Esta tesis es múltiple y se subdivide en varias proposiciones.

1º El reino de Cristo vendrá, vendrá ciertamente, como hemos visto, pero vendrá **de hecho** como una consecuencia del reino de su divina Madre.

2º Este reino de Jesucristo es una consecuencia **infalible** y necesaria del reino de María. Si la dominación de la Santísima Virgen se establece, se realizará también la dominación de su Hijo.

3º Este reino de Cristo vendrá **solamente** como consecuencia del reino mariano. Si el reino de María no se realiza, Jesucristo tampoco triunfará. Nuestro santo autor afirma esta exclusión de manera aún más explícita: *«La divina María ha sido desconocida hasta aquí, y esta es una de las razones por las que Jesucristo no es conocido como debe serlo»* [2].

En el pensamiento de San Luis María el reino de Nuestra Señora es, por lo tanto, una condición indispensable para el reino de Nuestro Señor, y un medio infalible para asegurarlo. Lo cual no quiere decir que la dominación reconocida de la Santísima Virgen sea la **única** condición requerida para el reino de Cristo; Montfort dice claramente que es *«una de las razones por las que Jesucristo no es conocido»*. Pero si este postulado se realiza, las demás circunstancias se darán también, pues el reino de Cristo es una consecuencia necesaria del reino de su santísima e indisoluble Socia. Y la explicación de todo esto, sin lugar a dudas, es la siguiente: que cuando se conceda a la Mediadora de las gracias todo lo que le corresponde, a causa de la adaptación íntegra de nuestra parte al plan de Dios sobre este punto, se concederán más abundantemente a la humanidad gracias de toda clase, y así se elevará rápidamente el glorioso edificio del reino de Dios.

En muchos otros lugares del «Tratado de la Verdadera Devoción» [3] Montfort repite que el reino de Nuestra Señora tiene por fin y por consecuencia establecer el reino de su Hijo. Estos textos vendrán más tarde. Hemos juzgado inútil citarlos aquí, para no sobrecargar la exposición de esta proposición.

---

[1] Verdadera Devoción, nº 13.
[2] Ib.
[3] Entre otros los nn. 48, 113 y 217.

## TERCERA PROPOSICIÓN

**Este reino de María vendrá.**

San Luis María de Montfort no afirma solamente que el reino de María es una condición necesaria y un medio infalible para establecer el reino de Cristo, sino que con total seguridad anuncia este reino: vendrá sin dudarlo, y *«más pronto de lo que uno piensa».*

Esta afirmación es tanto más admirable cuanto que se remonta al comienzo del siglo XVIII. Quienquiera esté un poco al corriente de la situación religiosa de Francia en esta época, reconocerá al punto que nadie, únicamente con datos humanos, podría haber predicho un florecimiento del culto mariano desconocido hasta entonces. El Jansenismo ejercía en esta época una grandísima influencia, lo cual le valió a Montfort, dicho sea de paso, vejaciones incesantes y verdaderas persecuciones. Bajo la conducta de la Santísima Virgen el santo había sabido preservarse totalmente de las doctrinas de la peligrosa secta, que atacaba violentamente, entre otros, el uso frecuente de los Sacramentos y una devoción mariana más profunda.

El pensamiento de Montfort sobre un siglo mariano futuro no deja ninguna duda. Varios textos, incluso tomados separadamente, dan neto testimonio de ello. Sin embargo, esta convicción se hace aún más evidente cuando se estudian estos textos en su conjunto.

*«María casi no ha aparecido en el primer advenimiento de Jesucristo… Pero, en el segundo advenimiento de Jesucristo, María debe ser conocida y revelada mediante el Espíritu Santo, a fin de hacer por Ella conocer, amar y servir a Jesucristo».*

*«Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos».*

*«Dios quiere que su santa Madre sea al presente más conocida, más amada, más honrada que nunca».*

*«Más que nunca me siento animado a creer y a esperar todo lo que tengo profundamente grabado en el corazón, y que pido a Dios desde hace muchos años, a saber: que tarde o temprano la Santísima Virgen tendrá más hijos, servidores y esclavos de amor que nunca, y que por este medio Jesucristo, mi querido Dueño, reinará en los corazones más que nunca»* [1].

[1] Verdadera Devoción, nn. 49, 50, 55 y 113.

Y describe con términos encantadores este dichoso tiempo del reino de María: *«¡Ah!, ¿cuándo vendrá este tiempo feliz…, en que la divina María será establecida Dueña y Soberana en los corazones, para someterlos plenamente al imperio de su grande y único Jesús? ¿Cuándo será que las almas respirarán a María, tanto como los cuerpos respiran el aire? Para entonces acaecerán cosas maravillosas en estos bajos lugares en los que, encontrando el Espíritu Santo a su querida Esposa como reproducida en las almas, sobrevendrá a ellas abundantemente, y las llenará de sus dones, y particularmente del don de su sabiduría, para obrar maravillas de gracia. Mi querido hermano, ¿cuándo vendrá este tiempo feliz y ese siglo de María, en el que muchas almas elegidas y obtenidas por María del Altísimo, sumergiéndose ellas mismas en el abismo de su interior, llegarán a ser copias vivientes de María, para amar y glorificar a Jesucristo?»* [1].

Aparentemente Montfort no duda de la venida de *«este tiempo feliz»,* sino que solamente se pregunta cuándo será, y aspira ardientemente a este siglo bendito de Nuestra Señora. Considerando el conjunto de los textos citados, no cabe la menor duda al respecto.

## CUARTA PROPOSICIÓN

**Este reino de María se establecerá por la práctica de la Devoción mariana perfecta.**

Esta proposición, en definitiva, se deriva de la precedente y podríamos adoptarla a priori. En efecto, en la precedente se trata de un gran reino de María, de un siglo de María, en que Ella será más conocida, amada y honrada *que nunca.* Ahora bien, hay que reconocer que la vida mariana, tal como la propone San Luis María de Montfort, es la fórmula más pura, rica, elevada y comprehensiva de la vida mariana. Por eso, difícilmente se podría hablar de siglo de María, de reino de María, mientras esta forma más excelente del culto mariano no sea conocida y practicada más que por un pequeño número de cristianos.

Montfort, por su parte, afirma del modo más formal: *«Dios quiere que su santa Madre sea al presente más conocida, más amada, más honrada que nunca, lo que sucederá, sin duda, si los predestinados entran, con la luz y gracia del Espíritu Santo, en la*

[1] Verdadera Devoción, nº 217.

*práctica interior y perfecta que yo les descubriré en lo que sigue… Se consagrarán enteramente a su servicio como sus súbditos y esclavos de amor…, y se entregarán a Ella con cuerpo y alma, sin reparto, para ser igualmente de Jesucristo»* [1].

En otra parte afirma la cosa aún más formalmente. Después de describir en magníficos términos ese tiempo feliz del reino de María en un texto ya citado, concluye netamente: *«Este tiempo vendrá sólo cuando se conozca y se practique la devoción que enseño»* [2].

Estos textos, además, se verán confirmados por los que ilustran la proposición siguiente.

## QUINTA PROPOSICIÓN

**Este reino de María será en gran parte realizado por «los apóstoles de los últimos tiempos», los cuales, por la perfecta Devoción a la Santísima Virgen, realizarán su misión grandiosa.**

Tranquilos: no vamos a adoptar ni defender la tesis de los Adventistas. No tenemos ni siquiera la intención de atraer especialmente la atención de los lectores sobre esta cuestión de los últimos tiempos [3]. ¡Es tan difícil establecer que en nuestra época se realizan las señales evangélicas de estos tiempos tan graves y peligrosos! Señalemos solamente como de paso que los tres predecesores de Su Santidad Pío XII en la Sede de Pedro parecieron indicar que estos tiempos ya han llegado. Comoquiera que sea, recogemos aquí las indicaciones de Montfort sobre el tema únicamente para realzar el papel que el santo misionero atribuye a María y a su devoción más perfecta, en estos tiempos de turbaciones y de terribles combates, que deben llevar a la victoria de Cristo.

1º Montfort sitúa en los últimos tiempos la difusión de su perfecta Devoción mariana, y por lo tanto del reino de María. *«Todos los ricos del pueblo [los mayores santos] suplicarán vuestro rostro de siglo en siglo, y particularmente al fin del mundo… He dicho que esto sucederá particularmente al fin del mundo, y pronto, porque el Altísimo con su santa Madre deben formarse grandes santos que sobrepujarán tanto en santidad a la mayoría de los otros*

[1] Verdadera Devoción, nº 55.
[2] Verdadera Devoción, nº 217.
[3] Sin embargo, debemos señalar un fenómeno actual un tanto sorprendente. Y es que en muchos lugares, incluso teológicos, se vuelve sin cesar a la idea del «retorno del Señor», a la parte escatológica de la doctrina cristiana.

*santos, cuanto los cedros del Líbano sobrepujan a los pequeños arbustos».*

*«Dios quiere, pues, revelar y descubrir a María, la obra maestra de sus manos, en estos últimos tiempos».*

*«María debe resplandecer, más que nunca, en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos: en misericordia, para volver a traer y recibir amorosamente a los pobres pecadores y descarriados que se convertirán y volverán a la Iglesia Católica; en fuerza contra los enemigos de Dios, los idólatras, cismáticos, mahometanos, judíos e impíos endurecidos, que se revolverán terriblemente para seducir y hacer caer, con promesas y amenazas, a todos aquellos que les sean contrarios; y, en fin, Ella debe resplandecer en gracia, para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Jesucristo que combatirán por sus intereses»* [1].

2º Montfort hace suya la convicción que la Iglesia tiene desde hace siglos, a saber, que en estos tiempos se levantarán santos extraordinarios, apóstoles irresistibles, que conducirán y ganarán la gran batalla por Cristo. Describe a estos «apóstoles de los últimos tiempos» en páginas de una elevadísima inspiración, que no podemos reproducir aquí [2]. El gran apóstol y profeta del reino de María cumple también aquí una misión especialísima. Determina de manera muy precisa cuáles serán los lazos de estas grandes almas con la Santísima Virgen María.

• María será la que suscitará y formará a estos grandes hombres por orden del Altísimo; Ella los iluminará, los sostendrá, los alentará y los fortalecerá por la abundancia de las gracias divinas que Ella les comunicará [3].

• Por su parte, estas almas serán «singularmente devotas de la Santísima Virgen», serán los «servidores, esclavos e hijos de María». Su grandísima Devoción mariana es descrita hasta en sus detalles: *«Ellos verán claramente, tanto como lo permite la fe, a esta hermosa Estrella del mar, y llegarán a buen puerto, a pesar de las tempestades y de los piratas, siguiendo su guía; conocerán las grandezas de esta Soberana, y se consagrarán enteramente a su servicio como sus súbditos y esclavos de amor; experimentarán sus dulzuras y sus bondades maternales, y la amarán tiernamente como*

[1] Verdadera Devoción, nn. 46, 47 y 50.

[2] Verdadera Devoción, nn. 47-48 y 54-59. Léanse también las páginas magníficas de la «Oración Abrasada», *Libro de Oro,* pp. 745-751.

[3] Verdadera Devoción, nn. 47, 48, 50, 59.

*hijos suyos bienamados; conocerán las misericordias de que está llena, y la necesidad en que están de su auxilio, y recurrirán a Ella en todas las cosas como a su querida Abogada y Mediadora ante Jesucristo; sabrán que Ella es el medio más seguro, más fácil, más corto y más perfecto para ir a Jesucristo, y se entregarán a Ella con cuerpo y alma, sin reparto, para ser igualmente de Jesucristo»* [1].

• Serán también los apóstoles de Nuestra Señora y difundirán con ardor su perfecta Devoción: *«Con una mano [estas almas] combatirán…; y con la otra mano edificarán el templo del verdadero Salomón y la mística Ciudad de Dios, es decir, la Santísima Virgen María… Llevarán a todo el mundo, por sus palabras y por sus ejemplos, a su verdadera devoción, lo que les atraerá muchos enemigos, pero también muchas victorias y gloria para Dios solo»* [2].

• Todo esto ya es admirable. Pero más admirable es su afirmación de que por medio de la perfecta Devoción a María realizarán estos grandes hombres todas estas maravillas de gracia.

Acabamos de ver que la difusión de la Devoción excelentísima a María les hará lograr «muchas victorias y gloria para Dios solo». En otro lugar Montfort afirma que *«con la humildad de su talón, en unión con María, aplastarán la cabeza del diablo y harán triunfar a Jesucristo»* [3]. En la «Oración Abrasada» Montfort afirma igualmente que los santos misioneros que él pide, *«por medio de una verdadera devoción a María, aplastarán en dondequiera que vayan, la cabeza de la antigua Serpiente».*

Está claro que Montfort considera a estos grandes apóstoles como el «talón de la Mujer», por el que Ella vencerá y aplastará a Satán, para hacer triunfar a Cristo.

Y el pensamiento total de Montfort se encuentra en un texto sintético de «El Secreto de María» para el que pedimos toda la atención del lector: *«Como por María vino Dios al mundo la primera vez en la humillación y en el anonadamiento, ¿no se podrá decir también que por María vendrá Dios una segunda vez, como lo espera toda la Iglesia, para reinar en todas partes y para juzgar a los vivos y a los muertos? ¿Quién puede saber cómo y cuándo sucederá esto? Pero sé bien que Dios, cuyos pensamientos son más encumbrados que los nuestros tanto como los cielos lo son sobre la*

[1] Verdadera Devoción, nº 55.
[2] Verdadera Devoción, nº 48.
[3] Verdadera Devoción, nº 54.

*tierra, vendrá en el tiempo y del modo más inesperado de los hombres, incluso los más sabios y versados en la Escritura Sagrada, que es muy oscura sobre este punto. Se debe creer también que hacia el fin de los tiempos, y tal vez más pronto de lo que se piensa, Dios suscitará grandes hombres, llenos del Espíritu Santo y del espíritu de María, por los que esta divina Soberana hará grandes maravillas en el mundo, para destruir el pecado en él y establecer el reino de Jesucristo, su Hijo, sobre el del mundo corrompido; y estos santos personajes lo lograrán por medio de esta devoción a la Santísima Virgen, que no hago más que esbozar y disminuir por mis debilidades»* [1].

Ciertamente que nadie se atreverá a poner en duda la inmensa importancia de estas afirmaciones de San Luis María de Montfort. Está en juego, en definitiva, lo único necesario, está en juego *todo:* el reino de Cristo, el reino de Dios. Este reino vendrá, vendrá indudablemente. Será una consecuencia necesaria del reino de María, que también vendrá, a su vez, por medio de la más amplia difusión de la perfecta Devoción a la Santísima Virgen, con la cual se identifica. Esta será asimismo el arma de los grandes apóstoles que, al fin de los tiempos, llevarán a cabo la lucha decisiva y conseguirán un glorioso triunfo para Cristo. Así, pues, el reino de Dios sobre la tierra depende del reino de María y de la Devoción mariana íntegra practicada por el mundo cristiano. Tesis audaz, se podrá decir; en todo caso, afirmación de primerísima importancia. Si Montfort tiene razón, nunca se hará lo suficiente para apresurar e intensificar este reino de María, y para practicar y difundir la Devoción mariana perfecta, que responda enteramente al plan de Dios.

Ya lo hemos dicho: la persona de Montfort, su santidad heroica, sus conocimientos teológicos profundos, los milagros que realizó y que continúa realizando, su glorificación suprema por la Iglesia: todo esto bastaría para aceptar su tesis sin mayor demostración.

Sin embargo, creemos que se puede probar lo bien fundado de sus afirmaciones, hasta llegar a la certeza moral, por una serie de argumentos. Con la ayuda de Dios y el auxilio de su santa Madre trataremos de establecerlos someramente.

---

[1] Secreto de María, nn. 58-59. Se puede observar que el tono de San Luis María de Montfort en el «Tratado» es más decidido que en «El Secreto de María». Este último es una obra de su juventud sacerdotal, mientras que el «Tratado» lo escribió hacia el fin de su vida: su pensamiento maduró y se consolidó.

# VI
# El reino de Cristo en este mundo

En nuestros últimos capítulos hemos hecho una exposición completa de las ideas de San Luis María sobre el reino de Cristo por el reino de María. Vamos a probar ahora, en cuanto se pueda, la verdad de estas afirmaciones.

Sin embargo, no es nuestra intención presentar una argumentación completa sobre cada una de las proposiciones que acabamos de recordar, particularmente por lo que se refiere al reino de Cristo en este mundo. Se trata de una cuestión extremadamente complicada, pues es uno de los aspectos de la famosa Parusía, sobre la que no se acabará nunca de discutir. Vamos a extraer de esta cuestión lo que nos parece indiscutible. Además, no se trata aquí de una cuestión específicamente montfortana, de un problema planteado sola o principalmente por nuestro santo autor mariano. Finalmente, hagamos observar también que, aun suponiendo que no tuviésemos certeza de un brillante triunfo universal de Cristo, eso no debería impedirnos tender con todas nuestras fuerzas hacia este reino de Dios por su Cristo y por María. ¡Para pelear con valentía, un valiente soldado no pide la certeza de la victoria!

En las líneas que siguen hacemos abstracción de las circunstancias de tiempo, de duración, etc. del reino de Cristo. Lo que debemos admitir como cierto, a lo que parece, juntamente con San Luis María, es que habrá en la tierra un gran triunfo de la Iglesia, un reino glorioso y universal de Cristo, sin que por eso este triunfo y este reino deban englobar individualmente a todos los hombres. Por lo que se refiere a todo lo demás decimos con Montfort: «¿Cuándo y cómo sucederá esto? Sólo Dios lo sabe: a nosotros nos toca callar, rezar, suspirar y esperar».

★

Es cierto que otros santos, además de Montfort, vivieron con este deseo y esta espera. No mencionamos más que a San Juan Eudes y a Santa Margarita María. Esta última afirmaba que el divino Corazón de Jesús no cesaba de decirle: «Reinaré, reinaré a pesar de mis enemigos».

En nuestra época este pensamiento de un gran reino de Cristo en preparación se impuso a nuestra atención. Estaba inscrito en la divisa de Pío XI. La fiesta de Cristo Rey tiene por fundamento esta esperanza. De esta expectativa nació también la Acción Católica, como ejército mundial que, bajo la conducta del Papa, de los Obispos y del clero, debe realizar esta dominación de Cristo Rey.

Sin ninguna duda la Revelación se encuentra a la base de estas esperanzas. Numerosos textos del Antiguo Testamento, especialmente en los Salmos, anunciaron y cantaron este reino universal de Dios:

*«Todos los reyes se postrarán ante El, todas las naciones le servirán»* [1].

*«Vendrán todas las naciones a postrarse ante Ti, Señor, y a dar gloria a tu nombre; pues Tú eres grande y obras maravillas, y sólo tú eres Dios»* [2].

*«Se recordarán y volverán a Yahvéh todos los confines de la tierra, ante El se postrarán todas las familias de las gentes. Que es de Yahvéh el imperio, y El domina sobre las naciones»* [3].

La doctrina del reino de Dios vuelve sin cesar a los labios de Jesús. Es preciso que este reino se extienda y sea predicado en todas las naciones. Es también el objeto de su oración. Y el fundamento más sólido, al parecer, de esta convicción de un reino resplandeciente de Dios en el mundo es la oración de Cristo, la que por El, por su divina Madre y por toda la Iglesia fue y es dirigida a Dios millares de veces. Es absolutamente imposible que esta oración no sea oída: *«Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad,* ***así en la tierra*** *como en el cielo»:* ¡triple fórmula para pedir en definitiva una sola cosa, lo único necesario!

En un tema de tanta importancia aspiramos a la certeza. Se podría objetar que en muchos textos del Antiguo Testamento e incluso del Nuevo parece tratarse del triunfo de Cristo y del reino de Dios en el cielo después del juicio final. Afortunadamente, tenemos en el Nuevo Testamento un gran número de textos que predicen con toda evidencia un triunfo magnífico y un reino de Cristo de cierta duración en la tierra. A la luz de estos textos, y dada la unidad de la Escritura, que no constituye en definitiva más que una sola Biblia,

[1] Sal. **71** 11.
[2] Sal. **85** 9-10.
[3] Sal. **21** 28-29.

esto es, un solo Libro, nos está permitido interpretar en este sentido los pasajes menos claros del Antiguo Testamento. Así, por ejemplo, tenemos el famoso texto de San Pablo a los Romanos: *«No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio…: el endurecimiento parcial que sobrevino a Israel durará hasta que entre la totalidad de los gentiles. Y así todo Israel será salvo»* [1]. Lo que quiere decir que todas las naciones paganas reconocerán a Cristo y que también el conjunto de Israel adherirá a su doctrina. Salta a la vista que esto es, con otros términos, el anuncio de una dominación universal de Cristo.

El Apocalipsis es un libro profético y misterioso, y es muy difícil aplicar sus diversas partes a acontecimientos determinados. Pero o las palabras no tienen ningún sentido, o hay que admitir que textos como los que siguen se refieren a gloriosos triunfos de la Iglesia, y por lo tanto al reino de Dios y a la dominación de Cristo.

*«El séptimo Angel tocó la trompeta, y entonces sonaron en el cielo fuertes voces que decían: "Ha llegado el reinado sobre el mundo de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos"».* Y los veinticuatro Ancianos entonan entonces el cántico: *«Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, Aquel que es y que era, porque te has revestido de tu inmenso poder para establecer tu reinado»* [2].

Después de la victoria de la Mujer sobre el Dragón, resuena un nuevo cántico: *«Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios y la potestad de su Cristo»* [3].

El triunfo de la Iglesia y el reino del Señor en tiempos que precedan a la consumación de todas las cosas en este mundo desencadena como una tempestad de aclamaciones: *«¡Aleluya! Porque ha establecido su reinado el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria»* [4].

La visión bien conocida del Dragón encadenado y del Abismo cerrado por una duración simbólica de mil años, no tiene otro significado que el de una gran victoria de la Iglesia y de Cristo, antes de un tiempo muy breve de una última lucha terrible, que será ganada igualmente por Cristo y por su Iglesia: *«Luego vi a un Angel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del Abismo y una*

[1] Rom. **11** 25-26.
[2] Apoc. **11** 15-17.
[3] Apoc. **12** 10.
[4] Apoc. **19** 6.

*gran cadena. Dominó al Dragón, la Serpiente antigua —que es el Diablo y Satanás— y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al Abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan los mil años. Después tiene que ser soltado por poco tiempo»* [1].

A pesar de todas las divergencias de interpretación de los Libros Santos, en particular del Apocalipsis, parece que del conjunto de estos textos se desprende la neta seguridad de un gran triunfo y de un reino universal de Cristo en este mundo. Por lo tanto, Montfort no edificó sobre la arena su afirmación de que *«es cierto [que] el conocimiento y el reino de Jesucristo llegan a este mundo»* [2].

Vivimos en una época de luchas formidables, de esfuerzos casi desesperados de la Iglesia para ganar esta batalla mundial para Dios y para su Cristo.

Que el Aleluya del Apocalipsis resuene anticipadamente en nuestros corazones y alegre nuestras vidas. La victoria es segura. Un último testigo, el sublime San Pablo, lo proclama: *«Es preciso que El reine, hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies»* [3]. Cristo vencerá a todos sus enemigos sin excepción, y los vencerá antes que a la muerte (por la resurrección), que será el último enemigo vencido por El [4].

[1] Apoc. **20** 1-3.
[2] Verdadera Devoción, nº 13.
[3] I Cor. **15** 25.
[4] I Cor. **15** 26.

# VII
# El reino de María

La doctrina del reino de Cristo en este mundo y los argumentos que lo apoyan son de dominio común. No era preciso, pues, que lo expusiéramos y demostrásemos ampliamente. Pero llegados ahora al pensamiento central de Montfort en esta materia, debemos presentar más detenidamente las pruebas de la objetividad de su tesis: la conexión estrecha, libremente querida por Dios, entre el reino de María y el de su Hijo adorable. Nadie, que sepamos, afirmó tan netamente como Montfort, no sólo ya la dependencia real, aunque oculta, de este reino respecto de la intervención de María, sino también la conexión entre el conocimiento y reino de María y el conocimiento y reino de Cristo. Y es que esta dependencia es tan real como la Mediación universal de María en relación a toda gracia; ya que el establecimiento del reino de Dios es una gracia, o mejor dicho una poderosa confluencia de gracias, y en definitiva la gracia más preciosa que pueda concederse al mundo.

Montfort habla aquí, al menos en parte, como profeta: su admirable doctrina mariana —y sus previsiones sobre el futuro del reino de Dios por María forman incontestablemente parte de ella— la aprendió por revelación: *«He aquí un secreto que el Altísimo me enseñó, y que no he podido encontrar en ningún libro antiguo ni moderno»* [1].

Pero unas revelaciones particulares, por muy seriamente que parezcan establecidas, no pueden ser el fundamento principal de nuestras actitudes sobrenaturales. Todo lo que es objeto de revelaciones privadas, incluso y sobre todo lo que parece salir de los límites de la doctrina comúnmente admitida y de las prácticas ascéticas generalmente aceptadas, debe ser confrontado con el dogma católico y la práctica de la Iglesia. Una proposición, nueva en apariencia, sólo puede ser aceptada si se manifiesta conforme a esta doctrina; igualmente, sólo se impone a nuestro asentimiento si parece derivarse naturalmente de ella.

Ahora bien, estamos persuadidos de que la doctrina de Montfort sobre el reino de María, y la conexión estrecha y necesaria

[1] Secreto de María, nº 1.

de este reino con el de su Hijo, no sólo no está en contradicción con la doctrina cristiana generalmente admitida, sino que al contrario se adapta a ella perfectamente; es más, se deriva de ella, si no con plena certeza, sí al menos con una grandísima verosimilitud.

La doctrina de Montfort a este respecto es nueva en cierto sentido. Es una de estas «novedades» que el Padre de familia, al lado de las cosas antiguas, saca de vez en cuando de su tesoro. Es un ejemplo, al lado de otros que se confirman en nuestros días, de esta «evolución del dogma» sanamente comprendida, y que no es más que la comprensión más neta y completa que la Iglesia va teniendo, bajo la acción del Espíritu de Dios, de las verdades contenidas en germen desde siempre en el tesoro de la Revelación, y acompañada consiguientemente por una adaptación práctica más completa a una verdad más claramente comprendida.

La conformidad de la doctrina de Montfort con las verdades enseñadas comúnmente en la Iglesia debe manifestarse, ante todo, por lo que se refiere al reino de María considerado en sí mismo; y luego en su necesaria conexión con el reino de Cristo.

★

Uno de los argumentos de San Luis María de Montfort en favor del reino de María es el siguiente:

María es la obra maestra de Dios después de la santa Humanidad de Jesús, una obra maestra de su Sabiduría, de su Amor y de su Omnipotencia. Dios quiere que esta obra maestra sea conocida y que por ella los hombres le tributen gloria y acción de gracias, no sólo más tarde en el cielo, sino ya aquí en la tierra. Por eso, Dios ha querido en estos últimos tiempos revelar y descubrir a María, que anteriormente no había sido conocida suficientemente.

El punto débil de esta argumentación, para cierto número de cristianos y también de sacerdotes, estaría en la afirmación de que María no es suficientemente conocida, amada y honrada. Temerían más bien que no haya exceso en la materia.

Esta objeción prueba precisamente, por parte de quienes la formulan, un conocimiento imperfecto del «misterio de María», que tiene como consecuencia que juzguen ampliamente suficiente la parte que corrientemente se concede a la Madre de Jesús en la vida cristiana.

A Montfort, por su parte, le parecía en su tiempo *«que la divina María ha sido desconocida hasta aquí»,* lo que evidentemente debe

entenderse de un conocimiento insuficiente. El Padre Faber, hablando —es cierto— de su época y de su país, constataba que la devoción a la Santísima Virgen era débil, raquítica y pobre; que particularmente su ignorancia de la teología le quitaba toda vida y dignidad. Y atribuía a *«esta sombra indigna y miserable, a la que nos atrevemos aún a dar el nombre de devoción a la Santísima Virgen»,* todas las miserias, todas las tinieblas, todos los males y todas las omisiones de que hablaba.

Sin ninguna duda tenemos que reconocer que en estos últimos tiempos han habido progresos inmensos en materia de mariología, como veremos detalladamente más lejos. Pero si examinamos las cosas desde más cerca, ¡cuántas lagunas quedan aún por colmar, para que la Santísima Virgen —sin hablar de los mil quinientos millones de no cristianos— ocupe íntegramente en el conocimiento teórico y en la vida práctica de nuestros cristianos el lugar que le corresponde según el plan divino! Sólo entonces se podrá hablar del «reino de María».

No hace mucho tiempo nos encontramos, en la diócesis del difunto Cardenal Mercier, con cristianos practicantes y además muy instruidos, que nos miraron con extrañeza cuando les hablamos de la Mediación universal de María. ¿Cuántos fieles tienen una noción exacta de la Corredención? ¿Cuántos cristianos se dan perfectamente cuenta de que la Maternidad espiritual de Nuestra Señora es una Maternidad real, verdadera, y no una maternidad en sentido metafórico? ¿Qué se sabe, incluso en los medios teológicos, de la realeza de María, o al menos del modo concreto como se ejerce? Hemos tenido que dar a menudo, delante de auditorios de sacerdotes, una síntesis del misterio de María y de las consecuencias que comporta lógicamente; y muchas veces hemos escuchado esta reflexión: «Para nosotros es una revelación».

Cuando se estudia atentamente el plan de Dios, cuando se está obligado a comprobar que en este plan María está presente siempre y en todas partes, que Dios la ha querido y colocado junto a Cristo en todas las fases de su obra salvífica, en la Encarnación, en la Redención, en la Santificación de las almas, y eso no sólo en sus grandes líneas, sino también en los más mínimos detalles de esta obra —por ejemplo en la distribución actual de toda gracia—, uno siente que, a pesar de todos los progresos realizados, aún estamos lejos del ideal en este punto, lejos del «reino de María», que reclama que por principio introduzcamos a María en todas las manifestaciones y en todos los aspectos de la vida cristiana.

Bajo la conducta suprema del Espíritu de Dios, bajo la dirección e influencia del Papa y de los Obispos, por el trabajo encarnizado de los teólogos y sabios, por todo esto sostenido con la aportación de inmensas energías de oraciones y sacrificios, el misterio de María, poco a poco, debe ser plenamente destacado, y este conocimiento debe ser llevado al pueblo cristiano por los sacerdotes y por los apóstoles seglares. Y cuando el mundo cristiano, por la gracia de Dios y bajo la conducta de la Iglesia, haya adaptado plenamente su vida espiritual a este conocimiento bendito, entonces se podrá decir: *«Pervenit in vos regnum Mariæ:* ha llegado a vosotros el reino de María».

★

Otra consideración, a nuestro parecer, encuentra aquí su lugar.

La Iglesia es un organismo vivo, y por consiguiente un organismo que crece y se desarrolla, con un crecimiento que debe notarse, no sólo de manera extensiva con la conquista para su doctrina y su vida de masas humanas cada vez más numerosas, sino también por una vida y actividad cada vez más rica, plena e intensa en su propio seno. Hay progreso en las obras de Dios. Sus empresas para la santificación de las almas, y por lo tanto para su propia glorificación, se producen según una línea ascendente. En la economía de la salvación, tal como la vemos desarrollarse, hay algo que, con conmovido agradecimiento, nos haría decir a Dios como el maestresala de las bodas de Caná: *«Tú has guardado el buen vino hasta ahora».* Parece que lo que la revelación cristiana contiene de más hermoso, elevado y precioso, debe ser mejor comprendido y vivido a medida que progresan los tiempos. ¿No es este el caso de la vida de la gracia, de la santa Misa, de la doctrina del Cuerpo místico, de la inhabitación de Dios en nuestra alma, y asimismo de los misterios del amor de Dios a nuestras almas por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús?

Ahora bien, ¿no es una de las invenciones más sublimes y preciosas de la Providencia paterna de Dios hacia nosotros —¡habría podido ser de otro modo!— que también la Mujer tenga su parte en la redención y santificación de las almas, que por su influencia se obtenga un perfeccionamiento accidental de las obras de Dios, al que Billot llama tan justamente el *«melius esse Redemptionis»,* una mejor realización de la Redención, y por consiguiente una mejor realización de la santificación y de toda la obra de salvación, una mejora maravillosa de esta difícil empresa, un brillo precioso de que

se verá revestida, un atractivo especial de que estará impregnada, la nota femenina y materna, tan dulce y atractiva, de que se verá marcada toda la economía de salvación, del mismo modo que el orden de la caída lleva tan claramente la marca de Eva y de sus hijas?

¿No parece aceptable y conforme a la línea de la Providencia divina, que en este elemento tan dulce, atractivo, lenitivo y encantador del cristianismo, se deje sentir un *crescendo poderoso* querido por Dios, sobre todo en tiempos de persecuciones y de pruebas; que entonces, para suavizar los sufrimientos y las penalidades, la Mujer ideal, la Madre bondadosísima, sea puesta de relieve más que nunca, y que más que nunca María sea conocida, amada, honrada y servida; lo que, en otras palabras, significa el reino de Nuestra Señora?

★

Todas estas consideraciones no carecen de fundamento. Se dirá tal vez que son sólo argumentos de conveniencia. Tal vez. Pero, una vez más, no hay que subestimar el valor de este tipo de argumentos en el mundo sobrenatural. **Nosotros** mismos hacemos ordinariamente, a no ser que estemos retorcidos, lo que nos parece ser conveniente. ¿Que deberemos decir entonces de Aquel que es la Santidad infinita, la misma Bondad y el mismo Amor?

En todo caso, hay que admitir que los argumentos expuestos hasta aquí nos hacen aceptable el *«regnum Mariæ».* En las siguientes consideraciones nos parece ver un verdadero argumento, que confiere a esta tesis, si no la certeza, al menos sí una seria posibilidad.

María es para Cristo, el nuevo Adán, una nueva Eva: esto es, *«adiutorium simile sibi»,* una ayuda semejante a El. Este es uno de los principios fundamentales de la Mariología, tal vez el más rico de todos, pero en todo caso un principio aceptado por todo el mundo y fuertemente resaltado en estos últimos años. María, semejante a Cristo por su plenitud de gracia y sus incomparables virtudes, y asimismo por la incomparable grandeza de su Maternidad divina, debe ser su Colaboradora universal en todas sus obras y en todos sus misterios. Los teólogos concluyen de este principio que —en su modo subordinado de nueva Eva, pero realmente— Ella debe compartir con Cristo todo lo que El puede, hace o posee. Y así, porque El es Redentor, Mediador y Rey, María ha de ser Corredentora, Mediadora y Reina. Es una exigencia de esta

asociación indisoluble que Dios ha querido entre Cristo y Ella. Este razonamiento no se encuentra sólo en los Mariólogos, sino muy frecuentemente también en las Encíclicas papales, e incluso muy recientemente en la Constitución apostólica sobre la Asunción, *Munificentissimus Deus,* y en la Encíclica sobre la realeza de María, *Ad cæli Reginam.*

Ahora bien, hemos visto que Cristo reinará en la tierra, sobre los hombres viadores, y no solamente sobre los bienaventurados del cielo. Por eso podemos concluir: tampoco en esto será separada María de su Hijo y Esposo espiritual, y por eso compartirá con El el amor, la sumisión y los homenajes de los individuos y de las naciones: ¡juntamente con Cristo, María reinará en el mundo!

Este razonamiento se hace más apremiante aún, cuando se recuerda que María compartió la vida oculta, pobre y sufriente de Jesús; Ella tuvo parte en su Pasión y en su muerte. Con El, Ella fue la *«Ancilla Domini»,* la Esclava del Señor, y como tal se hizo obediente con El hasta la muerte de cruz de su Hijo, que le fue más dolorosa que si Ella misma hubiese tenido que sufrir esos tormentos…

Y si, a causa de esto, le ha sido dado a Cristo un Nombre que está por encima de todo nombre, de suerte que toda rodilla debe doblarse ante El en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos, ¿podremos pensar que, al comenzar para El esta glorificación, se rompa de repente la «asociación» de María con El, de modo que Ella quede relegada en el silencio, en el olvido…? ¡Mil veces no! ¡Sentimos enseguida que es algo imposible! [1].

María está siempre y en todas partes junto a Jesús: ¡sí, en la pobreza, en el anonadamiento y en el sufrimiento, y también en el triunfo y en la gloria, sentándose a su derecha en la eterna gloria del Padre, pero colocada asimismo como Reina junto al Rey inmortal, para recibir los homenajes, el amor, el agradecimiento y la sumisión de la humanidad sobre la tierra! ¡El reino de María ha de llegar, porque la dominación de Cristo es segura!

*«Dios quiere revelar y descubrir a María»,* dice el Padre de Montfort, *«porque Ella se ocultó en este mundo y se puso más abajo*

[1] Quienes hayan leído atentamente la Encíclica *Ad cæli Reginam* del 8 de septiembre de 1954 habrán quedado asombrados por el hecho de que Pío XII subraye fuertemente la doctrina de la íntima e universal asociación de María con Cristo a título de nueva Eva, y desarrolle ampliamente, como segundo fundamento de la realeza de María, su función de Corredentora.

*que el polvo por su profunda humildad»* [1]. Así se cumple una vez más la ley formulada por Jesús: *«Quien se humilla será ensalzado».*

[1] Verdadera Devoción, nº 50.

# VIII
# Lazo necesario entre el reino de Cristo y el reino de María

Hemos constatado hasta aquí la certeza del reino de Jesús, y probado, al menos con gran verosimilitud, que llegará igualmente el reino de Nuestra Señora. Ahora hemos de controlar, a la luz de la teología, las afirmaciones de Montfort sobre el lazo necesario que él establece entre el reino de María y el de su Hijo.

A nadie se le escapa la importancia de esta cuestión, tanto desde el punto de vista cristiano en general como desde el punto de vista específicamente montfortano. En definitiva, es el punto central de la doctrina y de la práctica montfortana. A causa de esta conexión, que le parecía fuera de toda duda, San Luis María se convirtió en el infatigable apóstol de María por la palabra y por los escritos. ¿Acaso no llama a su Tratado *«una preparación al reino de Jesucristo»?* Y toda su actividad mariana se encuentra orientada finalmente a la dominación de Jesucristo, como no deja de repetirlo.

## UNIDAD DEL PLAN DIVINO

Dios es adorablemente Uno en su Esencia, y por lo tanto adorablemente simple y consecuente en sus obras. Maravillosa es la armonía, la coordinación y la interdependencia de ser y de operaciones que El hace reinar en el orden de la naturaleza. Mucho más maravillosa aún es la armoniosa unificación, que encontramos por todas partes, en sus obras de gracia. Por ejemplo, ¿no podemos reducir toda la economía de la salvación a la unión de la humanidad con Dios en Cristo, esto es, primero la unión personal con la Humanidad santa de Jesús, y luego la unión de gracia de toda la humanidad con El en el Cuerpo místico de Cristo? Y ¿quién no se admira de que la «divinización» del hombre por la gracia se opere por los mismos órganos que la «humanización» de Dios, especialmente por lo que se refiere al papel de la Santísima Virgen?

¡Qué verosímil es desde entonces que Jesús, que vino al mundo por María, tenga también que reinar por Ella en el mundo!

¡Qué verosímil es que la Santísima Virgen, que cumplió en su primera venida un papel tan decisivo y múltiple de mérito, de oración, de consentimiento y de cooperación física, tenga que cumplir, en lo que llamamos su segunda venida para reinar sobre los hombres, un papel importante, aunque sea de manera distinta!

¡Qué natural parece que donde la salvación de los hombres comenzó por María, sea también completada por su influencia!

El paralelismo sublime de las obras de Dios, ¿no reclama que Aquella que nos dio al Redentor, al dulce Salvador de Belén, nos traiga también al Triunfador invencible, que debe pisotear a todos sus enemigos y reinar sobre la humanidad en la caridad?

Sentimos espiritualmente que María sigue siendo el Camino real, puro y espléndidamente preparado, por el que Cristo vino a nosotros, sigue viniendo y vendrá siempre en todas sus venidas y en todos sus advenimientos.

María es siempre y en todas partes la dulce y radiante Aurora, que precede, anuncia e introduce al deslumbrador Sol de justicia…

Sabemos que todo esto son argumentos de conveniencia… Pero el alma cristiana tiene la intuición de que a todo esto hay que concederle gran importancia, hasta el punto de persuadirse de que ha debido hacerse más o menos así, y que, por decirlo así, no podía ser de otro modo. ¿No es acaso un gran teólogo el que, aunque fuese para otro punto de doctrina, se atrevió a razonar así: *«Potuit, decuit, ergo fecit…:* Era posible, era conveniente, luego Dios lo hizo»? [1].

Repasa pausadamente el misterio de María en su conjunto… Considera cómo en el pensamiento de Dios, en el plan de Dios, en la predestinación de Dios, Ella no está separada de Cristo; cómo Ella se encuentra unida a su prehistoria en las figuras y profecías del Antiguo Testamento [2], en su historia en este mundo, en su Encarnación y en su infancia, en su vida pública, en su muerte, en su resurrección y en su ascensión a su Padre… Acuérdate cómo, por su cooperación libremente pedida y libremente consentida, todas las obras de gracia, la Encarnación, la Redención, se cumplieron por Ella; cómo todas las operaciones que son consecuencia de la Encarnación y de la Redención se siguen cumpliendo por Ella a título de Mediadora de todas las gracias; y cómo Dios le hace ejercer aquí una actividad multiforme… Desde entonces, salta a la vista que

[1] Uno de los argumentos aducidos por Su Santidad Pío XII en favor del dogma de la Asunción no tiene, en el fondo, más base que esta.

[2] San Pío X tiene textos muy notables sobre este tema en su Encíclica *Ad diem illum.*

también para la consumación provisoria de todas estas obras sin excepción, le concede a la Santísima Virgen una influencia importante y múltiple, y que, de más de un modo, Ella ayuda a realizar el reino de Dios; que Ella lo realiza por la acción subjetiva de la gracia, que a Ella está reservada; y que también su glorificación y el irresistible atractivo que Ella ejerce sobre la humanidad como Mujer y como Reina, conduce infaliblemente a la elevación de su Hijo sobre el trono del corazón de los hombres, y a su reino de caridad en el mundo…

Así se puede seguir una sola y misma línea en toda la obra maravillosa de Dios; así la divina sinfonía de la historia humana queda construida sobre un mismo tema en dos fragmentos, tema que encontraremos sin cesar en esta composición maravillosa, retomada en todos los tonos, desarrollada en todos los ritmos, para culminar finalmente en un coro grandioso, deslumbrador…

Quien reflexiona y reza, se dará cuenta de que la tesis del reino de Cristo por el reino de María se adapta maravillosamente a todo lo que sabemos sobre la economía divina de la salvación, y es un postulado muy neto y exigente del corazón cristiano, del alma cristiana, del sentido cristiano… [1].

## LA LEY DE LA RECIRCULACIÓN

Presentamos ahora un argumento teológico, al que pensamos que nadie podrá negarle un serio valor.

[1] San Luis María de Montfort, cuyo pensamiento exponemos y comentamos aquí, formula del siguiente modo la ley que Dios se impuso, y de la que la tesis del reino de Cristo por el de su santísima Madre no es más que una aplicación: *«Digo… que, supuestas las cosas como son, habiendo querido Dios comenzar y terminar sus más grandes obras por la Santísima Virgen desde que la formó, es de creer que no cambiará de conducta en los siglos de los siglos, pues es Dios y no cambia en sus sentimientos ni en su conducta»* (Verdadera Devoción, nº 15). Estos textos son como el eco de las palabras bien conocidas de Bossuet: *«Desde el momento en que Dios quiso darnos una vez a Jesucristo por la Santísima Virgen, este orden ya no cambia, pues los dones de Dios son sin arrepentimiento. Es y siempre será cierto que, habiendo recibido por la caridad de María el principio universal de la gracia, hemos de seguir recibiendo por intermedio de Ella sus diversas aplicaciones en todos los distintos estados que componen la vida cristiana. Como su caridad materna contribuyó tanto a nuestra salvación en el misterio de la Encarnación, que es el principio universal de la gracia, seguirá contribuyendo eternamente en todas las demás operaciones que no son más que sus consecuencias»* (Sermón para la Concepción de la Santísima Virgen).

El plan de Satán, muy logrado, fue el siguiente: perder al hombre por la mujer, y por ellos a todo el género humano. El papel de la mujer es de introducción, de preparación, y más tarde de cooperación; el papel del hombre, por su parte, es decisivo y de terminación.

Dios sigue a Satán, por decirlo así, en el terreno elegido por él, y lo bate con sus propias armas. Puesto que en el orden de la caída todo comenzó por la mujer, María se encontrará al principio del orden de la restauración y de la salvación. Todo comienza por Ella. Ella aparece la primera en este mundo, Ella es la primera en triunfar contra el demonio por su Concepción Inmaculada, aunque lo haga *«in virtute Christi»,* en virtud de los méritos previstos del Hombre-Dios. María nos da a Cristo, y esto después de su coloquio con el Angel, que es el equivalente encantador de las tratativas fatales de Eva con el ángel de las tinieblas. Todo, pues, comienza por María, pero se consuma y se termina por y en Cristo. María no podía salvarnos; la vida y la muerte de Jesús eran indispensables para ello, y en esta vida y muerte salvadoras Ella tuvo su parte subordinada, pero real. Y en la aplicación a los hombres de los frutos del Sacrificio de Jesús, al que Ella participó, Ella es la Colaboradora de Cristo, el Canal por el que los torrentes de gracias del Corazón de Jesús llegan hasta nosotros, convirtiéndose así realmente en la *«Madre de todos los vivientes».*

Este es el plan de Dios en el orden de la gracia y de la vida, como respuesta a la infernal astucia de Satán.

Pero démonos cuenta de esto: la salvación y santificación de los hombres, incluso su bienaventuranza, no es ni puede ser un fin último para Dios. Son fines subordinados, y medios para asegurar su gloria y su reino. Pues, en definitiva, Cristo no es para nosotros, sino nosotros para Cristo: *«Todo es vuestro; y vosotros de Cristo»* [1]. Sin lugar a dudas, la glorificación de Dios y de su Cristo es de suyo más importante que la salvación de todos los hombres, considerada como tal. La gloria de Dios y el reino de Cristo, que son en el fondo la misma cosa, es un fin superior a la salvación, a la santificación e incluso a la bienaventuranza eterna de los hombres. Y si miramos estas cosas más de cerca, la salvación y santificación de las almas se identifica con el reino de Dios y la dominación de Cristo, considerados desde un ángulo especial, pues el reino de Dios

[1] I Cor. **3** 23.

consiste en resumen en dar a Dios y a Cristo lo que les corresponde, y en esto estriba la justicia y perfección de los hombres.

Así, pues, tenemos dos datos: por una parte sabemos que en la obra de la caída, y por lo tanto también en el orden de la restauración o de la salvación, todo comienza por la mujer y se termina por el hombre; y, por otra parte, tenemos la certeza moral del reino de Cristo, nuevo Adán, y de María, nueva Eva.

¿No se impone entonces la conclusión: por lo tanto, el reino de Cristo debe llegar por el reino de María, como la caída de Adán llegó por la caída de Eva, y como la restauración de la humanidad es la obra de Cristo consecuentemente a la operación de María? ¿Y podría ser de otro modo? De no ser así, ¿no habría un hiato en el encadenamiento de las obras divinas, un error en la realización de los planes del divino Arquitecto, una ruptura repentina en la admirable y sublime lógica de la economía de la salvación, una excepción injustificada a las leyes que Dios mismo se fijó y a las que, por otra parte, se ha mantenido escrupulosamente fiel?

No, el reino de Cristo, al establecerse en toda su extensión y en su pleno esplendor, no será y no podrá ser más que una consecuencia de la dominación de María reconocida casi universalmente. También en esto el papel de la Mujer será un papel de preparación y de introducción al triunfo del Hombre. *«A Jesús por María»* no ha de aplicarse solamente en la historia individual de las almas, sino que también debe realizarse en el plano mundial y en la historia de toda la humanidad y del reino de Dios. ¡A la realeza universal de Cristo por el triunfo de María, por una devoción intensificada y perfecta a Nuestra Señora! El reino de María, cuyos felices comienzos y gloriosos progresos contemplamos, es la Aurora infinitamente consoladora que anuncia infaliblemente los esplendores del Astro real y divino… Y estaríamos tentados de cantar desde ahora un *Magnificat* de júbilo por lo que ya podemos ver que ha de realizarse en el futuro.

## TRIUNFADORA DE TODAS LAS BATALLAS DE DIOS [1]

He aquí otra consideración de orden dogmático, que nos parece de gran valor y de considerable fuerza probadora. La dominación mundial de Cristo en la caridad y su reino en el mundo serán una

[1] Esta fórmula espléndida, y tan cierta, es de Pío XII.

**victoria,** un triunfo espléndido, obtenido a costa de luchas terribles y a través de espantosas persecuciones. Es la doctrina cristiana, netamente manifestada en la Escritura y especialmente en el Evangelio, en las Epístolas apostólicas y más particularmente aún en el Apocalipsis. Hacia el fin de los tiempos todas las fuerzas de ambas partes se comprometerán en la lucha, de modo semejante a como se movilizan todos los recursos combativos de los ejércitos para la batalla final de una guerra. Satán se servirá de su experiencia secular en este plano, y *«sabiendo que le queda poco tiempo»,* producirá su obra maestra de orgullo, de malicia, de odio y de poder, el Anticristo y sus satélites, para intentar aprovechar su oportunidad suprema en una lucha mundial, que para su vergüenza y confusión, como ya sabemos, será su derrota aplastante y un triunfo glorioso y definitivo para Cristo y su Iglesia.

Ahora bien, María deberá tener parte en esta lucha y jugar en ella un papel decisivo, y por consiguiente manifestarse de manera totalmente especial, lo que equivale a su reino en esta tierra. Ella logrará esta victoria espléndida para Cristo, que se oculta por decirlo así detrás de Ella, como la Serpiente, en el caso de Adán, se había ocultado detrás de Eva. O, si se quiere, Cristo conseguirá en Ella y por Ella este triunfo que inaugura su reino, y realmente se identifica con él. Y como todo entonces será llevado a su apogeo, el furor de los ataques de Satán, el despliegue del poder invencible de Cristo, y por consiguiente también la parte especial de María en la lucha y en el triunfo, es evidente que María será *«más conocida, amada y honrada que nunca»,* lo que equivale al reino de María. *«María debe resplandecer más que nunca en misericordia, en fuerza y en gracia en estos últimos tiempos…: en fuerza contra los enemigos de Dios…, que se revolverán terriblemente para seducir y hacer caer, con promesas y amenazas, a todos aquellos que les sean contrarios…; en gracia, para animar y sostener a los valientes soldados y fieles servidores de Jesucristo, que combatirán por sus intereses»* [1].

Todo esto puede deducirse de la doctrina católica conocida.

La Iglesia ve en María a la Adversaria personal de Satán, que debe triunfar contra él por y para Cristo. Por eso instituyó fiestas para conmemorar acontecimientos que prueban la influencia decisiva de la Santísima Virgen en las grandes luchas por el reino de Dios: la fiesta del santo Rosario, la del santo Nombre de María, la

[1] Verdadera Devoción, nº 50.

de Nuestra Señora Auxilio de los Cristianos… Expresa y canta su convicción y su alegre agradecimiento en este punto con textos que nunca podrían meditarse lo suficiente: *«El Señor ha derramado sobre ti bendiciones, comunicándote su poder: pues por medio de Ti ha aniquilado a nuestros enemigos»* [1]. Afirmación aún más fuerte y universal: *«¡Tú sola has destruido todas las herejías en el mundo entero!»*. Fuertísima afirmación, en efecto: **Tú,** Tú **sola, todas** las herejías, en el mundo **entero…** Se diría que la Iglesia teme no expresar su pensamiento con suficiente claridad, ni con bastante fuerza. Es evidente que aquí hay que ver, implícitamente expresada, una ordenación divina. Siempre será así. Cada victoria, individual o colectiva, lograda contra Satán por un pobre pecador o por un santo religioso, por la Iglesia entera o por una u otra nación cristiana, será siempre obra de Ella, después de Cristo y de Dios [2].

Los Papas no se cansaron de repetir casi hasta la saciedad, sobre todo en las horas de angustia, que sólo María puede darnos la victoria. No es este el lugar para citar dichos textos. Son realmente legión. Desde Pío IX hasta Pío XII, todos los Papas insistieron en esto, y Pío XII no fue ciertamente el que menos.

Y también por eso, quien sigue atentamente la historia de la Iglesia, verá desarrollarse la devoción mariana al mismo tiempo y en la misma proporción que los ataques de Satán contra la humanidad, cada vez más peligrosos y llenos de odio.

Así, en el siglo XIX, frente a la violencia creciente del infierno, que pone en acción entre otros a la francmasonería, el naturalismo, el racionalismo, el socialismo, el laicismo, el modernismo, el espíritu revolucionario, etc., vemos también cómo María sube cada vez más alto en el horizonte de la Iglesia: ¡María bella como la luna, radiante como el sol, pero también María terrible como todo un ejército en orden de batalla!

## EN NUESTROS DÍAS

En nuestro tiempo se puede decir que la lucha alcanzó su paroxismo. Satán movilizó contra la Iglesia el nacional-socialismo, que, de haber triunfado, hubiese tratado de aniquilar el cristianismo,

[1] Jud. **13** 22.

[2] En este orden de cosas no podríamos extrañarnos de que el nuevo oficio de la Asunción subraye fuertemente este papel combativo de Nuestra Señora, sobre todo en la Epístola, con el texto **íntegro** de la victoria de Judit contra Holofernes.

y que, según Pío XII, fue la amenaza más grave que hasta entonces hubiera pesado sobre la Iglesia de Dios. Y ahora que el nazismo está vencido, y que una de las cabezas del Dragón ha sido abatida, se levanta otra, aún más peligrosa y más terrible: el comunismo impío.

Pero hemos de constatar que al paroxismo del odio contra Dios corresponde un desarrollo inaudito del reino de María. Más tarde daremos una descripción más detallada de este crecimiento maravilloso de la piedad mariana. Será la contraprueba de las afirmaciones y de las profecías de Montfort. Piénsese solamente en el movimiento mundial de consagración a la Santísima Virgen, coronado por la consagración oficial del género humano al Corazón Inmaculado de María por Pío XII; en la «santa locura» [1] desencadenada en el mundo por el viaje triunfal de las imágenes de Nuestra Señora; en los congresos marianos grandiosos, en la reciente definición dogmática de la Asunción, en la institución de la fiesta de la Realeza de María, etc.

Según todas las apariencias, la historia de la Iglesia proseguirá en esta misma línea. Vamos hacia luchas, Pío XII nos lo advirtió repetidas veces, que superarán todo lo que el pasado vio de más terrible. Vamos hacia tiempos en los que se exigirá simplemente el heroísmo para ser fiel. ¡Es la hora de la Mujer! Entonces Ella se medirá con toda su fuerza con su adversario secular. ¡Frente a lo que será el esfuerzo supremo del odio, de la astucia, del orgullo y del poder del demonio, Ella pondrá en acción la obra maestra de su amor, de su humildad, de su santidad y de su fortaleza incomparables, realizada por Ella en el alma de sus hijos, de sus servidores, de sus apóstoles!

Y queda claro que Ella no llevará esta lucha de incógnito. No es la costumbre de Dios. La devoción mariana, la vida mariana, el reino mariano, seguirán creciendo, intensificándose y extendiéndose. **Será manifiesto,** una vez más, que Ella debe vencer a todos los enemigos de Dios y aniquilar todas sus empresas, incluso las más temibles, las más peligrosas, las más satánicas… Y así llegará el triunfo. El mundo ha sido consagrado a María. Su gloriosa Asunción ha sido definida. Su realeza ha sido colocada en primer plano. Su Mediación, después de algunas escaramuzas que llegan a su fin, será plenamente resaltada y definida un día, sin lugar a dudas. De todo esto las almas sacarán las conclusiones prácticas que se imponen, y adaptarán cada vez más su vida al misterio de María,

[1] Pío XII.

ahondado y profundizado como nunca. La consagración mariana será puesta cada vez más en el centro de la vida cristiana y vivida con más inteligencia y fidelidad; pues, para tener parte en el triunfo de la Mujer, es evidente que se requiere estarle íntimamente unido… El talón es el miembro más fuerte del cuerpo humano, a condición de estarle íntimamente unido. Y, para triunfar, debemos ser «el talón de la Mujer».

Todos debemos comprender que esto es el reino de María, por el que se asegura el triunfo final, que significa la dominación universal de Cristo.

¡Así, *«al fin, el Corazón Inmaculado de María triunfará»:* y este triunfo será el reino de Cristo Rey!

# IX
# El reino de Cristo por María y las profecías de San Luis María de Montfort

En nuestras consideraciones precedentes respecto de la tesis de San Luis María sobre el reino de Cristo por el reino de su santísima Madre, nos hemos colocado en el terreno doctrinal. Pensamos haber demostrado que sus afirmaciones concuerdan perfectamente con el dogma cristiano y son incluso la conclusión lógica que, si no con certeza, sí al menos con verosimilitud, podemos sacar de varias verdades de la doctrina mariana comúnmente admitidas.

Es también indudable que las proposiciones de Montfort en este punto son también predicciones. ¿Son profecías verdaderas y verídicas, que merecen nuestra adhesión como tales? ¿Se puede o se tiene que decir: Montfort lo predijo, luego se realizará? Estimamos que así es. Tenemos, a lo que parece, la certeza moral de que las predicciones de Montfort en este punto deben cumplirse. Y llegamos a lo que dejábamos entrever más arriba: una actitud fundada y razonada a propósito de la tesis del gran Apóstol de María sobre el reino de Cristo por el reino de Nuestra Señora.

En el sentido estricto de la palabra, una profecía es el conocimiento sobrenatural y la predicción infalible de acontecimientos futuros, que no podrían conocerse naturalmente. Una profecía sólo puede venir de Dios, pues sólo El conoce el futuro, especialmente en los casos en que está en juego la libertad humana. En efecto, estos acontecimientos no existen aún en sí mismos, ni tampoco de modo cierto en sus causas, puesto que pueden producirse o no producirse. Por eso, sólo existen en la presciencia y predestinación de Dios, que es el único que puede conocerlos por Sí mismo y comunicar su conocimiento a quien le plazca.

¿Podemos saber con certeza moral o al menos con verosimilitud, si alguien es profeta y habla bajo inspiración y con la luz de Dios?

Evidentemente, se impone aquí una gran circunspección. El demonio es el «simio de Dios», y la imaginación o incluso, por

desgracia, el prejuicio de engañar al prójimo, pueden jugar un gran papel, como lo comprobamos muy a menudo.

La santidad del «profeta» es, según el parecer de todos, un índice serio, aunque no infalible, de la objetividad de lo que anuncia en nombre de Dios. Y es que la santidad excluye el designio de querer engañar a sabiendas. Y el error involuntario, incapaz de distinguir las alucinaciones de una imaginación enfermiza y las invenciones del espíritu de la tinieblas, de las inspiraciones del Espíritu de Dios, se encuentra en ellos mucho más raramente.

Los milagros, realizados expresamente para confirmar la verdad de una profecía, son una prueba apodíctica de ella, y fuera de este caso, algunos milagros realizados constituirán una fuerte presunción en favor de ella.

Finalmente, las verdaderas profecías ya realizadas son indudablemente un argumento muy serio en favor del origen divino de otras predicciones sobre el mismo tema, y pueden en ciertos casos dar una verdadera certeza moral.

Apliquemos estos principios, brevemente recordados, a nuestro Padre de Montfort.

## MONTFORT, INCONTESTABLEMENTE PROFETA

Es un santo, reconocido como tal por la Iglesia, y, como lo hemos oído repetir cientos de veces en boca de sacerdotes religiosos y de religiosos de toda orden y de todo color, un gran santo —Pío XII se confesaba deslumbrado por el brillo de su santidad—, y sin duda uno de esos *«grandes santos, que sobrepujarán tanto en santidad a la mayoría de los otros santos, cuanto los cedros del Líbano sobrepujan a los pequeños arbustos»* [1]. Eso es para nosotros, por lo tanto, un primer motivo de confianza y una garantía de objetividad.

Montfort hizo milagros, o más justamente, Dios los hizo por su oración y por su intermedio. Hizo milagros después de su muerte, oficialmente reconocidos por la Iglesia, y sigue realizándolos, en cuanto nosotros podamos juzgar de ello. Hizo muchísimos durante su vida: curaciones instantáneas, multiplicación durante meses enteros del alimento necesario para centenares de obreros de su Calvario, etc. Para él las puertas de las iglesias se abrían por sí solas,

[1] Verdadera Devoción, nº 47.

las campanas se ponían a tocar, pasaba a través de las puertas de prisión cerradas con cerrojo… No queremos decir que estos hechos demuestren infaliblemente la verdad de sus predicciones, pero son también una preciosa indicación en su favor.

Además, en su vida, hay un gran número de profecías realizadas, a veces a algunos años de distancia, otras veces a la de cientos de años. En su primer viaje al salir del seminario, amenaza con los castigos divinos a unos desdichados que, a pesar de sus reproches, no abren la boca sino para decir blasfemias y cosas sucias. Después de un cierto tiempo uno de ellos muere en estado de ebriedad bestial, y los otros dos son heridos gravemente en una riña entre ellos.

Luego de un largo trabajo parcialmente infructuoso en la ciudad de Rennes, en la que había pasado los años de su juventud, le deja este triste adiós:

*Adiós, Rennes, Rennes, Rennes,*
*Deploro tu destino;*
*Te anuncio mil penas,*
*Perecerás al fin,*
*Si no rompes las cadenas,*
*Que esconces en tu seno.*

Seis años más tarde un inmenso incendio, que duró más de diez días, redujo a cenizas la mayor parte de la ciudad. Y la población se decía: «¡Es el cumplimiento de la profecía del Padre de Montfort!».

La teología hace observar que una profecía es tanto más notable cuanto más netamente se determinan por adelantado sus circunstancias. He aquí, pues, un hecho muy notable desde este punto de vista. En una misión, predicada en Saint-Christophe-du-Ligneron, en la diócesis de Luçon, convirtió a un cierto Tangaran, culpable de graves injusticias que exigían restitución, y que su autor prometió realizar. Cuando más tarde el misionero se presenta para arreglar el asunto en detalle, Tangaran, por influencia de su mujer, ha cambiado de parecer y se niega a restituir. El santo varón lo amenaza con los castigos de Dios: «Estáis apegados a los bienes de la tierra y despreciáis los bienes del cielo. Vuestros hijos no tendrán buen futuro y morirán sin descendencia. Vosotros mismos caeréis en la miseria y no dejaréis después de vosotros ni siquiera con qué pagar vuestro entierro». La mujer le replica en son de burla: «De todos modos dejaremos de lado treinta soles para hacer sonar las campanas en nuestra sepultura». «Y yo os digo —contesta el santo— que en vuestro entierro las campanas no tañerán». Todo esto

se realizó al pie de la letra. Y por lo que se refiere al último punto, Tangaran y su mujer acabaron en la pobreza y no dejaron más que deudas. Murieron los dos un Jueves Santo, la mujer en 1730 y el marido en 1738: por lo tanto, 18 y 26 años más tarde. ¡Los dos fueron enterrados en Viernes Santo, el único día del año en que no pueden tañer las campanas!

Podríamos proseguir la serie. Sin embargo, no es este el lugar. Señalemos aún tan sólo la profecía del «Jardín de las Cuatro figuras», un parque de mala fama de Poitiers para el que anuncia la fundación de un hospital de enfermos incurables, mantenido por religiosas, lo cual se realizará 42 años más tarde; la predicción sobre su Calvario de Pontchâteau, destruido por orden de la autoridad civil, y magníficamente restaurado más tarde; el desarrollo prodigioso de su congregación femenina, las Hijas de la Sabiduría; su notable profecía al Padre Mulot, a quien predijo una restauración completa de su salud si consentía en entregarse con él a la obra de las misiones, etc.

## LA GRAN PROFECÍA

Pero hay más aún, y esto es realmente decisivo para nosotros. Júzguelo el lector. Se trata de una profecía muy circunstanciada sobre la suerte del mismísimo libro en que se encuentran sus predicciones a propósito del reino de Cristo por María. Creemos que se trata de uno de los textos más notables que podamos encontrar en los escritos de los santos. Presentamos aquí este texto, con su contexto inmediato.

*«Más que nunca me siento animado a creer y a esperar todo lo que tengo profundamente grabado en el corazón, y que pido a Dios desde hace muchos años, a saber: que tarde o temprano la Santísima Virgen tendrá más hijos, servidores y esclavos de amor que nunca, y que por este medio Jesucristo, mi querido Dueño, reinará en los corazones más que nunca.*

*Preveo muchas bestias convulsas que vienen furiosas para desgarrar con sus dientes diabólicos este pequeño escrito y a aquel de quien el Espíritu Santo se ha servido para escribirlo, o por lo menos para envolverlo en las tinieblas y el silencio de un cofre, a fin de que no aparezca; atacarán y perseguirán aún a aquellos y a aquellas que lo lean y lo lleven a la práctica. Pero ¿qué importa? ¡Al contrario, tanto mejor! ¡Esta perspectiva me anima y me hace esperar un gran éxito, es decir, un gran escuadrón de bravos y*

*valientes soldados de Jesús y de María, de uno y otro sexo, para combatir al mundo, al diablo y a la naturaleza corrompida, en los peligrosos tiempos que van a llegar más que nunca!*

***Qui legit, intelligat. Qui potest capere, capiat»*** [1].

Querer analizar todos los detalles de este texto y mostrar su realización nos llevaría demasiado lejos y nos haría salir del marco de este estudio. Nos limitamos a señalar los «desgarramientos» a los que el autor de la profecía estuvo ampliamente sometido; los ataques y persecuciones de que son blanco quienes leen este libro y tratan de poner en práctica sus enseñanzas, y con mayor razón quienes se convierten en sus apóstoles y promotores; el gran escuadrón de bravos y valientes soldados de Jesús en María, de quien se reclama justamente la Legión de María, a condición de no hacerlo de manera exclusiva. Atraemos más especialmente la atención del lector sobre algunas particularidades típicas de este texto. San Luis María habla de *«bestias convulsas que vienen furiosas para desgarrar con sus dientes diabólicos este pequeño escrito…».* Es evidente que se trata de los demonios. Lo cual no significa que las potestades infernales deban realizar este «desgarramiento» de manera inmediata y sin intermediarios. Satán puede servirse de instrumentos, de hombres mal intencionados, o incluso de personas sin intenciones perversas. Querríamos subrayar más especialmente tres afirmaciones de este texto, imprevisibles de suyo, y mostrar su realización pasmosa, recordando que una profecía tiene siempre algo de imprecisión, y que las diversas partes parecen casi siempre enredadas una con otra.

1º El libro debía ser **desgarrado.** Ahora bien, que nuestro querido Tratado lo haya sido es algo cierto, sin que sepamos ni cuándo, ni cómo, ni quién lo hizo. En el manuscrito, tal como lo conocemos, le faltan más de 80 páginas. Pero, cosa aún más importante, el estudio del texto demuestra la ausencia de toda una primera parte, de la que no queda ninguna huella [2]. Al fin del

[1] Verdadera Devoción, nn. 113-114.

[2] El santo Autor envía al lector a enseñanzas sobre el espíritu del mundo y a prácticas en este mismo sentido *«que hemos indicado en la primera parte»,* y que no encontramos en ningún sitio (nn. 227 y 256). Un poco después habla de las letanías del Espíritu Santo y de una oración, *«señaladas en la primera parte de esta obra»* (nº 228). Estas oraciones no se encuentran en ninguna parte en el manuscrito tal como hoy en día lo poseemos. Por lo tanto, *«la primera parte»* desapareció. Montfort parece haber concebido su obra como una *«preparación al reino de Jesucristo».* Era tal vez el título mismo de su obra. En todo caso, esta obra comprendía un estudio sobre el espíritu del mundo y el modo de combatirlo. Se sabe que los ejercicios por los que conduce al alma a la consagración perfecta a

volumen faltan también algunas paginas, entre otras el texto de la Consagración, distinto tal vez del que usamos hoy en día. Por lo tanto, esta primera parte de la predicción se realizó.

2º *«O por lo menos para* ***envolverlo en las tinieblas y el silencio de un cofre,*** *a fin de que no aparezca».* Esta segunda afirmación tuvo una realización tal vez más impresionante. El «Tratado» fue escrito hacia el fin de la vida de su autor, probablemente en 1712. ¡Y sólo fue encontrado en 1842, realmente *«en las tinieblas y el silencio de un cofre»,* por un Padre de la Compañía de María de la Casa Madre de Saint-Laurent-sur-Sèvre, que, buscando material para un sermón mariano, después de consultar algunos libros de la biblioteca, empezó a hurgar en un cofre que contenía toda clase de papelotes, entre los que la Providencia le hizo encontrar el precioso manuscrito!

3º Por lo que se refiere al «**éxito**» de que se trata aquí, dejando de lado lo que se describe explícitamente, creemos poder interpretar también la profecía en el sentido de que el libro mismo se ha difundido en una amplia escala. Ha conocido 63 ediciones francesas, de las que algunas, y las más importantes, fueron editadas en Canadá. Además fue traducido a más de 20 lenguas. Sólo en Bélgica y Holanda se sucedieron, en sólo treinta años, unas 15 ediciones con una tirada total de 150.000 ejemplares. Sin lugar a dudas es por el momento el libro mariano más leído y meditado, y el que, según el parecer de teólogos reputados, merece ocupar en el campo mariano el lugar que ocupa la «Imitación de Cristo» en la espiritualidad general.

El cumplimiento evidente de esta profecía, que tiene la misma virtud probadora que un milagro, es una prueba de que el autor no se equivocaba cuando afirmaba que el Espíritu Santo se había servido de él para escribir este libro, de modo que llegamos por una doble vía a la conclusión de que sin lugar a dudas se realizarán las profecías de Montfort sobre el reino de Cristo por el reino de María: en primer lugar porque, como acabamos de decirlo, la realización de esta profecía prueba que el libro que la contiene ha sido escrito bajo la inspiración del Espíritu de Dios, y esto es lo que explica, por otra parte, la unción tan especial de que está impregnado; y en segundo lugar porque el cumplimiento de la predicción sobre la suerte del

Jesucristo por María comprenden dos semanas consagradas a vaciarse del espíritu del mundo, una semana que apunta al conocimiento de sí mismo, y dos otras consagradas respectivamente al conocimiento de la Santísima Virgen y al de Jesucristo.

libro nos da la certeza moral de que las demás profecías que contiene sobre el reino de Dios por María, y que son aún mucho más importantes, se realizarán a su tiempo.

Ahora bien, nuestra argumentación doctrinal en este punto, como todo lo que acabamos de ver sobre el incontestable espíritu profético de Montfort, se encuentra formalmente confirmado por lo que la Iglesia ha vivido desde hace cien años y vive aún por el momento: la historia contemporánea e innumerables otros hechos le dan razón al Apóstol y Profeta del reino de María. Ante estos acontecimientos nos vienen a la mente y a los labios las palabras de Cristo: *«Venit hora, et nunc est:* Ha llegado la hora, y ya estamos en ella».

# X
# Ha llegado la hora (1)

En este estudio sobre «el reino de Cristo por el reino de María» hemos expuesto e intentado probar la gran tesis de San Luis María de Montfort sobre el tema: el reino de Cristo vendrá sin lugar a dudas. Vendrá, y sólo llegará por el reino de María. Este reino de identifica con la difusión de la Devoción mariana excelente que propone San Luis María. Hemos tratado de demostrar estas proposiciones del gran Apóstol de María ante todo por medio de consideraciones doctrinales, y luego por el hecho —ya que estas proposiciones tienen un sesgo profético— de que Montfort poseía indudablemente el espíritu de profecía. Esta última afirmación se confirma con fuerza por la realización evidente de las predicciones hechas por nuestro Padre en una época en que nada hacía prever un desarrollo magnífico del culto de María. Las páginas que siguen dan algunos detalles sobre esta marcha ascendente del conocimiento y de la piedad mariana en la Iglesia en nuestro tiempo, «el siglo de María».

No pretendemos hacer la historia completa y detallada de la expansión e intensificación del culto mariano en estos últimos tiempos. Para ello no bastaría un volumen entero. Querríamos más bien ofrecer a nuestros lectores un panorama a vuelo de pájaro de este reino, una mirada de conjunto, como una de esas imágenes tan netas y completas de un paisaje determinado que debemos a nuestros aviadores. No será tampoco un estudio histórico-crítico: tres cuartos de página de notas para diez líneas de texto… Pero creemos poder afirmar que todas nuestras informaciones han sido seriamente controladas.

Este estudio es infinitamente consolador y alentador para todos los que se entregan al apostolado mariano. Somos de nuestro tiempo. El viento de Dios sopla en nuestras velas.

★

No se puede estudiar la historia contemporánea de la Iglesia sin convencerse de que el progreso en el conocimiento de la doctrina mariana y la ascensión constante de la glorificación de María son

una de las características más sobresalientes de esta historia, tal vez su característica principal.

Nos inclinamos a hacer remontar a 1830, a las **apariciones de la Santísima Virgen a Santa Catalina Labouré,** la primera aurora del siglo de oro de Nuestra Señora. Estas apariciones ejercieron en el mundo, desde el punto de vista mariano, una influencia profunda que está lejos de haberse agotado. La «Medalla milagrosa» renovó en millones de almas la confianza en la intervención poderosa y misericordiosa de María. La confianza, es cierto, no es la cumbre más elevada de la devoción mariana, pero es una de sus manifestaciones más importantes, que dispone y prepara para aspectos más desinteresados de esta vida mariana.

Y lo que siempre nos impresionó de estas apariciones es que son sintéticas, por decirlo así, y dan el resumen de todo lo que las disposiciones divinas, en materia de doctrina mariana, debían realzar en los decenios siguientes. Así, por ejemplo, hablan de la *Inmaculada Concepción* por la oración cuyo rezo pide la Santísima Virgen: *«¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!».* La *realeza* de Nuestra Señora sobre el mundo y sobre las almas, que de modo práctico será reconocida por la consagración, y de modo solemne y oficial por la institución de la fiesta de esta Realeza, está claramente indicada en la visión de la Virgen sosteniendo el globo terráqueo en sus manos. La *Mediación universal de las gracias* se manifiesta por la riqueza de los rayos que, de sus manos extendidas, se difunden sobre el mundo. La devoción al Corazón de María, e incluso la asociación estrecha e indisoluble de Jesús y de María, sobre los que hoy se concentra tan fuertemente la atención del pensamiento cristiano, son indicados por la reproducción de los Sagrados Corazones de Jesús y de María en el reverso de la Medalla milagrosa.

En 1836 se sitúa el **aviso tan conocido del cielo al Padre Desgenettes** en París: *«Consagra tu parroquia al Corazón Inmaculado de María»,* como consecuencia de lo cual no sólo la parroquia de Nuestra Señora de las Victorias sufre en poco tiempo una transformación maravillosa, sino que además se produce un movimiento mundial de piedad mariana por la erección de la Cofradía del Corazón Inmaculado de María para la conversión de los pecadores, que aún hoy cuenta con más de 20.000.000 de afiliados, y por la que se han logrado innumerables curaciones de almas.

En 1842 tiene lugar un acontecimiento de importancia mínima en apariencia, pero en realidad de inmensa trascendencia para la Iglesia de Dios: en Saint-Laurent-sur-Sèvre un Padre Montfortano descubre el **manuscrito del «Tratado de la Verdadera Devoción a la Santísima Virgen»,** de San Luis María de Montfort. Este pequeño libro, que se difundirá en el mundo entero, influenciará ya directa ya indirectamente el desarrollo de la Mariología. Llevará a millones de almas a la Consagración total de sí mismas a la Reina de los corazones, y a una devoción mariana más profunda, que abarque e impregne toda su vida. Justamente cien años más tarde este librito habrá contribuido en gran parte a crear en la Iglesia la atmósfera deseada y esperada por los Papas para proceder a la Consagración del mundo al Corazón Inmaculado de María.

En 1846 tiene lugar la **aparición de La Salette,** que a pesar de no influenciar la vida de la Iglesia en el mismo grado que Lourdes o Fátima, debe ser considerada como un acontecimiento mariano importante, cuyo significado e influencia parecen revivir hoy, después de más de cien años.

En 1854 le toca el turno a la **definición de la Inmaculada Concepción.** Después de haberse realizado, nos parece muy natural que se haya producido en 1854. ¿Nos hemos preguntado alguna vez por qué no uno o varios siglos antes? La divina Providencia habría podido muy bien hacer madurar esta verdad en una época anterior. Pero debía ser colocada al comienzo del siglo de María, debía ser como un poderoso toque de clarín, cuyas resonancias se prolongaran durante los años siguientes; debía ser como un maremoto que inundase el mundo con las olas benditas del conocimiento y del amor marianos. Cuando se piensa en el movimiento de estudios y oraciones que precede a semejante definición —y en nuestra época estamos bien colocados para juzgarlo—, en las festividades y solemnidades que suscita por el mundo, uno puede darse cuenta, y el historiador está ahí para confirmarlo, de lo que esta definición ha sido para la vida de la Iglesia. Fue la colocación del fundamento, sobre el que los Papas, Obispos y sabios cristianos debían edificar el monumento de la Mariología. Y no sería difícil presentar testimonios numerosos y autorizados para demostrar que no fueron unos simples fuegos artificiales, sino un acontecimiento con influencias profundas, cuyos efectos se harían sentir durante décadas, y cuyos frutos saboreamos aún hoy.

En 1854 la Iglesia proclamó a María Inmaculada en su Concepción. La augusta Reina del cielo no podía dejar sin respuesta

semejante acontecimiento, y el 25 de marzo de 1858 se le **aparece a Bernardita, en la Gruta de Lourdes,** para decirle: *«Yo soy la Inmaculada Concepción»,* y para responder con un beneficio mundial al homenaje del mundo entero.

No es nuestro intento describir con detalle lo que es Lourdes. Lourdes es un milagro permanente, la confirmación palpable de nuestra fe en un tiempo de escepticismo y naturalismo, la curación corporal y espiritual de miles de desgraciados, la renovación cotidiana de la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y de su paso bienhechor por los pueblos y aldeas de Palestina… Lourdes es todo esto, y mucho más que esto; el Obispo de Nuestra Señora, Monseñor Théas, lo decía recientemente: Lourdes es la dulce presencia sentida y experimentada de María. No se puede describir o explicar esto. El hecho es innegable. Todos o casi todos los que han estado allí pueden atestiguarlo. Para comprenderlo es menester haberse sentido repentinamente, a los pies de la Gruta bendita, bajo la influencia de lo sobrenatural y realmente de una Presencia invisible… Millares y millares de almas lo han experimentado, y lo siguen experimentando cada día. Lourdes es la capital del reino de María, un rincón del Paraíso transportado sobre la tierra…

Después de las apariciones de Lourdes y la proclamación dogmática de 1854 no habrá en el campo mariano, durante décadas enteras, otros grandes acontecimientos exteriores que tengamos que señalar especialmente. El mundo cristiano pudo vivir durante largos años con el rico alimento mariano que acababa de serle servido. Otras grandes cosas, como por ejemplo la Consagración del mundo a la Santísima Virgen, se preparaban. Con todo, los tiempos no estaban aún maduros para esto. Sin embargo, muy pronto las piedras milenarias, cada una de las cuales señala una etapa hacia el desarrollo pleno del reino de María, empezarán a multiplicarse a lo largo del camino de la historia.

El Papa mariano **León XIII** sucedió en 1878 al Papa mariano Pío IX. En 1883 aparece la primera encíclica sobre el Rosario. Entre 1883 y 1898 seguirán apareciendo, cosa casi increíble, nueve encíclicas marianas y gran cantidad de otros documentos marianos de manos de León XIII, que beatificará a Luis María de Montfort y afirmará más de una vez haber sacado en parte su estima y amor del Rosario del contacto con este gran Apóstol de María. El mes de octubre se convierte en el mes del santo Rosario y el equivalente del amable mes de María, lo cual significa claramente un progreso considerable en este terreno dentro de la vida de la Iglesia. Más

importantes aún fueron los progresos de la Mariología, consecuencia inmediata de las enseñanzas pontificias. Como lo hizo observar el añorado Profesor Bittremieux en su utilísima obra *Doctrina Mariana Leonis XIII,* toda la Mariología quedó realzada, y especialmente, en un sentido muy progresista, la misión que la Santísima Virgen cumple en relación con la humanidad: asociación íntima de principio con Cristo en toda la economía de la salvación, su Corredención, su Mediación, tanto en la adquisición como en la aplicación de las gracias, etc.

Todos los Papas siguientes marcharán por este camino, y el *«más que nunca»* de Montfort se realizará dentro de esta esfera, la más elevada.

También **San Pío X** —tal vez no se lo ha notado lo suficiente— era un Papa mariano. Dio su plena aprobación y manifestó su mayor estima a la vida mariana tal como la expone Montfort. Desde el punto de vista mariano, el apogeo de su Pontificado se encuentra en la riquísima Encíclica *Ad diem illum,* escrita en 1904 con motivo del quincuagésimo aniversario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción. Para componerla, el Pontífice quiso repasar la obra maestra de Montfort y se inspiró ampliamente de ella, como lo recordó más de una vez y lo demuestra fácilmente el estudio comparado de los dos documentos.

**Benito XV,** a su vez, soñaba con realizar algún acto mariano esplendoroso: la Consagración del mundo a María, la definición de la Mediación… La muerte le impidió realizar este designio. Sin embargo, ejerció una notable influencia en el desarrollo de la doctrina y piedad marianas por sus Cartas apostólicas (entre otras, *Inter Sodalitia,* en la que encontramos un texto decisivo sobre la Corredención en sentido estricto), por sus instantes exhortaciones a dirigirse a María como Reina de la Paz, como Mediadora de todas las gracias y como el Camino más corto y seguro para ir a Jesús. Conservamos con gratitud su precioso testimonio sobre el Tratado, tantas veces citado en esta obra, al que adjudica *«el mayor peso y la mayor suavidad»,* con el deseo de *«que encuentre una difusión aún mucho más amplia, como excelente medio de promover el reino de Dios».*

**Pío XI** era personalmente tan mariano que, durante treinta años, en el Cenáculo de Milán, dio cada tarde de mayo una conferencia llena de doctrina y piedad; que, incluso siendo Papa, se negaba a tomar su descanso antes de haber acabado su Rosario completo. De él tenemos dos Encíclicas marianas, una sobre la Maternidad divina

y espiritual de María con motivo de los mil quinientos años del Concilio de Efeso, y otra sobre el Rosario, como adiós al mundo cristiano, casi en vísperas de su muerte.

Superfluo será hacer notar que **Su Santidad Pío XII,** gloriosamente reinante, no se quedó atrás de ninguno de sus Predecesores en materia de mariología. Al contrario, estamos persuadidos de que los ha superado a todos. En el transcurso de este opúsculo tendremos ocasión de exponer más en detalle el papel magnífico que Su Santidad Pío XII cumple en la realización de las profecías de Montfort sobre «el siglo y el reino de María».

# XI
# Ha llegado la hora (2)

## PROGRESOS DE LA MARIOLOGÍA

Es muy notable que las profecías de Montfort anuncien que María debe ser *«más conocida»,* y por consiguiente *«más amada y más honrada»;* habla *«del conocimiento y del reino de la Santísima Virgen».* Es decir, a la base de una devoción verdadera e intensa debe haber un conocimiento exacto, sólido y profundo de la doctrina mariana: *«Nihil volitum nisi præcognitum:* No se ama lo que no se conoce previamente». Y, gracias a Dios, una de las características de nuestra época es la de haber alcanzado una penetración más adelantada e íntima de lo que llamamos comúnmente «el misterio de María». A este progreso contribuyó poderosamente el magisterio doctrinal de la Iglesia, ejercido por el Papa y los Obispos, directamente por la exposición de la doctrina mariana, e indirectamente por el apoyo enérgico dado al estudio de los Mariólogos.

También en el campo mariológico vale incontestablemente el *«más que nunca».* En ninguna época se ha concedido tan amplio lugar a los estudios marianos en nuestras Universidades y Seminarios. Jamás se escribió tanto sobre Mariología como desde hace cincuenta años. En este espacio de tiempo apareció una decena de tratados completos sobre el tema. Innumerables son los libros, artículos y folletos que abordan algún punto particular de la ciencia mariana. Cosa desconocida no hace tanto tiempo, se multiplican los Congresos Marianos nacionales e internacionales, que estimulan a la vez la ciencia y la piedad marianas. En unos diez países se han constituido Sociedades de Estudios Marianos, sobre el modelo de las «Mariale Dagen» de Tongerlo (Bélgica), que los pusieron en marcha. Bélgica, juntamente con Holanda, jugó en este campo un papel de primer plano. Los pequeños países pueden ser grandes en ciertos campos. Pocas naciones reunieron en la misma época tantos Mariólogos de fama como los Países Bajos hace veinte años. En este tiempo vivían y trabajaban en la más bella de las emulaciones Bittremieux, Lebon, Van Crombrugghe, Merkelbach, Janssens, Druwé, Derckx, Friethoff y otros… ¡Linda falange!

De este modo se consiguieron importantes resultados en el campo de la Mariología. El principio de María, nueva Eva, ha sido puesto más en claro y utilizado para un gran número de consecuencias que se imponen. La misión que la Santísima Virgen cumple con Cristo como Mediadora de la humanidad ha sido analizada cuidadosamente y expuesta más completamente. En muchos puntos se ha logrado la casi unanimidad entre los teólogos, y en muchos otros, aún un poco discutidos, podremos ver el mismo resultado en un futuro próximo. ¿Queremos darnos cuenta de los progresos realizados sobre un punto particular? Cuando, hace unos cincuenta años, hacíamos nuestros estudios de teología, la Mediación de las gracias de la Santísima Virgen recibía la nota de *«pia et probabilis opinio»,* opinión piadosa y probable. Hoy esta verdad es considerada por la mayor parte de los teólogos como cierta y definible.

## LA PIEDAD MARIANA

El ascenso de la piedad mariana caminó a la par que el desarrollo de la Mariología. En este punto sobre todo no se espere de nosotros una exposición detallada y completa, que requeriría volúmenes.

Nuestro Padre de Montfort afirma haber leído casi todos los libros existentes en su tiempo que trataban de la Santísima Virgen. Para quien sepa varias lenguas, la cosa sería sin duda imposible en el día de hoy. La literatura de devoción mariana, y asimismo la de teología mariana, es sumamente amplia, y al lado de libros y de folletitos bastante mediocres a pesar de la buena intención de sus autores, contamos también con obras de gran valor que, basadas sólidamente en la sana doctrina mariana, son aptas para alimentar y desarrollar enormemente la piedad mariana. Hay que notar que casi todos los autores contemporáneos, que como Bernadot, Plus y otros, tienen gran reputación como escritores de obras de ascética general, han querido ofrecer también un trabajo en el campo mariano. Más notable aún es el hecho de que en nuestros días aparecen pocas obras de espiritualidad en que no se dediquen uno o varios capítulos a exponer los lazos del tema tratado con la doctrina y la vida marianas. Asimismo, en todos los países del mundo prospera de manera excepcional la prensa mariana periódica, con toda clase de revistas. Damos como ejemplo de ello nuestra modesta revista popular «Mediadora y Reina» y su equivalente flamenca, que tiene

en este momento una tirada de 230.000 ejemplares. ¡Hace veinte años no habríamos podido soñar con una cifra semejante!

Señalemos, sobre todo en ciertos países, la magnífica expansión de las «uniones marianas», tan preconizadas por el Santo Padre. Y si en otros países parece haber un retroceso en este terreno, este fenómeno se debe a una baja de todo lo que no es obligatorio, y sobre todo a la existencia de otras asociaciones, particularmente de Acción Católica, hacia las que la juventud se siente más atraída.

A este propósito hay que observar los esfuerzos serios de la Acción Católica por adaptarse a la corriente mariana actual. A veces hubieron grandes lagunas en este punto. Pero en los últimos años se comprueba mucha comprensión a este respecto y esfuerzos muy loables para colmar estas lagunas. Con la Legión de María tenemos un hermoso intento para ir a lo más perfecto en este campo. La Legión nació de la perfecta Devoción de Montfort, y en ella se arraiga profundamente. Sin duda es por eso que este cuerpo selecto de apostolado puede alegrarse de los resultados maravillosos que ha logrado en todas las partes del mundo.

*«María conocida, amada y honrada más que nunca»...* En este terreno se están produciendo realmente en nuestros días algunos acontecimientos cuyo equivalente buscaríamos vanamente en toda la historia de la Iglesia. Tal es el caso, por ejemplo, de la *«Virgo Peregrinans»,* la Virgen Peregrina. En Francia —¡siempre Francia!— hemos tenido en Francia la «Gran Vuelta», que algunos consideraban como una experiencia típicamente francesa, imposible de hacer en otras partes. Pero ahora también Nuestra Señora de Fátima se ha puesto en marcha, con igual o mayor éxito, y ha recorrido muchos países y continentes, incluso Inglaterra, Canadá, los Estados Unidos, Africa, Oceanía, etc. Esta *«peregrinatio Mariæ»* se extendió luego a Italia, donde las Vírgenes locales lograron los mismos triunfos. En Holanda es la *Stella Maris* la que pone a la gente en delirio; en Bélgica es la *Virgen de los Pobres* la que fascina a las masas y las mantiene apiñadas alrededor de Ella sin cesar, día y noche. En Alemania se organizaron también estas «visitas» de Nuestra Señora de Fátima con gran éxito. Cuando se consideran las explosiones de fe, amor, piedad y arrepentimiento que provoca el paso de una simple imagen de María; cuando se oye a los misioneros afirmar que el paso de Nuestra Señora en una parroquia por algunos días, a veces por algunas horas, opera tantas maravillas que la misión más lograda, nos es necesario admitir que estamos en presencia de una forma nueva, querida por Dios, de la piedad

mariana; de una invención del Amor infinito y del amor materno de María para atraer las almas y volverlas a llevar y dar a Cristo.

Una característica más de la devoción mariana en nuestra época: se comprende cada vez más que el culto mariano forma parte integrante del mismo cristianismo, y no es una superfluidad más o menos facultativa, sino que toda la vida de los cristianos debe ser también mariana; se cae en la cuenta de que se puede y se debe hablar de «vida mariana» y no sólo de «devoción» a María. La expresión ya ha quedado definitivamente consagrada, y el mismo Santo Padre se ha servido de ella. Realmente ha llegado el tiempo en que, según la predicción de Montfort, las almas respiran a María tanto como los cuerpos respiran el aire. ¡Las almas se pierden realmente en Ella, para convertirse en copias vivas de Jesucristo!

## LOS «SANTOS» DE HOY

Montfort había prometido también que en este siglo mariano habrían santos que se distinguirían por un amor y una piedad marianas excepcionales. En efecto, los santos son los más dóciles en seguir las inspiraciones de lo alto, y Dios es incontestablemente el Autor principal del movimiento mariano que estamos describiendo. Hablamos de bienaventurados y de santos canonizados, pero también de esas almas que la *vox populi* designa como candidatos a una glorificación futura. Ahora bien, nos parece incontestable que la mayoría de los «santos» de hoy se distinguen de sus precursores en los caminos de la santidad por una vida mariana más intensa. Piénsese, por ejemplo, en el santo Cura de Ars, Santa Teresita del Niño Jesús, San José Benito Cottolengo, Santa Bernardita, Santa Catalina Labouré, Don Bosco, San Gabriel de la Dolorosa, Teófano Venard, San Pío X… ¡Qué almas tan marianas fueron Matt Talbot, el Padre Bellanger, el Padre Kolbe, y en nuestros países el Padre Valentin, los Hermanos Mutien-Marie, el Padre Poppe: estos últimos eran todos esclavos de María según el método de Montfort, aunque por uno u otro motivo no se haya resaltado esta condición como fuese debido!

## APARICIONES

En contacto con el crecimiento de la devoción mariana casi en todas las formas señaladas hasta aquí, se encuentran las **apariciones de Nuestra Señora de Fátima** desde mayo a octubre de 1917. Este

es sin lugar a dudas uno de los acontecimientos marianos más importantes que se hayan producido en la Iglesia. Y el hecho de que el Santo Padre haya querido realizar las ceremonias de la clausura oficial del Año Santo en este lugar bendito, fuera de Roma, disipa totalmente las dudas que algunos pensaban poder tener sobre las opiniones de Pío XII a propósito de estas apariciones. Serán casi desconocidas fuera de las fronteras de Portugal hasta 1940; luego, bajo la presión de los terribles acontecimientos de entonces, la noticia se difundirá realmente como una «sacudida religiosa» por el mundo, especialmente por los países ocupados. Es probable que ninguna manifestación de Nuestra Señora haya ejercido en tan poco tiempo una influencia tan grande en la vida de los cristianos. Podemos asignar a esto varios motivos, especialmente el hecho de que estas apariciones estaban en armonía evidente con muchas corrientes religiosas y necesidades espirituales de nuestra época. Entre otras estaba el hecho de que, por primera vez desde 1836, se pedía la Consagración al Corazón Inmaculado de María.

Es imposible no señalar aquí otra manifestación extraordinaria de la bondad y del poder de María, que confirma de nuevo el hecho de que nuestra época sea efectivamente «el siglo de María». Desde el 29 de agosto al 1 de septiembre de 1953 en **Siracura,** Sicilia, una estatuilla del Corazón Inmaculado de María derramó abundantes lágrimas casi sin interrupción. Cosa inaudita: el prodigio pudo ser observado por millares de personas, fue controlado por las autoridades civiles, por médicos, químicos, etc. Cosa igualmente inaudita: ante la evidencia del hecho, el episcopado de Sicilia, que tenía a su cabeza a Su Excelencia el Cardenal Rufini, reconoció oficialmente el carácter milagroso del hecho tres meses después de los acontecimientos, el 12 de diciembre, tan sólo algunos días antes de la apertura del Año Mariano. No hace falta decir que estas lágrimas de la Santísima Virgen deben hacernos recapacitar, y en todo caso son un testimonio nuevo y trágico de la solicitud preocupada y del amor incomparable de nuestra divina Madre por nuestro pobre mundo.

# XII
# La consagración mariana en nuestra época

Todos los arroyos y afluentes de conocimiento y de devoción mariana de que acabamos de hablar se lanzan en el río real de la Consagración a María, Consagración que, bien comprendida, es sin contradicho el punto culminante de todo lo que se puede dar a Nuestra Señora; una cumbre, un punto de llegada, que debe ser a su vez un punto de partida para la práctica de todas las formas de la vida mariana, que están virtualmente contenidas en ella.

El 31 de octubre de 1942, en el transcurso de una alocución radiofónica dirigida al pueblo portugués reunido en la Cova da Iria para celebrar el 25º aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Fátima, Pío XII consagró oficialmente la Iglesia y el género humano a la Santísima Virgen, a su Corazón Inmaculado. Y para que no se pudiese dudar del carácter oficial de este acto, el Santo Padre lo renovó solemnemente durante una ceremonia religiosa en la basílica Vaticana el 8 de diciembre del mismo año.

En diferentes lugares se ha escrito la historia de esta Consagración. Quienes lo han hecho fueron los primeros en estar convencidos de no ser completos. Tal vez ni siquiera fueron siempre exactos. Si aquí, como es debido, queremos poner el acento no tanto en la devoción al Corazón purísimo de María, sino más bien en la Consagración, que final y principalmente se hace a la **persona** de la Santísima Virgen —que es lo que el mismo Santo Padre subraya por dos veces en su Acto de Consagración—, se deberá reconocer que San Luis María de Montfort, por sus escritos, fue no sólo el profeta, sino también el gran promotor del movimiento de consagración mariana. Bajo la influencia de San Luis María esta consagración ha tomado su verdadera forma y se ha establecido en el centro de la vida mariana y por ende cristiana, y no puede ya ser considerada como una manifestación muy secundaria de la piedad. Nada ni nadie contribuyó tanto como la doctrina de Montfort a crear la atmósfera favorable reclamada por los mismos Papas para proceder a la Consagración del mundo a Nuestra Señora. Cuando se estudian los diferentes movimientos que prepararon la Consagración del género humano a María por medio de la consagración individual, familiar,

etc., encontramos siempre o casi siempre la influencia de Montfort a través de sus notables escritos.

Pues, sin hablar de la organización de peticiones en favor de esta consagración, hubo en diversos países, entre otros en Francia, en Suiza, en Italia, en América del Sur y en otras partes, movimientos de consagración personal y colectiva a la Santísima Virgen. Y es aún una de las glorias de nuestros países que en varias diócesis de Holanda y Bélgica esta consagración haya sido realizada por la casi unanimidad de los fieles, de las familias, de las parroquias, de las ciudades y de las agrupaciones de toda clase, después de una preparación intensiva, doctrinal y suplicante, de seis meses por lo menos. Era prevenir los deseos de la Santa Sede.

## LOS ACTOS DEL SANTO PADRE

Como sucede de ordinario, estas diversas corrientes fueron captadas por el Vaticano y, con una impetuosidad creciente, relanzadas sobre el mundo. La Consagración del mundo a María, al Corazón Inmaculado de María, es uno de los mayores acontecimientos de la historia mariana de la Iglesia y de toda su historia simplemente, un gesto de la mayor importancia para la realización del reino de Nuestra Señora. Y el cielo respondió, y de manera impresionante, a este homenaje mariano: inmediatamente después de esta fecha comenzó el desmoronamiento del poder del nazismo, que debía consumarse diecisiete meses más tarde por la liberación completa y definitiva del mundo entero de esta humillante y paganizadora tiranía.

## EL REINO DE CRISTO POR EL REINO DE MARÍA

El Santo Padre sabía que con este acto no estaba todo hecho, por muy importante que fuese. Nos parece poder decir que Pío XII comparte en sustancia las ideas de que tratamos aquí, y quiere obrar consecuentemente. El Papa de la Santísima Virgen parece estar convencido del vínculo estrecho y de la conexión necesaria querida por Dios, entre el reino de Nuestra Señora y el de su divino Hijo. En la fórmula de Consagración del mundo podemos leer: *«De igual modo que al Corazón de vuestro amado Jesús fueron consagrados la Iglesia y todo el género humano…, así igualmente Nosotros también Nos consagramos perpetuamente a Vos, a vuestro Corazón*

*Inmaculado, ¡oh Madre nuestra, Reina del mundo!, para que vuestro amor y vuestro patrocinio apresuren el triunfo del reino de Dios».*

El 13 de mayo de 1946 el Santo Padre dirige una larga y magnífica alocución a los 600.000 peregrinos que asisten a la coronación de Nuestra Señora de Fátima. Entre otras cosas les dice: *«Al coronar la estatua de Nuestra Señora… os habéis alistado como Cruzados para la conquista o la reconquista de su reino, que es el reino de Dios. Esto quiere decir que os obligáis a penar para que Ella sea amada, venerada, servida alrededor vuestro en la familia, en la sociedad, en el mundo».*

En una carta autógrafa, dirigida a toda la familia de la «Gran Vuelta», y fechada del 2 de julio de 1948, el Papa escribía: *«Lo hemos dicho y Nos gusta repetirlo: en la noche oscura que pesa sobre el mundo, vemos despuntar una aurora, anunciadora infalible del Sol de verdad, de justicia y de amor. En efecto, en esta generación herida e inquieta, este impulso para «volver» a las fuentes de agua viva, que brotan abundantemente de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, no es la menor señal de esperanza y de consuelo. Por eso Nos os felicitamos por tomar a pecho esta salvífica devoción mariana, por propagarla alrededor vuestro, por hacer de ella la palanca de vuestro apostolado. Nos queremos ver en ello la prenda y la garantía de la conversión de los pecadores, de la perseverancia y del progreso de los fieles, del restablecimiento de una verdadera paz en todas las naciones, entre ellas y con Dios».* Esto es, evidentemente, el reino de Dios asegurado por el reino de María. La expresión no está, es cierto; en otras ocasiones el Soberano Pontífice la utiliza.

A los peregrinos portugueses, venidos a Roma el 2 de junio de 1951 para la inauguración de la iglesia jubilar de San Eugenio, y dentro de este templo, de la capilla de Nuestra Señora de Fátima, el Vicario de Cristo dice al día siguiente de esta ceremonia: *«Implorad sin cesar para el mundo la intervención milagrosa de la Reina del mundo, a fin de que la esperanza de una paz verdadera se realice lo más rápidamente posible, y que el triunfo del Corazón Inmaculado de María haga llegar el triunfo del Corazón de Jesús en el reino de Dios».*

Y, para terminar, una palabra que no puede ser más oficial, y que manifiesta la misma convicción y la misma esperanza, en las primeras líneas de la Constitución apostólica *Munificentissimus Deus,* que define la Asunción de la Santísima Virgen: *«Es para Nos*

*un gran consuelo ver manifestaciones públicas y vivas de la fe católica, y contemplar cómo la piedad a la Virgen María, Madre de Dios, está en pleno auge en todas partes, crece cada día más, y ofrece casi en todas partes los presagios de una vida mejor y más santa».*

## LA CONSAGRACIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

Por lo que mira a la consagración a la Santísima Virgen, que es como la médula espinal del reino de María en las almas y en la sociedad, el Santo Padre no nos ha dado sólo el ejemplo, ni se ha limitado a recomendar su práctica y su difusión en sus Alocuciones y Cartas, sino que además —y ello nos dispensa de toda otra cita— lo ha hecho del modo más solemne y oficial en su Encíclica *Auspicia quædam,* del 1 de mayo de 1948. Después de haber recordado muy explícitamente el gran Acto de la Consagración del mundo, el Santo Padre prosigue: *«Deseamos que, según lo permita la oportunidad, se haga esta consagración, tanto en las diócesis como en las parroquias y familias, y confiamos en que esta consagración, pública y privada, será fuente de abundantes beneficios y favores celestiales».*

El Vicario de Jesucristo en la tierra desea, pues, la consagración de cada cristiano a la Santísima Virgen y, además, la consagración colectiva de los principales organismos de que se forma parte. Y espera de este acto las más ricas bendiciones del cielo.

Es cierto que hay consagración y consagración. Es evidente que una fórmula rezada de prisa, sin preparación ni convicción, no es capaz de producir los efectos esperados. Pío XII, en las alocuciones célebres, determinó la naturaleza y las cualidades de una consagración bien comprendida. Lo hizo del modo más claro y completo en su discurso a los dirigentes y participantes de la «Gran Vuelta» el 2 de noviembre de 1946, en el que recordaba y retomaba enseñanzas análogas dadas a los Congregacionistas de la Santísima Virgen el 21 de enero de 1945:

*«Sed fieles a Aquella que os ha guiado hasta aquí. Haciendo eco a nuestro llamado al mundo, lo habéis hecho escuchar alrededor vuestro; habéis recorrido toda Francia para hacerlo resonar, y habéis invitado a todos los cristianos a renovar personalmente, cada cual en su propio nombre, la consagración al Corazón Inmaculado de María, pronunciada en nombre de todos por sus Pastores. Habéis recogido ya diez millones de adhesiones*

*individuales, resultado que nos causa un gran gozo y despierta en nosotros una gran esperanza. Pero la condición indispensable para la perseverancia en esta consagración es entender su verdadero sentido, captar todo su alcance, y asumir lealmente todas sus obligaciones. Volvemos a recordar aquí lo que Nos decíamos sobre este tema en un aniversario muy querido a Nuestro corazón: La consagración a la Madre de Dios… es un don total de sí, para toda la vida y para toda la eternidad; no un don de pura forma o de puro sentimiento, sino un don efectivo, realizado en la intensidad de la vida cristiana y mariana».*

Ciertamente que podríamos citar muchos otros actos y mil otros textos para mostrar en Pío XII al alma profundamente mariana, al Papa mariano por excelencia. Pero no señalaremos más que dos acontecimientos de importancia en la historia de la Iglesia. El primero es la definición dogmática de la Asunción de la Santísima Virgen, el 1 de noviembre de 1950, acto que, según el Cardenal Van Roey, imprime oficialmente a nuestra época el sello del siglo de María. Tal vez no se ha reconocido en todas partes a este gesto toda la atención que merecía: lo consideramos como uno de los acontecimientos más importantes de la historia del reino de Nuestra Señora y, de manera general, de la historia de la Iglesia.

## EL AÑO MARIANO

El Santo Padre Pío XII no se cansa de *«emprender y realizar grandes cosas por esta augusta Soberana».* Es indudable que, en el orden de los actos oficiales de la Santa Sede, Pío XII no podía realizar actos más importantes que la Consagración de la Iglesia y del mundo a la Santísima Virgen y la definición dogmática de su Asunción gloriosa. Sin embargo, tenemos que señalar aún un acontecimiento mariano, debido a la iniciativa del Santo Padre, cuyas consecuencias para el conocimiento y el amor de la Santísima Virgen son realmente incalculables. Del 8 de diciembre de 1953 al 8 de diciembre de 1954 se celebró, por la primera vez en la historia de la Iglesia, un «Año Mariano», esto es, un año entero en que el pensamiento y la vida cristiana estarían centrados de manera muy especial en la Santísima Virgen. Eso fue sin duda la manifestación más impresionante de este «siglo de María» anunciado y preparado por Montfort. En el mundo entero los pensadores cristianos, en innumerables libros, en las sesiones de congresos marianos organizados en muchos países, en los periódicos cristianos, se

volcaron sobre el misterio de María para profundizarlo aún más. Se requerirían volúmenes enteros para describir las manifestaciones marianas entusiastas y ardientes organizadas en todos los continentes. Se calcula en ocho millones el número de peregrinos venidos a Roma en este Año Mariano, cuando el Año Santo no había traído más que cuatro millones, a pesar de una organización muy estudiada. La jerarquía católica en el mundo entero celebró las glorias de María. Y nuestro glorioso y venerado Papa Pío XII, que había abierto este año de preparación al centenario de la definición de la Inmaculada Concepción por la Encíclica *Fulgens Corona,* lo clausuró por otra Encíclica, que será célebre en los fastos de la historia religiosa. La ceremonia de clausura del Año Mariano concluyó con un homenaje grandioso a la Realeza de María, cuyos fundamentos y ejercicio expone la Encíclica *Ad cœli Reginam.* Los teólogos habrán observado especialmente uno de los fundamentos doctrinales asignados por el Santo Padre a la soberanía de María: su intervención de orden subordinado junto a Cristo en la redención de la humanidad. *«No os pertenecéis* —decía San Pablo a los cristianos—, *pues habéis sido comprados a un elevado precio»* [1]. El Apóstol de las naciones predica así la pertenencia a Cristo. Pío XII utiliza este mismo texto aplicándolo a la Santísima Virgen. Tenemos ahí un fundamento sólido para la soberanía de María, y asimismo para nuestra pertenencia total a Ella, que practicamos de manera ideal por la santa y noble esclavitud de amor.

Lo que acabamos de escribir sobre las palabras y actos del Santo Padre nos sugiere una reflexión, que es tal vez una respuesta a una objeción tácita de ciertos lectores. Montfort anuncia el reino de Cristo por el de María, y este por el conocimiento y la práctica más general de la «verdadera y sólida devoción que él enseña». Incluso aceptando la conexión necesaria que existe entre el triunfo de Cristo y el de su divina Madre, se guardará tal vez cierto escepticismo respecto de esta última afirmación (proposiciones 4ª y 5ª). Las citas que acabamos de hacer disipan por sí mismas estas dudas. Lo que el Santo Padre pide es equivalentemente lo mismo que aconseja San Luis María de Montfort: una consagración bien comprendida, hecha después de una larga y seria preparación y no de pura forma y precipitadamente, una consagración realizada en una vida cristiana y mariana fervorosa. La definición dada por el Santo Padre es idéntica a la de Montfort, con la sola diferencia de que el Papa no exige explícitamente la entrega a la Santísima Virgen del derecho de

[1] I Cor. **6** 19-20.

disponer del valor comunicable de nuestra vida, aunque está incluido implícitamente. Y si este abandono forma parte integrante del acto central de la vida mariana tal como la describe el Apóstol de María, no habría que exagerar la importancia de esta parte de nuestra oblación que, evidentemente, es menor que la donación de nuestro mismo ser y de nuestras facultades, y que hace que nuestros actos deliberados queden marcados con el sello de nuestra pertenencia a Nuestra Señora. Nos parece que si el mundo cristiano en su conjunto siguiese los consejos e indicaciones del Sumo Pontífice, no estaríamos lejos del reino de la Santísima Virgen tal como Montfort lo anuncia y describe.

## UNA OBJECIÓN QUE ES UNA CONFIRMACIÓN

A veces se nos ha hecho también la siguiente objeción: «Usted nos presenta nuestra época como el siglo de María. ¿No es más bien la era del Sagrado Corazón, de Cristo Rey, de la Eucaristía, del Cuerpo místico, etc.?».

La objeción, como fácilmente se comprenderá, no es tal, sino más bien un argumento, un *confirmatur* de lo que acabamos de recordar. Los hechos, en cierta medida, dan razón a San Luis María: el reino de Cristo por el reino de María.

¡Ah, ciertamente, este reino tan deseado de nuestro Cristo adorado está lejos de haber llegado en su plenitud! No podemos cerrar los ojos ante toda clase de síntomas inquietantes: la caridad enfriada de un gran número, el bajón espantoso de la moralidad en muchos medios, la descristianización lenta pero progresiva de varios países. El catolicismo, y sobre todo el cristianismo en general, sufrió pérdidas gravísimas por la acción del comunismo y del socialismo nacional.

Pero frente a este triste balance hay indicios sumamente alentadores. La Iglesia ha recibido gracias insignes. Desde hace cincuenta años han nacido y se han desarrollado movimientos sumamente prometedores, que parecen anunciar y garantizar el triunfo de Cristo Rey. En 1900 el género humano fue solemnemente consagrado al divino Corazón de Jesús. El Pontificado de Pío XI transcurrió totalmente bajo el signo del reino de Cristo, y la fiesta de Cristo Rey es su fruto duradero y su memorial imperecedero. Son también gracias excepcionales para la Iglesia, que contienen ya un reino parcial de Cristo: una larga serie de grandes y santos Papas, un episcopado admirable y un clero tan excelente en su conjunto, que

probablemente buscaríamos en vano otro semejante en los siglos precedentes. Tenemos además: el movimiento litúrgico, cuyo mérito principal es habernos hecho descubrir de nuevo el santo Sacrificio de la Misa; el movimiento eucarístico con la Comunión precoz de los niños y la Comunión frecuente de los adultos, que ha tenido como consecuencia un gran florecimiento de la vida interior incluso entre los seglares; el movimiento de Acción Católica, cuya influencia ya ha sido considerable y cuyos esfuerzos futuros podrían ser decisivos; el movimiento de Entronización del Sagrado Corazón, que ha introducido oficialmente a Cristo como Rey de amor en decenas de millones de hogares; el movimiento maravilloso de evangelización del mundo, el más poderoso que la Iglesia haya conocido desde el tiempo de los Apóstoles, y que tiene como particularidad contemporánea la introducción en masa del clero indígena, que podrá ejercer una influencia decisiva para la conversión de las naciones paganas. Y la comprensión más profunda del misterio de la Iglesia, del Cuerpo místico de Cristo, ¿no es una consecuencia de este reino del María, que es la Madre, el tipo y como la personificación de la Iglesia?

Es muy notable lo siguiente: ante todo, que todos o casi todos estos acontecimientos tuvieron lugar, y todos estos movimientos nacieron, después de que el reino de Nuestra Señora se hubiera establecido parcialmente desde comienzos del siglo XX; y luego, que todos los que han creado y propagado estos movimientos se hicieron notar casi siempre por una devoción excepcional a la Santísima Virgen, y la mayoría de entre ellos eran esclavos de María según la fórmula de Montfort: los Papas León XIII, San Pío X y Pío XI, los Cardenales Mercier y Van Rossum, el Padre Mateo, el Padre Lintelo, el Padre Poppe, y cuántos otros. Esta observación, ¿no nos recuerda la afirmación de Montfort de que *«por medio de esta verdadera y sólida devoción… estos santos personajes lo lograrán todo»?* Parece, pues, que la historia misma nos demuestra que tanto las comunidades como los individuos han de ser conducidos a Cristo por María: *«Per Mariam ad Iesum».*

## CONCLUSIÓN

De todo lo que acabamos de decir creemos poder concluir que todo hombre verdaderamente cristiano, que sin prevención y seriamente reflexiona en la doctrina y en los hechos que acabamos de recordar, adoptará con certeza moral la afirmación fundamental

de la espiritualidad de San Luis María de Montfort: El reino de Cristo vendrá; llegará por el reino de María; esto es, llegará cuando el mundo cristiano haya reconocido teórica y prácticamente a María todo lo que le corresponde según el plan de Dios. Y esto lo haremos de modo perfecto siguiendo las enseñanzas del gran Apóstol de María, San Luis María de Montfort.

# XIII
# Apostolado mariano

En nuestras consideraciones precedentes nos hemos convencido de que el reino de Cristo vendrá por el reino de María, por la práctica generalizada de una devoción mariana íntegra. Con esta convicción nos es fácil decidirnos a contribuir con todos nuestros esfuerzos a este reino mariano, condición indispensable y medio, no único pero sí infalible, para realizar el reino de Dios. Por este motivo Montfort nos pide el apostolado mariano en términos convincentes: *«Como un buen siervo y esclavo, no de debe permanecer ocioso; sino que es preciso, apoyados en su protección, emprender y realizar grandes cosas para esta augusta Soberana. Es menester defender sus privilegios cuando se los disputa; es necesario sostener su gloria cuando se la ataca; es preciso atraer a todo el mundo, si fuera posible, a su servicio y a esta verdadera y sólida devoción; es menester hablar y clamar contra los que abusan de su devoción para ultrajar a su Hijo, y al mismo tiempo establecer esta verdadera devoción»* [1].

Pío XII se atrevía a imponer esta obligación, por decirlo así, a los 600.000 peregrinos que asistían, el 13 de mayo de 1946, a la coronación de Nuestra Señora de Fátima, y la habían reconocido y aclamado así como su Reina: *«Al coronar la estatua de Nuestra Señora os habéis comprometido, no sólo a creer en su realeza, sino también a depender lealmente de su autoridad, a responder filial y continuamente a su amor. Habéis hecho más que eso: os habéis alistado como Cruzados para la conquista o la reconquista de su reino, que es el reino de Dios. Esto quiere decir que os obligáis a esforzaros para que Ella sea amada, venerada, servida alrededor vuestro en la familia, en la sociedad, en el mundo».*

Hemos demostrado precedentemente que en este campo pueden y deben hacerse progresos importantes, tanto en profundidad como en extensión. Cuando se piensa que en el orden sobrenatural nada se hace sin Ella, ni una definición dogmática, ni una furtiva oración jaculatoria, nada de importancia ni nada mínimo por el reino de Dios, uno se da cuenta de que aún falta mucho por hacer para

[1] Verdadera Devoción, nº 265.

adaptarnos plenamente a los designios de Dios en este punto. Caminamos hacia la Tierra prometida, es cierto. Pero estamos aún lejos de haberla alcanzada. Es tarea de los sacerdotes y de todas las almas apostólicas encaminar el pueblo cristiano hacia esta Tierra de maravillas [1].

Podemos y debemos practicar el apostolado mariano de muchas maneras: por el apostolado de acción, empujando las almas a la devoción mariana bajo todas sus formas, sin excluir la más elevada; y por un apostolado oculto, subterráneo, de que trataremos más tarde.

Asimismo, podemos ser apóstoles de acción en el campo mariano de dos maneras, *«in recto»* e *«in obliquo»,* diría la Escolástica: ya sea tomando como fin inmediato de nuestros esfuerzos apostólicos el desarrollo de la piedad mariana en nuestros semejantes, ya sea —sin hacer de ella el objeto directo e inmediato de nuestros esfuerzos— propagando la doctrina y la devoción mariana más bien como de paso, esto es, impregnando con ella nuestro trabajo apostólico general, o si se quiere, haciendo apostolado con un espíritu mariano.

Quien reflexiona debe admitir el siguiente principio: que, dada la misión de María en toda la economía sobrenatural, nuestra actividad apostólica debe estar enteramente impregnada del pensamiento y de la influencia de María.

Debemos dirigirnos a Ella para obtener las gracias apostólicas, pues toda gracia nos viene por Ella después de Dios. No quiere esto decir que sea necesario hacerlo siempre de modo expreso y explícito. Hemos de aplicar aquí lo que Montfort escribe de nuestros esfuerzos de santificación personal: *«Persuadíos, pues, de que cuanto más miréis a María en vuestras oraciones, contemplaciones, acciones y sufrimientos, si no con vista distinta y advertida, por lo menos con una general e imperceptible, más perfectamente encontraréis a Jesucristo, que siempre está con María, grande, poderoso, operante e incomprensible»* [2].

Esto vale también para toda nuestra actividad apostólica. Hemos de penetrarnos a fondo de nuestra dependencia total para con

[1] Las consideraciones que siguen pueden ser útiles a todos nuestros lectores. Lo serán ante todo a los sacerdotes, que se cuentan en gran número entre nuestros lectores. Pero, por lo demás, todas las almas que, por uno u otro título, se dedican a la enseñanza religiosa y a las obras de apostolado, sacarán grandísimo provecho en penetrarse de ellas.

[2] Verdadera Devoción, nº 165.

Ella en toda empresa sobrenatural, reconocer prácticamente esta dependencia, de un modo u otro, y de vez en cuando recordarnos de la necesidad que tenemos de su socorro, y volvernos hacia Ella. Asimismo, hay que hacer que las almas sean conscientes de esta dependencia, introduciendo a la Santísima Virgen, de una manera u otra, en nuestra actividad apostólica. Fuera de esto, para producir frutos de salvación y de santidad en las almas, bastará que nos mantengamos en la convicción habitual de nuestra dependencia de Nuestra Señora.

Una vez más, reconocer prácticamente el papel decisivo de la Santísima Virgen en nuestra vida apostólica puede hacerse de más de un modo. Podemos hacerlo más bien subjetivamente, invocando a Nuestra Señora o renovando la consagración a Ella antes o después de cada empresa apostólica. O bien instalando, por ejemplo, una imagen de la Santísima Virgen en la sala del patronato, o insertando un lema mariano en el encabezado de un trabajo escrito, o invocándola con los oyentes o alumnos antes de una predicación o lección de catecismo. Muy hermosa costumbre, un poco desaparecida hoy, era la de rezar un Avemaría después del exordio de un sermón; el Padre Poppe estaba muy bien inspirado al recordar o invocar a la Mediadora de todas las gracias al comienzo de cada alocución.

Otra manera de dar a la Santísima Virgen el lugar a que tiene derecho en nuestros trabajos apostólicos es evocar su pensamiento o su recuerdo a propósito del tema de que se está tratando. La mayor parte del tiempo eso podrá hacerse sin la menor búsqueda o apariencia de afectación. Uno queda sorprendido a veces de ver a sacerdotes, teóricamente muy favorables a la orientación mariana actual, no aprovechar las ocasiones más naturales de traer su recuerdo o su mención en una predicación, un artículo, una lección de religión. Si predicamos sobre la Santísima Trinidad, no hace falta decir que señalaremos los vínculos excepcionales de María con cada una de las tres Personas divinas. Si hablamos de la grandeza y del poder divinos, encontraremos la ocasión de subrayar la infinita dignidad de la Maternidad divina. Cuanto tratamos del cielo, recordaremos a nuestro auditorio que María es la Puerta del cielo abierta para todos: *«Quæ pervia cæli Porta manes»*... ¿Hablamos de la vida de la gracia? Es casi imposible no mostrar a Aquella que la ha recibido en su plenitud, y que es su Canal y su universal Mediadora. ¿Queremos conducir al arrepentimiento y a la contrición a todo un público, o a una sola alma? Una de las razones de nuestro pesar serán los dolores de la Santísima Virgen, de que nuestros pecados fueron

causa. ¿Exhortamos a la humildad, a la pureza, a la caridad, al espíritu de oración, al recogimiento? No será difícil señalar, aunque sea rápidamente y como de paso, a la Santísima Virgen como perfecto modelo de estas virtudes.

Ciertamente que no es exagerado pedir a todos los que lo han comprendido, que «marialicen» de un modo u otro toda obra de apostolado de alguna importancia que se les solicita realizar: un libro, un artículo que escriben, una predicación que hacen, una reunión que presiden, una lección de religión que dan… ¿Será pedir demasiado que jamás ninguno de nuestros penitentes deje el confesionario sin que le hayamos deslizado al oído y en el alma, a título de aliento, el nombre de su Madre? Hagámoslo, pues, una vez más, con sencillez y franqueza, sin ostentación. Si lo hacemos por convicción sincera y con amor filial recto y simple, la cosa parecerá totalmente normal, y nadie quedará ofuscado por eso, ¡al contrario!

Estemos seguros de que la respuesta del cielo a lo que es por parte nuestra, en definitiva, un esfuerzo de adaptación al plan de Dios, será una efusión abundantísima de gracias. San Francisco Javier decía que los pueblos siempre habían resultado refractarios al Evangelio hasta que no les mostraba, juntamente con la Cruz de Jesús, a su dulcísima y amabilísima Madre. El Cardenal Griffin declaraba hace poco que para volver a llevar a Cristo a Inglaterra, era preciso volver a entregar este país a María. Y no habrá un solo sacerdote que en ciertas ocasiones no haya experimentado, como nos ha pasado a nosotros tantas veces, esta maravillosa intervención materna de María en las almas.

Nos parecería faltar a nuestro deber si no señaláramos en esta ocasión una organización contemporánea que es la prueba viva y palpable de lo que acabamos de recordar: la Legión de María, a base de fuerte doctrina mariana, que después de algunas décadas de existencia, se ha difundido por todas partes en el mundo. Fabulosos y casi increíbles son los resultados logrados, tanto en los países civilizados como en los países de misión. Es cierto que sus miembros ejercen una actividad admirable y practican una dedicación sin límites. Pero es incontestable que —como ellos son los primeros en proclamarlo— los frutos excelentes de su apostolado se deben en su mayor parte al hecho de que en su acción apostólica se sienten y se muestran totalmente dependientes de María. ¿No será esto una indicación para la Acción Católica en general? Es cierto también que en muchos países hay esfuerzos muy loables en este sentido. Estos esfuerzos hay que continuarlos, extenderlos e intensificarlos, para que la Acción Católica responda

completamente a las esperanzas que los Sumos Pontífices tienen puestas en ella. Piénsese, por ejemplo, que como tema de estudio, ninguno fuera de Dios, de Cristo o de la Eucaristía merece tanta atención y esfuerzos como el de María.

Grabemos todos en nuestra memoria y en nuestro corazón, como consejo implícito, la preciosa felicitación que Pío XII dirigía a los hombres de la «Gran Vuelta»: *«Nos os felicitamos por tomar a pecho esta salvífica devoción mariana, por propagarla alrededor vuestro, por hacer de ella la palanca de vuestro apostolado. Nos queremos ver en ello la prenda y la garantía de la conversión de los pecadores, de la perseverancia y del progreso de los fieles, del restablecimiento de una verdadera paz en todas las naciones, entre ellas y con Dios».* La *«salvífica devoción mariana»* de que se trata aquí, como lo demuestra el contexto, tiene como núcleo la consagración mariana; por eso, las palabras del Santo Padre son un precioso aliento a difundir la doctrina y la práctica de esta donación.

# XIV
# Apostolado mariano directo

En todas nuestras empresas apostólicas debemos dar a la Santísima Virgen el lugar que le corresponde según el plan divino. También debemos hacer acto de apostolado mariano directo a su debido tiempo, y esforzarnos para que Nuestra Señora sea más conocida, amada y honrada.

Nosotros, sacerdotes, predicadores, hemos de saber aprovechar las ocasiones que se presentan por sí solas: fiestas de la Santísima Virgen, mes de mayo y mes del Rosario, octavas y novenas existentes en honor de Nuestra Señora, etc. Muchos predicadores tienen que hacer aquí su *mea culpa.* Con motivo de predicaciones supuestamente marianas hablan de todo, menos de su tema. Sacan demasiado a menudo sus clichés habituales, sin hacer siquiera un pequeño esfuerzo por adaptarlos al tema mariano.

En estas circunstancias hay que predicar a María, lo cual no impide evidentemente las aplicaciones prácticas que se presentan por sí mismas, puesto que la vida mariana no es en definitiva más que la vida cristiana vivida bajo la dirección, según el modelo y con el concurso de la Madre de Dios y en unión con Ella. Pero estas consecuencias prácticas deben ser sacadas de consideraciones marianas, tratadas en función de los privilegios y virtudes de la Santísima Virgen. Y quien no se sintiese capaz de hacerlo, no debería aceptar predicaciones de esta clase.

Y no se diga que la predicación mariana está pasada de moda, que no atrae a los fieles, y que se tendrá que predicar delante de bancos o asientos vacíos. Esto sucede, es verdad, cuando la predicación mariana, como es muy frecuente por desgracia, está vacía de ideas y no se inspira más que en un vago sentimentalismo, sin fundamento sólido. En algunas diócesis de Holanda y Bélgica se predicaron, hace unos veinte años, cientos de octavas estrictamente marianas sobre un tema común para preparar la consagración mariana de las parroquias. Pues bien: estas predicaciones fueron seguidas con pasión, hasta el punto de llenar las iglesias dos y tres veces por día.

Prediquemos a María en las ocasiones que se presenten por sí solas. Cuando estas ocasiones faltan, creémoslas. Es deseo del Santo

Padre que en todas partes se haga la consagración individual a la Santísima Virgen, y asimismo la consagración colectiva y social de las familias, de las parroquias, y por qué no, de nuestros institutos, de todas nuestras organizaciones, de nuestras ciudades, de nuestras comunas, de nuestras provincias. Es también deseable que esta consagración se renueve cada año. Se la ha de entender en su verdadero sentido, y comprender con todo su alcance, con todas sus consecuencias y obligaciones. Las poblaciones deben ser adoctrinadas y formadas sobre este punto. ¡Cuántas ocasiones de practicar una buena predicación mariana, seria y fructuosa!

Como hemos dicho, la predicación mariana, sin excluir sus consecuencias prácticas, ha de ser dogmática. Pero no por eso se ha de convertir en una exposición de seca dialéctica, sino que debe ser rica de doctrina y de enseñanzas. Hemos de predicar la Mariología de la manera más adaptada a nuestro auditorio. La predicación mariana no atrae, y aburre a veces a los fieles, porque muchos predicadores, como ellos mismos lo confiesan, dicen todo lo que hay que decir en una sola pieza de elocuencia, pero en la cual hay tantos lugares comunes machacados, tanto sentimentalismo superficial, que forzosamente los oyentes un poco instruidos han de cansarse de ella rápidamente.

Hay que predicar la doctrina mariana de una manera adaptada a todo público, a niños y adultos, a universitarios y simples obreros, a sacerdotes y religiosos. *«María ha sido desconocida hasta ahora»,* constataba el Padre de Montfort. ¡Qué cierto sigue siendo en muchos casos y en múltiples puntos! ¡Qué riquezas de doctrina se encuentran en la Maternidad divina, la Corredención, la Mediación de todas las gracias, la Maternidad espiritual, la Realeza de Nuestra Señora! ¡Y qué enseñanzas sublimes nos dan los misterios del Rosario, los misterios de la vida terrena de María! Hay en todo esto una gran abundancia de temas, que bien presentados pueden ser comprendidos y gustados perfectamente por el público cristiano.

Pero debe quedar claro que el conocimiento mariano debe ser orientado al amor, como decía Bossuet. Debemos presentar a los fieles una devoción mariana integral. Generalmente se suele desarrollar dos de sus aspectos verdaderos y sólidos: el de la confianza y el de la imitación. Pero limitarse a eso sería incompleto. En la vida mariana hay aún otros aspectos riquísimos, verdaderos mundos: la vida de unión, como tal, con la Santísima Virgen, y la vida de dependencia para con nuestra Madre y Soberana, que es el único aspecto de la vida mariana de Jesús de que se haga mención

en el Evangelio; asimismo, la vida para María, esto es, María introducida por principio en el orden de la finalidad, y que es en definitiva el aspecto más importante de todos en el orden práctico.

Otro aspecto también muy importante de la devoción mariana integral es su lado negativo, si se lo quiere llamar así. A veces no se insiste demasiado en ello. San Luis María, en algunas páginas muy ricas y notables, resalta a la perfección el papel decisivo que la Santísima Virgen cumple en la lucha contra Satán y su imperio, y asimismo las actitudes que nosotros, hijos de María, hemos de tener para con el Maldito, y para con sus obras y empresas. Este aspecto bien expuesto reforzaría considerablemente la actualidad de la devoción mariana y el interés de la predicación sobre este tema, y atraería más fácilmente a los hombres a las predicaciones y conferencias marianas. Los hombres deben ser, aquí como en todas partes, los primeros. Estando aún más expuestos que las mujeres a los asaltos del demonio, les será sumamente beneficioso oír hablar de la doctrina mariana bajo este ángulo, oírse recordar que María, como lo repite el Papa, es la *«Triunfadora de todas las batallas de Dios»,* siempre y en todas partes donde se entablen estas batallas, tanto en la arena íntima de cada alma como en el campo de batalla del mundo.

## LA CONSAGRACIÓN MARIANA

Hay que predicar y difundir la devoción mariana íntegra, incluyendo en esta predicación la cumbre y perfección de esta vida en María. Y esta cumbre es la consagración a Nuestra Señora. La consagración es la forma más rica y sintética de la devoción a María, la forma que, bien comprendida, engloba todo lo que debemos ser y hacer para nuestra divina Madre. Desde el 31 de octubre de 1942 la consagración mariana ha dejado de ser un acto de devoción mariana individual y facultativo. Desde entonces pasó a ser una forma oficial de nuestra devoción mariana, asumida definitivamente en la vida misma de la Iglesia. Lo es sobre todo desde que el Papa, en su Encíclica *Auspicia quædam,* expresó el deseo de que la hagan todos los cristianos, y ya hemos recordado cómo el Sumo Pontífice explicó este acto y determinó las condiciones requeridas para que produzca todos sus efectos.

Todo esto es rica materia de predicación mariana incesante, entrañable, y sobre todo beneficiosa.

## OBJECIONES

Sería deseable que desaparezca para siempre la leyenda: «Eso no es para todo el mundo, sino sólo para las almas de élite. Esta práctica se susurra solamente al oído y en el secreto del confesionario, con la recomendación: No lo digas a nadie». Es posible que al comienzo de su ministerio apostólico, cuando escribió su «Carta sobre la santa esclavitud de la Santísima Virgen», Montfort haya sido de este parecer, aunque sus palabras admiten otras explicaciones. En todo caso, si tal hubiese sido su punto de vista, lo modificó más tarde, como lo demuestran tanto el texto citado más arriba como su modo personal de obrar, puesto que predicaba la santa esclavitud ante el gran público, y por este medio y por el Rosario, según el testimonio de su compañero el Padre Des Bastières, convirtió a muchos grandes pecadores.

Y que no se diga: «Es demasiado elevado, demasiado perfecto, muy por encima de la capacidad de los cristianos ordinarios».

El Evangelio, ¿es, sí o no, para todo el mundo, aunque haya en él gran cantidad de cosas que la gran masa de los cristianos no comprende para nada o muy poco? Hay una manera elemental de vivir el Evangelio, el cristianismo, y ya es algo muy bueno. Pero también hay un modo más perfecto de conformarse a él, y eso en miles de grados distintos. *«Qui potest capere capiat»,* decía Jesús, y Montfort con El: ¡Que cada cual lo entienda como pueda!

Hay también una manera elemental de comprender y practicar la santa esclavitud de amor mariano. Todo cristiano puede comprender qué quiere decir darse enteramente y para siempre a Nuestra Señora y dejar que Ella disponga de nuestras oraciones e indulgencias. Según el Tratado, esta es toda la esencia de la perfecta devoción. Y quien realiza este acto, aunque sólo sea con un conocimiento elemental, que juzgamos suficiente para actos mucho más graves —la confesión, la santa Misa y la sagrada Comunión, por ejemplo—, realiza un acto importante con consecuencias graves y consoladoras, como lo explica Montfort. No es de ningún modo necesario, aunque sí deseable cuando se puede, que los cristianos capten con todos sus matices la distinción entre valor meritorio, no comunicable, y los valores satisfactorio e impetratorio de nuestras acciones, que se pueden transmitir a otros; de modo parecido a como no es necesario para comulgar haber profundizado las explicaciones teológicas sobre la transustanciación, las modalidades de la presencia de Jesús en la Eucaristía, etc. Se podrán dar estas

explicaciones, sobre todo en presencia de un público más cultivado, pero se puede ser perfecto esclavo de María sin comprenderlas del todo.

Se podrá objetar aún: «El acto de consagración no es aquí lo principal, sino vivir en este espíritu…». ¡De acuerdo! Pero obsérvese bien que Montfort describe esta vida bajo dos formas diferentes: las prácticas interiores, destinadas a las almas que Dios llama a una elevada perfección, y la forma más sencilla de los cinco deberes que los predestinados deben cumplir para con la Santísima Virgen, su Madre. Ahora bien, ¿qué hay de más accesible, en teoría y en práctica, que estas actitudes de hijo para con la Madre de Jesús y nuestra? Se puede ser perfecto esclavo de María sin comprender el cómo de la vida «en María», y aun sin sentirse llevado a «dejar obrar a María en nosotros».

Notemos, por otra parte, que a veces uno se equivoca sobre la perspicacia de las almas simples, e incluso de los niños, en estos temas sobrenaturales. En nuestra vida hemos tenido ejemplos impresionantes.

Recordemos también lo que ya hemos dicho, que la diferencia entre la consagración tal como la recomienda el Santo Padre y tal como la presenta Montfort no es tan grande. No querríamos hacer decir al Sumo Pontífice lo que sus palabras no contienen. Pero Montfort, en resumidas cuentas, no hace más que explicar la totalidad de la donación, tal como la recomienda el Santo Padre.

Nosotros, después de décadas de experiencia con toda clase de auditorios, sacamos la conclusión de que los cristianos ordinarios pueden comprender perfectamente la consagración mariana, cuando se les explica bien, para hacerla después de una preparación conveniente y adaptada al medio; y que también pueden vivirla con gran provecho para su alma y para el reino de Dios, sobre todo cuando quieren servirse de ciertos medios puestos a su disposición, como lecturas, reuniones, etc.

Al tratar del apostolado mariano de acción hemos hablado de predicación. Esto vale para los sacerdotes, pero también puede aplicarse en cierta medida a los esfuerzos de apostolado mariano ejercido por los seglares. Con mayor razón todo esto vale para el apostolado ejercido con la pluma. Que quienes son diestros con la pluma se esfuercen por conquistar el mundo y las almas para Cristo por la unión con María, y esto por medio de libros, de folletos, de revistas, de artículos. Este apostolado de la prensa se ejerce mucho en la actualidad, incluso por seglares. Muy bien. Pero no nos

imaginemos entonces que la doctrina mariana deba ser servida con cuentagotas. Nuestras revistas religiosas son a veces de una insignificancia desesperante, y no dispensan el alimento mariano sino en dosis mínimas, diluido totalmente en medio de historietas y de pamplinas que apartan totalmente la atención de los lectores del contenido serio de estas publicaciones, y obran por otra parte de manera deletérea sobre el gusto y la formación de nuestro público cristiano. Debemos servir a nuestros lectores un alimento sólido y sustancial especialmente en el ámbito mariano, sin tener necesidad de recurrir a folletines novelescos y a ilustraciones gritonas para llevar la revista a cifras impresionantes de abonados.

## OTROS MEDIOS DE APOSTOLADO

El apostolado de acción puede ejercerse, incluso por los seglares, de muchas otras maneras fuera de la predicación oral o escrita.

Ante todo tenemos el ejemplo. Para eso no es necesario posar, ser afectado. Pero quien viva de la vida mariana sencilla y valientemente, la irradiará alrededor de sí. Hemos conocido varios ejemplos de esta influencia decisiva en el tema, por ejemplo el de una postulante —¡una postulante!… que no es gran cosa en una comunidad…— que ejercía en una congregación una acción tan profunda como una superiora; o el de una religiosa en la que se comprobaba una fuerza secreta: ¡su vida mariana, que ella dio a conocer por orden de sus superiores, con la consecuencia de que todo el monasterio quedó contagiado de ella!

Y ¿quién no tiene la oportunidad, en una conversación o en una carta, de deslizar una alusión sobre la Santísima Virgen, sobre la vida mariana, sin ser por eso «sermoneador» y molesto?

También es un apostolado mariano del mayor valor difundir lecturas marianas, las obras de los santos sobre este tema, muy particularmente las de Montfort, tan cautivadoras; difundir las revistas marianas serias, sólidas y realmente nutritivas.

## CUALIDADES REQUERIDAS

Y que nadie se deje detener por nada ni por nadie, excepto por los Superiores, evidentemente. Pero cuando la Autoridad está con nosotros, ¡adelante a través de todo! como San Pablo, *«opportune,*

*importune»,* a pesar y por encima de todos los obstáculos. Que nadie se deje desarmar ni por burlas, ni por oposiciones y molestias, ni por los fracasos aparentes o reales. El apostolado mariano de quien se lo ha dado todo a María siempre sale bien: si no es aquí, será allí; si no es ahora, será dentro de veinte o cien años… ¡Piénsese en el ejemplo de San Luis María de Montfort, cuya influencia en la Iglesia no deja de crecer desde hace doscientos cincuenta años! María da a sus servidores, dice Montfort, *«una fe valiente, que los hace emprender y llevar a término, sin vacilar, grandes cosas por Dios y por la salvación de las almas…; una fe firme e inquebrantable como una roca, que los hace permanecer firmes y constantes en medio de las borrascas y de las tormentas»* [1]. No nos apoyemos en nuestro saber y en nuestros talentos, sino en la protección de María. No descuidemos ningún medio, ni siquiera el más moderno. Pero no sea eso el motivo de nuestra confianza; contemos con la Virgen poderosa y fiel. Y que también aquí nuestro apostolado se inspire fielmente, a través de todas las variaciones de la táctica y de la técnica, del espíritu evangélico, que es invariablemente el mismo: un espíritu de humildad, de gran sencillez, de pobreza y de renuncia; pues fuera de eso no seríamos más que címbalos que retiñen, que podrán tal vez divertir, admirar o incluso cautivar a los hombres, pero que no harán ningún bien serio y duradero en las almas.

Y que nuestra actividad apostólica mariana sea también constante y perseverante. Montfort nos advierte que raramente encontró almas que hayan perseverado en la práctica interior de su maravilloso secreto mariano [2]. Esto es también muy cierto en el ámbito de la actividad apostólica en la materia. ¡Debemos «aguantar» un año, diez años, cincuenta años, toda nuestra vida, hasta el fin, hasta el agotamiento total de nuestras fuerzas! Estamos persuadidos de que, incluso con talentos muy modestos, pero fielmente utilizados, se llega siempre a grandes resultados.

Realizaremos grandes cosas por donde menos pudimos esperarlo. Una pequeña sirvienta, después de un retiro mariano, presenta un manual de oraciones según este espíritu a un convento de Ursulinas. Le aceptan el libro «por la buena obra». Pero una religiosa se prenda de él. Se gana así a toda la comunidad, la cual quiere ser apóstol a su vez y siembra la buena semilla mariana alrededor suyo, hasta la misma Indonesia, y emprende una campaña de propaganda en todos los seminarios de Roma… ¡Es la historia de

[1] Verdadera Devoción, nº 214.
[2] Secreto de María, nº 44.

la semilla, la historia del grano de mostaza que se convierte en un gran árbol!

¡Si el Padre Gravis no hubiese insistido una segunda vez al Padre Poppe para que hiciese una segunda lectura, más «rezada» esta vez, del «Tratado de la Verdadera Devoción», el santo sacerdote flamenco tal vez no hubiese descubierto jamás lo que fue todo el secreto de su santidad, la vida mariana integral, y no lo hubiese comunicado tampoco a millares y a decenas de millares de sacerdotes, religiosos, seminaristas y niños!

A causa de nuestro celo y de nuestro amor, Dios nos concederá hacer algo grande, de una forma u otra, para el reino de Nuestra Señora, y por lo tanto para su propia gloria.

En todo caso, hay una manera al alcance de todos nosotros, de hacer grandes cosas para la dominación de amor de Jesús por María.

Vamos a exponerla.

# XV
# Apostolado mariano oculto

Según el consejo de Montfort, queremos *«emprender y realizar grandes cosas»* por María, nuestra augusta Soberana y nuestra Madre amadísima.

Pero ¿qué sacerdote, qué religioso, y con mayor razón qué cristiano en el mundo se creerá capaz de realizar grandes cosas, en el sentido absoluto y pleno de la palabra, por medio de su actividad apostólica mariana? El sacerdote más celoso, el misionero más ardiente, el apóstol seglar más fervoroso, deberá contentarse la mayoría de las veces en su vida con llegar a lo sumo a algunos millares de personas para conducirlas a Dios por María. Y ¿qué es eso en comparación con los dos mil quinientos millones de hombres que pueblan actualmente nuestra tierra, y que se encuentran llamados todos a glorificar a Dios?

Y sin embargo sería preciso que ahora, ya, enseguida, se hagan grandes cosas en el mundo.

## EL IMPERIO DE CRISTO AMENAZADO

El peligro es grande en el reino de Dios. El cáncer de la descristianización ataca a todos los pueblos y prolonga y agrava sin cesar sus desastres. Hay pueblos cristianos en que este proceso comenzó más tarde, y en que el punto de partida del mal estaba situado más alto: pero el mal es general y roe las naciones más cristianas y generosas… ¡Es espantoso constatar la diferencia de porcentaje de «no practicantes» en muchos países entre 1910 y 1950!

Nuestros misioneros conquistan cada año, es cierto, millones de neófitos para la Iglesia de Dios. Pero, al lado de esto, ¿cuántas pérdidas ha sufrido el cristianismo, por millones y por decenas de millones, especialmente en los países controlados por el comunismo?

Lo sentimos todos: ¡hay que hacer algo! Hay que detener la ola de ateísmo que crece, amenazando con arrastrarlo todo. Y hay que hacerlo rápido. Si no, se perderán demasiadas almas. Si no, podría

ser demasiado tarde: el mal se infiltraría demasiado profundamente en la sociedad para poder ser curado con la más dolorosa de las operaciones, una nueva guerra mundial o una catástrofe semejante… Cristo debe reinar: *«Oportet Illum regnare!»*. Debe hacerlo a cualquier precio. ¡Y este reino es tan limitado! ¡Y este reino parcial está aun en peligro! ¿Qué hacer? ¿Cómo salvar al mundo y establecer y extender, por el reino de María, el reino glorioso de Jesús?

## ¿UN REMEDIO DECISIVO?

Creemos que el remedio infalible y decisivo para detener la marea roja y rechazarla, para conquistar efectivamente el mundo para el reino de Cristo por el reino de María, sería el siguiente: que millares y millones de sacerdotes, de religiosos, de buenos cristianos en el mundo, ofrezcan su vida por este ideal. Se trataría de una liga mundial que, con o sin organización exterior, vinculase a todas las agrupaciones cristianas con un fin limitado y determinado, para hacer de ellas un ejército único e inmenso de almas, que avanzase irresistiblemente a la conquista de lo único que importa en definitiva: ¡el reino de Dios!

Esta liga mundial con organización exterior es sin duda una utopía. Esta exteriorización tampoco es indispensable. En todo caso, podemos difundir este espíritu apostólico a escala mundial, alrededor nuestro. También podemos, y para cada uno de nosotros es lo principal, realizar el acto espléndido de la consagración a María, vivir fielmente de él, y contribuir de este modo a este movimiento de «resistencia», que acabará por poder más que el tirano que esclaviza y brutaliza el mundo de las almas.

Entiéndasenos bien. Con esto no queremos difundir a vasta escala lo que se llama «acto o voto de víctima», por el que alguien se ofrece, en definitiva, al sufrimiento. No es nuestra intención. Nos parece que este acto no debe hacerse sin inspiración neta de la gracia, después de un noviciado conveniente del sufrimiento, y bajo el estricto control de un prudente y sabio director de conciencia, y estas condiciones se cumplirán muy raramente. Lo que pedimos aquí es que cada uno de nosotros ofrezca para el reino de Cristo por el reino de su dulce Madre su vida tal como Dios se la destina, con todo lo que ella le presenta, las penas y las alegrías, el trabajo y la oración, las distracciones y el descanso, con sus horas exaltadoras y

la marcha cotidiana de las propias ocupaciones a menudo banales; en resumen, toda la vida.

**ACTO DE ELEVADO VALOR**

Comiéncese, pues, haciendo este acto de ofrenda de toda la propia vida para el reino de Cristo por María, conscientemente, deliberadamente, después de un retiro, de una recolección, en un día de fiesta de Nuestra Señora o en otro día importante. Que cada cual componga una fórmula, o deje sencillamente hablar a su corazón. Quienes deseen una fórmula ya hecha, podrán encontrarla al fin de este volumen. Este acto significa, por lo tanto, que de ahora en adelante se adopta el reino de Cristo por María como ideal dominante, como único ideal, de toda la propia vida.

No hace falta decir que este acto debe ser pensado, enérgicamente querido e insistente, y no realizado a la ligera, en un impulso pasajero de sensibilidad, sino que ha de ser realmente la ofrenda de toda nuestra vida por este fin sublime. Luego se proseguirá la propia vida, si ya es buena, como antes; se cumplirán los mismos ejercicios de piedad, se entregará uno a las mismas ocupaciones, aun las más humildes. Pero todo eso quedará interiormente orientado hacia un magnífico ideal.

Queda claro también que este acto no perjudica en nada a la consagración total del esclavo voluntario de amor. Se trata, en definitiva, de esta misma consagración, o al menos de una parte de esta donación, pero hecha con una intención determinada que, como todas las demás, quedará sometida en última instancia a la aprobación de Cristo y de María, aprobación de que no podemos dudar de ningún modo en este caso.

Este acto se realiza por un triple fin superpuesto y coordinado: la gloria o el reino de Dios, el reino de Cristo, y el reino de su santa Madre. Según los atractivos y disposiciones, permanentes o transitorias, de cada cual, se podrá poner más fuertemente el acento en uno u otro de estos fines, coordinados entre sí. Se podrá pensar más formalmente en el reino de Dios o en el reino de Cristo, a condición de recordar habitualmente que no se realiza más que en el reino de Nuestra Señora. Pero no hay ningún inconveniente en que ciertas almas piensen más explícitamente en el triunfo de Nuestra Señora, puesto que este es el medio indispensable e infalible para ir al reino de Dios. Incluso es de esperar que muchos de nuestros lectores, esclarecidos en la materia, lo hagan. Pocos hombres relativamente han comprendido esta conexión necesaria. Sólo de

estos puede esperarse que el ideal mariano encuentre en su alma suficiente resonancia.

### ALMAS DE DESEO

Por lo tanto, hay que suspirar por la realización de nuestro magnífico ideal con grandes ardores de deseo. Esta debe ser la aspiración más ardiente y realmente el voto único de nuestro corazón y de nuestra vida. ¿Acaso el reino de Dios no es, en definitiva, el *«unum necessarium»,* lo único necesario, puesto que tal es el fin que Dios mismo persigue en todas sus obras de gracia y de naturaleza? ¿Acaso un alma que ha comprendido el plan de Dios y ha ordenado en sí misma la caridad, puede desear otra cosa en última instancia? Sí, claro, su propia salvación y santidad personales, pero que ella deseará como una porción del reino de Dios en nosotros, en este mundo y en el otro. Y todos los bienes espirituales y temporales que se pueden desear para sí mismo o para otros, todo lo que uno puede pedir por su familia, sus amigos, su patria, su congregación religiosa, su parroquia, su diócesis, por la misma Iglesia de Dios y por el mundo, ¿no es una parte o un medio de este reino de Dios que ha de establecerse por María? Fuera de esta relación nada ha de tener para nosotros sino muy poco valor.

### TODA LA VIDA POR ESTE IDEAL

Como para la misma consagración, el pensamiento del ideal al que hemos dedicado toda nuestra vida debe impregnar y perfumar toda nuestra existencia.

¡En la vida de cada hombre, incluso en la de un sacerdote o religioso, hay tantas horas que, aun desde el punto de vista simplemente humano, pueden parecer perdidas! ¿Cuánto tiempo nos vemos obligados a consagrar diariamente al cuidado y mantenimiento de nuestro cuerpo? Comer, beber, dormir y todos los demás cuidados corporales, para un ser espiritual como el hombre, son poco elevados y un tanto humillantes. También precisamos de distracciones, de descanso, cosas en sí mismas que no tienen nada o poco que ver con aspiraciones superiores. San Pablo sentía vivamente todo esto y sufría por las exigencias de lo que llamaba *«este cuerpo de muerte».* Pero con un gesto decidido y sublime sobrenaturalizó todo esto, y nos pide que también nosotros hagamos lo mismo, como lo manifiesta su conocidísima recomendación: *«Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para*

*gloria de Dios».* Apoderémonos ávidamente de esta palabra. Repitamos este gesto que nos libera y ennoblece, y orientemos hacia la gloria de Dios, por el reino de su Madre y nuestra, todas estas acciones ordinarias: ¡beber, comer, dormir, fumar, recrearse, el juego, el deporte, absolutamente todo!

# XVI
# Trabajo, oración, sufrimiento

## EL TRABAJO

Más preciosas son en nuestra vida las horas de trabajo. En este último tiempo se ha glorificado el trabajo, y con razón. Aunque nos haya sido impuesto como una pena, porque ordinariamente nos cuesta, de suyo es hermoso, noble y elevado. Nos hace participar en cierto modo al poder productor y creador de Dios. Y en el estado de justicia original hubiese sido uno de nuestros mejores gozos. También hoy puede serlo, y lo es de hecho para muchos hombres. Pero, como consecuencia del pecado, a menudo el trabajo se nos hace prácticamente monótono, molesto, fatigoso, gastador, a veces aplastante y frecuentemente estéril… Hablamos aquí del trabajo de todo tipo, el manual, el intelectual, y el que pide el esfuerzo combinado de cuerpo y espíritu. Pues bien: desde ahora en adelante, hagamos todo nuestro trabajo por el lema: ¡Para el triunfo de Cristo por el reino de María! La madre de familia ofrezca por este ideal la dedicación incesante en el hogar; el obrero, su duro trabajo en la fábrica, y el minero, en su túnel oscuro; el campesino, el trabajo sano pero penoso de su tierra o de su establo; el empleado de oficina, su trabajo fastidioso; el jefe de empresa, su trabajo de administración y de dirección de asuntos; el profesor, su labor de enseñanza, de redacción de artículos y de corrección de exámenes… ¡Ah, si todos los cristianos adoptasen estas nobles intenciones para su trabajo de toda naturaleza, realizado en cualquier condición! ¡Cuánto provecho sacaría de ello nuestro ideal, y cómo nosotros mismos ganaríamos en generosidad y en exactitud para cumplir los quehaceres que Dios y la autoridad nos han asignado en esta tierra!

## LA ORACIÓN

Por encima del trabajo está la oración: *«Ora et labora!»*.

Nadie duda de la excelencia intrínseca de la oración, después de lo que Cristo nos enseñó sobre ella de palabra y de ejemplo. Es evidentemente muy poderosa y decisiva para realizar el ideal a que

aspiramos. En este punto más que en otros, se aplica la promesa infalible de Jesús: *«Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá»* [1]; pues el reino de Dios es la primera cosa que Cristo nos enseñó a pedir: *«Vosotros, pues, orad así: Padre nuestro, que estás en los cielos: santificado sea tu Nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo»* [2]. Sólo después vienen nuestros intereses temporales.

Así es, pues, como debemos rezar. El Padrenuestro no es sólo una fórmula invariable que debamos repetir únicamente en nuestras oraciones; sino que, al mismo tiempo, es el tipo único y universal sobre el que debe modelarse toda oración. Por consiguiente, en nuestras oraciones, siempre y en todas partes, hemos de pedir primero y por encima de todo el reino de Dios. Bendecir el nombre del Señor y hacer su voluntad son otras fórmulas para designar la misma realidad.

Ahora bien, ¿quién se atreverá a afirmar, si echa un vistazo sobre su vida íntima, que reza así y que el reino de Dios es habitualmente la intención predominante de su oración? Detallamos al infinito las últimas peticiones del Padrenuestro, en lo que se refiere sobre todo a nuestro pan de cada día y a la liberación de todo mal. Pero apenas pensamos, o muy poco, en la intención principal, a la que Cristo reserva tres de las siete peticiones. Desde entonces, ¿hay que extrañarse de que el reino de Dios en la tierra se marchite, que falten tantos y tantos obreros en la mies del Señor, si nos descuidamos de pedir este reino y nos olvidamos de la recomendación del Señor: *«Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies»* [3]? ¡Si todos nosotros, sacerdotes, religiosos y buenos cristianos, hubiésemos cumplido nuestro deber en este ámbito, la situación del mundo desde el punto de vista misionero, apostólico y cristiano hubiese sido tal vez muy distinta!

En todo caso, de ahora en adelante —nunca es demasiado tarde para empezar— demos una orientación nueva a todas nuestras oraciones, cuyo tema dominante sea fielmente la aspiración conmovedora de Montfort:

*Ut adveniat regnum tuum, adveniat regnum Mariæ!*
¡Para que venga a nosotros tu reino, venga el reino de María!

---

[1] Mt. **7** 7.
[2] Mt. **6** 9.
[3] Mt. **9** 38.

Pidamos esto en todas nuestra oraciones: Oficio, Rosario, meditación, santa Misa, sagrada Comunión… Jesús nos lo ha prometido: *«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas esas cosas se os darán por añadidura»* [1]. No nos preocupemos principalmente de nuestros intereses personales, sobre todo materiales. *«Ocúpate de mis intereses* —decía Jesús a Santa Margarita María—, *y Yo me ocuparé de los tuyos».* Claro está que no hace falta formular siempre expresamente esta intención, sobre todo cuando se trata de oraciones más cortas. Pero ha de ser su tema principal, sobre el que se construya la armonía de todas nuestras oraciones. Y cuando formulemos intenciones, sea esta la primera y, en cierto sentido, la única, en el sentido de no pedir nada que no esté en conformidad y en relación con esta gran intención. Cada uno de nosotros encontrará, según sus gustos y atractivos, algunos pequeños medios prácticos para mantener este precioso espíritu apostólico. Por ejemplo, podemos añadir la aspiración del Padre de Montfort a las oraciones de la mañana y de la noche, a las oraciones de las comidas, y asimismo intercalarla entre las decenas del Rosario. ¿Tenemos necesidad de alguna diversidad en esta práctica? Podemos componer entonces una lista de intenciones que se refieran al reino de la Santísima Virgen para cada día de la semana o del mes [2].

Y si buscásemos una fórmula más extensa de oración en este sentido, no podríamos recomendar lo suficiente la «Oración abrasada» de San Luis María de Montfort, que ya hemos citado, y de la que el Padre Faber decía que, después de las Epístolas de los Apóstoles, sería difícil redactar un texto con acentos tan inflamados. A este texto remitía dicho Padre a quienes les costaba conservar el primer ardor del celo apostólico en medio de sus numerosas pruebas. Tal vez no rezaremos a menudo esta oración de un solo tirón, pues consta de unas diez páginas; pero la podremos meditar, y rezar de vez en cuando algunos fragmentos.

## ALMAS DE SACRIFICIO

¿Hay una forma más eficaz aún de lo que llamaríamos el apostolado subterráneo? Aparentemente sí: la del sacrificio y sufrimiento.

[1] Mt. **6** 33.

[2] Nosotros lo hemos hecho en un pequeño libro: *Adveniat regnum Mariæ* (Secretariado de María Mediadora, Lovaina).

Jesús había trabajado, rezado, predicado, hecho milagros sin número, y la mies de almas recogida hasta entonces fue muy pobre. Las masas, el día del Viernes Santo, se volverán incluso contra El y pedirán su muerte. Los discípulos no han comprendido casi nada de lo que les ha enseñado. Los jefes del pueblo judío y casi toda la clase dirigente están contra El. Jesús morirá clavado en una cruz, rodeado de enemigos que lo insultan, con un pequeño grupo de mujeres que lloran por El, más bien por compasión humana que por otro motivo, y un solo discípulo, que había vuelto a El después de una huida vergonzosa, aparentemente traído por Aquella que fue la única en comprenderlo y en serle perfectamente fiel hasta el fin.

Pero una vez realizado su espantoso sacrificio todo cambia. El lo había predicho: *«Cuando Yo sea levando de la tierra, todo lo atraeré hacia Mí»* [1]. Y después de Pentecostés, bajo la influencia de su pasión dolorosa y de su muerte, comenzará y proseguirá su obra de conquista. Los apóstoles se acordarán entonces del dicho citado, y de este otro aun más notable, que enuncia una ley fundamental del cristianismo: *«En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto»* [2].

A nosotros nos cuesta reconocer esta verdad, incluso en teoría; pero nos cuesta aún más aceptarla prácticamente en principio, y sobre todo aplicarla sin cesar en nuestra vida. Pero por mucho que nos cueste, tratemos de elevarnos por la caridad hasta esta altura. El amor suaviza todas las cosas. El amor de Cristo y de su santa Madre será más fuerte que nuestro triste amor propio y nuestro miserable egoísmo. Así, pues, por caridad adoptemos, una vez por todas, esta ineluctable ley, y apliquémosla en nuestra vida.

Por el ideal de nuestra vida, el reino de Jesús por el reino de su Madre, aceptemos toda cruz y todo sufrimiento, practiquemos toda renuncia y toda abnegación, soportemos todo lo que es penoso, molesto o irritante, y hagamos todos los sacrificios que reclama de nosotros el deber de cada instante y las circunstancias del momento. Por nuestro ideal aceptemos toda inmolación pasiva, impuesta por la voluntad y la Providencia de Dios, y asimismo toda inmolación activa que nos reclame la ley o el deseo de Dios.

Por este ideal ofrezcamos toda privación corporal, todo sufrimiento físico, la pobreza, las incomodidades, la enfermedad;

[1] Jn. **12** 32.
[2] Jn. **12** 24.

aún más lo que hace sufrir al espíritu, el corazón, el alma: ingratitudes, desprecios, malentendidos, aridez, abandono…

Aceptemos por esta intención la prueba más leve, un dolor de dientes, un dolor de cabeza, una palabra dura, un gesto indelicado, y ordenemos a ello la más leve victoria que podamos lograr sobre nuestra propia sensualidad, nuestro amor propio, nuestra dejadez, para cumplir nuestro deber y practicar las virtudes cristianas. Pero acojamos también con este mismo fin las cruces más pesadas, una separación desgarradora, una enfermedad cruel, el deslizamiento hacia las miserias y la inconsciencia propias de la vejez. Y que nuestro ideal se mantenga ante nuestros ojos, fascinante, en los días y en las horas en que la fidelidad a la vida de Cristo en nosotros, a pesar de las tentaciones y luchas, reclame de nosotros una valentía heroica.

Nos parece que debemos atribuir una importancia especial a la humildad y a las humillaciones. Eso es tal vez lo más difícil de todo. La palabra del Precursor es realmente espléndida: *«Es preciso que El crezca y que yo disminuya»* [1]. Juan ha comprendido que Cristo crecerá en la estima y en el amor de los hombres en la misma medida en que él acepte desaparecer; y por eso el amigo del Esposo se retira con toda simplicidad cuando el Esposo aparece… Para exaltar a Jesús y a María, para elevarlos al trono, para dejarlos dominar y reinar, nosotros hemos de ocultarnos, desaparecer, y aceptar no ser apreciados ni amados por nuestros semejantes. El reino de Jesús y de María llegará cuando muchas almas acepten con toda sencillez, sin ostentación, ser pisoteadas por los hombres. Montfort es una magnífica demostración de ello.

Mortifiquémonos por nuestro querido ideal cuando la renuncia nos sea obligatoria o casi. Ofrezcamos a este fin la incesante abnegación que reclama de nosotros nuestro estado de vida y la virtud cristiana, en la que invariablemente hay siempre un elemento de muerte a sí mismo. Pero sepamos imponernos también con esta intención algunos sacrificios voluntarios, renunciando a pequeñas satisfacciones legítimas, mortificando nuestra curiosidad, moderando nuestros deseos de descanso, e imponiéndonos tal vez, a ejemplo de los santos, penitencias más rudas…

[1] Jn. **3** 30.

# XVII
# El sacrificio supremo

De todo lo que hemos pedido por el reino de Cristo, lo más precioso de entrada será el ofrecimiento de nuestra última enfermedad, de nuestra agonía, de nuestra muerte. En este punto hay una grave laguna incluso en la mayoría de las almas que desean vivir santamente. Un sacerdote, una religiosa, un seglar fervoroso que muere con la única preocupación de hacer una buena y santa muerte, no ha comprendido e imitado completamente a Cristo, Modelo supremo. Jesús murió por la salvación de sus hermanos. Murió por su ideal: la glorificación suprema y el reino de su Padre. Nosotros, que somos los miembros de Cristo, y tal vez los miembros privilegiados de su Cuerpo místico, hemos de esforzarnos por subir a estas alturas. Todos los dolores, todas las angustias, todas las tinieblas, todos los terrores, todas las impotencias, todo el espantoso sufrimiento, toda la lucha terrible de estos últimos instantes, hemos de ofrecerlos *«per adventum ipsius et regnum eius»* [1]: por el advenimiento de Cristo como Rey y por el reino de su Madre amadísima. Y para que no le falte a nuestra vida esta coronación suprema, puesto que la muerte viene como un ladrón en la noche y tal vez nos sorprenda, hemos de aceptar cada día en la santa Misa nuestra hora suprema, con todas las circunstancias que la precedan y acompañen.

De este modo hemos de disponer nuestra vida, y ofrecer por esta intención sublime toda nuestra existencia de trabajo, de oración y de sufrimiento. Hemos de intentar también formar a los demás en este sentido. Hay ciertamente muchas almas banales, que serán insensibles a esta orientación de la vida. Pero los buenos cristianos, al contrario, se dejarán conducir a ello fácilmente. En las horas de sufrimiento y de prueba serán sensibles al valor espléndido que queda vinculado así a su vida. Hemos comprobado más de una vez cómo cristianos simples en el mundo, en su lecho de agonía, aceptaban con agradecimiento este ideal supremo, y cuánto los ayudaba esta aceptación a santificar y suavizar considerablemente la lucha suprema y los últimos sufrimientos.

---

[1] II Tim. **4** 1.

## VIDA SANTA Y HERMOSA

Muy hermosa, rica y elevada es la vida totalmente impregnada de este santo «idealismo». Además, ¿quién podrá dudar de la santidad objetiva de una existencia colocada enteramente bajo el signo de esta aspiración incesante a la gloria de Dios por el reino de María? ¿Acaso no es el ejercicio continuo del amor más puro y desinteresado, en el que reside esencialmente la perfección? ¿Hay algún medio más eficaz para escapar a este miserable amor propio, a este egoísmo deprimente, que se desliza imperceptiblemente en todas nuestras acciones? ¿No es esta una receta maravillosa contra un mal del que sufren tantas almas, sobre todo en los claustros: estar incesantemente ocupadas de sí? ¿No es *«tener* — sobre un punto tan esencial— *los sentimientos de Cristo Jesús»* [1] y de su santa Madre, cuya vida y muerte estuvieron orientadas únicamente, no a su progreso o gloria personales, sino a la glorificación suprema de Dios por la salvación y santificación de las almas?

Y sin embargo, incluso desde el punto de vista de mi santificación personal, ¡qué fuerza maravillosa se desprenderá de este pensamiento elevado, mantenido habitualmente y con fidelidad! Haré mi trabajo con más cuidado, con más ardor, con más perfección, porque sé que, al margen del salario humano y de mi mérito personal, con él estoy sirviendo poderosamente al ideal más sublime. Mi oración se fundirá así con la oración universal de Jesús y de María y de todos los santos, y el pensamiento exaltador de la conquista del mundo para Dios por María facilitará la atención, estimulará el fervor y empujará el alma a esta santa violencia de suplicación, a la que el mismo Cielo no sabe resistir. Además, encontraremos en esta consideración un aliento increíble y una fuerza insospechable para practicar lo que hay de más difícil en la vida de perfección, la abnegación universal y la aceptación valiente de la cruz y del sufrimiento.

## MARAVILLOSO PODER DE CONQUISTA

Nos parece que nadie dudará tampoco del poder irresistible de este apostolado oculto, subterráneo. Todas las fuerzas alabadas, despertadas y movilizadas por Jesús se dan cita en esta vida para

[1] Fil. **2** 5.

alcanzar el querido ideal soñado: la humildad, la renuncia, el sufrimiento, la oración. Hemos recordado la promesa de fecundidad que Cristo vincula, bajo la figura del grano, al ocultamiento y a la muerte. El prometió escuchar toda oración: ¿podría desde entonces resistir a una oración que sube de un alma de buena voluntad día y noche sin parar, durante meses y años enteros, una oración que sólo apunta a su propio triunfo y a la glorificación de su Madre? El Señor prometió repetidas veces —*«o admirabile commercium!»*— hacer la voluntad de quienes cumplan la suya. Por lo tanto, si nosotros nos sometemos fielmente a esta Voluntad, ¿cómo podrá El resistir al voto incesante, a la aspiración de voluntad ardiente y de cada instante, de que venga su reino por el de su Perfecta, su Inmaculada y su Unica?

Y ¿quién de nosotros que haya realizado a cierta escala el apostolado activo, ha dejado de experimentar sensiblemente los efectos de este apostolado humilde y oculto? ¿Quién no ha notado en ciertos días que su palabra, oral o escrita, entraba más profundamente en las almas y tomaba resonancias inusuales? ¡Tan a menudo el Señor, en nuestros trabajos, nos ha hecho conocer al «precursor», al alma sencilla y oculta que, por medio de años de oración y de sacrificio, había asegurado los frutos más ricos al apostolado que debía venir! ¡Tan a menudo el Maestro nos ha hecho palpar la verdad de estas palabras: *«Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado; otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga»* [1]! Repitámoslo: no podemos dudar de la fecundidad de este apostolado, cuando recordamos que por medio de él Jesús se aseguró sus más hermosos triunfos y que María, que es la Reina de los Apóstoles, no ejerció casi ningún otro tipo de apostolado, y sin embargo por él conquistó para el Padre, juntamente con Cristo, el mundo entero de las almas.

## UNA REVOLUCIÓN MUNDIAL

Jesús llamaba tristemente a su enemigo de siempre *«el Príncipe de este mundo»,* pero asegurando que un día *«será echado fuera».* Bendita revolución será la que derribe de su trono al infame usurpador, que se apoderó parcialmente de lo que, después de Dios, no pertenece más que a Jesús y a María.

[1] Jn. **4** 38.

Ahora bien, todas las revoluciones se preparan por medio de sociedades secretas y combinaciones ocultas. Y a veces uno se extraña de que una revolución, que no parecía tener ninguna probabilidad de éxito, se desarrolle, se extienda, y acabe por arrastrarlo todo con ella. ¡Se impone la revolución mundial que debe destruir el imperio de Satán, para edificar sobre las ruinas de este imperio el reino de amor de Cristo y de su Madre, Rey y Reina legítimos del mundo y de los hombres! ¡Seamos nosotros las fuerzas latentes del deseo, de la oración y del sacrificio que deben preparar y asegurar el éxito de esta revolución pacífica y bienhechora!

Como hemos dicho, la vida de las almas que adoptan y sirven este espléndido ideal es hermosa, preciosa, noble y elevada. También es feliz y consolada, pues viven en la esperanza, o mejor dicho, en la certeza de que se realizará lo que persiguen con sus deseos ardientes y esfuerzos perseverantes; y Dios no les negará la alegría dulcísima de ver parcialmente realizado, ya en la tierra, lo que desearon fiel y ardientemente.

A condición de que, con esta vida, no dejen de seguir tendiendo a su sublime Ideal…

La pequeña Teresa prometía pasar su cielo haciendo bien en la tierra. Nosotros esperamos emplear el nuestro haciendo triunfar y reinar a Jesús y a María en este mundo. Por nuestras oraciones, que serán entonces mucho más poderosas, por la oblación de nuestros modestos méritos, unidos a los méritos inconmensurables de Jesús y de su santísima Madre, seguiremos trabajando con Ella y por Ella hasta el último día, hasta la consumación de los tiempos:

hasta que la última joya viva haya sido engastada en su corona;

hasta que la última oveja perdida suya sea conducida a sus pies;

hasta que el último grano de trigo sea recogido en su seno;

hasta que se cuente y se complete el número de la *«descendencia de la Mujer»;*

de quienes, contemplando, admirando, amando y glorificando a la Elegida de Dios, a la Bendita de Dios, a la Privilegiada de Dios,

contemplen, amen, posean, alaben, canten y adoren en una explosión de jubilación

a su Hijo único, Rey inmortal de todos los siglos y mundos,

Jesucristo,

a quien sea todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

# XIX
# Ofrecimiento de sí mismo para el reino de Jesús por María

Corazón amable y adorable de Jesús, Rey de amor y Rey de gloria, que has estado siempre y totalmente entregado a las cosas de tu Padre; que no has buscado tu gloria, sino la del Padre que te envió; que has dedicado tu vida a una obra única, que dominaba y contenía todas las demás, la glorificación del Padre y el reino de Dios; que has pedido este reino y nos has enseñado a buscarlo y a pedirlo; que has deseado ardientemente ser bautizado con un bautismo de sangre para realizar tu ideal divino; quiero entrar en las más ocultas profundidades de tu Corazón y de tu vida, y asociarme a tu misión divina, teniendo la humilde pero firme confianza de que te dignarás aceptarme, siendo como soy nada y pecado, porque eres la misericordia infinita.

Oh Jesús, mi deseo, mi aspiración, mi esperanza y mi único ideal es que Tú reines en las almas como Soberano incontestado, que tu reino se apodere de ellas hasta en sus más intimas profundidades, y que reines pronto, oh divino Maestro. *«Adveniat regnum tuum! Amen, veni, Domine, et noli tardare:* ¡Ven a reinar, Señor, y no tardes!».

Me acuerdo, Maestro adorado, que no has querido venir a este mundo más que dependiendo de tu Madre de muchas maneras… Ella te fue indisolublemente asociada por el Padre en el anuncio, la preparación, la realización y las consecuencias de tu venida. Ella es para ti, celestial Adán, una Eva amante y fiel en todos tus trabajos, en todos tus misterios, sobre todo en los más dolorosos. Por eso creo firmemente que sólo por Ella concluirás lo que por Ella comenzaste; que no triunfarás sino con Ella y por Ella, y que con Ella y por Ella Tú reinarás. A tu reino universal y plenario, oh Rey de amor, has puesto una condición indispensable e infalible: ¡el reino de tu santísima Madre! Y has puesto en mi corazón, al igual que en el de tus grandes preferidos, Juan, Margarita María, Montfort y tantos otros, una gran inclinación hacia esta divina Madre. ¡Me has entregado a Ella como su hijo y esclavo de amor!

¿Qué esperas, pues, de mí, Maestro, sino que mi alma y toda mi vida pase en este grito suplicante?:

*Ut adveniat regnum tuum,*
*adveniat regnum Mariæ!*
¡Para que venga a nosotros tu reino, Jesús,
haz llegar el reino de tu Madre!

Reina gloriosa y Madre amadísima, Jesús mismo es quien me entrega a Ti: *«Ecce venio!:* ¡Aquí me tienes!». Aquí tienes a tu esclavo, que desea ardientemente ser tu apóstol silencioso y oculto. Me entrego y me consagro enteramente y para siempre a tu reino ardientemente deseado. Tu reino, Reina mía, será el gran pensamiento de mi vida, la pasión de mi corazón; será mi sueño, *mi dicha y mi tormento,* la vida de mi vida, el alma de mi alma. Será el ideal único, hacia el que convergirán todas las energías de mi ser.

Para tu reino bendito, amadísima Soberana, te entrego todos los instantes de mi vida, tanto los más humildes como los más solemnes, los más tristes como los más consolados. Te doy todas las horas de trabajo y todas mis horas de oración, aún más preciosas; te ofrezco todas mis horas de sacrificios y sufrimientos, sobre todo los más temidos y sombríos, y las horas de humillación y de abandono, de disgusto y de tristeza, mis dolencias y mi última enfermedad, mi lucha suprema y mi muerte.

¡Ojalá que en todo instante, Soberana mía, como un grano de trigo, caiga yo en tierra y muera para darte una rica mies de gloria y una rica mies de almas!

¡Ojalá que sepa disminuirme y desaparecer cada vez más para que Tú crezcas, Reina mía, en las almas, y a fin de que Tú sola glorifiques a Jesús!

¡Levántate, pues, oh María, y apresúrate a reinar! ¡Apresúrate, Reina, a reinar en todos los corazones, para someterlos plenamente al imperio de amor de tu grande y único Jesús! Amén.

## OTRA FÓRMULA, MÁS CORTA, QUE SE PODRÁ DECIR CADA DÍA

Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre mía, Reina gloriosa del mundo y Reina de mi corazón, me doy y me entrego enteramente a Ti, no sólo como tu esclavo, sino también para ser el apóstol oculto de tu reino.

Te ofrezco especialmente este día, cada uno de sus instantes, tanto los más insignificantes como los más importantes; te ofrezco mis trabajos, mis oraciones y mis sacrificios, mis dolores, mis humillaciones, todo este día en fin. Te ofrezco de nuevo la jornada entera de mi vida, sobre todo su atardecer con sus tinieblas y terrores, mi última enfermedad, mi agonía y mi muerte, por tu reino y especialmente por tu reino en…

Por cada mirada y cada palabra, por cada paso y cada suspiro, por cada latido de mi corazón y cada aspiración de mi voluntad, quiero repetir sin cesar:

¡Levántate, oh María, y apresúrate a reinar!
¡Ven, y serás coronada!
*Ut adveniat regnum tuum,*
*adveniat regnum Mariæ!*
Amén.

# APÉNDICES

## Consagración de sí mismo

### a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, por las manos de María

¡Oh Sabiduría eterna y encarnada! ¡Oh amabilísimo y adorable Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, Hijo único del Padre eterno y de María, siempre Virgen!

Os adoro profundamente en el seno y en los esplendores de vuestro Padre, durante la eternidad, y en el seno virginal de María, vuestra dignísima Madre, en el tiempo de vuestra Encarnación.

Os doy gracias porque os habéis anonadado, tomando la forma de esclavo, para sacarme de la cruel esclavitud del demonio.

Os alabo y glorifico, porque os habéis dignado someteros a María, vuestra santísima Madre, en todas las cosas, a fin de hacerme por Ella vuestro fiel esclavo.

Pero, ¡ay!, ingrato e infiel como soy, no he guardado los votos y las promesas que tan solemnemente hice en mi bautismo; no he cumplido mis obligaciones; no merezco ser llamado vuestro hijo ni vuestro esclavo; y como en mí nada hay que no merezca vuestra repulsa y vuestra cólera, no me atrevo por mí mismo a acercarme a vuestra santa y augusta Majestad.

Por eso recurro a la intercesión de vuestra santísima Madre, que me habéis dado como mediadora ante Vos; y por su intermedio espero obtener de Vos la contrición y el perdón de mis pecados, la adquisición y la conservación de la Sabiduría.

Dios te salve, pues, ¡oh María Inmaculada!, Tabernáculo viviente de la Divinidad, en donde la Sabiduría eterna escondida quiere ser adorada por los ángeles y por los hombres.

Dios te salve, ¡oh Reina del cielo y de la tierra!, a cuyo imperio está sometido todo cuanto hay por debajo de Dios.

Dios te salve, ¡oh Refugio seguro de los pecadores!, cuya misericordia a nadie ha faltado; escuchad los deseos que tengo de la divina Sabiduría, y recibid para ello los votos y las ofrendas que mi bajeza os presenta.

Yo, *N...,* pecador infiel, renuevo y ratifico hoy en vuestras manos los votos de mi bautismo. Renuncio para siempre a Satanás, a sus pompas y a sus obras, y me doy por entero a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, para llevar mi cruz en su seguimiento todos los días de mi vida. Y a fin de que le sea más fiel de lo que le he sido hasta ahora, **os escojo hoy, ¡oh María!, en presencia de toda la corte celestial, por mi Madre y Señora. Os entrego y consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, y aun el valor de mis buenas acciones pasadas, presentes y futuras, dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de todo lo que me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito, y para la mayor gloria de Dios, en el tiempo y en la eternidad.**

Recibid, ¡oh Virgen benignísima!, esta pequeña ofrenda de mi esclavitud, en honor y unión de la sumisión que la Sabiduría encarnada se ha dignado tener a vuestra maternidad; en homenaje del poder que ambos tenéis sobre este pequeño gusanillo y miserable pecador; y en acción de gracias por los privilegios con que os ha favorecido la Santísima Trinidad.

Protesto que en adelante quiero, como verdadero esclavo vuestro, procurar vuestro honor y obedeceros en todas las cosas.

¡Oh Madre admirable!, presentadme a vuestro querido Hijo en calidad de esclavo eterno, a fin de que, habiéndome rescatado por Vos, me reciba también por Vos.

¡Oh Madre de misericordia!, concededme la gracia de alcanzar la verdadera Sabiduría de Dios, y de colocarme, por ende, en el número de los que Vos amáis, enseñáis, guiáis, alimentáis y protegéis como a hijos y esclavos vuestros.

¡Oh Virgen fiel!, hacedme en todas las cosas tan perfecto discípulo, imitador y esclavo de la Sabiduría encarnada, Jesucristo, vuestro Hijo, que llegue, por vuestra intercesión y a vuestro

ejemplo, a la plenitud de su edad sobre la tierra y de su gloria en los cielos. Amén.

# Examen de conciencia

## del esclavo de amor de Jesús en María

*Damos aquí un examen de conciencia sobre la práctica de la perfecta Devoción a la Santísima Virgen, enseñada por San Luis María Grignion de Monfort. Debe hacerse por entero una vez al año, en los santos ejercicios, así como también en la renovación anual de la Consagración, según el deseo de Monfort, y también en los retiros mensuales.*

*Puede y debe hacerse también a diario parcialmente, tomando de este las partes que corresponden a la práctica especial de la santa esclavitud en que uno se ejercita de modo más particular.*

*Podríase también, para el examen de conciencia general, seccionar las partes que damos, y después tomar una para cada día de la semana. Como medio de facilitar esta práctica, hemos puesto en el margen las iniciales de estos días.*

*Fuera de los momentos del día especialmente destinados a dicho examen, se recomienda con insistencia al fervoroso esclavo de María que con frecuencia, por ejemplo cada hora, entrando en sí mismo, se pregunte: «¿He sido en esta hora un verdadero esclavo de Jesús y de María? Madre divina, ¿os he contentado en esta hora que acabo de vivir?».*

### PREÁMBULO

Querido hijo y esclavo de la Santísima Virgen, es tu misma Madre y Maestra quien ante ti se presenta. Ella es quien viene a pedirte cuenta del modo cómo has practicado su perfecta Devoción. Ponte netamente en su presencia... Contesta sinceramente a sus preguntas maternas: tú no te atreverías a ocultarle nada.

Empieza pidiéndole muy humildemente su gracia, que te ilumine para ver claro en las cosas de tu alma... Y pídele que este ejercicio sea de gran utilidad para hacerte progresar en los caminos de Dios.

# I. EL ACTO DE CONSAGRACIÓN Y SUS CONSECUENCIAS

*«Os consagro, en calidad de esclavo, mi cuerpo y mi alma, mis bienes interiores y exteriores, dejándoos entero y pleno derecho de disponer de mí y de cuanto me pertenece, sin excepción, según vuestro beneplácito».*

**Domingo** **1º DEPENDENCIA ACTIVA**

1º Hijo mío: ¿Has **renovado** a diario desde tu despertar, y después a menudo entre el día, tu acto de entrega total a Jesús por mis manos? ¿Lo has hecho **seriamente,** conscientemente, con la idea bien clara y la voluntad decidida de que me abandonas realmente la propiedad de todo cuanto entra en esta donación?

2º ¿Has vivido en la convicción y en el **habitual pensamiento** de que me perteneces realmente y por entero? ¿Has respetado mis **derechos de posesión** sobre todo cuanto me abandonaste, cuerpo y alma, sentidos y facultades, bienes y fuerzas, no sirviéndote de todo ello más que a mi intención y con mi aprobación?

3º ¿Me **has dicho** habitualmente, al menos alguna vez durante el día, si podías utilizar este cuerpo, estos sentidos, estas facultades, estos bienes que me concediste?

4º Este **CUERPO** que me consagraste, ¿lo has tratado únicamente según mis intenciones y deseos? ¿Lo has alimentado y cuidado convenientemente, evitando negligencia, no usando y malgastando sus fuerzas? ¿Lo has halagado, adulado, mimado, satisfaciendo todas sus exigencias y caprichos? ¿No has hecho de él un objeto de vanidad ridícula y culpable, buscando atraer las miradas de las criaturas? ¿Has tratado y vestido este cuerpo con gran modestia? ¿No has hecho de él un instrumento de pecado, de escándalo, por trazas y costumbres ligeras, llamativas o culpables? ¿Has castigado y reducido a servidumbre este cuerpo pecaminoso con la práctica valiente de la mortificación cristiana, restringiendo todo lo que es lujo y superfluo en el descansar, en las comidas, en los muebles, en los vestidos, etc., yendo con valentía a estorbarle en sus gustos y preferencias?

5º Estos **OJOS** de un esclavo de amor, ¿no han sido empleados en miradas peligrosas o culpables, en lecturas mundanas o en

espectáculos prohibidos, o al menos en curiosidades vanas y en miradas inútiles?

6º Estos **OÍDOS,** ¿no han servido para oír canciones que turban, conversaciones peligrosas, en oír aquello que no te incumbía, o en cualquier uso solamente curioso?

7º Esta **BOCA** o lengua, ¿no te han servido para charlas contrarias a la modestia, a la caridad, o has hablado en horas en que por la Regla o el Reglamento debías guardar silencio por razón de tu deber?

8º Tu **IMAGINACIÓN** y tu **INTELIGENCIA,** ¿las has utilizado según mis deseos? ¿Las has hecho aplicarse generosamente, según los deberes de tu estado, al estudio, a reflexionar, a meditar, a orar? ¿No hubo en tus ejercicios de piedad distracciones consentidas, o más bien rechazadas con molicie? ¿No tienes que reprocharte pensamientos peligrosos, imaginaciones ligeras y sensuales, ensueños malsanos, curiosidades desordenadas?

9º Tu **CORAZÓN,** ¿no ha consentido en antipatías naturales, evitando las personas que no te agradan, criticando sus defectos, poniéndoles mala cara y negándote a ayudarles? Y en tu corazón, ¿no se ha deslizado algún afecto demasiado natural, demasiado vivo o sensual, que no entra para nada en las exigencias del estado de vida que tienes?

10º Tu **VOLUNTAD,** ¿ha estado habitualmente unida a la de Jesús y la mía? Y de ordinario, ¿no buscas tu propia voluntad, sin preocuparte en conocer y realizar ante todo la de Dios? Tu divisa, ¿no ha sido la del verdadero esclavo de amor: *«No mi voluntad sino la vuestra, oh Jesús, oh María»?*

11º Tus **BIENES TEMPORALES** son míos... ¿Has hecho uso de ellos con poco apego, sin depender de ellos? ¿No tienes un apego excesivo a estos objetos: dinero, muebles, alhajas, vestidos? ¿No hay en tu vida un lujo exagerado? ¿Has gastado en compras inútiles? ¿Has tenido en cuenta mis deseos de dar una parte de tus bienes a obras piadosas o caritativas: los pobres, las Misiones, las obras de propaganda mariana? ¿Has vivido mirando hacia la sencillez y pobreza de Jesús y de tu Madre?

12º ¿Qué uso has hecho de tus **FUERZAS**? ¿Cómo has empleado el tiempo que me estaba consagrado? ¿Lo has utilizado de un modo serio, como lo exigen tus deberes de estado y el reglamento de vida que te ha sido prescrito? ¿Has dado el tiempo necesario a tus ejercicios de piedad, al trabajo, etc.? Este precioso tiempo, ¿no se ha

malgastado en naderías, en cosas inútiles? ¡Qué responsabilidad, qué cargos a la hora del juicio!

**Lunes** **2º DEPENDENCIA PASIVA**

13º Examina ahora, hijo muy amado y esclavo querido, si has respetado bien en la práctica de tu vida *«este derecho pleno»* que me habías reconocido *«de disponer de ti y de cuanto te pertenece, según mi beneplácito».* ¿Has recibido con alegría, con sumisión, o por lo menos resignado, lo que con Jesús decidí y dispuse respecto de ti?

14º ¿Has recibido con agradecimiento la **SALUD,** y has pensado en darme gracias por ella? ¿No has sido impaciente, no has murmurado cuando tu cuerpo tuvo frío, cuando tuvo calor, hambre o sed, incomodidades o dolencias o la enfermedad?

15º ¿Has aceptado resignado cuando lo permití, que sufrieses algún quebranto en tu **REPUTACIÓN,** cuando te mostraron menos confianza, menos afecto, cuando se te hizo la desconfianza manifiesta en lo que te concernía a ti, cuando te calumniaron o injuriaron?

16º ¿Cuáles han sido tus sentimientos cuando tuviste que sufrir merma en tus **BIENES TEMPORALES,** cuando tuviste que soportar los inconvenientes de la pobreza o de la indigencia?

17º ¿Te has sentido satisfecho con humildad de los **TALENTOS** que se te otorgaron, de la condición social en que vives, de la situación de que disfrutas, del cargo que tienes que cumplir, de las circunstancias en que tienes que vivir...? Todo ello es voluntad de Jesús sobre ti y es la mía.

18º Tu alma, ¿no ha estado inquieta, turbada, descontenta, cuando por la prueba, la enfermedad, la muerte, disponía yo de tus **FAMILIARES,** de los seres que querías, de la Congregación a la que perteneces? Tú me has reconocido como Dueña y Soberana de cuanto es tuyo. Has de saber respetar mis derechos de soberanía...

19º ¿Me has dejado fielmente disponer del valor comunicable y alienable de tus **BUENAS OBRAS** y **ORACIONES**? ¿Aquí no ha habido volver a recoger o al menos sentir su falta?

## II. LAS PRÁCTICAS INTERIORES DE LA PERFECTA DEVOCIÓN A LA SANTÍSIMA VIRGEN

**Martes** **1º POR MARÍA**

20º Tú me prometiste «**obedecerme en todas las cosas**». ¿He tenido habitualmente la directiva de tu vida y de tus actos? ¿Me has sometido tus ideas, tus juicios, tus decisiones, tus palabras, tus acciones? ¿No has contrariado conscientemente lo que yo te mostraba? ¿No has actuado por tu propio movimiento, siguiendo las impresiones de tu sensibilidad, las agudezas de tu carácter, los caprichos de tu voluntad?

21º ¿Me has **consultado** en tus dudas, me has pedido habitualmente **permiso para actuar,** como consulta sin cesar el niñito a su madre para saber lo que debe hacer? ¿Me has dicho a menudo, con el corazón o con los labios: «Mi buena Madre, puedo hacer esto, dejo dejar aquello»?

22º ¿Has hecho por obedecerme **todo cuanto dice Jesús**? ¿Has pensado, juzgado, obrado, vivido según las máximas, los preceptos y consejos del Evangelio de Jesús, y no según las máximas y el espíritu del mundo, es decir, el evangelio de Satán?

23º Fuiste fiel desechando el **pecado** grave sin duda, pero ¿lo has sido también con el venial, sobre todo en la lucha contra el defecto dominante?

24º ¿Te has aplicado seria y conscientemente a los **deberes particulares de tu estado,** cargos de la familia, deberes profesionales, empleos, etc.?

25º ¿Has sido, como esclavo mío de amor, modelo de obediencia a **toda legítima autoridad**? ¿Has reconocido la autoridad de Jesús y la mía en tus superiores: padres, esposos, maestros, poderes civiles, superiores eclesiásticos y religiosos sobre todo, director de conciencia, etc.? ¿No ha sido tu obediencia **natural,** inspirada en las cualidades o defectos de los que están revestidos de este poder? ¿No has **discutido** y **criticado** las órdenes y consejos dados? ¿No hubo nunca **excepciones deliberadas,** quizá, en tu obedecer? ¿No has obedecido de mala gana, **murmurando,** con tristeza consentida o con rencor? ¿Has estado verdaderamente **entregado** como un niño a tus superiores, yendo hacia la obediencia en vez de esquivarla?

**Miércoles**

26º ¿Has sido fiel, por depender de mí, al **reglamento de vida** que te he prescrito, a la **santa Regla** que te he propuesto? ¿Has dado fielmente a la oración, al trabajo, al estudio, a la distracción, el

tiempo que se daba para estos ejercicios? ¿No hubo tal o cual punto de la regla en el que con frecuencia faltases? ¿Has sido especialmente asiduo en tus **ejercicios de piedad**? ¿No los has omitido, abreviado, hecho a medias o con laxitud y pereza?

27º ¿Reconociste mi voluntad y mi dirección en todos los **acontecimientos** que te suceden y rodean? ¿Supiste decir *amén* a cuanto te consuela y alegra; pero lo mismo a todo lo que te contraría, te es molesto, te violenta, todo lo que te encoge y te hiere, todo lo que te aplana y te abruma? ¿Aceptaste generosamente de la mano de Dios y de la mía las molestias, incomodidades del mal tiempo, las contrariedades, las enfermedades, los lutos?

28º ¿Escuchaste atento y seguiste generosamente los **llamamientos de mi gracia**? ¿Me has negado tal acto de caridad, tal pequeño sacrificio, tal acto de generosidad que yo te pedía? ¿No existe tal acto de virtud que con sangre fría continúas negando a tu amada Madre? ¿No habrás ahogado en tu corazón la llamada que hacía yo a una vocación más elevada, a más perfecta santidad?

29º Y en tus ejercicios de piedad, santa Misa, sagrada Comunión, meditación, etc., ¿has sido fiel renunciando a tus propias disposiciones e intenciones? ¿Fiel **uniéndote a tu Madre y Maestra,** invocando su ayuda, apoyándote en su merecimiento, revistiéndote de sus virtudes? ¿Me has hecho entrega de ti mismo, como un **instrumento,** hundiéndote en apacible silencio, con el fin de que yo pueda orar y obrar en ti y por ti?

30º ¿Has tenido hacia mí los sentimientos de **confianza** y **abandono** que tiene el niño para con su buena madre? ¿Has recurrido a mi solicitud materna en *«todo tiempo, en todo lugar, y en todas las cosas»?* ¿No has descuidado este llamamiento confiado a mi socorro en los mínimos detalles de la vida, en las indecisiones cotidianas de tu vida espiritual, en las horas dolorosas y graves de tu existencia? ¿No te dejas llevar por la agitación, la preocupación o el desaliento, en vez de abandonar sencillamente en mí todo cuanto pueda inquietarte? ¿Me confías con un abandono total la hora y circunstancias de tu muerte, el cuidado de tu perfección y de tu salvación eterna?

**Jueves** **2º CON MARÍA**

31º ¿He sido, después de Jesús, el **modelo de perfección** que habitualmente pones ante tus ojos? ¿Has sido fiel preguntándome a

menudo: *«Cómo haría esto mi buena Madre, si se encontrara en mi lugar»?*

32º ¿Has intentado copiar, **respecto de Dios,** mi absoluta docilidad de esclava del Señor? ¿Has intentado vivir mi *Magnificat* y buscar la gloria de Dios en cuanto haces, poniendo el amor divino en tu vida entera y viviendo con la Trinidad Santísima en tu alma, en un comercio incesante, muy respetuoso y filial?

33º ¿Has sido **fiel a Jesús** en todo, por todo, no amando más que a El, no viviendo sino por El, no aspirando sino a sus intereses, a su reinado, deseando siempre una más estrecha unión con El?

34º ¿Has imitado mi **humildad**? ¿Has reconocido prácticamente que tus talentos, éxitos y virtudes vienen de Dios? ¿Has considerado con frecuencia tu nada, tus defectos, tus miserias? ¿No te has puesto por encima de los demás en pensamientos, palabras o actos? ¿Has sentido alegría al ser desconocido y tenido en nada?

35º A ejemplo mío, ¿has sido verdaderamente **caritativo,** amando al prójimo por Dios y por mí? ¿Has perdonado toda falta e injuria y soportado con paciencia los defectos de los que te rodean? ¿Has sido amable y atento a los deseos de los demás? ¿Has procurado prestar servicios y dar gusto? ¿No has sido cobarde y egoísta cuando había que molestarse, cansarse para servir al prójimo y hacer buenas obras? ¿No has juzgado severamente, sospechando el mal con ligereza o hablando inútilmente de los defectos ajenos?

36º ¿Cuál ha sido tu actitud **hacia Satanás** y **hacia el pecado**? Yo soy odio viviente..., ¿y tú? ¿Luchaste con valentía contra el pecado mortal o venial, hasta contra toda imperfección voluntaria, contra todo lo que puede en algún grado manchar o empañar la belleza de tu alma? ¿Trabajaste particularmente en ser perfectamente puro y casto según tu estado de vida, en pensamientos, imaginaciones, palabras, lecturas, y en toda tu conducta? ¿Tuviste odio de todo lo que bajo cualquier pretexto conduce al mal, al pecado?

37º ¿Has renunciado a la falsa sabiduría del **mundo,** que es opuesta al Evangelio de Jesús? ¿Has combatido contra las seducciones del demonio o contra los negocios del mundo: placeres funestos, diversiones peligrosas, lecturas que turban, modas malditas? ¿No habrás hecho obra de Satanás con tu vestir que te convertiría en sembrador de pecado? ¿Con valentía y con constancia te has puesto del lado de Jesús y mío, y has trabajado cuanto has

podido para impedir el mal, el pecado, la impureza, el escándalo, los excesos?

**Viernes** **3º EN MARÍA**

38º ¿No te has dejado llevar de una **vida disipada,** frívola, no te han absorbido completamente tus ocupaciones del exterior hasta el punto de olvidar la vida interior con Dios, Jesús y su Madre, que tanto te aman?

39º ¿Has procurado **entrar en ti a menudo** para encontrarme en el fondo de tu alma, ayudándote para ello de pequeñas prácticas que te había enseñado: *Avemaría* al dar la hora, imagen, medalla, sello mariano en tu vestir, jaculatorias, inscripción mariana en cada página escrita, bendición que pides al salir de la habitación, etc.?

40º ¿Has intentado **vivir bajo mi mirada** todas tus horas de oración, de trabajo, de descanso y de entretenimiento, como el niño siente la necesidad de estar cerca de su madre?

41º ¿Trataste de retirarte al fondo del santuario de tu alma, para encontrarme con Jesús en un frente a frente delicioso? ¿Llegará tu alma a respirarme como sin cesar tus pulmones respiran el aire?

**Sábado** **4º PARA MARÍA**

42º De ordinario, ¿cuál es el **motivo** que inspira o determina tus actos? ¿Cuántas veces los has hecho por amor a tus comodidades, vanidad y amor propio, para agradar a tal o cual criatura? ¡Esto no es ser esclavo de Jesús, esclavo de María!

43º ¿Has pensado con frecuencia en **ofrecer tus acciones por amor de Jesús y mío,** para glorificarnos y para agradarnos? ¿Has repetido a menudo: *«Todo por Jesús, todo por María, todo por amor tuyo, Madre mía amadísima»?*

44º ¿Ha sido mi reinado el **ideal de tu vida,** para llegar al bendito reinado de Cristo Rey? ¿Has pensado en ello en tus momentos libres? ¿Has ofrecido por esta intención tus horas de trabajo, sobre todo el que te resulta penoso? ¿Tus oraciones, sufrimientos, contrariedades y pruebas? ¿Surge en tu mente todos los días ofrecer a este fin tu última enfermedad, tu agonía y tu muerte?

45º ¿Has tratado de **atraer todo el mundo** a mi servicio y a mi verdadera y sólida devoción? ¿No has tenido pereza o cobardía, y

por eso desperdiciaste a menudo las ocasiones de darme a conocer, a amar, y de que me sirvieran del modo más perfecto?

## CONCLUSIÓN

Ha terminado el examen de conciencia. Humíllate profundamente ante tu gloriosa Reina, al ver las numerosas faltas de que has sido culpable... ¡Perdón, oh Madre divina, por haberte sido tan infiel! No quiero desanimarme: voy a trabajar con energía y con perseverancia para ser un hijo más dócil y un esclavo más fiel. Te prometo, querida Soberana, velar especialmente sobre este punto..., en aquella ocasión... Ayúdame con tu gracia todopoderosa. En fin, con Jesús, tu tesoro, dígnate, Madre, bendecirme.

No te apures al ver la distancia que te queda por recorrer. Tu misma Madre Inmaculada ha de ser tu **«camino fácil, corto, perfecto y seguro»**, dice San Luis María Grignion de Monfort.

**¡Madre mía, dame tú lo que me mandas, y mándame lo que quieras!**

# INDICE ANALÍTICO

## Todo de María


Prólogo ..... 3

**Introducción**

I. Pío XII y la Consagración a la Santísima Virgen ..... 7

**Fundamentos del culto mariano**

II. ¿Quién es María? ..... 10
III. Utilidad y necesidad de la "vida mariana" ..... 14
IV. Lo que debe ser nuestro culto mariano: Sus principios ..... 19

**Naturaleza de la consagración a María**

V. Darse ..... 23

**Cualidades de esta consagración**

VI. Darse por entero ..... 28
VII. Para siempre… ..... 33
VIII. Por amor ..... 37

**Fin de la consagración a María**

IX. A Jesús por María ..... 44

**Nombre: santa esclavitud mariana**

X. "En calidad de esclavo" ..... 49
XI. La santa esclavitud en la Escritura ..... 54
XII. ¿Qué significa ser "esclavo de amor"? ..... 60

**Consecuencias y obligaciones**

XIII. "¡Qué consuelo!" ..... 63
XIV. Nuestra Consagración ¿comporta obligaciones? ..... 70
XV. "Ser interiormente esclavo": dependencia activa ..... 74
XVI. "Ser interiormente esclavo": dependencia pasiva ..... 78
XVII. Riquezas incomparables ..... 83

**Reparos y objeciones**
XVIII. La eterna pregunta ... 88
XIX. Reparos y objeciones ... 92
**Ventajas de la consagración a María**
XX. Magníficas ventajas ... 97
XXI. Esclavitud de amor y acto heroico ... 102
**Modo de consagrarse a María**
XXII. ¿Cómo hacerse esclavo de Nuestra Señora? ... 107
XXIII. Consagración social a la Santísima Virgen ... 111
Epílogo: Una voz augusta de ultratumba ... 116

# Por María

Unas palabras de introducción ... 121
**Dependencia interior de María**
I. El espíritu de la perfecta Devoción ... 124
II. "Obediente hasta la muerte" ... 128
III. Madre y Señora ... 132
**Por una vida según los preceptos y consejos de Cristo**
IV. "Escuchadlo" ... 136
V. Mentalidad mariana ... 140
VI. Vida mariana ... 145
**Por la sumisión a toda autoridad legítima**
VII. Nuestra Señora y la autoridad ... 149
VIII. "Sometidos a toda potestad" ... 153
IX. ¿Cómo obedecer? ... 157
X. Obediencia "ciega" ... 161
XI. Esclavitud de amor y magisterio doctrinal ... 165
**Por el abandono a las disposiciones de la Providencia**
XII. La Providencia paterna de Dios ... 169
XIII. La Providencia materna de María (1) ... 172
XIV. La Providencia materna de María (2) ... 177
XV. ¡Amén! ¡Así sea! (1) ... 182
XVI. ¡Amén! ¡Así sea! (2) ... 185
**Por la docilidad a las inspiraciones de la gracia**
XVII. Nuestra estructura sobrenatural ... 189
XVIII. María y la gracia actual (1) ... 193
XIX. María y la gracia actual (2) ... 197
XX. Esclavitud de amor y fidelidad a la gracia (1) ... 201
XXI. Esclavitud de amor y fidelidad a la gracia (2) ... 205
**Dejando obrar a María en nosotros**

XXII. “Dejar obrar a María”.....208
XXIII. “Como un instrumento” .....213
XXIV. ¿Ser pasivo? .....219

# Con María

A la Inmaculada Madre de Jesús.....224

**María, nuestro Modelo**

I. Con María como Modelo .....226
II. “Modelo apropiadísimo”.....229

**Actitudes de María con Dios**

III. La Esclava del Señor.....233
IV. “Hágase en mí según tu palabra” .....237
V. “Mi alma glorifica al Señor”.....242
VI. Unión en el amor.....248

**Actitudes de María con Cristo**

VII. Marta y María.....253
VIII. Marta y María también en el cielo .....258
IX. Sponsa Christi (1).....262
X. Sponsa Christi (2).....270

**Actitudes de María con el prójimo**

XI. Madre del amor hermoso .....276
XII. Caridad que soporta y perdona.....281
XIII. Caridad donadora y generosa.....287
XIV. Caridad delicada y atenta .....292

**Actitudes de María con Satán y el pecado**

XV. Las Enemistades.....296
XVI. El Gran Oráculo .....301
XVII. Esta es la historia del mundo….....311
XVIII. Renuncio a Satanás… .....319
XIX. Renuncio a sus obras: la mentira.....325
XX. Renuncio a sus obras: el pecado.....330

**Actitudes de María con el mundo y su triple concupiscencia**

XXI. El Mundo .....334
XXII. Nuestra elección.....340
XXIII. La concupiscencia de los ojos (1) .....346
XXIV. La concupiscencia de los ojos (2) .....353
XXV. La concupiscencia de la carne.....360
XXVI. “Verdadera Devoción” y concupiscencia de la carne ....366
XXVII. “Verdadera Devoción” y pureza .....370
XXVIII. El orgullo de la vida.....375

XXIX. María y el orgullo de la vida ..... 380
XXX. Nuestra actitud ..... 383

# En María

Ave, Maria Mediatrix! ..... 388

## I

**Vida de presencia en María**
I. Vivir "en" María ..... 391
**Fundamentos doctrinales de la presencia de María**
II. Presencia espiritual ..... 396
III. La Santísima Virgen nos ve y nos sigue ..... 400
IV. La Santísima Virgen nos influencia por la gracia ..... 404
**Modo de la presencia de María**
V. Ella en nosotros, nosotros en Ella ..... 409
VI. "Permaneced en Mí y Yo en vosotros" ..... 413
**Práctica de la presencia de María**
VII. La práctica ..... 416
VIII. Modo simple ..... 421
IX. Modo más profundo ..... 426
**Frutos de la vida en presencia de María**
X. Maravillosos frutos ..... 432

## II

**Vida de confianza**
XI. Evangelio de confianza ..... 437
**Basada en la Maternidad espiritual de María**
XII. La Madre ..... 442
XIII. La misión de la Madre ..... 447
**En su Mediación universal**
XIV. Mediadora de todas las gracias ..... 451
**En la conducta de Cristo**
XV. A ejemplo de Jesús ..... 455
**En nuestra pertenencia a Ella**
XVI. Nuestra pertenencia a Nuestra Señora ..... 458
**Práctica de la vida de confianza**
XVII. La práctica ..... 461
XVIII. Confianza en las pequeñas cosas ..... 466
XIX. En las horas graves ..... 473
XX. "Y en la hora de nuestra muerte" ..... 481

# Para María

Unas palabras de introducción ..... 487

**María, fin secundario de toda nuestra vida interior**

I. Vivir para María ..... 489
II. Por qué vivir para María ..... 494

**Práctica de la glorificación de María**

III. La práctica ..... 498
IV. Por el reino de Nuestra Señora ..... 502

**Tesis de Montfort sobre el reino de Cristo y de María**

V. El reino de Cristo por el reino de María ..... 507
VI. El reino de Cristo en este mundo ..... 517
VII. El reino de María ..... 521
VIII. Lazo necesario entre el reino de Cristo y el reino de María ..... 528
IX. El reino de Cristo por María y las profecías de San Luis María de Montfort ..... 537

**Realización actual de estas predicciones**

X. Ha llegado la hora (1) ..... 544
XI. Ha llegado la hora (2) ..... 550
XII. La consagración mariana en nuestra época ..... 555

**Modalidades del apostolado mariano por el reino de María**

XIII. Apostolado mariano ..... 564
XIV. Apostolado mariano directo ..... 569
XV. Apostolado mariano oculto ..... 577
XVI. Trabajo, oración, sufrimiento ..... 582
XVII. El sacrificio supremo ..... 587
XIX. Ofrecimiento de sí para el reino de Jesús por María ..... 591

# Apéndices

**Consagración de sí mismo** a Jesucristo, la Sabiduría encarnada, por las manos de María ..... 594

**Examen de conciencia** del esclavo de amor de Jesús en María ..... 597